



*En una tierra  
ocupada*

**AVA CAMPBELL**

*Autora de *Quédate en mi vida**

**Lectulandia**

Julio de 1808: las tropas francesas ocupan España. Inés de Mendivil, que odia a los franceses, debe trasladarse a Vitoria, una ciudad tomada por el ejército. Y aunque al conocer a Adrien Labat, el médico francés al que alojan sus tíos, descubre que no es odio lo que siente por él, está dispuesta a implicarse cuanto sea necesario para conseguir que los invasores se vayan.

Ocupado en la organización de hospitales, la última de las preocupaciones de Adrien debería ser la sobrina de sus anfitriones. Pero cuando la joven despierta las sospechas de un general francés, se ve obligado a tomar una decisión sobre ella. Una decisión que se vuelve en su contra cuando Inés le salva la vida y la incipiente atracción que sienten se transforma en algo más intenso.

**Lectulandia**

Ava Campbell

# **En una tierra ocupada**

ePub r1.0  
nalasss 29.08.14

Título original: *En una tierra ocupada*

Ava Campbell, 2013

Editor digital: nalasss

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para mis padres, Jesús y M.<sup>a</sup> Luz,  
y mis hermanas Natalia y Vanesa,  
que a veces creéis más en mí que yo misma.  
Os quiero y estoy orgullosa de vosotros.*

## Prólogo

*Vitoria, 11 de julio de 1808*

—¡Oíd, oíd, oíd!

La voz enérgica que cumplía la fórmula tradicional se elevó por encima de los presentes como lo habría hecho un cuervo negro que atrajera la desgracia sobre la tierra.

Involuntariamente, Inés de Mendivil se estremeció. Dio un paso hacia atrás y se apretó contra el pilar del arco que daba entrada a la plaza Nueva. Casi podía sentir en sí misma la furia y la humillación que agitaban a su tío, allá sentado en el estrado junto al diputado general y los demás procuradores, después de haber sido conducidos hasta allí como vulgares delincuentes: escoltados por dos filas de soldados con la bayoneta calada y hachas de brea encendidas, a través de la calle Herrería, el Mentirón y la plaza Vieja, en un desfile solemne y lúgubre como un entierro.

Envolvió el chal alrededor de su cuerpo como si la suave tela pudiera ofrecerle alguna protección, y echando un vistazo hacia ambos lados, pasó entre los pilares hasta que encontró un sitio discreto. Ella no debería estar allí, pero nadie la miraba, a pesar de que la plaza estaba llena de soldados franceses con las armas preparadas para sofocar cualquier insurrección. Nadie la miraba, porque toda la guarnición y los muchos ciudadanos que se habían acercado tenían la mirada fija en el tablado levantado en medio de la plaza, donde el diputado general y los procuradores de la provincia, a punta de bayoneta, estaban a punto de proclamar a José Bonaparte rey de España.

Apoyó un momento la sien sobre la piedra, deseando con todas sus fuerzas que sucediera un milagro. Pero desde hacía ya varios minutos sabía que era imposible; desde que el diputado general, don Pedro Echevarría, había expresado con voz rotunda la protesta de la Junta sobre la violencia de que era objeto, añadiendo que solo por fuerza mayor procedían a la proclamación. Entonces dos de los procuradores habían recogido el pendón carmesí y los gallardetes blancos que ondeaban en los balcones del Ayuntamiento, sin una sola mirada hacia el dosel que cobijaba el retrato de José Bonaparte, y ella había comprendido que todas sus esperanzas eran en vano.

Ahora el damasco grana se tensaba entre las manos del diputado general. El silencio de la plaza, rebotante de gente que no osaba hacer ningún movimiento, resultaba sobrecogedor.

Inés clavó la vista en la cara tensa de Germán de Mendivil, esperando escuchar la fórmula protocolaria que sellara aquella pesadilla.

—¡Álava, Álava, Álava! —La voz de Pedro Echevarría, grave y alta, retumbó entre los arcos de la plaza—. Por la católica persona de nuestro rey y señor, José Bonaparte I, ¡que viva!

El movimiento de la tela, ondeando a izquierda y derecha, atrajo la atención de Inés, mientras el grito del general Merlín —¡viva!— se repetía en el acento extraño de aquellos a quienes los habitantes del país habían recibido hacía meses como amigos y que ahora mostraban el verdadero rostro de su llegada.

Con el eco de aquel grito resonando en sus oídos, Inés se escabulló antes de que los soldados rompieran la formación, intentando apresurarse para volver a la casa de su tío. Pero la premura por abandonar la plaza parecía común entre la muchedumbre, y en el arco de salida los empujones y codazos se hicieron inevitables.

Inés esperó con paciencia hasta que un hueco junto a la pared le permitió colarse con agilidad. Al salir a la plaza Vieja, la multitud de gente congregada le resultó abrumadora. Para disuadir altercados, varias columnas de soldados ocupaban la bajada desde la iglesia hasta la puerta de Santa Clara, que abría el paso al Camino Real de Castilla. Supuso que la mayoría de esas tropas procederían del vecino convento del mismo nombre, último edificio entregado a la intendencia francesa para alojar a los miles de soldados que llegaban en oleadas desde la frontera. Hacía siete años, cuando en la guerra de la Convención el ejército francés ocupó la ciudad, se habilitaron múltiples edificios para acogerlos: los conventos de San Francisco y Santo Domingo, la casa del conde del Bado, las lonjas frente a la colegiata, el hospital de Santa María y la sede de la Sociedad Vascongada. Pero esta vez, ni siquiera todos esos enormes edificios resultaban suficientes; y antes de que fueran los franceses quienes decidieran dónde y cómo alojarían a sus fuerzas, el Ayuntamiento había entregado, además, el nuevo hospital recién construido y aún no inaugurado, y el convento de Santa Clara.

En general, Inés de Mendivil no se tenía por persona miedosa ni apocada. En condiciones normales, unos pocos soldados franceses no la habrían intimidado; pero aquel día la tensión de lo acontecido parecía haber llenado el aire de una energía opresiva y nerviosa. Era como si todo el mundo temiera que en cualquier momento pudiera desatarse el caos.

Y ella, contraviniendo las más elementales normas de prudencia, había acudido sola a ver la proclamación. Pero no había podido evitarlo: estaba esperando en la casa como una fiera enjaulada a que su tío Germán regresara de las Juntas cuando había oído los ruidos metálicos procedentes de la zona alta de la calle, donde aquellas se habían reunido. Para entonces la inquietud llevaba horas devorándola, e incapaz de continuar esperando, se había lanzado a la calle para ver qué sucedía. Y ahora debía volver cuanto antes.

Tomó el chal negro con ambas manos y se cubrió la cabeza; había recibido ya

miradas curiosas de algunos soldados, y deseaba pasar tan desapercibida como fuera posible. Decidió bajar hacia el Mentirón arrimándose a las paredes de la plaza Nueva, procurando confundirse con la piedra gris de la misma, y unos minutos después accedía a la casa de los Mendívil.

Su tío aún tardó media hora más en llegar. Cuando por fin oyó sus pasos en el zaguán, Inés se puso en pie, aguardando. Germán de Mendívil apareció en el umbral del salón con aspecto exhausto, y acomodándose en su butaca preferida junto a la ventana, dejó caer la cabeza entre las manos. Inés se apresuró hacia él, arrodillándose mientras intentaba que su corazón dejara de latir como un tambor.

—¡Lo siento tanto, tío!

—Debí haberlo sabido —murmuró el hombre—. Desde que el rey Fernando se vio obligado a partir hacia Bayona debimos prepararnos para esto.

—Al menos no ha habido muertos —intentó consolarlo Inés.

Los ojos de Germán de Mendívil se nublaron al mirar a su sobrina. Se frotó el rostro y tomó una de las manos de la joven.

—Discúlpame por perder la compostura así, Inés. Tienes razón, al menos no ha habido que lamentar mayores desgracias. Eso fue lo que pretendimos al bajar a la calle.

—Lo comprendí al instante, al ver cómo les conducían hacia la plaza...

—No debiste salir —reprochó su tío con cansancio—. Podía haber sido peligroso.

—Lo sé, tío, pero tenía que saber qué sucedía. Cuando ha tenido que partir a las dos con tanta urgencia... —Suspiró y elevó la mirada hacia él—. Creí que ya estaba todo resuelto. ¿Qué ha pasado en la reunión?

A pesar de su preocupación, Germán de Mendívil sonrió con afecto al mirarla. Sus sobrinas eran la única familia que le quedaba, y daría su vida por ahorrarles el dolor de los tiempos que se avecinaban. Pero ocultarle la verdad a Inés no les ayudaría a ninguno de los dos. Ella era inteligente y valiente, y Germán necesitaba saber que comprendía la dolorosa decisión que había tenido que tomar.

—Cuando nos reunimos esta mañana a las diez —comenzó a explicar—, acordamos enviar dos emisarios a Vergara. Tenían que exponer a Bonaparte que la Junta no podía proclamar a nadie antes de que se hiciera en Madrid. Luego decidimos que Ballesteros y Jérica transmitieran al general Merlín nuestra decisión, y acordamos reunirnos de nuevo a las siete y media. Pero en cuanto Merlín escuchó que, lejos de acatar sus órdenes, pretendíamos tratar directamente con Bonaparte, montó en cólera y dijo que, si la proclamación no estaba hecha para las cuatro de la tarde, nos retendrían en el edificio hasta que cumpliéramos sus órdenes.

»Por eso tuve que salir corriendo a las dos. Decidimos reafirmarnos en la decisión, y así se lo hicimos saber, a pesar de sus amenazas. A las cuatro un cuerpo de granaderos intentó acceder a la sala donde nos hallábamos. Pero ni con ese intento de



intimidarnos por la fuerza habríamos cedido, si no nos hubieran contado que todas las fuerzas francesas se estaban reuniendo en la plaza Nueva y que el ambiente entre los ciudadanos era muy tenso. Entonces alguien recordó lo sucedido en Madrid a comienzos de mayo, y el temor de que algo parecido comenzara aquí, donde hay tantos soldados acantonados como habitantes, fue lo que nos hizo aceptar la proclamación.

—Y por eso les han conducido a la plaza como si fueran delincuentes, a punta de bayoneta —expresó Inés con furia apenas reprimida.

Su tío la contempló con serenidad. Tomó su mano entre las suyas, inspirando hondo ante lo que debía decirle.

—Esta es la verdad de lo que sucede, Inés. Nuestros fueros han sido abolidos, se nos ha impuesto un rey por la fuerza, y habremos de mantener este ejército invasor como a ellos se les antoje. Esa es la suerte que nos tienen reservada los franceses: plegarnos a sus designios sin oponer resistencia.

Algo en su tono hizo que Inés supiera, incluso antes de escucharlo, que su tío había tomado una decisión crucial. Trató de mostrar valentía al preguntar:

—¿Qué hará entonces usted, tío?

El hombre se levantó de la butaca y se dirigió hacia la ventana desde la que se divisaba la esquina de la plaza Nueva. Su decisión era firme; si dudaba en comunicársela a su sobrina era solo porque le costaba aceptar que tendría que separarse de ellas, de las hijas de su hermano, a las que había cuidado desde que quedaran huérfanas ocho años atrás. Pero ya no había vuelta atrás.

Se giró hacia la joven que, todavía arrodillada ante la butaca, lo contemplaba con entereza.

—Hay muchos asuntos que debo resolver antes de irme, pero una vez que solucione vuestro futuro, he decidido partir hacia Asturias.

Inés sintió que el corazón se le encogía.

—¿Se une a la sublevación, pues?

—Debo hacerlo. No puedo conformarme con esta ignominia. Sé que ya no soy joven, pero mi pasada experiencia en el ejército ha de ser de ayuda.

—La edad no ha de ser una rémora, tío —contestó ella con un ligero temblor y mucho orgullo en la mirada que contemplaba al hombre—. Aún no tiene cincuenta años.

Se hizo un instante de silencio.

—¿Lo apruebas entonces, Inés?

La nota de ansiedad, muy leve, habría pasado desapercibida para otra persona que no lo conociera como ella. Disimulando la angustia, Inés se levantó y se dirigió hacia él, enlazando su brazo con cariño.

—Tío, ni siquiera ha de considerar mi aprobación. Si su conciencia le dicta ese

camino, yo solo puedo apoyarlo.

Él palmeó su mano con afecto. Las arrugas alrededor de sus ojos parecieron hacerse más profundas.

—Pero seguir mi conciencia conllevará un inevitable egoísmo, mi niña. Sabes que las cosas tendrán que cambiar.

Claro que lo sabía...

—No se preocupe por nosotras, tío —intentó tranquilizarlo—. Sabré cuidar de mi hermana.

—No tengo dudas de que lo harás, como lo has hecho desde que tu padre murió. —Una sonrisa algo atormentada suavizó la tensa expresión del hombre—. Pero Inés, cuando me vaya, habréis de venir a residir a Vitoria, con vuestra tía Teresa.

La miró con cautela, intentando adivinar en el rostro impávido de su sobrina lo que pensaba de aquello. Pero por respeto a él, Inés tuvo cuidado de no demostrar la pena que la embargaba.

Ella quería a su tía Teresa; era la hermana menor de su madre, y tras morir el padre de Inés habían pasado en su casa de Vitoria algunas temporadas, y ella también las había visitado en Albizu. Era una mujer cariñosa y sencilla, y el afecto que ella y su marido sentían por Inés y su hermana era verdadero. Pero por mucho que Inés la quisiera, su vida estaba en el pueblo donde habían residido desde la muerte de su padre. Tener que abandonar su hogar, sus tierras, su libertad...

—Podríamos seguir en Albizu —aventuró al fin con poca convicción—. Conozco las montañas como la palma de mi mano, y el pueblo está alejado del camino real. Allí estaríamos a salvo de los franceses.

—No, Inés —negó su tío con pesar, pero sin dudas—. No puedo dejaros solas allí con Pascual y Elvira. Son ya muy mayores y están llenos de achaques, pero aún cuando fueran jóvenes, la situación será cada vez más insegura en el campo. Todo el rato llegan noticias de sublevaciones desde las provincias: La Coruña, Sevilla, el mismo Santander... Y los franceses no respetan nada a la hora de sofocar las revueltas.

—También podría haber una sublevación en Vitoria...

Germán volvió a negar con la cabeza, cruzando las manos a la espalda.

—El ejército acantonado en Vitoria es tan grande que no hay ninguna posibilidad de que aquí se inicie una revuelta. Estaréis mejor aquí.

—Entre enemigos —apuntó con una amargura infrecuente en ella.

—Pero a salvo. Si no supiera que vuestros tíos cuidarán de vosotras como si fuerais sus propias hijas no podría irme. Pero el cariño que Teresa os tiene es indudable, y sé que así lo harán.

Inés inspiró hondo, sabiendo que sus quejas no resolverían nada. Una suave melancolía tiñó su voz al hablar de nuevo.

—Así pues, los franceses no solo me arrebataron a mi padre sino que por su causa ahora también voy a perder la protección de la persona que nos ha cuidado y querido todos estos años. No sé cómo habré de reaccionar cuando los encuentre cara a cara en la ciudad.

—Con cautela, mi niña, como tu inteligencia te dictará. Confío en tu sensatez y tu sentido común para mantenerte al margen de problemas.

Una mueca amarga asomó al rostro de la joven.

—¿Usted va a luchar por honor, pero yo he de permanecer sentada sonriendo a los franceses cuando desearía verlos expulsados de nuestra tierra?

Germán de Mendivil apretó la mandíbula. Su propio dolor al tener que dejarlas era enorme, pero no había vuelta atrás. Se sentó en el sofá junto a ella.

—Valoro mucho tu valentía, Inés, pero hasta ahora nunca te ha conducido a comportarte de manera insensata. Desairar a los franceses sería necio y peligroso, y lo sabes. La ocupación de la ciudad es estratégica para ellos, y su estancia aquí va a ser larga. Y mientras los franceses sigan campando a sus anchas por esta tierra, tendrás que apartar tus sentimientos y dejar que la prudencia te guíe. Sé cauta, sé discreta, y cuida de ti y de tu hermana hasta que todo acabe.

—¿Y cuándo habrá de ser eso, tío? Los ejércitos franceses tienen ocupado Madrid y todas las tierras hasta Portugal. ¿Es que acaso podremos vencerlos con la sublevación de las regiones más alejadas de Madrid?

—Ten fe, Inés. Retener Madrid no es retener el país. Las provincias y aún los propios madrileños en mayo han demostrado que no aceptan la sumisión a un ejército extranjero, por muy imperial que sea. Los franceses descubrirán que necesitan mucho más que armas para conquistar esta tierra.

—Pero tienen muchas más fuerzas dispuestas a llegar. ¡Y pensar que ese intruso que se hace llamar rey llegará mañana mismo...! —exclamó con pasión, apretando los puños—. ¡Si yo pudiera...!

—Pero no hay nada que puedas hacer, Inés —cortó su tío, conmovido—. Y no hemos de dar vueltas a lo que no tiene solución. Esta noche dormiremos aquí, y mañana me encargaré de dejar atados los asuntos del testamento y la gestión de los arrendamientos. En cuanto estén resueltos, iremos a Albizu para preparar vuestro equipaje, y la semana que viene estaréis de vuelta en la ciudad, tal como he acordado con tu tía Teresa. Y ahora cuento contigo para explicar a tu hermana la noticia.

Inés inspiró hondo, intentando normalizar su respiración aún agitada. Si incluso había hablado con su tía, Germán no iba a echarse atrás. Durante todo el día, Inés había esperado un milagro, pero este no se había producido. Y ahora era tiempo de enfrentarse a los hechos y asumir que su vida había cambiado, tal vez para siempre.

—A ella le gusta vivir aquí, así que imagino que no debemos preocuparnos por cómo lo reciba —contestó con calma, sin querer disgustar aún más a su tío.

—¡Qué diferentes sois las dos! —exclamó él con una sonrisa afligida—. Tienes razón, no temo que Clara sufra como tú con la noticia, para ella esta situación no va a ser tan dura como para ti. Pero será temporal, Inés, lo prometo.

Inés contuvo las ganas de llorar que aquella promesa de su tío le provocaba, y sonrió con valentía mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla.

—Por supuesto, tío. Pronto terminará todo. Pronto venceremos.

# 1

De pie ante la sólida puerta del edificio de piedra gris donde residía la familia Acedo, Inés agitó una vez más la mano para despedir a su tío Germán, hasta que su figura alta y recia desapareció por el cantón que conducía hacia la iglesia de San Pedro.

—Espero que la habitación que os he asignado sea de vuestro agrado. —A sus espaldas, la voz afectuosa de su tía Teresa trató de captar su atención—. Aunque esté en el tercer piso, imaginaba que querríais ver algo de cielo, después de haber vivido tanto tiempo en Albizu. Pero si preferís una de las que hay en la planta principal, solo tenéis que decirlo.

—¡La habitación es preciosa, tía! —contestó Clara con entusiasmo—. Estaremos muy bien allí, ¿verdad, Inés?

Por un momento, la alegría de su hermana perturbó a Inés. Se limitó a asentir con la cabeza, mientras bajaba la mano y su mirada se perdía en el lugar por donde su tío había desaparecido. Una semana después de los hechos que habían alterado su tranquila existencia, y tal y como había planeado, Germán de Mendivil las había acompañado a Vitoria, a la casa que sus tíos Tomás de Acedo y Teresa Mendoza poseían en la calle Herrería, y frente a la cual acababan de separarse. Una despedida triste, pero Inés no se había permitido derramar ni una lágrima, sabiendo cuán doloroso habría resultado eso para su tío.

—No te preocupes más por él, cariño. Germán sabe defenderse. No le pasará nada.

Por algún extraño motivo, el tono suave de su tía acentuó su congoja. Esbozó una sonrisa que no pudo ocultar del todo su aflicción.

—Lo sé, tía. —Y consciente de que su voz había sonado algo vacilante, añadió con mayor firmeza—: Gracias.

Teresa de Mendivil la miró con comprensión, pero se limitó a darle un apretón cariñoso en la mano que reposaba junto a su costado.

—Subamos ya. En breve vendrán a visitarme unas amigas, y me gustaría presentároslas. Ven, Clara, acompáñame.

Tendió la mano hacia su sobrina menor, que tomó su brazo con cariño, y ambas se giraron para entrar en la casa. Antes de franquear el umbral, Clara volvió la cabeza hacia el exterior.

—¿No vienes?

Inés elevó un instante la mirada hacia la franja de cielo que los edificios de la estrecha calle permitían observar.

—Sí. En un momento.

Cruzando una mirada de cómplice resignación, su hermana y su tía desaparecieron en el interior del edificio. Inés apretó más el chal en torno a sí,

tratando de protegerse de la fina llovizna, apenas visible, que acabaría por empapar su cabello y sus ropas.

Porque, con lluvia o sin ella, había tomado una decisión.

Con un último vistazo hacia la casa para asegurarse de que nadie la miraba, echó a andar a paso veloz, en la misma dirección en la que había partido Germán de Mendívil.

Sabía que lo que estaba haciendo era una tontería, pero se dijo que nadie tenía por qué enterarse. La puerta de Santa Clara estaba apenas a dos minutos de la casa de los Acedo, y si apretaba el paso estaría de vuelta antes de que nadie se percatara de su ausencia.

Bajó el cantón, cruzó el espacio que se abría ante el pórtico sur de la iglesia, giró hacia la izquierda por las Cercas Altas en dirección al paseo del Mentirón, y cien metros después, la puerta estuvo ante su vista.

No le fue difícil distinguir a su tío; a aquellas horas de la mañana, eran muchas más las personas que acudían a la ciudad que las que salían de ella. Germán de Mendívil se hallaba detenido junto a uno de los centinelas, con la cabeza inclinada sobre unos papeles.

Aunque se hallaba lejos de él, Inés no quiso arriesgarse a que su tío la viera. Se arrimó a la pared, donde un grupo de chiquillos jugaba junto a un charco, arrojándose pelotas de barro, y los reprendió distraídamente cuando estuvieron a punto de alcanzarla; pero en realidad toda su atención estaba centrada en la escena que sucedía ante la puerta, donde Germán de Mendívil ya había recogido los papeles y cruzaba ante el centinela que se había apartado para franquearle el paso.

Aquella misma mañana, al entrar en Vitoria, un viejo conocido de su tío les había hablado de rumores sobre una derrota importante del ejército patriota. En una ciudad ocupada no era fácil obtener información veraz sobre lo que acontecía lejos de ella; pero, al parecer, los franceses —que nunca habían soñado que la resistencia ofrecida por el pueblo pudiera ser mucho más feroz que la que oponían los ejércitos españoles, pero que seguían convencidos de que, cuando aniquilaran a estos, esa resistencia se diluiría como un azucarillo en café hirviendo— estaban eufóricos con los resultados obtenidos en Medina de Rioseco.

Su tío Germán se había limitado a encogerse de hombros, asegurar que Dios sabría de qué parte ponerse y despedirse de su amigo. De camino a la casa de los Acedo, Inés le había preguntado sobre aquel tema, pero el hombre no había querido hablar sobre ello.

Y ahora, Inés no pudo evitar preguntarse si el sacrificio de su tío sería tan inútil como en aquellos momentos le parecía.

El recuerdo de aquella conversación la distrajo un momento; el suficiente para que, al cruzar Germán de Mendívil la puerta y volverse una última vez para

contemplar la ciudad que abandonaba, la viera apoyada contra la pared.

Inés se irguió casi de un salto, sintiéndose pillada en falta; incluso a la distancia a la que se encontraban, fue consciente de cuánto había perturbado a su tío verla. Alzó la mano en un gesto de despedida que pretendió ser intrascendente, y pensó en sonreír; pero sabía que no podría engañar a su tío, así que se limitó a deslizar la mano ante sí para posarla sobre su corazón, y mantuvo con firmeza la mirada del hombre, sin prestar atención a los grupos de soldados que cruzaban el espacio que los separaba; sin ver las mulas cargadas de sacos de cereales ni los carros atiborrados de verduras, vino o pescado; sin preocuparse por el chapoteo de los chiquillos en el charco o los gritos feroces de los carreteros que pretendían abrirse paso por entre la cada vez más bulliciosa plaza.

¿Cuánto transcurrió? ¿Segundos, minutos? A lo lejos, los ojos de su tío, clavados en ella, resultaban insondables, pero al fin su mano se alzó para colocarse sobre el corazón en un gesto similar al de su sobrina, y tras un levísimo asentimiento de cabeza, se dio la vuelta y desapareció entre la muchedumbre.

Y ya estaba.

Se había ido.

Inés dejó que el aire de sus pulmones escapara de golpe y, con la mirada aún fija en la puerta, se separó de la pared. Poco a poco, la lluvia y el griterío de la calle consiguieron abrirse paso hasta su conciencia, y la realidad se hizo presente de golpe.

Un inesperado sentimiento de desamparo la asaltó al contemplar la plaza. Había más soldados franceses de los que había percibido al llegar, y era evidente que aquel iba a ser el panorama habitual de su vida a partir de entonces. Conteniendo su desasosiego, alzó el chal sobre su cabello y, esquivando a los

chiquillos que seguían jugando y riendo, dio la vuelta para volver a la casa de sus tíos.

Apenas había rebasado aquel grupo cuando unos gritos estridentes la hicieron detenerse; pero aun antes de volverse por completo, supo que ella no era la destinataria de los mismos.

Justo en el lugar que había dejado libre, dos soldados se hallaban junto al grupo de niños, lanzando imprecaciones en un idioma desconocido mientras los chiquillos los miraban con ojos abiertos por el temor. Inés vio que uno de los hombres mostraba en el uniforme, sobre el pecho, la señal inconfundible de una bola de barro aplastada, cuyas salpicaduras habían alcanzado su rostro. Antes de ser consciente de lo que ocurría, el hombre dio un paso hacia delante, con el puño en alto, y los chiquillos echaron a correr espantados en todas direcciones, seguidos por los soldados.

Fue ese puño amenazante en alto el que hizo que Inés reaccionara. Echó a correr tras el hombre, que ya había enganchado a uno de los chiquillos, y se lo arrebató de las manos.

—¡Ha sido un accidente! —exclamó ante el gesto furibundo del hombre, escondiendo tras de sí al niño—. Solo estaban jugando. ¡Déjelo en paz!

Se irguió con tanta autoridad como pudo. Era esbelta y alta, pero aun estirada como estaba, el soldado le sacaba más de una cabeza. Algunos transeúntes se detuvieron, aguardando la reacción del hombre, pero aunque el soldado la miraba con indignación, no parecía saber qué hacer. Inés aprovechó su vacilación para sacar al chiquillo de detrás de sí y, dándole una palmada en la cabeza, le ordenó que se fuera a su casa.

Cuando el niño se alejó, la gente que los observaba comenzó a hacer lo mismo, viendo que aquel altercado no iba a pasar de unos cuantos gritos. Pero cuando Inés se giró para volver sobre sus pasos, el soldado alargó el brazo y la agarró.

El contacto asombró e indignó a Inés a partes iguales. Sacudió el brazo para liberarse, y de nuevo quedó frente a él. El hombre comenzó a vocear algo en algún idioma que no era francés, puesto que de serlo ella lo habría entendido perfectamente; debía de ser polaco, o tal vez prusiano, supuso. El ejército imperial estaba lleno de otras nacionalidades, además de la francesa. En cualquier caso, daba igual de dónde fuese, ella no iba a tolerar un comportamiento tan grosero en plena calle. Así que de nuevo se dio la vuelta para alejarse, pero en dos zancadas el hombre se colocó ante ella, cortando su retirada sin dejar de gesticular.

Inés se negaba a sentir temor en su propia tierra, pero en aquel momento no pudo evitar un ramalazo de inquietud. Echó un vistazo a los lados, pero las escasas personas que en aquel momento les prestaban atención no parecían dispuestas a intervenir. El soldado seguía vociferando, y su compañero se había acercado hasta colocarse a su espalda, dejándola sin posibilidad de un escape rápido. Pero Inés sabía que no había hecho nada malo defendiendo a unos niños, y no estaba dispuesta a tolerar aquella grosería.

Se irguió con dignidad y comenzó una explicación en francés, pero antes de acabar la primera frase, el hombre dio un paso hacia ella. Inés retrocedió por instinto, mientras el olor del vino alcanzaba sus sentidos, hasta que notó la mano del compañero en su hombro. Indignada, se revolvió de nuevo, escabulléndose hacia un lado, pero el hombre comenzó a gritar aún más alto mientras su compañero reía y avanzaba hacia ella. Inés trató de encarar la situación con frialdad, diciéndose que podía resolver aquello, pero la punzada de temor de su estómago pareció desmentir su valentía.

Y entonces, cuando ya valoraba si sus únicas posibilidades eran gritar o echar a correr, una chaqueta negra se interpuso en su campo de visión. Sorprendida, dio un paso hacia atrás para poner cierta distancia y alzó la cabeza para intentar contemplar el rostro del recién llegado. Pero lo único que su vista alcanzó fue su nuca, donde las puntas del corto cabello castaño no llegaban a tocar la camisa.



La llegada del desconocido pareció desconcertar al soldado, que permaneció en silencio. Mientras su compañero se acercaba, el recién llegado comenzó a decir algo en un tono tan bajo que Inés no fue capaz de entenderlo. Tras varios intercambios de frases, claramente disgustadas por parte de los soldados y tranquilas por la del desconocido, los soldados se despidieron a regañadientes, y mirándola indignados una última vez, se alejaron sin decir nada más.

Inés se sintió aliviada y algo tonta. Antes de poder reaccionar, el hombre se había agachado a sus pies, donde el chal que había resbalado desde sus hombros se extendía como una sombra oscura. Y cuando se incorporó con la prenda en la mano, una cabeza más alto que ella, con un rostro bronceado de facciones firmes y severas, Inés no pudo evitar sentirse atrapada por la intensidad de sus insólitos ojos grises, sagaces y fríos a un tiempo.

Bajó la vista hacia la prenda que el hombre le tendía, impresionada por aquella rigurosa mirada. Pero cuando dio un paso hacia él para recuperar su chal, el cuerpo del hombre se tensó como si lo hubieran golpeado y su rostro se contrajo en una mueca de desagrado.

El educado agradecimiento que Inés estaba a punto de formular murió en sus labios. Desconcertada, trató de recordar si conocía a aquel hombre de algo que justificara aquella reacción. Y justo cuando se contestó que no, pues de haberlo hecho no habría olvidado aquella inquietante mirada, un destello de rabia —o tal vez fuera dolor— crispó por una milésima de segundo el rostro del desconocido. Pero solo fue un instante, un relámpago fugaz; antes de que Inés pudiera comprender qué sucedía, la emoción ya había desaparecido, disuelta en la renacida frialdad de aquellos severos ojos.

El desconcierto de Inés se acentuó. No había hecho nada para enojarlo, de eso estaba segura, pero de repente aquel hombre la miraba como si ella lo hubiera ofendido. Molesta, arrebató de las manos del hombre el chal que este aún sostenía, dispuesta a irse cuanto antes, y su movimiento pareció despertar al desconocido.

—Fue una estupidez exponerse así —dijo con brusquedad, para estupor de la joven—. Una mujer que anda sola por la ciudad no puede pretender ser tratada como una dama. Vuelva a su casa.

Y antes de que ella pudiera replicar algo, inclinó la cabeza en un gesto breve y seco, y se fue.

Pasmada, Inés lo vio desaparecer tras el portal que daba acceso a la calle Herrería. La pronunciación de sus consonantes había sido tan suave como inconfundible.

Otro francés...

Con un movimiento seco y lleno de rabia se colocó el chal sobre los hombros y, tras pensarlo un segundo, lo subió hasta cubrir sus cabellos. Primero los soldados, luego aquel hombre ofensivo... La ciudad estaba llena de arrogantes franceses que

ahora incluso osaban decirle qué era lo que podía hacer y qué no. A ella, en su propia tierra. Un latigazo de cólera la recorrió de la cabeza a los pies, y solo el recuerdo de las palabras de su tío sobre la necesidad de emplear la prudencia y ocultar sus sentimientos hizo que pudiera controlar su furia. Además, llevaba demasiado tiempo fuera de casa y era probable que su tía y su hermana la hubieran echado en falta. Debía regresar sin más demora y, por supuesto, sin más altercados.

Pero cuando enfiló el camino de vuelta hacia el hogar de los Acedo, lo único en que podía pensar era en cuán difícil iba a resultarle vivir en aquella ciudad sin delatar sus sentimientos...

—¿Dónde te habías metido? Las amigas de nuestra tía ya han llegado. Nos están esperando.

Depositando el chal mojado en el suelo, Inés pasó ante su hermana.

—Se me ha ido el santo al cielo —contestó con aparente indiferencia.

Pero su hermana la conocía bien.

—¿Has ido a despedir al tío? —Inés sacó un vestido del armario sin contestar, y Clara dudó antes de seguir hablando—. La tía dice que aquí no podremos tener tanta libertad como en Albizu.

—Tengo veinticinco años, Clara. Soy mayor de edad. —Inés se giró y comenzó a soltar los corchetes del vestido—. Ayúdame a quitarme esta ropa.

—No debiste ir. —Su hermana se acercó hasta su espalda—. Estoy segura de que al tío no le ha hecho gracia. Y encima estás de peor humor que antes.

—Estoy triste por la despedida, pero se me pasará. Tú en cambio sí que pareces alegre.

—Bueno, preferiría haberme quedado en Albizu con el tío, pero si de veras no era posible y él debía marcharse, no tiene sentido lamentarse. —La joven terminó de soltar los corchetes, ayudó a su hermana a retirar las prendas mojadas y luego colocó el vestido seco sobre su cabeza—. Además, esta habitación es muy bonita y la tía se ha tomado muchas molestias para que estemos a gusto. No sería justo parecer descontentas.

Aquel disimulado reproche, en boca de su hermana menor, lastimó el orgullo de Inés. Pero ella no tenía por costumbre empecinarse en sus errores, y no necesitó mucha reflexión para comprender que Clara estaba en lo cierto.

—Tienes razón —aceptó al fin—. Estoy siendo muy desagradecida.

Una breve risa acogió su respuesta. Clara terminó de abrochar la espalda del vestido y le dio un rápido abrazo.

—Tú no sabes lo que es ser desagradecida. Y no te preocupes, Inés, aprenderemos a vivir con lo que el futuro nos depare.

—Por supuesto que sí. —A pesar de su aparente tranquilidad, sus ojos azules se oscurecieron con una emoción más turbulenta—. Pero preferiría que ningún francés

viviera en la casa. Creo que necesito algo más de tiempo para asimilar que están por todas partes.

Su hermana la contempló con triste simpatía.

—Aún te acuerdas de padre, ¿no es eso?

Inés se sentó ante el tocador y comenzó a recomponer su peinado. No había necesitado confesar a su hermana sus verdaderos sentimientos ante la situación; se conocían bien. Demasiado bien.

—Yo solo tenía cuatro años —continuó su hermana, tranquila—, así que supongo que para mí no fue tan duro. En realidad, creo que lo único que recuerdo de él es lo que tú me has contado. Pero para ti es diferente, por supuesto. —Vaciló un instante—. ¿Pensarás muy mal de mí si te confieso que no soy capaz de guardar rencor a los franceses por su muerte?

Con un nudo en la garganta, Inés permaneció mirando su imagen en el espejo.

—Guardar rencor no es bueno —dijo al fin—. Y yo no lo he conservado. Pero verlos invadiendo nuestra tierra de nuevo, y además tener que convivir con ellos... Me va a costar mucho soportarlo.

—Al menos el francés que se aloja aquí es un civil y no un militar —pretendió consolarla su hermana—. Y, según la tía, pasa tanto tiempo en el hospital que apenas lo veremos.

El pretendido consuelo solo consiguió su objetivo a medias. Inés apretó la mandíbula para contener el malestar que la embargaba.

—Sí. Aunque sea un civil que trabaja para el ejército francés. Pero supongo que eso es mejor que nada. —Se levantó y alisó la falda de su vestido, dispuesta a cambiar de tema—. Bueno, creo que ya podemos bajar a saludar a las amigas de nuestra tía. No quisiera que pensara que somos unas ingratas.

Ambas hermanas se tomaron del brazo y salieron de la habitación. La casa de sus tíos, situada en la calle Herrería, era un sólido y antiguo edificio de tres plantas. En la fachada principal, un enorme escudo de armas coronaba la entrada de doble arco de medio punto, y varios balcones adornados por grandes dovelas lo flanqueaban a ambos lados. En su parte posterior, orientada al oeste, otra hilera de balcones se abría sobre una plazuela. El conjunto resultaba armónico y sobrio; sus doscientos años de vida, sin embargo, se dejaban sentir en las corrientes que desde el recibidor se colaban por los pasillos y galerías de la casa. En verano a veces se agradecía el frescor que aportaban, pero aquel día de mediados de julio el frío viento del norte barría la ciudad desde el Gorbea, e Inés y Clara, con sus ligeros vestidos de verano, se apresuraron por los pasillos hacia la planta inferior.

Hallaron a su tía en la sala que utilizaba la familia para recogerse tras la cena, charlando con dos mujeres. La estancia resultaba más cálida que el solemne salón situado sobre la puerta principal, e Inés comprendió que aquellas mujeres debían de

ser amigas de mucha confianza para ser recibidas en la pequeña habitación.

—Buenos días —saludaron las hermanas con cortesía al entrar, conscientes de la curiosidad con que las allí reunidas las miraron.

—¡Ah, ya estáis aquí! —La sonrisa de su tía reflejó la mezcla de cariño y orgullo que sentía por ellas, y por un momento Inés se sintió culpable por sentirse tan a disgusto en la ciudad—. Permitidme que os presente: esta es Amalia Ochoa, una querida amiga. Esta noche traerá a su hija Beatriz para que la conozcáis. Y ella es Pilar Acedo, marquesa de Montehermoso y prima de mi marido. Tú tal vez la recuerdes de otras visitas, Inés.

La joven correspondió a la presentación con un gesto algo tenso y bajó la vista. Claro que recordaba haber conocido a la marquesa hacía algunos años; pero aún mejor recordaba que era la esposa de uno de los hombres que habían impulsado la proclamación que había cambiado sus vidas para siempre. Trató de ocultar su desagrado y tomó asiento junto a su tía, dispuesta a permanecer en silencio.

—La marquesa nos hablaba del baile que va a dar en honor del rey, queridas —las introdujo su tía en la conversación.

—¡Oh, pero no un baile, Teresa! Una pequeña fiesta para los amigos —protestó la marquesa con una voz cultivada y musical—. Si nada altera los planes del rey, la víspera de Santiago celebraremos su coronación. Por supuesto, tus sobrinas están incluidas en la invitación —añadió con amabilidad tras contemplar a ambas jóvenes con aprobación.

El ofrecimiento turbó a Inés. No quería incomodar a su tía ni ser ingrata, pero celebrar un evento que pretendía legitimar la infamia francesa era más de lo que se sentía capaz de soportar. Sin embargo, antes de poder buscar una excusa que no ofendiera a la marquesa, su hermana se le adelantó.

—Muchas gracias, señora. Estaremos encantadas de acudir. Es usted muy generosa.

La risa de la marquesa sonó tan agradable como su voz.

—Nada de eso; siendo las sobrinas de mi querida prima es como si fuéramos familia nosotras mismas.

Estupefacta, Inés dirigió a su hermana una mirada de reproche que ella no encontró. Clara atendía la conversación de las mujeres con discreción pero evidente interés, ajena por completo a su malestar. Porque, desde luego, Inés sentía un vivo malestar: si tener que vivir en la misma casa que un francés no era suficiente afrenta, ahora tendría que acudir a un baile repleto de oficiales. Apretó las manos que reposaban en su regazo e intentó disimular su desagrado. Aquella noche Clara y ella iban a tener una seria conversación; su hermana había tomado una decisión sin consultarla, algo que nunca sucedía, e Inés no pensaba dejar que aquella singular actuación se convirtiera en costumbre.

La aparición del mayordomo en la puerta, anunciando una visita, detuvo la conversación. Apenas un instante después, dos hombres magníficamente vestidos con casaca azul bordada en oro y pantalones blancos entraron en la estancia. La poca ceremonia que su tía empleó en recibirlos hizo que Inés comprendiera con disgusto que aquellos oficiales franceses eran visitantes asiduos de la casa.

—Sean bienvenidos, caballeros —saludó su tía, indicando con la mano las sillas apoyadas contra la pared.

Ambos hombres saludaron con una breve inclinación de cabeza.

—*Madame*, siempre es un placer acudir a esta casa —manifestó el más mayor de ambos con una sonrisa plácida, antes de volverse a contemplar a las hermanas—. Pero parece que hoy el placer es aún más delicioso.

—General Barrère, coronel Mouret —el orgullo en el rostro de Teresa Mendoza fue evidente—, permítanme que les presente a mis queridas sobrinas, Inés y Clara de Mendívil.

Inés extendió la mano sin sonreír. El general, un hombre de unos cincuenta años y cabello cano, se inclinó sobre ella con elegancia, y luego hizo lo propio con su hermana. Pero cuando fue el turno del hombre más joven de los dos, Inés encontró su mano retenida unos instantes.

—Ah, pero usted es cruel, *madame* Mendoza, manteniendo ocultas estas dos piedras preciosas que cualquier hombre desearía admirar sin prisa —manifestó con fingida pena sin apartar los ojos de su rostro ante el estupor de Inés.

Pero antes de que pudiera pensar en algo que replicar, el hombre liberó su mano y saludó a su hermana. Luego ambos tomaron asiento, el general a la derecha de Inés, y el coronel frente a ella, junto a la butaca que ocupaba Amalia Ochoa.

—¿Y qué nuevas nos traen hoy, general? —interpeló Pilar Acedo cuando los hombres se hubieron acomodado.

—Ah, *mon Dieu*, grandes y buenas nuevas, mis señoras. Hemos recibido información que confirma la gran victoria que nuestro ejército ha obtenido en Medina de Rioseco. El enemigo ha perdido más de tres mil hombres y Valladolid ha sido controlada. El camino de Castilla está asegurado para el rey José, y me atrevo a asegurarles que en breves días Santander también será ocupada, si no lo está ya a estas alturas.

La complacida arrogancia del general irritó a Inés, y antes de comprender su imprudencia espetó con mordacidad:

—¿Y Zaragoza? ¿También será ocupada en breve?

Inés sintió clavados sobre ella los ojos de su tía, asombrada y molesta por su tono vehemente. Pero el general, confundiendo sus motivos, sonrió con benevolencia.

—Por supuesto, *mademoiselle*, no tema. Los buenos oficios del general Verdier pronto rendirán la población, y antes de que acabe el año toda la España será

pacificada.

«Sometida», corrigió Inés para sus adentros con rabia, pero bajo la mirada admonitoria de su tía, esta vez se cuidó mucho de manifestarlo en voz alta. El general prosiguió dándoles detalles de la batalla y de los planes de llegada del rey a Madrid. Con un suspiro de enojo, Inés levantó la vista de su regazo. Entonces fue consciente de que la mirada del segundo hombre permanecía clavada en ella.

Inés tenía ya veinticinco años. Desde que, a los diez años, su padre muriera en la guerra de la Convención, había dejado de considerarse una niña. Ante la melancolía que había embargado a su madre, y con el apoyo de su tío paterno, había asumido sobre sus hombros la responsabilidad de llevar adelante su hogar. Germán de Mendivil se había licenciado del ejército y se había encargado de la gestión de las tierras de su padre, formando a Inés en todas las materias en que la hubiera formado de ser un muchacho. La administración de la finca y los arrendamientos eran para ella asunto diario, y para llevarlo adelante había aprendido a hacerse respetar, sin perder nunca la compostura y el aplomo que hacía que sus arrendatarios la obedecieran sin prestar atención al hecho de que fuera mujer.

Luego su madre había fallecido, y ella se había sentido aún más la cabeza de familia, aun cuando su responsabilidad solo alcanzara a una hermana seis años menor. Se consideraba una mujer tan razonable y sensata como audaz y resuelta. Sin embargo, el extraño brillo de los ojos de aquel hombre la hacía sentir incómoda, como una chiquilla asustadiza amenazada por un lobo hambriento.

Por eso, y porque era aún más enojoso que quien la incomodara de aquella manera fuera un francés, elevó la barbilla con orgullo mientras sostenía su mirada.

Pero, para su desconcierto, aquello tan solo pareció alentar al coronel Mouret. Bajo el cuidado bigote castaño, sus labios se alzaron en una lenta sonrisa que dio a su rostro un aspecto satisfecho. Permaneció contemplándola, pero esta vez algo parecido a un desafío relampagueó en aquellos ojos verdes, impenetrables bajo las marcadas cejas.

Un escalofrío recorrió la columna de Inés mientras desviaba la mirada de su rostro. Había realizado aquel gesto pretendiendo demostrar su desinterés, pero por la sonrisa del hombre no parecía haber conseguido su objetivo. Intentó concentrarse en la conversación, que al parecer había vuelto a recaer sobre el baile que la marquesa daría la víspera de Santiago. Por lo visto, según decía el general, ya nada podía evitar la entrada de José Bonaparte en Madrid y su coronación allí como rey de España.

—Por supuesto que tendremos un pequeño baile al final de la velada, general — estaba explicando la marquesa con su elegante sonrisa—. ¿Cómo podríamos celebrar de otra manera tan magno acontecimiento?

—Un excelente esquema, *madame* —aprobó él con evidente satisfacción—. Por mi parte puedo asegurarle que la idea será del mayor agrado para mis oficiales, ¿no es

así, Mouret?

El coronel no apartó la mirada de Inés al contestar.

—Por supuesto, general. Más aún si consigo que *mademoiselle* Inés me conceda el primer baile de la noche.

El asombrado silencio que siguió a la petición atronó en los oídos de la joven más que cualquier estruendo. La incisiva mirada seguía fija en ella, sin dar muestras de comprender lo poco adecuado que aquello era. Tratando de no mostrar su inquietud, Inés consiguió contestar:

—Gracias, coronel, pero no soy muy aficionada a bailar.

—Tal vez sea porque no ha bailado aún con la persona adecuada, *mademoiselle*.

—No lo creo.

La sonrisa de Mouret se amplió.

—En tal caso, no bailaremos. Me sentaré a su lado e intentaré satisfacer sus deseos. Tendrá en mí un esclavo para atender todos los caprichos que se le ocurran.

Poco habituada a ser objeto de galanterías, las atenciones del coronel desconcertaron a Inés.

—Realmente, Mouret —intervino la marquesa—, la muchacha parece haberle causado una gran impresión. Hace que las demás nos sintamos algo celosas.

—Usted sabe que mi devoción le pertenece, marquesa —contestó él con una sonrisa perezosa—, pero son tantos quienes reclaman su atención que me temo no ser capaz de continuar tan dolorosa espera. Y ella, *la belle* Inés, ¡ah, *mon Dieu!*

Cuando se volvió de nuevo hacia ella, la sonrisa ociosa del coronel había cambiado y contenía una especie de promesa que intranquilizó a Inés. De nuevo fue la marquesa quien acudió en su ayuda, solicitando la opinión del coronel sobre las invitaciones que habría de dirigir a sus hombres.

Al cabo de diez minutos, las visitantes dieron por terminada la conversación, y el general Barrere resolvió que podían acompañarlas en su camino hacia la parte más alta de la ciudad, donde se encontraba el palacio de Montehermoso. Pero cuando la puerta se cerró tras ellos, el alivio que Inés sintió se vio, sin embargo, empañado por la premonición de que la fascinación que aquel hombre parecía sentir podría acabar siendo un problema para ella.

—¡Me incomoda! —sentenció Inés con decisión, mientras la doncella colocaba las últimas horquillas en su cabello.

—Pues a mí no me disgustaría que un hombre me admirara así —rebatía su hermana en tono razonable y con cierto rastro de melancolía.

—No ese hombre —dijo con disgusto a la figura reflejada en el espejo. Cuando la doncella dio un paso atrás para contemplar el recogido, se giró en la silla—. Hay algo en su forma de mirar que me provoca escalofríos.

—Eso lo dices porque sabes que los hombres te consideran hermosa. —Clara se arrebujó en el chal—. Si tuvieras el rostro lleno de pecas y el pelo como el mío pensarías diferente.

—Pero ¿qué dices? —El asombro se reflejó en la mirada que dirigió a su hermana—. ¿Qué tienen que ver tus pecas y tu pelo?

—Pues está claro. Tu pelo negro es precioso, tu cutis es impecable y tus ojos son de un azul hermosísimo. En cambio, yo tengo el pelo de este color indefinido tan poco atractivo, los ojos marrones y la cara llena de pecas. Creo que salta a la vista la diferencia, ¿no?

La sorpresa hizo que las palabras que Inés buscaba no se formaran en su mente. Ella adoraba a su hermana y le parecía la joven más bonita que conocía. Permaneció contemplándola pasmada, y Clara continuó hablando.

—No es que me importe, porque me parezco a mamá y yo la quería mucho, pero solo digo que a mí no me disgustaría que un hombre tan atractivo como ese me admirara. Eso es todo —concluyó a la defensiva ante la expresión de su hermana.

—¡Es un francés! —exclamó Inés antes de poderlo evitar, y se levantó para sentarse junto a su hermana—. Y, además, ¿qué tontería es esta de la diferencia entre nosotras?

—Inés, esa no es manera de hablar a tu hermana —cortó su tía, entrando en la habitación y despidiendo a la doncella, que se apresuró a recoger las horquillas que habían quedado sobre el tocador. Cuando se quedaron a solas, Teresa Mendoza tomó una silla y la acercó a la cama donde sus sobrinas se sentaban—. Clara, no sé por qué piensas eso. Tienes un cabello precioso, suave y ondulado. Tu rostro es adorable, y tus ojos son tan expresivos que muchas veces sé lo que piensas antes de hablar. Cuando te ríes haces que todos tengamos ganas de reír contigo, y sí, te pareces mucho a tu madre, pero tú eres más dulce aún que mi querida hermana, que el Señor la tenga en su gloria. Estoy convencida de que habrá muchos hombres que te admirarán en el baile del próximo domingo.

—¿Usted cree? —preguntó la joven, cautelosa.

—Tía, el baile estará lleno de oficiales franceses —advirtió Inés con recelo.

—Por supuesto. Y bien apuestos y galantes que son, con esos uniformes tan elegantes y ese acento tan cautivador.

—¡Tía! —protestó escandalizada.

—También estarán presentes muchos de los mejores vecinos de la ciudad, cariño.

—Pero serán... serán... —Inés calló, presa de la frustración, sin atreverse a ofender a su tía dejando entrever cuánto le disgustaba la tibia actitud de parte de los mejores vecinos de la ciudad.

Pero, a pesar de callar, sus sentimientos fueron comprendidos a la perfección por su tía. Teresa la miró un largo instante con concentración, y al cabo de un rato se



volvió hacia Clara con gesto de disculpa.

—Cariño, acabo de recordar que he dejado el chal en la sala. ¿Podrías ir a buscarlo?

Su sobrina, confiada, se puso en pie.

—Por supuesto.

Inés aún miraba, distraída, la puerta por la que su hermana había salido cuando un carraspeo de su tía reclamó su atención.

—Bien, Inés, es evidente que has decidido sentir una fuerte antipatía hacia los franceses.

Aquella forma de abordar el tema descolocó a la joven.

—No, tía, yo no he decidido...

—Sí, cariño, lo has hecho. Y puedo comprender tus motivos. Pero hemos de ser realistas: se trata del poderoso ejército francés, y por mucho que el corazón te diga una cosa, debes considerar qué conseguirías teniéndolos por enemigos.

—No se trata del corazón, tía, sino de dignidad —contestó, sorprendida—. A pesar de sus buenas palabras y sus falsas promesas, los franceses han entrado a sangre y fuego en el país basándose en una mentira, y ya han demostrado que nada los frenará para imponer su gobierno.

—Y como nada los frenará, no tiene sentido oponerse.

—Discúlpeme, tía, pero eso es muy cínico.

—No es cínico sino realista. Y no pongas esa cara de disgusto. Tu tío Germán me ha encomendado que cuide de vosotras, y eso es lo que voy a hacer, incluso aunque tú no quieras. —Inés parpadeó ante la severidad del tono de su tía—. En esta casa, Inés, no habrá un gesto de reproche hacia los franceses. Ni hoy ni nunca. Me da igual lo que pienses de ellos en tu fuero interno o cuánto los odies, no les demostrarás ninguna animadversión.

—Pero, tía —farfulló, disgustada—, si todos hiciéramos lo mismo...

—Si todos hiciéramos lo mismo —cortó su tía, tajante— no habría muertos. Dar la vida por el trono de Fernando es algo más allá de cualquier sensatez. Si tanto quería su trono, que se hubiera quedado para luchar por él.

Los ojos de Inés se abrieron desmesuradamente; no podía dar crédito a las palabras de su tía.

—¡Se lo llevaron hacia Francia mediante engaños!

—Eso es lo que dice la gente, sí. Pero aunque saliera de Madrid engañado, cosa que dudo, estuvo aquí en abril, y entonces pudo escapar perfectamente. Una semana tuvo para tomar su decisión, y hasta el día de su partida pudo haberlo hecho. ¡Pero si incluso Rico el alguacil y Martín Susaeta cortaron los tirantes del carro y soltaron las mulas cuando iba a montar! Y, sin embargo, él prefirió seguir camino a Bayona como van los borregos al matadero... Claro que eso es lo que sucede cuando te dejas

aconsejar por gente como Escoiquiz o el del Infantado. En cualquier caso, reconozco que me alegro de que lo hiciera, pues si los granaderos que estaban en el cuartel de San Francisco llegan a intervenir todavía estaríamos limpiando la sangre de las calles. Pero eso no quita para que piense que el país está perfectamente sin todos ellos: sin Godoy, ni Carlos ni Fernando.

Jamás había escuchado Inés un discurso tan injurioso ni cercano a la traición, y que ese discurso proviniera nada menos que de su afable, sonriente y algo frívola tía Teresa, la pasmaba.

—Bonaparte le traicionó —fue cuanto acertó a contestar.

Pero su respuesta no halló crédito en su tía.

—Pues si de traiciones se trata, estaría hablando un maestro —replicó Teresa sin miramientos—. Qué engañados tiene a tantos, Fernando, «el deseado»... Si no fuera por lo que me ha contado mi cuñado Luis, supongo que yo también continuaría engañada. Pero siendo subsecretario, Luis conoce de primera mano lo que sucedió en El Escorial. Claro que el comportamiento de la reina María Luisa era una vergüenza para el país, ¡pero era su madre! ¿Qué hijo es capaz de traicionar así a sus padres...? En fin, no tiene sentido discutir sobre ello, Inés. Tu tío Germán se ha dejado llevar por el corazón para defender el trono de un rey que no lo merece, lo que a mí me parece una majadería; pero al margen de lo que yo piense, me ha encargado una cosa y no pienso fallar en ello. Así que, de nuevo te lo digo, no quiero en esta casa ni un mal gesto ni un reproche hacia los franceses. No voy a permitir que os pase nada.

Inés parpadeó, sorprendida tanto por la contundencia de su tía como por el contenido de su discurso. Había creído que sus tíos alojaban franceses en su casa obligados por el mando militar, pero no había imaginado que pudieran sentir simpatía por ellos. En ningún momento se había planteado que la causa de Fernando pudiera no ser justa o que los franceses pudieran ser una solución para el país. Lo único que sabía era que habían ocupado su tierra basándose en mentiras y mantenían la dominación con toda la crueldad que uno pudiera imaginar. Ni siquiera era posible plantearse algo más allá de eso.

Permaneció en un desconcertado silencio.

—Pero todo esto no hace sino reafirmarme en la idea de que yo estaba en lo cierto —prosiguió su tía con una sonrisa, como si su anterior gravedad no hubiera existido—. En infinidad de ocasiones le dije a Germán que era hora de pensar en tu matrimonio. Ahora lamento no haber insistido más en ello.

El inesperado cambio de tema acabó por desorientar a la joven por completo.

—¿Matrimonio? ¿Qué tiene eso que ver con todo lo que hemos hablado?

—Con lo que hemos hablado, tal vez nada. Con la situación en la que os encontraréis a partir de ahora, mucho —afirmó su tía con convicción—. Habéis vivido demasiado protegidas y aisladas en Albizu, y me temo que ahora que habéis

venido a Vitoria apenas sepáis cómo tomaros los avances que recibiréis. Tu hermana tiene razón, Inés —apuntó ante el gesto de incredulidad de su sobrina—, eres muy atractiva, y no es la menor parte de tu encanto que ni siquiera seas consciente de ello. Me temo que romperás muchos corazones en esta pequeña sociedad, pero me asusta que, de igual manera, el tuyo pueda sufrir.

Demasiado atónita por la frase de su tía, Inés no supo qué responder. En realidad, no necesitaba que nadie le dijera cómo era; ella sabía cómo era: inteligente, decidida, tenaz y testaruda

como su padre. Eso era lo que siempre decía su tío Germán. Cabalgaba mejor que cualquier pastor de la finca, cazaba con precisión y pescaba con paciencia. Nunca ningún hombre le había demostrado que viera en ella algo más que la arrendadora de sus tierras o su patrona. Y ahora su tía le decía que era hermosa.

Demasiado turbador para asimilarlo de golpe.

—En realidad te pareces mucho a tu abuela paterna —prosiguió su tía como si pudiera leer su pensamiento—. Tú eres algo más alta y esbelta, quizá, pero tienes el mismo tipo de encanto indefinible que hace que los hombres vuelvan la cabeza a vuestro paso.

«¿Volver la cabeza?». La mirada incrédula de Inés se reflejó en el espejo. Desconcertada, contempló su rostro ovalado, los pómulos altos y los grandes ojos de un azul turquesa que nunca le habían parecido meritorios. Seguían sin parecérselo. Si de algo se enorgullecía era de su rapidez con las cuentas, la agilidad con que saltaba sobre su montura o su habilidad para dirimir conflictos entre su gente. A su aspecto nunca le había prestado ninguna consideración. Y mucho menos había pensado en casarse. Su responsabilidad era ocuparse de sus tierras y su hermana. Sí que se había planteado que Clara debería contraer matrimonio, y se habría encargado de ello cuando llegara el momento. Pero ella, no. No tenía ninguna obligación de hacerlo, y tampoco había conocido nunca a ningún hombre cuya presencia la trastornara de tal modo que encontrara aceptable perder su libertad a cambio de... ¿de qué? ¿Qué podía aportar un hombre a alguien tan independiente como ella?

Y para ser justa, ¿qué podría aportarle ella a él?

Sacudió la cabeza y suspiró. La totalidad de la conversación con su tía la había sumido en una confusión absoluta.

—No sé qué decir, tía.

—Tranquila, mi niña. —Teresa rio con suavidad—. Reconozco que Germán os ha criado con sorprendente acierto, para ser un hombre. Pero es un hombre, y creo que a veces no sabía qué hacer con unas niñas como vosotras. Esa libertad que te ha dado, como si fueras un muchacho... A menudo le dije que debía permitirme ejercer más influencia femenina sobre vosotras, pero siempre fue reacio a dejar entrar a una mujer en sus dominios —concluyó con una carcajada, alargando la mano para tomar un chal

semioculto bajo la almohada de la cama—. Y ahora, bajemos de una vez. La cena está a punto de empezar, y tu hermana debe de estar volviéndose loca buscando esto.

Teresa se levantó y se dirigió hacia la puerta. A punto de salir tras ella, Inés se volvió para contemplarse de nuevo en el espejo. Su sencillo vestido blanco, ceñido bajo el pecho, caía libre, insinuando —tal vez demasiado, para su gusto— una figura grácil y delgada, y el recogido del cabello despejaba su nuca y mostraba un cuello y unos hombros definidos. Intentó mirar con ojo crítico, pero no era capaz de dar valor a la blancura de su piel, a la esbeltez de su porte o al hecho de que sus ojos azules brillaran decididos bajo las firmes cejas negras. No estaba acostumbrada a valorar su aspecto, y era difícil aprender a hacerlo ahora.

Se percató de que se había quedado sola, y se apresuró por el pasillo hacia la escalera que conducía a la planta inferior. Bajó los escalones con la mente aún en ebullición, pero a mitad de la escalera se detuvo, pensativa. La exagerada alabanza de su tía había de ser fruto del cariño que le tenía, ¿cómo iban a volver la cabeza los hombres por ella? Nadie lo hacía en Albizu.

¿O sí?

El recuerdo de su casa y sus tierras la llenó de lástima. Desechó los pensamientos sobre su aspecto, y permaneció quieta, acariciando distraídamente una pequeña muesca en la madera de la pulida barandilla. Lo que su tía había dicho, la censura del rey Fernando, lo desleal que se sentía para con su tío Germán simplemente escuchando aquello... Quería mucho a su tía Teresa, pero ¿cómo iba a poder vivir entre gente para la que la ocupación resultaba justificable?

Una puerta se abrió en el piso inferior y una amalgama de acentos franceses contestó al saludo jovial de su tía. Inés se estremeció. Ella no odiaba a los franceses porque sí, su animadversión no era abstracta, infundada. Tenía causa y motivos: una ocupación ilícita, inmoral y embustera; un poder militar arrogante, cruel e injusto. ¿Cómo olvidarlo?

Pero, pudiera olvidarlo o no, lo cierto era que iba a tener que disimular.

La puerta volvió a sonar y las voces se hicieron más nítidas. Inés comprendió que el grupo estaba a punto de dirigirse al comedor, y no quería atraer la atención sobre su persona apareciendo cuando ya estuvieran sentados. Así que se apresuró a descender el resto de escalones, y cuando solo faltaban tres, agarró el pasamanos para salvarlos de un salto, girando hacia la derecha.

Pero cuando estaba en el aire, vio al hombre que avanzaba hacia ella con la mirada fija en el suelo, aparecido de no sabía dónde. Demasiado tarde. En vez de aterrizar en el suelo, su cuerpo chocó contra una figura alta y fuerte. Y cuando él trastabilló, sorprendido, perdiendo el equilibrio por el impacto, y ambos cayeron contra la pared, sus horrorizados ojos encontraron la aún más horrorizada mirada gris que aquel hombre le dirigió.

Pero mientras el grito angustiado de Inés resonó en el pasillo, todo lo que él dijo fue:

—*Sacré Dieu!*

Inés cerró los ojos al comenzar a caer, y cuando los abrió se encontró a sí misma comprimida contra el cuerpo del hombre. Agitó la cabeza para apartar los mechones sueltos del peinado que le caían sobre los ojos, y a duras penas consiguió levantarla, convencida de que no era posible sentir mayor mortificación de la que ella sentía en aquellos momentos.

Lo había reconocido en el mismo instante de caer sobre él.

A escasos centímetros de su rostro, el aliento de aquel hombre rozó su frente, y las pupilas dilatadas que oscurecían el acerado gris de su iris la contemplaron con asombro. Y a pesar de su vergüenza, la mirada de Inés se detuvo, subyugada, en aquellos ojos en los que, junto al desconcierto, bullía de nuevo aquella emoción turbulenta que no era capaz de descifrar; y allí se quedó, clavada en aquella severa mirada que parecía hipnotizarla, sin ser capaz de atinar a hacer nada que no fuera sentir el latido del corazón del hombre golpeando su propio pecho.

Entonces él cerró los ojos con brusquedad, y un gesto de amargura se dibujó en su rostro. Ese movimiento sacó a Inés de su trance; todo lo embarazoso de lo sucedido se le representó de golpe, y tuvo que hacer acopio de toda su dignidad para evitar morirse de vergüenza allí mismo. Una puerta se abrió. Los pasos al fondo del pasillo le hicieron ser consciente de que los brazos del hombre reposaban aún sobre su espalda. Colocando las manos sobre el pecho del hombre, empujó para liberarse de su sujeción, y apenas había dado un paso hacia atrás cuando la figura de su tío apareció desde el salón al fondo del pasillo, seguida por los oficiales franceses que había conocido aquella mañana.

Pensando que acababa de dar una nueva extensión a la palabra humillación, alisó su vestido, explicando a nadie en concreto:

—He tropezado.

—Eso parece. —Su tío Tomás la miró con aspecto desconcertado, sin saber muy bien qué decir. Entonces el hombre también dio un paso hacia delante, separándose de la pared, y Tomás se dirigió a él—. Doctor Labat, veo que ya ha conocido a mi sobrina, Inés de Mendívil.

Adrien Labat recompuso su atuendo sin mirarla; de su rostro había desaparecido cualquier rastro de emoción.

—Es una forma de expresarlo —dijo con desinterés, dando un último manotazo a su chaqueta. Luego se dirigió a su anfitrión—. Me temo que llego algo tarde para la cena, *monsieur* Acedo. Por favor, les ruego que no me esperen para comenzar.

Y diciendo aquello, saludó a los presentes, rodeó a Inés sin mirarla y, sin ninguna señal de que la hubiera reconocido, desapareció tras una puerta situada frente a las escaleras.

Sentada a la mesa entre su tío y el coronel Mouret, el humor de Inés durante la cena era turbulento. El bochorno se había atenuado, sustituido por la irritación de encontrarse entre franceses. Estaba tensa y contrariada, y era normal en aquellas circunstancias, se dijo con decisión. Que el hombre que la había censurado con rudeza en la calle fuera el médico francés era una casualidad muy desagradable. Pero una pequeña parte de sí misma —a la que no quiso atender— le recordó que lo que había sentido al comprender que el hombre de la calle era francés no era rabia, sino decepción.

Siguió contemplando a su tío, tratando de prestar atención a sus palabras, hasta que la puerta a su espalda se abrió e Inés se giró.

Es que, debía reconocerlo, el doctor Labat no era en absoluto como habría esperado que fuera un médico francés.

Para empezar, era un hombre joven; unos treinta años de edad, calculó de un vistazo. Para seguir, la tensa musculatura sobre la que había caído podría ser perfectamente la de un soldado, y el aplomo con que se movía no conseguía ocultar el aura de alerta que lo rodeaba. Tenía la piel del rostro tan bronceada como los militares que veía a diario, sí; pero la ausencia de bigote y el cabello castaño muy corto lo diferenciaban de los oficiales franceses. Un hombre al que ella habría podido catalogar como... interesante, tal vez, de no haber sido por su origen.

Los severos ojos grises recorrieron la estancia sin detenerse en nadie en concreto, y tras pedir disculpas de nuevo a su anfitriona, tomó la silla vacía situada entre ella y Beatriz Sarriegui, y se sentó.

Inés volvió la vista hacia su tío, hasta que, al cabo de unos momentos, la anfitriona dejó de charlar con Labat para atender al invitado de su derecha, y todos imitaron su ejemplo.

—Llevo toda la cena esperando este momento con ansia, *mademoiselle* — comentó el coronel Mouret cuando ella se giró hacia la derecha.

Bajo su escrutinio, Inés se sintió vacilar. No estaba acostumbrada a ser objeto de galanterías ni lisonjas, y la incomodaban. Decidida a resultar poco interesante para aquel hombre, se limitó a dar tediosas respuestas a sus preguntas sin iniciar ningún tema. Pero cuanto más necia y simple procuraba sonar, más parecía divertirse él. Al cabo de un rato de continuas preguntas contestadas por inexpresivos monosílabos, él no parecía decepcionado en absoluto, pero Inés a duras penas conseguía contener su impaciencia.

—¿Cómo llegó a caer sobre *monsieur* Labat, *mademoiselle*?

Consciente de que nada de lo que inventara podría dotar ya de alguna dignidad a lo sucedido, se encogió de hombros.

—Pisé mal.

—¿Y aterrizó en sus brazos? Ah, qué hombre afortunado —contestó con una sonrisa burlona, elevando la copa de vino hacia el hombre situado a la derecha de la mesa.

Por encima del hombro de Beatriz Sarriegui, los imperturbables ojos de Adrien Labat encontraron los de Mouret. El médico alzó su copa de vino correspondiendo al brindis, pero a pesar de la deferencia del gesto, Inés creyó percibir que entre ambos hombres cruzaba una corriente de desagrado tan real como si fuera visible. Miró a uno y a otro alternativamente, sorprendida, pero el médico ya se había girado hacia su compañera de mesa, y Mouret volvió a dedicarse a ella.

Para su alivio, aunque el coronel siguió flirteando con ella el resto de la cena, pudo eludir sus galanteos sin mayores problemas; pero de cualquier manera, cuando Teresa Mendoza se levantó, dando por concluida la primera parte de la velada, no pudo evitar una sensación de alivio.

Mientras el mayordomo depositaba en la mesa una botella del mejor coñac francés de Tomás Acedo, las mujeres se dirigieron al salón. A pesar de ser el mes de julio, los criados habían encendido la chimenea, que caldeaba el aire que la persistente lluvia de aquel verano llenaba de humedad. Teresa y Amalia Ochoa se acomodaron frente a ella, y Clara las acompañó. Inés se dirigió a la ventana, donde la calle se desdibujaba tras la cortina de agua.

—Mi madre me ha dicho que antes de venir a Vitoria vivíais en Albizu. Imagino que echarás de menos tu hogar —comentó Beatriz Sarriegui con simpatía, acercándose a ella.

Inés dejó caer la cortina y se volvió para contemplar a aquella vivaz morena con la que había simpatizado al instante de conocerla.

—Está apenas a una hora de caballo. Siempre puedo acercarme, si la nostalgia es demasiada.

Beatriz le sonrió.

—Qué suerte que tus criados acepten cabalgar contigo. Los míos ya no se atreven, con la... *situación*.

Inés contempló con cierta curiosidad a la joven. La manera en que había remarcado la última palabra no le pasó desapercibida.

—En realidad no necesito que ningún criado me acompañe —contestó.

—¡Oh, pero no puedes cabalgar sola! —exclamó Beatriz, observándola con admiración.

—Ya lo creo que puedo. Hace años que voy y vengo sola desde Albizu.

Beatriz la contempló con asombro, y acto seguido rio con deleite.

—Estaba segura de que nos íbamos a llevar fabulosamente, y no me he equivocado. No puedo creer que te atrevas a cabalgar sola, pero es evidente que eres mucho más osada que yo. Me gusta. —Volvió a reír.



Su risa resultaba contagiosa, e Inés la observó con detenimiento. Beatriz parecía algo más joven que ella, algo más baja y algo más gruesa de formas. Su cabello era tan oscuro como el suyo propio, pero su piel era más cetrina, y sus pómulos más redondeados. Unas cejas finas enmarcaban unos irónicos ojos castaños, y la nariz era alta y respingona. Su sonrisa dotaba a su semblante de un aire travieso, e Inés se dio cuenta de que aquella joven le agradaba. Sonrió a su vez.

—Bueno, me alegro de que te guste. Lo cierto es que no tengo muchas amigas en Vitoria; la mayoría de ellas ya están casadas y viven en alguna de sus propiedades.

Los ojos de Beatriz chispearon con alegría.

—Entonces está decidido. Seremos amigas. —Y riendo de nuevo, la arrastró hacia dos sillas situadas junto a la pared—. Tengo que decirte que eres muy afortunada de vivir aquí. El francés que nos ha tocado a nosotros no es ni la mitad de interesante que el tuyo.

Aquel inesperado comentario sorprendió a Inés.

—Haces que parezca una rifa.

—Una rifa no, puesto que fue el gobernador quien lo decidió, pero sí una suerte. No puedes negar que es mucho mejor alojar a alguien como el doctor Labat que a un oficial joven y estúpido como Durand.

—No lo sé, puesto que no conozco a ningún Durand.

—¡Oh, solo es el botarate que alojamos nosotros! Un oficial novato y deseoso de congraciarse con los... indígenas —rió ante la palabra, pero casi al instante su sonrisa decayó—. Como si eso fuera posible...

Esta vez, la mirada que Beatriz posó en Inés fue más reveladora que cualquier palabra. Ya era la segunda vez que manifestaba alguna emoción relativa a la ocupación; Inés intuyó que estaba deseando hacerla partícipe de sus sentimientos.

—¿No te agrada la... situación? —Tentativamente, empleó la misma palabra que ella había utilizado.

La joven negó con la cabeza, mirando de reojo hacia donde las demás se hallaban sentadas.

—Mi primo dice que será nuestra ruina. —Bajó la voz—. Impuestos y más impuestos para pagar los ejércitos que destrozan nuestra tierra. ¿De qué viviremos al final?

Algo sorprendida por su confiada extroversión, Inés se quedó mirándola en silencio. Su falta de respuesta hizo que Beatriz vacilara.

—Aunque claro, no todo el mundo opina igual... —Escrutó el rostro de Inés con cautela.

Apretando los labios, Inés negó con la cabeza. No quería hablar sobre ello, pero la joven aguardaba una respuesta.

—Hace quince años mi padre murió en una incursión de los franceses. No seré yo

quien los defienda. Pero he prometido a mi tía no pronunciar una palabra contra ellos en esta casa.

—Ah, comprendo —manifestó Beatriz con alivio—. Entonces, ¿te resignas a esto?

Inés permaneció unos instantes en silencio. Su tía le había arrancado la promesa de que no hablaría mal de los franceses, pero tampoco se sentía capaz de quedarse de brazos cruzados mientras ellos pisoteaban su tierra con impunidad. No era una pregunta sencilla.

—No se trata de que me resigne —contestó al fin con cautela—. Pero no veo qué podría hacer yo.

—Bueno —Beatriz bajó la voz—, si alguien quiere hacer algo, siempre aparecen las oportunidades. De hecho, si estás de verdad interesada, podrías acompañarme a pasear alguna mañana. Conozco el sitio perfecto donde rezar para que las cosas cambien.

Con una sonrisa expectante, la joven aguardaba una respuesta, e Inés sostuvo su mirada obligándose a disimular su escepticismo; de ninguna de las maneras habría dicho que rezar fuera una actividad subversiva, por mucho que los franceses culparan a menudo a los curas y frailes de las algaradas de la población. Su mirada vagó hasta el lugar donde su tía charlaba plácidamente con su amiga; junto a ellas, Clara parecía tan feliz y tranquila... Inés sabía que sus tíos protegerían a su hermana pasara lo que pasase, de eso no tenía dudas. Y en su fuero interno, ella deseaba hacer algo.

Pero ¿rezar?

—No estoy segura —manifestó sin querer comprometerse.

—No es peligroso —añadió su amiga, creyendo que era el temor lo que la mantenía indecisa—. O no demasiado, al menos.

El escepticismo de Inés no disminuyó con aquel comentario; rezar para que los franceses fueran derrotados no le parecía especialmente útil. Ella creía, y rezaba, pero la vida le había demostrado que los milagros no sucedían.

Y en aquellos momentos, conseguir que los franceses se fueran parecía un verdadero milagro.

No, no pensaba que rezar fuera lo que exigían aquellas circunstancias. Pero, por otra parte, necesitaba creer que estaba haciendo algo, por poco que fuera, para que las cosas cambiaran. Además, trató de animarse, era una actividad que no pondría en peligro a nadie y no le haría incumplir lo prometido a su tía.

Y en cualquier caso, siempre sería mejor que quedarse en casa atendiendo las indeseadas visitas de los franceses.

—Está bien —decidió al fin, para regocijo de su nueva amiga—. Alguna de estas mañanas te acompañaré a... rezar.

Algo aburrido por la charla incesante de Justo Sarriegui, que mantenía a su anfitrión inmóvil junto a él, el general Barrere tomó su copa y se acercó a la silla donde Adrien Labat permanecía recostado, con los tobillos cruzados frente a él y expresión pensativa.

—¿Qué le sucede esta noche, Labat? Está muy silencioso.

Seguro de que el general conocía a la perfección sus dificultades, Adrien se limitó a contestar:

—Los contratiempos habituales.

El general apoyó el codo en la repisa de la chimenea y cruzó el tobillo relajadamente, haciendo girar el líquido de su copa.

—Monthion ha quedado gratamente impresionado con la organización de los hospitales desde Tolosa hasta aquí, Labat. Ha escrito una recomendación sobre usted en los términos más elogiosos. También Thouvenot me ha rogado que permanezca más tiempo en San Sebastián, pero a mi solicitud Trelliard le ha dicho que no era posible.

Adrien se encogió de hombros.

—Solo he hecho mi trabajo.

—Bueno, en cualquier caso, me alegro de que no me obliguen a prescindir de usted. El hospital es de las pocas cosas que funciona con cierta normalidad aquí.

—Y aun así, no dejo de pensar que podría funcionar mejor.

Barrere emitió una risilla y dio un trago a su copa.

—Usted siempre tan inconformista, Labat. —Dio un nuevo trago, y tras observar de reojo el grupo situado al otro lado de la sala, tomó asiento junto a él bajando la voz—. Bien. En cuanto al otro tema, ¿hay alguna novedad?

Con los codos en los brazos de la silla, Adrien juntó las yemas de los dedos. Su voz fue aún más tenue que la del general.

—Ninguna.

—¿Nada? O sea que ¿seguimos igual? ¿De verdad no hay nadie que quiera ser nuestro informador? De aquí a Tolosa, ¿nadie?

—Nadie que yo haya encontrado, general.

—¡Condenado país! —murmuró Barrere con impaciencia—. Morirán defendiendo a esos clérigos fanáticos que se aprovechan de su ignorancia. ¿Tampoco ha podido averiguar nada sobre los malhechores que asaltaron el correo cerca de Salinas?

Adrien negó con la cabeza.

—Pero ¿cómo es posible? —se preguntó el general con incredulidad, apurando de golpe su copa—. Si nadie lo hace por dinero, al menos alguien podrá irse de la lengua con un par de copas.

—Soy francés, general. No se fíen de mí.

—¡Bobadas! Usted ya vivía en este territorio mucho antes de que llegáramos, y como médico ha ayudado a mucha gente. Lo conocen, y confían en usted.

—A veces creo que ese es el único motivo por el que todavía conservo el cuello intacto —manifestó con negro humor—. En realidad, no encuentro colaboradores porque el pueblo no nos quiere aquí, general.

—Eso es un insulto, Labat. —La voz de Mouret sonó contundente a su espalda—. La masa del pueblo no nos es hostil. Los bandoleros no son más que desarrapados muertos de hambre que aprovechan cualquier excusa para robar y matar, y encuentro infame que un francés dé pábulo a los cuentos que lanzan.

La mirada de Adrien siguió el movimiento del hombre mientras se colocaba junto al general Barrere. Una de las comisuras de su boca se alzó levemente, pero conservó un tono neutro al responder:

—Usted es dado a percibir insultos en demasiadas cosas, Mouret. Si lo prefiere, lo diré de otra manera: no es que los habitantes se hayan rebelado frente al nuevo rey, sino frente a la forma en que estamos imponiendo nuestra administración.

—Los civiles no necesitan comprender las decisiones que un gran ejército como el nuestro ha de tomar —pronunció el aludido con arrogancia—. Lo civil sigue su vía y lo militar la suya.

—Celebro que esté de acuerdo conmigo, coronel. Supongo entonces que no tendré que volver a recordarle que yo soy un civil y que mis decisiones sobre los hospitales no pertenecen al ámbito militar.

El coronel se tensó visiblemente.

—No me refería a usted, Labat. En lo referente a sus malditos hospitales, sabe que está tan sometido a las órdenes del general como yo mismo.

—Del general, sí, Mouret. De usted, no.

—Caballeros, caballeros, por favor —intervino el general—, no discutamos frente a españoles. En nada ayudará a nuestra causa. Labat, sabe que si tiene cualquier problema con la administración del hospital procuraremos ayudarle. Sé bien que está desbordado de enfermos, pero tenga en cuenta que Mouret es el primero que desea que todo funcione a la perfección. Al fin y al cabo, es la vida de nuestros hombres.

—Por supuesto, general —se apresuró a contestar Mouret—. Labat sabe que haré cuanto esté en mi mano para ayudarle.

Adrien ignoró la manera en que Mouret sacó pecho ante Barrere.

—No solo es la vida de nuestros hombres, general —recordó con calma.

—No, ya conozco sus ideas, Labat. De hecho, su idea de etiquetar a los enfermos según la gravedad de su estado ha sido alabada por el propio mariscal.

—No ha sido mi idea. Me limito a aplicarla lo mejor que sé.

Al otro lado de la sala y tras terminar sus copas, los hombres se levantaron para acudir al salón, y el general los imitó.

—Bien, bien, muchacho, pues siga así. Si el hospital funciona bien, eso ha de hacernos ganar cierta confianza entre el pueblo, así que si necesita algo para los hospitales, dígamelo y tanto Mouret como yo le ayudaremos en lo que podamos. Y mientras tanto, continúe intentando averiguar algo. Necesitamos encontrar españoles que puedan informarnos de los movimientos de los *brigantes*. —Barrere se atusó el bigote y estiró la chaqueta sobre su cuerpo—. Y ahora, pasemos a disfrutar de la compañía de las hermosas damas que nos aguardan en el salón. No me negarán que la velada está siendo muy agradable. Muy agradable.

Sin esperar a que ninguno de los aludidos negara o afirmara nada, el general pasó entre ellos para unirse al anfitrión, alabando la calidad del coñac que habían consumido, y pronto todos se encaminaron hacia el salón, donde la velada concluiría con el lucimiento de las cualidades musicales de las jóvenes presentes.

Inés contempló a su hermana con orgullo. Su interpretación al piano no solo era técnicamente perfecta, sino llena de sentimiento. Pensó lo adorable que estaba, con la luz oscilante de la lámpara arrancando destellos dorados de su cabeza inclinada. Se había hecho mayor, a pesar de que su rostro infantil aún le hiciera creer a veces que era la pequeña que había jurado cuidar y proteger. En su mente, los seis años que las separaban eran la incontestable distancia que mediaba entre una niña y la adulta en que ella se había convertido por necesidad. En realidad, no recordaba haber sido ella misma una niña nunca.

Aquel pensamiento, lejos de entristecerla, reafirmó su voluntad de proteger a su hermana de todo peligro. Confiaba en sus tíos, por supuesto; pero cuidar y defender a Clara había sido, desde hacía ya muchos años, el centro de su vida, y no iba a renunciar a esa responsabilidad por el simple hecho de haberse trasladado a Vitoria.

Cuando su hermana se retiró, con una tímida sonrisa de agradecimiento, y Beatriz se dispuso a ocupar su lugar, la voz del coronel francés le hizo levantar la cabeza.

—¿No nos deleitará *mademoiselle* Inés con su interpretación, *madame*?

Inés se volvió hacia él. A pesar de que el coronel se había dirigido a su tía, era a ella a quien miraba, y era ella quien pensaba contestar.

—La música no ha formado parte de mi educación, coronel. No tengo el talento ni la inclinación necesarios para ello —manifestó con contundencia antes de que su tía se creyera en la necesidad de disfrazar aquella realidad.

Pero aquello no descolocó en absoluto al hombre, que rio con suavidad.

—*Eh bien*, todas las joyas, incluso las más preciadas, tienen alguna rareza. Ello las hace aún más especiales. Singulares. *Uniques*.

La evidente diversión del coronel impacientó a Inés. Ninguna de sus palabras parecía desalentar al hombre. Procuró sonar indiferente al contestar:

—Me halaga, coronel, pero no hay en mí nada especial que merezca tal elogio.

La sonrisa del coronel se acentuó.

—Pero yo lo veo, *mademoiselle*. Usted es una rara joya que pretende pasar inadvertida. Resulta inaccesible y distante, y eso me intriga.

El cuerpo del hombre se acercó a ella levemente, apenas unos centímetros, pero Inés no pudo evitar sobresaltarse.

—Escuchemos ahora a Beatriz —pronunció con tanta calma como pudo, tratando de disimular su inquietud, mientras las notas del piano comenzaban a elevarse sobre el murmullo de los invitados.

Pero cuando comenzó a volverse hacia el frente, su atención quedó atrapada por la dura mirada del hombre que, alejado del grupo donde ella se hallaba, escuchaba la interpretación. El médico francés, sentado junto a la pared al otro lado del salón, la observaba fijamente. El corazón de Inés dio un vuelco; en aquella mirada áspera no había ni un solo destello de simpatía. Nada que dulcificara su expresión severa e inflexible.

Apartó la vista con rapidez, mientras un relámpago de inesperado coraje la recorría de pies a cabeza. Desde luego que ella no había hecho nada para ganarse su desdén, pero si aquel hombre extraño la contemplaba como si fuera su enemiga, estaba en lo cierto, pensó elevando la barbilla con orgullo y centrando su atención en el piano. La enemistad era el único sentimiento posible entre invasores y agredidos. La aversión que él tan claramente demostraba era recíproca, se dijo, y ella no iba a hacer nada que pudiera cambiar aquel estado de cosas.

Siguiendo su costumbre, Adrien se había sentado en un lugar algo alejado, desde donde podía contemplar la sala y los asistentes a su antojo. Pudo comprobar desde el primer momento el encaprichamiento de Mouret con la sobrina de sus anfitriones. A ella no parecían agradaarle sus atenciones, pero él era un hombre persistente y, a juzgar por la forma en que lo miraban las mujeres del hospital, atractivo para el sexo opuesto. Tal vez ahora ella jugaba a resistirse, pero no dudaba que acabaría por suavizarse.

Permaneció observándola un buen rato, pensativo. Cuando, tras recoger su chal y tendérselo, ella se había acercado para tomarlo, se había sentido como si lo golpearan en la cabeza con una piedra. Su cabello, su piel, toda ella olía a violetas, y aquel familiar aroma le había arrastrado al pasado con violencia, y por unos interminables momentos fue como si los recuerdos cobraran vida: el lúgubre traqueteo de las ruedas del carro que se llevaba a sus padres, la desolación de buscar a Antoine sin encontrarlo, las lágrimas de Beatrice al explicarle lo sucedido mientras él se negaba con violencia a creer que nunca podría volver a verlos... Y, luego, apenas unos días después, los preciosos e inocentes ojos de Aimée, suplicando con desesperación una ayuda que él fue incapaz de prestar. La inesperada emoción le había pillado

desprevenido, después de tantos años, y había estado a punto de hacer saltar en pedazos el sólido muro tras el que había encerrado sus sentimientos.

Afortunadamente, al momento de alejarse de ella había podido recuperar el dominio de sí mismo. Pero aún se sentía extraño y confuso; y aunque prefería no tenerla cerca, intentó contemplarla con imparcialidad. Era comprensible que Mouret la persiguiera con insistencia; tenía un aire majestuoso y decidido que resultaba cautivador. Había algo muy atractivo en su aspecto seguro y resuelto, y resultaba difícil apartar la mirada de su magnífico rostro.

Entonces, la música comenzó, y de improviso ella clavó en él sus ojos extraordinarios, sugerentes. Adrien apretó la mandíbula y los puños para no delatar la extraña emoción que de nuevo lo había recorrido al mirarla. Ella lo contempló con apenas un destello de atención, antes de elevar la barbilla y volverse con indiferencia hacia el frente.

Adrien miró también hacia el lugar donde la hija de los Sarriegui tocaba, intentando reprimir el resquemor que lo embargaba. No sabía qué le sucedía, pero debía poner fin a aquello. Al menos, Mouret no se había percatado de la turbulenta manera en que había mirado a la joven. Parecía decidido a conseguirla, y Adrien no tenía intención de irritarlo aún más. El coronel podía ser un hombre engreído, y también envidioso, pero no era necio. Era bueno, muy bueno en lo que hacía, y Adrien sabía que, si se empeñaba, podía complicarle mucho la vida.

Y su sentido de la responsabilidad era demasiado acusado para arriesgar el éxito de su misión.

Cerró los ojos un instante, intentando deshacerse de la molesta sensación que ella le había provocado. Se recordó a sí mismo que estaba decidido a evitar cualquier enfrentamiento con Mouret. Se ocuparía de sus propios asuntos y dejaría que el coronel se ocupara de los suyos.

Aunque esos asuntos tuvieran un fascinante aire de seguridad, y unos seductores ojos azules, tentadores como el pecado.

### 3

Cuatro días después, Inés, seguida por una de las criadas de su tía y protegida por un parasol, ascendía la colina por el cantón más cercano a su casa. Aunque el camino era algo más empinado y estrecho que el que discurría junto a la colegiata, quería evitar los lugares en que los franceses habían establecido depósitos de armas y sitios de intendencia o vigilancia.

Alcanzó el punto más alto de la colina y se detuvo un instante para tomar aliento. La vista desde aquel lugar era privilegiada; por encima de la muralla interior y los tejados de las casas apiñadas sobre la ladera podía divisar los montes que conducían hacia Treviño y, más al oeste, hacia Castilla. Sonrió con algo de tristeza, imaginando que su vista alcanzaba su casa, oculta en los montes del Sur. Los últimos jirones de niebla matinal se desvanecían con rapidez, y el sol comenzaba a calentar con la fuerza del verano. Antes de ponerse en marcha de nuevo, inspiró con satisfacción el aire ya tibio. A pesar de estar en julio, desde su llegada a la ciudad era el primer día que veían el sol. La incesante lluvia las había mantenido prácticamente recluidas en casa, en una monotonía solo rota por las frecuentes visitas de las amigas de su tía, y las incluso más frecuentes visitas de los oficiales franceses.

Con ánimo renovado, comenzó a descender hacia el este, y en apenas doscientos metros llegó al convento de Santa Ana. Beatriz no le había dicho dónde la esperaría con exactitud. A esa hora aún temprana la calle ya bullía de actividad, e Inés tuvo que apartarse de un salto al paso de un carro cargado de lana. Se arrimó a la pared, y contempló el sólido muro que cerraba el contorno del convento. En un extremo del mismo, un arco de medio punto daba acceso a la iglesia. El sol bañaba la calle, evaporando la humedad que la niebla había depositado sobre los adoquines del suelo. El sonido de un telar comenzó en algún lugar a su espalda, y el estridente chirrido de una piedra de afilar lo acompañó desde otra dirección. Poco acostumbrada a la ruidosa vitalidad de la ciudad, Inés decidió esperar a su amiga dentro de la iglesia.

Al cabo de pocos minutos, mientras, sentada en un banco, contemplaba distraída el barroco retablo mayor, Beatriz entró en la pequeña nave, parpadeando al pasar de la luminosidad de la calle al oscuro interior. Inés la saludó, y su amiga acudió junto a ella.

—¡Cómo me alegro de que hayas venido! ¿No has tenido ningún contratiempo en el camino?

—Ninguno en absoluto. No deben ser más de quinientos metros los que hay desde la casa de mi tía.

—¡Qué afortunada eres! —suspiró su amiga con envidia—. Mi madre no me habría dejado acudir sola hasta tu casa. Si me deja venir aquí es solo porque vivo dos manzanas más allá.



—No he venido sola —replicó Inés—. Me ha acompañado Flora. —Señaló con la cabeza hacia la mujer que se sentaba tras ellas, junto a la puerta.

Su amiga se volvió, y luego susurró:

—Puedes despedirla. Yo suelo hacerlo con mi criada. Que venga a buscarte dentro de una hora. Es lo mejor.

Inés no veía la necesidad de hacerlo, pero como la joven insistió, se levantó para hablar con Flora. La mujer aceptó de buen grado el permiso, y pronto ambas se quedaron solas de nuevo en la iglesia.

—Creí que habría más gente —comentó Inés entre los bancos desiertos, volviendo junto a Beatriz.

Aquello provocó una pequeña risita en su amiga, que se levantó al momento.

—Y la habrá. Vamos —conminó con una sonrisa misteriosa, dirigiéndose a una puerta situada a la derecha del altar.

Aún escéptica, Inés la siguió. La puerta daba a un pasillo alargado y estrecho, al final del cual otra puerta desembocaba en un huerto rectangular, donde algunas mujeres vestidas con tocas blancas trabajaban la tierra, arrodilladas. El sol refulgía sobre sus niveas figuras, y en los frutales que casi tapaban el muro que las separaba de la calle se escuchaba trinar a los pájaros. La sensación de paz que se respiraba hizo que, por un instante, Inés se sintiera llena de tranquilidad y sosiego. Pero entonces las campanas de la colegiata comenzaron a repicar y el encanto del momento se desvaneció.

—¡Vamos, Inés! —la apuró su amiga al otro lado del terreno—. Ya es la hora.

Beatriz desapareció tras una puerta, y ella la siguió. Tras ascender un pequeño trecho de escalones se encontró en una sala de desnudas paredes de piedra sin encalar, sin ventanas ni más aberturas que la pesada puerta por la que entraron. El único mobiliario eran las toscas sillas de madera sobre las que varias mujeres se hallaban sentadas, aparentemente rezando.

Beatriz tomó una silla apoyada en la pared y la acercó al grupo, e Inés la imitó. Al cabo de pocos segundos, unos pasos se acercaron desde sus espaldas, y la puerta se cerró tras ellos.

Inés no rezaba, así que elevó la mirada hacia el recién llegado. Vestido con una sotana remendada en varios sitios, el hombre permaneció de pie observando a las presentes. Cuando sus ojos encontraron la mirada curiosa de Inés, una nota de desconcierto se reflejó en ellos, pero se recompuso al instante y se sentó sin prestarle más atención. Luego agachó la cabeza y juntó las manos en actitud piadosa. Inés lo observó con detenimiento; tenía la coronilla rala, cierta papada que daba a su rostro un aspecto abotargado, y una tripa prominente, pero a pesar de ello era muy posible que no tuviera más de treinta años.

¿Tal vez parecido al médico francés?

Aquella repentina —y absurda— asociación de ideas hizo que Inés se enfureciera consigo misma. Comenzó a rezar con resolución mientras intentaba sacar de su cabeza el recuerdo del hombre. La voz del cura proponiendo nuevas oraciones la ayudó a concentrarse en algo diferente. Rezó y rezó, pero su rezo fue bastante mecánico y poco devoto, y su mente acabó preguntándose qué demonios hacía ella allí sentada, mientras su tío estaría luchando a lomos de un caballo en las frías y solitarias montañas de Asturias.

Aún estuvieron así un buen rato, hasta que el cura dijo que podían comenzar la reunión.

A pesar de su escepticismo, Inés se mantuvo en un respetuoso silencio. No la habían presentado y nadie había preguntado nada. El grupo era heterogéneo: la mujer a su izquierda, de avanzada edad, tenía cabello blanco y semblante distinguido; la de la derecha, una mujer robusta y rubia, con grandes perlas alrededor de su grueso cuello, mostraba el inconfundible aire de una comerciante enriquecida. Otras dos parecían respetables matronas burguesas, tal vez familiares a juzgar por su parecido. Luego estaban Bea y ella, las más jóvenes.

Desde luego, una heterogénea mezcla de feligresas.

—Bien, escuchemos las últimas noticias —dijo el cura, desdoblando el papel que extrajo de la sotana—. El ejército de Dupont que entró en Andalucía se retiró tras saquear Córdoba. En algún punto del camino a Madrid se ha topado con parte de los ejércitos patriotas. No sabemos de cuántos hombres hablamos ni quién los comandaba, pero el encuentro se ha producido.

Las mujeres asintieron sin hablar, mientras Inés estuvo a punto de caerse de la silla por la sorpresa. ¿Lo había oído bien? ¿Aquel grupo de respetables y sosegadas mujeres compartía con el cura una información de los campos de batalla tan reciente como la que pudieran tener los propios oficiales franceses en aquel momento?

El cura continuó:

—En Zaragoza nos informan que...

Con la boca abierta, se giró hacia su amiga. Beatriz la contemplaba con expresión divertida y un brillo travieso en la mirada. Inés la miró con incertidumbre; evidentemente, había estado muy confundida sobre el carácter de aquella reunión.

Media hora más tarde, cuando salieron al cálido mediodía de julio, la sonrisa satisfecha de Beatriz lo decía todo.

—¿Qué piensas ahora? Te has quedado como muerta de la sorpresa.

—Sí —admitió Inés, todavía bastante confusa—. Lo reconozco, no pensé que hicierais nada más útil que rezar.

—Y rezamos.

—Sí, ya lo he visto. Pero no creí que hicierais otras cosas, como recaudar dinero.

—O coser capas.

—Sí. O coser capas. Muchas capas, por lo que he visto.

Su amiga se echó a reír.

—Serán muy útiles en cuanto pase agosto, te lo aseguro. Y ahora que lo has visto, ¿crees que querrás venir algún otro día?

La vacilación de Inés fue palpable. Aquello no era hablar mal de los franceses, pero no creía que aquella explicación fuera a convencer a su tía, si alguna vez se enteraba.

—Puede ser —manifestó al fin, sin comprometerse.

—Claro que vendrás. Será estupendo, ya lo verás —aseveró Beatriz comenzando a despedirse—. Y ahora me voy rápido, antes de que mi madre se ponga nerviosa. Si no nos vemos mañana después de misa, hasta la noche en el baile, ¿de acuerdo?

Hizo un gesto con la mano, y giró para alejarse calle abajo, seguida por su criada.

Inés abrió el parasol, hizo una señal a Flora, que la esperaba junto a una confitería, y con un suspiro tomó la dirección opuesta a aquella por la que había desaparecido Beatriz. Si podía escabullirse sin despertar las sospechas de su tía, volvería, claro; tanto para rezar como para coser. Nada de eso era lo que su temperamento pedía a gritos, pero al menos era algo.

Volvió la cabeza hacia el convento antes de girar por el cantón que ascendía la colina. A su temperamento le cuadraba mejor ser el correo que trajera aquellas cartas del campo de batalla o entregara las recaudaciones en las montañas. Al fin y al cabo, cabalgar y recorrer sus tierras era algo que llevaba haciendo desde que tenía diez años. Pero, siendo realista, tendría que conformarse con la aguja y los rezos.

Y ya era mucho más de lo que su tía le permitiría hacer, si se enteraba.

Entonces recordó que Beatriz había mencionado el baile y su ánimo se oscureció. Lo último que ella necesitaba era un baile lleno de franceses brindando a la salud de José Bonaparte. Un ramalazo de rabia la recorrió, y enfiló la subida con sombría determinación, pisando con fuerza el empedrado del camino, mientras una sonrisa amarga asomaba a sus labios; al menos podía imaginarse que estaba en el baile, y los adoquines eran los pies de los franceses con los que estaría obligada a bailar.

—Las medicinas de Durango llegarán el martes. ¿Estás conforme?

El boticario alzó las cejas en un gesto inquisitivo. Adrien repasó mentalmente las fechas.

—Perfecto.

El hombre asintió y continuó triturando en el almirez la mezcla de hierbas que estaba preparando. Al cabo de unos segundos, elevó de nuevo la mirada hacia Adrien.

—¿Y quién vendrá esta vez a ocuparse de la entrega? Supongo que el Rojo ya no podrá...

Adrien sostuvo su mirada con calma; no le había pasado desapercibida la ligera aprensión de su voz.

—No, me temo que el Rojo no podrá acercarse a la ciudad en mucho tiempo, después del último encontronazo en Oñate... Pero no te preocupes, será alguien de confianza. Lo reconocerás del modo habitual. —Y tras observar varios segundos al hombre mayor que, desde el otro lado del mostrador, lo contemplaba con estoicismo, añadió en tono persuasivo—: Sé que estás asumiendo un gran riesgo, Orive, pero necesitamos esos mapas.

—No tengo miedo por mí, francés —replicó el hombre tras encogerse de hombros, volviendo a su preparado—. Pero si nos encuentran puede caer mucha gente. Y esta semana la patrulla ha pasado dos veces ante la puerta.

Adrien depositó un saquito con monedas sobre el mostrador.

—No les interesa este sitio, sino el convento.

Mientras su interlocutor abría una tinaja a su espalda para esconder el saquito, Adrien se acercó al ventanuco situado junto a la puerta, desde donde se podía divisar la entrada al convento de Santa Ana. Mouret sospechaba de aquel convento, el único intramuros que no había sido ocupado por el ejército, pero aún no se había decidido a registrarlo. La abadesa, hermana de uno de los hombres que habían aceptado la llamada de Napoleón para redactar la Constitución de Bayona, estaba bien relacionada; y si las patrullas entraban en el convento y no encontraban nada, Mouret sabía que Barrere resolvería el escándalo mandándolo a proteger algún puente insignificante en algún lugar dejado de la mano de Dios.

Iba a girarse para regresar al mostrador y dar por terminada la visita cuando la vio.

Un gesto de desagrado se reflejó en el rostro de Adrien. Inés de Mendivil acababa de salir del convento con la hija de los Sarriegui, y en aquel lugar y en aquella compañía, era evidente que la arrogante joven había decidido meterse en líos.

La joven abrió el parasol, ocultando su rostro, y Adrien no pudo reprimir un sentimiento de inquietud. Si las investigaciones de Mouret seguían adelante, la ingenua insurgencia que se gestaba en aquel convento acabaría por ser desmantelada. Adrien todavía iba un paso por delante del coronel, pero no siempre podían salvarse todos los peones de una partida. Era posible que aquel convento acabara siendo uno de los sacrificados en favor de un bien mayor. Tal vez lo mejor que podía pasarle a la joven era que todo saliera a la luz antes de que se hubiera implicado más.

Y él podía hacer que eso sucediera.

Dudó un instante, a punto de salir de la tienda y seguirla, pero entonces recordó su firme propósito de no inmiscuirse en los asuntos de Mouret: ni militares ni sentimentales. El coronel tenía su misión y Adrien la suya, y no pensaba hacer nada que la retrasara o complicara. Cuando el boticario terminó el preparado, Adrien tomó

el pequeño paquete, se despidió del hombre y salió a la calle para descender el cantón camino del hospital.

Pero a punto de doblar la esquina, giró sobre sus talones para contemplar de nuevo la figura bajo la sombrilla azul, que, tras ascender a buen ritmo la colina, comenzaba a desaparecer tras el arco que daba acceso a la zona más alta de la ciudad.

Un desconocido malestar se le instaló en el pecho.

Sabía lo que sucedería si era descubierta.

Pero no era su problema.

Adrien tenía ya suficientes problemas y preocupaciones sin tener que pensar en la sobrina de sus anfitriones. Que, al fin y al cabo, era suficientemente mayor y resuelta como para vagar a sus anchas por la ciudad y meterse en líos a los que nadie la obligaba.

Con su belleza y su carácter podría haber tenido a sus pies a todos los notables y oficiales de la ciudad, y su situación sería cómoda y segura. Incluso si era descubierta, sus extraordinarios ojos, su porte y sus relaciones la ayudarían a salir casi indemne de aquello, tal vez conducida a Bayona o ni siquiera eso, tan solo retenida en San Sebastián.

La figura desapareció de la vista.

Adrien giró la esquina y avanzó por la calle, camino del hospital, intentando sacar a la joven de su mente.

No debía pensar en lo que podría pasarle o no. Solo tenía que preocuparse de llevar adelante su misión. Además, tal vez ella acabara recapacitando y comprendiera lo peligroso que podía ser mezclarse en una conspiración contra el ejército francés.

Pero, en cualquier caso, se reprochó con ardor, divisando la trasera del hospital, que recapacitara o no lo hiciera no era un asunto de su incumbencia. Daba igual que por unos instantes aquel maldito aroma de violetas hubiera puesto su mundo patas arriba. Por fortuna, aquel extraño momento había pasado y todo estaba otra vez en su sitio.

Y definitivamente, se dijo de nuevo, ella no era su problema.

Poco antes de la medianoche del domingo, el baile de celebración estaba en todo su apogeo. Inés desplegó de nuevo el abanico. Las puertas cristaleras que daban al hermoso jardín del palacio de Montehermoso estaban abiertas de par en par, y la suave brisa de la noche hacía revolotear las delicadas caídas de tela que las cercaban. En realidad, a pesar de que se abanicaba como si estuviera sofocada, no tenía calor, pero aquella era su excusa para rechazar algunas de las muchas invitaciones a bailar recibidas, y poder reflexionar un poco.

Le habría gustado salir a la terraza exterior, envuelta en los plateados reflejos que la luna creciente derramaba sobre la ciudad. Pero mientras Mouret rondara por allí no

iba a salir sola; y Clara, Beatriz, incluso su tía, parecían estar disfrutando tanto del baile que no se sentía capaz de aguarles la noche.

Tampoco era extraño disfrutarlo, pensó con amargura, si uno era capaz de olvidar lo que sucedía más allá del lujoso salón de paredes tapizadas en azul y oro. La subyugante música, la infinidad de pequeñas llamas reflejadas hasta el infinito en los grandes espejos dorados y el picante dulzor del champán servido en delicadas copas de cristal labrado hacían que fuera fácil olvidar que, fuera de los muros, un país saqueado y ocupado se desangraba lentamente.

Pero Inés no podía olvidarlo. Su tío Germán no estaría en aquellos momentos disfrutando de un baile; ni siquiera, probablemente, de una cama confortable. El hombre que la había criado lo había dejado todo para luchar contra los franceses, y ella no iba a olvidarlo.

Y, sin embargo, a pesar de su voluntad, de su determinación, los sentimientos de Inés eran menos inflexibles de lo que ella misma hubiera deseado; porque, a pesar de decirse una y otra vez que odiaba aquello, había tomado un par de copas de champán y había bailado varias veces con hombres que, de no ser franceses o partidarios de ellos, tal vez le habrían agradado. Tal vez. Y no quería sentirse así; era preferible saber que todos los franceses eran el enemigo, en vez de conocer sus nombres, el tono de su voz o escucharlos hablar de la familia que los aguardaba.

El joven oficial rubio de aspecto infantil que había bailado con ella se acercó con la copa de champán que le había solicitado. Inés no le ofreció sentarse junto a ella. Confraternizar tanto con el enemigo no estaba siendo buena idea, aunque no supiera bien cómo evitarlo en mitad de un baile repleto de ellos sin poner en evidencia a sus tíos.

Ni siquiera había acertado en la elección del atuendo. En un gesto que había pretendido ser desafiante, había colocado sobre su cabello una mantilla, en vez del tocado con una pequeña pluma que su tía había seleccionado. Tampoco aceptó lucir ninguna joya, ni adornos que engalanaran su sencillo vestido de seda blanca. Pero, ajena como era a su propio aspecto, no había tenido en cuenta que, de aquella manera, su belleza destacaba aún más en el conjunto de jóvenes damas ataviadas con recargados vestidos y complejos tocados, conforme al gusto francés imperante. Y para su consternación, solo había conseguido recibir múltiples halagos y requiebros alabando su exquisita presencia y su resuelto temperamento.

El joven oficial la contemplaba con bobalicona admiración. Lo peor de todo era que, en su fuero interno, una pequeñísima parte de sí misma se sentía satisfecha. Inés rechazaba aquel inoportuno sentimiento con todas sus fuerzas, pero no por ello desaparecía. Recordó las palabras de su tía al mencionar su desconocimiento del mundo en que se hallaban, y supo que eran ciertas, y que sería necesario emplear toda su sensatez para no perder la cabeza ante las lisonjas y adulaciones. Era solo que ella

tenía su corazoncito, y ser admirada de aquella manera, que los hombres alabaran una belleza de la que nunca había sido consciente, no podía dejarla indiferente.

Aunque no todos lo hicieran, se dijo con ironía al ver entrar en la sala al médico francés. Era la primera vez que lo veía desde el día de la cena, hacía una semana. Su aspecto era aún más formidable de lo que recordaba, y la tranquila autoridad que emanaba de él, desconcertante. Su figura, sobriamente vestida con casaca negra, pantalón blanco y chaleco en tono aguamarina, pareció opacar la de los oficiales con los que charlaba, a pesar de los espléndidos uniformes de gala que estos vestían.

Inés agitó su abanico con energía; había algo en aquel hombre que la incomodaba profundamente. Siempre la miraba con dureza, como si censurara todo cuanto ella hacía. Sin embargo, caer sobre él había sido un accidente. Y en cuanto al día en que se interpuso entre ella y los soldados franceses, ¿acaso era su culpa que aquel ejército estuviera lleno de patanes y borrachos?

Su conversación interior fue interrumpida por la llegada de uno de los oficiales con los que había estado charlando hacía un rato. El joven le solicitó el siguiente baile, e Inés dudó; le costaba aceptar con naturalidad aquella actividad frívola, le costaba charlar con franceses como si fuera de aquel salón nada estuviera sucediendo. Pero sabía que comportarse como el resto de los asistentes era la mejor manera de pasar desapercibida, así que aceptó la invitación.

Émile Roux era un joven tímido, algo ingenuo y poco hablador; desde luego, no sería uno de aquellos oficiales a quienes las damas requerían en sus salones por el ingenio de su charla o lo atrevido de sus aventuras. Sin embargo, las pocas cosas que dijo acabaron por perturbar a Inés. A falta de temas mundanos sobre los que charlar, el muchacho comenzó a hablar de su familia, e Inés no se sintió capaz de mostrar altivez cuando acabó por narrarle varias anécdotas sobre su traviesa hermana pequeña, a la que adoraba.

Cuando el baile concluyó, Roux la condujo hacia una silla. Se ofreció a traerle una copa e Inés aceptó casi sin pensar. Se alegraba de que la dejara a solas, pues se hallaba desconcertada. La dulzura con que el joven había hablado de su familia, la sencillez con que le había contado cuánto les echaba de menos, habían acabado por conmovérsela. ¡Pero si incluso había reído cuando él, entre bromas, le contó que la muchacha con la que pretendía desposarse le había dejado por un hombre que había heredado una vaquería!

Aquello no podía ser. Su mirada vagó por la sala, en busca de su hermana o de su tía, pero no las vio. Al único que vio fue de nuevo a Adrien Labat, que seguía charlando, perfectamente ajeno a ella. Un súbito malestar recorrió su cuerpo al recordar la mirada agria que le había dirigido al entrar en la sala. Entonces, como si hubiera leído su pensamiento, el médico alzó la vista hacia ella, y el malestar de Inés se transformó en opresión. Y cuando los ojos grises se detuvieron en ella, severos e

inflexibles, sintió que si seguía allí gritaría. Cerró el abanico con un golpe seco de muñeca y buscó alguna escapatoria. Descartado salir a la terraza, vio el corredor que se abría a la derecha de la sala, se levantó y salió apresuradamente.

Adrien siguió su partida con una extraña mezcla de rabia y alivio. Había llegado hacía menos de media hora al baile, y al poco de entrar en la sala su mirada la había encontrado sin pretenderlo; bailaba con un oficial que la contemplaba admirado, pero ella mantenía la misma pose fría y distante que solía emplear. A pesar de ello, se había quedado mirándola un largo rato, como muchos de los presentes, pues su presencia era realmente cautivadora. Pero cuando uno de los oficiales que había acudido a investigar el último ataque de los brigantes en la zona cercana a Oñate lo había llamado, se había dado media vuelta y acercado al grupo sin pensar más.

Sin embargo, después de un buen rato de conversación había sucedido algo: ella había reído. Incluso desde la distancia a la que se encontraba, había sabido que se trataba de ella; su risa grave, contagiosa, profunda como un abismo le había alcanzado con la precisión de un rayo. Y se había enfurecido.

Desconcertado por su propia reacción, que no tenía ningún sentido, se había mantenido obstinadamente fijo en la charla de aquel grupo. Pero después de mucho resistirse, la tentación había vencido, y había levantado la cabeza para encontrarla a través de la multitud, sentada con su sencillo vestido de seda blanca y una mantilla por todo adorno, erguida y orgullosa. Y al darse cuenta de que él la miraba, ella se había levantado con presteza y había abandonado la sala.

Una extraña emoción se extendió por el interior de Adrien. Se dio cuenta de que sabía lo esbelta que era su cintura, cómo el ligero peso de su cuerpo se amoldaba al suyo o que su piel olía a violetas, pero no sabía lo que era recibir una palabra suya. Jamás le había dirigido la palabra.

«Y qué más da si me detesta», se dijo con desapego al ver que Mouret, echando un vistazo disimulado sobre su hombro, seguía el camino que ella había tomado. El coronel estaba con el general Barrere cuando Adrien había llegado al palacio; le había visto beber dos copas rebosantes de oporto en exactamente cuatro tragos. Aquella noche lucía sus mejores galas, y parecía exultante y muy seguro de sí mismo.

Adrien continuó contemplando la puerta por la que ambos habían desaparecido. Si ambos tenían una cita no era de su incumbencia.

Y si no la tenían, tampoco lo era.

Se recordó con vehemencia su firme propósito de no inmiscuirse. Sus motivos eran importantes y su misión requería toda su atención. No había en su vida nada más trascendental que el cumplimiento de su deber. Apretó la mandíbula con decisión al recordar la risa grave de la joven, y se giró hacia el grupo que solicitaba su opinión.

Definitivamente, y de una vez por todas, ella no era su problema.



Inés empujó la puerta con suavidad y al comprobar que la salita estaba vacía se deslizó dentro. Era extraño encontrar un rincón que no estuviera invadido por invitados riendo alegres. Pero, sobre todo, era un alivio.

Se acercó a la ventana, sorteando el bastidor que sostenía una tela a medio bordar. El cristal reflejaba la luz de las lámparas que alumbraban la habitación, reduciendo el exterior a una oscuridad impenetrable. La misma oscuridad que parecía haberse adueñado de su mente.

Había salido corriendo de la sala. Huyendo, rectificó con sinceridad y un toque de resignación. Pero ¿por qué? ¿Qué le había sucedido para necesitar irse así? No era capaz de entenderlo.

Pero el pequeño diablillo que anidaba en su conciencia se rio

a carcajadas: claro que era capaz de entenderlo. Las cosas no estaban saliendo como ella esperaba. Seguía detestando la ocupación francesa sin ninguna duda. Pero cuando el joven Roux había comenzado a hablarle de la granja de su familia, de sus deseos de volver para abrazar a su hermana pequeña, de sus sueños de futuro, por un fugaz instante había dejado de ver al enemigo francés para reparar en el joven segundón que, esperanzado, había optado por el ejército en busca de un porvenir honorable. Igual le había sucedido con Durand y el evidente y desesperado anhelo con que miraba a Beatriz. Era como si, con sus primeras palabras, todos ellos eclosionaran desde la masa de casacas azules, anónima e ignorada, para surgir como individuos, como personas, como seres humanos únicos y reconocibles que apelaban a la conciencia de Inés. Y eso era algo que ella no iba a permitirse. No quería. No podía.

Un suspiro de derrota escapó de sus labios.

Se le pasaría, se dijo.

Tenía que pasársele.

Distraída en sus reflexiones, no se percató de que alguien había entrado en la sala hasta que Mouret cerró la puerta a su espalda.

—*La belle* Inés... —murmuró el coronel con una sonrisa, acercándose a ella con lentitud.

Inés se giró sobresaltada. Al ver al recién llegado se le cayó el alma a los pies. Lo último que necesitaba en aquellos momentos era ser objeto de su galantería.

—Coronel Mouret —intentó sonar despreocupada, pero no consiguió sonreír—. Ahora precisamente iba a volver al baile.

Trató de pasar con agilidad por su lado, pero él la detuvo tomando su brazo.

—No tenga prisa, *mademoiselle*. Hace mucho que espero la oportunidad de encontrarla a solas, y al fin mi sueño se ha cumplido. Tal vez ahora pueda expresarle la profunda admiración que siento por usted.

Cuando el hombre se inclinó para besar su mano con fervor, el aroma dulzón del

oportuno alcanzó de lleno a Inés. No fue capaz de ocultar su inquietud.

—Esto no es adecuado en absoluto, coronel.

Su protesta curvó los labios del hombre en una lenta sonrisa.

—Nada de lo que usted y yo hagamos será nunca inadecuado.

Dio un paso hacia ella, que retrocedió alarmada.

—Coronel, debo volver al baile. Déjeme salir.

Pero su petición no fue atendida. En un gesto rápido y certero, Mouret la tomó por la cintura, e Inés estuvo a punto de perder el equilibrio. Apoyó las manos en el pecho del hombre e intentó apartarlo, pero la fortaleza con que la sujetaba era muy superior a sus fuerzas.

—¡Suélteme! —protestó furiosa, mientras seguía intentando separar al hombre—. Coronel, si no me suelta gritaré.

Una risa complacida fue la recompensa de todo su esfuerzo.

—Eres como una hermosa fiera, tan peligrosa como bella, tan apasionada e indomable... —susurró junto a su oído.

Y acercándola más a sí, se inclinó sobre ella.

El suave contacto de su boca pilló a Inés desprevenida. Intentó liberarse, apartar la cara, pero fue inútil. El brazo del coronel sujetaba su espalda y ella no tenía fuerzas para quitárselo de encima.

Cuando él se separó por fin, sus ojos tenían un brillo satisfecho y posesivo. Inés lo contempló colérica, con los ojos muy abiertos por la furia, y mantuvo la vista clavada en él con decisión cuando levantó la mano para abofetearlo con todas sus fuerzas.

—¡Jamás vuelva a hacer eso! —siseó entre dientes con rabia, mientras él, sorprendido y ligeramente divertido, se tocaba la mejilla golpeada—. ¡Jamás vuelva a tocarme! ¡Malditos franceses! Yo no soy un trozo más de esta tierra con el que pueda hacer lo que le venga en gana sin encontrar quien le pare. En su arrogancia se han creído que pueden insultarnos y humillarnos, y que nosotros nos doblegaremos sin luchar, pero pronto descubrirán que están muy equivocados, y que el infierno es un lugar más agradable que esta tierra que pretenden ocupar.

La rabia que destilaba la voz de Inés hizo que Mouret se sintiera desafiado, y su inicial diversión se trocó en una firme determinación de someterla. Agarró los brazos de la joven y los mantuvo a su espalda mientras de nuevo posaba los labios sobre su boca.

El grito de Inés murió en su garganta, ahogado por la presión de aquella boca implacable, pero ella no se dio por vencida. Contando hasta tres, cerró los ojos y reunió todas sus fuerzas para inclinarse hacia él y levantar la rodilla con violencia. En el mismo instante en que la puerta se abría, el extraño sonido que escapó de la garganta de Mouret le hizo comprender que había impactado en su objetivo. Entonces

él se dobló hacia delante, soltándola, e Inés aprovechó para salir corriendo de la habitación, sin detenerse a contemplar a los recién llegados, que desde el umbral de la puerta la vieron alejarse con sentimientos muy diferentes; con asombro, fastidio y contrariedad, el general Barrere, y con renuente admiración, Adrien Labat.

Adrien estaba seguro de que acabaría arrepintiéndose de aquello; el sentido común que siempre le había caracterizado parecía ausentarse cuando se trataba de ella. Sin saber siquiera qué le había impulsado, había seguido a Mouret hasta la sala de costura y escuchado con el oído pegado a la puerta. El recibimiento de la joven puso de relieve sus recelos, y Adrien tuvo que pensar rápido. Si él intervenía directamente, estaría asumiendo demasiado riesgo: Mouret transformaría su actual y mutuo desagrado en algo más personal.

Rápidamente comprendió que solo la presencia del general le ofrecería alguna protección, así que recordando que Barrere continuaba en la sala de naipes, había interrumpido su reunión para solicitarle que lo acompañara, ya que debía exponerle un asunto urgente. El general lo había seguido sin reticencias, y ahora permanecía asombrado en el umbral de la sala, sin un solo pensamiento para lo que Adrien tenía que comentarle. Pero este se recordó que tendría que inventar una buena excusa para cuando el general se recuperara de la impresión.

Cerró la puerta con suavidad, y el sonido pareció sacar a Barrere de su estupefacción.

—Pero, bueno, Mouret, ¡qué diablos...! ¿Se puede saber qué estaba haciendo?

Aún encorvado y resoplando, el coronel elevó hacia ellos una mirada turbia.

—Nada, mi general. Ha sido... No ha sido nada.

—¡Nada! Pero esa joven... le ha golpeado en... *Mon Dieu!* —Sacó un pañuelo del bolsillo de su casaca y se secó la frente—. Mouret, esa joven era la sobrina de *monsieur* Acedo, ¿acaso se estaba propasando con ella?

—No, mi general —contestó con esfuerzo, enderezándose. Intentó cuadrarse con dignidad, pero su rostro denotaba aún el dolor que sentía—. Ha sido un malentendido, mi general.

—¡Un malentendido! ¡Excelente eufemismo! —Barrere guardó el pañuelo, intentando contener su enfado—. No estamos sobrados de partidarios en esta tierra, y abusar de la sobrina de uno de ellos no nos va a hacer precisamente populares. Es algo muy imprudente, Mouret. Necesitamos que esta región se mantenga pacífica, y usted... En fin, ya me veo mañana la visita de su tío y de los miembros del Ayuntamiento. —Aquella imagen le provocó un largo estremecimiento. Tomó asiento y se quedó mirándolo de nuevo—. Ha sido una torpeza, Mouret, y más ahora, con lo que hemos escuchado de Bailén. Una torpeza enorme.

—No quise causar ninguna problema, general —se defendió el coronel, con el rostro congestionado por el dolor y la vergüenza—. No iba a... Pero cuando nos insultó...

—¿Y eso cuándo fue, antes o después de que se lanzara sobre ella? —cortó el

general con impaciencia—. ¡No diga tonterías, Mouret!

—Nos llamó malditos franceses, general —insistió Mouret.

—¿Y qué esperaba que dijera, si se abalanzó sobre ella como una bestia?

—Yo no me abalancé...

—Dejémoslo ya, coronel. —Barrere hizo un gesto con la mano para detener sus explicaciones—. El tío de esa muchacha es uno de nuestros partidarios, y sobre todo es primo del marqués. Si se le antoja, es capaz de pedir mi cabeza en una bandeja. En estos momentos tenemos en esta ciudad casi seis mil hombres, y necesitamos mantenerla tranquila y leal. Si las noticias que han llegado de Madrid son ciertas, es probable que la Corte tenga que marcharse de allí, y necesitarán apoyo para mantener las comunicaciones en la retirada. Cada vez tenemos más problemas con los bandidos que atacan nuestro correo, y lo último que quiero es tener que preocuparme también de lo que sucede dentro de estas murallas. Así que discúlpese con ella, y si no quiere volver a verlo, no se le ocurra acercarse de nuevo —terminó con decisión, cortando su gesto de protesta con la mano—. Es una orden, coronel. Retírese.

Con el rostro enrojecido, Mouret inclinó la cabeza con rigidez en señal de acatamiento y se dispuso a salir de la sala. Al llegar a la puerta, pareció percatarse de la presencia de Adrien. Su mirada se clavó en él, llena de desconfianza; la que el doctor le devolvió fue imperturbable y plena de desinterés. Mouret vaciló, pero no pareció encontrar en el rostro de Adrien la respuesta que buscaba, y tras inclinarse de nuevo desapareció por la puerta.

—Maldita sea... —murmuró el general cuando esta se cerró. Sacó de nuevo el pañuelo y se secó la frente otra vez—. Lo que nos faltaba. ¿Qué opina usted de la joven, Labat?

La pregunta tomó por sorpresa a Adrien, que contemplaba la puerta pensativo.

—¿La joven? —Se giró en redondo hacia el general, desconcertado—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Bueno, usted vive en esa casa. ¿Cree que la muchacha simpatiza con los rebeldes?

—Yo apenas estoy en la casa, general —contestó, evasivo—. Esta noche es tan solo la tercera vez que la veo en mi vida.

—Sería una lástima... —se lamentó Barrere—. Una joven tan agradable y hermosa, y tan bien relacionada. Seguramente, ha sido el comportamiento de Mouret el que ha provocado su indignación, pero no me gustaría correr riesgos.

La mirada decidida que posó sobre Adrien provocó en este un mal presentimiento.

—¿Qué sucede, general?

—Sucede que me gusta el coñac que sirven en esa casa, y no quiero tener que preocuparme cada vez que acuda a ella. Necesito que vigile a la muchacha, Labat. Si

simpatiza con los rebeldes, quiero saberlo.

—¿Que la vigile? —preguntó Adrien con estupor—. ¿Yo?

—Claro que usted. ¿Acaso no viven en la misma casa?

—¡Pero no puedo hacerlo, general! Los hospitales bajo mi responsabilidad están desbordados y cada día hay más enfermos que atender. Cada vez que llega un nuevo regimiento desde Francia el hospital se llena de un montón de soldados con tifus o disentería, sin contar a los numerosos heridos por sables o disparos.

—El hospital está tan bien organizado gracias al trabajo que ha hecho todo este tiempo, Labat, que ahora funciona incluso cuando no está en él. Pueden prescindir de usted unos días.

—Pero, señor, soy yo quien no puede prescindir de unos días si tengo que encontrar a gente que esté dispuesta a colaborar con nosotros.

—¿En qué quedamos, Labat? ¿Le preocupa el hospital o encontrar colaboradores? Vamos a ver, saber a qué se dedica una joven en esta ciudad pequeña no puede suponerle mucho trabajo. No creo que sean necesarios muchos días para enterarse de a quién ve y con quién se relaciona.

—No puedo hacerlo —insistió, alarmado, porque la decisión del general parecía no admitir réplica.

—Pues yo quiero que lo haga. ¡Por Dios, Labat! —exclamó enojado ante la terquedad de Adrien—, tampoco creo que lo que le estoy pidiendo sea tan desagradable. Finja que le interesa la muchacha, cortéjela, yo qué sé, pero averigüe algo. No estoy dispuesto a encargarme de esto a un oficial cuando usted puede hacerlo cómodamente, viviendo en la misma casa que ella.

Enfadado y confundido, Adrien volvió a negarse. Pero el general no esperaba su conformidad, y dio el asunto por zanjado cambiando de tema.

—¿De qué quería hablarme antes?

Adrien estaba tan enojado que ni siquiera pensó en buscar alguna excusa. Maldita sea, el general acababa de ponerle una soga al cuello. Vigilar a Inés de Mendivil era lo último que podía, quería y debía hacer. No tenía ni tiempo ni ganas para ello. Y todo por no haber atendido a su sentido común. Sin poder disimular su contrariedad, contestó:

—No era importante, general.

Y, excusando su presencia, salió de la sala maldiciendo su estupidez, sin ninguna gana de permanecer en aquel baile y fingir que disfrutaba.

No se despidió de nadie al salir, y mientras descendía a grandes pasos por el callejón que conducía a la casa de los Acedo, golpeando con disgusto los guijarros del camino, se dijo que había sabido que se arrepentiría desde que había cedido al impulso de seguir a Mouret.

Pero, siendo sincero, en realidad lo había sabido mucho antes de ese momento.

Lo había sabido desde aquel primer día en la calle en que su aroma a violetas lo había asaltado por sorpresa, haciendo trizas sus defensas y arrastrándolo a otros tiempos, a otro espacio, a otra vida. Lo había sabido desde el instante en que, caídos contra la pared del pasillo y sintiendo la tibieza de aquel cuerpo sobre el suyo, el aroma de su piel y su cabello había rendido sus murallas, dejando el camino libre a recuerdos y anhelos que nunca quiso recuperar.

Jamás debió mirarla.

Jamás debió sentirla.

Porque lo peor de todo, que Dios lo ayudara, era que sabía que lo que había resucitado en su corazón ya no tenía arreglo.

—¿Te encuentras mejor esta mañana?

Inés bajó la taza de chocolate y giró la cabeza para contemplar a su hermana. Acababa de entrar en el comedor, con un vestido de muselina azul y el recogido cabello salpicado por pequeñas campanillas del mismo tono. Se sirvió también ella una taza de chocolate y se sentó a su lado. Parecía relajada y feliz, y una candorosa sonrisa iluminaba su rostro pecoso.

—Estoy bien. ¿Por qué? —respondió Inés, mirando con cierta incompreensión su aspecto satisfecho.

—Porque tu migraña de anoche parecía terrible. Y hoy no pareces muy feliz — comentó tomando un bollo glaseado de una bandeja que había frente a ellas—. Mmm... me encantan los desayunos de esta casa, ¿a ti no?

Su hermana la miró con el ceño fruncido mientras Clara partía el bollo en dos mitades y sumergía una de ellas en el espeso líquido, levantándola después con cuidado para evitar que goteara.

—Supongo que sí. —Se encogió de hombros. No había querido explicar a nadie lo sucedido la víspera, y tan solo había dicho a su tía que tenía un fuerte dolor de cabeza y que quería retirarse. Y no deseaba recordarlo en absoluto.

—Imagino que fue el calor. O la emoción, ¿no crees? —continuó su hermana, terminando una de las mitades del bollo y atacando la otra—. Nunca había estado en un baile como ese. ¡Fue fantástico!

El corazón de Inés pareció hundirse en su pecho. Sus palabras sonaron plenas de impaciencia.

—Solo es un baile, Clara. Las cosas importantes de la vida son otras.

Su hermana detuvo el movimiento del bollo en el aire y la miró sorprendida.

—No te enfades conmigo, Inés. Ya sé... Sé que los franceses han cometido muchísimas barbaridades, aunque yo... No sé, no puedo llegar a creer que todos sean malvados. Además, el tío dice que el rey Fernando no es como la gente cree y que el rey José...

—Estás hablando por boca de otros —cortó Inés, irritada—. Tú no sabes nada de esas cosas.

Clara la miró boquiabierta. Su hermana jamás le había hablado así.

—Tampoco tú —protestó con timidez, dejando el bollo sobre la mesa—. No creo que ninguno sepamos cómo es en realidad cada uno de ellos. Pero el tío dice que los franceses se irán en cuanto puedan dejar a José en el trono, y no sé por qué eso iba a ser peor para nosotras que tener a Fernando como rey. Al fin y al cabo, en otros países ya ha pasado algo así, ¿no es cierto?

Jamás habría pensado Inés que su hermana menor la dejaría sin palabras, pero aquello era exactamente lo que acababa de suceder.

—Los franceses son peligrosos —fue cuanto atinó a contestar, disgustada por el hecho de que su hermana comenzara a mostrarse abiertamente favorable a la ocupación.

—Pues yo lo pasé muy bien en el baile. Y no vi nada del peligro que dices.

Con el recuerdo de lo sucedido esa noche aún fresco, aquellas palabras de Clara indignaron a Inés, y la rabia le hizo hablar sin pensar en lo que decía.

—Padre estaría feliz de ver cómo te estás tomando todo esto —siseó bajando la voz.

Una exclamación ahogada escapó de los labios de Clara.

—Eso es un golpe bajo —respondió a punto del llanto.

El rumor de unos pasos fuera del comedor hizo que ambas hermanas callaran, dolidas y enfadadas.

—Buenos días —saludó su tía sonriente al entrar, ajena a la tensión del ambiente—. ¿Qué tal te encuentras hoy, Inés?

—Mucho mejor, gracias —contestó con tirantez, escondiéndose tras su taza.

—Me alegro. Imagino que bailaste tanto que acabaste por agotarte. Nada que un sueño reparador y un buen desayuno no puedan arreglar. Ah, fue un baile magnífico, magnífico... —Se acercó al aparador balanceando su falda, como si la alegre música de la víspera aún resonara en sus oídos—. ¿Nos acompañarás hoy a la tienda, Inés?

La aludida bajó la taza.

—¿La tienda?

—Sí, la tienda de los Ortiz. Las zapatillas de tu hermana están tan desgastadas que es como si bailara descalza. Ayer le prometí que nos acercaríamos a comprar unas nuevas. —Depositó la chocolatera sobre la mesa y se sentó frente a ellas—. Seguramente, tú también necesitarás alguna cosa.

—No, tía, muchas gracias —negó con rigidez—. No necesito nada, y había pensado acercarme a la iglesia, y luego visitar a Beatriz Sarriegui.

—No sé, Inés. —Su tía frunció el ceño—. No me agrada que vayas sola. ¿Y si vuelves a sentirte mal?



—Fue la agitación, tía, estoy segura. Hoy ya me encuentro bien. Y rezar no puede provocarme dolor de cabeza.

Teresa la contempló algo recelosa.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? Tienes ojeras y no pareces muy feliz. Tal vez fuera más prudente que te quedaras en casa descansando. Si quieres, podemos posponer nuestra salida hasta que te encuentres mejor.

—No, no, de veras. Me encuentro bien. Yo también creo que Clara necesita unas zapatillas nuevas. Y en cuanto a mí, si veo que vuelve mi dolor de cabeza le prometo que me quedaré en casa. Pero esta mañana estoy perfectamente.

«Todo lo que puedo estarlo, rodeada de franceses».

—Bien, si es así... —Su tía aún dudó, pero el gesto determinado del rostro de su sobrina acabó por decidirla—. En ese caso, iremos a la tienda y luego pasaremos por casa de mi amiga Isabel Zárate. Está resuelta a organizar una gran fiesta para celebrar el compromiso de su hijo Felipe con la hija de los Villanueva, y creo que mis consejos podrán serle de utilidad. Además, le encantará conocerte, Clara.

Sonrió a su sobrina con afecto, y ella le devolvió una sonrisa igualmente cariñosa. Inés las observó con pesar; quería mucho a su tía y la respetaba, incluso después de haber escuchado su escandalosa opinión sobre el gobierno del país. Pero le dolía que su hermana mantuviera una opinión similar a la de su tía. Era evidente que, por mucho que echara de menos su hogar de Albizu y a pesar de los franceses, su hermana se sentía feliz en Vitoria.

En fin, sabía que debería alegrarse por ello. Desde hacía años había pretendido ser más una madre que una hermana, y ver a Clara radiante, como estaba ahora, era todo su objetivo. Pero aunque odiara discutir con ella, aún más le costaba admitir su punto de vista. No podía conciliarse con la idea de que fuera favorable a la ocupación.

Al poco, su tía terminó su desayuno, y todas se levantaron de la mesa. Inés se dirigió a su habitación en busca de sus guantes y su parasol, y su hermana y su tía se dirigieron a la salita charlando con animación. El sonido de sus risas pareció tener un curioso efecto deprimente sobre su ánimo.

Inspiró hondo; bueno, daba igual lo que su hermana o su tía pensarán. Cada uno haría lo que tenía que hacer. Ellas podían ocuparse de los próximos bailes a los que seguramente tendrían que asistir, y ella iría al convento de Santa Ana, y si allí se proponía algo más que rezar y coser, estaba dispuesta a pensárselo.

—Son noticias fabulosas, como verán.

—Pero ¿es ya seguro? —preguntó con cautela la mujer de edad avanzada y cabello blanco.

La satisfacción del rostro del cura fue palpable al contestar:

—Absolutamente seguro. A estas alturas las capitulaciones han de estar firmadas,

y toda Andalucía libre de franceses.

—Pero ¿todos los franceses? ¿Tan grande ha sido la derrota? —insistió sin acabar de creérselo.

El cura volvió la vista a la carta.

—Esa es la rendición que se les pidió: todas las tropas que ocupaban Andalucía.

Inés soltó el aire que había estado conteniendo; todavía costaba creer la noticia.

—Pero ¡es algo fantástico, extraordinario! —intervino con entusiasmo la mujer que parecía una comerciante—. ¡Una derrota de tal envergadura! ¡Y con el ejército de Galicia presionando a la vez! Ahora sí que el fin de esta ocupación ha de estar cercano.

—No nos precipitemos —contestó la mujer mayor con calma—. Aún han de confirmarse muchos extremos. Cuesta creer que algo así haya sucedido, sin apenas pérdidas por nuestra parte. Allí había coraceros, Guardia Imperial... La humillación de los franceses es aún mayor, si consideramos las fuerzas que componían aquellas divisiones. ¡Y sin que perdiéramos una pieza de artillería! Si las cosas son como la carta las relata, más bien parece un milagro.

—Milagro ha de ser, doña María —contestó el cura, ufano y satisfecho—. Nuestro Señor no podía permanecer indiferente al dolor de su pueblo. Y ahora vemos el castigo divino impuesto al enemigo que saqueó Córdoba con tal crueldad y salvajismo.

Ocultando su escepticismo, Inés miró la carta que había traído aquellas sorprendentes nuevas. Los milagros, en su experiencia, no existían; pero si lo que aquella carta contaba era verdad, ciertamente parecía haber algo de prodigioso en la victoria que el ejército comandado por el general Castaños había obtenido cerca de Bailén.

—Esto ha de animar a muchos patriotas a colaborar en la lucha —continuó el cura—. Esta semana hemos recaudado una bonita cantidad de dinero, y estoy seguro de que ahora conseguiremos aún más.

—¿Pero podremos hacer llegar el dinero a su destino? —preguntó la matrona sentada a su derecha.

El cura dudó antes de contestar.

—Sí, pero hemos de encontrar un nuevo lugar para la entrega, ahora que el anterior ya no es seguro. No hemos podido averiguar si la partida francesa que liquidamos en las cercanías lo había localizado o no, pero hemos de ser prudentes. En cuanto tengamos un nuevo lugar, continuaremos entregando el dinero. ¿Alguna pregunta más? —Nadie habló—. Entonces, ya que casi es la hora, propongo que recemos por los héroes de Bailén, y de manera especial por Castaños, Reding y Coupigni.

Todos obedecieron, agachando la cabeza, salvo Inés: boquiabierta, los miraba sin

saber si echarse a reír o a llorar. ¿Habían hablado de liquidar partidas francesas como quien hablaba del tiempo? Leer cartas, coser e incluso recaudar dinero era una cosa; implicarse en su entrega y matar soldados, otra muy distinta. Y aquel grupo hablaba de ello con una tranquilidad pasmosa. ¿Nunca habían pensado que cualquiera de los oídos presentes podía no ser tan amistoso como aparentaba?

Aquella confianza podía ser suicida, se dijo contemplando aquellas cabezas gachas que murmuraban sus oraciones. Ella misma muy bien podría ser una espía de los franceses, por todo lo que sabían de ella; tan solo contaban con la recomendación de Beatriz, quien a su vez había decidido que era de los suyos con tan solo un par de frases. Dios santo, aquello era una imprudencia rayana en la locura.

Pero era algo, se dijo a punto de santiguarse. Una locura, sí, pero una locura valerosa, y tal vez la situación demandaba aquel insensato atrevimiento. Pensó en los relatos de lo sucedido en Madrid en mayo, la valentía de los somatenes en el Bruch o los vecinos de los pueblos de Castilla que sacaban sus enseres a las calles para impedir el avance del ejército invasor. Todos ellos habían pagado un brutal precio por su bravura: Torquemada, Martorell, Mataró, Valdepeñas, Jaén, Cuenca... Ni siquiera podía recordar todos los nombres, y sus ojos se llenaban de lágrimas al pensar en tantas y tantas poblaciones incendiadas y saqueadas, donde los vecinos habían sido degollados y las mujeres violadas, sin respetar a nadie por edad ni condición: niños, ancianos, enfermos, religiosos...

¿Cómo podía ella preocuparse por su seguridad de manera egoísta, cuando podía ayudar? Conocía el lugar perfecto para la entrega: lejos del camino de los franceses, oculto en un paisaje agreste y con fácil huida en caso de necesidad.

Cuando las mujeres empezaron a salir, se retrasó para quedarse a solas con el cura; le hablaría de la existencia de la ermita cercana a Albizu, y dibujaría un mapa de la zona y los accesos. El recuerdo de la valentía de los miles de compatriotas que sufrían a lo largo del país le hizo convencerse de que quedarse de brazos cruzados sería una cobardía inadmisibles en una Mendivil.

Adrien la vio salir del convento mucho tiempo después de que las demás mujeres lo hubieran hecho. Aquello lo enfureció de una manera irracional. Aunque, en realidad, su furia no se había desvanecido desde el baile de la víspera, cuando el general le encargó que siguiera a aquella mujer a pesar de sus protestas y razones.

No necesitaba seguirla para descubrir en qué se había metido; si no fuera porque aquello lo delataría, terminaría con aquella estupidez diciendo a sus anfitriones lo que sabía de aquel convento y de las mujeres que lo frecuentaban. Eso le ahorraría mucho tiempo; de momento ya llevaba allí media mañana perdida sin necesidad, y no estaba dispuesto a perder muchas más.

Ella abrió el parasol y se dispuso a subir la colina, como la semana anterior. Ni

siquiera se había hecho acompañar por una criada, pensó Adrien, irritado, recordando lo acontecido en el baile. Él había corrido el riesgo de enfrentarse a Mouret, y ella no era capaz de adoptar la más elemental regla de prudencia y decoro. Tenía que acabar con aquella estupidez cuanto antes.

Dejó el ejemplar de las *Memorias sobre edificación de hospitales* de Valentín de Foronda y salió veloz de la librería, alcanzándola antes de que doblara la esquina.

—*Bonjour*, señorita Mendívil.

El sobresalto de Inés fue tan grande que casi dio un brinco al girarse hacia él. Su boca se entreabrió dejando escapar una exclamación, y el sonido atrajo la mirada de Adrien hacia sus labios, mientras el familiar aroma de violetas que emanaba de ella lo envolvía como un poderoso sortilegio. Luego, su mirada ascendió hacia los ojos de la joven, que ahora lo contemplaban desconfiados y hostiles. Pero aún transcurrieron unos segundos hasta que la patente antipatía reflejada en ellos alcanzó su conciencia, y le hizo despertar de aquella especie de ensueño.

—Buenos días, señorita Mendívil —repitió con frialdad, recuperando el dominio de sí mismo.

—Eso ya lo ha dicho antes —respondió Inés con rigidez—. ¿Qué quiere?

Cuando ella lo miró desafiante, Adrien descubrió que no había preparado ninguna excusa. Apretó la mandíbula con malestar; no sabía qué había hecho para que la reina de hielo le tomara tal aversión, pero no estaba dispuesto a revolotear a su alrededor como los pobres bobos del baile. Aquella joven necesitaba que alguien cortara en seco sus imprudencias y la pusiera en su lugar.

—Solo quería advertirla —contestó con dureza—. Deje de tontear con cosas peligrosas para las que no está preparada. Podría descubrir que las consecuencias son mucho más desagradables de lo que pueda imaginar.

Inés sintió que la sangre abandonaba su rostro. Su primer impulso fue negar que supiera de qué hablaba, pero el implacable brillo de los ojos del médico le hizo comprender que no podría engañarlo. Se rehízo como pudo.

—¿Acaso me está amenazando, doctor Labat?

—En absoluto, *mademoiselle*. Le estoy advirtiéndole que haría bien en mantenerse alejada de estas estúpidas conspiraciones.

—¿Qué sabe usted de...? —comenzó a preguntar, pero se detuvo al comprender que cualquier cosa que dijera la delataría. Entonces se le ocurrió que era muy extraño que un médico francés apareciera de pronto ante el convento para tomarse la molestia de advertirle que no se metiera en líos. En primer lugar, se suponía que estaba demasiado desbordado de trabajo con sus hospitales como para ocuparse de ella. Y en segundo, ¿cómo podía saber lo que sucedía en el convento? Lo miró con los ojos entrecerrados, presa de la sospecha—. ¿Qué hace aquí?

—No se meta en líos. Acepte mi consejo.

—¿Por qué está aquí, acaso me ha seguido? —insistió, y la indignación comenzó a reemplazar al miedo—. ¿Quién es usted?

Pero el desdén de su voz no pareció afectar a Adrien. Sus palabras sonaron desprovistas de emoción.

—Si no atiende mi consejo, tendré que hablar con sus tíos de sus visitas a este convento, y estoy convencido de que ellos sabrán cómo cortarlas.

La cólera hervía en las venas de Inés. Estaba segura de que la había seguido, y la impasibilidad del hombre la irritaba doblemente. Si al menos demostrara alguna emoción... Pero permanecía allí, erguido con tranquilidad ante ella, indiferente y distante. Oh, cómo le odiaba en aquel momento, tan arrogante y condescendiente como el resto de aquellos bárbaros...

—*Docteur* Labat —pronunció con dificultad, conteniendo las ganas de gritar—, lo que yo haga en esta vida no es de su incumbencia. Que mis tíos deban ofrecerle su obligada hospitalidad, motivados por las circunstancias, no le da ningún derecho a inmiscuirse en mi vida.

—*Mademoiselle* Mendivil —contestó él sin alterarse—, le estoy ofreciendo un buen consejo. No se meta en líos. Recuérdelo.

Los ojos de Inés brillaron con coraje.

—Yo vengo a este convento a rezar, y seguiré haciéndolo siempre que me venga en gana. Recuérdelo usted.

—Eso no es muy inteligente por su parte.

—No sé cómo ha podido obtener la impresión de que su opinión pudiera importarme un bledo. —El inesperado exabrupto hizo que Adrien parpadeara—. Créame que me tiene sin cuidado. Yo haré lo que considero necesario, y usted haga lo que crea oportuno. Si quiere hablar con mis tíos, hágalo; si decide ponerse en evidencia de esa manera, allá usted. Que tenga un buen día, *monsieur* Labat.

Y girando nuevamente, se dirigió con paso firme hacia el cantón que ascendía la colina.

Adrien la vio irse sin perder la compostura, pero en su interior se sentía profundamente irritado; Inés de Mendivil era tan altanera como decidida, y tan arrojada como imprudente. Una muy mala combinación en aquellos tiempos. Él lo había intentado, pero si ella se mostraba tan terca e insensata, no había nada más que él pudiera hacer. Era cuestión de tiempo que Mouret encontrara la pista de aquel cura, y cuestión de suerte —mucho suerte— que no encontrara el rastro de la joven en el convento.

Se encogió de hombros. Le apenaría ver a aquella muchacha hermosa y audaz en manos del coronel, después de lo sucedido en el baile. Estaba seguro de que se iba a cobrar aquella humillación a buen precio. Pero no podía hacer nada; tal vez, si las cosas hubieran sido diferentes... Pero no lo eran, y el sentido del deber de Adrien no

le permitía involucrarse en aquello. La bella Inés era solo un peón más de aquella infernal partida, y la patria y el honor estaban por encima de todos los jugadores. Incluido él.

Al finalizar el día, el dolor de cabeza de Inés había dejado de ser una excusa para convertirse en una pesada realidad. Su vida se había convertido en una sucesión de emociones desagradables a las que no era capaz de sustraerse. Había discutido con su hermana, había discutido con el francés, y aunque había examinado ambos momentos en busca de sus propias faltas, intentando ser justa, el recuerdo de los terribles relatos de saqueos y atrocidades que encogían su alma aparecía para reafirmar su convicción de que aquella ocupación era injusta, cruel e inmoral, y que ella no podía permanecer impasible ante todo ello.

Se levantó de la cama cuando aún faltaba una hora para el amanecer. Se había despertado de madrugada, inquieta y desasosegada, y a pesar de que había dado vueltas sobre el colchón una y otra vez, no había conseguido volver a dormir. El aire fresco de la noche agitaba la diáfana cortina que protegía la puerta entreabierta del balcón. Tomó su chal y salió al exterior, cerrando la puerta con sigilo tras ella.

El contacto de sus pies desnudos con la fría baldosa le produjo un estremecimiento. Se agachó, ovillándose contra la pared, envuelta en el chal. La calle estaba desierta de madrugada; la luna bañaba los tejados de un tenue reflejo blanquecino, y ella se sentía sola y desamparada.

Durante la cena apenas había hablado, escudada en su renacido dolor de cabeza. Clara y su tía habían descrito con todo detalle su visita a los Zárate, y para mayor mortificación, aquella noche el francés había decidido cenar allí. Aunque no sabía para qué, ya que no había abierto la boca. Ella solo había necesitado sonreír de vez en cuando para mantener una apariencia de normalidad, pero se había sentido asfixiada, prisionera en su propia casa. Odiaba estar disgustada con su hermana, y odiaba que aquel hombre frío y adusto estuviera cerca de ella. Había algo poco claro alrededor de él; a Inés no le parecía el sensato y respetable doctor que todos parecían creer. No había habido nada de casual en el hecho de que la abordara a la salida del convento, ni los músculos acerados que había conocido al caer sobre él o su aire de peligrosa calma encajaban con aquello. Desde el primer momento la había contemplado con enojo y disgusto; nada de la contenida cortesía que empleaba con sus tíos o su hermana le había dedicado a ella, aunque tampoco creía haber hecho nada para merecer su desprecio.

En algún lugar un gato maulló. Inés se envolvió aún más en el chal. A pesar de su amenaza, no creía que aquella noche el francés hubiera hablado a sus tíos de sus visitas al convento. Su tía la había tratado con la calidez y el buen humor de costumbre, y hasta su tío Tomás había bromeado sobre su éxito en el baile. Y en las pocas veces en que sus miradas se habían cruzado, el médico la había contemplado con la misma desdeñosa indiferencia de siempre, sin rastro de satisfacción o triunfo.

Pero a ella le daba igual que aquel hombre la desdeñara; incluso era preferible recibir su mirada despectiva a la cálida sonrisa que había obtenido su hermana al relatar su visita a la tienda. Era francés, era el enemigo.

Entonces, ¿por qué no era capaz de poner nombre a la emoción que su presencia provocaba en ella?

Debería ser sencillo: repulsa, odio, desprecio... Incluso miedo sería entendible.

Pero no lo era. No había una sola palabra que describiera la amalgama de sentimientos que experimentaba ante él.

Alzó la cabeza hacia las nubes que se deslizaban con calma ante la luna. Un ruido metálico sonó en la plaza; el gato tampoco parecía dormir.

*Padre... Madre...*

Dejó caer la cabeza entre sus brazos; su cuerpo se agitó en un sollozo trémulo, y sus lágrimas comenzaron a caer, silenciosas pero incontenibles, creando un cerco en el hermoso chal que había pertenecido a su madre.

Sumergido en la oscuridad que la casa proyectaba sobre los establos de la plazoleta, Adrien se detuvo paralizado.

Ella estaba llorando.

Lo sabía tan bien como si la tuviera delante de sí.

Así pues, algunas cosas sí que la afectaban.

Aquella noche Adrien se había despertado a las cuatro y no había sido capaz de dormirse de nuevo. Una inquietud sin aparente causa se había adueñado de él, y había decidido acercarse al hospital antes de partir hacia Mondragón. Iba a entrar en el establo cuando un crujido sonó sobre su cabeza. Más por costumbre que por temor, se pegó a la puerta, oculto por las sombras. Entonces la vio salir al balcón, con la luz de la luna revelando sus esbeltas piernas bajo la fina tela de su camión blanco, y el cabello negro trenzado rozándole la cintura.

Solo por un instante atisbó su rostro, antes de que ella se deslizara contra la pared y quedara oculta a su vista. Pero fue capaz de comprender su desolación tan claramente como si la tuviera entre sus brazos.

A lo largo de la cena, a la que Adrien había asistido sin tener en realidad ningún motivo, ella no lo había mirado ni una sola vez. Él no podía ignorar que ella le detestaba; todos sus gestos —por casuales e inintencionados que parecieran— se lo demostraban. Seguía sin comprender por qué, pero se decía que no era importante. Si ella le odiaba o no, nada cambiaba su vida; él tenía su misión, su deber, su honor; el resto no era necesario.

Se decía aquello cada vez que recordaba cómo sus ojos azules se habían alzado hacia él, tras chocar en el pasillo. Se lo repetía cada vez que rememoraba la grácil elegancia con que se deslizaba por el salón de baile de los marqueses, y en todos los



momentos en que su risa grave y contagiosa resonaba en sus recuerdos. Insistía en saberlo, en sentirlo, en jurarlo. Un millón de veces se lo había repetido, desde la primera vez que la había tenido entre sus brazos.

Entonces, ¿por qué no era capaz de alejarse en aquel mismo instante, sin importarle que se sintiera desolada?

El sonido de la puerta del balcón hizo que ella se moviera. La voz preocupada de su hermana llegó hasta Adrien en un susurro.

—¿Qué te pasa, Inés, qué sucede?

—Nada —contestó ella en tono casi sereno. Solo una mínima nota de dolor delató su anterior angustia, pero Adrien la sintió tan clara y real como la luna que iluminaba la ciudad.

—¿Estabas llorando?

—No —mintió; y su mentira hizo sonreír a ambas.

—¿Sigues enfadada conmigo?

Inés pasó el dorso de su mano por su rostro.

—No. No estoy enfadada contigo. Estoy preocupada por ti. Sé que esta mañana fui injusta contigo. Por favor, perdóname.

Su hermana se arrodilló junto a ella y la abrazó con cariño.

—Claro que te perdono. Yo tampoco fui muy paciente que digamos. También estoy preocupada por ti.

La mano de Inés se alzó para acariciar el rostro de su hermana con afecto.

—Pero no tienes motivos para estarlo. Yo sé cuidar de mí misma.

—Eso dices siempre. Pero desde que vinimos aquí has cambiado. Estás... diferente. Antes siempre estabas alegre, y ahora...

Se detuvo, titubeante, pero su silencio estaba cargado de significación. Inés apretó la mandíbula para evitar un nuevo acceso de lágrimas. Era normal haber cambiado. Todo era diferente desde que los franceses habían comenzado a cruzar el Bidasoa en masa y se habían extendido por su tierra como una mancha de aceite. Ya no podía pasear por sus amadas montañas, ni comentar por las noches con su tío las últimas noticias de la capital, ni visitar a sus arrendatarios para proponer mejoras en sus tierras. Sentía que ya no era dueña de su vida, y aquella impotencia la estaba amargando.

—Es la preocupación —insistió, haciendo un esfuerzo por desechar aquellas deprimentes ideas—. Ya sé que los oficiales franceses parecen educados y honorables, cariño, pero... —Dudó un instante; nunca había querido hablar a su hermana de cómo los franceses tomaban represalias sobre civiles inocentes, de cómo abrasaban pueblos que no se habían resistido, de cómo ni siquiera las monjas de los conventos asaltados veían respetada su virtud. Nunca había querido que su hermana comprendiera lo cruel que podía ser la vida, y no sabía si debía empezar a hacerlo

ahora—. Pero la situación es delicada, y preferiría que no confraternizaras tanto con ellos. Ya sé que es difícil cuando estamos rodeadas de franceses, pero me siento más tranquila cuando sé que estás en casa.

—Yo podría decir lo mismo —susurró su hermana con semblante serio—. Sé que no vas a querer hablar de ello, pero no me gusta que salgas sola por las mañanas. Te conozco, y sé que no eres capaz de cruzarte de brazos. Tengo miedo por ti. Tengo miedo de lo que se te ocurra hacer.

—¿Miedo por mí? —se sorprendió—. Pero tú no debes preocuparte por mí, Clara. Sé cuidarme, y no va a pasarme nada.

—¿Lo ves? Ni siquiera niegas que algo se te haya ocurrido. Sé cuánto odias esta situación, Inés, pero por lo que más quieras, no te metas en líos. Por favor.

La seriedad del tono de su hermana desconcertó a Inés.

—No voy a meterme en líos.

—¿Puedes prometérmelo?

—No tengo que prometerte nada. Sé cuidar de mí misma, y tú no debes preocuparte por ello.

—Ya no soy una niña, Inés. Tendrás que comenzar a asumir que no puedes mantenerme al margen de todo. No podrás protegerme siempre.

Su hermana la miró con severidad.

—Claro que ya no eres una niña. Pero no me pidas que deje de intentar protegerte. Juré sobre la tumba de padre que cuidaría de vosotras. Y ahora que madre ya no está, solo me quedas tú. Eres mi familia, Clara, eres mi sangre; daría mi vida por evitarte cualquier dolor.

—A veces sueñas tan anciana... —musitó su hermana con un estremecimiento—. Solo tienes veinticinco años, Inés; no es justo para ti. Al fin y al cabo, ahora soy mucho mayor de lo que tú eras cuando falleció nuestro padre. Pero te empeñas en seguir tratándome como si fuera una niña.

—Tenía diez años cuando juré que te protegería con mi vida, si hacía falta. Gracias a Dios, no ha hecho falta llegar a esos extremos, pero no voy a renunciar a ese juramento por muchos años que cumplas.

Se apoyó en el suelo para incorporarse y luego tendió la mano a su hermana.

—Pues yo tampoco pienso renunciar a protegerte si creo que puedes necesitarlo —contestó Clara con decisión, aceptando la mano e incorporándose.

Inés dejó escapar una suave risa y entrelazó su brazo con el de su hermana.

—El mundo tiene que dar muchas vueltas antes de que seas tú quien deba protegerme a mí. Y ahora volvamos dentro. Todavía podemos dormir una hora antes de que amanezca.

Conteniendo la respiración, Adrien las vio desaparecer dentro del edificio. Se sentía tan aturdido como si hubiera recibido un golpe en la cabeza.

Jurar proteger a alguien era fácil. Ser capaz de cumplirlo, sin embargo, era otro cantar.

La antigua desolación se extendió por todo su ser como un veneno imparable. Maldijo la impotencia que había sentido entonces, como la había maldecido un millón de veces desde aquel aciago día. Recordó el amado rostro de Aimée, confiado y alegre, y tuvo que apoyarse en la puerta del establo para evitar caer de rodillas, postrado por aquel viejo dolor que lo dejaba exhausto y sin fuerzas.

El coraje de Inés de Mendivil lo había llenado de recuerdos y aflicción. Se vio a sí mismo reflejado en su decisión, en sus palabras. Por desgracia, él sabía que aquello no era suficiente. Nadie debería jurar lo que no está en su mano conseguir.

Pero el amor de Inés por su hermana había alcanzado el corazón de Adrien con la precisión de un cuchillo, y ahora que la había escuchado, que había obtenido un atisbo de lo que conmovía su alma, comprendía con lúcida certeza que, si ella quería cumplir su promesa, necesitaría ser protegida de sí misma.

Entró en los establos con sigilo y se dirigió a la caballeriza donde alojaba a su caballo. El mozo que dormía allí comenzó a incorporarse, desorientado, pero con un gesto seco Adrien le indicó que no se levantara. El muchacho obedeció sin vacilación, y Adrien tomó la silla para colocarla sobre su montura. Aquella noche ella le había mostrado un flanco vulnerable, reflexionó, y él aprovecharía aquel afán de proteger a su hermana para matar dos pájaros de un tiro. Y de esa forma, pensó con dolorido sarcasmo saliendo de los establos, cuando ella decidiera demostrarle su desprecio, al menos sería porque él le habría dado sobrados motivos para hacerlo.

Tres días después, Inés bajaba por la calle Herrería en dirección a la plaza Vieja hecha una furia. Había prescindido del parasol para poder avanzar más deprisa, y a cada paso que daba su cólera se hacía mayor. ¡Aquel maldito idiota entrometido!

Aquella mañana había vuelto del convento temprano; la noticia de la victoria de Bailén era ya oficial, y la ciudad estaba llena de rumores que afirmaban que la Corte había abandonado Madrid, rumbo al norte. La única novedad que el cura aportó fue que se esperaba el desembarco de fuerzas inglesas en Portugal en cualquier momento. Cuando todos se hubieron ido, Inés se acercó al confesionario; don Antonio le confirmó que el escondite propuesto parecía idóneo, y que aquella misma semana haría la primera entrega.

Inés había salido del convento satisfecha, pero al llegar a su casa la recibió la noticia de que su hermana había ido a trabajar al hospital con el doctor Labat. Aquello la dejó privada de palabra por unos instantes, pero al momento una sorda furia reemplazó la sorpresa inicial. ¿Cómo se atrevía aquel hombre a llevar a su hermana a un sucio hospital, lleno a reborar de franceses heridos y enfermos? ¿Y cómo se le ocurría a ella aceptar algo así?

Apretó el paso para atravesar la plaza; un grupo de soldados ensayaba allí sus movimientos, con las bayonetas al hombro, sudando por el peso de sus macutos bajo el sol. Inés sabía que era una locura exponerse de aquella manera al calor, pero en su mal humor pensó que ojalá reventaran todos. Fue objeto de miradas admirativas, algún silbido, e incluso un grito en francés coreado por las risillas de algunos soldados y contestado por el grito indignado de un oficial. Pero una maliciosa satisfacción le hizo sonreír al comprender que, salvo esa excepción, el ánimo de los soldados franceses no parecía el mejor, después de las noticias recibidas. Pasó junto a las casas de la plaza Nueva, dejó a su derecha el mercado de la leña y enfiló hacia el callejón de acceso al hospital de Santiago.

Empujó la puerta con decisión y entró.

—¿Dónde está el doctor Labat? —preguntó sin preámbulos a la primera persona con la que se cruzó, una mujer de rostro enjuto y taciturno, con una palangana en las manos cuyo olor hizo que Inés arrugara la nariz.

Sin hablar y casi sin mirarla, la mujer indicó con la cabeza algún lugar tras la puerta a su espalda y salió al exterior. Inés se asomó a la puerta: la enorme sala, mal iluminada pero bien ventilada, estaba repleta de camas apiñadas a lo largo de las paredes.

A pesar de su firme decisión, se detuvo en el umbral, dudando. No veía al doctor Labat ni a su hermana, pero se daba cuenta de que en aquella sala solo había soldados franceses.

—Está en la otra sala —le dijo la mujer al volver, empujándola al pasar por su lado para entrar en la habitación—. Vaya de una vez, no se la comerán.

Antes de que el acre olor a enfermedad que flotaba en la sala le hiciera perder el ánimo, Inés entró tras ella y, sin mirar a ninguno de los hombres tendidos, cruzó la habitación en dirección a la puerta que se abría en el otro extremo.

«Lo voy a matar cuando lo encuentre, por traer a mi hermana a este lugar», pensó apretando los dientes y avanzando con rapidez, sin prestar atención a la evidente curiosidad con que los hombres que estaban despiertos la miraban.

Un pasillo oscuro conducía a otra sala cuadrada, más pequeña que la anterior y ocupada por menos camas. No había en ella el hacinamiento anterior, pero en los rostros exhaustos y macilentos de aquellos hombres, en sus expresiones derrotadas, vio que se trataba de los enfermos más graves. Con un violento estremecimiento atravesó con rapidez la habitación; recordaba demasiado bien el olor de la muerte como para no reconocer su presencia.

El nuevo pasillo que encontró desembocaba en un conjunto de cubículos estrechos con aspecto de ser utilizados como despachos o salas de curas. Se acercó al último, que estaba iluminado, y los horrores de aquel lugar traslucieron en su voz al increpar desde la puerta con acritud:

—¿Se puede saber qué pretende ahora, maldita sea?

Aunque llevaba esperando su llegada mucho tiempo, Adrien no pudo evitar asombrarse ante aquella expresión. La miró un instante, antes de volver de nuevo la vista hacia los papeles que sostenía en la mano.

—Las damas de este país tienen una educación ciertamente original.

—¿Cómo se atreve a traer a mi hermana a este lugar lleno de piojos y chinches?

—preguntó sin atender su sarcasmo, con los ojos llameantes de furia.

—Fue ella quien se ofreció.

—¿Por qué? —espetó con brusquedad.

—No la comprendo —dijo Adrien sin inmutarse ni levantar la vista.

Inés inspiró hondo, conteniendo las ganas de arrojarle algo a la cabeza. El tono pragmático e indiferente de aquel hombre la irritaba más que cualquier cosa que hubiera escuchado en su vida.

—¿Por qué mi hermana —arrastró las palabras con lentitud entre dientes—, que estos días ha estado feliz comprando vestidos y acompañando a mi tía a reuniones sociales, decide de pronto, tras desayunar con usted esta mañana, que lo que en realidad quiere es ayudar en el hospital? ¿Qué diablos le ha dicho usted?

Las hojas crujieron cuando Adrien las depositó sobre la mesa con cuidado. Se cruzó de brazos y se recostó en la silla, antes de enfrentar su mirada.

—¿Piensa seguir hablando así? Tal vez entonces tengamos que celebrar esta entrevista en una taberna.

Su ironía no hizo mella en la determinación de Inés.

—Lamento herir su fina sensibilidad —contestó con mordacidad—, pero no pienso irme sin una respuesta. ¿Por qué está haciendo esto?

Los ojos grises de Adrien la contemplaron con displicencia.

—No me ha dejado más remedio.

Por un instante Inés creyó haberle escuchado mal. Pero él sostenía su mirada con tal tranquilidad que comprendió que no era así.

—¿Que yo no...? Pero ¿qué dice? —protestó, irritada más allá de lo que hubiera creído posible—. ¿Qué pretende?

Pero su crispación no alteró en lo más mínimo la calma de Adrien.

—El otro día le dije que se alejara del convento y no me hizo caso. Bien, pues si no lo hace por su propia voluntad, lo hará por su hermana. —Se levantó y se acercó a ella. Inés no era baja precisamente, pero tuvo que alzar la cabeza para sostener su mirada—. Clara es una joven muy compasiva y de gran corazón; en cuanto le expliqué la situación en que se hallan muchos de estos hombres, sin nadie que les escuche o les tome la mano cuando van a morir, estuvo de acuerdo conmigo en lo cristiano que sería cuidar de ellos.

—Aquí ya hay enfermeros —replicó entre dientes, estirando y flexionando los

dedos de las manos para contener las ganas de abofetearlo.

—Pero yo hablo de otro tipo de cuidados, *mademoiselle*. Los enfermeros se ocupan de sus cuerpos, pero ¿quién se ocupa de sus almas? De escuchar sus miedos, de tomar su mano para ofrecerles consuelo...

—Para eso están los curas.

—¿Y qué hay del resto de cosas? —continuó Adrien con aquella calma indolente que hacía que ella deseara zarandearlo—. Quién mejor que una joven de la educación y la sensibilidad de su hermana para ayudarles a escribir la carta que espera una madre o una esposa. Para escucharles hablar de las ilusiones que tal vez ya nunca se hagan realidad. Para que se lleven con ellos el último recuerdo de una hermosa sonrisa, al morir.

Un ligerísimo alivio entrecruzó la vehemente indignación de Inés; al menos no pensaba poner a su hermana a vaciar orinales. Pero aún así, lo que estaba diciendo era aberrante; de ninguna de las maneras iba a permitir que su querida y dulce hermana pasara por el trance de tener que dar la mano a soldados moribundos o que, en sus últimos estertores, la confundieran con su esposa.

—Mi hermana no va a volver aquí, *monsieur*. Tenga eso muy claro.

—Naturalmente, yo podría decirle que no es necesario que vuelva por aquí...

Inés dejó escapar un bufido de indignación.

—Yo le diré que no vuelva.

Adrien se encogió de hombros con indiferencia.

—Inténtelo si quiere, pero le recuerdo que es ella quien ha decidido venir. Si sigue tratándola como a una niña, ¿cuándo cree que dejará de obedecerla? Su hermana tiene ya diecinueve años; puede tomar sus propias decisiones.

—No hable de mi hermana —dijo entre dientes—. Usted no la conoce.

—¿No? Pero según usted, soy yo quien ha conseguido que venga hoy aquí, ¿no es cierto?

Inés apretó los puños junto a su cuerpo, hirviendo de frustración. Aquel maldito hombre era detestable, pero no podía negar la verdad de sus palabras. En los últimos tiempos, Clara parecía cada vez menos dispuesta a acatar las resoluciones de Inés sin discutir. Casi desde que recordaba era Inés quien había solventado cualquier asunto que les concerniera a ambas. Aunque desde hacía algún tiempo, Clara parecía querer tomar sus propias decisiones. Y aquella tendencia se había agravado al llegar a la ciudad. Si ahora volvía a discutir con Clara, nada garantizaba que obedeciera. Incluso aunque el hospital acabara por desagradarle, se sentiría obligada a continuar allí, para reafirmarse en su decisión y su autonomía respecto a su hermana. Pero una cosa era charlar con franceses en un baile, y otra muy diferente atenderlos en un hospital. Inés no iba a permitir aquello.

—Muy bien, supongamos que mi hermana está decidida a permanecer aquí. ¿Qué

quiere a cambio de convencerla para que no vuelva? —preguntó con rabia contenida, intentando ganar algo de tiempo para pensar sobre sus opciones.

Él la miró con decisión. Consciente de que estaba a punto de derrotarla, Inés esperó su burla, pero esta no llegó; y por un instante, hubiera jurado que una sombra de lástima había cruzado aquellos ojos duros y fríos. Él no se reía cuando contestó:

—Que usted ocupe su lugar.

El pulso latía en sus oídos con un ritmo sorprendentemente rápido, pensó Inés inspirando hondo. Un montón de preguntas asaltaban su mente: por qué, para qué, qué pretende, por qué yo... Y de todas ellas, solo una escogieron sus labios.

—¿Está loco?

Incluso para su propia sorpresa, lo preguntó sin rabia ni rencor, con los ojos muy abiertos, observándolo con sincera curiosidad. Porque de veras creyó por un momento que eso lo explicaba todo. Eso era lo único que podía aclarar aquella extraña farsa: aquel hombre estaba loco.

Y entonces, sucedió algo sorprendente; una amplia sonrisa, deslumbrante e irresistible, iluminó el rostro del hombre y ascendió hasta sus ojos, que adquirieron la tonalidad del humo, mientras su risa parecía impregnar el desnudo despacho de calidez.

Instintivamente, Inés dio un paso hacia atrás; no porque tuviera miedo o quisiera huir de él, sino porque su risa, inesperada y acogedora, y que nunca antes había escuchado, le había provocado un súbito, inconcebible y aterrador anhelo de acercarse más a él.

La risa se desvaneció, llevándose con ella la rabia de Inés y dejando en su lugar una honda confusión.

—No, Inés, no lo estoy —contestó él con suavidad, recuperando la gravedad—. Pero quiero que venga al hospital.

—¿Por qué?

La duda de Adrien fue muy breve; no tenía sentido inventar excusas que ella no creería.

—Porque no deseo que se meta en líos, y aquí puedo vigilarla.

Los azules ojos de Inés se abrieron aún más. «¿Qué se podía decir ante algo tan inesperado?».

—Doctor Labat, los líos en los que yo me pueda meter no son de su incumbencia. ¿Por qué habrían de importarle?

—Tengo mis motivos.

—Que no me dirá, claro.

—No.

Inés dio un nuevo paso atrás, pensativa; una respuesta seca y frustrante. Como era

él. Solo había hablado dos veces con aquel hombre en su vida; la primera, le había intentado amenazar para que no volviera al convento. La segunda, le chantajeaba directamente. No parecía resultarle simpática ni pretendía serlo él; era evidente que se había empeñado en que ella no acudiera al convento, y no cejaría hasta conseguirlo. La razón de su interés o los motivos que lo guiaban eran un completo misterio para Inés, pero supo con certeza que sería inútil preguntar por ellos.

Intentó sopesar sus posibilidades con la mente fría. Si Clara estaba de verdad decidida a acudir, no eran muchas.

El resquemor que le provocaba pensar en rendirse tiñó su voz al hablar.

—Bien, suponga que acepto venir. ¿Cuáles serían las condiciones?

Adrien apoyó la cadera contra la mesa y se cruzó de brazos.

—Ha de estar aquí mañana y tarde, en los horarios de visita, hasta que haya de volver a su casa para la cena. Podrá dedicarse a lo que prefiera: leer a los enfermos, atender a familiares, escribir cartas... Usted elige. Pero tenga por seguro que si no lo hace, será su hermana quien permanezca aquí.

La prepotencia de aquel hombre era de lo más irritante. Pese a todo, Inés se resistía a claudicar. No estaba acostumbrada a que nadie le dijera lo que debía hacer o dónde podía acudir. Y desde luego, no pensaba renunciar a sus actividades solo porque aquel hombre supiera más de lo debido y pretendiera alejarla de ello sin darle ni una explicación.

Pero la arrogante seguridad del hombre estaba consiguiendo su objetivo. Inés quería alejar a su hermana de la enfermedad, el dolor y la crueldad, al menos mientras pudiera hacerlo, y no iba a arriesgarse a que decidiera pasar un solo día más allí. Elevó la barbilla y continuó:

—Si acepto, ¿usted dirá a mi hermana que no venga?

—Eso es.

—Ya. Y ella le obedecerá a usted y no a mí, porque...

—Las razones las dejo a su imaginación, Inés. Existen, y son poderosas, pero no voy a decírselas. Y ahora, supongo que deseará que su hermana abandone esto cuanto antes, ¿no es así?

Empujó la puerta y la mantuvo abierta para que saliera ante él, pero Inés no se movió. La mención de que existían poderosas razones que no iba a explicarle volvió a sumergirla en un estado de desconfianza e inquietud. ¿Por qué una joven de diecinueve años inocente y alegre obedecería tan a ciegas a un hombre como aquel? ¿Qué tipo de influencia había conseguido sobre ella a espaldas de Inés, que no había captado siquiera que tuvieran ninguna relación?

La combinación de furia y desasosiego que aquella idea le provocó estuvo a punto de echar por tierra su aceptación. Él seguía con la mano en la puerta, esperando.

Pero no se le ocurrían muchas más salidas. Finalmente, y para su despecho, tuvo



que aceptar que, en aquella ocasión, el francés había ganado. Pero estaba más que dispuesta a que aquella ocasión no volviera a repetirse.

Se irguió cuanto pudo para salir ante él con dignidad. Adrien la condujo escaleras arriba, hasta una pequeña sala donde cuatro mujeres charlaban y cosían con animación. Al verla, Clara acudió a su encuentro sonriente, dejando a un lado la sábana que estaba remendando. El alivio recorrió a Inés al comprender que su hermana no se había acercado a los enfermos que yacían escaleras abajo, pero el resentimiento que sentía contra el médico no disminuyó un ápice, y se prometió a sí misma que el francés se arrepentiría de haberla manipulado.

Sonrió a su hermana con aparente tranquilidad; al menos hasta que estuvieran fuera de la vista del hombre, pensaba dar la impresión de que todo aquello no le afectaba en absoluto. Pero en cuanto salieran de allí, Clara iba a tener que ofrecerle una buena explicación sobre su comportamiento.

Aún tuvo que esperar unos minutos hasta que pudieron abandonar el hospital en dirección a su casa, atravesando la plaza Nueva, llena de comerciantes, bullicio y militares que se resguardaban del sol del verano bajo los arcos. En un par de ocasiones, Inés interrogó a su hermana, tratando de que le explicara qué mosca le había picado para acudir al hospital, pero no consiguió que Clara abriera la boca.

Cuando llegaron a la casa, Inés estaba casi más confundida que enfadada por el tozudo mutismo de su hermana. Nada más entrar, Clara la dejó a solas con la excusa de saludar a su tía. Inés se dirigió a su habitación tratando de encontrar un motivo que explicara el súbito altruismo de su hermana, pero no fue capaz de hallarlo. Cualquier explicación que se daba era poco creíble. Y entonces, mientras apoyaba la espalda en la puerta de su habitación, una idea inesperada, aún más inquietante y turbadora, la dejó sin aliento.

Porque para su eterna mortificación y desconcierto, acababa de comprender que una pequeñísima parte de sí misma no había temblado de rabia en la presencia del francés, sino de expectación; y que la idea de verlo todos los días en el hospital no le resultaba lo despreciable que debería estar resultándole.

Varios días después, Inés se anudó el delantal a la cintura con tal furia que tuvo que aflojarlo de nuevo para poder respirar.

Vaya semana llevaba...

Primero, había discutido con su tía por permitir que Clara acudiera al hospital. Teresa Mendoza no había comprendido su enfado; le había dicho que su hermana solo había acudido allí de visita, lo que no le parecía censurable en absoluto, y finalmente se había molestado con ella por insistir en que las cosas no habían sido así. Luego había discutido con Clara, tratando de averiguar la razón por la que el médico francés había conseguido tal poder sobre ella; pero su hermana siguió en sus trece de no contarle nada sobre sus motivos para acudir al hospital. Y cuando, después de dos días de resistirse a aquel chantaje, había decidido a regañadientes cumplir su parte del trato, había descubierto que el francés no solo no estaba en el hospital para recibirla, o vigilarla, o lo que quisiera que hubiera motivado su extravagante exigencia, sino que ni siquiera había dado instrucciones a nadie sobre qué hacer con ella. Había estado a punto de volverse a su casa, pero su intención de hacer que el francés se arrepintiera de haberla manipulado había podido más. Así que, tras explicarle al celador su situación, este la había dirigido hacia la sala de las mujeres, donde estaba la hospitalera. Pero se había equivocado de pasillo y tropezado con el depósito de sanguijuelas, lo que le había hecho vomitar sin remedio.

Y ahora, tras volver de la sala de curas, donde había pasado un par de horas sin casi nada que hacer, había descubierto que su vestido favorito se había manchado de algo que no quería ni pensar qué era. Solo nimiedades, si pensaba en el dolor y la desolación que la rodeaban, pero suficientes para hacerla desear gritar de frustración.

Si no fuera porque estaba decidida a revertir aquel chantaje en su favor, ya lo habría mandado todo al diablo. Pero estaba decidida a que el francés lamentara su arrogancia. ¿Que tenía que acudir todos los días al hospital porque a él se le había antojado? Muy bien, pues utilizaría aquella forzada estancia en su propio provecho. Al fin y al cabo, el hospital estaba lleno de franceses heridos, y estaba segura de que podría captar conversaciones que resultarían muy valiosas en los oídos adecuados.

Salió de la sala de enfermería con aquel delantal, antes de que alguien le dijera que no podía tomarlo, y se fue en busca de la lavandería, donde intentaría quitar aquella mancha de su falda. No había sido muy inteligente por su parte llevar aquel vestido en vez de uno mucho más viejo; e intuir que lo había hecho por vanidad era lo que más la irritaba de todo.

Estaba en la lavandería, recibiendo la amable —aunque ineficaz— ayuda de una mujer que olía a ginebra, cuando un tremendo alboroto de relinchos y ruidos de ruedas se alzó sobre el rumor de los fogones que calentaban el aire. A través de los

gruesos muros de piedra, el sonido amortiguado de lo que parecieron gritos de dolor le puso los pelos de punta. Sin pensarlo dos veces, sorteó las sábanas tendidas y salió corriendo hacia la entrada del hospital.

Tres carros se hallaban detenidos ante la puerta, y de cada uno de ellos estaban bajando a varios soldados entre lamentos y gemidos de dolor. Algunos eran transportados en camillas, pero otros debían descender por sus propios medios. De un vistazo, Inés calculó que allí habría al menos veinte heridos. Entonces al fondo de un carro vio los cuerpos que nadie se molestó en bajar, y comprendió que también había varios muertos.

Sin saber cómo actuar, se pegó a la pared. Había velado la enfermedad de su madre en sus últimos momentos, y la había visto morir mientras besaba su mano ya exánime. Había visto fracturas fatales de huesos en algún muchacho imprudente y muchas heridas sangrantes en el pueblo; pero a pesar de sentirse inmunizada contra la enfermedad y la muerte, nada había sido comparable a aquello.

Las camillas que pasaban ante ella portaban cuerpos desgarrados, miembros arrancados, carne chamuscada cuyo olor se le grabó en el cerebro. Y sangre por todas partes. Entonces escuchó un grito familiar a su derecha, imperioso y seco: con expresión sombría y determinada, Adrien Labat impartía órdenes mientras descendía del caballo, diciendo a unos y otros lo que había de hacerse, dirigiendo aquella maraña de heridos y enfermeros con precisión y eficacia.

Inés contuvo la respiración al verlo dirigir el caos con firmeza incommovible. Ella se sentía temblar, y la indecisión la mantenía pegada a la pared, pero el médico se movía entre los heridos con la misma seguridad y elegancia con la que se movía en un salón de baile. Su rostro permanecía impassible a pesar de que no había dejado de dar órdenes ni un minuto, y por un momento Inés se preguntó si habría algo en esta vida que pudiera afectar a aquel hombre.

Cuando todos los heridos fueron conducidos al interior, Inés les siguió. Labat estaba colocando una especie de papeles junto a los cuerpos de los hombres, con rapidez y sin ninguna vacilación. Cuando acabó, dio una voz para que le siguieran con una de las camillas y salió corriendo por el pasillo que conducía a los quirófanos. Los enfermos empezaron a ser dirigidos a diferentes salas, según la gravedad de su estado, y el vestíbulo comenzó a despejarse.

Apoiada en una de las esquinas del frío espacio, Inés se dio cuenta de que seguía temblando. Todos los enfermeros se habían ido, acompañando a los diferentes heridos según las instrucciones de Labat, y el silencio que siguió al anterior alboroto resultó ominoso y lúgubre. Permaneció quieta, sin saber qué hacer en aquel vestíbulo casi vacío, hasta que se dio cuenta de que al fondo de la sala algunos heridos permanecían sin atención.

Con sigilo, casi de puntillas, se acercó a aquella zona, y una oleada de náuseas

estuvo a punto de hacerla vomitar. Se apretó el estómago, tratando de contener las arcadas, y apartó la mirada de la herida abierta que uno de ellos tenía en el abdomen. Parecía joven, a pesar de la sangre seca que apenas dejaba ver su rostro. Entonces la vista de su rubio cabello, pegado al cráneo, agitó un recuerdo en la mente de Inés. Con un presentimiento, se inclinó hacia el muchacho, y a duras penas reconoció al joven Roux, con quien había bailado hacía apenas una semana y que le había hablado de su amada granja y su familia.

Su indecisión se acentuó. Ella no pintaba nada allí, y lo mejor que podía hacer era irse. En algún momento, alguien acudiría a atenderlo, y en cualquier caso, no era cosa suya.

Pero a pesar de su intención, el recuerdo de la sonrisa del muchacho al hablar de su hermana no le permitió alejarse sin más. Elevó la vista hacia el celador que continuaba junto a la puerta.

—¿Puede llamar a alguien para que se encargue de ellos?

El hombre ni siquiera se acercó. Desde donde estaba, negó con la cabeza e hizo un gesto hacia el papel que había junto al joven.

Inés miró al hombre, desconcertada, y luego tomó el papel: una cruz negra sobre fondo blanco. La crudeza de aquella sentencia, anónima e inapelable, le provocó un acceso de estupor. ¿Y ya estaba? ¿Eso era todo? ¿Así terminaba la vida de un muchacho en aquella guerra, abandonado sobre las frías losas del hospital, sin que nadie intentara salvarlo?

Un murmullo hizo que mirara hacia abajo. Sorprendida, vio que el muchacho trataba de enfocar los ojos en ella, y antes de pensar en lo que hacía, soltó el papel y se arrodilló junto a él. Supo que Roux la había reconocido porque sus ojos cobraron vida un segundo, antes de empañarse de nuevo.

Pasó la mano por los cabellos del joven mientras trataba de encontrar palabras que pudieran confortarlo, pero a sus propios oídos sonaban estúpidas y huecas. Entonces, volviendo un momento del lugar donde su agonía lo hubiera llevado, Roux habló.

—*Mademoiselle* Inés. —Su rostro se deformó con una mueca que intentó ser una sonrisa—. ¿Me concederá... otra vez...?

Un acceso de tos interrumpió sus palabras, y el pálido rostro del muchacho se crispó de dolor. Inés apretó su mano, intentando darle valor.

—Claro, *monsieur* Roux. En cuanto toquen la siguiente pieza.

—No me deje, *mademoiselle*. Hace frío en este baile... tanto frío... —murmuró, aferrándose a su mano con una desesperación mayor que sus escasas fuerzas. Luego, comenzó una letanía de frases en francés.

En el inquietante silencio de aquel lugar ahora vacío, Inés sin embargo apenas era capaz de entender algunas de sus frases: ... *maman... dire à... je t'aime...* Tuvo que

inclinarse hacia él, en un esfuerzo por no perder ninguna de las palabras que aquellos labios agotados pronunciaban. Y aunque anhelaba marcharse y desprenderse de la presencia de la muerte que los envolvía, tan solo siguió allí en silencio, sosteniendo su mano mientras él seguía rogando que no lo dejara y ella veía cómo el último resquicio de vida desaparecía de sus ojos. Y siguió sosteniéndola muchos minutos después, cuando era evidente que nada quedaba ya en aquel cuerpo de lo que había sido en vida el soñador, dulce y sencillo Émile Roux.

No supo cuánto tiempo había transcurrido cuando al fin se decidió a cerrar los ojos del joven y apoyó las manos en el suelo, sintiéndose asqueada. Deseaba salir corriendo de allí, irse a su casa, sumergirse en la tina para arrancarse a restregones el olor a muerte que se le había pegado a la piel. Deseaba salir corriendo para meterse en la cama y gritar y gritar por todos los pobres desgraciados que, como Roux, entregaban su vida a cambio de... ¿de qué? ¿Honor? ¿Gloria? Un precio tan alto, a cambio de tan, tan poco...

Pero no podía hacerlo, aún no.

Se restregó los ojos con el dorso de la mano y se levantó del suelo. Vio pasar a un enfermero al que recordaba haber visto en la sala de los soldados graves; le pidió que le indicara dónde conseguir papel y pluma, y con paso agotado le siguió hacia el interior del hospital.

Adrien abrió la puerta despacio y entró en el cuarto.

—*Mademoiselle* —llamó con suavidad. Pero la joven continuó con la cabeza gacha, inclinada sobre el papel en blanco.

Se apoyó contra la puerta, sin querer acortar la distancia. Estaba agotado, sucio, hastiado. Siempre le sucedía lo mismo cuando tenía que lidiar con momentos como aquellos.

—*Mademoiselle*, es tarde —insistió, viendo que ella mantenía la pluma sobre el papel vacío—. Debe irse a su casa. Su familia estará preocupada.

Supo que le había escuchado porque movió la cabeza de un lado a otro con lentitud. Pero continuó en silencio.

Un suspiro escapó de la boca de Adrien. Se separó de la puerta y avanzó unos pasos.

—Hoy no escribiré esa carta —dijo con paciencia.

Los ojos azules de la joven, enrojecidos pero secos, se elevaron hacia él.

—Debo hacerlo. Se lo prometí.

El tono resignado pero sereno de su voz hizo que el corazón de Adrien diera un pequeño salto. Inés de Mendivil trataba de aparentar indiferencia, pero en el fondo de aquellas pupilas, agrandadas por un llanto que ya había cesado, Adrien reconoció una emoción cercana, descarnada y primaria, que jamás podría dejarlo impasible.

Vulnerabilidad.

Y en algún lugar de ese corazón que lo comprendía, algo se quebró.

Tuvo que hacer un supremo esfuerzo de voluntad para no tender la mano hacia ella y acercarla a sí, tratando de consolar su desolación, espantar su miedo. Pero lo consiguió, como lo había conseguido todos aquellos años, forzándose a olvidar, a no sentir, a no pensar...

Colocó su mano sobre la de ella y retiró la pluma.

—No hoy, *mon ange*.

Inés fijó la vista en aquella mano, y luego la elevó hacia su rostro, desorientada por el tono cálido de su voz. Dejó que le quitara la pluma, y él la tomó por el brazo para ayudarla a levantarse.

—Está demasiado impresionada. Váyase a casa. Buscaré algún soldado que la acompañe.

Ella parpadeó y miró en derredor, como si ni siquiera recordara dónde se encontraba.

—No —negó, comenzando a recuperar el control de sí misma—. No es necesario. Estoy bien. Solo quiero... —Se detuvo, e inspiró hondo antes de continuar—. Solo quiero escribir esa carta para sus padres.

Adrien asintió, comprensivo, y la condujo hacia el pasillo.

—Lo sé, doña María me lo explicó. Pero será mejor que espere a mañana. Poner distancia le ayudará a hacerlo. Mañana podrá ver más claro cómo es la carta que esa madre querría recibir. Vamos, la acompañaré yo mismo hasta su casa y me cambiaré de ropa antes de volver aquí.

La había conducido por un pasillo diferente al que ella conocía, que no atravesaba las salas de enfermos. Empujó una puerta lateral que se abría junto a la tapia del convento de San Francisco y salieron al exterior.

—Lamento mucho que se haya visto envuelta en este caos. Créame si le digo que no era mi intención que se viera obligada a atender moribundos, y tampoco pretendía que lo hiciera su hermana.

Ella se encogió de hombros.

—Estaba allí. Tenía que hacer algo. Además, nadie más parecía afectado. Supongo que se pasará con el tiempo.

Adrien apretó la mandíbula, pero no dijo nada; en efecto, se pasaba. Todo dolor pasaba. «O al menos, dormita para permitirnos vivir».

Descendieron hacia el mercado de la leña. El sol comenzaba a bajar sobre las casas porticadas de la plaza Nueva. Inés se dio cuenta de que no había comido nada desde el desayuno, pero no sentía hambre. Atravesaron en silencio la plaza y al entrar en la calle Herrería fue Adrien quien habló:

—Respecto a lo que le dije de venir al hospital, no es necesario.

«Y al infierno el encargo de Barrere».

Sin detener su camino, Inés lo miró de reojo.

—¿Por qué?

—Porque no creo que esté preparada para los horrores que se ven allí a diario.

Ella aceptó aquella respuesta sin emoción. Al cabo de un momento, dijo encogiéndose de hombros:

—Ni siquiera sé por qué era necesario antes.

Pero Adrien no contestó, ni volvió a hablar hasta que entraron en la casa. La voz de Teresa se escuchó desde el salón del piso superior.

—Inés, ¿eres tú?

—Sí, tía. Lo siento, me he retrasado. Ahora subo —respondió. Alcanzó el pasamanos de la escalera, pero se detuvo ante el primer peldaño. Echó un rápido vistazo hacia Adrien, y su vacilación fue perceptible antes de añadir, con cierta rigidez—: Doctor Labat, no era necesario que me acompañara, pero gracias de todas formas.

Le tendió la mano, una extraña despedida formal y algo tensa en aquel ambiente cálido e íntimo que Adrien aceptó con calma. Estaba manchada de sangre seca, pero ella ni siquiera parecía advertirlo. Entonces se dio la vuelta para subir las escaleras y Adrien se quedó contemplándola.

—¡Inés! —se sorprendió a sí mismo, llamándola con urgencia.

Extrañada, ella se volvió, esperando sus palabras. Pero en realidad no había nada que Adrien quisiera decirle. O sí. Había muchas cosas que deseaba contarle, cosas y sentimientos que anegaban su corazón. Pero sabía que aquello era imposible; solo se trataba de un instante de debilidad, un momento que pasaría pronto. Ninguna otra cosa era aceptable.

Se miraron a los ojos en silencio un largo instante. Entonces la voz de su tía insistió desde el salón. Inés lo volvió a mirar con expresión indescifrable, suspiró y subió las escaleras.

Y, al fin, se había ido.

Adrien se dejó caer contra la puerta de entrada y se pasó la mano por el cabello. No comprendía qué le estaba sucediendo. Ni siquiera debería haber abandonado el hospital esa tarde para acompañarla. Pero la forma en que la muerte de aquel soldado le había afectado había sido tan inesperada... Por un momento, mientras doña María le explicaba que ella había llorado sobre la mano que mantuvo junto a sí largo tiempo, incluso cuando había fallecido, había llegado a sentir envidia. ¡De un muerto!

No comprendía las extrañas emociones que lo habían embargado aquel día, pero no quería volver a sentir las. Él no era importante, pero su deber sí. Y en el desempeño de su oficio, la compasión y la ternura eran tan peligrosas como las armas.

Al día siguiente partiría de nuevo hacia Mondragón y Tolosa. Necesitaba recuperar la cordura y la distancia a cualquier precio. Y no volvería a verla hasta estar seguro de haberlas recobrado.

—Parece ser que la Corte se traslada a Burgos —comentó Tomás Acedo en el comedor a la mañana siguiente, dejando los anteojos sobre el libro.

—¿Se ha confirmado, entonces?

—Eso tengo entendido. Al parecer hay problemas para mantener las comunicaciones y han decidido que necesitan estar más cerca de Francia. Me temo que todo esto debilite aún más la figura del rey José.

—¿Por qué dice eso, tío? —preguntó Clara sirviéndose una nueva taza de chocolate.

—Estuve en la recepción que dio a los diputados antes de partir de la ciudad, y dejó claro que pretendía apoyarse en un ejército y una administración españoles, y que el ejército francés se retirara tan pronto como fuera posible. Sin embargo, apenas ha permanecido una semana en Madrid, y para volver de nuevo habrá de ser repuesto por ese ejército que quería devolver a Francia. No creo que eso le haya hecho muy popular entre los oficiales franceses.

—Esto no va a terminar pronto, ¿no es así? —intervino Inés con la mirada clavada en su taza.

Tres pares de ojos se volvieron hacia ella. Desde que la víspera había vuelto del hospital, Inés apenas había pronunciado dos frases. Cuando aquella mañana había entrado en el comedor a la hora del desayuno, con el cabello recogido en un sencillo moño bajo y el vestido más austero que tenía, su tía había proferido una exclamación perpleja, y le había preguntado si tenía decidido realizar alguna limpieza.

—No sé cómo serán las cosas cuando envíen refuerzos desde Francia —contestó su tío, con calma—. Pero de lo que estoy seguro es de que el ejército de Blake no podrá derrotarlos por sí solo, como algunos ingenuos pretenden. No, no te enfades, Inés —cortó al ver que ella iniciaba una protesta—, Germán hizo lo que creyó su deber, y eso es digno de admiración. Pero no por ello deja de parecerme una conducta tan idealista como inútil. Napoleón no va a renunciar tan fácilmente a sus planes para el país, y solo hay que conocer un poco a los generales del ejército español para saber que van a discutir más por decidir quién manda a quién que por cómo plantear una batalla. De momento, tendremos que prepararnos para que haya aún más tropas en esta zona, entre las que se repliegan y las que a buen seguro mandará Bonaparte para recuperar terreno. Y a todas las tendremos que mantener.

Todos permanecieron en silencio, digiriendo aquella información. Las últimas solicitudes del ejército francés para su abastecimiento habían causado un hondo malestar entre muchos propietarios de Vitoria, incluso entre sus propios partidarios;



el número de raciones de pan que la ciudad debía entregar excedía la capacidad de sus hornos, incluso aunque se consideraran los molinos de su entorno. El único ganado disponible en la zona era de labranza, pero los franceses pretendían recibir cada día veinticinco bueyes vivos. Y nadie sabía cómo lograrían obtener las cantidades ordenadas de harina, legumbres, vino o cebada, incluso si la propia ciudad dejara de alimentarse. El descontento por tener que mantener aquel ejército, en virtud de un tratado que Napoleón Bonaparte había incumplido con alevosía, era cada vez más palpable.

El resto del desayuno discurrió casi en silencio, y al terminar abandonaron la sala, pero cuando Inés se disponía a subir las escaleras su tía la detuvo.

—Me gustaría hablar contigo un momento.

Aunque Inés no estaba ansiosa por tener aquella charla, sabía que era inevitable, y siguió a su tía hacia la salita de mañana. Teresa no dijo nada hasta que ambas estuvieron sentadas. Entonces no se anduvo con rodeos.

—Vas a volver al hospital, ¿no es así?

—Sí.

—Cariño, no creo que debas hacerlo. Al principio no me pareció mal, al fin y al cabo es cristiano confortar a los heridos, pero ayer volviste tan abatida... Me temo que aquello es demasiado duro para ti.

Inés apretó los labios. Al volver la víspera, todos en la casa —y Clara la que más— habían insistido en que les contara qué le sucedía. Inés había explicado vagamente que algunos soldados habían fallecido en el hospital, y que estaba cansada, pero no quiso darles ningún detalle. Sin embargo, era evidente que habían escuchado algo sobre el ataque y estaban preocupados.

—Esta mañana al despertar he escrito una carta, tía. Para los padres del joven Roux. Y quiero que alguien se encargue de entregársela.

Su tía observó sus manos, reposando sobre su regazo.

—Era uno de los fallecidos que dijiste, entonces —inquirió con suavidad.

—Sí.

—Pobre muchacho. —Meneó la cabeza con resignación—. No me extraña que te afectara... Pero cualquiera puede llevar esa carta al correo, Inés. No es necesario que vayas al hospital.

—Pero yo prefiero hacerlo. Si encuentro algún oficial, la pondrán con el resto de sus cosas para entregarlo todo a sus padres. Además, quiero ir. Quiero ayudar allí, si puedo.

—¿Pero en qué quieres ayudar? Allí ya hay enfermeros...

—Lo sé, tía. Pero ninguno habla francés. Yo puedo hacer otras cosas: leerles, escribir cartas por ellos...

—Cariño, eso habla de tu buen corazón, pero empieza a parecerme que tal vez no

sea apropiado. Una joven soltera no puede estar sola en compañía de hombres.

—Y no lo estoy, tía, como bien sabe. Solo acudo a las salas en horas de visita, y me acompañan la hospitalera o alguna de las muchachas.

—Aun así... —titubeó la mujer.

—Si no le pareció mal que fuera Clara en su momento, no tiene sentido que ahora se lo parezca. Así que, salvo que me lo prohíba expresamente, pienso ir.

La obstinación de su mirada hizo que su tía esbozara un gesto de incomodidad. Conocía a su sobrina, y sabía que prohibirle algo no era buena idea... Escrutó su rostro con cautela, en busca de algo que explicara aquella extraña determinación.

—No lo entiendo bien, cariño. Había creído que odiabas a los franceses.

Inés bajó un momento la cabeza; de manera inconsciente, se acarició el dorso de la mano, donde la noche anterior había descubierto la sangre de Roux. Pasaron muchos segundos hasta que pudo hablar.

—Odiar es una palabra muy fuerte, tía. Pero sí, detesto a los franceses. Lo que sucede es que ayer descubrí que no detesto a cada francés que conozco. Una extraña paradoja, ¿no le parece? —Dejó escapar una risa amarga.

Teresa Mendoza movió la cabeza, pesarosa.

—Ayer tuvo que ser una experiencia terrible para ti. —Ambas permanecieron en silencio. Al cabo de un rato, cuando Inés ya estaba pensando en levantarse, volvió a hablar—: ¿Fueron patriotas?

Inés negó con la cabeza.

—Una partida inició el ataque, sí, pero la mayoría de muertos y heridos se debió a que explotó un cargamento de pólvora que transportaban. —Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza—. Nunca había visto algo así...

—Y aun así, estás dispuesta a ir de nuevo.

—Sí. No me pregunte por qué, tía, porque ni yo misma lo sé —dijo con descarnada franqueza—. Pero quiero hacerlo.

—Pero no está bien que te deje ir allí sola, cariño —protestó su tía, conmovida pero aún indecisa—. A María Díaz de Arbulo la conozco hace años, y sé que si se encarga de ti estarás en buenas manos, pero las demás mujeres que trabajan allí... Preferiría que nos acompañaras de visita esta mañana.

Inés estuvo a punto de sonreír al recordar el olor a ginebra de la mujer de la lavandería; en aquello, desde luego, su tía no andaba errada.

Sin embargo, iba a ir. Por un lado, porque en un momento de debilidad, o de locura, o tal vez solo de cansancio, había dado a Roux su palabra de que haría llegar una carta a su madre, y aunque preferiría no haber asumido un deber tan ingrato, lo había hecho.

Y, por otro, porque su propósito de obtener información sobre los planes de los franceses seguía siendo firme.

«Aunque ahora no esté pensando exactamente en eso».

Estiró las manos sobre la falda, segura de lo que debía hacer.

—Sé que mi reacción de ayer puede hacerle creer que soy débil, tía, pero en realidad estoy acostumbrada a curar heridas a los hijos de los arrendatarios y a ayudar con los animales. —Sonrió, pretendiendo reconfortar a su tía—. Lo de ayer me pilló de improviso, y no supe reaccionar bien. Pero quiero ir. En cuanto a las criadas, no veré nada que me escandalice, y tampoco me relacionaré con ellas. Usted lleve a mi hermana a casa de los Sarriegui, y disfruten mucho. —Sin esperar la aprobación de su tía, se levantó—. Así cuando vuelvan podrán contarme los últimos cotilleos de la ciudad.

Había dado un paso hacia la puerta cuando pareció recordar algo. Con paso apresurado, volvió hacia donde se encontraba Teresa y depositó un beso en su mejilla con afecto.

—Muchas gracias por todo, tía —dijo con una sonrisa de disculpa, mientras Teresa, sorprendida, se llevaba la mano a la mejilla—. Sé que no soy fácil de tratar, pero le agradezco mucho que nos haya acogido así. No sé qué habríamos hecho sin usted.

Y algo avergonzada por su arranque sentimental, salió para tomar su chal, dejando a su tía boquiabierta y asombrada, pero también terriblemente satisfecha.

Después de lavarse las manos, Inés se dejó caer sobre una de las sillas colocadas ante la mesa del pequeño comedor donde las enfermeras se reunían. Tomó la manzana que le habían guardado y la devoró en pocos bocados.

Una risita escapó de la muchacha que se sentaba frente a ella.

—Estabas famélica. ¿Es que no has desayunado en tu casa?

Inés sonrió ampliamente, jugueteando con el corazón de la fruta. Cecilia Fernández tenía su edad y era risueña y dulce. El día que Inés acudió al hospital, la señora María Díaz de Arbulo, la hospitalera, le había encargado que explicara a la recién llegada todo lo que debía saber para moverse por allí, y ambas habían simpatizado desde el primer momento.

—No. Y no sé cómo a esto lo llamáis desayuno. No me explico cómo aguantáis la jornada con tan poco alimento.

—Porque no hay más, claro está —explicó su nueva amiga con una sonrisa—. Los medios son limitados y los enfermos, muchos. Y ellos tienen preferencia para comer.

Inés arrojó el corazón de la fruta a la basura y frunció el ceño.

—Tenía entendido que en los hospitales la dieta de los enfermos era muy reducida.

—Así suele ser. Pero el doctor Labat es de otra opinión, y a pesar de las

discusiones con el doctor Aguirre, aquí se hace lo que él dice.

—¿Tan tiránico es? —preguntó Inés con aparente desinterés, contemplando sus manos.

—¡Oh, no! —rio Cecilia—. Él nunca grita ni pierde la calma. Es estricto, en el sentido de que no acepta excusas para no cumplir los deberes encomendados, pero todos le respetamos mucho. He visto recuperarse a enfermos que jamás creí que saldrían adelante... Tampoco deja que el doctor Aguirre sangre a los heridos, y trata las fracturas de una forma que no había visto nunca. Ha estudiado en Prusia, ¿sabes?

—¿Es un buen médico, entonces?

—¡El mejor! —contestó la joven con vehemencia—. No es solo porque sepa mucho, es que siempre trata de que los enfermos estén cómodos y se preocupa por todos, incluso aunque no sean oficiales sino pobres diablos que no tienen dónde caerse muertos. Y también a nosotras nos trata con consideración y respeto.

El rubor que acompañó a esas palabras despertó una vaga sensación de irritación en Inés.

—Pues hoy no está aquí —rebató con cierta aspereza.

—Ya lo sé —admitió Cecilia con un suspiro—. Ojalá no tuviera que ausentarse tanto, pero es que tiene que ocuparse de tantas cosas... No solo tiene que organizar este hospital, ¿sabes? Se pasa el día trabajando, y a veces cuando llega la hora de irse a casa él aún debe trasladarse a Mondragón o a Oñate... A veces me gustaría poder hacer más por él...

«Vaya». La devoción de Cecilia por Labat parecía total, pensó Inés con algo de ironía, contemplando el rostro dulce y hermoso de su nueva amiga. Claro que ella era de por sí generosa y cálida. A lo largo de aquella mañana, mientras atendía con paciencia y buen humor a los heridos, había podido comprobar que muchos de ellos la admiraban. No sería extraño que también Labat...

Se enderezó en la silla, reprochándose con ardor aquel curso de pensamientos. A ella no le importaba lo que opinara Labat de Cecilia o, ya que estaba, de cualquier otra mujer. No iba a volver a pensar en la comprensión de su voz cuando la acompañó a casa la víspera, ni en la mirada atormentada que le había dirigido en las escaleras. Era un francés, y aunque reconocía que despertaba curiosidad en ella, eso era todo. Se recordó que no había dudado en chantajearla para que hiciera lo que él deseaba, sin explicarle qué pretendía, así que no iba a volver a pensar en él; existían muchos motivos por los que mantenerlo a distancia, y ninguno para buscar su presencia.

—Bueno, sigamos con nuestro trabajo. —Cecilia se puso en pie, sacándola de sus pensamientos.

Volvieron a las salas de los enfermos. Todas tenían en común estar a rebosar de pacientes, y se diferenciaban por el tipo de enfermos que acogían: los que tenían heridas abiertas estaban separados de los enfermos de tifus y otras enfermedades

infecciosas, las mujeres estaban separadas de los hombres y los soldados franceses, de todos los demás. Y los que no podían ser alojados en el mismo hospital, lo eran en el vecino convento de San Francisco, que funcionaba como un anexo a este. Inés tuvo que reconocer que, a pesar de que se veía a las claras que la capacidad del hospital estaba saturada, las habitaciones y los pasillos lucían razonablemente limpios, dadas las circunstancias. Aquello hablaba muy bien de la capacidad de Adrien Labat para dirigir y organizar el caos.

Cecilia atendía las salas de las mujeres y, de vez en cuando, a los pocos oficiales franceses que había allí. Cuando acabó de cambiar las sábanas en las salas asignadas, dio las medicinas indicadas por los médicos sin perder el temple ni la sonrisa, y desde allí se dirigió hacia la sala de los oficiales franceses. Antes de que los hospitales estuvieran tan desbordados, ninguna mujer soltera habría osado trabajar en las salas de los hombres; aquello quedaba reservado al matrimonio de hospitaleros contratados por la ciudad, y a sus ayudantes masculinos. Sin embargo, Cecilia le había contado que la llegada de Labat había trastocado ese orden de cosas, y aunque ninguna de las chicas cambiaba las sábanas de los hombres ni aseaba sus cuerpos al llegar, sí que se encargaban del suministro de medicinas y alimentos. Aquello había sido recibido por Aguirre, el médico del hospital nombrado por la ciudad, con verdadero escándalo y enojo, pero la creciente saturación del hospital, que había tenido que ser ampliado con las cercanas instalaciones del convento de San Francisco, había impuesto la administración del médico elegido por los franceses.

Las puertas del hospital se abrieron puntualmente a las nueve. Inés se acercó a las camas de los soldados heridos, a los que solo visitaban sus oficiales, ofreciendo su ayuda por si alguno quería escribir a su familia, o tan solo charlar. Enseguida comprobó que su servicio era muy bien acogido, puesto que los enfermeros que les atendían no hablaban francés, y fueron muchas las cosas que pudo traducir para los enfermos.

Cuando a las once se anunció a los visitantes que debían despedirse, ya que era la hora de la comida, decidió no alejarse demasiado, puesto que sus servicios de traducción podían ser necesarios. Tan solo cuando todos los caldos y tisanas estuvieron repartidos y consumidos resolvió acercarse al comedor y descansar un poco. Quedaban menos de dos horas para la visita que los médicos realizaban por la tarde y quería permanecer disponible pese a estar segura de que le impedirían estar cerca; ni Aguirre ni Escoriaza, el otro médico del hospital, veían con buenos ojos que estuviera por allí. Tal vez, de ser Labat quien hubiera estado allí aquel día...

Meneó la cabeza, confusa al darse cuenta de que, de nuevo, pensaba en el médico, y se sentó en la silla junto a Cecilia. La víspera Adrien Labat la había tratado con una amabilidad inaudita, para tratarse de él. Al enfrentarse al papel en blanco, Inés se había sumido en la confusión; quería que los franceses abandonaran su tierra a

cualquier precio, pero comprobar de primera mano que ese precio podía tener rostro conocido le había generado una tremenda duda. Supuso que él había sido capaz de ver a través de su desconcierto, cuando retiró la pluma de su mano con suavidad, casi con ternura. Aquel hombre era complejo y extraño. Cuando los carros llegaron al hospital, Inés le había visto tomar decisiones con despiadada eficacia; se había centrado en lo que podía ser salvado del desastre y se había volcado en conseguir que se salvara. Pero había captado el silencioso dolor del corazón de Inés y la había acompañado a su casa, confortándola y tratándola con dulzura, a pesar de estar segura de que sentía una fuerte antipatía por ella. Una antipatía que debía ser mutua, se dijo.

Tenía que serlo.

La tarde transcurrió veloz, y cuando quiso darse cuenta la visita de familiares de la tarde había acabado, y ya eran las seis, la hora a la que comenzaba a repartirse la cena. Se había despedido de Cecilia y las enfermeras, y bajaba los escalones hacia la entrada a toda velocidad cuando estuvo a punto de chocar con una mujer sentada en uno de los peldaños. Cuando recuperó el equilibrio, se dirigió a ella con amabilidad.

—Disculpe, señora, ya se ha acabado la hora de visita.

Pero la mujer ni siquiera la miró.

—¿Está enferma? ¿Se trata de su hijo? —preguntó al percatarse de que llevaba un bebé en brazos. La mujer negó con la cabeza; parecía exhausta—. Aquí no puede quedarse —insistió—, pero si está enferma la llevaré...

—No —negó ella con voz ronca—. No estoy enferma, pero debo quedarme aquí. Solo... solo he salido un momento. Es mi marido.

—¿Su marido está en el hospital? —Miró con reticencia el pequeño bulto que asomaba la cabeza entre la toquilla—. Pero la hora de visita ya ha acabado...

La mujer se encogió de hombros.

—No tenemos adónde ir —contestó dirigiéndole una mirada tan perdida que Inés se sintió impelida a sentarse junto a ella.

—¿No pueden ir a su casa? —preguntó con amabilidad, acariciando la cabecita del bebé.

La mujer negó con la cabeza.

—El doctor dijo que traerían a mi marido a este hospital, y anduve todo el día para llegar aquí.

—¿El doctor Labat?

—Sí.

—¿Acaso su marido es un soldado francés? —preguntó, extrañada, pensando en lo sucedido la víspera.

La mujer volvió a negar.

—Somos labradores. Vivimos al norte de Landa. Pero ayer los franceses vinieron

y se llevaron a mi marido como guía. Intentó negarse, pero nos amenazaron, y al final tuvo que ir. Yo salí a los campos a trabajar, pero luego oí aquella explosión... Me acerqué al camino y entonces pasó el doctor... Le dije que mi marido estaba con aquel destacamento, y él me respondió que si le había pasado algo lo traerían aquí. Volví a mi casa pero cuando llegué, estaba en llamas. No pude coger nada.

—¿Quemaron su casa? —preguntó con incredulidad, horrorizada.

Ella asintió sin palabras. Luego continuó:

—Así que solo se me ocurrió venir aquí. Pero me han dicho que él está mal... Está muy mal. Y yo... no sé qué voy a hacer si muere...

Dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas. El bebé empezó a protestar, inquieto, y su madre lo acunó mecánicamente. Inés no podía dar crédito a lo que escuchaba. Aquellos malditos franceses... Entonces, recordó que entre los soldados que se habían llevado a aquel hombre y quemado su casa debía estar Roux, y se sintió como si la hubieran golpeado. ¿Cómo era posible aquello, el dulce y callado Roux participando de aquella barbaridad? La confusión la llenó de dolor. La solitaria e inútil muerte del joven, la víspera, había ablandado su corazón, pero la historia que la mujer narraba era otra más de las muchas tropelías de los franceses que le hacía odiarlos. ¿Qué hacer, qué creer?

Aquellas lágrimas silenciosas se le clavaron en el alma. Había dicho que había venido andado desde Landa, y eso eran al menos dos leguas y media. Cuando le preguntó, la mujer se encogió de hombros.

—Llegué de noche. He dormido en el portal del convento. No tengo adónde ir.

Inés sintió su desesperanza como si fuera propia. En el hospital no se permitían las visitas después de las seis, así que ella tendría que irse, pero Inés supo al momento que no podía lanzarla a la calle de aquella manera. Se levantó para buscar a doña María.

—No se vaya. Le encontraré un espacio donde dormir esta noche —prometió, rezando a la vez por ser capaz de cumplir la promesa.

Le costó muchos ruegos y protestas conseguir que la hospitalera accediera, ya que aquello contravenía las estrictas órdenes de Labat, pero al fin aceptó que la mujer y su bebé pudieran dormir en el cuarto de las enfermeras aquella noche. Cuando el asunto estuvo resuelto, Inés se sentía como si una manada de caballos le hubiera pasado por encima. Bostezando, se dirigió hacia su casa. Lo que resultaba evidente era que aquella noche iba a ser mucho más capaz de apreciar la infinita fortuna que suponía disponer de una cena caliente, una comfortable cama y un techo sobre su cabeza.

Al día siguiente, fue Clara quien intentó que Inés cesara en su empeño de volver al hospital. Su hermana se acercó a ella después del desayuno y tras preguntarle por sus planes para aquel día, musitó que tal vez el hospital no era un lugar adecuado y que prefería que las acompañara en sus visitas.

Inés la contempló con incredulidad, y contestó con calma pero cierta tirantez que era ella quien había comenzado todo aquello, sin siquiera explicarle por qué había acudido con Labat la primera vez. Entonces Clara, la viva imagen de la culpabilidad, había balbuceado una disculpa y dejado de insistir.

Para Inés resultaba claro que solo le había hablado de aquello a petición de su tía; en realidad, Clara seguía pareciendo satisfecha con su situación. Sin embargo, y a pesar de saberla feliz, Inés sentía remordimientos porque apenas se ocupaba de ella, y aunque se reafirmó en acudir aquel día al hospital, le prometió que el viernes asistiría con ellas a la misa de San Miguel en honor de la Virgen Blanca, de quien su tía era devota.

Una vez en el hospital, la mañana adoptó pronto un tinte de rutina; acompañó a Cecilia en sus labores, visitó a aquellos soldados que le habían pedido ayuda, y cuando pudo tomarse un descanso fue en busca de la mujer que había conocido la tarde anterior.

La encontró junto al cuerpo de su esposo. Inés había preguntado a doña María sobre su estado, y ella había meneado la cabeza dando a entender que no había esperanza. La mujer, que dijo llamarse Francisca Ibarra, estaba acunando a su bebé, y cuando ella llegó la recibió con tanto agradecimiento que se sintió avergonzada. Tenía los ojos enrojecidos y era evidente que no había dormido apenas. Inés le propuso que descansara un poco mientras ella paseaba a su bebé, y aunque Francisca intentó protestar y decir que no debería molestarle por ella, Inés rechazó sus palabras con una sonrisa, asegurando que adoraba los bebés.

Aquello no era verdad, por la sencilla razón de que no recordaba haber tenido uno en brazos más allá de los escasos segundos en que había acunado a los bebés que los arrendatarios de sus tierras le presentaban. Pero tomó al bebé con dulzura mientras su madre se acomodaba junto a su marido, y bajó las escaleras; tal vez no acostumbrara a acunar bebés, pero sí sabía que el aire fresco sería más saludable para él que el viciado y lleno de miasmas de un hospital.

Estaba a punto de llegar abajo cuando unos pasos imperiosos resonaron en las losas de la entrada. Inés alzó la cabeza para ver a los recién llegados, y al reconocer el rostro de quien los comandaba, sintió que el alma se le caía a los pies: parado en medio del grupo de oficiales que cruzaban el vestíbulo, Mouret la miraba con fijeza.

Inés sabía, por algunos comentarios de su tía, que el coronel había estado unos



días fuera de la ciudad. Aquella ausencia había supuesto un gran alivio para ella, puesto que le había permitido apartar de su mente lo sucedido en el baile. Pero ahora aquel recuerdo se hizo presente con dolorosa nitidez, y aunque se negaba a sentir temor, no pudo evitar un escalofrío.

No podía salir del recinto sin pasar por su lado, y decidió quedarse donde estaba, esperando que él continuara su camino. Pero cuando todos los oficiales se perdieron en el interior de la sala, ambos quedaron frente a frente.

—¡Qué encantador encuentro, *mademoiselle*! —comenzó el hombre, esbozando una sonrisa precavida que no alcanzó sus ojos.

—Coronel —saludó con cautela.

Mouret la miró con mayor fijeza aún. Transcurrieron algunos segundos antes de que hablara de nuevo.

—Supongo que es inevitable cierta, eh... tirantez, después de nuestro pequeño *malentendido*.

La simple mención del hecho provocó el malestar de Inés, pero no estaba dispuesta a dejarse acobardar. Subida como estaba al escalón, podía mirarlo frente a frente. Controló cuidadosamente su tono al contestar:

—No sabía que llamaran así en Francia al acto de forzar las atenciones de una mujer.

—*Eh, non, non, mademoiselle!* —protestó él, horrorizado, alzando las manos—. Esas son palabras duras e inmerecidas. Tal vez yo interpreté mal algunas cosas... Me temo que usted alentó... sin darse cuenta, por supuesto, pero hubo señales... Su temperamento es tan ardiente... Y, además, su belleza volvería loco al más cuerdo de los hombres, y es difícil culparme de haber sucumbido a su embrujo. En fin, no estoy orgulloso de lo sucedido, y no quiero incomodarla volviendo sobre ello. Lamento mucho haberla asustado. Aunque, por otro lado, no me pareció que se acobardara demasiado... —Sonrió en un intento de broma, pero como ella no dijo nada, cambió de tema apuntando un dedo hacia el bebé—. Veo que está ocupada... ¿El hijo de alguna amiga, tal vez?

Sin saber por qué, Inés apretó al bebé contra su pecho.

—No. Es hijo de un enfermo. Lo he tomado para que la madre descanse.

—No me diga que ayuda aquí.

Inés se envaró ante el rastro de incredulidad en su voz.

—Vengo de vez en cuando para echar una mano.

—¡Ah, ese corazón tan compasivo para todos y tan duro como el pedernal para su humilde admirador! —contestó, colocando la mano sobre el pecho con fingido dolor—. ¡Es tan injusto! Pero yo mantengo la esperanza de que algún día se ablande y me mire con la benevolencia con que ha mirado a ese bebé.

Pero su intento de desdramatizar lo sucedido no halló eco en Inés.

—Discúlpeme, coronel, ahora... —Trató de moverse, pero él dio un nuevo paso a la derecha, dejándola sin posibilidad de escape. Sorprendida ante su movimiento, Inés alzó la mirada. A pesar de que el semblante del coronel parecía relajado, un brillo extraño alumbraba sus ojos.

—No puede irse aún, Inés. *Necesito* que acepte mis disculpas. Estoy seguro de que puedo hacer que ya no encuentre tan repulsivos a los... eh, ¿cómo nos llamó? Malditos franceses, creo recordar...

Estaba muy cerca de ella. Inés podía sentir su calor, su aliento, la transpiración de su piel... Por un momento, la atención con que la observaba le hizo pensar en un depredador que espera con calma el momento en que su víctima se despiste para abalanzarse sobre ella. Pero, obligando a su sentido común a imponerse, se dijo que aquello era una tontería. Mouret no era ningún depredador; tan solo un oficial francés, tan presuntuoso y arrogante como solo los franceses podían ser. El día del baile su atrevimiento y osadía habían indignado a Inés hasta el punto de hacerle olvidar la precaución; pero ahora, a la luz del día, en aquel árido espacio lleno de dolor y enfermedad, comprendía bien que tener como enemigo a un hombre así sería una estupidez por su parte.

Ella tenía que ser inteligente y cauta. Y si para ello debía doblegar su orgullo, podía hacerlo.

—No debí insultarle, coronel —admitió con tono neutro, bajando la mirada hacia el bebé—. Reconozco que fui insolente, pero estaba asustada.

Las comisuras de la boca del hombre se alzaron casi imperceptiblemente. Inés comprendió que, a pesar de que su excusa había sonado más bien endeble, su sumisión había satisfecho al coronel.

—Y yo lamento haber sido la causa de su miedo. Empezamos con mal pie, pero si admite mis sinceras disculpas, sé que podemos comenzar de nuevo. Así que, ¿qué me dice, Inés? ¿Estoy perdonado?

El bebé se agitó en los brazos de Inés. La mano de la joven acarició brevemente su cabeza. «Hazlo de una vez. No te conviene su enemistad».

—Claro, coronel.

La sonrisa del hombre se amplió. Hizo una reverencia, y al incorporarse sus ojos brillaban de satisfacción.

—Le aseguro que no se arrepentirá. Confieso que usted desafía lo que creía saber de las mujeres, e intentar descifrarla sería un reto delicioso. Tal vez aún no ha llegado el momento, pero no descarto que algún día usted y yo podamos entendernos de manera más... íntima. Bien, que tenga un buen día, Inés. Espero que la próxima vez que la encuentre pueda disfrutar con más calma del placer de su compañía. *Au revoir*.

Inés correspondió su saludo con una leve inclinación de cabeza, y en cuanto el coronel abandonó la sala, salió apresuradamente a la calle. Algunas nubes cubrían el

sol y el aire en la sombra era fresco. Inspiró hondo y tragó saliva, intentando deshacer el malestar que se había apoderado de su interior. No había nada de malo en disimular ante aquel hombre, se dijo. Solo era prudencia. Lo que su tío Germán le había aconsejado.

Miró al bebé que dormitaba ajeno a todo, y depositó un beso sobre su frente con ternura. Él no tenía culpa de nada, pero había llegado en mal momento a una mala época. Una época donde la maldad campaba a sus anchas, y en la que ella ya no era capaz de saber dónde residía la verdad.

Después de que el bebé empezara a berrear como loco, Inés había llegado a la conclusión de que estaba muerto de hambre, así que lo había llevado junto a su madre. Francisca seguía pareciendo agotada, y el estado de su marido no solo no mejoraba, sino que le había acometido una fiebre muy alta que no presagiaba nada bueno.

El mundo era un lugar extraño, cruel y triste a veces, pero nadie parecía querer abandonarlo. A pesar de tener todo en su contra, aquel hombre se aferraba con todas sus fuerzas al hilo de vida que le quedaba, y su esposa a la esperanza de que se obrara un milagro.

Inés apoyó los brazos en la mesa del desierto comedor, pensativa. Aquella semana había sido tan extraña... Sus creencias y convicciones se habían tambaleado tan solo porque un muchacho francés que le había dirigido algunos halagos admirados había fallecido ante sus ojos.

*¿O tal vez eso no era todo?*

Odiaba aquella desorientación. Ella siempre había tenido muy claros sus objetivos en la vida, lo que le gustaba y lo que no, lo que detestaba y lo que perseguía. Pero ahora se sentía como si estuviera en la poza del río de Albizu, y sus brazadas no consiguieran acercarla a la orilla. Como si necesitara que alguien le tendiera la mano para ayudarla a salir de allí.

«¿Alguien como Adrien Labat?».

Aquella idea pareció surgir de la nada, e Inés se sobresaltó primero, y se enfureció después, por pensar en él de aquella manera. Todo aquello era por su culpa, y ni siquiera lo había vuelto a ver desde el ataque. La había acompañado a casa, le había hablado con amabilidad... y había desaparecido sin dar señales de vida. Ese era Adrien Labat, un hombre extraño, frío e incomprensible.

Pero no se trataba de él, se dijo meneando la cabeza con pesar. Labat era un enigma y un fastidio, seguramente, pero no tenía que ver con que ella se sintiera como un barco a la deriva. Odiar aquella ocupación pero compadecerse de la suerte de un soldado francés había creado una grieta en la férrea decisión de su alma. Y eso era algo que no podía permitir. Se obligó a recordar lo sucedido en Laminiz la

semana anterior, cuando un destacamento de soldados entró en el pueblo, exigiendo que les entregaran a dos de sus vecinos, en venganza porque cerca de allí una partida de patriotas había atacado el correo. Cuando ellos se negaron, se llevaron al herrero y a su hijo, los ejecutaron y colocaron sus cabezas sobre dos picas en el camino, para que sirviera de escarmiento al resto. Ni siquiera habían permitido que tuvieran un entierro digno. Cada vez que recordaba ese tipo de historias, Inés no podía evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos.

Quienes cometían tales barbaridades no merecían su compasión ni indulgencia. Y quienes estaban en su bando, tampoco. Aunque demostraran comprensión, aunque la hubieran tratado con dulzura, aunque sus ojos sombríos despertaran en ella extrañas fantasías, mientras existiera aquella ocupación seguirían siendo el enemigo.

—Mañana a primera hora partirán dos de los batallones acantonados en Orduña para reforzar las tropas de Merlín en Burgos.

—¿Estás segura de haber escuchado eso?

—Sí, por supuesto —replicó Inés, arrodillada ante el confesionario.

—Entonces, alrededor de Bilbao quedarán muy pocas tropas de refuerzo —murmuró el cura, más para sí mismo que para ella—. Interesante... ¿Algo más?

—No. Los oficiales que acuden de visita al hospital son más discretos de lo que pensaba.

Se escuchó un breve sonido de conformidad, y tras él un crujir de tela hizo a Inés comprender que el cura se disponía a abandonar el confesionario.

—Padre, espere un momento. Quería también consultarle un tema.

El movimiento tras la celosía se detuvo.

—Tú dirás.

—Es... Es sobre lo que hacemos.

—¿Lo que hacemos?

—Sí. —Inés trató de desechar su vacilación—. Deseo de corazón que los franceses se vayan, y estoy incluso dispuesta a arriesgarme lo que sea necesario si con ello consigo ayudar. Pero cuando veo esos soldados muertos, tan jóvenes, a veces apenas unos niños...

—Dios los acogerá en su seno si se arrepintieron, hija mía —contestó el cura con tono monótono.

—Lo sé. Pero cuando pienso que lo que yo hago puede estar ayudando a que mueran, tengo dudas...

Una exclamación de asombro llegó desde el otro lado de la celosía.

—En nombre de Dios, hija, ¿es posible que pongas a la misma altura sus vidas que las de tus hermanos?

—No, no —protestó, frunciendo el ceño ante el tono acusatorio del párroco—. No es eso, pero no puedo evitar preguntarme...

—Jesús, José y María —se santiguó el cura, escandalizado—. ¿Es que acaso esos salvajes han logrado cegarte? Dios está con los justos. Nuestros ejércitos avanzan y el enemigo retrocede, a mayor gloria de nuestro Señor, y la victoria de Bailén es la prueba.

El ceño de Inés se hizo más profundo. Había acudido con el corazón lleno de dudas para que un hombre de Dios las aplacara, pero la pequeña mecha de rebeldía que siempre habitaba en su corazón se encendió ante aquella respuesta tan poco satisfactoria para su intelecto. Si la victoria de Bailén lo probaba, ¿qué probaba entonces la terrible derrota de Rioseco? Así que antes de darse cuenta de que aquella respuesta era precisamente la que buscaba al venir a él, replicó:

—Ellos también son hijos de Dios.

—¡No! ¡Claro que no! ¡Esos infieles que tiñen esta tierra de sangre no son hijos de Dios, sino de Satanás! Cada hombre elige su camino, y muchos caminan al lado del maligno. Dudar de la justicia de nuestra causa es dudar de Dios. No malgastes tu compasión en la muerte de franceses. Piensa que ellos pudieron elegir, y decidieron unirse a esta iniquidad. Nosotros, en cambio, no elegimos nada.

A pesar de sus recelos, Inés tuvo que admitir que aquella sí que era una razón de peso. Roux, y los demás como él, pudieron quedarse en sus casas, en sus granjas, junto a esa familia a la que tanto añoraban, en vez de venir a asolar un país que los aborrecía. Pero, aunque las palabras del cura tenían su valor, y creía compartirlas en su corazón, una pequeñísima parte de su alma no conseguía sentirse tranquila. Sin embargo, comprendió que aquella visita no iba a aplacar sus dudas morales y, de repente, las ganas de salir a la luz del sol se hicieron insoportables.

Se santiguó y se puso en pie.

—¿Continuarás trayendo información? —preguntó el cura al ver que se iba.

Ella se detuvo. Su vista se posó en el hueco central del altar, donde la figura de la Virgen, envuelta en un manto azul, alzaba a su hijo en su brazo izquierdo. La serena sonrisa del rostro no alcanzaba los ojos apenados.

«El dolor de una madre que sabe lo que sucederá —pensó estremecida—. Y no puede hacer nada por evitarlo. A veces no hay nada que hacer».

Se volvió.

—Claro. —Y en voz baja, más para sí que para él, musitó—: Y roguemos a Dios que esto acabe cuanto antes.

El viernes aún no había amanecido cuando Inés, su hermana y su tía salieron de casa para dirigirse a la iglesia de San Miguel, donde se veneraba a Nuestra Señora de la Blanca. La devoción que se profesaba a aquella Virgen estaba bien extendida en la ciudad. Cuatro eran las cofradías consagradas a su nombre, y cuatro los días consecutivos en que se celebraban solemnes funciones religiosas, seguidas de

brillantes festejos. Aquel día, el primero de los cuatro, se conmemoraba la nevada que, en pleno agosto y en tiempos del papa Liberio, había caído sobre el monte Esquilino, y sobre la que había aparecido delineada, milagrosamente, la planta de una basílica. Cierto que tal milagro había sucedido en Roma, pero la devoción a la Señora de las Nieves —que tal fue el nombre dado a la basílica construida en aquel lugar— llevaba siglos arraigada en la ciudad.

Los primeros rayos de sol aparecieron sobre los tejados del este cuando el rosario que se celebraba ante la hornacina de la Virgen concluía. Tomás Acedo y Teresa Mendoza aprovecharon para saludar a los conocidos y charlar sobre las últimas noticias de la ciudad antes de que las campanas repicaran llamando a los feligreses a misa.

Inés había estado en aquella celebración hacía años, cuando era pequeña, pero comprobó que su memoria no la traicionaba al recordarlo como un día lleno de bullicio y alegría. Al finalizar la misa y el solemne tedeum, la multitud de devotos feligreses salió a la explanada que se abría como un enorme balcón sobre la plaza Vieja. Un grupo de tamborileros tocaba el chistu, y la alegre música hizo que se formaran grupos espontáneos de bailarines, mientras en la plaza a sus pies numerosos jóvenes intentaban trepar la cucaña que se había instalado junto a la fuente.

Unas muchachas a las que ni siquiera conocía llegaron en busca de Clara para rogarle que las acompañara a pasear por los Arquillos. Las jóvenes extendieron su invitación a Inés, pero esta se excusó diciendo que prefería permanecer con su tía. Su tío Tomás se había dirigido con unos amigos al frontón situado en la zona alta de la ciudad, donde se celebrarían partidos de pelota, y no quería dejarla sola.

—Celebro que te quedes, cariño —le agradeció Teresa, palmeando su mano, cuando se quedaron a solas—. Esta semana tan solo te he visto en las cenas. Cuéntame, ¿qué tal en el hospital?

Sin querer exponer sus dudas y vacilaciones, Inés la tomó del brazo y habló de los soldados heridos, de la historia de Francisca Ibarra, de su relación con Cecilia, mientras ascendían las escaleras laterales para subir a la plaza del Machete. La explicación hubo de ser interrumpida cuando, al llegar a ella, un grupo de oficiales franceses acudieron a presentarles sus respetos. Inés los había visto en los primeros bancos de la iglesia, junto al alcalde y al corregidor; era evidente que pretendían aprovechar aquellos actos populares para congraciarse con el pueblo que los hospedaba; habían permitido que la misa se oficiara en el interior de la iglesia —a pesar de que también aquel edificio estaba ocupado por tropas—, aquella tarde acudirían a ver la corrida de toros que se oficiaría en la plaza Nueva, y se esperaba la presencia de numerosos soldados en el baile popular que se celebraría tras aquella.

Saludaron al general Barrere, que respondió con su habitual afabilidad, y cuando fue el turno de Mouret, de nuevo Inés sintió que la mirada del hombre no se apartaba

de ella. Con tono galante, alabó lo hermosa que estaba, y se interesó por saber si acudiría al baile de la tarde, puesto que, en tal caso, se sentiría honrado de bailar con ella.

Con una sonrisa de compromiso, Inés contestó que aún no lo había decidido. La idea de cuán diferente era su interés al de Labat surgió de la nada, y al momento Inés se sobresaltó. ¿Por qué había acudido a su mente el recuerdo del médico? Debía ser curiosidad, se dijo. Era normal sentir curiosidad; desde hacía unos días, era como si al médico se lo hubiera tragado la tierra. No había vuelto por el hospital ni había dormido en la casa, aunque lo cierto era que a nadie parecía extrañarle. Cecilia le había dicho que pasaba muchos días en los demás hospitales, y también solía acudir donde le reclamaran para ayudar a algún enfermo. Era habitual que pasaran varios días sin saber de él.

«Mejor para mí si está ausente», intentó convencerse.

Tras un breve intercambio de frases, se despidieron de los oficiales, que tenían un compromiso en el Ayuntamiento. Continuaron su ascenso hacia el Campillo, donde estaba el frontón, y cuando el partido terminó fueron en busca de Clara para volver a casa, donde les esperaba una suculenta comida a base de cordero, verduras estofadas y dulces variados.

Por la tarde, y después de que su tía disfrutara de una siesta reparadora, acudieron a la casa que los Zárate poseían en la plaza Nueva, desde cuyos balcones, que en ocasiones alquilaban, podían seguir la corrida de toros. Las jóvenes que habían saludado a Clara aquella mañana eran las hijas de los anfitriones, y entre muchos otros invitados, también los Sarriegui estaban en la casa.

—Hacía muchos días que no nos encontrábamos —la saludó Beatriz con una sonrisa traviesa nada más verla. Ambas ocuparon uno de los balcones más estrechos del extremo del salón—. El otro día no viniste a rezar.

—No pude. Estuve en el hospital.

—Tu hermana me lo dijo. Pero me costaba creerlo. ¿Cómo se te ha ocurrido hacer algo así?

Inés se encogió de hombros.

—No lo sé —mintió—. Pensé en hacer algo útil.

—Mi madre jamás me lo habría permitido. Allí hay tantos hombres...

—Hay enfermos —corrigió al notar el recelo en la voz de su amiga—. Y enfermas. Pero yo no los atiendo, si eso es lo que te preocupa.

—No, no es eso. Ya imagino que tú no limpiarás... Bueno, nada de lo que haya que limpiar en esos sitios. Es solo que no comprendo por qué se te ha ocurrido... —Sus ojos se entrecerraron al contemplarla, sopesando la idea que acababa de ocurrírsele—. A menos que...

—A menos que nada, Bea. —Inés no pudo evitar un gesto de incomodidad—. No

tiene importancia.

Pero a pesar de su negativa, el rostro de su amiga se iluminó con una súbita comprensión.

—¡Oh, ya lo entiendo! ¡Qué astuta eres! —Bajó la voz, pero el entusiasmo se filtró en su entonación—. Seguro que estás espiando a los franceses. ¡Oh, es una idea estupenda! Hay allí tantos oficiales...

—No hay tantos, Beatriz —cortó con algo de sequedad—. Y no quiero hablar de eso. Cualquiera podría oírnos.

Pero su amiga no pareció escucharla.

—Por un momento, creí que habías cambiado de opinión sobre la... situación. Pero has tenido una idea estupenda, ¿quién iba a sospechar de ti?

—Aquí no, Bea —insistió—. ¿Y cómo has podido pensar que cambiaría de opinión?

—No lo sé —rio su amiga, con sincero alivio—. No es que yo creyera algo así, pero me resultó tan chocante que ayudaras a los franceses... Además, ahora que las cosas se van a poner interesantes —concluyó con aire misterioso.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé con exactitud. —Miró a ambos lados, y se retiró un paso hacia el interior de la sala, bajando más la voz, hasta que fue un susurro—. Pero después de rezar el otro día, se comentó que era más importante que nunca hacer llegar el dinero recaudado a su destino, porque hay algo importante en marcha.

—¿El qué? —preguntó con recelo, atenta al menor movimiento de los presentes. Pero todos parecían estar en el resto de balcones, alejados de ellas.

—Ya te digo que no lo sé. Pero es algo que va a pasar pronto —añadió con aire de triunfo.

Inés dejó escapar un suspiro de impaciencia. Por mucho dinero que pudieran recaudar —lo que por otra parte estaba por verse—, no imaginaba que fuera a ser de mucha ayuda para nada. Se había confirmado que la Corte se asentaría en Burgos, y se esperaban nuevas tropas desde Francia en cualquier momento.

—Te digo que es muy importante que todo salga bien —insistió Beatriz, percatándose de la expresión escéptica de su amiga.

Sin ganas de discutir, Inés se asomó de nuevo al balcón.

—Bueno, pues rezaremos para que todo salga bien, aunque no sepamos de qué se trata. Pero ahora deberíamos ver algo del espectáculo, Beatriz; si nos ven cuchicheando de esta manera, van a sospechar algo.

—No lo creo. Y de todas formas, yo no soy muy aficionada a estos espectáculos. ¿Y si bajáramos para dar una vuelta por la plaza? Cuando hemos venido había unos cómicos preparándose en la plaza Vieja.

—No sé, no creo que a mis tíos les guste...



—¿Te pasas el día sola en un hospital y crees que si das una vuelta conmigo les va a disgustar? —bromeó su amiga, tomando una copa de champán de la bandeja que una doncella les ofreció—. Venga, toma tú también una copa y vayamos a preguntarles...

Inés rechazó con amabilidad el ofrecimiento de bebida, pero aceptó preguntar a sus tíos, y cuando estos le concedieron el permiso, sin apartarse del balcón donde veían la lidia con los Sarriegui, ambas jóvenes bajaron a la plaza.

Un cercado de madera, rodeado de tablados, acotaba la zona de lidia. Los asistentes, entre los que se encontraban numerosos soldados franceses, parecían disfrutar del espectáculo, a juzgar por las exclamaciones admiradas que escapaban de vez en cuando de la multitud. Después de sucesivas prohibiciones, resultaba realmente extraño que fueran los franceses quienes hubieran autorizado aquellos festejos. Había sido su manera de intentar granjearse la simpatía del pueblo. Los tablados estaban a rebosar de mujeres vestidas con basquiña y mantilla, y de hombres que lucían sus mejores casacas, a pesar del calor. Y fuera de aquellos, en unos y otros rincones de la plaza, se formaban grupos que discutían los méritos o deméritos de los figurantes.

Beatriz y ella dieron la vuelta a la plaza, paseando sin prisa hacia la arcada que comunicaba con la plaza Vieja. Allí pudieron disfrutar del grotesco espectáculo de los cómicos ambulantes, coreado y silbado por la gente que se detuvo a verlos. Luego deambularon saludando a los conocidos que encontraron, se detuvieron a contemplar los puestos de venta de útiles de madera, y escucharon a un *bertsolari* cantar las hazañas del Gigante de Loidi, que unos minutos después desafiaría a quien quisiera atreverse a levantar una gran piedra de veinte arrobas.

Estaban observando cómo se acercaban los músicos desde el Ayuntamiento, escoltando al alcalde, cuando un grupo de oficiales se aproximó desde el comienzo de la plaza. Beatriz puso los ojos en blanco al verlos.

—Ya está aquí Durand —susurró al oído de Inés—. Verás que sigue tan necio como te dije.

Inés miró con disimulo a los hombres que se acercaban. Los primeros repiques del tamboril acababan de comenzar a sonar en la plaza, y los hombres casados que iban a tomar parte en el baile inicial se prepararon formando una fila ante los músicos.

—Buenos días, *mademoiselle* Beatriz —saludó Durand al tiempo que los chistus arrancaban sus primeras notas y los hombres comenzaban a moverse—. Ha venido, finalmente.

Inés vio a su amiga suspirar de impaciencia.

—Sí, capitán Durand, he venido.

—Entonces —sus ojos brillaron con adoración—, ¿podré tener el honor de que

me conceda alguno de los bailes de esta tarde?

—No, capitán —negó ella sin conmoverse en absoluto—, porque ustedes no conocen nuestros bailes y mucho me temo que acabaríamos haciendo el ridículo. Si pretende bailar esta música como baila en los salones, seríamos el hazmerreír de la ciudad. Pero no me opongo a que me observe bailar, si lo desea.

Inés hizo un esfuerzo por permanecer impassible, pero la pomposa altanería de su amiga y la evidente desilusión de Durand estuvieron a punto de hacerla reír.

Y, en efecto, cuando acabó el baile de los hombres casados y fue el turno de las jóvenes solteras, Beatriz la tomó de la mano y la condujo al centro, sin que las asombradas protestas de Inés consiguieran disuadirla.

En realidad, y a pesar de lo que una vez había dicho a Mouret, Inés adoraba la música. En las romerías y fiestas a las que solían acudir era habitual que estuviera en el grupo de bailarines, bien danzando, bien aplaudiendo a los que danzaban. Pero en la ciudad, y ante tantos franceses, tomar parte en un baile público no parecía muy sensato. Sin embargo, Beatriz no le permitió retirarse de su lado, y cuando vio que algunas muchachas que conocía se disponían a tomar parte en el baile, sus recelos se aplacaron un tanto, y decidió tratar de disfrutar del momento.

La alegre música comenzó, y con ella los giros, saltos y quiebras de las muchachas, y las risas de los asistentes. Era un baile enérgico, veloz, jubiloso... Las muchachas se tomaban de la mano para moverse hacia la izquierda, rompían el círculo para girar, moviendo los pies con agilidad, y lo recomponían para volver tratando hacia la derecha. Con la respiración entrecortada, el rostro sofocado y expresión risueña, Inés vio al girar que Durand no quitaba ojo a su amiga, que parecía disfrutar incluso más que ella misma. Ejecutó un nuevo giro, tomó las manos de las otras muchachas para cerrar el círculo y el baile la condujo de nuevo hacia la derecha. Una sensación de libertad largamente añorada comenzó a expandirse en su interior. Los giros veloces, las risas de sus compañeras, la brisa que agitaba su cabello en cada salto y vuelta... A pesar de sus iniciales recelos, bailar la llenaba siempre de alegría, y cuando las jóvenes ejecutaron un último giro, no pudo evitar desear que aquel baile continuara para siempre.

Pero la música, al fin, cesó. Mientras el público aplaudía, y Beatriz era retenida por el inasequible al desaliento Durand, Inés se apartó un poco del grupo, tratando de recuperar el ritmo de su respiración. No quería perder la satisfecha sonrisa que ocupaba su rostro, no quería que la sensación de libertad que había disfrutado por unos momentos se desvaneciera.

Unos pasos a su espalda, varias de las muchachas se habían acercado a la fuente que presidía la plaza. Mujeres casadas comenzaban a conquistar el espacio que ellas habían ocupado con anterioridad, e Inés decidió refrescarse mientras esperaba que Beatriz se librara de Durand.

Avanzando hacia las jóvenes, pasó la mano por su cabello para retirar los mechones que, liberados por el baile, se pegaban a sus mejillas y sienes. El espacio junto a la fuente estaba lleno de numeroso público, y tuvo que sortear a varias personas antes de encontrar un hueco por el que colarse. Pero cuando estaba a punto de alcanzar su objetivo, un hombre surgió de la multitud para cerrarle el paso. Inés dio un respingo y retrocedió alarmada... hasta que comprendió a quién pertenecían aquellos ojos severos que la miraban con desaprobación.

—¿Es que siempre tiene que exponerse en público?

La evidente y ruda censura del hombre la tomó por sorpresa, pero no estaba dispuesta a dejarse avasallar.

—Yo no me he expuesto de ninguna manera —replicó con osadía—. Es un baile popular. Una costumbre nuestra.

El sutil desafío contenido en sus palabras acentuó el mal humor de Adrien.

—Una costumbre poco respetable.

La inicial sorpresa de Inés se trocó en indignación. Aquello ya era el colmo.

—En su opinión, por supuesto.

—En mi opinión, sí. Y en la de cualquiera que la haya visto exhibirse de esa manera.

—¿Exhibirme? ¿Que yo me he exhibido? —El rostro de la joven se encendió de enojo—. ¿Se puede saber qué le pasa? ¿Qué parte no ha escuchado de lo que le he dicho? Los bailes públicos son una costumbre que nadie censura. Salvo usted.

—¿Ah, sí? ¿Y qué necesita usted para comprender...?

—Adrien...

Una voz suave los interrumpió. Inés se volvió hacia la procedencia del sonido, y no pudo ocultar su sorpresa al ver cómo una llamativa mujer rubia, hermosa como una porcelana, se abría paso entre la gente para colgarse del brazo de Adrien.

—Perdona, *mon chéri*, me han entretenido —dijo al llegar, dedicando a Adrien una mirada sensual. Luego giró la cabeza para contemplar detenidamente a Inés—. ¿No nos presentas?

A pesar de la irrupción de la mujer, Inés se dio cuenta de que la mirada malhumorada de Adrien no se había apartado de ella ni un instante. Como si ni siquiera se hubiera percatado de la manera en que la mujer del exquisito vestido lavanda y hermosos rizos dorados descansaba su opulenta figura contra él.

—Es una de las sobrinas de mis anfitriones, Louise, pero ya estábamos despidiéndonos. Que tenga un buen día, *mademoiselle* Mendívil.

Con una inclinación seca de cabeza, Adrien dio su encuentro por finalizado, y con la mujer rozando aún más su cuerpo contra su brazo, se dio la vuelta para desaparecer entre la multitud.

Como una tonta, Inés se quedó allí parada, contemplando cómo el sol de la tarde

arrancaba destellos de bronce del oscuro cabello del hombre, mientras la mujer se contoneaba provocativamente junto a él, y todo lo que los rodeaba parecía desvanecerse: el bullicio, la música, los asistentes que aplaudían...

—¿Qué te sucede? —le gritó sonriente Beatriz cuando llegó a su altura, siguiendo la dirección de su mirada sin encontrar nada digno de atención.

—Nada —contestó Inés con presteza, volviéndose hacia su amiga.

Beatriz frunció el ceño al ver su expresión confusa.

—¿Estás bien? ¿De veras no te sucede nada?

Inés negó con la cabeza y se esforzó en sonreír.

No le sucedía nada. No podía sucederle nada.

Pero el acelerado tamborileo de su corazón se burlaba de ella, y las punzadas que irritaban su humor acompañaron la voz interior que gritaba dentro de su cabeza, mordaz y cruel: «¿Estás segura de eso?».

—Te ha estado esperando. No ha querido irse sin verte.

Doña María condujo a Inés hacia el pequeño cuarto donde las enfermeras se turnaban para descansar cuando terminaban su jornada.

—¿Cómo es que has venido tan temprano? Los médicos aún están visitando a los enfermos. —Empujó la puerta y le indicó algo al fondo de la estancia—. Ahí está. Ahora debo volver abajo. Una de las enfermas ha vomitado toda la cama, y tengo que vigilar a las mujeres que deben limpiarlo.

Inés le sonrió para agradecerle su ayuda, pero el dolor de cabeza que la acompañaba aquella mañana hizo que su sonrisa fuera algo tensa. Había dormido mal y se había levantado aún de noche, con cuidado de no despertar a su hermana. Poco después de acabar el baile popular habían vuelto a casa, sin esperar a los fuegos artificiales; su tía temía que en el ambiente algo desenfrenado que el baile había generado pudieran producirse desórdenes públicos y roces entre soldados y habitantes de la ciudad. Inés le habría dicho que nadie estaba tan loco como para hacerlo en una ciudad donde las fuerzas acantonadas igualaban en número a sus habitantes, pero lo cierto era que, a diferencia de su hermana, ella deseaba volver a casa cuanto antes. Una sensación de abatimiento se había apoderado de ella sin saber por qué. O al menos, sin querer saberlo.

Se acercó a Francisca Ibarra, que estaba amamantando a su bebé, y se sentó junto a ella.

—Lo siento mucho, Francisca —dijo con suavidad, y puso la mano sobre su brazo con afecto.

La mujer no levantó la vista de la cabecita del bebé.

—Es voluntad del Señor.

Ninguna de las dos dijo nada durante un largo instante. La noticia del fallecimiento del marido de Francisca había recibido a Inés a su llegada al hospital, y había hecho que el resto de preocupaciones se borrarán de su mente, incluida la de que Adrien Labat tampoco hubiera dormido aquella noche en la casa.

Los sonidos del amanecer en el hospital llegaban amortiguados por la distancia, y las dos mujeres que ocupaban los jergones junto a la pared dormitaban quedamente. Solo los sonidos del bebé rompían el silencio. *El bebé*. Curiosamente, pensó Inés, ni siquiera sabía su nombre.

—¿Qué planes tienes ahora?

Francisca se encogió de hombros.

—Ya no queda nada de mi casa, y las tierras son arrendadas. A buen seguro el señor buscará otra familia que pueda encargarse de ellas. Tendré que encontrar un trabajo aquí en la ciudad.

—Pero ¿qué harás con tu hijo?

La mujer la miró con cansancio.

—No lo sé.

—Estoy segura de que habrá algún sitio al que puedas ir. —Se levantó—. Buscaré...

—No lo haga —la detuvo Francisca con brusquedad—. No la esperaba para pedirle ayuda. Solo quería darle las gracias por todo. Además, no pienso ir al hospicio.

Algo confusa por su recelo, Inés aceptó el agradecimiento, aún sabiendo que no había hecho nada digno de merecerlo.

—En realidad estaba pensando en el hospital de Santa María. Allí acogen a mujeres viudas y...

—Ahora no —aclaró ella, sin levantar la vista de su hijo—. Hay tantas ya que solo dejan que se queden las ancianas y las que no pueden trabajar. Yo no podría ir. Buscaré un trabajo.

Ambas continuaron en silencio un rato, escuchando los sonidos de aquel bebé, mientras su madre parecía estar muy lejos de allí. Inés esperó, suponiendo que ella acabaría por decirle algo más, por explicarle cómo pensaba sobrevivir sin su marido y con aquel bebé de poco más de un mes, qué tipo de trabajo creía que podría realizar sin abandonar a su hijo, en una sociedad que no permitía a las mujeres vivir solas y libres. Pero al fin comprendió que no iba a decirle nada más. Se levantó con un suspiro y se dirigió a la puerta. Con la mano en el picaporte, se giró para mirarla de nuevo. Había muy pocas alternativas, y parecía tan sola...

Mirando cómo contemplaba a su bebé, Inés comprendió que no podía dejar que se fuera sin ayudarla. Daba igual cuáles fueran ahora sus intenciones, acabaría por tener que dejar a su hijo en el hospicio para sobrevivir. Tenía que hacer algo.

Descendió las escaleras y se dirigió por el oscuro pasillo hacia la capilla, en busca de doña María, pero no estaba allí. El hospital no era grande —de hecho por ese motivo se había construido el nuevo junto al camino de Salvatierra, ahora convertido en cuartel militar—, pero era antiguo y enrevesado, lleno de añadidos que funcionaban como parches. Atravesó las cocinas, donde se afanaban en la preparación del caldo que servirían como comida, y continuó hacia los quirófanos, sin que las enfermeras con las que se cruzó pudieran decirle dónde encontrar a la hospitalera.

A punto de llegar a las salas donde se practicaban las operaciones, y cuyo acceso estaba en general prohibido, un ruido procedente de un cuarto bajo las escaleras llamó su atención. Sabía que en armarios como aquel se guardaban útiles de limpieza, y no consiguió imaginar qué podría ser aquel ruido rítmico, aquel golpeteo metálico de cadencia constante. Volvió la cabeza y vio que no había nadie en el pasillo;

tampoco en las escaleras. Podía ser una especie de gotera, o tal vez algún producto que se estuviera derramando. Dudó un instante, porque el ruido era realmente extraño, e incluso creyó captar algo más, una especie de gruñido; pero no tenía sentido esperar en aquel pasillo hasta que alguien viniera.

Giró el pomo y abrió la puerta en el mismo instante en que doña María aparecía al fondo del pasillo. Pero, paralizada ante el hueco de la puerta, no pudo contestar a la pregunta que la hospitalera le dirigió, porque la visión que apareció ante sus ojos la dejó privada de habla: una mujer con la blusa bajada y los senos bamboleándose se aferraba a una barra fijada a la pared, mientras un hombre con los calzones bajados y gesto descompuesto la agarraba por las caderas, arremetiendo contra ella desde su espalda.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó doña María a su lado, santiguándose.

La exclamación hizo que la mujer se incorporara precipitadamente, arrancando las faldas de las manos del hombre, que se subió los calzones con idéntica velocidad.

Inés podía ser joven y soltera, pero de ninguna de las maneras era tonta, y no tenía ninguna duda sobre lo que significaba la escena que acababa de ver.

—¡En nombre del Señor, fuera de aquí! —bramó doña María con decisión—. ¡Juana, recoge tus cosas y sal de esta casa inmediatamente! Y usted, señor... *soldado*, vuelva a su cama ahora mismo. Ya que parece encontrarse perfectamente, avisaremos a su oficial que está en condiciones de volver a sus alojamientos.

—Pero doña María, por favor —rogó la mujer, acomodándose la blusa sobre los hombros, a punto del llanto—, necesito el trabajo. Sabe que yo...

La interpelada la cortó sin miramientos.

—Haberlo pensado antes de decidir llenar la faltriquera de esta forma. Sabes de sobra cuáles son las reglas; si os comportáis como busconas, vuestro sitio no está aquí sino en el campamento de estos... Bueno, da igual. Sal de mi vista cuanto antes. Y tú —se volvió hacia Inés—, en cuanto nos vayamos de aquí, me explicarás qué creías que hacías por estos pasillos.

La mujer la tomó del brazo y la condujo hacia la entrada. Entonces Inés se dio cuenta por primera vez, horrorizada y fascinada a partes iguales, de que no había apartado la mirada de la escena ni un segundo. Ella se había criado en el campo, y todo lo relativo al sexo se trataba con una naturalidad impensable en la ciudad; pero de ahí a contemplar en vivo aquella escena...

En mitad del maremágnum de incomprensibles emociones que la escena había despertado en ella —horror, fascinación, vergüenza, curiosidad...—, su sentido práctico se impuso. Aquella ocasión parecía llovida del cielo.

—Doña María —comenzó cuando llegaron a la entrada del hospital—, si esa mujer ya no trabajará como enfermera, conozco a una persona que la puede sustituir. Verá...

Y continuó su explicación, rogando que en aquella ocasión no le fallara la capacidad de persuasión que solía triunfar con sus arrendatarios cuando no querían hacer las cosas que ella les solicitaba.

Adrien introdujo las manos y los antebrazos en la jofaina, y luego tomó la toalla que reposaba sobre la encimera. Habían sido días agotadores y tenía la sensación de que apenas había podido dormir. Había llegado la tarde anterior después de una larga cabalgada, había pasado la noche sin apenas pegar ojo, y aquella mañana de nuevo lo habían llamado con urgencia. No tenía ninguna gana de lidiar con aquello.

—La comprendo, doña María, pero ya hemos hablado de esto otras veces: mientras el hospital esté tan lleno, no podemos permitirnos prescindir de las mujeres en las salas de los hombres. Sé que siempre habrá riesgos como el de hoy, pero de veras que necesitamos su ayuda. Usted misma ha de reconocer que hasta que decidimos hacerlo las cosas eran algo caóticas. Si este hospital funciona mejor que el resto es en parte por ellas. Y mientras siga estando bajo mi control, aquí seguirán. — El gesto de doña María demostró a las claras cuán ofensiva le resultaba aquella decisión; Adrien comprendió que tendría que intentar aplacar su mal humor—. Además, de no estar usted aquí tal vez las cosas pudieran ir demasiado lejos, pero tengo plena confianza en su capacidad para controlar a estas mujeres. Si cree que cualquiera de ellas ha de ser despedida, hágalo. Tiene mi total apoyo para ello.

—Por supuesto que si cualquiera de ellas decide comportarse como una buscona, lo haré —contestó agriamente, pero algo más suavizada por la confianza del doctor—. No voy a permitir que mi hospital se convierta en un burdel.

Adrien se mantuvo impertérrito, a pesar de que aquello le pareciera una exageración. El trabajo que debía realizarse en el hospital era duro, desagradable, repugnante a veces, y nadie lo realizaba si podía elegir otra cosa. La mayoría de las mujeres que ayudaban como criadas, más que como enfermeras, eran el último escalón de la sociedad, mujeres mayores y pobres, alcohólicas en muchos casos, y el riesgo de que alguna decidiera mejorar sus ingresos dedicándose a la prostitución entre sus muros siempre estaba presente. Pero desde que Adrien se había encargado de que el salario que recibían fuera mejorado —a pesar de las discusiones con Barrere sobre el tema—, apenas habían tenido casos así.

—Por supuesto, doña María. Lamento mucho que haya tenido que encontrar una escena tan desagradable. Pero al menos nadie más se ha enterado —intentó consolarla.

Una sonrisa de triunfo ascendió al rostro de la mujer, que lo miró con jactancia.

—Pues si eso es lo que cree está muy equivocado. No he sido yo quien los ha descubierto, sino esa joven, Inés de Mendívil. Me estaba buscando vaya usted a saber para qué cuando se le ha ocurrido abrir esa puerta. Es una muchacha muy agradable y



me gusta su compañía, pero estará de acuerdo en que contemplar lo sucedido hoy no es adecuado para alguien de su educación y clase.

Adrien soltó la toalla, digiriendo aquella información. Maldita fuera...

—¿Ha venido hoy? —preguntó con toda la calma que pudo.

—Sí. Ahora está con uno de los heridos que quiere mandar una carta a su casa. Pero si vamos a mantener a las mujeres en el hospital, no quiero correr el riesgo de que vuelva a ver una escena similar, o aún peor. Su tía, a la que conozco desde hace tiempo, me pidió que velara por ella, y cuando se entere de lo que ha pasado hoy su enfado será enorme. Y no puedo culparla, la verdad.

Adrien asintió de manera distraída, y permaneció pensativo. Si ordenaba que Inés de Mendivil no volviera al hospital, dejaría de tener sobre ella el poco control que había conseguido tener. La joven comenzaría de nuevo a andar por la ciudad a sus anchas, sin ningún control ni límite, puesto que, sorprendentemente, sus tíos parecían poco dispuestos a imponérselos. Aquella idea le irritó por unos momentos, antes de darse cuenta de lo absurdo que aquello resultaba. Él no era el guardián de la testaruda joven, y, sobre todo, no podía pretender serlo. Al hacerle ir al hospital ya había roto una de las estrictas reglas que había observado toda su vida adulta, y que le impedía involucrarse con la situación que lo rodeaba. No podía volver a hacerlo. Daba igual la confusión que sentía o el anhelo que ella le provocara, alejar a Inés de Mendivil era la única cosa sensata que se podía hacer.

—Debería hablar con ella —sugirió la hospitalera, con un tono que daba a entender que no aceptaría dudas sobre aquello.

Adrien la miró en silencio. El simple hecho de dudar sobre lo correcto ya indicaba que había ido más allá de lo admisible.

—Si quiere le puedo decir que venga —insistió la mujer de nuevo.

—No quisiera molestarla más, doña María.

—No es ninguna molestia.

La tenacidad de la hospitalera comenzaba a irritar a Adrien. No le gustaba sentirse presionado ni forzado a tomar una decisión, pero en su fuero interno sabía que no quedaba otra salida. En relación a aquella muchacha, se estaba comportando de una manera tan irracional que ni siquiera él era capaz de entenderlo. Aquello debía acabar cuanto antes.

—De acuerdo. Dígale que vaya a mi despacho dentro de diez minutos.

Mucho menos enfadada que cuando había llegado, pero de ninguna manera contenta, doña María asintió y salió de la estancia.

Pero, a pesar de su aparente decisión, Adrien tardó varios minutos en sentirse preparado para abordar a Inés. No se engañó achacándolo al cansancio, pues sabía que era mucho más que eso.

Durante los días que había permanecido de viaje había conseguido no pensar en

ella. Bastante tenía con tratar de pasar desapercibido mientras conseguía reunirse con alguna de las partidas que comenzaban a organizarse en la zona. Pero al entrar en la ciudad la víspera, había sentido un ansia terrible de encontrarla. Un ansia que le había descolocado, que le había sorprendido, que le había hecho sentirse furioso; y el miedo a hacerlo, a cruzarse con ella en las escaleras de la casa, le había hecho ir en busca de Louise Junot, una de las amigas *íntimas* que había aprendido a mantener de vez en cuando. Louise lo había recibido con los brazos abiertos; habían paseado juntos, y él había conseguido sentirse casi de buen humor.

Casi.

Pero entonces se habían detenido en la plaza, y la había visto entre el grupo de muchachas que bailaban; la había visto porque era imposible no hacerlo, porque su exquisita presencia resplandecía entre todas ellas como si un faro la iluminara, porque su risa grave llegó hasta él, clara y precisa, a pesar del tremendo barullo en que la plaza se había sumido. Y antes de saber lo que hacía, la había abordado, para echarle en cara... ¿qué? ¿Que era hermosa y vital? ¿Que su risa y su alegría lo volvían loco? ¿Que jamás ningún hombre debería mirarla, salvo él?

La llegada de Louise lo había salvado de proclamar alguna locura como aquellas.

Por la noche, cuando al fin se arrojaron en la suntuosa cama de la vivienda que Louise tenía alquilada en la zona alta de la ciudad, junto a la antigua judería, la había besado y poseído de una manera tan urgente, tan desesperada, tan hambrienta, que ella se había reído y le había dicho que daba por bien empleados sus muchos días de ausencia en su cama. Y tras haber abandonado su lecho al alba, sudoroso y extenuado, se dijo que había recuperado el equilibrio y ahora podría mostrarse inmune al apetito que ella despertaba en él.

«No te lo crees ni tú», se burló una voz en su interior.

No, tal vez no, reconoció, pero la distancia había demostrado ser un buen remedio. Al menos, durante el día; las noches eran otro cantar. Demasiado a menudo recordaba la forma en que su cuerpo, exquisito y soberbio, se había revelado apenas un instante contra la luz plateada de la luna, y la desolación de su figura fantasmal ovillada en el balcón de su casa. Jamás habría reconocido, cuando pretendió que acudiera al hospital bajo la excusa de poder vigilarla, que en realidad anhelara otra cosa; tampoco estas jornadas en que había cabalgado sin pensar ni un minuto en el riesgo de lo que hacía.

Pero ahora estaba en el hospital, de vuelta a su rutina más segura, y la sola idea de saberla a unos metros le trastornaba.

Había sido un necio al permitir que su dolor creara una grieta en su corazón blindado; y lo que era peor, su recuerdo había comenzado a interferir en su deber. Aquello no debía suceder de nuevo. Debía mantenerse lejos de Inés de Mendivil para siempre, incluso si para ello debía quedarse a dormir en el hospital. Por mucho que le

atrajera su valentía, su coraje, sus ganas de vivir, él tenía un deber al que jamás podría dar la espalda. Y en aquel compromiso, en el juramento que una vez se había hecho a sí mismo, no había ningún lugar para mujeres fascinantes, temperamentales y enloquecedoras, capaces de esclavizar su alma con tan solo el eco de su risa grave y sugerente.

—¿Me está diciendo que no vuelva? —Los ojos de Inés llamearon de furia.

Con las manos a la espalda y los pies firmemente asentados tras la mesa del despacho, Adrien se mantuvo imperturbable.

—Exactamente.

—¿Y si yo deseo volver?

—Sabrá resistirse a tal deseo.

—¿Y si no consigo resistirme y vuelvo? —insistió sarcástica, entornando los ojos.

—Me temo que en tal caso tendría que dar instrucciones al celador para que la acompañara al exterior.

Sintiendo que un acceso de rabia ascendía por su garganta, Inés apretó los puños sobre su regazo. No le iba a permitir que jugara con ella de aquella manera.

—Veamos si lo he entendido —comenzó con engañosa tranquilidad—. Hace una semana usted me chantajeó para que viniera al hospital. Y ahora que estoy en él, sin haber protestado ni revelado a nadie su sucia maniobra, me dice que, si vuelvo, me echará a patadas, ¿correcto?

Impasible, Adrien se limitó a corregir:

—Le he dicho que si vuelve me ocuparé de que le recuerden que no debe estar aquí.

—Y ya que en su momento me dijo que no estaba loco —continuó ella sin inmutarse—, y por tanto esa no puede ser la razón de su demencial comportamiento, debo concluir que se ha propuesto volverme loca a mí. Pero resulta, *monsieur* doctor —recalcó la palabra con ironía—, que yo no estoy dispuesta a que lo consiga. Así que, ya que en la primera ocasión se negó a ello, le advierto que si esta vez no conozco los motivos de su decisión mucho me temo que mañana daremos un lamentable espectáculo en la puerta de entrada.

Su mirada desafiante fue recibida por Adrien con aparente serenidad, pero el latido de un músculo en su mandíbula delató una emoción diferente.

—No me rete, *mademoiselle* —contestó Adrien conservando la calma.

—Ya lo he hecho, *monsieur* —replicó ella sin rastro de humor.

Ambos se contemplaron con la misma arrogante decisión. La indignación encendía el rostro de Inés y hacía que sus ojos adoptaran la tonalidad del mar en un día de tormenta. Muy a su pesar, Adrien no pudo evitar ser consciente de aquella extraordinaria belleza a la que ella daba tan poca importancia. Ninguna de las damas

que él frecuentaba aceptaría salir de casa con un vestido tan ajado como el que ella llevaba en aquellos momentos. Y, sin embargo, ella estaba allí, activa y orgullosa, con las mangas dobladas sobre los antebrazos y un delantal viejo que le quedaba grande, con el pelo recogido en un sencillo pañuelo y echando chispas por los ojos, porque él no le permitía realizar el trabajo que ninguna joven de buena cuna querría hacer.

—No debe volver porque no merece mezclarse en esta inmundicia —dijo con ímpetu, antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo.

Lo inesperado de sus palabras hizo que Inés se encontrara, muy a su pesar, sin respuesta. Porque no era solo que él hubiera condescendido a darle una explicación, cuando ella ya había asumido que aquel hombre fastidioso nunca le explicaría las razones de sus actos; era que el matiz de preocupación en su voz había sonado tan auténtico que, por un momento, Inés llegó a creer que el motivo de aquel veto era que Adrien Labat se preocupaba de veras por ella.

¿Podía haber algo más absurdo que aquello?

Tratando de disimular su confusión, miró en derredor. La silla dispuesta ante el escritorio pareció acudir en su ayuda; la tomó y, tras alejarla un poco de la mesa, se sentó. Una pequeña duda había calado en su cabeza, pero se obligó a desecharla; era evidente que aquel hombre la estaba poniendo a prueba, y ella no podía caer en sus manejos.

Extendió sobre la falda los dedos que aún tenía doblados y dijo con contundencia: —Pues yo deseo ayudar.

Adrien todavía se estaba reprochando su arranque sentimental cuando la rotundidad de aquella frase lo desarmó por completo. La miró de nuevo, pero esta vez no pudo conservar el aire suficiente que había pretendido mantener en aquel encuentro. Un relámpago de dolor nubló sus ojos un instante, antes de que pudiera controlarlo.

—Así no me ayuda, Inés.

Se hizo un silencio absoluto. Por alguna extraña razón, mientras el pulso azotaba sus oídos, Inés no fue capaz de apartar la mirada de aquel rostro hermoso y viril, en el que, por un momento, un destello de vulnerabilidad había quebrado la habitual fuerza y energía. Se dio cuenta de que, a pesar del bronceado y la apariencia incommovible, tenía marcas oscuras bajo los ojos y unas líneas se marcaban a los lados de su boca. Parecía agotado. Aunque, claro, pensó mordaz, ¿cómo iba a estar, después de ver la manera en que la mujer rubia apretaba sus curvas contra su cuerpo?

A punto de responder con ironía que, si quería ayuda, llamara de nuevo a su *amiga* Louise, la frase murió en sus labios antes de nacer, disuelta por la sorpresa y confusión que su propio cinismo generó en ella. Había estado a punto de hablarle con algo que se parecía, sospechosamente, a... ¿a qué? ¿Al despecho? ¿A la indignación? ¿Qué tontería era aquella?

La sola idea de que lo que hiciera Labat pudiera generar en ella ese tipo de emociones era absurda por completo. ¿Qué le importaba a ella dónde o con quién durmiera el francés? ¿Qué le importaba que la tratara con distancia, con recelo o que simplemente no la tratara? ¿Cómo podía su corazón alterar su ritmo, solo porque hacía unos instantes hubiera creído adivinar en su tono vehemente una pizca de preocupación por ella?

No, a ella lo que hiciera Adrien Labat la tenía sin cuidado.

«¿Y por eso has pasado la noche dando vueltas sobre el colchón, esperando escuchar sus pasos en las escaleras? ¿Por eso te has levantado siendo perfectamente consciente de que no había dormido en la casa?».

Pero antes de que pudiera librarse de la molesta voz de su conciencia, el médico habló de nuevo:

—No me había dado cuenta hasta ahora del tipo de ambiente al que puede estar sometida aquí —pronunció con tono condescendiente, ya recuperado su autodominio—. Si sus tíos se enteran de lo sucedido hoy querrán colgarme. Y estarán en su derecho.

—Así que de eso se trata —contestó Inés, molesta por sus propios contrasentidos—. Teme que mis tíos se enfurezcan con usted.

—Son mis anfitriones. No deseo ser desagradecido.

—Por supuesto. Entonces, para que mi... virtud no se vea corrompida por cosas como las que hoy han sucedido, me está diciendo que lo mejor es que no vuelva a realizar una labor que tan bien ha sido recibida por los enfermos. ¿Suceden muy a menudo estas, eh, situaciones, alrededor de usted, doctor Labat?

El matiz irónico no pasó desapercibido para Adrien. Sorprendido, trató de encontrar alguna razón para aquel inesperado sarcasmo, pero si la había, escapaba a su comprensión. Habría pensado que ella estaría más que feliz de librarse de tener que ir al hospital y, sin embargo, estaba reaccionando de una manera sorprendentemente belicosa.

—No. Pero no deseo arriesgarme.

—Ya...

Inés sopesó aquella respuesta con calma; a pesar del aparente aplomo del médico, algo en su interior le decía que se sentía incómodo, y que deseaba acabar cuanto antes con aquello.

Pero ella no estaba dispuesta a ponérselo tan fácil.

—¿Y si le digo que escenas como la que hoy he contemplado no me sorprenden, cambiaría de opinión?

Los ojos de Adrien se abrieron de asombro.

—¿Qué está diciendo?

Inés flexionó los dedos de su mano derecha y la giró, contemplándose las uñas.

—Le estoy diciendo que he crecido en el campo, y que en la finca criamos ganado. El apareamiento no tiene ningún misterio para mí. No crea que es el primer acto de ese tipo que veo.

Un silencio anonadado siguió a su declaración. Por un largo instante, Adrien se sintió incapaz de hablar. ¿De veras había dicho lo que él había escuchado? La cabeza de la joven seguía inclinada hacia delante, sin que él alcanzara a ver su rostro por completo, pero parecía tranquila. Desde luego, más tranquila de lo que se sentía él. Tuvo que tragar saliva varias veces antes de sentirse capaz de controlar su voz.

—¿Me... me está diciendo que antes de hoy ya había visto a una pareja —dudó antes de decirlo— apareándose?

El tono incrédulo de su última palabra fue tan marcado que, muy a su pesar, el calor comenzó a inundar las mejillas de Inés. Una vocecilla se abrió paso en su interior, gritando que aquella conversación era muy mala idea. Pero ¿cómo detenerse, una vez que había comenzado? ¿Cómo retroceder sin que él pensara que, además de ingenua, era simple y pretenciosa?

—Le estoy diciendo —elevó la barbilla con orgullo— que he visto cómo se aparean los caballos y las yeguas de la finca, las ovejas, los cerdos... Eso es lo que estoy diciendo.

Transcurrieron varios segundos hasta que Adrien pudo hablar de nuevo, y entonces su voz sonó enronquecida:

—No creerá que lo que ha visto hoy aquí tiene algo que ver con el... apareamiento del ganado.

Bajo su tenaz escrutinio, Inés sintió que se ruborizaba hasta la punta de las pestañas. No quería dar su brazo a torcer, aunque una pequeñísima parte de sí ya estaba arrepentida de haber iniciado aquella conversación. Hablar de la escena de la mañana con Labat la estaba llenando de vergüenza, pero también de algo más: un calor líquido como el fuego, un temblor íntimo y extraño que parecía apoderarse de sus miembros. Pero ni por todo el oro del mundo pensaba dejar que él lo supiera.

—Llámelo como quiera —espetó, indignada, alzando la barbilla con orgullo.

Adrien tragó saliva; el crudo deseo que había comenzado a sentir le hizo darse cuenta de que permitir aquella conversación había sido un error. Las cosas no estaban saliendo como él había querido; porque aunque no le había sorprendido descubrir que ella no se había inmutado ni un ápice al encontrar la escena, nunca habría creído que este tipo de charla iba a producirse. Y para su desgracia y su bochorno, se había excitado, maldita fuera; se había excitado al imaginarla inclinada, dispuesta, mientras él tomaba aquella falda con ambas manos y la levantaba, descubriendo su piel suave, nacarada...

Estuvo a punto de lanzar un juramento, y entonces se dio cuenta de que ella lo miraba con aquel gesto retador... No. No podía pensar en ella en las posturas que

acudían a su mente. Aquello tenía que acabar en aquel mismo instante. Haría lo que fuera necesario para que Inés de Mendivil no volviera a mirarlo a la cara. Aunque ello supusiera que lo odiara.

Y ojalá lo hiciera.

Inspiró hondo y salió de detrás de la mesa del despacho.

—Tal vez tenga razón, *mon ange*. —Su voz sonó tan tenue que Inés tuvo que girarse sobre la silla para escucharlo, cuando comenzó a pasear por la sala—. No es un problema de nombres, sino de sentidos. No deberíamos confundir la cruda necesidad que empuja a dos personas a copular como animales con el deseo que nace poco a poco de una mirada, de una sonrisa, del olor y el calor de una piel desnuda. —Un violento escalofrío agitó a Inés. El tono suave y cadencioso de la voz de Labat parecía volver denso el aire a su alrededor—. No deberíamos confundirla con la sensualidad del cabello que se despliega como un abanico de seda sobre la almohada del amante, ni con la pasión que oscurece el entendimiento y arquea el cuerpo para acercarlo a la fuente del calor que lo derrite. —Se acercó lentamente a la silla que ocupaba Inés y se colocó tras ella—. ¿Qué es lo que tú conoces, Inés? ¿Qué provoca en ti ese rubor tan seductor? —Bajo la mirada hipnotizada de Inés, su mano se elevó hacia su cuello, acariciándolo. Los dedos se deslizaron con enloquecedora suavidad por la parte de clavícula que quedaba al descubierto, y luego más abajo, por la franja de piel que el recatado escote descubría—. ¿Qué placer es el que anhelas, qué deseos te han traído hasta aquí y hacen que vibres de anticipación?

Paralizada y jadeante, Inés creyó que no podría respirar. Su pecho subía y bajaba, agitado, y su cerebro parecía haberse derretido hacía muchos momentos. El estremecimiento que había seguido al contacto de sus dedos había sido tan violento y tan delicioso a la vez que creyó que jamás podría volver a moverse. Permaneció muy quieta, deseando más, anhelando más y temiendo que todo acabara, sin querer escuchar la voz de la razón que le gritaba desesperada: «¿Qué estás haciendo? ¿Qué le estás permitiendo que te haga?».

Entonces Adrien apartó las manos de su piel, y en dos zancadas se colocó de nuevo junto a la mesa, apoyándose en ella y mirándola con firmeza.

—Vete ahora que puedes, Inés —pronunció con voz ronca—. Esto no debe ser.

La sensación de pérdida en el lugar que habían ocupado sus manos fue brutal. Anonadada, Inés intentó reunir los fragmentos de sentido común que parecían haber estallado en pedazos al contacto con sus dedos. Los ojos grises habían recuperado su habitual frialdad, pero ella aún podía sentir sobre la piel el camino de fuego que sus manos, suaves e intensas, llenas de deseo y pasión, habían trazado hacía tan solo unos momentos. ¿Era posible que él hubiera fingido eso? ¿Era posible que sus mentiras fueran tan refinadas, tan magistrales?

El cuerpo de Inés latía con una extraña necesidad que buscaba una respuesta. Era

inexperta en aquel juego que él parecía conocer tan bien, y no pretendía fingir otra cosa; pero necesitaba saber.

—¿Y si deseo... volver? —preguntó de nuevo; pero esta vez la inseguridad teñía sus palabras.

Adrien miró sus grandes ojos azules, que lo contemplaban expectantes, incapaces de ocultar el asombro, la incertidumbre, el anhelo. Sinceros, sinceros y honestos, vibrantes y apasionados.

Y, ahora, también, temerosos de su respuesta.

Suspiró con dolor, odiándose por lo que iba a hacer, pero ella no le dejaba ninguna alternativa. Tenía que irse. Para siempre. Cuanto antes. Como fuera.

La miró a los ojos con suficiencia y sonrió con lástima.

—No lo hagas, Inés. No puedo negar que tu interés por... volver me resulta halagador, y es evidente que eres una mujer hermosa, pero no tienes la sofisticación necesaria para el tipo de relación que estoy acostumbrado a mantener. No puedo negar que eres bella y resuelta, pero también eres altiva, fría y distante. He visto cómo tratas a los pobres infelices que revolotean a tu alrededor: les dejas que te admiren, que te cortejen, sabiendo que nunca te pondrás a su alcance. Pero yo no encuentro atractivas a chiquillas engreídas, demasiado conscientes de su propia importancia. Yo deseo a mujeres de verdad. Mujeres que saben lo que quieren, que no se asustan de su propia pasión, que conocen los deseos de un hombre y no los temen. Y sería una lástima que te pusieras en evidencia deseando volver, Inés. Por supuesto que habrá otros hombres que sepan apreciar los encantos que tan generosamente estabas dispuesta a ofrecerme, pero yo... En fin, mis gustos son más mundanos. Y, ahora, si me disculpas, mis pacientes me esperan. No soy para ti, Inés. Espero que lo entiendas.

Y con aquellas palabras, salió del despacho sin volverse ni un instante a contemplarla.

Tuvieron que transcurrir varios segundos hasta que Inés consiguió que el aire llegara a sus pulmones. Un puñetazo no la habría noqueado con mayor eficacia. Permaneció sentada, con la cabeza dando vueltas, sin saber siquiera si respiraba. A pesar del calor que allí hacía, un frío glacial había calado hasta sus huesos, y apenas era capaz de comprender qué había sucedido.

Oh, pero qué estúpida era, se dijo cuando pudo ir rehaciéndose, a punto del llanto. Estúpida, necia, insensata... Con apenas una caricia aquel hombre había conseguido dejarla reducida al nivel de una idiota babeante, que se había lanzado de cabeza a insinuarse sin recato ni prudencia. Oh, Dios, en qué había estado pensando...

Aquel contacto tenue y ardiente le había hecho olvidar su dignidad, su decoro, su honor. Tratando de detener el torrente de humillación que agitaba su cuerpo, se secó las lágrimas con rabia y se levantó. Muy bien, si aquello era lo que aquel francés



arrogante quería, aquello era lo que iba a tener. Se podía meter su maldito hospital por donde le cupiera. Ella, por su parte, volvería a ocuparse de lo que hacía antes de que él se entrometiera en su vida. Y a partir de ese momento, dedicaría todas sus energías a olvidar que alguna vez lo había conocido.

—Me alegro mucho de que nos acompañes hoy —dijo Clara cariñosamente, colgándose del brazo de su hermana.

Con la mente en otro lugar, Inés le dio un beso distraído en la mejilla. Beatriz y su madre las recibieron en su salón con afecto, y tan pronto como se hubieron sentado una doncella colocó ante ellas una jarra de limonada y unas galletas.

—Cuánto me alegro de verte, Inés —comentó Amalia con una sonrisa cariñosa—. Tu tía me dijo que por las mañanas estabas muy ocupada ayudando en el hospital. Debo reconocer que al principio me sorprendió, pero creo que eso habla de tu buen corazón.

—Solo escribo cartas para aquellos soldados heridos que no pueden hacerlo, doña Amalia —contestó, algo incómoda; a propósito habló en presente, ya que no había dicho a nadie que no iba a volver allí.

—En cualquier caso, celebro que hoy hayas podido salir. La semana que viene es la fiesta del compromiso del hijo de Isabel y quería contaros —se volvió hacia Teresa y Clara— lo último que he escuchado sobre la celebración. Veréis, queridas, sé que...

Sin atender la explicación, Inés contempló a su hermana. Clara sonreía con entusiasmo escuchando la descripción de Amalia sobre la decoración del salón de su amiga y las preparaciones del banquete. Inés suspiró sin ningún motivo. Si había una celebración, perfecto. Si había doscientas, mejor. Pensaba acudir a todas y cada una de ellas y divertirse como nunca. Y si en alguna de ellas —Dios no lo quisiera— tenía la desgracia de cruzarse con el doctor Labat, iba a ocuparse de que le quedara claro que lo que le había dicho no le afectaba en absoluto.

Porque no le afectaba. Ni le importaba. Se iba a enterar de eso.

—¿Estás bien? —susurró Beatriz junto a ella.

—Claro —contestó sobresaltada, componiendo con rapidez una sonrisa—. Estaba pensando.

—Eso es evidente. Lo que no sé es en qué podías pensar. Ven, acompáñame al piano; tenemos una partitura nueva muy interesante.

Inés la siguió; su amiga sabía perfectamente que ella no tocaba, así que supuso que quería que hablaran a solas.

—Parecías preocupada —dijo Beatriz, observándola mientras sostenía la partitura ante ellas.

—En absoluto —negó con vehemencia—. Estaba pensando en qué diadema me quedaría bien si llevara mi vestido azul a la fiesta.

—¿Ah, sí? —exclamó su amiga, sorprendida—. Creí que sería otra cosa...

—¿Qué iba a ser?

—No lo sé. Tú nunca hablas de vestidos y esas historias.

El corazón de Inés dio un vuelco. Todo el mundo parecía darse cuenta de que ella no era una mujer sofisticada y mundana, de esas capaces de atraer a hombres como Labat. Ella debía de ser la única estúpida que no había llegado a comprenderlo.

—A mí me gustan los vestidos —protestó.

—Sí, y a mí. Pero tú y yo sabemos que hay cosas más... importantes —concluyó, dejando la partitura sobre el piano y sentándose en la banqueta.

Pero el humor de Inés no estaba aquel día para charlas políticas.

—Bueno, los vestidos son importantes si no deseas salir desnuda a la calle —dijo con acidez.

Su mal humor hizo que Beatriz sonriera.

—No hace falta ponerse así. A ti te pasa algo, digas lo que digas. Pero si no me lo quieres contar... —Se encogió de hombros y colocó las manos sobre las teclas, simulando los primeros acordes de la partitura.

Aunque era evidente que su amiga quería saber lo que sucedía, Inés no se sintió culpable por callar. El doctor Labat y sus palabras eran el pasado. Ya no estaban. No existían. No haría falta hablar de ello nunca más. Ella misma jamás volvería a pensar en la doble mortificación de sentirse atraída por un francés y ser rechazada por él sin miramientos.

Se sentó en la banqueta junto a Bea, decidida a cambiar a un tema que entretuviera a su amiga.

—El otro día al final no pude ir al convento. Hubo un fallecimiento en el hospital y preferí quedarme. ¿Hubo algo interesante? Recuerdo que me dijiste que había algo en marcha.

Beatriz se giró hacia ella. Tras un vistazo de reojo hacia las otras mujeres, entretenidas discutiendo las mejores flores para un salón tapizado en verde, bajó la voz.

—¿Es que no te has enterado? Bilbao se ha sublevado.

Inés la miró con gesto de incompreensión.

—Sí, mi tío lo ha comentado esta mañana en el desayuno. Fue la madrugada del sábado. Pero no comprendo qué tiene eso que ver con nosotros.

—¿Cómo que qué tiene que ver? Eso es lo primero que estaba en marcha. De eso estuvimos hablando el sábado en el convento.

Inés la miró de hito en hito, dudando si había escuchado bien. A pesar de su esfuerzo, su incredulidad fue evidente.

—No me estarás diciendo que lo que hacemos tiene algo que ver con la sublevación de Bilbao.

—¿Pues para qué te crees que sirve el dinero recaudado? —preguntó su amiga, con un toque de jactancia.

Inés se quedó sin palabras. No tenía ni idea de dónde iba lo que aquellas mujeres

recaudaban, ni pensaba preguntarlo. Pero, desde luego, aunque hubiera ido a Bilbao, los reales que ellas pudieran juntar eran solo una gota en el océano de lo que había sido necesario para sostener algo así. Sin embargo, Beatriz parecía tan segura de ello, y tan orgullosa, que no se sintió con ánimos de rebatirle.

—No lo sé, nunca me lo había planteado. Creí que tal vez servía para ayudar a las familias de algunos de los detenidos. Confieso que me cuesta creer que supierais lo que se preparaba.

—Bueno —continuó Beatriz con el mismo brillo satisfecho en su mirada—, pero eso es porque no sabes quiénes somos las que rezamos allí. Salvo yo, claro. —Dejó escapar una risita—. Tú acabas de llegar, Inés, pero nos juntamos desde hace meses y hemos trabajado mucho para crear una red de apoyo. Las Juntas que los franceses llaman «rebeldes» se reunieron por primera vez hace meses. Desde entonces hemos estado comprando armas y preparándonos.

—¿«Hemos»? —preguntó con incredulidad, dudando si su amiga estaba en sus cabales—. ¿Me estás diciendo de veras que crees que has tenido algo que ver con la insurrección?

—Es una forma de hablar. Empiezo a pensar que no comprendes nada —cortó Beatriz con el ceño fruncido—. Lo que te estoy diciendo es que sí, que sabíamos las intenciones de la Junta rebelde de Bilbao, y que sí, que recaudamos dinero para la compra de armas. No estoy diciendo que hayamos comprado las armas, que hayamos generado el levantamiento de Bilbao o que hayamos participado en él. Digo que desde aquí nos preparamos para algo similar. ¿Lo entiendes o no?

Inés pensó que su cerebro se estaba fundiendo. Santa Madre de Dios, lo decía en serio.

—¿Un levantamiento, aquí? —Bajó la voz tanto como pudo—. Lo siento, Beatriz, pero eso es una locura. Esta misma mañana han llegado otros dos batallones de dragones. Ni siquiera saben dónde meter ya tanto caballo. Y cada vez hay más infantería. No, no puedo creerlo.

—Pues no lo hagas. —Se encogió de hombros—. Pero el dinero se destinará a la compra de armas para los patriotas.

Inés sintió la cabeza dando vueltas. ¿Bea acababa de decirle que también en Álava se había creado una Junta rebelde, y que estaba reuniendo armas para sublevarse? Aquello era una locura y una insensatez, y además, saberlo podía resultar muy peligroso.

—Pero, entonces, ¿cómo se te ocurrió meterme en esto sin saber nada de mí? —preguntó, fascinada a su pesar por la alegre temeridad de aquella joven—. ¿Nunca pensaste que os podía delatar? Podría haber simpatizado con los franceses, o podría haberme asustado y echarlo todo a perder. Os encarcelarían a todos si os descubrieran. ¿Cómo has podido ser tan imprudente?

La sonrisa de Beatriz se transformó en una mueca burlona.

—¿«Os»? Querrás decir «nos». Y, además, ¿por qué estás tan segura de que no sabía nada de ti? Conocía lo suficiente para fiarme. No soy ninguna idiota, Inés. Ya ves lo bien que nos ha venido tu conocimiento de las montañas para encontrar otro lugar donde hacer las entregas.

Si recibía otra sorpresa, Inés pensó que se podría caer de la banquetta.

—¿Te lo ha dicho el padre Antonio?

—No.

—¿Cómo sabes que yo le dije...?

Con una sonrisa satisfecha, su amiga negó con la cabeza. Inés comprendió que no le iba a explicar más, y suspiró resignada; últimamente parecía haber perdido su capacidad de juzgar a las personas.

—Reconozco que cuando vaya mañana al convento os miraré con otro respeto —admitió a regañadientes, consciente de que lo que había creído una reunión de mujeres voluntarias era algo mucho más importante.

Pero aunque Beatriz aceptó el cumplido, su rostro se ensombreció.

—No creo que mañana podamos reunirnos. Ayer por la mañana el padre Antonio se cayó del caballo en el camino de Mendiola y se rompió una pierna. Creo que de momento tendremos que posponerlo, hasta que pueda volver a andar. Lo peor es que la entrega se ha quedado sin hacer. Espero que no la necesitara con urgencia...

Beatriz frunció el ceño, meditando absorta sobre aquel inconveniente. Inés se percató de que, por la forma en que había dicho «necesitara», Bea parecía conocer el enlace del cura. Pero cuando iba a preguntarle sobre ese extremo, una lucecita pareció encenderse en el fondo de su mente.

—¿Has dicho que se rompió la pierna ayer? ¿Por la mañana?

Su amiga asintió algo distraída, cavilando aún sobre lo que había de hacerse.

—¿No sabrás quién lo atendió?

—¿Eh? —Volvió su atención hacia ella—. No estoy segura. Creo que lo llevaron al convento de San Francisco, así que supongo que irían el doctor Labat o el doctor Aguirre. ¿Por qué?

—Por nada —contestó apretando los dientes, segura de quién le había atendido—. Por nada.

Beatriz la miró con cara de incompreensión, pero su frase fue interrumpida por la voz de Amalia, solicitando su opinión sobre algún tema relativo al vestido para la fiesta de la semana siguiente, y ambas tuvieron que unirse al grupo.

Cuando aquella tarde Inés pudo quedarse a solas en su habitación, volvió a pensar en el cura y Labat, y se dijo que de eso se había tratado. Cuando Adrien Labat le había dicho que no volviera al hospital no era para protegerla, como había querido hacerle creer al decir que ella no se merecía aquella inmundicia. Aquello y la

referencia a que sus tíos querrían colgarle no habían sido sino excusas, porque en el momento en que habló él conocía a la perfección que el padre Antonio tardaría en volver a unirse a su pequeño grupo rebelde. Y sabiendo aquello, ya no necesitaba que acudiera al hospital porque ya no necesitaba vigilarla. Habrían acabado antes si le hubiera dicho la verdad.

Pero, entonces, todo lo que había venido a continuación, ¿qué había sido? ¿Por qué, para qué la había humillado de aquella manera? ¿A qué venía la crueldad de echarle en cara su falta de sofisticación, todo lo que ella no era? Y lo peor de todo era saber que aquel hombre que la había mortificado de aquella manera podía hacerla vibrar de pasión con tan solo una de sus oscuras miradas.

Se tendió en la cama, con la cabeza sobre el brazo y la mirada en el cielo tras los cristales. Clara estaría a punto de volver, y no podía verla así, con aquel nudo en la garganta que no era capaz de deshacer. Ella no era así, y si aquel francés pensaba que podía manejarla como a un pelele, le iba a demostrar lo equivocado que estaba.

Aquellas eran las últimas lágrimas que derramaba por su causa. ¿Que él estaba tranquilo, arrogantemente confiado en que ya no necesitaba alejarla del convento? Muy bien, pues que siguiera confiado. Puede que ella no consiguiera nunca entender qué podía importarle a él que ella se enredara o no en aquella historia; pero lo que no iba a admitir, de ninguna de las maneras, era que aquel francés insufrible fuera quien decidiera cómo debía vivir Inés de Mendívil.

—Esto es muy irregular, señorita —gruñó el fraile sosteniendo la puerta entornada.

—Lo sé, lo sé —dijo, apenada, mientras abría sus ojos azules con inocencia—. Pero es muy importante. Es mi confesor, ¿sabe?

El fraile la miró con el ceño fruncido, rascándose la cabeza. No era que las mujeres no pisaran nunca aquel espacio: lavanderas, fregonas, algunas de sus benefactoras... Pero ninguna de ellas entraba en la habitación de uno de los hermanos. Y aquella joven insistía en visitar al padre Antonio, a pesar de que le había dicho que no podía moverse de la cama.

—Aun así...

—Pregúntele a él. Ya verá como le dice que puedo pasar.

El fraile se envaró, con una mano en la recia madera y la otra en el marco. Seguro que la joven tenía razón; si preguntaba, estaba seguro de que el cura la haría pasar. Pero como aquella no era su casa, y tan solo estaba allí como paciente, no iba a ser aquel joven engreído, cura o no, quien decidiera qué normas debían cumplirse.

—Tal vez —contestó con sequedad—. Pero él no toma las decisiones aquí.

Inés tomó aire, sin descomponerse por su terquedad.

—Por favor, hermano. —Sacó un pequeño pañuelo bordado de su chaqueta, llevándolo a los ojos—. Es tan importante... Si él no me aconseja, yo, yo... —Tragó

saliva y de nuevo elevó el pañuelo—. No sé qué debo hacer, y él sabrá lo que nuestra Santa Madre Iglesia prescribe en estos casos.

Parpadeando con evidente contrariedad, el fraile aún quiso protestar. Pero la visión de una mujer llorosa buscando consejo espiritual lo incomodaba de manera tan profunda que, cuando Inés hipó ruidosamente, abrió de golpe la puerta que separaba la zona ocupada del claustro de la vivienda de los hermanos.

—Pero solo un momento —gruñó mirándola con resentimiento—. Esto es muy irregular, muy irregular... —fue murmurando por el pasillo mientras la conducía hacia una habitación cercana.

Ocultando su satisfacción por la estratagema, Inés le siguió por el largo camino de losas hasta una pequeña puerta que se abría en mitad del pasillo. Al entrar en la desnuda habitación, parpadeó sorprendida.

—El doctor no quiso que lo lleváramos a una de las habitaciones de arriba —explicó el fraile con fastidio, excusando el aspecto de la habitación—. Tuvimos que colocar aquí un catre.

Inés contempló la cama sobre la que reposaba el padre Antonio. Era el único mueble de un cuarto con un ventanuco y aspecto de haberse utilizado como despensa o almacén.

—Muchas gracias —contestó con una sonrisa.

Pero el fraile bajó la cabeza y salió rezongando, después de dejar la puerta abierta.

—Buenos días, padre —saludó al hombre cuando se quedaron solos. No había en aquel pequeño cuarto ni siquiera una banqueta. Inés se apoyó contra la pared—. Me han dicho que se había roto una pierna, y quería saber qué tal se encontraba.

—Razonablemente bien, dado el accidente, gracias —contestó él, estupefacto—. No pensé que nadie vendría... que nadie de mi... del convento... ¿Cómo ha hecho para que el hermano Pedro la haya dejado pasar?

—Solo le he dicho que necesitaba verlo.

—Pues ha debido de tener suerte. —Ella se limitó a encogerse de hombros, y el cura la contempló con cierta curiosidad. Transcurrieron unos segundos hasta que habló de nuevo—. ¿Ha... ha venido a traerme más información del hospital? No estoy en condiciones de hacerla llegar a ningún sitio.

El semblante de Inés se oscureció.

—Ya no ayudo en el hospital.

—Entonces, si ha venido a interesarse por mi salud, se lo agradezco. Fue una caída fea, pero la herida no se abrió y el doctor Labat pudo reducir la fractura. Me dijo que si me colocaba este yeso de París, podría comenzar a caminar dentro de un mes.

El doctor Labat, el doctor Labat... Inés lo miró con impaciencia. Por su

experiencia, las roturas de tibia solían acabar bastante mal, y desde luego nadie caminaba en un mes, pero si el doctor Labat había dicho...

—Supongo que es afortunado, entonces, de que haya sido el francés quien le haya atendido —contestó con escepticismo.

—Supongo... —aceptó él.

Se hizo un momento de silencio, mientras Inés intentaba resolver cómo abordar el tema. Al fin, con un suspiro, decidió no dar rodeos. Se acercó a la cabecera de la cama.

—Padre, sé que —bajó la voz hasta que fue casi un susurro— no pudo hacer la entrega. También sé que es algo importante, y me preguntaba si yo podría ayudar en esto.

La expresión del cura se mantuvo impertérrita, pero sus ojos brillaron con cautela.

—En esto...

—Sí, en esto. Padre, sé que en una ocasión acudí a usted con dudas, pero tengo muchos motivos para detestar a los franceses. Cuando Bea... cuando me ayudaron a descubrir el grupo del convento, era muy escéptica sobre lo que se hacía allá. Pero ahora que sé la importancia que tiene, y lo que está en marcha, creo que debo hacer algo más para ayudar.

—Más —volvió a repetir con precaución, para exasperación de Inés.

—Eso es —contestó, reprimiendo su impaciencia—. Puedo ayudar a que la entrega se haga.

Transcurrieron unos segundos hasta que el cura habló de nuevo.

—¿Cómo?

Inés comenzaba a sentirse irritada, pero se dijo que la cautela mostrada por el cura era garantía de discreción. Y si ella se iba a arriesgar de aquella manera, la discreción era imprescindible.

—Yo la haré —afirmó con seguridad.

La negativa que el cura comenzó a proferir murió en sus labios. La propuesta era una locura, por supuesto; una mujer a quien apenas conocía, saliendo sola de la ciudad con el dinero... Pero ¿qué alternativas tenía? Si no lo hacían en un par de días, estaba seguro de que el mismo Aramburu bajaría a la ciudad. Pero tendría que acudir al convento, que estaba lleno de soldados enfermos cuyos oficiales acudían a visitarlos... Y él, desde luego, prefería que lo relacionaran lo menos posible con él.

En cambio, sospechar de aquella hermosa joven, bien conectada con sus partidarios...

—¿Con quién iría? —inquirió, sin acabar de decidirse.

—Sola.

El cura dio un respingo. No se podía dudar que la joven era valiente, pero...

—Iría a visitar la tumba de mis padres —añadió Inés con convicción al percibir la



vacilación del hombre—. Saldría temprano y por la noche estaría de vuelta.

—Pero es peligroso —replicó él, frunciendo el ceño—. No puedo dejar que se arriesgue de esa manera.

—¿Por qué no?

La tranquilidad con que la joven habló hizo que, de repente, el cura se encontrara sin palabras. Las razones eran muchas e importantes, pero en aquel momento no se le ocurría elegir una de ellas. La primera respuesta lógica sería que se trataba de una mujer; pero desde que había llegado a aquella tierra, hacía diez años, la independencia y fortaleza de las mujeres de los caseríos y villas había dejado de sorprenderle. No era extraño encontrarlas acarreando leña o agua por los montes, solas o en pequeños grupos, o dedicadas a los trabajos más fatigosos y duros, como las bateleras que había visto en Pasajes o las sirgueras de Bilbao. Y la ocupación no había disminuido un ápice aquella independencia.

Sin embargo, aquella joven parecía más frágil, y además era de familia acomodada...

Iba a contestar cuando Inés insistió:

—Mire, padre, tengo muchos y buenos motivos para ayudar a los que luchan. Mi propio tío lo dejó todo para unirse al ejército de Cuesta, y hace poco llegó la orden de embargo de sus bienes. Yo no puedo quedarme sentada viendo cómo esos extranjeros destruyen nuestra tierra y nuestro futuro. Sencillamente, no puedo cruzarme de brazos.

El cura abrió y cerró la boca, pero de nuevo no supo qué decir. Por una parte, era una mujer, sí; pero se había arriesgado a espiar información en el hospital, y además Aramburu había hablado bien de ella; la conocía, y si algo pasaba estaba seguro de que se encargaría de protegerla. Y, por otra, sabía que la Junta estaba ansiosa por que se compraran las armas cuanto antes.

Pero aún tuvo que luchar un rato consigo mismo antes de articular su respuesta.

—Ahora no puede llevarse la bolsa —contestó al fin, a regañadientes—. Si mañana sigue pensando que se atreverá, venga temprano, y traiga una capa o algo para ocultarla. Llame a la puerta del norte, no entre por el claustro. Tiene que estar en la ermita a las once de la mañana y fingir que olvida la bolsa tras rezar. La persona que debe recogerla estará atenta para tomarla.

—El fraile que me ha abierto...

—No se preocupe, me encargaré de que la dejen pasar sin problemas. —La despidió con un gesto de la mano—. Hasta mañana.

Inés asintió y se dirigió a la salida, sin encontrar ni rastro del hermano Pedro. El día, cuando salió del convento, estaba tan fresco y ventoso como al entrar; densas nubes ocultaban el sol y el viento soplabá desde el norte. Inés dio gracias al cielo; estaba segura de que el tiempo se iba a mantener, y ello haría menos extraño que al

día siguiente cabalgara tapada con una capa e incluso una capucha. Sonrió animada, y enfiló la bajada hacia la plaza con paso enérgico y una férrea decisión en la mirada.

Al día siguiente, Inés comprobó que no solo había acertado con su pronóstico del tiempo, sino que se había quedado corta. Hacía realmente frío cuando salió de su casa antes de las ocho de la mañana, y una neblina baja cubría los montes alrededor de la ciudad. Ella misma había ensillado su yegua, a pesar de que uno de los mozos del establo se ofreció para hacerlo. Aunque había pensado irse sin más, al fin se había decidido a dejar una nota bajo su almohada. No iba a ser necesario que nadie la viera, ya que pensaba estar de vuelta a la misma hora en que habría vuelto del hospital, pero si por casualidad el mozo comentaba a alguien que había tomado a *Ilargi*, sería mejor que tuvieran una explicación de su paradero.

Su nota era escueta, pero sería suficiente; sus tíos no dudarían que era muy capaz de haber ido a comprobar el estado de su casa de Albizu en un arranque de añoranza.

A aquella temprana hora ya eran muchas las personas que circulaban por las calles, y carros de provisiones accedían por la puerta de Santa Clara con destino a los puestos de la alhóndiga. A pesar del bullicio y el movimiento, el cadencioso golpeteo de los cascos de *Ilargi* en los adoquines resonaba en sus oídos como un estruendo que marcaba el ritmo de su corazón acelerado.

No tenía miedo, se dijo con valentía al golpear una de las puertas de servicio del convento de San Francisco. Solo sería una hora de cabalgada para ir y otra para volver, más el tiempo del ascenso a la ermita. Había hecho ese paseo múltiples veces en el pasado, y tanto ella como su yegua estaban acostumbradas a él.

Al cabo de diez minutos, la pesada bolsa de cuero colgaba de su hombro, cruzada en bandolera y oculta por la capa, y ella se encaminaba a la puerta del sur de la ciudad, que cerraba el camino de Mendiola. El soldado francés que estaba de guardia apenas miró sus papeles, fascinado por la sonrisa que ella le dirigió, y si le resultó extraño que una joven de su evidente clase saliera a cabalgar sola de la ciudad, no dijo nada. Aún continuaba mirándola cuando el carretero que aguardaba turno tras ella comenzó a protestar por el retraso, y tuvo que entregarle los papeles apresuradamente.

Inés mantuvo su montura al paso hasta que vislumbró la población de Mendiola, pero una vez la sobrepasó y el camino se hizo aún más solitario, se lanzó a un ligero trote, que siempre agradaba a la yegua. A lo largo de su recorrido apenas se cruzó con algunos labriegos, un par de carros y ningún soldado. No es que esperara haberlos encontrado en aquel camino que conducía hasta el pie de las montañas y que, convertido en un sendero estrecho ascendía hacia Albizu. Pero como cualquier cautela era poca en aquellos tiempos, llevaba en el arzón de su silla una pistola, y escondida en una funda atada a su pantorrilla, una daga que su tío le había traído de

uno de sus viajes. Esas eran las precauciones habituales que solía llevar al cabalgar o subir a los montes sola; no porque temiera encontrar a seres humanos peligrosos, pero no sería la primera vez que se topaba con un jabalí, e incluso en alguna ocasión, al cabalgar hacia el oeste, había encontrado huellas recientes de lobos.

Llegó a Albizu sin contratiempos, y se encaminó al establo para atar a *Ilargi*. Había decidido subir paseando a la ermita, tal y como solía hacer cuando iba con su hermana a visitar la tumba de sus padres. Al escucharla trastear en el establo, Elvira salió de la casa, renqueante. Se mostró tan contenta como sorprendida de verla allí; pero cuando Inés le explicó que había llegado desde Vitoria para ver las tumbas de sus padres y que en cuanto acabara volvería a la ciudad, las exclamaciones de asombro y protestas de la mujer parecieron no tener fin. A duras penas consiguió que le dejara seguir el camino hacia la pequeña ermita situada en lo más alto del collado que se alzaba tras el pueblo, donde llegó bastante antes de la hora indicada.

La vista desde aquellas alturas era impresionante, e Inés no pudo sino pensar, algo sobrecogida, que la tierra no había cambiado por el hecho de que miles de franceses hubieran cruzado un río para dominarla. Allí, protegidos por la piedra dorada de la ermita, y dominando la vista de la ciudad y de la planicie, falsamente llana, que se extendía a su alrededor, reposaban los huesos de sus padres.

Inés se despojó de la pesada bolsa, la depositó en el interior, y salió de nuevo para arrodillarse sobre la tierra humedecida por la niebla. Y allí rezó; ante la tumba de sus padres, rezó por ellos, por su hermana, por sus tíos, por la suerte de todos los habitantes de su tierra. Pero también rezó por el joven Roux, por todos los soldados cuya vuelta aguardaban sus familias con temor y esperanza; rezó para que alguien recuperara la cordura y se diera cuenta por fin de que las ambiciones terrenales no eran nada cuando el recuerdo de los seres queridos desaparecía en las brumas del tiempo y hasta mantenerlo era un esfuerzo a veces infructuoso.

Rezó y rezó, y cuando dos lágrimas amargas comenzaron a rodar por sus mejillas, supo que había llegado la hora de regresar.

Adrien había estado a punto de volverse loco de furia. Sabía que la joven era terca, cabezota y osada, pero de ninguna de las maneras habría creído que se enredaría hasta ese punto en la insurgencia.

Si cuando la vio descender la ladera con la capa en la mano la hubiera tenido delante...

Apretó los puños e inspiró hondo. No sabía qué habría hecho de tenerla delante, pero desde luego ella se habría arrepentido de hacer lo que estaba haciendo.

—No pasa nada, francés —rio Martín de Aramburu a sus espaldas, adivinando la causa de su enojo—. Sabe defenderse sola. Siempre lo ha hecho.

Adrien no volvió la cabeza. Si lo hacía, diría algo de lo que podría arrepentirse. Continuó con la mirada fija en la figura que ya se alejaba caminando a paso ligero hasta que la vio desaparecer, oculta tras las frondosas hayas del sendero.

Tras atender al padre Antonio de su fractura de tibia, había creído que las entregas se habrían interrumpido. Por eso había decidido acercarse a la zona, para seguir manteniendo el contacto con sus colaboradores. Al no encontrar en casa a Martín había seguido su rastro, para encontrar su caballo atado a un árbol cien metros antes del claro donde se alzaba la ermita. Dejando allí su propia montura, se había acercado con sigilo, para descubrir que él estaba oculto tras un árbol, contemplando a la joven que, arrodillada ante unas tumbas, mantenía la cabeza agachada.

El corazón de Adrien la había reconocido antes incluso que su cerebro, y cuando ella se levantó y se giró, ya era perfectamente consciente de que la independiente, audaz y obstinada Inés de Mendivil había decidido seguir metiéndose en líos.

La risa del joven llegó desde su espalda.

—Es fantástica, ¿verdad? Si la conocieras...

Si la conociera... Sintiendo que la furia lo haría explotar, retuvo el improperio que acudió a su boca.

—¿Cómo has permitido que ella se mezcle en esto? —preguntó entre dientes, girando con brusquedad hacia él.

—¡Eh! —El joven alzó las manos en señal de protesta—. No tenía ni idea de que fuera a hacerlo. Solo le dije a mi prima que Inés estaría encantada de conocerla, y sabía que le gustaría ir al convento. Pero nunca pensé que se le ocurriría traer el dinero a ella. Más que yo, debería ser ese cura el que contestara por qué le ha dejado hacerlo.

—Tu prima... —masculló.

—Sí. Pero creí que se limitarían a coser y esas cosas que se han empeñado en hacer las mujeres.

Adrien apretó los puños, mirándolo con incompreensión.

—¿Y hace mucho tiempo que la conoces? —le interrogó con falsa afabilidad.

—Sí. Ya has visto que desde mi casa hasta aquí hay media hora de camino, y bajando por donde ella ha llegado Albizu está a un cuarto de hora. A menudo nos hemos encontrado en las fiestas de la zona.

La sonrisa satisfecha del joven consiguió que Adrien sintiera ganas de golpearlo.

—Y si la conoces como dices —prosiguió Adrien con venenosa lentitud—, ¿cómo se te ocurrió pensar que se limitaría a quedarse con las demás mujeres? ¿Es que acaso Inés de Mendivil se ha quedado alguna vez quieta delante del fuego, cosiendo y haciendo «esas cosas que hacen las mujeres»? —imitó sus palabras con tono burlón.

El rostro del joven se inquietó repentinamente.

—Yo... —balbuceó, sin saber qué responder.

—*Sacre Dieu*... —murmuró por lo bajo Adrien.

Se giró con decisión para regresar por donde había venido.

Entonces lo oyó.

Al principio solo fue un rumor indefinido, lejano. Pero su oído siempre había sido muy fino, y su instinto de supervivencia estaba acostumbrado a detectar sonidos inusuales.

Y el rumor de los cascos de aquellos caballos lo era.

Se acercó al sendero por el que la había visto desaparecer y esperó, alerta.

—Se puede saber qué...

Con un movimiento de la mano, Adrien hizo callar al joven, mientras sus ojos escudriñaban el bosque que se extendía a sus pies. Ella apenas habría tenido tiempo de llegar al pueblo. Entonces una ráfaga de viento hizo más definido aquel sonido, y Adrien supo sin lugar a dudas que en algún lugar de aquel camino había soldados franceses.

La certeza de que ella se iba a encontrar con problemas lo golpeó como una revelación, y antes de pensar siquiera lo que hacía, salió corriendo hacia el lugar donde había dejado su caballo, y subiendo de un salto lo espoleó hasta que alcanzó una velocidad temeraria por aquel sendero lleno de hoyos y piedras. Pequeños guijarros y trozos de tierra volaban tras los cascos de su montura y se despeñaban a su paso vertiginoso, pero no detuvo la enloquecida marcha ni siquiera cuando su propio caballo dudó al tomar un recodo cerrado. Clavó con más fuerza las espuelas en los flancos para obligarlo a seguir, al mismo tiempo que un grito angustiado resonaba en el bosque, haciendo que toda su piel se erizara.

Inés trastabilló hacia atrás y encontró el tronco de un árbol. Los caballos de los cuatro soldados la rodeaban mientras ellos reían y hablaban. Habían aparecido a la vuelta de un recodo, desde el cruce de Emaiza, antes de que ella pudiera ocultarse. Había

tratado de continuar su camino sin hacerles caso, pero la habían seguido riendo, y cuando uno de ellos había tratado de agarrarla, Inés se había revuelto furiosa, gritando y dándole un manotazo.

Entonces había intentado echar a correr, pero la habían seguido, cercándola y jugando con ella, hasta que la habían acorralado contra el árbol.

La respiración agitada de Inés formó una nubecilla de vaho ante su rostro; miró a ambos lados, intentando conservar la cabeza fría. El sendero bajaba hacia la derecha, pero tras ella se extendía la ladera del bosque, que la llevaría hasta la entrada del pueblo. Ellos tendrían que abandonar las monturas para seguirla, y a pesar de lo escarpado y difícil del terreno, comprendió que aquella era su única posibilidad. No sabía qué pretendían aquellos salvajes, pero no se iba a quedar quieta para averiguarlo.

Antes de que pudieran reaccionar, corrió hacia un lado y comenzó a descender veloz la ladera. Su huida provocó las risotadas de los soldados, pero ella no se detuvo; la sorpresa podía proporcionarle algo de ventaja. Miró un momento hacia atrás y vio que solo uno de ellos la seguía, mientras los demás continuaban en el camino, montados y riendo. Aquello le infundió ánimo, hasta que comprendió que el hombre que la perseguía era rápido y ágil. El crujido de hojas y tierra a su espalda sonaba cada vez más cercano, y antes de que pudiera evitarlo, el hombre se abalanzó de un salto desde su espalda, e Inés cayó hacia delante, dando un par de vueltas antes de golpearse contra un tronco. El soldado sonreía cuando alargó la mano para agarrarle la pierna, e Inés no pudo evitar un grito al sentir que la arrastraba hacia él.

Absurdamente, mientras forcejeaba con desesperación intentando liberarse, lo único que acertó a pensar fue que el eco de su voz había sonado ronco. Y justo entonces un nuevo grito resonó en el camino, y el soldado miró hacia el lugar de donde provenía el sonido; parecía fascinado por algo de lo que sucedía allá arriba, e Inés intentó girar sobre su espalda para ver lo que pasaba. Pero cuando miró por encima de su hombro, su corazón pareció detenerse.

Allá arriba en el camino, junto a los caballos que corcoveaban nerviosos, Adrien Labat se enfrentaba a los soldados que se habían quedado esperando.

Anonadada, Inés pensó por un momento que estaba soñando. No era capaz de comprender nada; ni qué hacía Labat allí, ni qué pensaba que él, un simple médico, podría conseguir frente a tres soldados franceses armados y acostumbrados a la batalla. Hubiera querido gritarle: «Huye, busca ayuda». Pero, entonces, sin saber siquiera qué había sucedido, el cuerpo inerte de uno de los soldados cayó por el terraplén, y la figura de Adrien se lanzó hacia delante, acometiendo con la furia de un animal salvaje al soldado que había descabalgado. Inés parpadeó, sin poder creer lo que veían sus ojos. Un reflejo metálico brilló en la mano de Adrien cuando su cuerpo giró por debajo del sable del soldado, esquivándolo y rodando sobre sí mismo. Luego

clavó una rodilla en tierra y su mano se elevó hacia el estómago del hombre, que tras unos instantes de inmovilidad cayó hacia delante. Sin respiro, se puso de nuevo en pie y se lanzó contra el soldado que quedaba, que aún permanecía a caballo, y agarrándole de la casaca tiró de él con todas sus fuerzas. Ambos cayeron al suelo, y para desesperación de Inés desaparecieron de su vista.

Ella giró la cabeza hacia el soldado que aún mantenía asido su tobillo. Su confusión era evidente, y aunque no la había soltado, toda su atención estaba puesta en el sendero. Instintivamente, Inés supo que aquella era su única oportunidad de escapar: inspirando hondo, se concentró en lo que iba a hacer. Reunió todas sus fuerzas, giró veloz sobre su espalda, y sin atender al dolor que el movimiento causó en el tobillo aprisionado, alzó el pie derecho para golpear brutalmente la mandíbula del hombre, que, sorprendido, aflojó su presa.

Antes de que él pudiera reaccionar, liberó su pierna con una violenta sacudida, echó la mano a su pantorrilla y se puso en pie para correr hacia el sendero. Pero a pesar de estar aturdido por el golpe, el soldado consiguió ponerse de rodillas y agarrar el ruedo de su vestido antes de que se fuera. Al notar el tirón que la retenía, Inés se revolvió con furia, y sin pensarlo elevó el arma que empuñaba en su mano derecha para bajarla de nuevo con rabia, enterrándola con violencia en el pecho del hombre.

Los sorprendidos ojos del soldado se volvieron vidriosos, a medida que la herida comenzaba a sangrar. La mano del vestido se aflojó. Inés liberó la prenda con un tirón y se volvió hacia el camino.

Allá arriba, con las piernas separadas asentadas en la tierra y la camisa rasgada, Adrien Labat la contemplaba fijamente, oscuro y salvaje como un dios de la muerte. Sus ojos turbulentos se clavaron en los de Inés, a quien el alivio de verlo vivo había hecho comenzar a temblar como una hoja. Inés le devolvió una mirada repleta de gratitud, a pesar de que su cerebro martilleaba de incompreensión y dudas, incapaz aún de asimilar lo que sus ojos habían visto en aquel camino.

Entonces una mueca de dolor distorsionó el rostro de Adrien, que se llevó la mano al costado, y con un gruñido cayó de rodillas a tierra.

El sonido de unos cascos de caballo en la lejanía acompañó la desesperada carrera de Inés hasta el lugar donde Adrien había caído. En apenas unos segundos se hallaba arrodillada junto a él; el médico tenía la cabeza apoyada sobre el pecho y respiraba entrecortadamente. La mancha roja que se extendía por el costado de su camisa dijo a Inés cuanto necesitaba saber.

—Está herido —pronunció, sintiéndose tonta por poner de relieve algo tan evidente—. Déjeme que lo vea.

—Estoy bien —contestó Adrien casi sin aliento, intentando resistirse a la exploración.

Pero aunque trató de apartar su mano, ella consiguió levantar la camisa.

A la vista de la herida, Inés parpadeó. Era un corte largo que comenzaba a la derecha del estómago y continuaba hacia el costado, por encima del hueso de la cadera; los bordes de la herida se hallaban desgarrados, y la sangre manaba aparatosamente.

—Tengo que buscar ayuda —dijo intentando conservar la calma, aunque su voz tembló—. El pueblo está aquí cerca...

—No —susurró él, deteniéndola—. Estoy bien.

El sonido de cascos, al que Inés no había prestado atención, se cernió sobre ellos. Al poco, un caballo se detuvo a su lado, y la consternación del jinete al ver al hombre herido fue evidente.

—Francés, ¿qué ha sucedido? —Descabalgó de un salto y se arrodilló junto a ellos—. ¿Estás herido? ¿Qué ha pasado?

Inés elevó la vista y al reconocer a Martín Aramburu, se sorprendió.

—¡Martín! ¡Gracias al cielo que eres tú! Unos franceses me atacaron. —Indicó con la mano los cadáveres tendidos en el camino—. El doctor Labat me ayudó.

Pero el joven no pareció escucharla; miraba los cuerpos de los soldados con verdadero pasmo. Entonces, al volver de nuevo la vista hacia Labat, pareció reparar por primera vez en Inés.

—¡Inés! Dios Santo, Inés, ¿qué ha pasado?

Impacientada por la tardía reacción de Martín, ni siquiera pensó en responderle otra vez. Apoyó una rodilla en tierra para levantarse.

—Está herido. Ayúdame a llevarlo a mi casa.

—¡No! —protestó Adrien, apretando los dientes para contener el dolor lacerante que sentía—. No iré a su casa.

El médico se resistió al intento de Martín de ayudarle a levantarse, y este dudó; por herido que estuviera, Labat parecía tan capaz de tomar sus propias decisiones como siempre. Pero por otra parte, tampoco podía quedarse allí para siempre.

—Podemos llevarlo a la mía —sugirió, dudoso.

Pero Inés se puso en pie y se sacudió el vestido sin hacerle caso.

—No digas bobadas, Martín. Estamos a diez minutos de Albizu, y a casi tres cuartos de hora de tu casa. ¿Cómo pretendes que llegue vivo, sangrando de esta manera? Le llevaremos a mi casa y punto. —Miró a su alrededor, en busca de algo que pudiera serles de utilidad—. Hay que encontrar algún modo de trasladarlo; no podrá sostenerse en el caballo.

—Puedo cabalgar —dijo Adrien con voz debilitada.

—No. No puede —contestó Inés, resuelta, intentando encontrar alguna rama con la que improvisar una camilla.

—He dicho que cabalgaré —gruñó con vehemencia, apoyando las manos para



levantarse.

Inés giró hacia él a tiempo de ver el gesto de dolor en su rostro, pero a pesar de fallar en su intento de ponerse en pie, Adrien elevó la cabeza para mirarla desafiante. Martín Aramburu se apresuró a agarrarlo de la cintura y ayudarlo.

—Puedo ir con él en el caballo y sujetarlo —ofreció.

Inés miró pensativa la sangre que empapaba su ropa; sabía que construir unas parihuelas sería más adecuado, pero también sabía que no debían perder tiempo. Adrien volvía a estar de rodillas, con la cabeza apoyada sobre el pecho, pero no se había desmayado. Aún.

—Podemos intentarlo —aceptó.

La tarea de ayudar a Adrien a subir al caballo fue difícil, sobre todo porque él pretendía hacerlo solo. A pesar de utilizar toda su capacidad de persuasión, Martín Aramburu tuvo que permitirle que lo hiciera, y se resignó a conducir de las riendas el caballo de Adrien, camino abajo.

Cuando su casa apareció a la vista, Inés suspiró aliviada; jamás aquel trayecto se le había hecho más largo. Elvira salió de nuevo a recibirla, pero esta vez la visión de su joven ama con aquellos dos hombres la dejó sin palabras. Antes de que pudiera empezar a lanzar exclamaciones o reproches, Inés comenzó a dar órdenes:

—A la habitación del tío, Elvira, pronto. Busca sábanas y vendas. Tráeme una aguja curva e hilo. Venga, date prisa. Y tú, Martín, ayuda a Labat a bajar del caballo. ¿No está Pascual, Elvira? Entonces lo subiremos arriba entre los dos.

Adrien no había perdido la consciencia, pero el mareo le impedía hacer algo más que intentar mantenerse erguido. Quiso bajar solo deslizándose del caballo pero estuvo a punto de caer al suelo. Martín lo recogió en el último momento.

—Venga, Martín. —Inés se acercó a ellos—. Agárralo de la cintura, así. Que pase el brazo por tus hombros. Yo ayudaré por este lado. Entre los dos podremos con su peso. Doctor Labat, ¿puede intentar dar un paso?

La sangre azotaba los oídos de Adrien y su debilidad casi le impedía comprender lo que ella decía, pero se esforzó en hacerle caso, luchando contra la tentación de cerrar los ojos.

El camino hasta la alcoba de su tío resultó infernal para Inés. Le dolía el hombro de sostener su peso, le dolían los brazos, las piernas... Adrien parecía desmayarse a ratos, y cuando al fin consiguieron llegar, ella estaba a punto de caer al suelo. Elvira había tendido sábanas viejas sobre la cama, y entre los tres lo acomodaron en ella. El movimiento despertó a Adrien, que contempló a Inés con ojos vidriosos. Sin atreverse a mirarlo, Inés tomó la aguja y el hilo que Elvira le ofreció y los colocó sobre la mesilla junto a la cabecera. A pesar de su debilidad, Adrien notó que sus manos temblaban.

—¿Alguna vez ha hecho esto antes? —preguntó en un tono tan bajo que Inés tuvo

que inclinarse hacia él para escucharlo.

—No... Al menos no con personas.

—¡Dios...! —gruñó con una débil carcajada desprovista de humor—. Me está bien empleado.

Mareado, intentó incorporarse, pero Martín se lo impidió.

—Adrien, quédate quieto. Esa herida no tiene buena pinta.

—Déjame —protestó, apartando su mano e indicando con la cabeza hacia Inés—. No sabe lo que hace, y yo no sé si voy a poder seguir despierto mucho... Tendré que indicarle ahora... Busque una esponja o algo suave, Inés, y limpie alrededor de la herida con vino. Luego puede cerrarla.

—De acuerdo.

—Después de un par de días, puede cubrirla. Pero sobre todo que la herida no se ensucie. Intente que nada se ensucie...

La joven asintió, y luego indicó a Elvira con la cabeza la jofaina vacía. La mujer se apresuró con ella fuera de la habitación.

—Ayúdala, Martín —solicitó sin volverse.

—La fiebre... —continuó Adrien como si le costara recordarlo todo—. Si hay fiebre intente aliviar la calentura. Como sea. No se le ocurra darme esos malditos brebajes con vinagre ni abrigarme. En este país se mata a los enfermos de calor.

Ella volvió a asentir, apretando los labios. La voz de Labat no era firme en absoluto, a pesar de que intentara mostrarse arrogante. Su rostro y sus labios estaban mortalmente pálidos, y sus ojos, en cambio, brillaban como si fueran los de un demente.

—Y no tema hacerme daño —añadió con ironía al verla tan tensa.

—Créame, hacerle daño sería lo último que me quitaría el sueño —replicó ella con brusquedad, acercando una silla.

Elvira volvió con la jofaina llena y vertió un poco de agua en la palangana. Inés dobló las mangas del vestido hacia arriba y lavó las manos y la aguja. Luego se sentó en la silla y comenzó a enhebrar el hilo. Tuvo que apretar la mandíbula con fuerza para intentar mantener la firmeza del pulso; no quería pensar nada que no fuera el siguiente paso a dar; si no lo hacía así, no sería capaz de hacerlo en absoluto.

Dio un nudo al hilo y lo dejó a la cabecera. Luego rasgó la camisa del hombre y, tomando el lienzo y el vino ofrecidos por Martín, colocó parte de la tela bajo la herida para que absorbiera la sangre que seguía manando sin detenerse. Empapó el resto de la tela con cuidado, y con aún más cuidado la depositó sobre el estómago, junto a la carne desgarrada. Adrien dio un respingo y los músculos del abdomen se contrajeron, pero no dijo nada. Tampoco ella quiso decir nada, mientras deslizaba aquel lienzo alrededor de su herida, junto al ombligo, sobre la cadera, por encima de la ingle... Se concentró en la suavidad, en evitar dar tirones que desgarraran aún más los bordes.

Cuando hubo acabado, dejó la tela a un lado y tomó la aguja enhebrada. Entonces, por fin, levantó la cabeza.

La mirada vidriosa de Adrien estaba fija en ella. Inés la sostuvo, intentado aparentar serenidad, sabiendo que temblaba y debía evitarlo a toda costa. Pero él bajó los párpados y los volvió a levantar, como diciéndole «podrás hacerlo». Por un instante el corazón de Inés pareció detenerse, al recordar en aquellos ojos grises la burlona mirada del hospital, pero su instinto no parecía ser capaz de conciliar el humillante desprecio de aquel día con el hombre herido que la miraba con seguridad y sin miedo. Y en cualquier caso, él le había salvado la vida, y ella intentaría devolverle el favor. No había nada más en qué pensar.

Cuando dio la primera puntada todo el cuerpo de Adrien se tensó como una cuerda de violín a punto de romperse. Las venas de sus brazos, que aferraban la sábana, se marcaron con violencia, pero siguió sin decir nada. Fue ella quien tuvo que morderse el labio para no gritar con el dolor que estaba causándole.

«La siguiente puntada. No pienses en más».

Se concentró en la segunda puntada, y cuando la dio, en la siguiente y en la siguiente. Dejó de escuchar los sonidos de la habitación, dejó de sentir a Elvira y Martín, dejó de ver los muebles que la rodeaban. Allí solo estaban ella, la posibilidad de salvar la vida de Adrien Labat y el terror infinito de no ser capaz de hacerlo.

—Creo que se ha desmayado —comentó Martín cuando Inés se alejó de la cama para lavarse las manos.

Ella dejó las manos apoyadas en el fondo de la palangana un largo instante. El agua se había teñido de rosa. La recorrió un violento estremecimiento.

—Ha perdido mucha sangre —comentó en tono seco tras tomar la toalla que Elvira le tendió, intentando ocultar la emoción que la embargaba.

Martín se colocó junto a la cama y contempló la herida con gesto crítico.

—Parece un buen trabajo —dijo al fin.

Un frío intenso recorrió el cuerpo de Inés. Se apoyó contra la ventana, apabullada. Fuera, la niebla había desaparecido y el sol brillaba radiante, y ella necesitaba sentir dentro de sí el calor que aquel vidrio irradiaba.

—¿Qué ha sucedido, cariño? —preguntó la mujer mayor, que había permanecido muy quieta junto a la puerta mientras ella se inclinaba sobre el doctor.

—Unos soldados... —comenzó Martín, pero fue interrumpido por la voz de Inés.

—No —cortó con decisión. A pesar del frío y la tensión, su mente había comenzado a reaccionar, y sabía que, de cualquier manera que hubiera sucedido aquello, tendría consecuencias poco agradables—. Primero debemos pensar bien lo que ha sucedido.

Martín y Elvira la miraron sorprendidos; pero el cerebro de Inés bullía de ideas y

de preguntas para las que aún no tenía respuesta. Qué hacía él allí, qué hacía la patrulla allí. Cómo había llegado a tiempo, y por qué Martín parecía conocerlo tan bien.

—Si explicamos los hechos tal como ocurrieron —continuó concentrada, pensando en voz alta—, el doctor Labat se encontrará en problemas. —No dijo que ella también, aunque lo sabía sin dudas—. Ningún francés va a comprender que matara a tres soldados para ayudar a una nativa. Ninguno.

El joven frunció el ceño.

—A tres no. En realidad eran...

—Cuatro —terminó Inés la frase—. Lo sé. Yo me encargué del cuarto.

—¡Jesús! —se santiguó Elvira, horrorizada—. Pero no podemos decir eso, mi niña.

—Lo sé. Por eso os he dicho que debemos pensarlo bien. En primer lugar, ninguno de nosotros atacó a los soldados. Fueron bandoleros. Brigantes, como les gusta decir. Nosotros solo encontramos el ataque.

—¿Quiénes encontramos el ataque? —interrumpió Martín con el ceño fruncido.

—Tú y yo.

La vacilación de Martín fue tan tenue como indudable.

—Y ¿qué hacía yo contigo?

—No lo sé. Te encontré en el camino, o habías venido a visitarme, o... No sé, Martín, piensa algo.

—No sé si resultará muy creíble que hayas venido sola desde Vitoria para encontrarte conmigo.

La renuencia de Martín sorprendió a Inés.

—Pues yo qué sé, digamos que tienes algún interés en mi. —El joven bajó la vista, como si estuviera avergonzado, y aquello acabó con la paciencia de Inés—. ¡Oh, está bien! Yo lo encontré y lo traje aquí. ¿Mejor así?

Martín la miró con gesto de disculpa, pero Inés prefirió no prestarle atención, pensando ya en el resto de la historia.

—Bien, lo importante es por qué estaba Labat allí. Elvira,

¿Pascual sigue resfriado? Podríamos decir que había venido para verlo.

La anciana la miró con expresión indescifrable.

—Hace días que no se levanta de la cama.

La culpabilidad asomó al rostro de Inés. Hasta ese momento no había recordado preguntar por el marido de Elvira.

—¿Tan mal está?

—No puede dar dos pasos sin agotarse.

Inés tragó saliva, y se miró las manos. Les habían dejado solos al irse a la ciudad, y si algo les pasaba se sentiría responsable.

—Somos ya viejos, niña —contestó la mujer con afecto, como si pudiera leer su pensamiento—. No hay nada que puedas hacer contra eso.

Ambas se miraron un instante, e Inés retiró la mirada. No era capaz de afrontar también aquel dolor. No en ese momento.

—De acuerdo —continuó, ocultando su temor con firmeza—. Entonces, había venido a ver a Pascual. Cuando estábamos aquí oímos disparos, y él salió corriendo para ver qué sucedía. Le seguí y cuando llegué habían herido al doctor y huido. Lo traje aquí y les avisamos de lo sucedido.

—¿Avisamos?

—En esto necesito tu ayuda, Martín. Si no lo hacemos, podrían sospechar. Los franceses son muy dados a las represalias, lo sabes.

—Nada nos garantiza que no las haya en este caso —contestó él, algo tenso.

Inés lo miró con impaciencia.

—No, es cierto. Solo podemos intentar ser creíbles.

Martín abrió la boca para replicar, pero lo pensó mejor. Si hubiera podido elegir, habría elegido no mezclarse en aquel incidente tan inconveniente, pero no quería que ella confundiera su prudencia con cobardía.

—Está bien, Inés —aceptó al fin—, no te preocupes. Iré al cuartel y les diré que una partida de soldados ha sido atacada. Si no me da tiempo a regresar esta noche, dormiré en cualquier posada y mañana por la mañana estaré de vuelta.

—Deberíamos traer aquí los cadáveres —intervino la anciana, santiguándose de nuevo—. Si demostramos respeto, tal vez no hagan nada. Además, ya estamos cuidando a un francés. —Indicó la cama con la mano.

—Es posible —concedió Inés, dudosa—. En cualquier caso, no hay muchas más cosas que podamos intentar. Sacaré el carro y los traeré.

—¡De ninguna manera te vas a acercar de nuevo a ese lugar! —la interrumpió Elvira.

Como si no la hubiera escuchado, Inés se dirigió al joven.

—Martín, sé que llegarás tarde a la ciudad, pero si pudieras avisar a mis tíos y a mi hermana de que estoy bien, te lo agradecería.

—¡¿Qué estás diciendo?! —inquirió Elvira, cada vez más anonadada—. ¿Es que acaso pretendes permanecer aquí? Tú debes volver con él. No puedes quedarte aquí.

—¿Volver? ¿Cómo podría volver ahora? Tengo que cuidar del francés.

La mujer la miró con estupor.

—Pero, Inés, ¿es que te has vuelto loca? Tú no puedes cuidar de un desconocido. Yo puedo cuidarle...

—Tú tienes que ocuparte de Pascual. Además, no es un desconocido en absoluto. Me ha salvado la vida, y estoy en deuda con él. Y pienso saldar la deuda por completo.

La mujer la contempló boquiabierta. Fue Martín quien intervino.

—Entonces, ¿quieres que les diga a tus tíos que vas a quedarte aquí?

—Eso es. Había dejado una nota diciendo que venía a visitar la tumba de mis padres. Cuando escuchen esto... no sé, diles que no quería alarmar a Clara con el estado de Pascual y que por eso no les dije lo que en realidad vine a hacer.

—De acuerdo. —Encogiéndose de hombros, el joven se dispuso a salir, pero entonces pareció recordar algo—. ¿Y qué hay de los... de... ya sabes?

—¿De los cadáveres, quieres decir? Buscaré ayuda en el pueblo y los bajaré. Elvira, ¿quién queda en el pueblo estos días que pueda echarnos una mano?

—Poca gente —rezongó la anciana, todavía disgustada por la decisión de su ama—. Tal vez los hijos de los Ulzama quieran ayudarte. Al fin y al cabo, son tus arrendatarios. Jesús, José y María —se santiguó una vez más, dirigiéndose a la puerta—, la desgracia va a caer sobre nosotros...

Inés la vio salir refunfuñando, pero nada tenía ya solución, y no iba a perder más tiempo lamentándose. Al cabo de un rato, se dispuso la partida de Martín hacia la ciudad. Inés le acompañó al camino, y cuando desapareció de la vista se dirigió a la casa de los Ulzama. A punto de llegar, miró su vestido, manchado de sangre, y comprendió lo extraña que sería su aparición de aquella guisa. Pero no había remedio: tenía que acompañarlos, ya que debía recuperar la daga que había dejado enterrada en el cuerpo de aquel hombre. Un violento escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies. Las experiencias desagradables no habían terminado por el momento.

—Gracias por avisarnos, *monsieur* Aramburu.

Martín devolvió el saludo del oficial y salió del cuartel que ocupaba las instalaciones del que habría sido el nuevo hospital con una mezcla de alivio e incertidumbre. Al margen de la lógica conmoción que sus noticias habían causado, nadie pareció querer hacerle más preguntas ni tampoco dudar de que los últimos acontecimientos habían sucedido tal como los había narrado. Por ahora.

Se caló el sombrero, soltó las riendas del caballo y echó a andar hacia el suroeste de la ciudad en busca de alojamiento. La calle que enfiló disponía de algunas de las mejores posadas de la ciudad, pero no estaba seguro de ser capaz de encontrar hospedaje, dado el elevado número de tropas, oficiales y paisanos que entraban y salían de la ciudad a diario. Así que cuando, después de recorrer casi todas las posadas de la ciudad en vano, por fin encontró una habitación compartida en una de las mejores casas de postas que había fuera de las murallas, se sintió un hombre realmente afortunado.

Subió el primer tramo de la cuesta de fuerte pendiente que ascendía hasta la colegiata, y tras pasar el cubo que cerraba la fortificación en el punto cercano al convento de Santo Domingo, giró hacia la derecha para acceder a la calle Herrería. Apenas eran las seis de la tarde, pero la mayor parte de la estrecha calle se hallaba ya en sombra. Por eso, la eventualidad de que los señores Acedo no se hallaran en casa, transmitida por el formal mayordomo que abrió la puerta, no se le había ocurrido en ningún momento.

Fue la propia sugerencia del sirviente, apiadándose de su desconcierto, la que le llevó a adentrarse en la pequeña salita de visitas cercana al zaguán de entrada para redactar una nota, que él entregaría a los señores. Estaba concentrado en la mejor manera de explicar lo sucedido sin alarmar a nadie cuando la puerta a sus espaldas se abrió, pero suponiendo que era el mismo mayordomo que quería comprobar si había acabado, no se giró.

—¡Martín! —exclamó Clara con asombro desde la puerta—. ¿Qué haces aquí?

El joven se dio la vuelta y se quedó mirándola con aspecto confundido.

—¡Clara! —exclamó al cabo de un instante, cuando al fin la reconoció—. ¡Dios mío, Clara! ¡No puedes ser tú! ¡Pero si eras una cría! Y en cambio, ahora...

Clara rio con timidez y se acercó para darle la mano.

—Pues soy yo, Martín. Y hace mucho que dejé de ser una cría; tengo diecinueve años —proclamó con algo de suficiencia, pero sin poder evitar enrojecer.

—No es que... No es solo la edad. —Negó con la cabeza después de haberla contemplado con detenimiento—. Es todo tu aspecto. ¡Mírate! Estás... estás...

Ella contuvo la respiración.

—... magnífica —terminó con admiración.

Clara volvió a reír, y esta vez una pizca de vanidad acompañó su alegría. Martín de Aramburu era uno de los jóvenes que veía a menudo en las romerías y celebraciones de los pueblos cercanos a Albizu. Siempre había destacado en los desafíos deportivos; bien fuera pelota, lanzamiento de palanca o corte de troncos, sus marcas difícilmente eran batidas. Y la despreocupación con que celebraba esas victorias hacía muy difícil que nadie se enojara con las mismas. No solo era hábil; también era alegre y apuesto. Clara sabía que eran muchas las jóvenes que suspiraban por él, y lo sabía bien porque, desde hacía muchos años, ella era una de aquellas jóvenes.

Le había gustado desde que ella tenía doce años y él diecinueve, aunque sabía que él la contemplaba como lo haría con una hermana pequeña. Había sido su primer amor, su amor platónico, el joven por el que acudía a las romerías emocionada y expectante. El hecho de que fueran otras las que bailaran con él, las que recibieran sus requiebros despreocupados o solicitaran su ayuda para subir a un carro nunca le había preocupado. Soñaba despierta, y a veces dormida, con el momento en que ella se hiciera mayor y los ojos del joven la evaluaran con aprecio.

Y aunque había sido un sueño sin demasiadas esperanzas, aquel momento había llegado.

Sin poder evitar que los ojos le brillaran con una alegría especial, Clara le invitó a tomar asiento, pero el joven rechazó su oferta.

—Solo he venido para traer un mensaje de Inés.

—¿De Inés? —La voz alerta de Teresa Mendoza, entrando en la sala, los interrumpió—. ¿Ha pasado algo?

Clara había palidecido al oír el nombre de su hermana, pero conservó la compostura para hacer las presentaciones debidas, hasta que todos tomaron asiento.

Intentando quitar hierro al asunto, Martín les explicó lo acontecido, pero las exclamaciones de incredulidad y espanto que acogieron sus explicaciones hicieron el trámite muy engorroso. Una y otra vez les aseguró que Inés se encontraba perfectamente, y que nunca había estado en peligro; pero cuando Teresa Mendoza le reprendió por no haber pensado en traer una nota escrita por la propia Inés de su puño y letra, lo que habría sido mucho más tranquilizador, estuvo a punto de rendirse.

Al fin, tras múltiples preguntas que obtuvieron la misma respuesta por parte del joven, las mujeres comenzaron a calmarse.

—En realidad es muy propio de ella —dijo Clara con una sonrisa aún algo estremecida, pero su rostro había recuperado parte de su color—. No sabía que Elvira hubiera escrito, pero si le contó que Pascual estaba peor, ya debía saber que mi hermana no se quedaría quieta esperando. Lo que me disgusta es que no me dijera nada de ello...



—No quería que nadie se preocupara, y en realidad contaba con volver esta tarde. Pero no ha sucedido nada, al final.

—¡Nada! —Teresa Mendoza lo miró con gesto sombrío—. Mi sobrina está en un pueblo donde unos bandoleros han acabado con una partida de soldados, y tiene por toda compañía dos enfermos a los que cuidar y una anciana, ¿y a eso lo llama nada?

—Tía, si Martín dice que Inés está bien, estoy segura de que podemos creerle —interpuso Clara—. Además, varios arrendatarios viven cerca, y le prestarán la ayuda que necesite. Aunque me gustaría ir junto a ella y...

—¡De ninguna manera! —Teresa la miró con gesto de horror—. Bastante desconcertante es que ella se sienta con tanta libertad para ir y venir así. Tú no vas a ir a Albizu, cariño. Quítate eso de la cabeza.

Martín, a quien la recriminación de Teresa había hecho sentir casi culpable, se apresuró a intervenir.

—No se preocupe, doña Teresa, yo iré mañana para asegurarme de que sigue bien.

—Gracias, joven. Conociendo a mi sobrina, estará perfectamente, no lo dudo —contestó entre mordaz y resignada—. Pero tampoco me agrada en absoluto que esté cuidando al doctor Labat. La sensibilidad de una joven no... —Se detuvo de repente, muy consciente de que su sobrina Inés no sufría precisamente de un exceso de sensibilidad. Con un fuerte suspiro, prosiguió—:

Aunque si Germán se enfada, tendrá que asumir que tiene una parte importante de culpa, dada la excesiva libertad con que la ha educado. Lo que no logro comprender es cómo consiguió convencer a un hombre tan cabal como el doctor de que la acompañara, ni cómo él atendió su chiquillada... En fin, si mi marido no tuviera que partir mañana hacia Burgos, le pediría que fuera a buscarla, pero tiene concertada una cita muy importante con el ministro Urquijo y no le haría ninguna gracia tener que posponerla. Pero, bueno, supongo que podemos tratar de que otro médico acuda a hacerse cargo de la situación, y entonces ella volverá y olvidaremos que esto ha sucedido. Muchas gracias por su amabilidad al venir, señor Aramburu.

Aquellas palabras daban por finalizada su visita, y Martín se puso en pie, pero cuando se disponía a despedirse, Clara intervino de nuevo:

—¿Te vuelves ahora a tu casa, Martín?

—No, esta noche tendré que dormir en la posada del camino de Arriaga.

—¡Oh, pero entonces no podemos permitir que cene solo, tía, después de las molestias que se ha tomado! —Se volvió hacia Teresa con mirada expectante—. ¿Verdad que no lo vamos a permitir, tía? Cenará con nosotros, ya que no tenemos ningún compromiso.

Su tía le dirigió una mirada desorientada; aquella impulsividad no era propia de Clara. Pero no supo cómo denegar la ya cursada invitación.

—Por supuesto —concedió rehaciéndose con rapidez—. Señor Aramburu, nos sentiremos honrados de que nos acompañe hoy en la cena. Y así usted mismo podrá tranquilizar a mi marido sobre la situación de nuestra sobrina.

Lo último que Martín deseaba era seguir hablando de aquel tema, ya que temía acabar metiendo la pata, pero estaba hambriento, cansado y no supo cómo negarse. Así que dio las gracias a la dueña de la casa, y mientras ellas seguían charlando de temas varios, se dispuso a repasar mentalmente la historia desgranada hasta grabársela en el cerebro a fuego, de manera que ni la peor de las torturas le hiciera desviarse un ápice de la versión acordada.

Aquella noche Inés apenas pudo conciliar el sueño. Aún era noche cerrada cuando se levantó de la butaca donde llevaba sentada desde mucho antes de que la luz del día se extinguiera. Elevó los brazos hacia el techo y estiró los doloridos músculos tanto como pudo. Elvira había estado en lo cierto, y el asiento como lugar para dormir había demostrado ser comparable a un potro de tortura. La anciana le había llamado loca por pretender pasar así la noche, pero Inés no había cedido, puesto que no pensaba dormir, sino vigilar que aquella herida no se abriera.

Echó un vistazo al hombre tendido en la cama; no era fácil saber si dormía o seguía desmayado. No tenía fiebre, pero tampoco había despertado. Ahora se reprochaba haberle permitido bajar a caballo, en vez de en la camilla que ella había tenido intención de construir.

Qué obstinación la suya, meditó recorriendo con la mirada el rostro macilento en el que los labios mantenían el mismo rictus grave que tan bien conocía. A la escasa luz del candil que reposaba a sus espaldas, su cabello castaño parecía tan oscuro como el de ella. Lo llevaba extrañamente corto, comparado con los compatriotas que veía a diario. Alzó la mano, y al instante la bajó con rapidez; para su alarma, un súbito impulso de hundir los dedos en su pelo se había apoderado de ella por unos segundos.

Confundida, dio un paso atrás y giró sobre sus talones para alcanzar la ventana. Inés había intentado que la habitación estuviera bien ventilada, porque Cecilia le había contado que él había ordenado abrir agujeros bajo los aleros del tejado, en aquellas habitaciones pequeñas y mal ventiladas donde hubo que alojar enfermos infecciosos. Claro que una herida de sable no tenía nada que ver con esas enfermedades, pero ella necesitaba sentir que hacía cuanto podía.

Se asomó a la fresca madrugada y descubrió con alivio que la masa negra y compacta de los montes del este ya se recortaba contra la primera luz del temprano amanecer. No había querido pensar mucho en lo acontecido el día anterior, pero ahora, a solas consigo misma, debía reconocer que probablemente él le había salvado la vida. No conseguía imaginar qué hacía Labat solo en aquel camino, pero daba

gracias al cielo de que la hubiera encontrado. El recuerdo de la salvaje manera en que había luchado le provocó un escalofrío; apretó el chal alrededor de su cuerpo, mientras las imágenes del médico acometiendo a aquellos hombres y defendiéndose de sus armas pasaban ante su vista como a ráfagas. Había luchado con maestría, precisión y ferocidad, y la extraña impresión que había tenido desde su primer encuentro de que no era quien parecía ser daba vueltas en su cabeza una y otra vez.

En realidad todo resultaba demasiado confuso; le costaba conciliar la imagen del hombre que había luchado por ella con la del hombre que se había burlado en el hospital. Pero debía recordar que así había sido: por atractivos que resultaran su aspecto, su seguridad y su resolución, Adrien Labat era un hombre complicado, y ella no estaba preparada para enfrentarse a algo así. Se limitaría a cuidar de él como habría hecho con cualquier otro enfermo, y cuando estuviera recuperado y le hubiera devuelto así el favor, saldría de su vida para siempre.

Las dos últimas palabras le provocaron un escalofrío, y decidió no pensar más en ello. Sería mucho más útil ocuparse de cosas tangibles; por ejemplo, del vestido que llevaba la víspera y que continuaba manchado de sangre. Elvira lo había puesto a remojo, pero era Inés quien debía encargarse de él. Así que cuando la anciana acudió a relevarla a la cabecera del médico, se dirigió al lavadero, donde tras frotar la tela contra la tabla de piedra durante largo rato, casi despellejándose las manos, se sintió agotada. Pero puesto que pretendía mantenerse ocupada y aún era temprano, decidió tomar un baño. Las dos chicas empleadas mientras Inés y su hermana todavía vivían allí se habían despedido, y fue ella quien tuvo que acarrear los cubos de agua desde el fogón hasta la tina colocada en el lavadero, pero de aquella manera evitó volver a pensar en el hombre herido.

Por fortuna, aquella actividad obró una especie de milagro en sus músculos doloridos, y también su ánimo mejoró notablemente. No había nada como poner los problemas a distancia, y la noche transcurrida, por breve que aquel tiempo fuera, ya establecía una separación con ellos. Mientras se colocaba la camisa, el jubón y la falda roja, se dijo que todo iba a salir bien. La víspera había conseguido rescatar su daga sin ser vista, y habían trasladado los cuerpos hasta el patio, donde los habían colocado al abrigo de la pared, con un crucifijo apoyado en la piedra junto a ellos. Se trenzó el largo cabello y lo recogió en un moño bajo, colocando un pañuelo sobre su cabeza y anudándolo en la nuca, y se dirigió a la cocina, donde cortó una rebanada de pan del día anterior y se sirvió un cuenco de leche con una punzada de remordimiento. Elvira se había levantado antes del alba para ordeñar las vacas, a pesar de su edad. Hacía menos de un mes aquello era labor de las criadas, pero al irse las muchachas, los ancianos se habían quedado solos en aquella casa. Y aún era verano; no soportaba pensar qué sería de ellos en invierno.

Tomó con la cuchara el último pedazo de pan sumergido en la leche y acabó el

cuenco de un trago. Después de lavarlo todo, decidió visitar a Pascual.

La voz ronca y familiar del hombre le dio la bienvenida a la habitación. Se hallaba sentado ante la ventana, desde donde observaba el camino, pero al verla se levantó, apoyando la mano en el alféizar y jadeando al hacerlo. Que un movimiento tan sencillo le hubiera provocado tan evidente fatiga hizo que el corazón de Inés se encogiera. Se acercó a él y le obligó a sentarse de nuevo, arrodillándose a su lado como hacía cuando era pequeña y le rogaba que le contara historias de los tiempos en que su padre era joven y fuerte, y aún estaba vivo.

Siempre quería oír aquellas historias vividas. Ahora, contemplando sus labios azulados y su trabajosa respiración, comprendió con desgarró que pronto perdería uno de los pocos vínculos que aún la ligaban a los tiempos felices de su pasado.

—¿Tan mal me ves? —sonrió el hombre, socarrón, al percibir la preocupación que nublaba los ojos de la joven—. Es ley de vida, mi niña. Estoy ya tan cansado...

Inés se obligó a reprimir su lástima y consiguió mantener su voz firme.

—Pues entonces debes descansar. ¿Qué haces levantado en esta silla?

La súbita risa del hombre se convirtió casi al momento en una tos ronca.

—Intento ver llegar la parca, por si puedo escaparme —ironizó tras cesar la tos. Pero al ver que Inés no reía, alargó una mano huesuda para tomar la de la joven con afecto—. Es cuestión de tiempo, mi niña, pero no tiene sentido cerrar los ojos. Estoy ya más cerca del Creador que de la tierra, y no me asusta. He vivido mucho, y he vivido bien, siempre con trabajo y respetado, gracias a tu abuelo, y luego a tu padre y tu tío. Lo único que siento es dejar a Elvira sola. —Su mirada se empañó un instante, pero se sobrepuso y cambió de tema—. Me ha dicho que viniste para ver la tumba de tus padres.

Inés asintió sin hablar. Se resistía a aceptar que las cosas fueran tan definitivas como aquel hombre las expresaba.

—Pero sabes que no es ahí donde están ya —la reprendió con cariño—. No hace falta que te pongas en peligro para sentir que están contigo.

—No me he puesto en peligro —mintió.

Pero el hombre negó con la cabeza, sonriendo con afecto.

—A mí no me engañas. Lo sé todo.

—¿Y qué sabes, Pascual? —preguntó ella con desconfianza.

—Todo. Sé que unos bandoleros atacaron a una partida de soldados cuando el doctor Labat me estaba visitando. Los dos escuchamos los disparos, y salió antes de que pudiera detenerlo. Luego tú saliste en su busca, lo que, déjame decirte, fue una absoluta imprudencia por tu parte, y lo encontraste herido. Lo que sucedió allá arriba deberá decirlo él, ya que tú no viste nada más que los cuerpos —continuó el anciano, tras guiñarle un ojo—. Pero ahora en serio, mi niña, sabiendo lo que en verdad pasó, creo que no deberías quedarte aquí. Puede ser peligroso.

Inés negó con la cabeza.

—Debo hacerlo. El médico francés está herido. Él me salvó de los soldados y yo debo devolverle la deuda.

—Ya... La deuda.

Las cejas del hombre se alzaron en un gesto de escepticismo, e Inés sintió que enrojecía. ¿Qué demonios le había contado Elvira sobre el francés? Decidió cambiar de tema.

—No deberías estar aquí levantado. Te ayudaré a volver a la cama.

—No. —Un violento acceso de tos le hizo callar, y cuando por fin cesó tuvo que inspirar varias veces con dificultad antes de poder continuar—. No quiero que lo último que vean mis ojos sea el techo. Deseo morir viendo esta tierra. —Extendió su mano hacia la vista de las montañas—. Estoy bien, Inés, no te preocupes más por mí. Anda, ve a saber cómo se encuentra tu francés.

Ella dudó, pero el hombre parecía agotado, y tras levantarse y depositar un beso en la arrugada mejilla, se fue. Pero aunque ante él había mantenido la compostura, no pudo evitar que una lágrima de dolor cayera por su mejilla al cerrar la puerta. Había disfrutado toda su vida la compañía, la campechana sabiduría y la protección de aquel hombre, y era consciente de que el tiempo de sus charlas, risas y consejos estaba llegando a su fin.

Sorteando al mendigo que pedía limosna ante la puerta, Clara y su tía Teresa entraron en el hospital. Preguntaron por el doctor Aguirre, y el celador que las atendió indicó que habrían de esperarle ya que estaba ocupado.

—Pero no pretenderá que esperemos aquí, de pie en el vestíbulo —protestó Teresa con asombro.

La sutil inflexión altiva en su voz tuvo un efecto instantáneo en el ánimo del celador, que disculpándose, las condujo al despacho de don Juan José Sáseta, el hospitalero, que las recibió con amabilidad.

—Buenos días, señora Mendoza, ¿en qué puedo ayudarla?

—Buenos días, señor Sáseta. En realidad buscábamos al doctor Aguirre. Quería hablarle de la situación del doctor Labat.

—¿Su situación?

—Sí. El hecho de que lo hirieran cerca de la casa de mis sobrinas en Albizu y que Inés haya tenido que alojarlo allí es un hecho ciertamente desventurado, pero debemos encontrar una solución.

—Ciertamente —corroboró el hombre con los ojos muy abiertos—. Disculpe, pero ¿ha dicho que el doctor está herido?

—¿No les han informado de ello?

—No a mí, al menos. No tenía ni idea.

—¿No? Entonces el hecho de que ni él ni mi sobrina hayan acudido esta mañana al hospital le habrá resultado sorprendente.

—Bueno... —dudó mirando alternativamente a ambas— el doctor Labat es requerido muchas veces en diferentes sitios, y no siempre sabemos cuándo va a venir. En cuanto a su sobrina, en realidad no la esperábamos en absoluto...

—¿No? Pero ella...

Una voz desde la puerta interrumpió su conversación.

—¿Me buscaban?

—Buenos días, doctor Aguirre —saludó el hombre mientras se levantaba—. No sé si ya conoce a Teresa Mendoza y su sobrina Clara.

—Sí, por supuesto. ¿Cómo están ustedes, señoras?

—Muy bien, doctor, gracias.

—Me estaban comentando que al parecer han herido al doctor Labat. En... ¿Albizu, dijo? —El hospitalero miró a Teresa en busca de confirmación.

—Cerca de Albizu —corrigió ella—. Al parecer mi sobrina lo encontró y lo condujo a su casa. Ahora está cuidándolo, pero comprenderá que no es algo que podamos mantener. Esperaba que usted, doctor Aguirre, pudiera hacerse cargo de la situación, porque mi sobrina no debe permanecer realizando tal labor.

—¿Qué quiere decir con «hacerse cargo»?

—Pues que usted debe ordenar que lo trasladen, o que alguien acuda allí para cuidarlo, de forma que ella pueda volver.

Una sonrisa condescendiente acompañó la respuesta del hombre.

—Verá, señora, en el hospital estamos desbordados y si además él va a faltar, lo estaremos aún más. De que lo trasladen se pueden ocupar algunos soldados; supongo que eso no será mayor problema. Pero si el traslado no es posible, me temo que no estoy en disposición de prescindir de nadie para que sustituya a su sobrina.

—¿Que no...? —Teresa lo contempló pasmada—. ¿Cómo que no va a poder prescindir de nadie?

—Señora, ¿es que no ha visto la situación del hospital?

—Veo con mucha más claridad la situación de mi sobrina —replicó ella, desabrida.

Un ruido en el pasillo los interrumpió, y todos se giraron hacia la puerta a tiempo de ver la aparición en el pequeño despacho del coronel Mouret.

—Buenos días a todos. Me han dicho que se encontraba con una visita, Aguirre, pero no imaginaba que la visita fuera tan grata. Hacía mucho tiempo que no las veía, *madame* Mendoza. ¿Hoy no les ha podido acompañar *mademoiselle* Inés?

—De eso hablábamos, coronel —contestó Teresa con alivio—. Creo que usted es el hombre que necesitábamos.

—Será un placer ser de ayuda, *madame*. Solo dígame qué he de hacer.

—Se trata del doctor Labat. Como sabrá, ayer resultó herido por bandoleros y conducido a Albizu, a la casa de mis sobrinas.

Ni un solo músculo se alteró en el rostro del coronel, pero Clara, que lo observaba sin apenas interés, fue de repente consciente del extraño brillo que encendió los ojos de aquel hombre.

—Acabo de volver de Burgos. Debe ser por eso que aún nadie me lo ha dicho. Y... ¿es una herida grave, *madame*?

—No lo sé, coronel. Solo sé que Inés lo está atendiendo, y no me parece que sea la forma correcta de hacer las cosas. Alguien debería comprobar si puede ser trasladado y encargarse de hacerlo, pero el doctor nos ha dicho que no puede prescindir de nadie.

—¿Eso ha dicho, doctor Aguirre? —Su mirada buscó la del hombre con frialdad—. Pero no podemos permitir que este asunto retenga a *mademoiselle* Inés lejos de su familia.

—Coronel —replicó el aludido con fastidio—, el hospital está desbordado, y yo no puedo prescindir de ningún médico ni cirujano ni enfermero.

—¿No? En tal caso, me temo que será el hospital quien tendrá que prescindir de usted. Pero no se preocupe, yo mismo en persona le conduciré allí. De inmediato,

además.

El doctor enrojció de furia, pero antes de que pudiera replicar, Teresa intervino, sorprendida.

—¡Oh, coronel! No es necesario que se moleste usted. Seguramente habrá algún otro oficial...

—Pero no es molestia, *madame*. Me quedaré más tranquilo comprobando que *mademoiselle* Inés está bien.

La sutil tensión de su tono hizo que Clara levantara la vista hacia su rostro, pero el coronel equivocó su inquietud.

—No se preocupe por su hermana, *mademoiselle* Clara. Yo me ocuparé de que vuelva sana y salva.

—Gracias, coronel. —Clara inclinó la cabeza, temiendo que su rubor la delatara.

—¿Y cómo es que su hermana estaba en Albizu, *mademoiselle* Clara? ¿Negocios, tal vez?

El malestar de Clara se acentuó.

—Estaba preocupada por la salud del guardés de la finca —contestó con cautela—. Pascual es un hombre mayor y su esposa Elvira escribió a mi hermana mostrando su inquietud por su estado de salud. Ella pidió al doctor Labat que fuera a visitarlo.

—¡Qué desafortunada coincidencia, entonces, hacerlo cuando los bandoleros deciden atacar también en esa zona!

—Últimamente solo escuchamos noticias de correos atacados y soldados heridos. O degollados —refunfuñó el doctor sin percibir la torva mirada que el coronel clavó en él.

—No necesita preocuparse por eso, Aguirre —contestó con dureza—. El gobernador me ha comisionado para luchar contra esas partidas, y recibiré refuerzos desde Bayona. Las cosas van a cambiar, y pronto.

A su pesar, Clara no pudo evitar un escalofrío. El pensamiento de que la ayuda que ellas pretendían prestar a su hermana pudiera acabar por no ser tal había cruzado su mente un instante. Pero se dijo que su inquietud era absurda; su hermana debería estar en la ciudad, junto a ellas, donde no pudiera meterse en líos. El coronel Mouret la admiraba, y se encargaría de protegerla. No podía suceder nada malo, ¿verdad?

Al mediodía, la inquietud de Inés se hizo aún mayor. Como había temido, el cuerpo del francés había comenzado a arder en fiebre. La complicación, no por esperada, dejaba de ser peligrosa. Elvira le había dicho que había dormitado todo el tiempo, y así seguía ahora. De vez en cuando abría los ojos, pero estaba segura de que ni siquiera comprendía dónde estaba.

Vertió un poco de vino en el agua de la palangana y la acercó a la cama. Él le había dicho que mantuviera la herida limpia y que no lo dejara morir de calor. Por



fortuna y aunque el día era soleado, el viento del norte refrescaba el ambiente. Y aunque Elvira había insistido en cerrar la ventana, ella se había mantenido firme en dejarla entornada, solo evitando que la corriente de aire incidiera directamente sobre él.

Con manos algo temblorosas, tomó la sábana y la bajó hasta las caderas, dejando la herida al descubierto. No quiso fijarse en nada más, en nada de lo que la sábana descubrió; solo en la piel desgarrada que ella había unido mientras rezaba por saber hacer lo correcto. Tomó la tela, la escurrió y comenzó a limpiar alrededor de la herida con sumo cuidado. No tenía un aspecto tan espantoso como esperaba. El contacto de la piel ardiente con el tibio líquido hizo que él se agitara y murmurara algo ininteligible, pero no abrió los ojos.

Inés posó la mano en su frente y la retiró con rapidez. Ardía. Ardía como si el fuego del infierno se hubiera apoderado de su cuerpo, y ella se estremeció de impotencia. Apenas sabía lo que debía hacerse en casos así. Solo recordaba que él le había pedido que intentara bajar la fiebre, pero sus conocimientos sobre el tema eran escasos, más allá de las tisanas y cataplasmas que había aprendido a preparar observando a Elvira. Hacía un rato la anciana le había traído un vaso con una decocción de hojas de malva, verbena y saúco recogidas en la mañana de San Juan, que ella había vertido con sumo cuidado en sus labios entreabiertos, a pesar de temer que aquello le parecería tan atrasado como el resto de la medicina que, según él, se ejercitaba en el país.

Volvió a humedecer y escurrir la tela, y de manera automática la pasó por la frente y las mejillas de Adrien. Su mano se detuvo en el aire al llegar a su mandíbula, apenas sombreada por un atisbo de barba. Casi contuvo la respiración, al darse cuenta de la extraña intimidad que suponían aquellos momentos vetados donde se hallaban solos, donde ella podía aprender cómo crecía su barba al amanecer o cómo centelleaba la piel que la tela acariciaba.

Se quedó quieta unos instantes, absorta en el brillo de su rostro mojado. Luego, con la misma ensimismada concentración, apoyó la tela sobre su pecho y la deslizó con tanta suavidad que dudó si realmente lo había tocado. Solo el húmedo rastro que siguió su paso, brillante a la luz del día, delató aquella caricia. Volvió a humedecer y escurrir el paño, y lo apoyó en su cuello, para deslizarlo con lentitud por su clavícula, hacia los hombros que se recortaban, rotundos y macizos, contra la blanca tela del fondo, y luego siguió el contorno de los bien dibujados músculos de los brazos y los antebrazos, hasta los fuertes dedos que reposaban desmayados sobre las sábanas. Sintiendo un turbador cosquilleo en el alma, rozó la piel tersa del amplio pecho, que subía y bajaba sin calma, y que se iba estrechando levemente al descender hacia las caderas.

Introdujo la tela de nuevo en la palangana, pero esta vez la dejó allí. Fue su mano

desnuda la que se posó, ligera y fascinada, sobre el vientre duro, compacto. Su dedo resiguió el dibujo de los músculos y se detuvo en la pequeña cicatriz blanquecina que había observado al pasar el paño mojado. Luego su dedo acarició otra de las cicatrices que descubrió sobre su pecho. Poco a poco fue revelando todas ellas, recorriéndolas con el dedo con suavidad, preguntándose con verdadera curiosidad por qué tantas cicatrices marcaban, pero no anulaban, la perfección de aquel cuerpo hermoso y viril.

El tacto de su mano pareció agitarlo. Lo miró con impotencia mientras él se removía entre las sábanas. Las garras de la fiebre lo habían atrapado de nuevo, y ella ni siquiera estaba segura de saber qué hacer.

Entonces el crujido del suelo fuera de la habitación la sobresaltó. Ruborizada, se levantó de un salto, y cuando la puerta se abrió para dejar paso a Elvira, ella ya se hallaba depositando la palangana junto al tocador.

—Inés —llamó la anciana cerca del umbral, entrando apenas un par de pasos en la habitación—, Martín Aramburu ha venido a ver qué tal sigue el doctor.

—Dile que suba —contestó sin levantar la vista de sus manos, que aún agarraban la porcelana, temiendo no ser capaz de ocultar su turbación si la mujer le hacía alguna pregunta.

Pero Elvira no hizo ninguna, y al cabo de un rato volvió acompañando a Martín.

—Gracias por venir, Martín —le recibió Inés.

—Llego ahora desde la ciudad. ¿Qué tal todo?

Inés suspiró; a pesar de haber pasado la noche a la cabecera del herido, no había vuelto a pensar que tendría que dar explicaciones sobre lo acontecido la víspera. Pero ver a Martín le hizo recordar vivamente lo sucedido.

—No lo sé. Tiene mucha fiebre. —Disgustada, se dio cuenta de que su voz había temblado. Decidió cambiar de tema—. ¿Tuviste algún problema con los franceses?

El joven negó con la cabeza.

—No me hicieron apenas preguntas. Enviarán hoy una patrulla para hacerse cargo de los muertos. A tus tíos, en cambio, les costó tranquilizarse. Me pasé gran parte de la cena intentando evadir sus preguntas.

—¿Te invitaron a cenar? —se extrañó ella.

—Sí, aunque yo hubiera preferido evitar a tu tío Tomás, pero no supe cómo rechazar la invitación de tu hermana. Luego dormí en una posada, y vengo directamente. Ni siquiera he pasado por mi casa.

El joven se acercó a la cabecera del enfermo, e Inés siguió su movimiento con ligera desconfianza. No había previsto aquello la víspera, cuando le pidió que avisara a sus tíos. Siempre había contemplado con fraternal indulgencia la infantil admiración de Clara por aquel joven. Pero su hermana ya no era una niña.

Contempló con los ojos entrecerrados la figura inclinada sobre el enfermo; un

sexto sentido le avisaba que la oportuna aparición de Martín la víspera podía no ser lo casual que aparentaba. Y no le agradaba que Clara pudiera volver a mirar a Martín con ojos admirados, mientras no supiera a ciencia cierta qué había detrás de la familiaridad con que había interpelado al francés.

El joven se volvió ligeramente, y la manera en que ella lo contemplaba le hizo fruncir el ceño, pero solo dijo:

—Parece que la herida curará.

Su voz contenía una nota de incertidumbre. Sin saber si aquella inquietud se debía a preocupación por el estado del francés o a que su mirada permaneciera clavada en él con desconfianza, Inés bajó la cabeza y se acercó a la cama.

—De momento me preocupa más la fiebre. Él dijo que en este país se mata a los enfermos de calor.

—Sí —corroboró Martín con aire ausente. Al cabo de un rato en que ninguno de los dos se movió, preguntó con vacilación—: ¿Ha... ha dicho algo?

Inés lo miró especulativamente. Martín no sostenía su mirada y ella sospechó que le ocultaba algo.

—No.

Pero el joven se limitó a encogerse de hombros y continuó contemplando al médico en silencio. Inés iba a hablar cuando, de repente, un rumor de cascos quebró el sosiego de la habitación. De reojo, vio el gesto tenso de Martín mientras se asomaba a la ventana.

—Debe de ser de la patrulla —explicó el joven innecesariamente, puesto que ella lo había comprendido a la perfección.

Por instinto, Inés colocó su mano en la frente del médico. Seguía ardiendo, y se sintió tonta al hacer aquello, puesto que sabía que aún deberían pasar muchas horas antes de que la fiebre remitiera, si iba a hacerlo. Pero que él ni siquiera se moviera al contacto con su mano la intranquilizó más de lo que había esperado.

—Será mejor que bajemos —propuso restregándose las manos en el delantal. Y sin esperar respuesta, salió de la habitación y descendió las escaleras.

Aguardó ante la puerta de la casa, procurando mantenerse serena. No apartó la vista del camino ni siquiera cuando Martín y Elvira se colocaron tras ella, y en un par de minutos un grupo de jinetes con casaca azul apareció ante sus ojos. El corazón de Inés dio un vuelco al reconocer el rostro de quien los comandaba.

Aunque debía haberlo imaginado...

Decidida a ocultar su inquietud, Inés se adelantó cuando el grupo llegó ante la casa.

—Coronel Mouret, no esperaba verlo aquí.

—Oh, pero no podía estar tranquilo hasta comprobar que estaba en perfecto estado, *mademoiselle* Inés. —Tras descender de su montura, se inclinó hacia su mano

con galantería—. Afortunadamente, veo que así es. Tiene el mismo aspecto magnífico de siempre.

Inés retiró la mano con aplomo.

—Es usted muy amable. En realidad no podía ser de otra forma, ya que nunca estuve en peligro.

—Pero uno nunca sabe qué creer de las historias que no conoce de primera mano. Según me dijo el capitán Foirest, un tal Martín de... ¿Areburu, tal vez?... Sí, eso creo recordar, dijo que una partida de brigantes había atacado al doctor.

Inés sostuvo su mirada escrutadora con firmeza.

—Es Aramburu, y no fue exactamente así. Permítame que les presente. —Tras señalar hacia Martín e introducir a ambos hombres, hizo volver la atención del coronel a lo sucedido—. Los cadáveres de los soldados atacados están en el patio. La zona es sombría, pero imagino que será mejor que... que cuanto antes...

Se detuvo, porque a pesar de que su tío la hubiera criado sin permitirle remilgos ni aprensiones, la idea de que aquellos cuerpos comenzaran a descomponerse en su patio era realmente perturbadora.

El coronel la observaba con fijeza, pero ante su vacilación sonrió comprensivo.

—Por supuesto, *mademoiselle*. —Le ofreció el brazo mientras se volvía hacia los hombres a su espalda—. Capitán, que alguien le indique dónde están y ocúpese de recuperar las pertenencias de esos pobres diablos. Y busque un lugar donde enterrarlos.

Sorprendida, Inés lo miró alzando las cejas. Él aclaró:

—No tiene sentido llevarlos hasta la ciudad con este calor, para enterrarlos en una fosa en aquel descampado del camino de Arriaga que llaman cementerio.

—Supongo que tan poco sentido como haberlos bajado del camino, entonces —contestó con desagrado; lo último que deseaba era que aquellos hombres fueran enterrados cerca de su hogar.

—Sí, en efecto —convino él, mirando su perfil mientras los soldados se dirigían hacia el patio con Martín—. Pero comprendo que su bondadoso corazón no haya soportado la idea de dejarlos abandonados allí. Y aunque ahora ya no podemos saber exactamente cómo sucedieron las cosas, reconozco que admiro que su buen corazón se impusiera a la razón.

—¿Acaso me reprocha que no los dejara allí tirados? —preguntó asombrada.

—*Jamais*. No, Inés, yo a usted jamás le reprocharía nada. Jamás... —susurró, y sus ojos se clavaron en los de Inés con una determinación que hizo que ella casi temblara. Sin que pudiera anticiparlo, el coronel tomó su mano entre las suyas y depositó un apasionado beso en ella.

A pesar de que todo su interior se estremeció, Inés se obligó a mantenerse impasible. El coronel era un hombre inteligente y desconfiado, y por mucho que le

agitaran sus atenciones, aquel era el momento menos oportuno para rechazarlo.

—No me pareció cristiano abandonarlos —se limitó a responder, retirando la mano—. ¿Desea un vaso de vino mientras sus hombres realizan su trabajo?

Sin esperar respuesta, dio la vuelta y entró en la casa. El coronel se echó a reír y la siguió.

—Me temo que de nuevo la he ofendido. No era mi intención, créame. Aceptaré gustoso ese vaso de vino.

Inés ascendió las escaleras sin volverse, consciente de que él seguía sus pasos de cerca. Cuando llegaron al salón de la casa, se

dirigió hacia la derecha de la sala, donde varias butacas y un par de sofás tapizados en oscuro brocado se agrupaban alrededor de la chimenea. Indicó al coronel una de las sillas, mientras ella se volvía hacia Elvira, que los había seguido, solicitando que trajera una botella de vino.

—¿No prefiere el estrado? —preguntó Mouret con suavidad cuando Elvira salió.

Inés se sentó en el sofá sin volverse a mirar los paneles de madera labrada que ocultaban aquella zona. Aunque en la ciudad las casas más pudientes habían sustituido la tradicional sala dividida en dos zonas por salones de inspiración francesa, en aquella casa solariega aún la conservaban. No dudaba que el coronel sabía que aquella era la zona utilizada por las mujeres para recibir a sus amigas más íntimas, y que eran pocos los caballeros que tenían acceso a ella.

—Era el lugar preferido de mi madre —explicó sin emoción—. Aún me trae demasiados recuerdos.

El silencio descendió sobre ellos hasta que Elvira volvió con una bandeja que depositó junto al sofá. Con una mirada de advertencia a la anciana para que les dejara solos, Inés tomó la botella y sirvió dos vasos. Tendió uno al coronel.

—Qué esquivo es usted siempre... —protestó en tono burlón tras paladear el líquido—. Pero eso solo hace que aún sienta más deseos de llegar a conocerla más... íntimamente.

—Me temo que se decepcionaría con rapidez, coronel. Ya le dije una vez que no hay en mí nada especial.

—¿No? Y yo que diría que hay mucho por descubrir...

Por un momento, Inés temió que él pudiera escuchar los desenfundados latidos de su corazón. Tomó su vaso y no apartó la vista del líquido rojizo, incapaz de enfrenar su mirada. El coronel había hablado con aparente despreocupación, pero ella sabía que aquel hombre no tenía nada de inocente.

—¿La incomodo, Inés?

Controlando su respiración, Inés alzó la cabeza.

—Un poco, coronel. Aunque no soy una mujer dada a aprensiones, encontrar ayer los cuerpos de los soldados no fue agradable. Discúlpeme si parezco distraída, pero

me temo que aún estoy algo afectada.

La mirada del coronel permaneció fija en su rostro.

—Entonces discúlpeme usted por no haber sabido apreciar antes que su sensibilidad estuviera afectada. Parece siempre tan serena, tan controlada... Como si fueran pocas las cosas que pudieran conmover su corazón. Pero si usted quiere que este asunto se resuelva cuanto antes, sus deseos son órdenes para mí. El doctor Aguirre se ocupará de Labat, y usted se verá libre de esa carga.

—¿El doctor Aguirre va a venir?

—Debe estar a punto de llegar. Su caballo tuvo un problema y yo me adelanté con algunos hombres. Mientras tanto, tal vez pueda contarme qué sucedió ayer.

—¿No se lo han explicado? —preguntó mientras depositaba su vaso en la mesita cercana al sofá.

—Algo me han dicho.

Bien, el momento había llegado, pensó Inés abandonando la contemplación del líquido rubí. Haciendo acopio de toda su sangre fría, se giró para enfrentarse a aquella mirada falsamente ociosa.

—Unos bandoleros atacaron una partida de soldados a apenas media legua de aquí. El doctor Labat había venido a visitar a Pascual, el marido de la mujer que ha visto antes. Al parecer oyó disparos y decidió ir a ver qué ocurría. Cuando me enteré de lo sucedido, salí tras él, pero ya no había nada que hacer. Encontré a los soldados muertos y al doctor Labat herido. Lo ayudé a bajar hasta esta casa, llamé a Aramburu para que fuera a la ciudad a dar el aviso, y Elvira y yo nos ocupamos de coser la herida del médico. Luego ella se quedó cuidándolo y yo pedí a unos de mis arrendatarios que me ayudaran a bajar los cuerpos. Y eso fue todo.

Con las manos reposando con tranquilidad en su regazo y la barbilla alzada, Inés sostuvo la mirada que Mouret mantenía clavada en su rostro.

—Admirable —dijo el coronel al cabo de unos segundos de silencio—. Debo decir que su sangre fría es admirable, Inés.

—Gracias, coronel —contestó, reprimiendo un escalofrío. Todas las palabras del coronel parecían tener un doble sentido destinado a ponerla a prueba, pero ella se negaba a asustarse—. Tal vez mi instrucción no haya sido convencional, pero no me educaron para desmayarme ante cualquier contratiempo.

—Pero encontrar varios soldados muertos es algo más que un contratiempo, ¿no le parece?

—Sobre todo para ellos —afirmó sin emoción. No se sorprendió cuando Mouret se echó a reír con ganas.

—Es usted increíble, Inés. No he conocido muchas mujeres que reúnan tal mezcla de valentía, belleza e indiferencia. Nadie podría censurarme por estar tan fascinado...

—No, siempre que esta vez sepa mantener su fascinación a raya, coronel —

advirtió sin rastro de humor—. No quisiera tener que defenderme de nuevo.

Aquello arrancó una nueva carcajada del hombre. Incluyó el cuerpo hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y sus ojos brillaron con avidez.

—Realmente empiezo a pensar que se ha propuesto hacer de mí un infeliz sin voluntad. Cuanto más hablo con usted, más me convenzo de que conocerla más íntimamente es el único placer que me aguarda en este maldito destino. Siempre que no esté al alcance de su rodilla, claro está. —Se reclinó de nuevo en el asiento, aún sonriendo—. ¿Quién es el hombre que vino a visitar Labat?

El cambio de tema sorprendió a Inés, pero la pregunta no parecía peligrosa.

—Pascual y Elvira son los guardeses de la finca. Han vivido aquí desde que yo recuerdo. Pascual está muy enfermo. Me temo que su corazón...

Un rumor de cascos de caballos llegó hasta ellos a través de la ventana abierta, pero Mouret no le prestó atención.

—Y le pidió a Labat que viniera a examinarlo, por si había algo que él pudiera hacer.

—En efecto —contestó, volviendo la cabeza hacia la ventana, bajo la que se escuchaban voces y los inconfundibles golpeteos de las patas herradas de un caballo.

—Primero cae sobre él, luego le ayuda en el hospital, ahora le cuida en su enfermedad... —enumeró con aire melancólico—. El doctor Labat va a resultar un hombre aún más afortunado de lo que creí.

—Su cuerpo arde como una hoguera y tiene una herida abierta junto al estómago. Yo no diría que eso es ser afortunado, pero es evidente que su punto de vista es diferente del mío.

El sonido de pasos en las escaleras no ocultó la risa del coronel.

—*Mon Dieu*, Inés, creo que jamás me aburriría de escucharla, pero el deber me reclama. Parece que el doctor Aguirre ha llegado. —Se levantó de la silla—. Bien, alégrese; por fin se va a liberar de la carga de atender a Labat y podrá volver a la ciudad con su familia.

Ella le dirigió una mirada inexpresiva y continuó sentada sin inmutarse. Por mucho que la suave ironía del coronel la irritara, aquello era exactamente la verdad. Ahora se libraría de Labat, daría por cumplida su deuda con él y no dedicaría ni un solo segundo a tratar de entender por qué en aquellos mismos instantes su corazón gritaba como si se estuviera desgarrando.

El doctor Aguirre entró en la sala muy erguido y, tras observar la estancia con altivez, saludó a ambos con envaramiento.

Comprendiendo al instante que aquel hombre no había acudido por propia voluntad, Inés correspondió al saludo con tanta amabilidad como pudo. El doctor Aguirre era un hombre de baja estatura y ademanes secos, muy consciente de su propia importancia, hacia el que resultaba difícil sentir alguna simpatía, pero la llegada de alguien que supiera qué hacer en casos como el de Labat resultaba tranquilizadora. Sin embargo, a pesar de la corrección con que ella le recibió, él rechazó sin diplomacia su invitación a sentarse y solicitó ver cuanto antes al enfermo.

Molesta por su rudeza, pero decidida a hacer todo lo posible para que se ocupara del herido, Inés se puso en pie y le rogó que la acompañara. El hombrecillo, seguido de Mouret, la siguió hasta la habitación donde descansaba Adrien Labat. Intentando pasar desapercibida, se quedó junto a la puerta mientras el doctor Aguirre examinaba al hombre tendido en la cama.

—Está inconsciente —fue el superfluo comentario que realizó tras echar un vistazo.

—Perdió mucha sangre —aclaró Inés desde la puerta—. Insistió en bajar a caballo desde el lugar del ataque.

—Además la herida aún está fresca —continuó el doctor sin mirarla, pero dejando patente su reprobación—. Si la hubieran cerrado bien tal vez estaría menos inflamada. Por otra parte, ni siquiera está tapado como debería. Así es vulnerable a cualquier afección de los pulmones.

—Él dijo que no lo tapáramos —explicó algo a la defensiva.

Una mueca de desdén se dibujó en el rostro del doctor.

—¿Sí? Pues ahora arde en fiebre. —Se volvió hacia Mouret con un gesto altanero—. En estas condiciones yo no puedo hacerme responsable del traslado de este hombre.

—¿Cómo dice? —inquirió Mouret con suavidad mientras sus ojos brillaban peligrosamente—. ¿Qué quiere decir con que no se hace responsable?

—Si le movemos y esa herida que no se cerró de modo adecuado comienza a sangrar no estoy seguro de que lo pueda resistir. Las heridas en el estómago son casi siempre mortales, y si no se adoptaron decisiones adecuadas en el comienzo, es muy difícil que ahora podamos enmendar sus consecuencias.

Sin darse apenas cuenta de lo que hacía, Inés se encontró retorciéndose las manos. Sabía que el estado de Labat no era bueno, pero no había esperado un diagnóstico tan sombrío. Ella había hecho lo que él había prescrito, pero sin conocimientos de medicina, no dudaba que podía haberse equivocado.



—Algo podrá hacerse —conminó Mouret al doctor en un tono que fue casi un orden.

—Bueno, en primer lugar deberíamos conseguir que bajara la calentura.

—Eso puede conseguirlo en el hospital.

—No. No creo que llegara vivo. Hay que esperar a que la herida cicatrice algo más y que baje la calentura. De otra manera no estoy dispuesto a asumir la responsabilidad de su traslado.

Ambos hombres se miraron con decisión. A pesar de su antipatía por aquel hombrecillo arrogante, Inés tuvo que reconocer su valentía al enfrentarse con el coronel. Decidió intervenir.

—¿Entonces está sugiriendo que es mejor no moverlo por ahora? —preguntó con toda la humildad que fue capaz de fingir.

El doctor la miró con el mismo aspecto desdeñoso que había mantenido desde su llegada.

—Eso es. Y también digo que hay que sangrarle a diario y mantener una dieta estricta. Pero yo no puedo andar yendo y viniendo de la ciudad para comprobar qué tal se encuentra. Eso está fuera de discusión —concluyó con arrogancia.

Inés inspiró hondo. Antes de que el doctor llegara había creído que el traslado de Labat era lo mejor para él. Pero si había cualquier mínima duda sobre la conveniencia de hacerlo, no pensaba arriesgar su vida por una cuestión de comodidad para ella.

—Si es lo mejor para él, lo dejaremos aquí. Pero en cuanto al resto —cruzó las manos en su regazo—, me temo que él no desea que lo sangren. Lo dijo antes de perder el conocimiento.

—¿Ah, sí? —El mal humor del médico se acentuó ante la insolencia de la joven—. ¿En qué condiciones se hallaba cuando dijo eso?

—Herido, pero consciente. Y fue muy claro al respecto.

—¿Ah, sí? —volvió a repetir, aún más enfadado, pero también algo desconcertado por el descaro de la muchacha—. ¿Me está diciendo que si este hombre se queda aquí piensa contravenir mis indicaciones? ¿Aun a riesgo de que muera?

Aquellas palabras hicieron que Inés dudara, puesto que en verdad decidir aquello iba más allá de lo que ella debería permitirse. Al fin y al cabo, no era familiar de Labat, ni tenía ninguna idea de medicina. Pero algo dentro de ella le decía que el criterio de Labat era más acertado que el de Aguirre.

—¿Cuántas probabilidades diría usted que tiene de recuperarse, doctor? —intervino Mouret tras la vacilación de la joven.

—Pocas —sentenció el doctor agriamente—. Muy pocas, si no se atienden mis indicaciones. Si no se evacúan de su cuerpo los humores sanguíneos perturbados, acabará falleciendo.

Inés apretó los labios, consciente de la sombría complacencia con que el doctor había lanzado su agorero pronóstico. Cuanto más le llevara ella la contraria, más se reafirmaría en que había pocas posibilidades. Claro que tal vez tuviera razón; al fin y al cabo, ella no sabía nada de medicina.

—Si hay pocas posibilidades, entonces no tiene sentido someterlo a ese procedimiento contra su voluntad —alegó, procurando sonar razonable y tranquila.

—Entonces lo estaría condenando a una muerte segura.

El tono terminante hizo que la resolución de Inés flaqueara. Desvió la mirada hacia el hombre que yacía en la cama, sumergido en la fiebre y ajeno a su discusión. ¿Qué diría él en aquellos momentos? ¿Aún mantendría que no deberían sangrarle, que no deberían arroparle, que no deberían imponerle ayuno? ¿Quién era ella para decidir sobre aquello?

Su titubeo provocó una leve sonrisa en Mouret.

—Realmente parece una decisión complicada. Y además no deseo someterla a la necesidad de cuidar de él durante semanas.

—No es molestia —contestó sin volverse, ensimismada en la contemplación de Adrien. Había comenzado a revolverse inquieto sobre la almohada, como si él también quisiera opinar sobre aquello.

—Su buen corazón habla por usted, como siempre, mi querida Inés. En fin, si cree que es mejor atender la voluntad de Labat que confiar en el criterio de Aguirre, así se hará. Al fin y al cabo, supongo que no es uno de los franceses que desearía ver muerto, *n'est-ce pas?*

Inés alzó una mirada firme hacia el coronel, sin atender la suave burla que curvaba sus labios.

—No deseo que muera nadie más, coronel, sea cual sea su país.

Entonces un sonido parecido a un gemido escapó de los labios de Adrien. Abandonando la conversación con Mouret, Inés se volvió con celeridad y se inclinó hacia él.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Mouret con calma, llegando tras ella y colocándose a su espalda.

—Algo así como amé —explicó el doctor Aguirre, con el ceño fruncido.

Pero Inés negó con la cabeza; había entendido bien las palabras. Una repentina rigidez pareció alcanzar su columna, y ni siquiera el calor que el cuerpo de Mouret, casi pegado a ella, irradiaba sobre el suyo, consiguió que encontrara la voluntad para protestar.

Con el corazón latiendo alborotado en el pecho, se irguió. Mantuvo un tono de voz cuidadosamente inexpresivo al volverse con tranquilidad hacia Mouret.

—En realidad deliraba sobre una tal Aimée.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, sostuvo con firmeza la mirada de

Mouret, y ni siquiera la ráfaga de triunfal complacencia que iluminó sus fríos ojos consiguió desequilibrarla.

—Una pena que él esté soñando con una mujer, en vez de con el ataque —señaló él con cierta satisfacción—. Un amor contrariado tal vez explique ese carácter tan agrio que tiene, pero saberlo no nos hará avanzar en nuestras investigaciones. En fin, veo que aquí no podemos hacer más por el momento. Doctor Aguirre, antes de irnos, vaya a ver a ese hombre... ¿Cómo dijo que se llamaba, Inés? ¿Pascual?

Inés no puso evitar sobresaltarse.

—Sí, pero el doctor Labat ya le examinó. No es necesario que el doctor Aguirre se moleste.

Pero como su conciencia gritaba que no tenía derecho a rechazar ninguna ayuda para Pascual, su vacilación fue tan clara que hizo sonreír al coronel.

—Una segunda opinión no hace daño, ¿no cree? —dijo, indicando con cortesía el camino hacia la puerta.

Sin saber si el ofrecimiento de Mouret se debía a que deseaba congraciarse con ella, o a que desconfiaba de la explicación sobre la presencia de Labat el día del ataque, Inés vaciló. Pero temiendo que una negativa alimentara sus sospechas, finalmente se decidió a acompañar a los hombres al cuarto de Pascual. Para su desolación, Aguirre no necesitó examinar al hombre más de un minuto para explicar a ambos, en un aparte, que era casi un milagro que su corazón continuara latiendo. La constatación de aquello que tanto temía llenó los ojos de Inés de lágrimas, y su dolor pareció convencer a Mouret de que las cosas habían sido tal como se las había contado.

Cuando al fin los franceses se fueron, Inés se sentía agotada. Para su alivio, también Martín partió al poco. Deseaba estar a solas. La complacencia del coronel al escuchar a Labat llamando a aquella Aimée había sido tal que Inés se había sentido molesta. Era como si Mouret estuviera celoso de Labat, pero aquello era absurdo. Ella no sentía nada por el francés, salvo agradecimiento porque le hubiera salvado la vida, pero menos aún sentía el francés por ella. Sentada de nuevo junto al cabecero, se repitió que era el agradecimiento lo que la llevaba otra vez a vigilar desde aquella silla infernal, intentando evitar cualquier movimiento brusco que abriera más aquella herida que Aguirre le había reprochado no haber cerrado por completo. Las heridas del estómago solían ser mortales, había dicho; pero Inés creía firmemente que, si aquella lo hubiera alcanzado, Labat lo habría sabido y se lo habría dicho. La herida era fea, pero no mortal.

O tal vez eso era lo que quería creer, meditó posando de nuevo la mano sobre la frente del francés. Desalentada, pensó que seguía ardiendo como metal al fuego. Iba a apartarse de él cuando sus labios volvieron a moverse.

«Aimée...».

Inés respiró hondo, tratando de encerrar en lo más profundo de su ser la decepción que la había embargado al escuchar de nuevo el nombre de aquella mujer en sus labios. Pero entonces él continuó hablando, y la decepción se transformó primero en confusión, y luego en un agudo dolor.

Pues, para su total estupor, el médico había hablado en inglés. Y aunque ella apenas entendía algunas frases y palabras en ese idioma, no tuvo ninguna duda de lo que significaban aquellas palabras que se le clavaron en el alma como puñales.

«No me dejes...».

«Perdóname...».

«Te quiero».

—¿Se puede saber qué te pasa hoy? —preguntó Elvira la tercera vez que Inés dejó caer la ropa que estaban tendiendo en el patio trasero.

Con un gesto de frustración, Inés metió bajo el pañuelo el mechón de pelo que se empeñaba en escapar y caer sobre su mejilla, y se agachó para tomar la punta de la sábana.

—Nada —contestó, ceñuda, estirando la tela y depositándola sobre la cuerda a la vez que la anciana.

—Seguro —fue el comentario mordaz de la mujer antes de asegurar la tela a la cuerda—. Como si yo no te conociera desde hace años.

Inés la miró de soslayo mientras tomaba el canasto de paja.

—Será el cansancio.

—Eso será...

Ambas se encaminaron a la entrada de la cocina.

—Voy a subir de nuevo.

—¡Pero si acabas de bajar! Espera al menos a que te sirva un plato de cocido.

—Quiero ver qué tal sigue. Ya ha estado solo mucho tiempo.

La anciana se detuvo en la entrada de la cocina con los brazos en jarras.

—¿Pero cómo quieres que siga? Estará bien, niña. ¡Mejor que tú, si te empeñas en no comer! Tienes que estar muerta de hambre...

El rugido de su estómago hizo que Inés callara. Aunque le fastidiase, Elvira tenía razón. Solo había bajado aquella mañana para asearse un poco y tomar un pedazo de pan y un vaso de leche, y había vuelto a la habitación de Labat en cuanto había podido. Y no solo estaba muerta de hambre; el cansancio parecía pesar en todos y cada uno de sus huesos, pero eso era algo que no iba a confesar a la anciana.

—Bueno, comeré un poco —aceptó a regañadientes—. Pero en cuanto acabe, subiré.

La siguió hasta la mesa, y cuando la anciana depositó ante ella el humeante cuenco de legumbres y tocino, tuvo que admitir que, más que hambrienta, estaba

desfallecida.

—La herida no es mortal, Inés —advirtió la mujer al cabo de un rato, al ver cómo la joven devoraba la comida.

—Lo sé —admitió, dando un mordisco al pan—. Sé que debería sanar. Pero esa fiebre... Perdió demasiada sangre. No debí dejarle que volviera cabalgando.

La anciana lanzó un bufido y tomó su plato para llevarlo al barreño.

—Lo que faltaba. Como si tú pudieras decirle a un hombre como ese lo que puede o no hacer. —Introdujo el cuenco en el agua y se volvió hacia ella—. Mira, cariño, tú no eres responsable de lo que le ha sucedido al francés. Si intervino, lo hizo por algún motivo que solo a él concierne.

—¿Y qué me importa el motivo, Elvira? Si él no llega a intervenir... La única verdad es que está herido por salvarme la vida, y yo debo devolverle el favor. Eso está fuera de toda discusión, y...

Un ruido de pasos sobre las losas del patio hizo que callara bruscamente, mientras ambas se volvían hacia la puerta del patio con cierto temor. Cuando la conocida voz de Martín llegó hasta ellas, respiraron aliviadas.

—Buenas tardes —saludó el joven, asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

—Nos has dado un susto de muerte. ¿Qué haces aquí? —preguntó Inés.

—He venido para ver qué tal sigue todo y traerte un mensaje de tu hermana.

Inés abrió los ojos, sorprendida.

—¿Cuándo has visto a mi hermana?

—Esta mañana. He ido temprano a Vitoria y la he visto en la plaza Nueva con tu tía. Me ha pedido que te diga que está pensando venir para ver a Pascual.

—¡De ninguna de las maneras! No pienso permitir que venga hasta aquí. Ya puede ir quitándose esa idea de la cabeza.

—Pues a mí me parece que está muy decidida.

—Seguro, pero a menos que algún entrometido se ofrezca a acompañarla, no se atreverá a venir sola —contestó con aspereza.

El joven dejó escapar una carcajada.

—En realidad me pidió que la trajera, pero sabía cómo te pondrías... Así que le dije que no. Aunque supongo que insistirá.

—Y volverás a decirle que no.

—Bueno, tu hermana es tan terca como tú, y estoy seguro de que buscará la manera de venir, si es lo que quiere.

Inés apretó los labios. Lo único que le faltaba era tener también que ocuparse de Clara en aquellos momentos.

—Pues gracias por el recado, Martín —respondió con cierta tirantez—. Ahora, si me disculpas, voy a ver qué tal sigue Labat.

Se levantó de la mesa y el joven se colocó a su lado.

—En realidad también he venido para verlo. ¿Puedo acompañarte?

Inés se encogió de hombros y se dirigió al cuarto, seguida por el joven. Allí se apoyó contra la pared mientras él se acercaba a la cama.

—¿No ha despertado?

—De vez en cuando abre los ojos, pero no creo que sepa siquiera dónde está.

Martín asintió, y permaneció observándolo.

—¿De qué le conoces? —preguntó Inés de súbito, y su pregunta pareció pillar por sorpresa al joven.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué voy a querer decir? Que ya le conocías antes de encontrarlo herido el otro día, y te pregunto de qué.

—He ido en alguna ocasión al hospital —murmuró evasivamente.

—Me pareció que le conocías de algo más que una simple visita.

—Bueno, es médico, ¿no? Le he consultado alguna cosa.

—En la habitación le llamaste Adrien.

—Pero ¿a qué viene este interrogatorio? —Martín se volvió con asombro, pero Inés captó claramente la culpabilidad que trataba de disimular.

—Solo quiero saber por qué le conoces tanto.

—Porque me ha tratado alguna vez como médico. Y antes de que me preguntes —cortó con la mano—, son asuntos que solo atañen a los hombres y no estoy dispuesto a tener que explicártelos. Hasta ahí podíamos llegar.

Inés cruzó los brazos. No se creía ni una palabra de aquello.

—Además —prosiguió él, molesto—, ¿qué te importa a ti por qué nos conocemos?

—Estoy alojando a un hombre del que apenas sé nada. ¿No te parece suficiente motivo?

—Pues si está alojado en casa de tus tíos, no creo que lo que yo pueda decirte te ayude a conocerlo más de lo que ya habrás hecho hasta ahora.

El rostro de Inés enrojeció visiblemente.

—No es un hombre fácil de conocer —musitó, recordando las palabras que el médico había pronunciado en su delirio, en un idioma que no había esperado que hablara.

—Lo dices porque es francés —contestó Martín sin entender sus recelos—. Pero si puede tranquilizarte, te diré que es un hombre en el que puedes confiar. Aunque habría creído que él ya se había ganado tu confianza al defenderte como lo hizo.

Inés no contestó. Ambos permanecieron en silencio hasta que ella cayó de repente en la cuenta de otra cosa que no encajaba.

—Además, vinisteis por el mismo camino.

Esta vez, la incomodidad del joven fue palpable.

—Bueno, ¿y qué?

Inés lo miró con recelo y un nuevo temor. Había dejado el dinero en la ermita, y ellos estaban cerca. ¿Por qué? ¿Era casualidad? ¿O acaso aquel francés...? Había abierto la boca para hablar de nuevo cuando el rostro habitualmente amable del joven se oscureció.

—Inés, no sigas.

Inés parpadeó, desconcertada por la exigencia de Martín.

—¿Que no siga? Pienso seguir lo que me parezca.

—No, no lo harás. Se acabó el interrogatorio. Él atendía a Pascual, al oír disparos salió corriendo y cuando lo encontraste estaba herido. No hay más que decir.

—¿Te estás riendo de mí, Martín? —preguntó sin salir de su asombro. Y añadió con mordacidad—: Estuve allí, ¿recuerdas?

—Eso me da igual. Eso fue todo lo que pasó, y quiero oírtelo decir, por tu bien.

Tuvieron que pasar unos segundos hasta que Inés pudo reaccionar. Jamás había visto aquella expresión en el rostro de Martín. Lo conocía desde niño, o eso creía. Pero, ahora, la manera en que le hablaba, su estrecha relación con el francés...

—¿Me estás amenazando? —preguntó a medio camino entre la sorpresa y la indignación.

—No. Te estoy pidiendo que olvides lo que sucedió —dijo él, bajando la mirada con evidente incomodidad—. Porque solo debe haber una versión, Inés.

Ella lo contempló con dureza. Habría jurado que Martín era de los suyos, pero todo el mundo sabía que los franceses pagaban muy bien la delación. Eso explicaría que la partida de soldados hubiera aparecido por allí aquel día. Y habían estado a punto de capturarla.

Pero si así fuera, ¿por qué Labat la había salvado? ¿Y por qué llamaba a la mujer de sus delirios en un idioma que no era el suyo?

Aún no tenía todas las respuestas, pero acabaría averiguando lo que sucedía. Conteniendo a duras penas su resquemor, se acercó a la cabecera y tomó la silla, dispuesta a cumplir con su deber.

—¿Crees que está mejor? —preguntó él al cabo de un rato, intentando congraciarse con ella.

—No lo sé. Eso espero —contestó con frialdad, colocando la mano sobre su frente—. Sigue teniendo fiebre, pero creo que ya no es tan alta.

Entonces, como si aquellas palabras hubieran conseguido atravesar el velo de su inconsciencia, Adrien Labat se revolvió sobre la almohada, murmurando.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Martín con el ceño fruncido.

Inés apretó los dientes.

—Aimée. Ha dicho Aimée. A menudo habla de esa mujer.

—¿Sí? A mí nunca me ha hablado de ninguna mujer.

Inés se mordió la lengua para no preguntar por qué un médico al que había consultado ocasionalmente iba a hablarle de sus amores contrariados. Pero no tenía ganas de discutir más, y calló. Fue Martín quien habló de nuevo.

—¿Y delira también sobre otras cosas?

Inés le dirigió una mirada especulativa; sabía que el tono casual de Martín no era en absoluto lo despreocupado que aparentaba, pero no iba a compartir con él más información.

—No. Nunca le he escuchado algo diferente.

—Ya.

Martín permaneció unos momentos más en la habitación, antes de despedirse prometiendo que volvería al día siguiente. Inés no le acompañó a la entrada, y cuando por fin estuvo sola tomó la palangana y la esponja, y se dispuso a refrescar el cuerpo ardiente del herido. Poco a poco, su furia se fue desvaneciendo, a medida que recorría con la tela humedecida sus brazos, sus manos, su pecho, el contorno de la herida... Una actividad que, lejos de incomodarla, había acabado por convertirse en un ritual tranquilizador que le recordaba que, aunque fuera a aquella mujer a quien añoraba, era ella quien tenía la posibilidad de salvarle la vida.



—Tienes un aspecto horrible —dijo Elvira sin ninguna compasión cuando terminaron de tumbar a Pascual sobre la cama.

Mientras procuraba que la sábana quedara ajustada al colchón, Inés se permitió una sonrisa. Después del mal rato que acababan de pasar al encontrar al hombre en el suelo, caído junto a la silla desde donde decía aguardar la parca, comprendió que aquella era la manera en que la anciana intentaba espantar su miedo.

—Tú tampoco estás mucho mejor —bromeó con afecto tras incorporarse. Luego la tomó del brazo para que se sentara en la silla cercana a la cama y se volvió para asegurarse de que el hombre estaba cómodo.

—Pero yo soy vieja —gruñó Elvira a sus espaldas.

Inés dejó escapar una suave risa. El alivio que la recorría era demasiado grande para molestarse por nada. Había acudido corriendo desde la habitación de Labat al escuchar los lamentos de la mujer, y la vista del cuerpo inerte del hombre le hizo temer lo peor. Pero cuando se arrodilló junto a él vio que respiraba, y al incorporarlo entre ambas Pascual había vuelto de su desmayo. Sin embargo, su mareo debía de ser grande, puesto que no había protestado cuando lo acostaron. Ahora las miraba con el ceño fruncido, pero Elvira no había aceptado ninguna protesta.

—No te moverás de la cama —le había dicho con decisión y los brazos en jarras.

—No viviré para siempre. —Era lo único que él había rezongado cuando le ayudaron a llegar al jergón, antes de que la mirada enfurecida de la mujer lo silenciara.

Pero Inés ya no sonreía cuando entró en su habitación; aunque no lo dijeran, era consciente de que el estado de Pascual se deterioraba por momentos, y dudó si era justo pretender que Clara no pudiera despedirse del hombre. Ciertamente su relación no había sido tan estrecha como la que Inés había mantenido con él; pues aunque fue su tío quien le enseñó a cazar, a pescar y a llevar las cuentas de la propiedad, era con Pascual con quien había dedicado jornadas enteras a recorrer sus terrenos a lomos de su yegua. Pero no podía negar que Clara también quería al matrimonio que guardaba la finca. Tal vez, en su afán por protegerla, estuviera siendo injusta...

Mojó la toalla para lavarse el cuerpo, suspirando por poder hacerlo en la poza del río, en vez de tener que hacerlo de aquella manera tan poco satisfactoria. Hacía mucho tiempo que no acudía al lugar; o tal vez en realidad no fuera tanto, pero parecía que hacía una vida desde la última vez que se había zambullido allí. Aquel día había amanecido tan cálido y radiante que todo su cuerpo se impacientaba al imaginar la apacible superficie cristalina. Pero por mucho que le tentara hacerlo, no podía; no porque temiera acercarse allí a solas, ya que estaba a apenas unos metros de

su casa, dentro de sus propias tierras, sino porque hasta que Adrien Labat no se recuperara no pensaba alejarse tanto de la casa.

Tras colocarse la blusa, un jubón negro sin mangas y una falda turquesa del mismo tono que sus ojos, colocó sobre sus cabellos un pañuelo también azul y se dirigió a la cocina, donde devoró la rebanada de pan con nata fresca que Elvira había dejado preparada. Luego preparó la decocción de hierbas y volvió a la habitación que ocupaba Adrien Labat con ánimo confortado.

Se dirigió hacia la mesita que habían acercado a la cama, donde depositó el cuenco con el líquido y la cuchara. Luego se acercó a la ventana y la abrió de par en par, aspirando con fruición el tibio aire mientras se apoyaba en el alféizar. Desde allí podía divisar la parte más alta de sus tierras, donde un grupo de arrendatarios se afanaba en agrupar las mieses de trigo en grandes manojos, con las espigas hacia arriba para que se secaran bien. Aquel año el tiempo había sido lluvioso y la siega había comenzado muy tarde, así que ahora debían darse prisa en acabarla, ya que tenían que comenzar cuanto antes a plantar los nabos que constituirían el alimento de los animales.

Con una sonrisa satisfecha volvió hacia el interior de la habitación. Tomó el cuenco con el líquido, que ya se hallaba tibio, y se sentó en la silla junto a la cama, dispuesta a hacer que el francés lo tomara. Pero la sorpresa de encontrar sus ojos clavados en ella le hizo derramar parte del mismo sobre su delantal.

—Agua —solicitó él con voz ronca y débil.

Sin prestar atención al líquido que había caído, Inés se inclinó hacia él para llevar el cuenco a sus labios.

—Lo siento, solo tengo esta tisana. Tendrá que conformarse con esto.

Sin esperar su respuesta, colocó la mano derecha bajo la cabeza del francés para ayudarle a beber. Para su alivio, él no protestó ante el sabor ligeramente amargo ni ante el hecho evidente de que no fuera agua. Bebió con avidez, y cuando terminó recostó de nuevo la cabeza sobre la almohada. Aún tenía fiebre, comprendió Inés al percibir el ardiente calor que emanaba de él, pero que hubiera despertado era una buena señal.

—¿Desea dormir? —le preguntó al ver su gesto de cansancio, mientras depositaba el cuenco vacío sobre la mesilla.

Él negó con la cabeza.

—De todas formas saldré un momento. Si puedo confiar en que no intentará levantarse iré a ver a Elvira.

Pero la voz áspera de Adrien la detuvo.

—No se vaya.

Su tono había sonado quebrado, pero tuvo el efecto de frenar el movimiento que Inés había comenzado a realizar.

—¿Cuántos días llevo aquí? —pronunció él con dificultad.

—Hoy es el tercero desde que fue herido.

La fugaz muestra de alivio que cruzó su expresión no evitó que la siguiera mirando ceñudo.

—Ha estado inconsciente —añadió ella, como si creyera que con su gesto adusto él exigía alguna explicación a su estancia.

—Creí que habría transcurrido más tiempo. Y... —vaciló— ¿he estado inconsciente todo el tiempo?

Inés bajó los párpados y apretó las manos que mantenía cruzadas sobre su regazo.

—Sí —afirmó sin mirarlo, decidiendo que sus delirios no podrían tomarse por consciencia en ningún caso—. Todo el rato.

Poco a poco elevó los ojos hacia su rostro. Adrien la contemplaba de manera tan extraña que por un momento Inés creyó que se iba a abalanzar sobre ella. Pero no se movió ni apartó la vista, y fue él quien al fin parpadeó; frunció más el ceño, apretó aún más la mandíbula, y finalmente bajó la sábana que le tapaba hasta que la herida quedó al descubierto. Permaneció mirándola un largo instante, y un súbito ataque de pudor hizo que Inés desviara la vista hacia la ventana; se daba cuenta de la enorme diferencia que era contemplar su cuerpo medio desnudo cuando él yacía inconsciente a hacerlo ahora, cuando aquellos ojos grises parecían ser capaces de leer en su alma.

—Confieso que el remiendo es menos malo de lo que me temí al verla temblar como una hoja —manifestó agriamente, dejándose caer de nuevo sobre la almohada.

—Hice lo que pude —replicó ella en tono desafiante, poniéndose en pie con altivez y tragándose la decepción ante el evidente mal humor del hombre.

No esperaba que se sintiera feliz yaciendo herido en una cama, pero tampoco esperaba ser objeto de su enojo. Puede que él le hubiera salvado la vida, pero ella había procurado devolverle el favor. Consideraba que estaban en paz.

Adrien vio su gesto desafiante, y un ramalazo de una extraña emoción lo recorrió. Con los dientes apretados, la observó mientras tomaba el cuenco vacío. Intentó decidir qué sentía en su presencia: ¿enojo, irritación, coraje...?

Pero entonces ella se volvió para encaminarse hacia la puerta, y la razón de Adrien pareció burlarse de él llenando todo su presente con el recuerdo de Inés en aquel camino; ella revolviéndose contra el soldado que trataba de alcanzarla, el brillo metálico en su mano alzada, la decisión de su rostro al hundir la daga en el pecho, la manera en que había saltado hacia delante para ir hacia él... Y la cálida expresión de alivio y agradecimiento que había iluminado su rostro al verlo, y que le había robado el aliento con más eficacia de lo que cualquier herida física habría logrado jamás. Entonces había doblado las rodillas y caído a tierra, sin prestar atención a la herida que sangraba en su costado, plenamente consciente de que se hallaba maldito; de que ella había maldecido su alma desde la primera vez que la había tenido entre sus

brazos, caída sobre él, con aquellos increíbles ojos turquesa contemplándolo con asombro, y aquella irresistible fragancia a violetas que tanto evocaba su niñez.

Aquella comprensión era una excelente razón para mantenerla tan lejos de sí como fuera posible. Pero cuando ella colocó la mano en el pomo de la puerta, su lógica se quebró y un súbito impulso le hizo llamarla de nuevo.

—No se vaya.

A punto de salir, molesta por la frialdad con que él la había tratado, y disgustada consigo misma por la atracción que sentía, Inés vaciló. Era la segunda vez que decía aquellas palabras, y no quería que creyera que podía darle órdenes.

—¿Qué quiere ahora?

—No puedo expresar lo que quiero si está ahí de pie. Siéntese. —Y al ver que ella permanecía rígida junto a la puerta, añadió—: Por favor.

La mirada de Inés se posó en el pomo, dubitativa. Su «por favor» había sonado lleno de arrogancia, y aunque era evidente que aquel hombre estaba acostumbrado a dar órdenes, ella no lo estaba a recibirlas. Solo los remordimientos de que estuviera postrado en la cama por su causa le hicieron volver junto a él y sentarse con la espalda muy recta.

—Me quedaré un minuto —murmuró mirando sus manos, extendidas sobre su regazo.

—Se lo agradezco. Verá, creo que debo darle las gracias por haberme salvado la vida.

Inés alzó las cejas con ironía. Parecía como si le hubieran arrancado el agradecimiento con un sacamuelas. No es que esperara —ni deseara— su agradecimiento, pero si había decidido hacerlo, al menos podía haberse esmerado un poco más.

Sin embargo, y a pesar de su intento de sarcasmo, en aquella arrogante manera de demostrar gratitud Inés comprendió por instinto que Labat no estaba acostumbrado a sentirse en deuda con nadie, y que considerarse así lo llenaba de disgusto. El pensamiento de que no era la única que se sentía incómoda generó en ella un cierto alivio, y le permitió mostrarse algo más generosa. Con solo un atisbo de ironía, contestó:

—En realidad usted me la salvó a mí primero. *Creo* que estamos en paz.

Pero al elevar la mirada hacia él, el ansia que aquellos ojos grises —que hasta entonces solo habían mostrado enojo— irradiaban, la sumió en la confusión. Y cuando él captó su desconcierto, cerró los ojos con rabia y se mantuvo así un largo rato, esperando que ella se levantara y se fuera.

Preguntándose aún qué habría sido aquella extraña emoción que había vislumbrado en él hacía unos segundos, Inés lo miró dubitativa. De ser otro hombre, habría dicho que podía tratarse de afinidad, tal vez interés, incluso atracción. Pero

siendo Adrien Labat, el mismo hombre que la había desdeñado en el hospital, no había manera de imaginar de qué se trataba. Incluso había cerrado los ojos como si ni siquiera soportara mirarla.

En fin, allá él, se dijo ignorando una punzada de dolor mientras se levantaba para dirigirse hacia la puerta. Ella se iba a limitar a cumplir con su deber, que era cuidarlo hasta que sanara, pagando así la deuda contraída. Antes de salir, apoyó una mano en el marco y se volvió.

—Elvira ya habrá terminado de preparar el almuerzo. Le subiré un tazón de caldo y si cree que puede tomar algo más sólido, un poco de carne cocida.

No esperó respuesta, y el golpeteo seco y breve de la madera al cerrarse hizo que Adrien comprendiera que estaba solo. Pero a pesar de ello, aún permaneció un largo rato con los ojos cerrados, luchando denodadamente contra sí mismo para aplastar el inadmisibles e imposible deseo que había estado a punto de arrasar su mundo y sus convicciones al mirarla.

Para arrancar de raíz la inaceptable y descabellada idea de que, de alguna manera, alguna vez, en algún momento, habría un lugar y un tiempo en el mundo para ellos, un lugar y un tiempo en el que ella llegaría a necesitarle y en el que él podría protegerla y amarla.

«Gracias a Dios», había murmurado Martín cuando, al llegar a la casa una hora después de que Inés bajara de la habitación, se había enterado de que el médico estaba por fin despierto.

Inés había continuado remendando la camisa que tenía en las manos, y ni siquiera le había acompañado a la habitación, diciéndole que se considerara en su casa. Al fin y al cabo, ya entraba por la puerta del patio como si la casa fuera suya. Solo se había vuelto hacia él un instante, antes de que abandonara la cocina camino de la escalera, para solicitarle que pusiera al francés al corriente de lo que había sucedido en los días transcurridos desde el ataque. Pero aunque él le había sonreído, la desconfianza que se había instalado en la mente de Inés le impidió devolverle la sonrisa.

Elvira, que estaba desgranando unas mazorcas de maíz junto a ella, la había vuelto a contemplar con el aspecto pensativo que hacía que Inés no consiguiera sostenerle la mirada. Cuando había bajado de la habitación de Adrien, procurando disimular su desazón, la anciana la había examinado sin disimulo, y tras ver en ella Dios sabía qué, le había quitado la bandeja de las manos para subir ella misma la comida al francés, diciéndole sin miramientos que ya se le pasaría. A Inés le habría encantado reírse y contestar que no sabía a qué se refería, pero el nudo de su garganta le impidió hacerlo. Así que había tomado la camisa de Labat en un intento de hacer algo, porque permanecer pensando en la indiferencia de Labat o en su propia decepción resultaba inadmisibles.

Con cierto enfado, se obligó a desechar aquellas ideas y volvió a concentrarse en

intentar reparar el desgarro que la camisa del hombre había sufrido.

Lo que, por otra parte, iba a ser difícil de conseguir...

Después de mucho frotar había logrado que no quedara ni rastro de sangre en la tela, pero era una costurera solo aceptable, y reparar aquella rasgadura requeriría verdadero virtuosismo con la aguja. Era probable que Clara, en cambio, supiera cómo hacerlo; pero Inés había dedicado siempre más empeño a las responsabilidades de la finca que a habilidades femeninas.

Suspiró mientras deslizaba la aguja con cuidado, y se detuvo de nuevo. Lo que no podía negarse era que la posición social de Adrien Labat había de ser realmente acomodada, a juzgar por la excelente calidad y estado de la batista de aquella camisa. No sabía nada de él, de su vida o su familia, pero era evidente que su procedencia era desahogada. Recordó que Cecilia le había dicho que había estudiado en Prusia, y aquello reafirmó su impresión. Resultaba extraño que con esos antecedentes hubiera venido a vivir a la región hacía unos años, como le había contado la hospitalera. Los médicos franceses de familias acomodadas, licenciados en las mejores universidades europeas y con caras camisas de batista entre sus pertenencias, abrían distinguidas consultas en las mejores calles de París o Bruselas, y no en Tolosa o Mondragón o donde quiera que hubiera residido hasta que lo enviaron a Vitoria. Era extraño, pero todo lo era en relación con aquel hombre.

Entonces, la súbita convicción de que la tal Aimée tenía mucho que ver con todo aquello la llenó de disgusto. No podía negar que sentía una curiosidad enorme por saber qué había sucedido, por qué él pedía perdón con tal vehemencia, por qué parecía que su corazón se desgarraba al llamarla. Pero era algo más que eso, reconoció con descarnada sinceridad; la emoción que le llevaba ahora a apretar la tela con furia recordando el nombre de la mujer era más que curiosidad. Tal vez solo fuera orgullo herido, pero desde luego era más que curiosidad. Y ojalá, se dijo dando la última puntada con una mezcla de rabia y autocompasión, ojalá fuera solo orgullo herido.

En el mismo momento en que dio por finalizada su poco satisfactoria intervención en la camisa de Labat, el inconfundible —y últimamente demasiado frecuente— ruido de cascos en el camino del pueblo hizo que se levantara de golpe, con la vista fija en la puerta del recibidor.

Soldados.

Y solo se le ocurría una razón por la que una partida de soldados pudiera querer acercarse por allí: que no hubieran creído su explicación sobre el ataque.

Miró de soslayo a Elvira y supo que la anciana estaba pensando lo mismo que ella. Pero se obligó a mantener la calma, y tras dejar la camisa sobre la mesa, dijo con tranquilidad:

—Por favor, Elvira, abre la puerta cuando llamen. Iré un momento arriba para

asegurarme de que Martín ha explicado a Labat todo lo que debe saber y bajaré enseguida.

Sin esperar su respuesta, se dirigió escaleras arriba, y cuando llamó a la puerta de la habitación tampoco esperó una respuesta para abrir.

—Tenemos visita —anunció, dirigiéndose a la ventana, desde donde podría ver el camino.

Martín abrió la boca, sorprendido.

—No deberías entrar así, Inés. No es correcto.

—Estoy en mi casa —contestó ella con gelidez, aún molesta por la conversación de la víspera.

El sonido se acercaba, pero el recodo que describía el camino en el último repecho mantenía aquel grupo aún oculto.

—¿Le has contado todo? —preguntó, girando la cabeza hacia los hombres, con los brazos aún apoyados en el marco.

Pero aunque su pregunta fue dirigida a Martín, fue la voz del médico la que respondió con calidez.

—No tema, Inés. Todo saldrá bien.

El sonido era ya tan cercano que Inés supo que el grupo estaba a la vista, pero no se volvió. Su mirada quedó fija en las diminutas motas de polvo que bailaban en el rayo de sol que alcanzaba la cama, mientras su corazón alcanzaba una velocidad desenfrenada, intentando comprender por qué una arrebatadora corriente de calor se extendía desde las puntas de sus dedos a la raíz del cabello, hasta que se percató de que él estaba sonriendo.

Le estaba sonriendo a ella.

Sus rodillas estuvieron a punto de dejarla caer, pero se recompuso y se giró hacia la ventana.

Santa madre de Dios...

Apoyó el peso de su cuerpo en las manos que reposaban sobre el alféizar e inspiró hondo hasta que recuperó la compostura y pudo pensar con claridad. Una ráfaga de dolor la atravesó al darse cuenta de lo que aquella sonrisa, tan infrecuente como deslumbrante, acababa de revelar de golpe.

Santa madre de Dios, se estaba enamorando de él...

Apoyó la sien en el marco —aunque darse cabezadas contra él habría sido más oportuno— justo cuando el grupo de jinetes dobló el recodo del camino y apareció ante su vista.

Y entonces aquella visión, inesperada e increíble, casi consiguió hacerle olvidar lo necia que se sentía.

Con una exclamación de indignación, giró sobre sus talones y se precipitó hacia el interior de la casa, desapareciendo como una exhalación por la puerta abierta y

haciendo que los dos hombres se miraran al unísono cuando su grito rabioso llegó hasta ellos:

—¡Maldita sea, esto ya es demasiado!



Cuando el grupo de soldados llegó ante la puerta de la casa de los Mendívil, Inés había recuperado a duras penas el control. Aun así, cuando el coronel descabalgó en la entrada y tendió la mano para ayudar a Clara a bajar del coche, Inés tuvo que apretar los dientes para no decir algo de lo que más tarde pudiera arrepentirse.

Su hermana estaba radiante, luciendo un vestido color verde agua con bordados de raso negro y un pequeño sombrerito que resaltaba los destellos color miel de su cabello castaño. Parecía mayor de lo que Inés hubiera visto nunca, y sonreía con tal afecto...

Cuando se acercó corriendo hasta ella y le dio un caluroso abrazo, estuvo a punto de olvidar su tremendo enfado ante la imprudencia de que hubiera venido a Albizu.

Pero solo a punto.

—Vas a necesitar una buena explicación para haber venido sola con estos hombres —susurró entre dientes. La joven rio, en absoluto preocupada, e Inés se volvió hacia su acompañante—: Coronel, espero que no se ofenda si le digo que traer aquí a mi hermana no ha sido una decisión muy acertada.

Mouret se inclinó sobre su mano con cortesía.

—Créame que, si hubiera podido, lo habría evitado. Pero su hermana estaba tan decidida a venir que temí que, si no la acompañaba yo, pudiera hacer algo tan insensato como lo que hizo usted viniendo con Labat a escondidas de su familia.

Un sexto sentido previno a Inés de que debía evitar cualquier discusión sobre Labat con aquel hombre.

—Le agradezco entonces las molestias que se ha tomado, coronel, pero comprenda que habría preferido que mi hermana hubiera permanecido en casa de mis tíos.

—¿Sí? Lo comprendo. Es una lástima, entonces, que su hermana se crea capaz de tomar sus propias decisiones con tanta libertad como usted.

—Pero es que tenía que venir, Inés —intervino Clara sin rastro de arrepentimiento—. Él intentó disuadirme, pero yo quería ver a Pascual, y le dije que vendría aunque fuera sola. Por cierto, ¿qué tal está?

—Igual —contestó Inés a regañadientes, negándose a ser distraída del tema—. No puedo creer que la tía te dejara. ¿Y el tío Tomás?

—En Burgos. Luego te cuento, pero ahora me gustaría ver a Pascual, así que si no te molesta subiré un ratito. ¿Te importaría encargarte tú de que el coronel y el capitán Arnaud puedan descansar antes de partir? Han sido realmente amables al acompañarme y me temo que este calor les haya resultado muy molesto. Les estoy agradecida de verdad, caballeros. —Y con una breve reverencia hacia los hombres, se volvió para entrar en la casa.

Sorprendida por la desfachatez de su hermana, Inés se volvió hacia el grupo tratando de mostrar cortesía.

—Mi hermana tiene razón, me temo que estoy siendo una anfitriona muy negligente. Sus hombres pueden descansar en el patio, coronel, ya lo conoce. No dispongo de cerveza para ofrecerles, pero sí algo de sidra, o si lo prefieren, pueden refrescarse con el agua del pozo. En cuanto a usted y al capitán, si desean acompañarme al salón, podré ofrecerles una copa de jerez.

—Es usted muy amable, *mademoiselle*. Será un placer aceptar su ofrecimiento. — Mouret se volvió hacia el capitán Arnaud, que ya estaba dispuesto a seguir a Inés, y dijo en tono seco—: Pero estoy seguro de que el capitán preferirá quedarse con sus hombres, ¿no es así?

La dura mirada que le dirigió hizo que la sonrisa del joven decayera, y apenas pudo balbucear su conformidad antes de que Inés y Mouret entraran en la casa.

Con un suspiro de impaciencia ante la descarada maniobra, Inés acudió a la cocina para solicitar a Elvira que atendiera al capitán Arnaud y le ofreciera lo que buenamente pudiera encontrar en la desprovista bodega. Luego se reunió de nuevo con el coronel en el recibidor y ascendió las escaleras hacia el salón, donde ella misma preparó un par de copas de jerez.

—Supongo que podrá disculpar que apenas haya nadie para atenderles, coronel. Ya ha visto que Elvira estaba preparando la cena y no hay ninguna criada que nos ayude. No será cómodo para Clara estar aquí.

—Si no es cómodo para su hermana, tampoco para usted, Inés.

Tendió la copa al hombre y se sentó frente a él en la butaca. Los ojos del coronel brillaban con alguna emoción que ella no fue capaz de descifrar por completo.

—No es lo mismo —replicó, intentando sonar convencida—. Pero aunque no esté de acuerdo con que la haya traído, sí que puedo agradecerle las molestias que se ha tomado por ella, coronel. Doce soldados a caballo es una visión que impone respeto.

Una mueca complacida se reflejó por un instante en el semblante del coronel, que sin embargo replicó con perfecta impasibilidad:

—A estas alturas esperaba que comprendiera que lo he hecho por usted, y ninguna cosa que pueda hacer por usted será jamás una molestia. Por otra parte, el gobernador está ansioso por evitar que los bandoleros se asienten en la zona, Inés, y yo me encargaré de que así sea.

Inés no disimuló su sobresalto al preguntar:

—¿Es que este destacamento se va a quedar aquí?

Una de las comisuras de la boca del hombre se alzó levemente.

—¿Sería eso mucho problema?

Ella permaneció en silencio, intuyendo que la estaba poniendo a prueba. Él amplió su sonrisa.

—Esté tranquila, Inés. Solo estamos camino de Laguardia. Nos hemos desviado un poco para traer a su hermana. Volveremos dentro de dos días, y entonces ella nos acompañará. Y usted también debería volver con nosotros. Le repito que si las condiciones en las que deben vivir aquí no son adecuadas para su hermana, tampoco lo son para usted.

—Aprecio su preocupación, coronel, pero ya le he dicho que no es lo mismo. Además, no creo que el doctor Labat esté repuesto para entonces. Ha recuperado la conciencia, pero sigue muy débil.

—Y, por supuesto, usted lo cuidará, ¿no es así? —Sonrió con burlona resignación—. Al final me dará la razón y reconocerá que es un hombre afortunado. —Se levantó y dejó la copa vacía sobre la mesilla—. Bien, aunque adoro charlar con usted, si Labat ya se ha despertado iré a hablar con él. Tenemos que partir en breve si queremos llegar a tiempo a nuestro destino, y estoy ansioso por saber qué tal se encuentra.

Ignorando la suave ironía, Inés también se puso en pie, y sin palabras condujo a Mouret hasta la habitación de Adrien. El médico descansaba con los ojos cerrados, pero para su alivio no había ni rastro de Martín.

—Está descansando —murmuró.

—No estoy dormido. —La voz fatigada de Adrien Labat llegó hasta ellos cuando abrió los ojos—. Buenas tardes, Mouret. Así que ha venido a comprobar qué tal me encuentro...

Aunque el tono debilitado del médico no parecía encubrir ningún sarcasmo, la duda oscureció el semblante de Mouret.

—Ya veo que se encuentra mejor —dijo con recelo, sentándose junto a la cama—. El general Barrere le envía sus mejores deseos de recuperación, y desea que le transmita que...

Sin hacer ruido, Inés cerró la puerta y bajó las escaleras reconfortada. Había sentido cierta aprensión al conducir al coronel ante Labat, y la fragilidad de la voz que los había recibido debería haber acrecentado sus miedos. Pero no había sido así; la aparente debilidad del médico no conseguía ocultar la tenacidad y determinación de su carácter, e Inés comprendió que mientras él llevara las riendas, ella estaría a salvo.

Algo más tarde, cuando el destacamento de dragones salió de Albizu hacia Laguardia, Inés no pudo reprimir un suspiro de alivio. De pie junto a ella ante la puerta, Clara tomó su brazo con afecto.

—Te agrada tan poco como siempre, ¿verdad?

El rumor de los caballos se fue haciendo más lejano, a medida que los robles del camino comenzaron a ocultar las figuras de los jinetes. Inés esperó hasta que dejó de escucharse, y entonces se volvió hacia ella con severidad.

—Si te refieres a Mouret, sí. Si te refieres al hecho de que te arriesgues de esta manera, también. ¿Se puede saber en qué estabas pensando para venir aquí? ¿Qué historia es esa de Burgos?

Pero su tono seco no pareció intimidar a su hermana.

—¿Vamos al salón? Comienza a hacer fresco.

Solo porque sabía que aquel no era el lugar más adecuado para discutir, Inés aceptó seguirla. Después de dejar a Mouret con Adrien, había encontrado a su hermana y a Martín en la habitación de Pascual, charlando y riendo. El anciano sonreía y tosía alternativamente, pero su placer ante aquella visita era tan innegable que Inés no se sintió con fuerzas para hacerles salir, así que los había dejado entretenidos y había acudido a asegurarse de que los soldados no tenían —ni causaban— problemas. El capitán Arnaud la había recibido con evidente deleite, y a pesar del malestar de ver a los franceses en su patio trasero, el carácter jovial y risueño del hombre había contribuido a suavizar su semblante tenso.

Al partir, el disgusto de Mouret ante la evidencia de que Inés hubiera añadido al capitán Arnaud a la lista de sus admiradores fue patente. Había bajado de la habitación de Labat pensativo y al parecer poco complacido, y encontrar al capitán riendo en la cocina ante un plato de bizcochos y contemplando a Inés con rendida devoción acabó de agriar su humor. Habían partido al poco, y su recordatorio de que dos días después volverían para acompañar a Clara a su casa sonó tenso y malhumorado.

Inés entró en el salón tras su hermana hasta la zona del estrado. Clara se dejó caer sobre un escabel bajo y ella se acomodó en un mullido almohadón, con las piernas cruzadas bajo la falda.

—Bien, ahora me contarás cómo se te ha ocurrido venir —comenzó sin apenas paciencia.

—¿Estás muy enfadada conmigo?

Inés la contempló con malestar. Clara sonreía, en absoluto arrepentida o temerosa de su reacción. Pero la dulce sonrisa del rostro de su hermana nunca la dejaba indiferente, y su respuesta fue más suave que la que rondaba su cabeza.

—Estás aquí, así que ya no tiene sentido estar enfadada. Cuéntame qué sucede.

—¿Por qué tendría que suceder algo? Estaba preocupada y quería ver a Pascual.

Pero cuando Inés la miró, su hermana no fue capaz de sostener su mirada.

—Ya —contestó Inés, sopesando lo extraño que era aquello. Al cabo de un rato, continuó—: ¿Qué es eso de que el tío se ha ido a Burgos?

—Pues que se ha ido. —Se encogió de hombros—. Le mandó llamar su amigo Urquijo, el ministro. Al parecer están muy preocupados con el asunto de Bilbao y quieren intentar solucionarlo sin derramamiento de sangre. Él y algunos otros decidieron acudir a hablar con él. Salieron hace dos días.

—¿Y solo por eso permitió que vinieras?

—Bueno, por eso y también porque tía Teresa tenía que ir.

—La tía odia viajar.

—Sí, pero al parecer las esposas de los otros hombres estaban allí y el tío le pidió que fuera. Por lo visto han llegado muchos generales desde Nápoles, algunos con sus esposas, y las tropas que salieron de Madrid se han reunido allí con el ejército de Bessieres. No debe haber ni un alma más en Burgos —explicó con una risita, pero su hermana no se sintió capaz de compartir su sentido del humor—. Vitoria está llena de rumores sobre la situación en la que quedarán los franceses si no pueden volver a entrar en Bilbao. Algunos dicen que tendrán que retroceder hacia la frontera. Y la tía pensó que era mejor que no estuviera sola, si eso sucedía. Así que me dijo que fuera a Burgos con ellos, pero ya que solo iban a ser un par de días, le dije que prefería venir aquí.

—Precisamente porque solo son un par de días me extraña más que la tía te permitiera venir. Ni siquiera ella puede pensar que el ejército de Cuesta liberaría Vitoria en un par de días, con todas las fuerzas francesas que hay tras las murallas.

—No, pero no puedes negar que esa situación sería muy incómoda si sucediera y yo me quedara sola allí.

Inés dejó escapar un suspiro de impaciencia. Aquello era verdad, pero seguía resultándole muy extraño que sus tíos hubieran acudido a Burgos sin su hermana.

—Al menos podía haberte acompañado ella —añadió al cabo de un rato—. O haber hecho que te acompañara Flora.

—Supongo que lo habría hecho de ser necesario, pero el viaje se preparó en muy poco tiempo y no creo que fuera necesario desviarse de su camino por algo tan insignificante. Y Flora lleva dos días en casa de su madre; por lo visto la mujer se cayó y tiene algún hueso roto. Además, cuando la tía todavía dudaba si permitirme venir a Albizu, el coronel Mouret acudió a casa de visita y al escuchar los planes enseguida se ofreció a escoltarme en persona. Y aunque denegué su ofrecimiento con educación, insistió. De todas formas, era la mejor solución.

Con los labios apretados, Inés fue muy capaz de creer que Mouret hubiera insistido, pero seguía pensando que su tía no accedería a separarse de su sobrina con tanta facilidad.

—Bien, ¿y cuánto insististe tú para venir?

—Algo. —Clara sonrió sin timidez, aunque un ligero rubor tiñó sus mejillas—. Quería venir.

—Para ver a Pascual.

—Sí. Y para darte esto. Sabía que querías verlo.

Inés contempló cómo su hermana sacaba un papel de la chaqueta y se lo tendía. El corazón comenzó a latir acelerado en su pecho.

—Sí. Es del tío Germán —confirmó su hermana, ante su mirada inquisitiva—. No te preocupes, está bien.

Con un nudo en la garganta, Inés tomó los papeles y los desdobló. Durante unos minutos, sumergida en las palabras de su tío, todo lo que la rodeaba dejó de existir.

La carta había sido escrita hacía tres semanas en León, ciudad donde se habían refugiado parte de los supervivientes de la batalla de Medina de Rioseco. Su tío había arribado a Asturias justo al tiempo de aquella dolorosa derrota, y había partido hacia el sur para buscar a los supervivientes que se habían dirigido a León y Astorga. Y a pesar de la aspereza con que opinaba sobre la derrota sufrida —inevitable, apuntaba, ya que los generales no supieron desplegar correctamente sus tropas sobre el terreno —, nada decía de regresar a casa. Al contrario, hablaba de unirse al ejército de Galicia, y en cuanto fuera posible, retomar la lucha.

—Ya has visto que está bien. —La voz suave de su hermana le hizo volver al presente—. No debemos preocuparnos.

Inés no contestó, y volvió a comenzar la lectura, tratando de captar el sentido exacto de las palabras del hombre, de descifrar sus emociones, sus estados de ánimo. Pero las frases eran pragmáticas, concisas, y nada nuevo pudo encontrar en ellas.

—Y ahora —continuó Clara, con aún mayor suavidad—, ¿estás menos disgustada porque haya venido?

Doblando las hojas, Inés inspiró hondo. Claro que agradecía aquella carta que había aplacado, siquiera por unos momentos, sus temores. Pero seguía pareciéndole muy extraño que Clara hubiera preferido cumplir aquel cometido antes que acudir unos días a Burgos, donde se concentraban la Corte y la flor y nata del ejército francés en la Península. Sin embargo, por otro lado, tenía que reconocer que era mucho mejor que su hermana no tuviera que encontrarse con un montón de oficiales franceses de dulce acento y gallardos uniformes. Para su gusto, ya era demasiado amable con los franceses sin aquel incentivo.

Iba a contestar que sí cuando, al escuchar los pasos firmes que avanzaban desde la puerta, Clara volvió la cabeza con celeridad y, sin apenas ninguna duda, llamó al hombre que se acercaba.

Y de golpe Inés lo comprendió todo.

Martín se acercó, aceptando la invitación a sentarse con ellas, y el destello de adoración en los ojos castaños de Clara dejó a Inés sin respiración. Aturdida, intentó comprender cómo había pasado aquello ante sus narices en tan corto espacio de tiempo. Sabía que Clara le había invitado a cenar en la ciudad, y que otro día también se habían encontrado; al mencionar Martín aquellos hechos, ella había recelado, sí, pero no habría creído realmente que él podría tomar en serio la infantil fascinación de Clara. Tampoco ahora daba muestras de hacerlo, pero Inés era consciente de la diferencia que había entre ignorar a una niña soñadora y tímida o hacerlo con la joven

hermosa en que su hermana se había convertido.

Volvió a mirarlos, ceñuda. Sentado en la gruesa alfombra, Martín se hallaba apoyado contra la pared, con el brazo descansando sobre una rodilla doblada, mientras su otra pierna se extendía relajada sobre la alfombra. Reía de algo que su hermana había dicho, y la impresión de que ambos compartían un mundo al que ella era ajeno puso un nudo en su garganta.

No era que Martín no fuera suficiente para Clara, aunque sabía que ella podía aspirar a mucho más que a un pequeño propietario de tierras difíciles de cultivar. No era la unión que habría deseado para su hermana, pero tampoco la habría mirado con excesivo desagrado... hasta el día anterior. La víspera, y aunque no había llegado a averiguar por qué él y Labat estaban juntos en aquel camino, sí que había comprendido a la perfección que Martín no era el joven risueño, despreocupado y algo simple que aparentaba ser. Y en aquellas condiciones, su creciente intimidad con Clara no podía ser aceptada de ninguna de las maneras.

Después de la frugal cena, a la que Clara había invitado a Martín antes de que su hermana pudiera evitarlo, Inés tomó la bandeja con el cuenco de comida y la tisana para subir a la habitación de Adrien. Fuera porque en verdad tenía temas de los que ocuparse, o por el ceño que apenas había abandonado el rostro de Inés durante la reunión, Martín había decidido marcharse justo después de que la cena acabara.

Inés lo había visto partir con alivio, y aunque una parte de sí le decía que tal vez estaba siendo injusta con el joven, el resto respondía que él bien podría haberle dicho lo que sucedía, si nada tenía que ocultar.

Subió los escalones intentando comprender cómo era posible que Clara, que no veía a Martín desde hacía un par de años, pudiera haberse sentido atraída por él de manera tan irresistible

en apenas dos días cuando, al abrir la puerta y contemplar al hombre que se hallaba medio incorporado en la cama, la vocecilla interior que a veces atormentaba su conciencia comenzó a reírse a carcajadas.

*¿Y era ella quien preguntaba aquello?*

Detenida en el umbral de la puerta, un silencioso lamento escapó de sus labios. Adrien se hallaba recostado contra el cabecero, intentando enrollar alrededor de su herida una tira de lienzo blanco. Su pecho brillaba, perlado de sudor, mientras flexionaba y estiraba los brazos a medida que pasaba la tira sobre su abdomen. Resultaba tan turbador contemplar aquel cuerpo semidesnudo, la piel satinada cuyas imperfecciones había aprendido a conocer en apenas dos días, los músculos tensos y relucientes en aquel atardecer cálido de verano; y a la vez, era tan fascinante...

Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración, de que se había detenido paralizada en el umbral, intentando no hacer ningún movimiento que rompiera el

embrujo de aquel momento prodigioso. ¡Y era ella quien preguntaba cómo era posible sentir en apenas unos días una fascinación tan brutal, inconveniente e implacable!

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, dio un paso dentro de la estancia. Adrien levantó la cabeza hacia ella y la miró sin decir nada.

—Le traigo la cena —anunció pasando junto a él para colocar la bandeja sobre la mesilla.

Pero cuando la hubo dejado, permaneció indecisa un instante; verlo de aquella manera la alteraba, aunque quisiera ignorarlo, y lo que más temía era que él se diera cuenta del efecto que producía en ella. Aquella vacilación la irritó: no podía permitir que aquel hombre la convirtiera en un ser acobardado e inseguro.

Inspirando hondo, se giró hacia él. La estaba contemplando con detenimiento, pero como siempre sucedía ella no fue capaz de leer en su gesto adusto y severo ninguna emoción, nada que le diera una pista para saber lo que sentía. «¿Así eras con ella, Adrien? —se descubrió preguntándose—. ¿Así, tan incommovible e indiferente que ella no pudo soportarlo y se fue?».

Un suspiro escapó de su boca antes de poder evitarlo. Atraída por el sonido, la mirada de Adrien se posó en sus labios con lentitud y ascendió desde su boca hasta sus ojos con expresión inescrutable. Inés estuvo a punto de dar un paso atrás, alarmada ante la posibilidad de él descubriera sus sentimientos, sabiendo que aquello era algo que no podía permitir. Haber dejado que la presencia de aquel hombre dictara la cadencia con que latía su corazón ya era suficientemente malo sin que él llegara a saberlo. Que lo comprendiera, después del desprecio del hospital, sería catastrófico. Así que obligó a su mente a tranquilizarse, y con un esfuerzo supremo consiguió que su voz sonara tranquila al romper el silencio.

—He traído su cena —repitió.

Adrien apretó la mandíbula con incomodidad. Se sentía torpe, débil, agotado... Aún mantenía la tira de lienzo en torno a su cadera, porque no había sido capaz de cortar la tela sobrante para anudarla en torno a sí. Dar un par de vueltas a la misma le había costado un mundo, porque sentía las manos atenazadas, como dormidas, y hasta unir las a su espalda para pasar de una a otra el rollo de tela resultaba un esfuerzo demoledor. La herida le atormentaba con saña cada vez que hacía un movimiento para intentarlo, y cuando ella había entrado en la habitación estaba a punto de desistir del empeño.

Pero por alguna razón en la que no quería pensar, no soportaba que ella fuera testigo de su debilidad.

—Gracias —dijo con mayor sequedad de lo que había pretendido—. Y ahora, si no le importa, quiero descansar.

—¿No desea que le ayude?



Aquella escueta pregunta llenó el corazón de Adrien de un peligroso anhelo, pero su orgullo se impuso: no era capaz de aceptar que le tuviera lástima.

—No. Yo puedo solo, gracias —rechazó, intentando ocultar el agudo dolor que le había invadido al incorporarse más en la cama. Se giró para colocar los pies en el suelo y alargó la mano para mover hacia sí la mesilla.

Cuando Inés vio cómo se crispaba el semblante de Adrien, se inclinó para ayudarlo y sus manos chocaron sobre el mueble. El inesperado contacto la sobresaltó, y elevó la mirada con rapidez para encontrar clavados en ella aquellos ojos grises que parecían brillar con una emoción extraña, furiosa... El calor que desprendía el cuerpo de Adrien pareció fundirse en la piel descubierta de su propio cuello, de su escote, y para su consternación, una especie de fuego líquido se extendió por todo su cuerpo, entrecortando su respiración y dilatando sus pupilas.

Inés bajó con rapidez la cabeza, ocultando su semblante. Se dijo que se estaba comportando como una idiota, reaccionando de aquella manera a su contacto cuando él rechazaba con tal vehemencia su ayuda. Lo que tenía que hacer era dejarle solo, tal como deseaba, y que se las apañara como pudiera.

Deslizó la mesilla hasta colocarla junto a la cama, con cuidado de que nada se derramara, y se incorporó cruzando las manos ante su falda.

—Bien, pues si siente que puede hacerlo solo es buena señal. Vendré más tarde a recoger la bandeja. Si mientras tanto necesita algo, llámenos. Elvira o yo vendremos a atenderle.

Y sin querer comprobar la reacción del médico ante sus palabras, salió de la habitación, cerrando la puerta a sus espaldas.

Pero a pesar de lo que se había dicho a sí misma, Inés no se alejó. Aún no. Apoyó la espalda contra la puerta, intentando normalizar su respiración. El hormigueo de su estómago no se había desvanecido todavía, y su cabeza estaba llena de desconcierto. Un gruñido de dolor al otro lado de la puerta le hizo cerrar los ojos, pero no se movió. No era capaz de entender cómo era posible aquello; cómo la vista de sus ojos sombríos y de su cuerpo herido podía hacerle temblar y arder.

Pero no solo era posible: era real, innegable y aterrador.

Y aun así, no era lo peor de todo, reconoció abriendo los ojos cuando el ruido de un objeto cayendo al suelo fue seguido por un crudo juramento en francés. Aún era peor saber que ni el abierto rechazo del hombre había podido borrar la tentación que en aquel mismo momento sentía de irrumpir en la habitación para buscar la manera de que el dolor que la marcha de Aimée había grabado en el corazón de Adrien Labat se disipara.

Pero desear hacerlo y permitirse hacerlo eran cosas muy diferentes. Así que mientras su corazón tiraba hacia la habitación, su mente se obligó a colocar un pie ante ella, y luego otro, y así, poco a poco, consiguió alejarse de la puerta y de la

tentación de locura que sería arrojar por la borda su decoro y su orgullo para lanzarse a los brazos de aquel hombre que la rechazaría sin miramientos.

Lo consiguió, y mientras aquella noche se cepillaba el cabello ante el espejo de su tocador, en la penumbra de la noche que prefirió no iluminar, no dejó de repetirse una y otra vez que de ahora en adelante no iba a sentir nada por él, ni agradecimiento. Con lo que estaba haciendo, consideraba que su deuda había quedado saldada.

Pero lo que no consiguió fue evitar que sus sueños se poblaran de temores y que la imagen de unos ojos grises como el humo la atormentara toda la noche, llenando sus pesadillas de una extraña mezcla de frialdad y furor, de exaltación y desconsuelo.

Después de levantarse muy temprano, acercarse al corral, obtener leche fresca y batir la nata que Elvira había colocado la noche anterior en la fresquera, Inés encontró que lo único que le quedaba por hacer era desayunar.

Algo extrañada porque la mujer aún no hubiera bajado, preparó el chocolate y cortó varias rebanadas del pan que reposaba colgado de la alacena. Supuso que Pascual debía de haber pasado mala noche y que la anciana estaría agotada. Aquel pensamiento le hizo asumir que el día, que había amanecido envuelto en jirones de niebla blanquecina y húmeda, no sería muy alegre. Y discutir con su hermana, como intuía que acabaría sucediendo, no lo iba a mejorar. No albergaba ninguna duda de que Clara había acudido a Albizu para ver a Martín, y sabía lo difícil que iba a ser que comprendiera que, en las circunstancias presentes, lo mejor era dejar de pensar en el joven. Y aunque al día siguiente volvería a la ciudad, estaba segura de que no por ello dejaría de buscar alguna manera de volver a verlo.

En fin, razonó, mientras escudriñaba la cocina en busca de la bandeja, de esa segunda parte ya se preocuparía en la ciudad. Ahora lo importante era conseguir que al día siguiente su hermana se fuera, sin protestas ni triquiñuelas para alargar la estancia.

La bandeja no estaba en ningún sitio a la vista. Inés estaba a punto de volver a la fresquera cuando recordó que la noche anterior Labat había insistido en cenar solo. Y ella, aturdida al comprender la inconveniente atracción que sentía por él, había evitado acudir a recogerla.

Sin atender la manera en que su corazón se aceleró al recordar aquello, colocó una rebanada de pan en un plato y sirvió un vaso de chocolate. Pero cuando llegó ante la puerta de la habitación, vaciló. La noche anterior verlo mientras intentaba vendarse la herida había resultado tan turbador... Decidió que, si aún dormía, no quería que despertara, y colocó el plato en el suelo para abrir la puerta despacio. La habitación estaba casi a oscuras, y tomando de nuevo el plato entró de puntillas. Depositó los alimentos en el escritorio de su tío, y al volverse hacia la cama frunció el ceño. Sus ojos ya se habían hecho a la penumbra, y pudo distinguir la cuchara caída en el suelo y, junto a ella, derramado, parte del contenido del cuenco. El médico no había tomado prácticamente nada del mismo.

«Porque su maldito orgullo le impidió aceptar mi ayuda».

Aquella constatación irritó a Inés. Que la mirara con frialdad, con desdén o con furia era una cosa; que prefiriera prolongar su debilidad con tal de no admitir su ayuda era otra, mucho más humillante.

Con cuidado de no pisar el alimento caído, se acercó al cabecero y colocó la mano sobre su frente. Seguía teniendo bastante fiebre, pero ya no parecía algo

desesperado. Y viendo su arrogancia de la víspera, estaba claro que se recuperaba con normalidad.

Lo observó respirar con tranquilidad, así dormido. Tenía el cabello revuelto y la escasa barba que había crecido en aquellos días le daba un aspecto algo salvaje. La sábana solo le tapaba un poco por encima de la herida, y la piel de su pecho subía y bajaba con una cadencia hipnotizadora. Inés sabía que no debería contemplarlo de aquella manera, así que levantó el brazo del hombre que colgaba a un lado, lo colocó sobre el colchón, y abriendo las contraventanas de la habitación de par en par, dejó que la luz del amanecer y el olor de la hierba humedecida por la niebla inundaran la habitación.

El efecto que aquella acción tuvo sobre Labat fue inmediato. Primero emitió un gruñido, luego estiró los brazos por encima de su cabeza, y tras un quejido de dolor que le hizo doblarse en dos, abrió los ojos con lentitud.

Por un momento, Inés pensó lo perturbadoramente íntimo que resultaba estar allí, aprendiendo cómo era Adrien Labat cuando despertaba por las mañanas. Pero entonces se recordó que si estaba allí era para asegurarse de que aquel hombre se iba a recuperar y a salir de su vida cuanto antes.

—Buenos días —dijo con calma cuando los ojos del hombre la descubrieron, erguida tras la silla. Entonces, segura de tener su atención, se agachó para recoger la cuchara y la depositó en el cuenco—. Si no podía hacerlo usted mismo, debió dejar que le ayudara.

Adrien entornó los párpados un segundo, y luego los cerró. La noche anterior había tratado de llevar la cuchara a su boca hasta tres veces, pero su mano temblaba de tal manera que las tres veces el contenido de la cuchara había caído al suelo. Entonces había lanzado un juramento y soltado el cubierto. Tampoco había sido capaz de vendarse.

—Ya se había ido —gruñó a modo de excusa, sintiendo la boca seca.

—Pudo haberme llamado —insistió Inés, y con un atisbo de ironía, añadió—: si su orgullo lo hubiera permitido, claro.

Con un gesto de dolor, Adrien recostó la cabeza y volvió a cerrar los ojos. Así que al final, y a pesar de todos sus esfuerzos, ella había comprendido su debilidad. Maravilloso.

—No tenía hambre.

A pesar de su inicial enojo, las huellas del cansancio y el dolor en el rostro del médico eran tan evidentes que Inés se suavizó. Dejó escapar un suspiro al contestar:

—Estaba segura de que diría algo así.

Aquel sonido tenue y apacible hizo que Adrien girara la cabeza hacia la izquierda y abriera los ojos para observarla. Seguía vistiendo con aquella sencillez que le llenaba de perplejidad, acostumbrado al gusto ostentoso de las mujeres que conocía:

una blusa blanca con bordados, un jubón de rayas ocre y negras, una falda ocre más corta de lo habitual, de manera que los tobillos resultaban visibles bajo ella, unas sencillas zapatillas negras con suela de esparto, un delantal también negro, y un pañuelo ocre anudado con sencillez en la nuca, y que no podía contener los mechones negros que escapaban de las sienas.

Y aquellos ojos azules, que ahora en la penumbra, vuelta de espaldas a la ventana, parecían extrañamente violetas...

Siguió mirándola un buen rato, distraído, ajeno al resto de cosas que lo rodeaban, preguntándose si alguna vez había contemplado una imagen tan atrayente como la que ella ofrecía en aquellos momentos, erguida y un punto retadora, respirando por la boca entreabierta, contemplándolo con ojos tan brillantes...

Y entonces, como si la luz del sol hubiera penetrado de golpe en una oscuridad que él ni siquiera sabía que existía, ella esbozó un amago de sonrisa, y aquel gesto derritió el último resguardo de frialdad que Adrien había conseguido mantener.

A punto de sonreír sin pensar —aliviada porque, a pesar del mal humor del hombre, la firmeza de su voz denotaba que recuperaba las fuerzas—, Inés contempló el fascinante cambio que se operó en la mirada habitualmente reservada de aquel hombre; y su sonrisa murió sin llegar a nacer, pues al perderse en sus enigmáticos ojos grises se sintió como si hubiera comenzado a deslizarse por un túnel resbaladizo del que jamás podría volver.

Pero se esforzó en que su voz, al hablar, no delatara nada de la vacilación que sentía.

—No hay nada de malo en aceptar ayuda cuando se necesita, Labat. Todos necesitamos a los demás alguna vez. Yo me siento responsable de lo que sucedió, y ayudarle es mi manera de darle las gracias. No le pido nada a cambio. No me deberá nada.

Adrien la contempló en silencio. Quiso pensar que eran el hambre, la fiebre y su debilidad los que habían causado el extraño nudo que acababa de instalarse en su garganta; pero engañarse a sí mismo no era su costumbre. Cuando ella añadió: «¿Me dejará que lo haga hoy, Adrien? ¿Me dejará que le ayude?», tuvo que reconocer lo que sucedía: ella le importaba, así de simple y de absurdo. Tal vez fueran su coraje, su arrojo o su valentía, o su contagiosa pasión de vivir... Tal vez fuera solo que él se iba haciendo mayor, que las batallas y las muertes le estaban agotando, que estaba cansado de obligarse a no desear una vida diferente a la que su deber imponía.

Su mente decía que tenía que alejarla. Su corazón quería la oleada de calidez que su presencia ocasionaba en él.

Su mente gritaba que nunca existiría el tiempo para ellos. Su corazón le ordenaba tirar de su mano para estrecharla entre sus brazos y aspirar el familiar olor de su piel.

Su mente sabía que aceptar su ayuda tendría consecuencias, pero su corazón no

sabía cómo resistirse al fuego que su presencia provocaba en él.

Trató de resistirse a aquella lucha y ganar tiempo. Le dolía la cabeza y tenía la boca seca. Y lo peor era que comenzaba a temer que, en la pugna que se desarrollaba en su interior, su sentido común acabaría por ser vencido.

—Tiene razón, Inés —pronunció con dificultad—, pero ahora no deseo hablar de ello. Solo tráigame un vaso de agua. Me duele la cabeza y creo que dormiré un poco.

Inés se acercó a él y colocó una mano sobre su frente.

—Está ardiendo otra vez.

—No se preocupe.

—Pero no puedo dejarle así.

—Solo un vaso de agua, por favor.

Encogiéndose de hombros, Inés se levantó y se dirigió al escritorio, donde reposaba la jarra de agua. Mientras vertía un poco en un vaso, dijo con suavidad:

—Cuando estaba inconsciente refresqué su cuerpo con agua y vinagre. Creo que fue eficaz.

—¿Y se está ofreciendo a hacerlo de nuevo? —preguntó Adrien, mordaz, antes siquiera de darse cuenta de lo que preguntaba.

Sin levantar la vista del suelo, Inés se acercó a Adrien, y colocó el vaso ante sus labios. Solo cuando él acabó la bebida ofrecida, dijo con calma:

—Sí, si quiere que lo haga.

Adrien cerró los ojos, pero esta vez no fue por dolor o cansancio. La tentación de abandonarse a su cuidado, ahora que la fiebre lo hacía sentir débil e incómodo, era fuerte. Pero si dejaba que ella lo tocara no estaba seguro de controlar sus reacciones. Con un esfuerzo ímprobo de voluntad, obligó a su sentido común a retornar.

—Muchas gracias, pero podré hacerlo yo mismo, si me trae una palangana y una esponja.

El tono suave que matizó aquella negativa envió pequeñas descargas a través de la columna de Inés. A pesar de la aparente firmeza del hombre, supo por instinto que se había creado una brecha en su determinación. Salió de la habitación, para volver al poco con un recipiente lleno de agua y varios paños. Colocó el recipiente en la mesilla y se sentó de nuevo.

—No es necesario que se quede —comentó Adrien, viendo cómo ella introducía uno de los trapos en el recipiente y lo escurría con ambas manos.

—No. Pero quiero hacerlo.

Y antes de que él pudiera decir nada, Inés apoyó el trapo sobre su frente con suavidad, deslizándolo en pequeños toques.

Tomado por sorpresa, Adrien apretó los dientes. El alivio que el líquido produjo en su piel ardiente se entremezcló con una brusca inquietud. Estaba a punto de decirle que se detuviera cuando ella apoyó la tela en su pecho, deslizando con lentitud, y las

palabras murieron en sus labios.

La respiración de Adrien se entrecortó; dudando si era una mala pasada de su estado febril o aquello estaba sucediendo realmente, la miró con gesto desencajado. Los movimientos de su mano creaban una ligera brisa que le provocaba escalofríos allá donde la tela había humedecido la piel, y ni siquiera el sordo malestar que la fiebre había extendido por su cuerpo pudo evitar la erección que sintió cuando el paño se deslizó por su abdomen, bajo su ombligo.

—Basta ya —jadeó, agarrando su muñeca con tanta fuerza que Inés dejó escapar un quejido—. Estoy bien, muchas gracias.

Los ojos azules de Inés se posaron en los suyos sorprendidos, y de un tirón liberó su mano.

—¿Se puede saber qué le pasa? No iba a tocarle la herida aún.

La extraña mezcla de calor, excitación y dolor que Adrien sentía le impedía expresar con claridad lo que realmente le pasaba. Costaba creer que ella ignorara de verdad el efecto que el tacto de su mano deslizándose por el vientre podía causar en cualquier hombre, y por un momento, dudó si se estaba burlando de él.

—Está bien. —Inés se levantó y fue de nuevo al escritorio, donde se hallaba la botella de vino que había utilizado aquellos días, y volvió con ella—. Limpiaré ahora la herida y la vendaré, y luego podrá descansar lo que quiera.

Esta vez, el roce de su mano no fue placentero en absoluto. Adrien apretó los dientes cuando la joven comenzó a limpiar alrededor de la herida con pequeños toques. La operación le provocaba agudas punzadas de dolor, y Adrien cerró los ojos y apretó los puños sobre la sábana para evitar moverse.

Mientras procuraba emplear la mayor suavidad posible, Inés miró de soslayo su rostro tenso; los tendones del cuello se marcaban con claridad y su frente aparecía perlada de sudor. Un acceso de aprensión atenazó su garganta, pero se obligó a tragar saliva y continuar concentrada en lo que hacía. De nada le valdría que ella se acobardara.

Al cabo de unos minutos que a ambos se les hicieron eternos, Inés se incorporó y soltó el paño en la palangana con alivio. Luego alargó la mano para tomar el rollo de lienzo y se inclinó sobre Adrien para pasarlo alrededor de su abdomen, rozando su piel al hacerlo. Se obligó a concentrarse en la blanca tira de tela, en la forma en que debía acomodarla con suavidad; se obligó a no prestar atención a la respiración intranquila del hombre que agitaba el mechón de cabello que caía sobre su sien y caldeaba la delicada piel bajo su oreja.

Cuando al fin acabó, irguió la espalda y cruzó las manos ante su falda, esperando, pero Adrien no dijo nada.

Porque no era capaz de decir nada...

¿Qué podría decir, cuando el efecto que ella causaba en él era tan demoledor?

Adrien entrecerró los ojos, intentado que ella no comprendiera lo profundamente que le afectaba, y la observó con intensidad, con ardor, casi con dolor.

De pie ante él, Inés parecía incapaz de moverse. Aún estuvieron así un largo rato, en silencio, hasta que un suspiro amargo e involuntario escapó de los labios de la joven, que dio un paso atrás, sintiéndose expuesta.

—Gracias por dejar que cuidara de usted.

Pero no hubo ninguna respuesta a sus palabras. Y salió de la habitación.

—No te entiendo, Inés. De veras que no —negó Clara, deteniendo el columpio.

Su hermana suspiró, apoyada en el tronco del enorme roble que marcaba el fin del jardín de la casa y el comienzo del huerto.

—Solo digo que tenemos que tener cuidado, cariño, eso es todo.

—Estás hablando de Martín. ¡Pero si le conocemos desde siempre!

Inés contempló a su hermana con impotencia. Al parecer, no había sido muy convincente planteando el tema.

—Lo sé, pero aun así, Clara, los tiempos están tan confusos que es difícil saber en quién podemos confiar. Solo te pido que tengas prudencia.

—¡Prudencia! —bufó su hermana, balanceando el columpio hacia atrás sin levantar los pies del suelo—. Y eso lo dices tú, que viniste sola con un hombre sin decirnos nada a nadie...

—Eso es diferente.

—Por supuesto, es mucho peor —replicó.

Inés abandonó el apoyo del tronco para colocarse frente a su hermana.

—Pero no hablamos de mí sino de ti. De por qué insististe tanto en venir que la tía al fin cedió, cuando tú y yo sabemos que prefieres con mucho la ciudad al pueblo.

—Sí, claro, pero si todos me dejáis sola...

—No ibas a quedarte sola. Ibas a estar con los tíos, a conocer a la mayoría de los mariscales y generales del ejército imperial y, seguramente, a cenar con el rey.

—¿Y preferías eso a tenerme aquí? ¡Cuánto debes estar cambiando entonces!

La beligerancia del tono de su hermana estaba dejando a Inés sin respuesta. No estaba acostumbrada a que Clara le replicara, y mucho menos a que se mostrara tan rebelde. Cruzó los brazos para disimular su desconcierto.

—No seas niña, Clara. Hablemos en serio. Si has venido hasta aquí siguiendo a Martín, me dolerá tener que recordarte que ese hombre ha tonteado con todas las chicas de la comarca desde que lo conocemos.

—Pero no es eso lo que me has dicho al principio, ¿verdad? Tú has hablado de bandos, de simpatías...

—Sí, pero esto que te digo ahora también es cierto y lo sabes. Martín siempre ha sido un joven admirado y mimado por las mujeres, y temo que sus intenciones no sean las que tú querrías. Pero, además, es cierto, no acabo de estar segura de hacia



dónde se dirigen sus simpatías.

Con una carcajada sin humor, Clara volvió a balancear el columpio una vez hacia atrás y lo detuvo.

—¿Y tú? ¿Estás segura de que tú sí que sabes hacia dónde se dirigen las tuyas?

Por un momento, Inés creyó que había escuchado mal. Pero la manera fija y retadora en que su hermana la miraba no dejaba lugar a dudas.

—¿A qué viene eso? —preguntó, bajando la voz y mirándola con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo puedes dudar?

—¿Y cómo puedes tú dudar de Martín? Al fin y al cabo, él no aloja a ningún francés herido ni se dedica horas y horas a atenderle, como al parecer has estado haciendo tú, a pesar de lo que dices detestarlos.

—Eso no tiene nada que ver.

—¿Ah, no? Después de todo lo que has dicho sobre la ocupación, ¿por qué motivo estás dedicando tantos desvelos a cuidar de un francés, por muy civil que sea?

—Porque está herido por mi culpa.

—¿Porque le pediste que viniera a atender a Pascual? ¡Ja! ¿Por eso te sientes obligada a no despegarte de su lado? Venga ya, Inés, no digas tonterías. —Volvió a impulsar el columpio sin despegar los pies de la tierra y permaneció con la cabeza baja.

El evidente enojo de su hermana resultaba para Inés tan inesperado como inexplicable, y estaba a punto de hacerle perder la paciencia. No estaba acostumbrada a ser tratada así y no tenía intención de permitirlo, ni siquiera a su hermana menor.

—Te estás comportando como una niña malcriada, Clara. Lo que yo haga no es cosa tuya. Tengo mis razones para ello, y tendrás que conformarte con esta explicación. Ahora, volviendo al tema...

—¡No! —exclamó Clara bajando del columpio—. Me exiges que no me comporte como una niña pero luego me tratas como tal. Tengo diecinueve años, Inés, por mucho que prefieras ignorarlo a menudo, y si lo que tú hagas no es asunto mío, lo que yo haga no ha de serlo tuyo.

—Eres mi hermana pequeña. Creo yo que eso...

—Pero no eres mi tutor —cortó Clara con decisión.

Ambas se contemplaron por un instante. La expresión desconcertada de Inés ante la rebeldía de su hermana era tan evidente que Clara al final se suavizó.

—Por favor, Inés —suplicó—, trátame como a una mujer adulta. Solo te pido eso. Dime algo de lo que sucede. Por favor. —Captó el titubeo que aquellas palabras ocasionaron en la decisión de su hermana y decidió insistir—. Vi la nota que dejaste. No he dicho nada a nadie, pero estoy segura de que cuando la escribiste no tenías ni idea de que Pascual estaba tan enfermo, y más segura aún de que no le pediste a Labat que viniera contigo para ver qué tal se encontraba.

Clara sostuvo su mirada con tanta firmeza y decisión que Inés estuvo a punto de dar un paso atrás. Al fin, con un suspiro, miró en derredor y se dirigió al pequeño banco de piedra que marcaba el comienzo del jardín, indicando a su hermana con la mano que la siguiera.

—De acuerdo, te diré lo que sucedió, pero no debes contárselo a nadie. Prométemelo. —Clara asintió—. Tienes razón, no vine con Labat desde Vitoria. En realidad vine sola. Necesitaba saber en qué estado estaba todo. —No se sintió culpable por omitir sus verdaderas razones—. Subí a la ermita para rezar y al bajar me asaltaron unos soldados franceses. Intenté huir, pero me rodearon. Y entonces Adrien Labat apareció en el camino, solo Dios sabe por qué, y atacó a los soldados. Uno de ellos le hirió. Me salvó la vida, de eso no tengo dudas, y cuidarle es lo menos que puedo hacer por él.

—¿Pero no habían sido insurgentes? —preguntó Clara con los ojos muy abiertos.

—No. Dijimos eso porque la verdad es demasiado peligrosa, Clara. Labat se habría visto en una situación muy difícil si explicara que lo hizo por salvarme. Y, además, yo acabé con uno de ellos. —Su hermana dejó escapar una exclamación de horror—. Así que ya ves, cuanto menos hablemos de este tema, mejor. Esa es la razón por la que no te había dicho nada, no porque no confíe en ti o crea que aún eres una niña. Sé bien que no lo eres, y te confieso que eso me asusta un poco.

—E intentas protegerme con celo de todo lo que crees que puede dañarme —suspiró su hermana con incredulidad—. Incluido Martín, aunque aún no entiendo qué pinta en todo esto.

—Martín llegó al poco, por el mismo camino por el que había llegado Labat. No podría explicarte bien por qué, pero estoy segura de que ambos se conocen hace tiempo y que aquel día estaban juntos. No tengo pruebas, pero es una intuición. Una corazonada. Y hasta que no sepa a qué atenerme respecto a él, no quiero que te hagas ilusiones.

—Eso que dices no tiene demasiado sentido —replicó Clara, tomando su mano con afecto—. Aunque se conozcan hace tiempo, ¿cómo vas a pensar que Martín está del lado de los franceses? Siempre le han gustado los desafíos, y podría imaginar que se haya metido en algún asunto de contrabando, pero más allá de eso... Aunque estuviera con Labat, cosa de la que no tienes pruebas, no veo por qué iba a implicarse con ellos. Y por otra parte, aunque fuera verdad, tampoco veo el problema. En cualquier caso, si tú no trajiste a Labat, lo extraño es que él estuviera por aquí, ¿no crees?

Inés se encogió de hombros. Claro que era extraño. Por eso la única explicación posible era que estuviera con Martín. Siempre había creído que había en el francés algo que no encajaba, una especie de violencia reprimida que iba mucho más allá de su imagen de simple médico. No le costaba creer que en realidad aprovechara su

trabajo para obtener información, para buscar colaboraciones. Y podía imaginar que el dinero francés y el desafío atrajeran a un joven como Martín.

Aunque Adrien Labat la había protegido a costa de los suyos. Y había mentido a Mouret...

—Da igual de qué asunto se trate —dijo al fin, intentando alejar la nueva duda que se había instalado en su mente—. Lo importante es que hay algo poco claro en lo que sucedió ese día, y que Martín está implicado en algo más de lo que vemos. Es motivo suficiente para temer que, si te relacionas con él, te veas en problemas. Pienses lo que pienses, la colaboración con los franceses es un asunto peligroso. Y si vas a decirme que es tu vida y que no debo protegerte, siento decirte que discutiremos, porque juré a padre que te protegería, y pienso cumplir mi promesa.

—Qué irritante eres a veces —contestó Clara sin parecer irritada en absoluto—. Está bien, he escuchado tus razones y te aseguro que las tendré en cuenta. De momento, seré prudente respecto a Martín, es todo lo que puedo prometerte. Pero no por eso dejaré de frecuentar su compañía cuando pueda. No voy a ponerme en evidencia, tranquila —añadió, al ver la expresión de advertencia de su hermana—. Sé bien que esa es la mejor manera de que alguien como Martín pierda interés. Pero si él me observa con admiración y me dice cosas bonitas, no pienso desanimarle. Me halaga, y me hace sentir interesante. Sé que me dirás que eso es una frivolidad, pero no hago daño a nadie con ello. Y te aseguro que no perderé el corazón de esa manera.

Contemplándola con recelo, Inés estuvo a punto de insistir, pero últimamente Clara había desarrollado una terquedad tan sorprendente como desconcertante. Había dicho que sería prudente, y comprendió que aquello era cuanto podría obtener de momento.

—Está bien —aceptó sin entusiasmo, levantándose—. Ahora voy a ver qué tal se encuentra Pascual. Elvira me ha dicho que ha dormido muy mal. ¿Vienes conmigo?

—Ve tú delante, yo subiré en un momento. Quiero pensar en lo que me has dicho.

Inés la miró dudosa, pero al final decidió encaminarse a la casa, dejando a su hermana en el jardín. Escuchar a Clara asegurar que no perdería el corazón no hacía que su preocupación disminuyera, pero supo que por ahora tendría que conformarse con aquello.

—Me ha fallado usted, doctor Labat.

Adrien entornó los ojos al mirar a la joven, parada de pie ante la ventana con los brazos en jarras. La misma obstinación de su hermana.

Aquella mañana Inés había acudido decidida a seguir prestándole la ayuda que él había aceptado la víspera. A pesar de ello, Adrien había tratado de tomar su chocolate por sí mismo,

pero su pulso aún temblaba y había estado a punto de volcarlo. Había tenido que aceptar que ella le ayudara a sostenerlo, pero aunque deseaba intensamente su presencia, su orgullo no conseguía amoldarse a aquella situación de incapacidad, y al acabar le había pedido con demasiada brusquedad que lo dejara solo. Y ella había cumplido su petición a rajatabla, porque cuando había llamado pidiendo un vaso de agua, nadie se había acercado para ayudarle. Había intentado llegar hasta la jarra de la cómoda pero se había caído al suelo nada más salir de la cama. Así que después de renunciar a conseguir agua, había dedicado todos sus esfuerzos a volver a subir al colchón. Ahora sentía la boca pastosa y áspera y la cabeza le dolía con saña, ¿y aquella joven tenía intención de presentarle una queja?

—Tráigame un vaso de agua, *mademoiselle* Clara, y luego cierre un poco las contraventanas —pidió con voz ronca—. No soporto tanta luz.

Clara lo observó un instante antes de volverse.

—No sé si se lo merece, pero de acuerdo.

Fue hasta la ventana e hizo lo que Labat había pedido. Luego llenó un vaso, y cuando volvió, se sentó en la silla sin rastro de compasión en el semblante.

—Si está así, es culpa suya —le reprochó después de sostener el vaso ante él para que bebiera.

Inclinando la cabeza sobre la almohada, Adrien miró a la joven con incredulidad. ¡Y pensar que Inés creía que su hermana era una dulce y delicada joven que necesitaba protección...!

—La próxima vez que me asalte una partida de hombres armados recordaré que debo mejorar mi defensa —contestó con acritud.

—¡Oh, no se haga el tonto conmigo, Labat! Sabe bien que me refiero al trato que hicimos. Usted me dijo que si yo iba al hospital aquel día, se encargaría de que Inés no se metiera en líos. Y por lo que veo, no solo se ha metido en líos hasta el cuello sino que ha conseguido arrastrarlo a usted en ellos. Y yo que creí que podía fiarme de usted para protegerla...

Clara meneó la cabeza con pesar y Adrien pensó que era una suerte que su debilidad no hiciera necesario que contestara de inmediato; las palabras de la joven eran el colmo de lo que debía soportar. Clara ignoró la tensión de su rostro y continuó

hablando.

—Es más, estoy deseando que me explique por qué dijo a mi hermana que no volviera por allí. No era eso lo que acordamos.

—Tenía mis motivos —replicó Adrien—. En cuanto a su hermana, yo jamás dije que la protegería.

—¡Sí que lo hizo!

—No —negó Adrien, sintiendo que su cabeza iba a estallar—. Solo dije que si usted deseaba protegerla, debía conseguir que acudiera al hospital y que yo me encargaría de que estuviera ocupada.

—Es lo mismo.

—No —repitió—. No lo es. En cualquier caso, su hermana es demasiado terca para ser protegida de nada.

Clara inclinó la cabeza pensativamente.

—¿Y por eso cambió de idea? Pero luego se encontraron aquí, ¿cómo es eso posible? Y no me diga que vino a ver a Pascual; sé que eso no es cierto. ¿Cómo la encontró?

—Pura casualidad —suspiró, cerrando los ojos y sintiéndose agotado.

—¿Pero qué hacía usted en esta zona? ¿Por qué estaba con Martín?

Pasaron varios segundos antes de que Adrien volviera a hablar, y cuando lo hizo su voz sonó con mayor firmeza de la que había empleado hasta entonces.

—Olvide eso por su bien, *mademoiselle*. Conozco a Aramburu porque le he encontrado en alguna ocasión, pero el otro día yo estaba atendiendo a Pascual cuando oí disparos. Salí de aquí y un grupo de bandoleros me hirió. ¿Quiere proteger a su hermana? Pues asuma que esa es la verdad de lo sucedido.

—Pero yo...

El sonido de la puerta al abrirse ahogó la protesta de Clara. Ambos volvieron la cabeza hacia la entrada de la habitación, donde Inés los observaba con el ceño fruncido. Se acercó con la bandeja y la depositó sobre el escritorio.

—La comida está preparada, Clara. Ve a la cocina.

Aunque Inés parecía serena, Clara la conocía demasiado como para no comprender que aquel tono enérgico escondía un profundo malestar. Imaginó que habría escuchado parte de su conversación, pero cuando trató de encontrar su mirada, Inés la rehuyó.

Cuando se quedaron a solas, Inés volvió la vista hacia el médico: la sábana tapaba su pecho, pero no sus hombros ni sus brazos. Se dirigió a la cómoda que ocupaba el espacio a sus espaldas y del cajón superior extrajo una de las camisas de dormir de su tío, que arrojó sobre la cama.

—No resulta adecuado que esté así, medio desnudo —explicó con severidad, al ver cómo las cejas del hombre se alzaban en un gesto interrogador.

A pesar de que el dolor de cabeza comenzaba a resultar casi insoportable, Adrien estuvo a punto de reír. Verla entrar en la habitación le había llenado de una satisfacción tan imprevista como innegable; ahora, sus inesperados remilgos despertaron su lado más irónico.

—Después de ver la tranquilidad con que se tomó la escena del hospital, jamás habría imaginado que su sentido del decoro pudiera verse afectado por algo tan simple.

Al escuchar su tono burlón, Inés frunció el ceño. Aquel hombre resultaba imprevisible. Aquella misma mañana se había comportado con brusquedad, ahora bromeaba, hacía unos momentos reconocía ante su hermana que le había tendido una trampa para obligarla a ir al hospital... Lo contempló con detenimiento, intentando averiguar si era la fiebre la que provocaba aquel extraño comportamiento, y su corazón se aceleró al ver que Adrien la miraba con diversión, sin rastro de mal humor, e incluso con algo de... ¿agrado?

—Me temo que yo soy un caso perdido, a mi edad —contestó con sequedad, tratando de disimular su confusión—. Pero mientras Clara esté en la casa y exista la posibilidad de que quiera visitarle, insistiré en que se comporte con decencia. Y ahora tiene que comer. Elvira ha preparado hoy pastel de carne.

Se dirigió al escritorio para acercarse a la bandeja, pero la voz de Adrien la detuvo.

—Muchas gracias, Inés, pero no tengo hambre. Tal vez más tarde...

—¿Está seguro? Es la especialidad de Elvira.

Adrien negó con amabilidad.

—Ahora no, de veras.

De nuevo aquel tono suave, casi afectuoso... Inés contuvo un escalofrío y bajó la vista hacia la bandeja. Aquel hombre era desconcertante. Al llegar a la habitación había escuchado la conversación que mantenía con su hermana, y después del inicial estupor, se había enfurecido; ¿quién se creía que era el francés, para tenderle trampas estúpidas como si fuera una niña irresponsable a la que había que proteger de sí misma? Pero ahora bromeaba, y hablaba con gentileza, e Inés no sabía ni qué pensar. Su enfado se había diluido, pero trató de aferrarse al recuerdo de lo que había oído; él había tratado de manipularla, y su encanto no debería hacerle olvidar eso.

Inspiró con fuerza y se volvió hacia él con los brazos en jarras.

—Antes he escuchado lo del hospital.

La energía con que pronunció aquellas palabras hizo que Adrien se pusiera alerta.

—¿Qué ha escuchado? —preguntó con precaución.

—Que conspiró con mi hermana para que yo acudiera al hospital. Para *protegerme*.

—Yo no conspiré con nadie —contestó con calma, consciente de la irónica entonación de su última frase—. Y tampoco pretendía protegerla.

Inés inclinó la cabeza, como si sopesara la cuestión.

—¿No? ¿Entonces para qué me hizo ir?

—Para vigilarla.

Un destello de culpabilidad cruzó el semblante de la joven, pero no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

—Vigilarme, por supuesto. ¿Entonces, ya ha descubierto el gran peligro que soy para el poderoso imperio francés?

Adrien no se inmutó por su cinismo.

—Ya le había advertido que se alejara del convento y sus líos. Pero usted fue demasiado cabezota.

—Y yo ya le había dicho que lo que hiciera no era de su incumbencia.

—Bien, y yo hice lo que consideré mi deber.

A punto de preguntar con mordacidad si burlarse de ella en el hospital era parte de su deber, Inés se contuvo. No quería que él supiera cuánto le había dolido aquello. En su lugar, se acercó a la cama con las manos en las caderas y permaneció contemplándolo impasible.

—¿Quién es usted, Labat?

Adrien llevaba ya un buen rato arrepintiéndose de haber permitido que aquella charla comenzara, pero comprendió que ya no podía huir de ella.

—¿Quién cree que soy, Inés?

—No tengo ni idea, pero sí que sé quién no es.

—¿Ah, sí?

Inés vio cómo su boca se curvaba en un gesto displicente, más una mueca que una sonrisa, antes de bajar la cabeza.

—No es el simple médico que nos quiere hacer creer.

La voz de Adrien al contestar fue aún más suave.

—¿De veras?

—Sí, de veras. Lo único que no acabo de comprender es qué interés puede tener en mí.

Entonces los ojos de Adrien se clavaron en los suyos con una intensidad que la dejó sin aliento, y luego recorrieron lentamente su cuerpo, provocando una llamarada de calor en el estómago de Inés.

—¿Está segura? —repitió.

Inés tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no evidenciar el efecto que su mirada ardiente provocaba en ella. Supuso que aquel hombre quería distraerla de sus preguntas, y la manera que había encontrado de hacerlo era efectiva. Efectiva y cruel, se dijo al recordar su desaire en el hospital.

—Estoy segura —replicó, intentando mantener la entereza—. Por favor, Labat, hablemos en serio. ¿Por qué me avisó en el convento, por qué convenció a mi

hermana para montar la farsa del hospital, y por qué me salvó en la montaña?

—¿Preferiría que no lo hubiera hecho?

—¿Es que no es capaz de contestar a ninguna pregunta? —explotó Inés, sintiendo que sus evasivas ya habían colmado su paciencia.

Él la miró con aparente indiferencia.

—Hágame preguntas que pueda contestar. Entonces lo haré.

Una sensación a mitad de camino entre la impotencia y la rabia comenzó a extenderse por el cerebro de Inés. Muy bien, ¿quería preguntas? Las iba a tener.

—¿Por qué estaba en el camino el día del ataque?

Adrien se encogió de hombros y ella se impacientó.

—¿Cómo supo que me estaban atacando? ¿Por qué conoce a Martín? —El rostro de Adrien no delató ninguna emoción—. ¿Cómo sabía que estaba en el convento? ¿Por qué no me denunció a Mouret? —Dio un paso más hacia la cama, con los brazos pegados junto al cuerpo y los ojos brillando con decisión—. ¿Por qué lucha como un soldado? ¿Dónde ha aprendido a defenderse así? —Adrien la miró impasible. Estaban muy cerca, y la firme resolución de permanecer callado que vio en él empujó a Inés más allá de lo que su prudencia aconsejaba—. ¿Por qué habla en inglés cuando delira? ¿Por qué me echó del hospital, después de haber conseguido que acudiera? — Su voz tembló al preguntar—: ¿Por qué es tan odiosamente frío?

Y fue el rastro de dolor en aquella pregunta, que ella no supo ocultar a pesar de su orgullo, el que consiguió crear una grieta en la firme determinación de Adrien. Aquel dolor, inesperado pero real, removi6 los recuerdos del corazón de Adrien, y por una breve fracción de segundo un fugaz destello de culpabilidad cruzó su rostro. Entonces extendió el brazo hacia delante y agarró la muñeca de la joven, tirando de ella hacia abajo. Desprevenida, Inés cayó sobre el colchón, y su rostro quedó a escasos centímetros del de Adrien. Iba a protestar, a seguir martilleándolo con preguntas, pero Adrien colocó un dedo sobre sus labios.

—Por favor —susurró con amargura, en un tono tan diferente del que había empleado hasta entonces que Inés no habría sabido qué decir aunque su vida dependiera de ello.

Y para su más completa turbación, Adrien apoyó su frente en la de ella y cerró los ojos.

Paralizada, Inés no supo qué hacer. Su furia se había desvanecido por completo, reemplazada por una desconcertante incertidumbre. La mano de Adrien se había deslizado desde los labios hacia su nuca, y allí permanecía, los dedos entrelazados en el cabello que escapaba del pañuelo, haciendo que el estómago de Inés se contrajera con una cálida inquietud. Y aunque su corazón palpitaba como loco, intentó permanecer muy quieta, sin hacer ningún movimiento que pudiera quebrar el fantástico hechizo que parecía haber recaído sobre ellos.



No habría podido decir cuánto tiempo había transcurrido cuando Adrien abrió por fin los ojos. Algo parecido a un gemido, tal vez un lamento, escapó de su garganta al verla. Con una mueca de dolor, se recostó contra el almohadón y la mano que la había mantenido junto a él fue resbalando por el hombro de Inés, dejándola sumida en un extraño desamparo.

—Lo siento, Inés. Lo siento mucho.

Inés aún temblaba, estremecida por el frío que había reemplazado al tacto de la mano del hombre sobre su cuerpo, cuando la disculpa de Adrien la hizo enfrentarse a sus propias reacciones. Aquella agitación que sentía, aquel deleite que había experimentado cuando la mano de Adrien se había posado en su nuca, eran emociones peligrosas que no debería estar sintiendo. Pero las sentía. Las sentía en cada partícula de su ser, y, que Dios la ayudara, no quería renunciar a ellas.

Con un nuevo estremecimiento, alzó la vista hacia él; permanecía recostado contra el cabecero, con la mandíbula apretada y las oscuras ojeras acentuando la reserva de su rostro. Sus ojos no se habían apartado de ella, y en su mirada afligida Inés descubrió una pena y un pesar insondables.

Su corazón dio un vuelco. Comprendió tan claro como si él lo hubiera confesado que Adrien había bajado la guardia para permitirle tener aquel atisbo de su vulnerabilidad. Antes de darse cuenta de lo que hacía, elevó la mano para acariciar su cabello, pero al percatarse de lo íntimo de aquel gesto, se detuvo con la mano en el aire, paralizada.

Los ojos de Adrien encontraron el desasosiego y la ansiedad en los suyos, y esbozando una sonrisa apenada tomó su mano, depositando un beso en ella. Luego la soltó despacio, y su voz llegó hasta ella con una calidez que nunca antes le había escuchado.

—No es posible, Inés. Ojalá lo fuera, pero no lo es. Ojalá...

Inés estaba preparada para el dolor que sus palabras de rechazo le causarían, pero la sutil nota de desolación que las impregnaba lo detuvo como un dique detendría las mareas. De pronto, comprendió que él no era tan inmovible e indiferente como trataba de aparentar, y que deseaba con todas sus fuerzas que acabara aquel momento al que no quería enfrentarse.

Inés lo habría hecho, habría dejado que su negativa no tuviera explicación si no la hubiera asaltado la súbita idea de que la mujer de sus pesadillas estaba en el centro de todo aquello. Y dividida entre la curiosidad y la autocompasión, preguntó:

—¿Por qué?

Una ráfaga de melancolía oscureció por un momento el rostro de Adrien. Pero su voz al contestar sonó razonable, como si hablara con un niño caprichoso.

—¿Y tú me lo preguntas, *mon ange*? ¿Tú, que nos desprecias tanto que estás dispuesta a arriesgar tu libertad y tu vida para conseguir que nos vayamos?

Aquel recordatorio de quién era él debía ser suficiente para que su cordura retornara, razonó Inés con pesar. Pero con mayor pesar aún, descubrió que no lo era.

No lo era, porque la inexplicable atracción que sentía por él no lo reconocía como enemigo, por mucho que su parte racional protestara y se rebelara. No lo era, porque su instinto le decía que aquella era la respuesta de la mente de Adrien pero no de su corazón. No lo era, porque esta vez él no había dicho que no la encontrara deseable o que no enajenara en sus gustos, y para su vergüenza y humillación, estaba dispuesta a conformarse con algo tan simple mientras rezaba por recuperar la cordura que le permitiera alejarse de él.

—Eso no tiene nada que ver —respondió con cierta inseguridad—. Tú me has salvado la vida.

Pasaron varios segundos antes de que Adrien hablara de nuevo, y al hacerlo una emoción contenida y extraña se filtró bajo sus palabras.

—¿Y por eso serías capaz de olvidar que soy un francés, que he venido a ocupar tu tierra, que luché contra los que consideras tus hermanos?

Inés lo contempló vacilante. No había pensado en ello; en realidad, no había pensado en nada. Lo único que estaba haciendo era negarse a aceptar con docilidad su negativa, como una niña malcriada, pero ni siquiera sabía qué pretendía de aquel hombre.

—Tú no has venido para eso —negó con suavidad, intentando ganar tiempo para comprenderse a sí misma—. Tú viniste antes... Llevas años aquí...

—¿Eso crees? ¿Eso lo hace todo diferente? ¿Pero qué sabes de mí, Inés? No sabes nada —contestó Adrien con dolor.

—Tú me salvaste la vida y para devolverte la deuda no hay nada que necesite saber —replicó, pretendiendo aparentar un convencimiento que borrara sus propias dudas—. No importa lo que seas ni lo que yo ignore, Adrien. No pretendo discutir contigo, tan solo quiero cuidar de ti mientras lo necesites. Sé que todo será diferente cuando volvamos a la ciudad, pero aquí, ahora, podemos olvidar esta ocupación, los muertos, las luchas...

—¿De veras crees que podremos hacerlo? —cortó Adrien con una sonrisa amarga—. Mientras tu tío lucha en las montañas de Asturias, mientras tus amigas recaudan dinero para la sublevación de la Junta, ¿crees que podrías olvidar que eso sucede?

—Tú me has salvado la vida —repitió de nuevo, negándose a razonar—. Voy a cuidar de ti mientras lo necesites.

—No.

—Mientras me necesites, Adrien.

Adrien dejó escapar un juramento amargo ante su obstinación.

—Maldita sea, no me hagas esto, Inés. —Pasó la mano por su cabello en un gesto de desesperación—. Esto no es así, no debería ser así. Si supieras lo que tú me

causas..., lo que yo deseo... Las veces que he estado a punto de... Pero no, no puede ser. ¡Dios, Inés! ¿Cómo crees que puedo resistir...? —Con una exclamación de frustración golpeó el colchón con el puño.

Aquellas frases inacabadas, la tensión que atenazaba su voz, hicieron que Inés comprendiera que había conseguido crear una brecha en su firme rechazo. Y estaba dispuesta a agrandarla.

—Te cuidaré mientras estemos aquí —repitió de nuevo, sin querer ceder ahora—. No tienes por qué resistirte. Tan solo te cuidaré, porque te lo debo y porque quiero hacerlo, a pesar de que sé perfectamente que todo lo que has dicho para que no lo haga es cierto. Ni yo misma sé qué me sucede —confesó con cierta ingenuidad—, pero aquí, en mi hogar, no puedo contemplarte como un enemigo. No quiero hacerlo. Seamos amigos mientras estemos aquí. Solo eso.

—*¡Mon Dieu*, Inés...! —Adrien dejó caer la cabeza hacia atrás con gesto de dolor y contempló el techo—. Eso no es posible... No sabes nada de mí. Tú misma lo has dicho...

—Sí, no sé nada de ti, eso es cierto —aceptó con un encogimiento de hombros—. Pero también dije que sé lo que no eres, y sé que no eres un hombre que me heriría.

—No sabes eso, Inés, no te engañes. No tienes ni idea de cómo soy...

—No. Pero confío en ti.

Aquellas sencillas palabras golpearon a Adrien como un puñetazo.

—No puedes confiar en mí —negó con vehemencia—. No debes...

Pero sus palabras fueron interrumpidas por un golpe en la puerta. Ambos miraron hacia la entrada del cuarto, sorprendidos; desde el pasillo, Martín los contemplaba con su habitual sonrisa indolente. Nada en su semblante delataba que hubiera escuchado su conversación, pero Inés enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —inquirió Adrien de mal humor, dirigiéndose al joven que ya entraba en la habitación.

—Acabo de llegar. —Martín apoyó el cuerpo contra el escritorio con despreocupación y cruzó los tobillos—. ¿Por qué, qué te sucede?

La curiosidad que provocó en Inés aquel trato tan familiar casi le hizo olvidar la turbación que acababa de experimentar. Entonces miró a Adrien, que la contemplaba ceñudo, y supo que también él se había percatado del descuido que habían cometido. Inés dio un paso atrás, comprendiendo que en aquel momento Adrien había vuelto a su habitual hermetismo.

—Si me disculpan, iré a preparar la tisana para la fiebre. Volveré un poco más tarde y le cambiaré el vendaje, doctor Labat.

Y salió de la habitación sin ver la manera en que Adrien había dejado caer la cabeza hacia atrás con impotencia ni la sonrisa maliciosa que se dibujó en el rostro de Martín al contemplar al médico.

—¿De veras estarás bien cuando me vaya? —preguntó Clara, observando los movimientos de su hermana sobre el fogón.

—Perfectamente, sabiendo que vuelves a estar con los tíos. —Inés dejó sobre la mesa el tarro de hojas de verbena y tomó el que contenía corteza de saúco—. Y si todo sigue como hasta ahora, supongo que en diez días Labat estará en condiciones de ser trasladado al hospital. Entonces volveré, ¿de acuerdo?

—Como harás lo que quieras, para qué decirte nada —se resignó su hermana, entregándole un tercer tarro.

—Gracias, cariño —respondió Inés, intercambiándolo por el que tenía en las manos. Los pasos en la escalera hicieron que ambas miraran hacia la entrada de la cocina—. Aquí baja Martín. Supongo que querrás despedirte de él.

El gesto poco expresivo de su hermana hizo que Inés sintiera lástima; era evidente que había tomado en serio la historia con aquel joven, pero cada día estaba más convencida de que lo mejor era que ambos se separaran cuanto antes. Tomó un puñado de flores y hojas de malva del tarro y lo arrojó al hirviente líquido, contemplando cómo se hundían y emergían mientras la voz jovial de Martín las saludaba de nuevo.

Tras corresponder a su saludo, Inés se secó las palmas de las manos en el delantal y se dispuso a salir de la cocina. El caldero donde Elvira había colocado el guiso de puerros y garbanzos despedía un olor succulento, y no parecía necesitar ya atención, y sabiendo que su hermana agradecería poder charlar con Martín a solas un momento, decidió concederle unos instantes mientras verificaba las provisiones de la despensa. Tenía que asegurarse de que Elvira y Pascual no tuvieran dificultades cuando ella y Labat se fueran.

Aprovechó aquel rato para limpiar un poco las estanterías más altas, a las que ya no llegaba Elvira. Luego revisó las provisiones de tocino, jamón y carne curada, las cestas de habas, alubias y judías, y las ristras de pimientos y ajos que colgaban al fondo de la estancia, sin encontrar ningún problema en ellas.

Había alimentos suficientes y parecían en perfecto estado, y después de inspeccionar los tarros de plantas medicinales, estimó que había transcurrido el tiempo suficiente para poder volver a la cocina.

Cuando llegó, Clara y Martín charlaban tranquilamente, y le alegró ver que su hermana, pese a todo, no parecía triste. Clara había invitado a comer al joven, que había aceptado. Pero cuando durante el sencillo almuerzo Inés pudo observarlo con cierto detenimiento no fue capaz de encontrar en su expresión nada más profundo que su habitual diversión burlona, y supuso que tal vez se había alarmado de manera innecesaria.

El almuerzo discurrió en un ambiente cordial, e Inés comprobó con alivio que su

hermana parecía haber admitido sin problemas la idea de volver a la ciudad. Cuando Martín se fue y Clara acudió junto a Elvira, el reflejo del sol en las contraventanas entornadas de la escalera la animó a salir un rato al exterior de la casa.

Se sentó en el banco de piedra que flanqueaba el portón de entrada, desde donde podía contemplar los campos segados que se extendían al pie del terreno. Solo el canto de algunas cigarras rompía de vez en cuando el acogedor silencio que la envolvía, y disfrutando de aquel estado de desacostumbrado abandono, reclinó la cabeza contra la fachada y se permitió pensar unos instantes en Adrien Labat.

Aquel día, ese hombre al que siempre había considerado frío se había mostrado vulnerable. Por primera vez desde que le conocía, había demostrado una emoción humana, le había dejado vislumbrar su dolor y su pena, y comprender que ella podía afectarle. Y aunque, besando su mano, había dicho que aquello no era posible, Inés necesitaba alguna razón más poderosa para desterrar la creencia que había comenzado a echar raíces en su corazón: la inexplicable, pero firme creencia, de que sus almas habían nacido para encontrarse, y ningún deber podría impedir aquello.

Estaba sacudiéndose la placentera pereza que la había invadido para ponerse en pie cuando el lejano rumor de unos caballos descendió desde la colina tras la casa. La realidad de la ocupación francesa cayó sobre ella como un jarro de agua fría. Casi había olvidado que Mouret estaba a punto de llegar para acompañar a su hermana a Vitoria. La pregunta que Adrien había formulado flotó burlona en su mente. ¿Podría olvidarlo todo? ¿Podría olvidar que él era francés? Pero, entonces, resignada, comprendió que la pregunta ya no tenía sentido. No, claro que no lo podía olvidar; pero contra su conciencia, contra su sensatez, contra lo que se había jurado a sí misma el día que el rey Fernando salió de Vitoria camino de Bayona para ser hecho prisionero, reconoció que hacía ya mucho tiempo que el hecho de que Adrien Labat fuera francés había dejado de importarle.

—Pase, coronel. Siéntase como en su casa.

La nota de resignación en la voz de Inés fue tan evidente que Mouret se envaró. Pero como la joven ya había desaparecido dentro de la casa, todo lo que pudo hacer fue seguirla, tras mirar a sus hombres con dureza y recomendarles que se dirigieran al patio.

Sin embargo, cuando tomó asiento en la misma butaca de la vez anterior y aceptó el vaso que le tendía Inés, su voz había recuperado su habitual calma.

—No parece muy feliz de verme aquí, Inés.

Por mucho que lo acontecido en la habitación de Labat la hubiera trastornado, Inés conservaba la suficiente sensatez para recordarse que enfadar a aquel hombre solo le traería problemas.

—Disculpe si mi hospitalidad no ha sido la adecuada, coronel. Es solo que estoy muy cansada.

Su tono humilde pareció satisfacer a Mouret, cuyo semblante se relajó. Acarició su bigote con lentitud mientras escrutaba su rostro.

—Y tiene aspecto cansado, en efecto. ¿Ha pensado en volver a la ciudad con nosotros, como le dije?

—No puedo, coronel. Aún no.

—¿Tan mal sigue Labat?

—El doctor Labat aún tiene fiebre, pero creo que en pocos días podrá irse. El que me preocupa es Pascual. Cada día que pasa se encuentra más débil y yo... me temo...

Se interrumpió, apesadumbrada. El dolor que la invadía al hablar del inevitable desenlace era tan real que ni siquiera pudo rechazar el gesto de Mouret, que se inclinó para tomar su mano entre las suyas.

—No debería estar sola cuando eso suceda, Inés.

—Estaré con Elvira, coronel. Es ella quien no debe estar sola.

—Y tal vez también esté Labat para ofrecerle su consuelo. Teniendo en cuenta lo afortunado que es, es más que posible.

La insensibilidad del comentario hizo que Inés retirara la mano, enojada.

—¿Es que solo puede pensar en eso? Parece obsesionado con ese hombre.

Un fogonazo de cólera asomó a los ojos de Mouret por un instante. La atracción que sentía por aquella joven, que había comenzado como simple y ociosa admiración, había ido creciendo de una manera que ni siquiera él deseaba, alimentada por su frialdad e indiferencia y espoleada por la irritación que le causaba la manera tan diferente en que trataba a los otros. Cada vez que ella le desairaba, el rabioso monstruo de los celos que habitaba su interior iba creciendo sin que él supiera cómo

detenerlo, y en ocasiones llegaba a pensar que podría olvidar su esmerada educación si ella lo desdeñaba de nuevo.

Tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para contestar con su habitual suave ironía.

—Sus ojos me hacen olvidar a menudo el resto del mundo. Le ruego que me perdone por no ser capaz de permanecer indiferente a su hermosura, Inés.

—Sabe que me desconciertan sus bromas, coronel. —A pesar de la tensión que siempre la embargaba cuando él estaba cerca, Inés se obligó a recuperar la calma—. Pero le agradezco que lleve a mi hermana a la ciudad. Significa mucho para mí saberla a salvo.

—Y sus deseos son órdenes para mí, Inés. No tema, Clara llegará a la casa de sus tíos sin ningún contratiempo.

—Estoy segura de ello —repuso, en un intento de sonar sinceramente agradecida, porque el hecho de que él la perturbara no le hacía olvidar que su comportamiento hacia su hermana había sido correcto y protector en todo momento.

—No debe darme las gracias, Inés. Ojalá hubiera más cosas que solicitara de mí...

Su ofrecimiento quedó en el aire. Inés bajo la cabeza para ocultar su incomodidad y el silencio descendió sobre ellos. Mouret dio un trago a su bebida, rumiando si el agradecimiento que Inés acababa de manifestar podría significar un cambio en su actitud. Hasta entonces, debía reconocer su impotencia para conseguir encontrar el camino hacia el aprecio de la joven. Ciertamente que su conducta en el baile había sido poco acertada, pero ninguna dama francesa se habría ofendido tanto por un beso robado. Ni muchas españolas, se dijo contemplando el contenido de su vaso y recordando otros tantos besos furtivos que había obtenido en reuniones y bailes, muchos de ellos a escondidas de maridos. Más bien al contrario, nunca había tenido problemas para encontrar damas que quisieran compensar su galantería con caricias y abrazos clandestinos y discretos, tras las cortinas de un salón o en el jardín a oscuras de una gran mansión. Ni aquí, ni en Francia.

Pero Inés había rechazado una y otra vez no solo sus avances, sino incluso el más ingenuo de sus requiebros. Y cuanto más trataba ella de desalentarlo, más ansiaba él contemplar su rostro bello y altivo, sus labios sensuales, su porte orgulloso y reservado. Lo más desconcertante era que Inés ya no era tan joven como para ignorar el arte del coqueteo elegante, y suponía que los besos que a él le negaba los concedía en otros brazos; e imaginarla así, con los ojos entrecerrados por la pasión y el cuerpo rendido a otro hombre, casi le hacía olvidar que era, además de un oficial del glorioso ejército napoleónico, un caballero de esmerada educación.

Por ahora, podía esperar a que ella se le entregara voluntariamente, resistiendo la tentación de forzar su afecto. Estaba dispuesto a poner a sus pies su apellido, su

título, las tierras y viñedos que poseía cerca de Béziers y cuanto ella quisiera exigirle. No la quería como amante un tiempo, hasta que lo trasladaran a otro lugar. La quería para sí y para siempre. Para gritar a Dios y a los hombres que aquella mujer bella, orgullosa y altanera era suya, y le pertenecía hasta que la muerte los separara.

Por ahora, aguantaba pacientemente.

Por ahora...

—Supongo que su hermana estará preparándose para el viaje —comentó depositando el vaso vacío en la mesilla, rompiendo el silencio que había comenzado a pesarle.

—Sí, coronel. Estará lista en breves momentos.

Entonces unos gritos lejanos quebraron la calma de la tarde. Inés se puso en pie de un salto, algo desorientada, hasta que comprendió que el alboroto debía de llegar del patio. Un mal presentimiento erizó su piel y salió de la habitación corriendo hacia el descansillo de la escalera. Intentó abrir la ventana, pero la madera parecía atrancada y el picaporte resbaló entre sus manos sin que apenas pudiera moverlo. Volvió a intentarlo infructuosamente, hasta que Mouret, pegado a su espalda, retiró su mano con suavidad.

—Déjeme a mí.

Con un único tirón, la ventana cedió. Inés se asomó cuanto pudo, y la visión de Pascual junto al roble del que colgaba el columpio, con el rostro congestionado y un puño en alto dirigido hacia unos soldados franceses a quienes gritaba, hizo que su corazón se encogiera de terror. Apartó sin miramientos a Mouret, y comenzó a bajar las escaleras a trompicones, rezando para llegar a tiempo de detener el insensato comportamiento del anciano, con las lágrimas deslizándose por su rostro porque supo sin lugar a dudas que no lo conseguiría, y que Pascual había decidido no esperar más tiempo sentado a que la muerte llegara en su busca.

En el espacio del patio que rodeaba al viejo roble las risas, mitad sorprendidas, mitad burlonas, de los soldados se entremezclaban con la indignación de verse increpados por un viejo, pero cuando Inés llegó corriendo, a tiempo de atrapar el cuerpo del anciano que caía, y ambos rodaron al suelo, las burlas se transformaron en confusión. Tras la joven, que había colocado la cabeza del anciano sobre sus rodillas mientras intentaba tranquilizarlo, Mouret fulminó a sus hombres con la mirada. Uno de los soldados, al ver la expresión de su oficial, se sintió impelido a dar una explicación, pero Mouret la cortó con frialdad.

—*Plus tard.*

Inés volvió la cabeza hacia Mouret.

—Coronel, si sus hombres pudieran ayudarme a llevarlo al interior...

Pero antes de que él pudiera dar las instrucciones oportunas, el anciano agarró la



mano de Inés.

—¡No! —pronunció con dificultad—. Quiero morir aquí. Con él...

Una lágrima comenzó a rodar por el rostro de Inés, pero aquellas palabras fueron suficientes para que no volviera a pedir a Mouret que lo llevaran dentro. El pulso del hombre era tan débil y su respiración tan trabajosa que Inés temió que Elvira no llegara a tiempo de despedirse. Pero entonces la anciana salió corriendo del interior de la casa, seguida de Clara. Su llanto angustiado incomodó profundamente a Mouret, que hizo una seña a sus hombres para que se alejaran. Ya averiguaría más tarde lo sucedido.

Las dos mujeres se arrodillaron junto a Inés. Las palabras del hombre eran tan débiles que todas se inclinaron hacia su rostro, pero apenas eran capaces de escucharlas. Inés vio cómo el anciano había tomado la mano de su esposa y señalaba el árbol. Elevó la vista y comprendió lo sucedido al ver clavada en el tronco, en el centro de unos círculos concéntricos que alguien había trazado sobre el mismo, una especie de navaja.

—Coronel —llamó procurando controlar su resentimiento—. El cuchillo. —Mouret se acercó con gesto interrogador, e Inés hizo un movimiento brusco con la cabeza indicando el árbol—. Llévase ese cuchillo, por favor.

A pesar de su extrañeza, Mouret atendió la solicitud de la joven sin demora, y con un certero movimiento extrajo el arma del tronco.

—Gracias —dijo Inés con sequedad, y volvió a bajar la mirada hacia el anciano.

Mouret mantuvo el arma antes sus ojos un instante, buscando algún rastro que explicara por qué el viejo se había alterado tanto. Pero era un machete normal y corriente del ejército francés, y no le pareció que justificara el alboroto que se había montado.

—Si hay algo más que pueda hacer... —ofreció con amabilidad.

Pero Inés negó con la cabeza, sin mirarlo siquiera, y Mouret comprendió que tendría que esperar a que ella quisiera volver a hablar con él. Decidió alejarse hasta donde estaban sus hombres, y entregar el arma a su dueño. Por las miradas huidizas de los soldados, se diría que ninguno estaba deseoso de reclamar su posesión. Pero él no iba a castigar a sus hombres por aquello; al fin y al cabo, aquel pueblo español era impresionable, exagerado y fanático, y no veía que sus hombres hubieran hecho nada malo jugando a afinar su puntería en el tronco de aquel árbol vulgar y corriente.

—Ya está, Elvira. —Inés colocó su mano sobre la de la anciana, que aún sostenía la de Pascual, y le dio un suave apretón—. Ya está, deja que se vaya.

La mujer la miró un instante como si no comprendiera lo que decía. Inés se tragó la pena, temiendo que le tocaría insistir en que lo soltara, pero entonces y para su alivio la mujer asintió

con un movimiento leve de cabeza, se santiguó y, juntando ambas palmas, comenzó a rezar.

Clara y ella se miraron brevemente mientras Inés bajaba los párpados del hombre. El dolor que la joven sentía se reflejaba en la mirada empañada de su hermana, pero ambas imitaron a Elvira y rezaron con ella. Estuvieron así un buen rato, hasta que Elvira decidió que ya era hora de avisar al párroco e Inés pudo levantarse, depositando con ternura la cabeza del anciano en el suelo.

—Por favor —solicitó alzando la voz para que Mouret la escuchara desde el lateral del patio donde se hallaba reunido con sus soldados—, que alguno de los hombres nos ayude a llevarlo al interior.

Al momento se acercaron cuatro soldados, que apenas levantaron la mirada del suelo al acercarse a Inés. La joven permanecía erguida, con las manos cruzadas ante sí y la mirada clavada en el cuerpo del anciano. Cuando los soldados se pusieron en marcha hacia la casa, Mouret se acercó para ofrecerle apoyo y consuelo, pero ella le devolvió una mirada inexpresiva y, tomando de un brazo a la anciana, que asía a su vez a su hermana, las tres mujeres se encaminaron a la casa siguiendo a los soldados.

Mouret inspiró hondo, mientras maldecía su mala suerte. Aunque no podía decir que hubiera avanzado mucho en su relación con Inés, justo acababa de conseguir que le agradeciera con cierta calidez que protegiera a su hermana cuando les interrumpió el alboroto del patio. No era tan necio como para no comprender que, cualquiera que hubiera sido el avance obtenido en la estima de la joven, acababa de perderlo por completo. Y todo por un estúpido juego y un estúpido árbol. Aquello era el colmo ya. Tuvo que recordarse varias veces que había decidido mostrarse comprensivo un tiempo aún, porque que todos sus esfuerzos tuvieran aquella recompensa, por algo tan pueril como acuchillar un árbol, era algo capaz de acabar con la paciencia de un santo.

En fin, se dijo mientras se dirigía al interior de la casa, todo fuera porque la causa de sus desvelos acabara claudicando. Sus hombres ya bajaban la escalera cuando llegó; le indicaron que las mujeres se habían quedado para amortajar al difunto, y que les habían encargado acercarse a la iglesia para avisar al cura de lo sucedido. Sin ganas de permanecer allí escuchando los sollozos de unas mujeres, Mouret decidió acompañar al elegido para la tarea, mientras encargaba a otro de los hombres que fuera preparando las monturas para partir. Que el viejo se hubiera muerto no era motivo suficiente para que se quedaran allí, cuando se les esperaba con urgencia en la ciudad. De hecho, ya se habían detenido demasiado tiempo, y Barrere podría preguntar qué había sucedido. Él tendría que encontrar la forma de hacer que Inés volviera a la ciudad, tal vez enviando de nuevo a Aguirre... Cuando pensó que ahora Labat podría consolarla de verdad, como había predicho antes, la furia que lo recorrió fue tan intensa que estuvo a punto de echar por la borda toda precaución y obligarla a

volver con él a Vitoria. Pero era suficientemente inteligente para comprender que, de hacer algo así, Barrere lo enviaría a otro destino de manera fulminante, así que lo único que podía hacer de momento era aguantar. Y, por supuesto, continuar investigando al médico. Aún no había encontrado nada extraño sobre él, pero su intuición le decía que algo acabaría por aparecer. Y su intuición rara vez le traicionaba.

Inés entró en la cocina cuando el primer trueno se escuchó a lo lejos. La oscuridad parecía haberse cernido de golpe sobre la casa, a pesar de que aún fueran las ocho de la tarde. Pero las nubes tormentosas no habían parado de crecer durante las últimas horas, mientras ella y Elvira vestían el cuerpo de Pascual con el hábito por él elegido para su enterramiento, hacían que los soldados lo trasladaran al salón antes de irse, y atendían las visitas del cura y los vecinos que habían acudido al enterarse del suceso. Por supuesto, Clara se había quedado en la casa cuando los soldados se hubieron marchado, para atender con ellas el velatorio y ayudar con la preparación del entierro. Mouret aseguró a Inés, con una deferencia que ella apenas apreció, que avisaría a sus tíos de lo sucedido. Se lo agradeció nuevamente, pero aunque sus palabras fueron corteses, su tono sonó algo distante; aceptaba que él no era culpable de la estupidez de sus hombres, pero siempre que se encontraba cerca parecía haber problemas, y se alegraba de que en momentos como aquellos se alejara de ella.

Avivó las brasas del hogar hasta que las llamas del fuego crepitaron, colocó de nuevo el caldero de la infusión al fuego, y se dedicó a cortar unas lonchas de queso que colocó en un plato con unas rebanadas de pan. Había desatendido a Labat por completo aquella tarde. Desde que las campanas de la iglesia de Albizu habían repicado anunciando el fallecimiento, apenas había dispuesto de un instante de tranquilidad. Había tenido que atender a los vecinos —que entraban y salían de la casa a cada instante— para acompañarles hasta el salón, donde se santiguaban ante el cuerpo de Pascual y rezaban cada hora el rosario. Había tenido que buscar entre los papeles del anciano su testamento, para encargarse al cura el número de misas que aquel había pedido, y ocuparse de entregar las ofrendas establecidas para los pobres. Había pedido ayuda para sacar el jergón del hombre al cruce donde el camino de acceso a la casa encontraba el del pueblo, donde se había encargado de que lo quemaran. Y aún le quedaban casi dos días de velatorio.

Pero ahora que había llevado al salón unas botellas de vino, que Clara y Elvira estarían sirviendo a los visitantes, había llegado el momento de ocuparse de él. Giró sobre sus talones, intentando encontrar algo más que ofrecerle, y solo halló la cesta de manzanas que su hermana había recogido aquella mañana. Tomó un par de ellas, retiró la infusión del fuego y la sirvió en un vaso, lo colocó todo sobre la bandeja y se dispuso a enfrentarse a Adrien Labat.

Llamó, empujó la puerta con el hombro y cuando había recorrido apenas unos pasos del camino hacia la mesilla, se detuvo en seco. Adrien estaba sentado en una silla, junto a la ventana abierta, con el cuerpo apoyado en la pared y un gesto compasivo en el semblante.

—Lo siento mucho, Inés —expresó antes de que ella pudiera decir nada—. Era un buen hombre.

Inés parpadeó varias veces al escuchar su tono afectuoso. Se hallaba lo suficientemente recompuesta para encargarse de las actividades que suponía un velatorio sin pensar mucho en ello, pero la calidez de Adrien tenía un efecto demoledor sobre ella. Se apresuró a dejar la bandeja sobre la mesilla, dándole la espalda para que él no viera las lágrimas que habían brotado de nuevo de sus ojos, y con disimulo las retiró al incorporarse.

—Sí. Lo era. Siento no haber podido venir antes. ¿Qué haces levantado? —preguntó dirigiéndose hacia él para acostarlo de nuevo.

A pesar de la distancia que Adrien se había jurado mantener, la forma familiar en que Inés se dirigió a él lo llenó de una absurda satisfacción. Sabía que no debía permitirse aquellas emociones, pero por algún extraño motivo, aquel día no encontraba dentro de sí la fuerza para negarse a ellas.

—Ya es hora de que poco a poco me vaya levantando —contestó—. La herida está cicatrizando bien, y tengo que comenzar a recuperar fuerzas. He pensado que podía bajar un rato al velatorio.

Inés se encogió de hombros.

—Si crees que te conviene...

Dejó la bandeja en la mesita y fue en busca de otra silla.

—Yo ya no sé qué creer —murmuró Adrien cuando la vio salir.

Aquella tarde había estado esperándola con ansia, escuchando los ruidos del piso inferior para intentar distinguir sus pasos. Supo que había subido con Mouret, y luego la había oído gritar en la escalera. Al principio no comprendió qué sucedía; se había levantado hasta la puerta, pero aunque el esfuerzo lo había dejado agotado, había permanecido allí largo rato, intentando recuperar la respiración y las fuerzas, hasta que los gritos que la suave brisa había traído a través de la ventana entreabierta de la escalera le habían hecho entender que el corazón del anciano no había podido resistir más.

Hacía ya un tiempo que Adrien batallaba a diario para ocultar sus emociones. La cercanía de Inés estaba resultando una dura prueba para su determinación de mantenerse fiel a su obligación. No quería soñar con cosas que jamás podría tener, porque lo debilitarían. Confesar a Inés que su risa grave, sus ojos inteligentes, su valentía y su bravura lo conmovían tan profundamente que a veces deseaba arrojar todo cuanto era por la borda, solo les traería pesar a ambos.

Pero aquella tarde bochornosa y asfixiante de verano, en la que ella tenía que lidiar con el dolor de la muerte de Pascual, lo único que su corazón pensaba era que, en aquellos momentos, lo que más deseaba en el mundo era abrazarla y consolarla, y al diablo con todo lo demás.

Su propia debilidad lo había impedido, en primera instancia. Pero al escuchar los pasos que ascendían las escaleras llevando el cuerpo del anciano, había vuelto al interior de la habitación, para esperarla sentado. Aguantando el dolor que la postura aún le causaba, para poder hacer que ella lo viera en esos momentos como lo que deseaba ser: no el enfermo que cuidaba a diario, sino el hombre firme que podría ofrecerle el consuelo que ella necesitaba.

Cuando Inés entró, trayendo la silla, el brillo intenso que habían adquirido los ojos casi siempre severos de Adrien la desconcertó. Colocó la silla junto a la suya, algo enfrentada, y su corazón comenzó a latir apresurado al encontrar fija en ella una mirada encendida. Supuso que la fiebre debía de haber subido de nuevo, pero no se atrevió a tocarle la frente.

—La tisana —indicó con la mano, dudosa—. Te hará bien.

Adrien comprendió su insinuación, y dejó escapar una pequeña risa sin humor.

—No es la fiebre —murmuró en tono tan bajo que ella apenas lo entendió—. Pero gracias.

Concentrando todas sus energías en aquella simple tarea, fue capaz de levantar el vaso y llevarlo hasta su boca sin derramar nada. Inés se hallaba atenta, dispuesta a agarrar el vaso si él lo dejaba caer, pero cuando lo depositó casi vacío en la bandeja sintió un gran alivio. No pudo evitar que este se revelara en su voz al hablar.

—Confieso que no creí que quisieras tomarla. Siempre has hablado tan mal de la medicina de este país que supuse que te parecería otra de esas supercherías que detestas.

Adrien frunció el ceño.

—No recuerdo haberte hablado de medicina.

—Cuando te trajimos aquí lo hiciste. —Trató de disimular al darse cuenta de que acababa de delatar que él había sido en muchas ocasiones el centro de sus conversaciones en el hospital.

—No lo recuerdo —continuó Adrien, ajeno a su desliz—. Pero seguro que no me refería a este tipo de medicina. Respeto mucho el trabajo de los boticarios y farmacéuticos. Cuando hablo de supercherías hablo de cosas como lanzar una raspa de sardina al fuego para averiguar si un recién nacido será niño o niña, o mezclar vino y polvo de una roca donde a algún iluminado se le apareció la Virgen para tratar la viruela.

—Y las sangrías —añadió Inés.

—Sí. Y las sangrías a todas horas —aceptó, riendo de pronto.

Lo inesperado de aquella risa contagiosa hizo que Inés tuviera que inspirar hondo. Ya otra vez le había visto reír, en el hospital, y también en aquella ocasión su risa había generado en ella un desconcertante deseo de apoyarse en él, de alzar la mano para acariciarlo y sumergirse en aquella calidez que dotaba a su rostro hermoso y grave de un atractivo fascinante.

Cruzó las manos en su regazo, como si aquella fuera la única manera de evitar hacerlo. Pero su pulso latía apresurado, y no se sintió capaz de encontrar su mirada hasta haberse tranquilizado.

—Será mejor que comas algo —dijo indicando el plato que tenía ante él.

Adrien la contempló con un extraño anhelo. Había vuelto para atenderlo, a pesar de lo sucedido aquella tarde, e incluso había sonreído. Eso no debería afectarle, no debería importarle como lo estaba haciendo, pero cuando ella estaba, las dudas que creía haber eliminado renacían como por arte de magia, tenaces y obstinadas, y la tentación de mandar todo al diablo se hacía muy real. Pero no era posible; incluso aunque se atreviera a hacerlo, incluso si se atreviera a dejar de lado todo cuanto era, ella se merecía algo mucho mejor que él. Tomó una rebanada de pan y una loncha de queso, y aplicó toda la disciplina de que era capaz a concentrarse en la comida.

—Gracias por quedarte —dijo al cabo de un rato, cuando terminó el plato—. Sé que estarás deseando estar con Elvira y tu hermana, y lo comprenderé si te vas.

Inés negó con la cabeza y tomó una de las manzanas que había traído.

—Ahora están bien. Los vecinos velarán esta noche —contestó, comenzando a pelar la fruta.

—Y tú, ¿estás bien?

El cuchillo se detuvo apenas un instante, antes de que ella contestara.

—Sí, lo estoy. Pascual nunca me habría permitido llorar. Además hacía tiempo que sabíamos que esto sucedería algún día. Es ley de vida, ¿no? Lo que pasa es que le quería mucho. Él solía hablarme de cuando mi padre era joven, y ahora que él ya no está y mi tío Germán... —Su voz se quebró un instante, pero se sobrepuso con rapidez—. Bueno, ahora ya no hay nadie que pueda hablarme de mi padre, y a veces temo olvidarlo. Muchas veces ni siquiera sé ya si es su rostro el que recuerdo, o tan solo imagino que lo recuerdo.

Cortó un cuarto de la fruta y se la tendió a Adrien, pero aunque él extendió la mano no la tomó. Sus labios apretados dibujaron una fina línea en su rostro.

—Se olvida, ¿verdad?

Su tono fue tan neutro y suave que Inés dudó si preguntaba o afirmaba. Sin embargo, instintivamente comprendió que Aimée y su historia estaban en el centro del dolor que aquellas palabras encubrían. Intentó reunir la valentía para preguntar por ella, pero entonces Adrien tomó la manzana que le tendía, levantó la mirada, dio un mordisco a la fruta y preguntó:

—¿Qué sucedió en el patio?

El brusco cambio de tema la desorientó un momento. Cortó un nuevo cuarto y quitó el corazón antes de responder:

—Una mala elección. Un grupo de soldados decidió probar su puntería en el roble que Pascual plantó sobre la tumba de su hijo. Él lo vio desde su ventana y bajó para reprocharles lo que estaban haciendo, pero no lo entendieron, o no quisieron entenderlo. Él se enfureció y les gritó, ellos lo zarandearon... No sé, supongo que el simple esfuerzo de llegar hasta ellos ya fue demasiado. El doctor Aguirre nos dijo que era cuestión de días, y así ha sido.

Tendió la fruta a Adrien, que la tomó mientras la observaba, y continuó con el siguiente trozo.

—¿Cómo es que su hijo no estaba enterrado en la iglesia del pueblo? Sé que es la costumbre en vuestro país.

—Porque no llegaron a bautizarlo. Nació muerto, y el cura no permitió enterrarlo en tierra consagrada. Así que mi abuelo les ofreció hacerlo aquí, entre el patio y el jardín, y para señalar el lugar plantaron el roble. Luego Pascual colocó el columpio para que mi padre y mi tío jugaran allí, como lo habría hecho su hijo. Después de aquello, Elvira no volvió a quedarse embarazada. Pero creo que aquí han sido felices —terminó con voz vacilante.

—Estoy seguro, Inés —intentó confortarla Adrien—. Estoy convencido de que aquí cualquiera podría ser feliz.

Su tono comprensivo hizo que un nudo se instalara en la garganta de Inés.

—Sí. Esta era una tierra feliz —murmuró. Pero al momento se reprochó su derrotismo, y elevó la barbilla con valentía—. Y algún día volverá a serlo.

Lo miró con decisión, y su mirada hizo que Adrien vacilara.

—Inés, yo... —Se detuvo, contemplando con atención aquel rostro resuelto y bello, aquella mujer llena de valor y coraje. Había tantas cosas que deseaba decirle, tantos silencios que deseaba llenar con sus besos... Pero no podía. No podía sin explicarle primero quién era, qué era... Y el día que hiciera eso, tendría que alejarse de ella para siempre.

Inés esperó sus palabras. Esperó, pero la indecisión en los ojos de Adrien era tan evidente que supo que no llegarían. Así que, resignada, acabó de preparar la fruta, y dejándola ante él se levantó y se dirigió al escritorio para tomar la botella de vino, los trapos y la palangana. Luego se remangó los puños de la blusa y esperó con paciencia a que él acabara.

—Ahora tengo que cambiarte el vendaje. He de bajar junto a Elvira y Clara.

Adrien asintió, sabiendo que la sensación de desilusión que lo había llenado al escucharla era absurda. Apoyó la mano en el respaldo de la silla para incorporarse, y su gesto se crispó. Al instante, Inés corrió hacia él y aferró su cintura para sostenerlo.

Lo acompañó hasta la cama y le ayudó a tumbarse. El mareo hizo que la frente de Adrien se perlara de sudor, pero fue el familiar aroma de violetas de la joven lo que hizo que cayera pesadamente sobre el colchón, con la cabeza llena de recuerdos que no quería recordar y de esperanzas que no debía permitirse.

La miró mientras se lavaba las manos en la jofaina. «Si solo fuera bella...». Desgraciadamente para él, era mucho más que eso; era inteligente, valiente, alegre, decidida... Y aun sabiendo que era todo eso, aun así no era capaz de explicar qué tenía para haberse metido bajo su piel de aquella manera. Cerró los ojos cuando Inés comenzó a limpiar el contorno inflamado de la herida, aferrando las sábanas con fuerza y obligando a su cuerpo a asumir aquel dolor lacerante como si fuera una penitencia. Con los ojos así cerrados, soportó la quemazón, las punzadas, el dolor, mientras escuchaba los tenues sonidos de la mano de la joven al deslizar el trapo sobre su vientre, el suave roce de la tela de su vestido contra las sábanas, mientras el aroma dulce y fresco de su piel parecía llenar todos sus sentidos cada vez que ella se inclinaba para alcanzar su costado.

Escuchó el susurro de la tela al caer en el líquido cuando ella acabó, y aún permaneció así un largo rato, intentando recuperar su sensatez y aceptar de una vez por todas que aquello no podía ser.

Y, entonces, el tacto leve de una mano acariciando su mejilla le hizo abrir los ojos de golpe.

Por un momento creyó que se había dormido y aquello era un sueño. La mejilla de Adrien ardía allá donde ella había colocado su mano; su hermoso rostro se hallaba inclinado sobre él, con los ojos azules oscurecidos y las pupilas dilatadas por la emoción que agitaba su respiración. Y sus labios entreabiertos se hallaban cerca de los suyos, tan, tan cerca...

Cuando ella susurró su nombre, un sonido tan suave y dulce que dudó si lo había llegado a pronunciar, toda la disciplinada resistencia de la que se había enorgullecido tan a menudo en sus años de servicio saltó por los aires en mil pedazos, barrida y aniquilada por la terrible e inexplicable ansia que el coraje, la belleza y la valentía de aquella mujer ocasionaban en él. Y aun maldiciéndose por hacerlo, por no ser capaz de resistirse, colocó su mano en la nuca de Inés y la atrajo hacia sí, devorando sus labios como si fuera a morir en aquel mismo instante y aquel fuera el único recuerdo que quisiera guardar para toda la eternidad.



Inés jamás creyó que algo así pudiera sentirse. De no haber estado sentada, habría caído al suelo sin duda, porque aún ahora, cuando él ya había puesto fin al beso, las piernas le temblaban tan violentamente que sus rodillas chocaban entre sí.

Y no eran sus piernas lo único que temblaba.

La descarga que había recorrido su columna al sentir los labios de Adrien sobre los suyos había sido brutal. Su espalda

se había arqueado con una tensión extrema, su estómago se había contraído como si una bola de fuego hubiera estallado en él, y una sensación de abandono y languidez había dejado sus miembros inutilizados. Hasta que, tras aquel tiempo que no supo si fueron segundos o minutos, Adrien se había apartado y ella había comenzado a temblar sin control.

Solo la tremenda desorientación en que se había sumido impidió que se aferrara a su cuello para obligarle a no separarse de ella.

—Lo siento —pronunció Adrien al fin con tono ronco y dolorido.

Inés parpadeó, confundida, y tardó unos segundos en comprender lo que él había dicho. No eran las palabras que esperaba. No era el primer beso que recibía —algún beso furtivo e ingenuo en una romería, alguno robado en un baile—, pero aquello no se había parecido a nada de cuanto ella hubiera experimentado antes. Había sido tan intenso como devastador, ¿y a él solo se le ocurría decir que lo sentía?

—Pues yo no —replicó con osadía—. Yo estoy encantada.

—No debió pasar —insistió Adrien.

Inés inspiró hondo. Se dio cuenta de que comenzaba a enfadarse, y ni siquiera como lo haría una persona adulta y madura, no. Se estaba enfadando con la rabia infantil del niño que es apartado a un lado sin recibir una explicación. Pero ella ya no era una niña, y se merecía una respuesta.

—¿Por qué no? —preguntó cruzando los brazos bajo el pecho.

Adrien la miró con prevención, sorprendido por su beligerancia.

—Porque no es posible. Lo siento.

—¡Deja ya de decir lo siento! —casi gritó—. Yo lo único que siento es que ya se haya acabado. Explícame por qué en tu caso es tan diferente, porque sinceramente, cuando me estabas besando me parecía que lo estabas disfrutando tanto como yo.

Con los sentidos todavía a flor de piel, Adrien la miró incrédulo.

—Inés, no... Tú no... No puedes hablar así.

—Pues lo estoy haciendo, ya lo ves. Vas a tener que esforzarte mucho para convencerme de que lo que acaba de pasar entre nosotros no ha sido especial. Porque yo lo he sentido, Adrien, ¿te enteras? Yo lo he sentido aquí. —Su puño golpeó sobre su corazón—. Dime que tú no, dime que para ti ha sido un beso más, algo que no ha

erizado tu piel, que no ha alcanzado tu alma... Dime que es algo que mañana habrás olvidado y que soy una estúpida por sentir este afecto...

Dos lágrimas rabiosas comenzaron a descender por sus mejillas antes de que ella pudiera evitarlo. Las apartó con disgusto, sabiendo que había hablado de más, esperando que Adrien se burlara de nuevo de ella, como aquella tarde en el hospital. Que negara sentir nada y le demostrara que era en realidad el hombre frío y distante que aparentaba ser, para que ella pudiera arrancar de cuajo de su corazón la ternura que el solo recuerdo de su rostro severo había comenzado a provocarle.

Esperó con los labios apretados y la barbilla alzada, y los ojos fijos en la mirada desconcertada de Adrien.

—Inés, no... No es posible.

Ella lo miró sin parpadear, tratando de entender sus razones, pero no lo consiguió. Adrien no se había burlado, ni había negado que aquello fuera diferente. Simplemente, se aferraba a aquellas palabras que nada explicaban, y que ella no pensaba aceptar sin más.

—¿Por qué, Adrien? ¿Estás ya casado, es eso?

—No.

—Porque si lo fuera, tampoco importaría. No estoy pretendiendo que te cases conmigo.

—*¡Mon Dieu, Inés!* —Adrien se pasó la mano por el cabello, incrédulo—. ¿Qué estás diciendo? ¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Crees que yo... que podría tomarte como amante, burlando la confianza de tus tíos?

—¿Qué sé yo qué creer! —A pesar de su decisión, su voz tembló—. Sé que entre tú y yo existe un vínculo especial, por mucho que te empeñes en negarlo, pero solo dices que no es posible.

—Porque no lo es.

—¡Basta ya, Adrien, me volverás loca! Primero me besas como si quisieras devorarme y luego me dices que no es posible.

Pues explícame de una vez por qué, y no hagas que me humille suplicando una razón, porque acabaré por no ser capaz de mirarte a la cara. Dímelo. Por favor.

Fijó los ojos en él, dolida. El rostro de Adrien mostraba los signos de la tensión que sentía; su boca se apretaba en un gesto obstinado y sus ojos oscurecidos reflejaban la gran lucha que se libraba en su interior. Inés comprendió con el corazón en un puño que la lucha estaba a punto de ser resuelta.

«Por favor, Adrien, no me alejes, por favor, por favor...».

Cuando al fin Adrien encontró las fuerzas para hablar, su voz sonó ronca y amarga:

—Créeme que jamás he deseado algo tan intensamente como deseo ahora poder contártelo. Pero no soy yo, Inés. No se trata de mí.

Inés negó con la cabeza, incrédula.

—No se trata de ti —repitió con lentitud, pensando abatida que aquella excusa era aún peor que la anterior.

—No se trata de lo que yo quiera o desee, *mon ange* —intentó hacerle entender con cierta desesperación—. Si las cosas fueran diferentes, si esta ocupación no existiera...

—¿Qué tiene que ver la ocupación con nosotros? —interrumpió Inés con dolor—. ¿Es esa la única excusa que se te ocurre? No me vale, Adrien. No.

—No es excusa, Inés. No me hagas ir más allá de esto. Yo tengo mis obligaciones, y no puedo envolverte en ellas. No me perdonaría jamás si algo te sucediera.

—¿Qué puede pasarme en el hospital? ¿O tal vez te refieres a esa otra cosa que no piensas contarme? ¿Es que no ves que te he escuchado delirar en inglés? ¿Es que no ves que ya sé que eres más de lo que aparentas?

La repentina sombra que oscureció el semblante de Adrien hizo que Inés comprendiera que había acertado de lleno en el blanco, pero la voz del hombre recuperó parte del control que había perdido.

—Entonces sabrás también que no puedo decir más, y dejarás de insistir. Por favor, Inés. Por favor.

Abatida, Inés negó lentamente con la cabeza. Su corazón tiraba hacia aquel hombre, desgarrándose, pero no podía suplicar más. Si Adrien decidía que entre ellos no había nada por lo que mereciera la pena luchar, entonces tal vez estaba en lo cierto. Al fin y al cabo, no sería la primera ni la última mujer que entregaba su afecto a quien no era capaz de corresponderlo. Dio un paso hacia atrás y cruzó las manos ante sí, intentando enterrar su dolor, sabiendo qué improbable sería conseguirlo. Había arrojado su propia dignidad a sus pies al confesarle lo que sentía, y ahora debería dedicar todos sus esfuerzos a recomponer su orgullo pisoteado.

—Está bien, si eso es lo que quieres, eso es lo que tendrás. Dejaré de insistir, pero también dejaré de verte. —Intentó deshacer el nudo de su garganta y se armó de valor para añadir—: Solo hay una última cosa que necesito preguntar, ¿ella tiene que ver algo con esto?

Luchando para detener la consternación que la decisión de Inés le provocaba, Adrien la miró sin entender.

—¿Ella? ¿A quién te refieres?

—A Aimée.

El rostro de Adrien palideció tan súbitamente que Inés comprendió que no había nada más que preguntar. Se acercó al escritorio y tomando un lienzo enrollado se lo tendió.

—Toma. Disculpa que no me quede para vendarte la herida, pero imagino que

serás capaz de hacerlo tú mismo. Y ahora perdóname, pero tengo que ocuparme del velatorio. Me encargaré de que alguien te atienda a partir de mañana.

Estiró la espalda con dignidad, y tomando la bandeja vacía para llevársela, se encaminó a la puerta. Pero cuando estaba a punto de cerrarla tras de sí, la llamada dolorida de Adrien la hizo detenerse.

Se volvió y lo miró. La tristeza de su mirada era tan innegable que el estómago de Inés se encogió de dolor, pero se negó a dejar que su desolación la conmoviera, porque si cedía de nuevo jamás encontraría las fuerzas para irse. Y sin esperanza, aún aguardó que él dijera algo que lo cambiara todo.

Pero las únicas palabras que asomaron a sus labios hicieron que ella esbozara una sonrisa amarga, antes de salir por fin de la habitación.

«Lo siento», había dicho.

Otra vez.

Inés se enjugó la última lágrima fuera ya de su vista. Jamás habría pensado que podría llegar a odiar tanto aquellas dos estúpidas palabras.

Al día siguiente, Tomás Acedo aprobó, sorprendido y satisfecho, el dócil comportamiento de su sobrina.

La víspera habían regresado de Burgos, y al poco de cruzar la puerta de la ciudad se habían encontrado con el coronel Mouret. Después de los saludos de rigor y los comentarios sobre las personas conocidas que habían encontrado en la capital castellana, el coronel les había informado del fallecimiento de Pascual, y después había insistido varias veces en la incómoda situación en la que se hallaba su sobrina. Tomás y su esposa habían intercambiado una mirada de disimulada sorpresa al comprobar que, cuando el coronel hablaba de situaciones incómodas, solo se refería a Inés, obviando que también Clara se hallaba en la casa. Y si las solas noticias del fallecimiento del guardés no les hubieran convencido de la necesidad de acercarse a Albizu, la apasionada insistencia del coronel lo habría hecho por sí sola. Aquella noche, antes de dormir, Teresa le había confesado a su marido que su opinión sobre el doctor Labat era excelente, y que confiaba en su integridad tanto como en la de Inés, pero que la prudencia nunca estaba de más, tratándose de una situación en la que el dolor que su sobrina estaría sintiendo podía hacer que ella buscara, o él ofreciera, un consuelo más allá de lo conveniente.

Tomás no creía que el esperado fallecimiento del anciano pudiera afectar a su sobrina hasta tal punto, pero estaba de acuerdo en que no era adecuado que Inés continuara cuidando de aquel hombre. Así que aquella mañana habían partido temprano hacia Albizu, dispuestos a discutir con ella cuanto hiciera falta para que comprendiera que, tras el funeral, debía volver con ellos a la ciudad. Pero para sorpresa de ambos, no había hecho falta insistir: Teresa había preparado todo tipo de

argumentos para convencerla, pero lo único que necesitó decir fue que encontrarían alguna mujer que pudiera ocuparse de Labat, y su sobrina había aceptado sin protestas.

Ahora, sentada en el salón, parecía absorta en la Biblia que sostenía entre sus manos, y Teresa la observó con disimulo. Su aspecto desde luego no era el mejor; las pronunciadas ojeras apenas ocultaban que había llorado, pero teniendo en cuenta cuánto quería a Pascual, supuso que podría ser lógico. Sin embargo, para su tía resultaba evidente que había algo más, pero por el momento prefirió no dar vueltas a los posibles motivos que sospechaba para su pena.

Solo cuando Elvira entró en la sala, tras haber subido a descansar hacía tan solo un par de horas, Inés pareció despertar. Se levantó para abrazar a la anciana, que aceptó su cariño pero enseguida le indicó que volviera a sentarse. La mujer se dirigió hacia Teresa para decirle que el cura había encontrado una viuda en el pueblo que aceptaba encargarse de Labat.

Teresa agradeció a la mujer que la hubiera avisado, y se levantó para escribir una nota a la viuda. No pudo evitar sentirse desazonada por el cambio operado en su sobrina. Si se tratara de otra muchacha, que fuese su tía quien se encargara de entrevistar a la mujer y acordar las condiciones sería lo esperable; pero Inés había llevado siempre los asuntos de su casa sin necesitar ayuda de nadie, incluso cuando Germán vivía allí. Que ahora aceptara con tal docilidad la intervención de Teresa resultaba extraño.

Inés captó la mirada recelosa que su tía le dirigió antes de abandonar el salón. Estaba haciendo un esfuerzo supremo por comportarse con normalidad, y creía que lo estaba consiguiendo; pero cada vez que Clara o sus tíos la miraban, creyendo que no se daba cuenta, le entraban ganas de salir corriendo. Lo único que aquel día podría consolarla era la soledad, y sin embargo la casa estaba llena de gente que velaba el cuerpo de Pascual y les acompañaría hasta que se celebrara el entierro. Tenía que estar presente, charlar con ellos, escuchar las anécdotas que recordaban del anciano y asumir que, a cierta edad, los tiempos pasados eran siempre mejores. Y no podía irse aún, eso era seguro.

—¿Me has escuchado? —repitió Clara.

Inés parpadeó, sobresaltada.

—No.

—Decía que acaba de llegar Martín. Voy a recibirle, ¿quieres venir?

Inspirando hondo, Inés se puso en pie.

—Un poco más tarde, si no te importa. Si la tía y tú podéis arreglaros sin mí, iré a descansar un rato.

—Claro, no te preocupes por eso. Pero ¿seguro que estás bien?

—Estoy bien, solo algo cansada. No he dormido bien, pero en cuanto descanse un

poco estaré perfectamente.

—Entonces descansa. Nosotras nos ocuparemos de todo.

Su hermana se acercó a ella y le dio un afectuoso beso en la mejilla, antes de desaparecer por la puerta de la sala.

Pero Inés no quería descansar. Escuchando por encima de los rezos susurrados el canto de los pájaros que rasgaba la quietud del caluroso mediodía, se dijo que lo único que necesitaba era un rato a solas para comenzar a ser ella misma de nuevo. Sabía que el sitio perfecto para comenzar a recomponerse era su amado rincón en la espesura del bosque. Y, sin embargo, ni siquiera ese pequeño consuelo le era posible aquel día en que el frío descarnado que atenazaba su corazón parecía burlarse del calor de la veraniega mañana.

—Celebro ver que puede levantarse ya.

—Sí, así es, muchas gracias. Me encuentro mejor. Aún me agoto mucho, pero ya no tengo fiebre, y espero considerarme recuperado en unos días.

—Así que en breve podrá volver a la ciudad, ¿verdad?

Adrien entornó los ojos para seguir el movimiento de Teresa Mendoza frente a la ventana.

—Eso espero.

La mujer le sonrió distraída, sin detener su deambular. Adrien comenzó a impacientarse. Aunque en realidad aquel día se sentía malhumorado desde que había despertado. El recuerdo de la conversación con Inés lo había perseguido en sueños desgarrados en los que él le confesaba la verdad, y en los que ella se hundía en las gélidas y tenebrosas aguas del océano sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Mucho antes de que las luces del amanecer tiñeran de rosa el cielo sobre las montañas, él ya estaba levantado en la silla junto a la ventana. No sabía qué esperaba allí sentado, sintiendo cómo su corazón saltaba alertado cada vez que el reflejo de una luz en la casa se proyectaba en la tierra oscurecida del camino de entrada; pero allí había estado desde temprano, hasta que la puerta de su habitación se había abierto y su corazón casi se había desbocado, antes de darse cuenta de que era Clara quien le traía la bandeja del desayuno.

¿Qué había esperado? Ella se lo había advertido.

Adrien se había repetido que la olvidaría. Él había sobrevivido olvidando, ¿y por qué en esta ocasión iba a ser diferente? La olvidaría, aunque aún no supiera cómo iba a conseguirlo ahora que la conocía, ahora que sabía que ella existía y respiraba en algún lugar del mundo, que su risa y su alegría eran capaces de hechizar su corazón. Ahora que conocía la dulzura de su sabor y el coraje de su espíritu, ¿qué era el deber a su lado?

Y, sin embargo, el deber era lo único posible.

—¿Lo comprende, verdad?

Adrien volvió la cabeza hacia la mujer, que se había apoyado en el escritorio. No sabía de qué le estaba hablando, pero aquel revoloteo por la habitación comenzaba a molestarle.

—¿Por qué no se sienta? —ofreció con cierta rudeza.

—Aquí estoy bien, gracias —replicó Teresa sin amilanarse. Realmente, si las ojeras de su sobrina le habían dejado pocas dudas, el evidente mal humor del francés las había resuelto de un plumazo—. Como decía, supongo que no tendré que explicar mis motivos, ¿verdad?

—Me temo que estaba distraído, *madame* Teresa. No sé a qué se refiere.

En medio de su inquietud, aquella respuesta abrupta supuso un cierto consuelo para Teresa. Al menos, su sobrina no era la única que sufría.

—Le estaba diciendo, aunque no parece haberme escuchado, que en cuanto volvamos a la ciudad solicitaré al general Barrere que le busque otro alojamiento para cuando regrese.

Adrien ahogó una punzada de dolor, mientras ella aguardaba su respuesta.

—Como usted desee, *madame* Teresa.

—Mi marido y yo sentimos un sincero aprecio por usted, Labat —se apresuró a añadir Teresa—. Pero mis sobrinas lo son todo para mí. Lo comprende, ¿verdad?

Adrien la miró imperturbable. No sabía qué había hecho para delatarse, pero en cualquier caso, y aunque en realidad nada había pasado, su sentido común le gritaba que aquella era la única salida posible.

—Lo comprendo —contestó al fin—. Será lo mejor.

—Gracias, doctor Labat. —Teresa Mendoza suspiró aliviada. No podía negar que apreciaba a aquel hombre, y no le habría parecido mal que cortejara a su sobrina. Pero ya que no había hecho ninguna mención a ello, parecía ser que no iban por ahí los tiros. Y en tal caso, toda prudencia era poca.

—¿Ella se irá con ustedes?

Teresa asintió.

—Sí. Nos iremos mañana por la tarde, cuando el sol baje. Están siendo días muy calurosos.

Adrien se encogió de hombros. Teresa suspiró de nuevo, esta vez de incompreensión. Había vivido lo suficiente para saber que aquel hombre estaba tan afectado como su sobrina, y no era capaz de entender por qué motivo ambos tenían que estar sufriendo de aquella manera. Comenzó a dirigirse hacia la puerta, y estaba a punto de salir cuando la voz del médico la hizo volverse.

—No ha pasado nada entre nosotros, *madame*. No hay nada de lo que Inés deba avergonzarse.

Teresa lo miró unos instantes con detenimiento, tomando nota mental de la

familiaridad con que el francés había hablado de su sobrina.

—Nunca lo he dudado —repuso con convicción.

Y salió de la habitación.

Al día siguiente, el calor era tan asfixiante que Inés temió que su partida se retrasara hasta muy tarde. Y ella estaba impaciente por irse cuanto antes. Había pasado el día anterior atendiendo visitas, sirviendo vasos de vino y platos de queso y galletas, recordando las cosas que Pascual solía decir y hacer. Si no fuera porque le dolía dejar a Elvira allí, aquella mañana habría agarrado su caballo nada más terminar el entierro y se habría vuelto sola, a pesar del calor y el sol implacable. Pero la brizna de sentido común que no parecía haberse evaporado de su cerebro la había mantenido allí, atendiendo el último refrigerio que debían servir en la casa y esperando a que llegara el atardecer para irse con los demás. Al menos, la viuda que su tía había contratado para atender a Adrien aceptó también echar una mano en la casa, y así Elvira no tendría que cargar con todo; aquel era el único motivo de consuelo que había encontrado en aquella jornada.

Giró sobre sus talones con impaciencia, recorriendo con la vista el salón en penumbra en busca de algo que la mantuviera distraída, pero nada llamaba su atención. Habían almorzado justo después del entierro, cuando por fin todos los vecinos y amigos se habían ido, y ahora los demás ocupantes de la casa estaban echando la siesta. Pero a ella el silencio de la casa le resultaba opresivo, y no había querido ni hablar de echarse a dormir. Todo el mundo parecía ahora tan tranquilo, tan dispuesto a continuar su vida... Solo había una persona de quien no sabía —ni quería saber— cómo se sentía.

Clara le había dicho que Labat había bajado un instante de su habitación para despedir a Pascual, justo antes de que los vecinos del pueblo sacaran el cuerpo de la casa, camino del cementerio. Su hermana había confundido el escalofrío que la había recorrido con temor por el estado del francés, y le había asegurado que parecía muy recuperado, y que aunque el esfuerzo de andar aún le resultaba agotador, era evidente que todo acabaría bien.

Inés solo pudo dar gracias al cielo por no haber estado en la habitación en aquel momento. A pesar de la firmeza de su decisión, y de que su sentido común aseguraba que había hecho lo correcto, aún no se sentía preparada para encontrarse con Adrien con serenidad. Se alegraba de que se recuperara con rapidez, pero prefería mantenerse lejos de él por ahora.

Con un nuevo vistazo a su alrededor, comprendió que nada de lo que veía en aquel salón le ofrecía ningún atractivo. Solo había una cosa que le apetecía hacer, y esta vez no iba a renunciar a ella. Así que, procurando no hacer ningún ruido, se deslizó por las escaleras hacia la planta baja, y tomando su daga del cajón del zaguán



y un sombrero de paja que allí colgaba, salió hacia el patio.

Esperó hasta que sus ojos se hicieron al sol del mediodía tardío que caía a plomo sobre aquel espacio. Anduvo de puntillas sobre las ardientes losas, y solo relajó su paso cuando alcanzó el sendero del huerto. Más allá de los frutales y de las plantaciones de hortalizas y verduras el camino se estrechaba y descendía entre hayas y castaños hacia el antiguo molino de piedra que ya apenas se usaba. En realidad prácticamente nadie, salvo ella, frecuentaba aquel camino, como demostraba la crecida hierba que lo tapizaba. El remanso donde se creaba la poza no era adecuado para pescar, y aunque en tiempos pasados se había utilizado para lavar ropa, el actual lavadero del pueblo, mucho más cercano y adecuado, lo había dejado sin utilidad.

Inés sorteó una rama caída y tuvo que quitarse el sombrero para escurrirse entre los troncos retorcidos de dos hayas que habían crecido tan juntas que apenas se podía pasar entre ellas. El sendero descendía abruptamente desde ese punto, pero eran apenas unos cincuenta metros. Al final de la empinada cuesta, tras el denso follaje que desde arriba impedía su visión, se abría el pequeño claro que descubría la poza del río donde había acostumbrado a bañarse desde pequeña.

Nadie había creído que aquella fuera la distracción más adecuada para una niña, salvo su padre. Él le había descubierto el lugar, y le había enseñado a nadar. Y a diferencia de Clara, que temía el agua y nunca había podido comprender la fascinación de su hermana por aquel sitio, Inés volvía allí siempre que se sentía inquieta, triste o confusa.

Acabó de bajar la cuesta y, agachándose para pasar bajo las ramas cargadas de hojas, se detuvo en la piedra en sombra, plana y extensa, que cerraba la pequeña poza por aquel lado. Al otro lado del agua, otra piedra casi idéntica refulgía al sol, ofreciendo el lugar perfecto para secarse tras una zambullida.

Inés no lo dudó ni un segundo. Elevando su falda con la mano libre, cruzó por la izquierda de la poza, donde un tronco tendido sobre rocas permitía sortear el agua, y se sentó en la piedra del otro lado. Permaneció así un largo instante, con los brazos rodeando las rodillas dobladas bajo la falda y la barbilla sobre ellas. Miraba sin ver la deslumbrante superficie de la cascada iluminada por el sol. Adrien Labat no era indiferente a ella, eso lo sabía, pero sí que era muy capaz de resistir esa atracción. Ella no había tenido aquella posibilidad, o aquella fortaleza; a pesar de sus prejuicios, sus esfuerzos y su sentido común, de repente un día la comprensión de que se había enamorado, sin saber siquiera cómo, la había vencido.

Todo para tener que aceptar que no era capaz de encontrar el camino hacia su corazón.

Comprendiendo que estaba a punto de llorar, decidió que ya bastaba de compadecerse de sí misma. Nadie se moría por un desengaño y ella acabaría por olvidarlo. El día era demasiado cálido y el sitio demasiado hermoso para lamentarse.

Así que con una nueva decisión se descalzó, soltó el delantal y la falda y los deslizó por sus piernas, desabrochó el jubón y la blusa y amontonó toda la ropa sobre la piedra. Luego soltó la funda de la daga de su pantorrilla y la depositó con cuidado sobre el montón de ropa, y tan solo vestida con la ligera camisola de tirantes, se introdujo poco a poco en las frías aguas del río.

Al asomarse tras el tronco del árbol, Adrien sintió que se quedaba sin respiración.

Por un instante pensó que era un sueño. Que la fiebre había vuelto para producir aquel delirio.

Pero no. No lo era.

La visión de Inés arrodillada bajo la cascada, con los brazos elevados peinando su cabello y la empapada camisola pegada al cuerpo, incapaz de ocultar nada de lo que cubría, era suficiente para que creyera que debía tratarse de una alucinación.

Si no fuera porque el dolor de la herida le hacía doblarse en dos y respiraba con agitación después del infernal recorrido, habría tenido que pellizcarse para convencerse de que aquella imagen era real.

Rodeada por la umbría cubierta del bosque e iluminada por los escasos rayos de sol que en aquel punto penetraban la densa vegetación, la húmeda visión de su cuerpo bellissimo y orgulloso resultaba una aparición difícil de soportar.

«Y ahora, ¿qué?», se preguntó Adrien cuando recuperó algo de aliento. Ni siquiera se atrevía a moverse.

Se hallaba asomado a la ventana de la escalera cuando la vio salir al jardín. Desde que había bajado al velatorio, llevaba todo el día pensando en despedirse de ella, a pesar de no saber si aceptaría recibirlo. Era posible que aquella fuera la última vez que se vieran en la vida; su tía iba a solicitar que lo trasladaran de alojamiento, pero él estaba pensando más bien en establecerse fuera de Vitoria. Lamentablemente, no podía alejarse del todo en aquellos momentos —sería como tirar por la borda todo el trabajo realizado—, pero desde Mondragón podría acercarse cuando hiciera falta. Y si al volver a Vitoria se mantenía entre el hospital y el cuartel general, no habría peligro de encontrarla.

Y, sin embargo, aunque no podía explicarle nada de sí mismo, había una cosa que se resistía a dejarle creer: que Aimée era alguna mujer a la que había amado y perdido.

Y con la excusa de deshacer aquel error —porque sí, tal vez fuera solo una excusa para verla por última vez—, la había seguido al verla salir de la casa casi a hurtadillas. No había podido mantenerse cerca de ella, ya que cada poco debía pararse para recuperar el aliento, pero el sonido de sus pasos lejanos lo había guiado hasta unas hayas que parecían poner fin al camino. Allí había dudado, pero un ligero rastro de hierba pisada le ayudó a encontrar el sendero que descendía en pendiente. Y al

llegar al final del mismo, el tenue sonido de un chapoteo le hizo comprender que había llegado a su destino.

Pero nada le había preparado para aquella visión tan turbadora y sensual.

Y ahora ni siquiera se atrevía a moverse. Aquel momento, aquella escena era tan íntima que un súbito acceso de pudor lo invadió. Se sentía un intruso, un bárbaro que sin tener ningún derecho había pisoteado su intimidad. Debería darse la vuelta e irse por donde había venido antes de que ella supiera que la había seguido.

Debería. Pero no era capaz.

Era como si la visión de aquel cuerpo de suaves curvas, plenamente visibles bajo la camisola transparente, lo hubiera hechizado. Como si el embrujo de aquella piel blanca que resplandecía bajo los destellos iridiscentes de multitud de pequeñas gotitas de agua lo hubiera dejado sin voluntad. Inés mantenía los brazos alzados, deslizando el agua de la cascada sobre su cabello, y su cuerpo arqueado parecía ofrecerse, insolente y exquisito, hacia él.

Tragó saliva, intentando controlar su deseo. Si ella hubiera deseado martirizarlo, no podría haber escogido mejor manera.

Entonces ella bajó los brazos con lentitud, y con la misma calma se levantó y se alejó de la cascada hacia la piedra donde descansaban sus prendas. Adrien la vio salir, inclinarse un instante y avanzar hacia la izquierda de la poza, pero aunque se movió con velocidad hacia su derecha para verla, ya había desaparecido de su campo de visión.

Casi conmocionado, intentó decidir qué debía hacer ahora. Escuchó un ligero chapoteo, pero no podía verla desde donde se hallaba. Durante unos instantes permaneció indeciso, dudando si seguirla o no, cuando de repente el aire a su alrededor cambió ligeramente; notó un leve cosquilleo que ascendía por su espalda, una tenue sensación en su nuca... Algo breve y casi inapreciable, pero él era un hombre adiestrado y curtido, y antes de que su cerebro fuera consciente del movimiento a su espalda, su instinto ya le había hecho arrojarse al suelo, rodar sobre sí mismo y lanzarse sobre la figura que tras él blandía una navaja.

Y cuando encontró los indignados ojos como el cielo de la mujer que yacía bajo su peso, supo que el agudo dolor que en aquellos momentos sentía en su costado no iba a ser nada comparado con el tormento de saber que jamás podría tenerla.

—¡Maldita sea, quítate de encima!

Inés trató de zafarse del peso del hombre, revolviéndose bajo su cuerpo. Pero aunque sus movimientos provocaron una mueca de dolor en Adrien, sus esfuerzos fueron en vano.

—Estate quieta.

Sin saber si se sentía más humillada o indignada, Inés volvió a retorcerse bajo él.

—¡Quítate, animal! ¿Me oyes? Eres un bestia, ¡suéltame!

Adrien miró hacia su izquierda, hacia la muñeca que apretaba contra el suelo, y no pudo evitar sentirse admirado. No es que fuera pequeña, pero su cuerpo esbelto y grácil no alcanzaba ni la mitad de su propia envergadura, y aun así, mantenía aferrada la daga con audacia y firmeza.

—Cuando tú sueltes eso.

Con un bufido exasperado, Inés estuvo a punto de decirle que ni lo soñara. Cuando se bañaba bajo la cascada había percibido una presencia tras los árboles, pero a pesar de su sobresalto había mantenido la cabeza fría. Disimulando sus intenciones, había girado hacia la ropa para que su cuerpo ocultara el arma, vadeado el río un poco más abajo y rodeado por la espalda los árboles que resguardaban a quienquiera que la estuviera espiando. Y habría colocado la daga en su nuca, dispuesta a utilizarla sin miramientos, si él no hubiera sido tan condenadamente rápido.

Y al caer hacia atrás y encontrarse atrapada bajo su cuerpo, la vista de los ojos grises y tranquilos de Adrien la había encolerizado más allá de toda razón. Él apretaba su muñeca sin fuerza, débil como estaba, pero el peso de su cuerpo era suficiente para que Inés no pudiera hacer nada. Nada que no fuera yacer bajo él, indefensa y furiosa, deseando poder abofetearle, dañarle, herirle...

Aun así, sabía que no necesitaba la daga. Y aún mejor sabía que él no iba a ceder. La soltó echando chispas por los ojos.

—Ya está. Ya puedes quitarte de encima.

Adrien vio cómo sus dedos se abrían dejando caer el arma, y giró la cabeza. Ella lo contemplaba con tanto ardor, con tanta vehemencia... Tal vez lo odiaba por fin, se dijo hundiéndose en las profundidades turquesa de sus ojos inteligentes y fieros. Tal vez había conseguido que jamás quisiera volver a saber nada de él. Pero aquel pensamiento no lo consoló. No lo consoló en absoluto, y cuando un ramalazo de dolor y rebeldía lo recorrió, sin saber siquiera lo que hacía se inclinó sobre ella y, absorbiendo la exclamación sorprendida de Inés, besó su boca con ansia, devorando sus labios, acariciando su interior con la lengua y los dientes, con dulzura y desesperación, como si de aquella manera pudiera apropiarse para siempre de un poco de aquel alma que lo había embrujado, de un poco de aquel espíritu que le hacía

desear con impotencia y desolación ser una persona diferente, alguien que pudiera dedicar el resto de su vida, lo poco o mucho que él era, a protegerla y amarla.

Y cuando al fin cesó el beso, y él pudo apartarse un poco, aquellos ojos hermosos y magníficos reflejaban tal aflicción que todo su valor, toda la fuerza y determinación que creía poseer saltó por los aires en pedazos.

Resbaló hacia su costado, sobre su cuerpo, y apretando los dientes ante el agudo dolor que aquel movimiento le provocó, alzó la mano para acariciar su rostro, sus labios, su cuello, para deslizar los nudillos con suavidad sobre la piel del escote que la camisola apenas tapaba. Luego descendió entre sus pechos, mientras los ojos de Inés se agrandaban por la incertidumbre, y se detuvo sobre su estómago. Bajó la cabeza para contemplarla, su cuerpo mojado y perfecto estremeciéndose bajo su mano; una visión de una belleza tan deslumbrante que resultaba casi insoportable.

Las palabras «lo siento» asomaron a su mente, pero esta vez las desechó con firmeza. No lo sentía; sabía que aquello estaba mal, sabía que no tenía derecho a mantenerla junto a sí de aquella manera, pero era demasiado egoísta y débil para apartarse en aquellos momentos y dejar que se fuera.

Pero cuando de nuevo alzó la vista desde la camisola que, empapada y arrugada, se enredaba entre sus muslos, el brillante rastro de humedad en su sien golpeó su conciencia, haciéndolo sentir un miserable.

Con un vuelco del corazón apoyó los labios sobre la piel humedecida y absorbió la solitaria lágrima que resbalaba hacia su cabello mojado y revuelto. Inés temblaba, no sabía si de frío o de rabia, y él la abrazó con desesperación, notando la humedad de su cuerpo traspasando su propia ropa, sintiendo el alborotado latido de su corazón contra su propio pecho.

No supo cuánto tiempo permaneció abrazándola así, hasta que finalmente la voz quebrada de Inés se filtró entre el posesivo encierro de sus brazos.

—¿Y ahora qué, Adrien? ¿Ahora qué?

Inés temblaba, y la angustia parecía atenazar su cuerpo. Adrien había apartado los brazos, pero su mano derecha aún reposaba sobre su estómago. Y el interior de Inés luchaba a brazo partido contra la necesidad cruda y descarnada que las caricias de aquel hombre habían despertado en su interior. Aquello debía de ser el deseo, se dijo a punto del llanto. Aquella rítmica palpitación de su vientre, aquel hormigueo en sus senos, aquella vibrante sensación entre los muslos. Aquella extraña pulsión que la empujaba a desear desesperadamente colgarse de los brazos de Adrien, de su cintura, su cuerpo, arquearse contra él para mendigar el tacto de sus manos y su boca sobre ella.

Pero qué habría después de aquello, qué le quedaría a ella después, cuando él no había pronunciado ni una palabra diferente de lo que ya le había dicho en la casa...

Él la miraba de una forma tan turbulenta, tan desolada, que Inés se encogió con

tristeza.

—Esto no cambia nada, ¿no es cierto?

Adrien no supo qué contestar. Aquello no cambiaba nada, y sin embargo todo estaba alterado. Todo. La certeza y seguridad que siempre había mantenido sobre su vida, sobre lo que había de hacer, sobre cómo viviría... Todo estaba patas arriba.

—No lo sé —confesó al fin, cabizbajo.

Un suspiro desolado escapó de la boca entreabierta de Inés. Adrien la miró con impotencia, pero ella se limitó a negar con la cabeza.

—No me vale, Adrien. Lo siento.

Y que esta vez fuera ella quien empleara aquellas palabras hizo que él comprendiera, de una vez por todas y para siempre, que aquella mujer hermosa, valiente y terca lo había arrastrado hasta la derrota.

Adrien continuó mirándola, sabiendo que debía conservar la cabeza fría. En aquellos momentos arrojaría todo por la borda, pero no era una decisión que pudiera tomar así, de aquella manera alocada e imprudente. Ella merecía más, mucho más. Y él necesitaba tiempo.

Había venido para darle una explicación, y eso era lo que iba a hacer. Eso era lo único en lo que debía pensar por el momento.

—Tienes que vestirte —dijo, tomándola del brazo para ayudarla a levantarse.

En silencio, Inés se levantó y cruzó el río ante él. Solo cuando, sentada en la piedra del otro lado, los cálidos rayos del sol alcanzaron al fin su cuerpo, fue consciente del frío helado que había calado hasta sus huesos.

—¿Cómo se te ocurre bañarte sola de esta manera? —la interrogó Adrien con más rudeza de la que pretendía, cuando ella se estremeció.

Fue duro porque estaba asustado. Mientras él, dolorido y cansado, se apoyaba contra la roca sobre la que saltaba la cascada, ella se había sentado de rodillas, en el centro de la piedra radiantemente iluminada, con el cabello revuelto y las curvas de su cuerpo indudables a pleno sol bajo la camisola húmeda. Parecía una ofrenda, un sacrificio humano ofrecido por un pueblo salvaje a un dios pagano, y solo pensar que cualquier otro hombre podía haberla visto así lo llenaba de una furia incontrolable.

Inés elevó hacia él una mirada retadora; el dolor le hacía recuperar poco a poco el dominio de sí misma.

—Lo hago a menudo. ¿Cómo se te ocurre a ti espiarme?

—Yo no te estaba espiando. Y tú no lo harás más.

—¿Ah, no? —exclamó desafiante, alargando la mano para tomar sus ropas.

—¿Qué tiene que suceder para que comprendas que en cualquier lugar de esta tierra puede aparecer una partida de soldados franceses?

—¿Como has aparecido tú, merodeando? —se burló, metiendo los brazos en la blusa y anudándola.

—Yo no merodeaba —replicó Adrien con calma.

—¿No? Bueno, pues discúlpame, tal vez el hecho de que me hayas seguido a escondidas me haya confundido. ¿O no me has seguido y tan solo ha sido casualidad como el día del ataque?

—Sí, te he seguido —admitió Adrien, intentando que su cruda ironía no le afectara—. Porque necesito hablar contigo.

—¿Sí? Pues de momento no hay mucho que hayas dicho.

—Porque jamás se me habría ocurrido que iba a encontrarte desnuda en medio del bosque —espetó, molesto por su sarcasmo.

Inés se encogió de hombros, comenzando a trenzar su cabello.

—No estaba desnuda. Tenía una camisa.

—Pues teniendo en cuenta cómo se te pegaba al cuerpo, no sé qué es peor, la verdad...

Ambos se quedaron en silencio un instante. Inés recogió la trenza en un rodete flojo en la nuca y lo aseguró con las horquillas que refulgían sobre la piedra. Luego lo miró con triste resignación.

—¿Qué quieres, Adrien?

Por fin el tono mordaz había desaparecido de su voz. Adrien se acercó y tomó su mano con ternura.

—Ven.

La condujo hasta un tronco caído algo alejado del agua, donde el sol apenas se colaba entre las hojas, y ambos se sentaron.

—Primero quiero que sepas que si yo fuera dueño de mi vida no habría nada ni nadie en este mundo que pudiera mantenerme lejos de ti. Pero no lo soy, Inés.

Ella cruzó las manos sobre la falda, sin querer mirarlo.

—Eso me lo has dicho decenas de veces, Adrien —dijo con cansancio.

—Lo sé. Ojalá pudiera hacer que comprendieras... —Meneó la cabeza con desaliento al ver la expresión reacia de la joven—. Pero no es de eso de lo que quería hablarte hoy. Te he seguido porque necesito explicarte quién era Aimée.

El corazón de Inés dio un vuelco, pero no levantó la vista.

—No me debes ninguna explicación.

—No, no te la debo, pero quiero dártela. No sé qué pude decir mientras estaba inconsciente, porque supongo que lo averiguaste de esa forma. Pero creo que te hiciste una idea equivocada de quién era ella.

—No tuve que hacerme ninguna idea. Le pedías perdón, y entendí que decías que la amabas. Que no te dejara...

—... que volviera a mí, ¿no es eso?

—Sí. Creo que sí.

Adrien se puso en pie y comenzó a pasear ante ella. Finalmente se detuvo, con

gesto de pesar.

—Ni siquiera debería decirte esto. Es una información que en manos de alguien como Mouret podría ser muy peligrosa para ambos. Espero que lo comprendas, Inés. Es algo que deberás olvidar que sabes.

La miró con gravedad. Inés le devolvió una mirada plena de escepticismo, pero asintió. Adrien pasó la mano por su cabello y permaneció unos instantes contemplando el suelo.

—Aimée era mi hermana pequeña —explicó al fin, escogiendo las palabras con cautela—. Murió ahogada cuando la embarcación en la que viajábamos sufrió un golpe de mar. Ella se había puesto de pie para vomitar y cayó por la borda. Yo me tiré tras ella para intentar salvarla, y pude asirla, pero las olas eran muy fuertes y ella no sabía nadar... Aguanté cuanto pude, sabiendo que los hombres que nos llevaban intentarían rescatarnos, pero el agua estaba gélida y apenas podía con su peso... Ella se aferraba a mí con miedo y yo sentía los brazos agarrotados, pero no iba a rendirme, no lo habría hecho, sé que no lo habría hecho... —Se detuvo, como si el esfuerzo de seguir sus propios recuerdos fuera demasiado—. Pero de repente una ola aún más fuerte que las anteriores nos golpeó, y ella se me deslizó de entre los brazos... La vi alejarse, mirándome con una expresión de terror que todavía hoy me asalta en sueños. Le grité que aguantara, que no se fuera, que no me dejara, que la quería... Pero aunque intenté cogerla de nuevo, no pude sacarla. Se hundió, Inés; se hundió en medio de las aguas heladas y tenebrosas del océano, y ya jamás volví a verla.

Adrien bajó la mirada. El evidente dolor que aún le causaba aquello pareció impregnar el aire alrededor de él, e Inés comprendió que debía romper el silencio cuanto antes si quería evitar que los recuerdos lo aprisionaran.

—Y a ti te rescataron...

—Sí. A mí me rescataron —pronunció con amargura—. Me hubiera cambiado mil veces por ella, pero fue a mí a quien rescataron.

—¿Y tus padres?

—Muertos. Toda mi familia acababa de desaparecer. Ella era lo único que me quedaba, y la última vez que vi a mi madre le juré que la protegería con mi vida. Y fallé, Inés. Fallé en la única promesa que debí mantener a costa de cualquier cosa, incluso de mi propia vida.

—Pero hiciste cuanto pudiste —protestó Inés, conmovida por el patente dolor que Adrien aún sentía.

—Solo tenía seis años. Solo seis años, y era la niña más dulce y hermosa que puedas imaginar... Hacer cuanto pude no fue suficiente.

—Pero... ¿y tú? —preguntó con cautela—. ¿Cuántos años tenías tú?

Adrien apretó la mandíbula. Por un interminable momento Inés creyó que no iba a contestar.



—Tenía catorce.

Una exclamación de incredulidad brotó de los labios de Inés.

—¡Pero si apenas eras más que un niño tú mismo!

—No era un niño. Tenía edad suficiente para haberla protegido. Se lo juré a mi madre antes de que falleciera, y no fui capaz de cumplir mi juramento.

A pesar de la sorpresa que aquella revelación le había causado, el cerebro de Inés comenzó a atar cabos.

—¿Cuántos años hace de eso?

Adrien la miró entornando los ojos.

—Eso no tiene importancia.

Pero ella hizo caso omiso de sus palabras, pensativa.

—Debe de hacer unos quince años de eso. Más o menos, en el año del Terror de Robespierre... —Y entonces, una luz se encendió en su mente, y elevó la cabeza, comprendiendo de golpe—. ¿Así es como toda tu familia desapareció de repente, represaliada por alguno de esos tribunales revolucionarios que fueron capaces de ejecutar a la misma reina María Antonieta?

Y al ver la consternación que reflejaron los ojos de Adrien ante su razonamiento, comprendió que estaba en lo cierto, y que acababa de provocar una fisura en la recia coraza con que el médico se protegía.

Y ella estaba dispuesta a ahondar en esa fisura.

—¿Por qué la llamabas en inglés en tus delirios, Adrien? ¿Por qué...?

Pero antes de que acabara su pregunta, Adrien, ya rehecho, levantó la mano para que callara.

—Mi madre era inglesa, Inés, pero eso es todo cuanto puedo decirte. No intentes averiguar más. —Su voz sonó dura y cortante—. Ni siquiera tendría que haber dicho lo que he dicho. Te he contado mucho más de lo que debía.

—¿Y por qué lo has hecho, Adrien? —contestó con suavidad, escrutando el rostro del médico en busca de las respuestas que aún se le escapaban—. ¿Me has dado estas explicaciones para que acepte que lo nuestro no es posible?

—Te las he dado porque no quería dejar que creyeras que es el recuerdo de otra mujer el que hace imposible nuestra relación. Y ahora que ya sabes que no es así, será mejor que olvides esta conversación.

Con decisión, Inés negó con la cabeza.

—No, no voy a olvidarla. Porque ahora todavía entiendo mucho menos lo que sucede. No me voy a resignar, Adrien, no con las excusas que me has dado. Hasta ahora suponía que era tu deber el que se interponía entre nosotros, pero ahora veo que en realidad es ese sentido tuyo de la responsabilidad tan extremo.

Adrien cruzó los brazos sobre el pecho.

—No sé a qué te refieres.

—¿No? ¿Estás seguro? Pues yo lo veo claro. Hablarás de tu deber, de que no eres dueño de tu vida completamente, de lo que quieras... Pero yo veo que te aterra que alguien dependa de ti, que haya alguien a quien puedas fallarle, y me mantendrás a distancia con tal de evitar esa posibilidad, no importa lo que sientas por mí.

—Inés... —comenzó él, ceñudo, con gesto de advertencia.

Pero Inés no estaba dispuesta a callar. No ahora.

—¿Cómo es posible que te culpes de la muerte de tu hermana cuando hiciste todo lo que pudiste? Dime una cosa, si otra persona hubiera hecho lo que tú aquel día y a pesar de todo no hubiera podido salvarla, ¿le habrías culpado con la misma crueldad con que te culpas a ti?

Adrien dejó pasar un largo instante antes de contestar.

—Pero no fue otra persona, fui yo.

—Apenas un niño.

—¿Y qué importa eso? Era mi hermana, Inés. Era mi responsabilidad, y no pude salvarla.

—¿Pero yo no necesito que me salves, Adrien, solo que me ames! ¿Es que no lo entiendes? —gritó, dolorida.

La desesperanza fue tan evidente en su voz que Adrien la miró consternado. Un silencio opresivo y denso descendió sobre ellos. Inés movió la cabeza, apesadumbrada: con aquella declaración, acababa de quemar todas sus naves, y aunque supo que había conseguido que Adrien dudara, supo también que en la terrible batalla que se estaba librando en su interior no saldría victoriosa.

Y, en efecto, de repente, el rostro de Adrien recuperó su habitual impasibilidad, e Inés estuvo a punto de gritar de rabia. Acababa de poner su corazón a sus pies, pero él no iba a hacer nada por retenerla, por conquistarla... Supo que de nuevo había alzado entre ellos aquel maldito muro infranqueable al que llamaba deber. Con un esfuerzo supremo, intentó controlar el temblor de su voz.

—¿Y ahora qué, Adrien? ¿Yo me voy, y eso es todo?

Inspirando profundamente, Adrien acarició su rostro con los nudillos.

—No tengo nada que ofrecerte, Inés. Nada que esté a la altura de lo que mereces. Si lo tuviera...

—Si lo tuvieras, ¿qué? —insistió con dureza.

Vio la sombra de anhelo que dulcificó su rostro por un breve instante, antes de desvanecerse sin rastro. Cuando por fin habló, su tono había recuperado su calma habitual.

—No importa, puesto que no lo tengo. Vuelve con tus tíos, Inés. Vuelve con ellos y olvídate de mí. Encuentra un hombre que sepa apreciar el valioso tesoro que eres, y olvida que algún día nos conocimos. Es lo que debes hacer, sea lo que sea lo que ahora crees que sientes. Algún día me lo agradecerás.

El paternalismo de aquella frase habría hecho aullar a Inés de rabia si las anteriores palabras no la hubieran herido profundamente. De nuevo Adrien se encerraba en sí mismo, y de nuevo eso desgarraba su corazón. Cerró los ojos un instante, consiguiendo rehacerse a duras penas; había sabido que no debía verlo de nuevo, porque cada vez que lo hacía, la separación se hacía más difícil y dolorosa.

Se levantó sin decir nada, y él la imitó. Y en el mismo silencio dolido y tenso volvieron despacio hacia la casa, sin mirarse ni hablar, deteniéndose cada poco para que Adrien descansara. Al pie de las escaleras, Inés no quiso esperar más; lo miró con intensidad una última vez, sumergiéndose en el fondo de sus ojos hasta que el dolor y la pena empaparon su alma. Y cuando lo hubo hecho, cuando Inés sintió que hasta la última fibra de su ser le dolía por el solo hecho de respirar, se giró y subió las escaleras sin mirar atrás, antes de que el llanto aplastara su resolución, resuelta a desprenderse de su recuerdo con mayor decisión de la que jamás había empleado en su vida, y sin tener ni idea de cómo podría conseguirlo.

Una semana después, algo somnolienta, Inés se enderezó en la butaca de la salita de sus tíos mientras intentaba releer por enésima vez la página del libro en que se hallaba detenida.

Era difícil concentrarse en algo que apenas le importaba. Tras rechazar acompañar a su tía y a Clara en una visita a las Zárate, alegando que aún no se sentía repuesta de la fiebre que la había mantenido postrada toda la semana, había decidido bajar a la

biblioteca para tomar un libro con que distraerse. Pero en ningún momento había conseguido que su mente se alejara del mismo recuerdo que daba vueltas en su cabeza desde la noche de su vuelta de Albizu.

Había sido una semana extraña. Después de dejar a Adrien al pie de las escaleras, los preparativos del viaje y la despedida de Elvira le habían proporcionado la excusa perfecta para mantenerse ocupada, y si alguien observó en ella un abatimiento desacostumbrado, pudo achacarlo al dolor de la pérdida del viejo guardés. Durante el viaje, que tuvo que realizar en el carruaje junto a su familia, con *Ilargi* atada detrás, la narración de sus tíos sobre su estancia en Burgos y la decisión de la Corte de trasladarse aún más al norte, hacia Miranda de Ebro, había conseguido distraerla un poco. Tomás les explicó que, a aquellas alturas, el general Merlín ya habría intentado la toma de Bilbao, y del resultado del enfrentamiento podía depender lo que encontrarán en Vitoria a su llegada. Pero en la primera vista que obtuvieron de la puerta del Sur de la ciudad, cuando los últimos rayos del crepúsculo teñían de naranja el cielo sobre la sierra de Badaya, todo parecía tranquilo, o al menos tan tranquilo como lo había dejado ella al salir por aquella misma puerta días atrás.

Y al llegar a la casa, como si el malestar de su corazón se hubiera irradiado a todo su cuerpo, Inés comenzó a tiritar, y ni el chocolate que la cocinera había mantenido caliente esperando su llegada, ni la manta con la que se arropó hasta la barbilla, consiguieron que sus temblores cesaran. Durmió y despertó varias veces durante la noche, en ocasiones alertada por los ruidos de algún gato que rebuscaba alimento, pero en otras ocasiones sobresaltada por sus propios sueños. Y todas aquellas veces, al desvelarse, lo único que su cuerpo parecía sentir era aquel frío punzante y desolador.

Sin embargo, al amanecer, el anterior frío que calaba hasta los huesos había dado paso a una molesta combinación de fiebre, ojos enrojecidos y dolor de cabeza. El doctor Aguirre, después de reconocerla, dijo que la fiebre era suficientemente alta para mantenerla en cama unos días, pero no tanto como para que se preocuparan. Y, en efecto, al cabo de tres días la fiebre había comenzado a remitir e Inés, a pesar de su agotamiento, pudo levantarse de la cama algunos minutos para descansar bien

arropada en uno de los sofás de la salita.

Así había pasado los últimos días. La sensación de debilidad iba disminuyendo en la misma proporción que aumentaba su aburrimiento, pero el número de veces que pensaba en Adrien al cabo del día se había mantenido inalterable.

Para empeorar las cosas, la víspera, asomada a la ventana de la biblioteca, Inés había escuchado sin pretenderlo la conversación que su tío mantuvo en su despacho con su hermano. Luis Acedo, junto con varios diplomáticos y otros miembros del gobierno, se había trasladado a Vitoria, ya que las posibilidades de una población pequeña como Miranda de Ebro se habían revelado insuficientes para alojar a toda la Corte.

Después de que Luis Acedo relatará el momento de la salida del rey José de Madrid, a lomos de un caballo, sin siquiera un triste carruaje que pudiera transportarlo ni un palafrenero al que recurrir, dado que los servidores de Carlos IV que continuaron al servicio de José Bonaparte se habían ido de palacio en cuanto se tuvo constancia de la derrota de Bailén, ambos hombres comenzaron a debatir si sería necesario trasladar a la Corte desde Miranda de Ebro a Vitoria. Luis Acedo creía que sí, pero su tío no estaba de acuerdo, dado que las noticias procedentes del sitio de Zaragoza no eran claras y que la represión de la semana anterior en Bilbao había alejado el temor de los franceses de ver cortadas sus comunicaciones con Francia.

Su hermano replicó que, a pesar de que hubieran resuelto la situación de Bilbao pasando por las armas a cuantos encontraron, fueran los insurgentes encerrados en el convento de San Francisco o inocentes que pasaban por allí, el verdadero problema de los franceses era que apenas recibían inteligencia de fiar. De hecho, explicó, hacía unos días el rey había concebido un plan para volver a Madrid. Pero a las dos horas de que todo el ejército se hubiera puesto en marcha, la detención de un agricultor con papeles que informaban sobre la rendición de Junot en Portugal les obligó a retroceder de nuevo hasta Miranda, donde habían llegado a las seis horas de salir, entre la irritación, el mal humor y la desmoralización de los generales franceses.

Inés iba a retirarse cuando unas palabras llamaron su atención. Los hombres habían especulado sobre la posibilidad de que el propio Napoleón en persona acudiera a comandar su ejército para reponer a su hermano en el trono de Madrid, y su tío había manifestado su convencimiento de que así lo haría.

—Tal vez estés en lo cierto —decía Luis Acedo—. Sí, el emperador no admitirá que un puñado de bandoleros desarrapados y un ejército regular mal pertrechado, mal entrenado y escaso, desbaraten sus planes para Europa. Sí, es muy posible que al fin volvamos a Madrid. En cualquier caso, esta situación es insostenible, y antes o después el ejército volverá a Francia o llegará hasta Cádiz.

—No quisiera yo ser francés en esta tierra si el ejército se retira hacia la frontera —había sido la tranquila contestación de su tío.

—No, tienes razón. En todo el camino de nuestra retirada desde Madrid no hubo soldado francés rezagado que no hallara la muerte más atroz. Y son cientos los civiles franceses que han huido con nosotros por temor a las represalias, sin importar que llevaran allí instalados un año o toda la vida. En cualquier caso, como ya te he dicho, y sea para ir hacia arriba o hacia abajo, esto se tiene que mover, y no creo que nuestra estancia aquí se prolongue demasiado.

Inés se había retirado de la ventana conmocionada. En los escasos días que había pasado en Albizu, y a pesar del ataque y de las visitas de Mouret y sus soldados, los horrores de la guerra parecían solo un mal sueño. Su cerebro sabía que aquello sucedía, pero en su día a día la recuperación de Adrien y la enfermedad de Pascual habían vuelto irreal el resto.

Luego fue ella la que enfermó, y tampoco entonces había escuchado una palabra de la guerra. Pero era real. Tan real como la vida misma. Y tras aquella conversación había aprendido que, tanto si aquel ejército avanzaba como si retrocedía, el lugar de Adrien estaría con los franceses. Con los suyos. Lejos de ella.

Aún ahora, se estremeció al recordarlo. Solo de imaginar que ahora mismo estaba allí en el pueblo, atendido solo por un par de viejas, a merced de cualquiera que quisiera vengar en él las barbaridades cometidas por los franceses, se le encogía el corazón.

No había pensado en aquello. No había pensado en el peligro que él podía correr. Y mucho menos había pensado en que acabaría por irse a Francia. Él le había dicho tantas veces que cualquier historia entre ellos era imposible que, a pesar del dolor y la decepción, había acabado por resignarse a la idea, aceptando que no moriría por ello.

Pero lo que no había pensado era que tal vez no lo viera nunca más. Aceptar que él no la amaba era más sencillo cuando suponía que lo encontraría de vez en cuando en el paseo del Mentirón, en la iglesia de San Miguel o en el gran mercado de la plaza Vieja. Cuando pensaba que alguien hablaría de él y de sus disputas con Aguirre en algunas de las tertulias a las que solían asistir. Cuando imaginaba que alguna vez se encontrarían en un baile, y que mientras ella giraba riendo del brazo de otro hombre, él clavaría en ella sus ojos atormentados, reprochándose haberla dejado marchar, dudando si acercarse de nuevo, lamentando haber permitido que algo los separara en el pasado.

Pero que tal vez jamás volvieran a verse era algo que no había pasado por su imaginación.

Se hallaba pensando aún en aquello cuando escuchó la puerta de la calle. Al poco, su tía entró en la salita y, quitándose el sombrero, se sentó junto a ella.

—¿Qué tal te encuentras hoy, cariño?

Inés dejó el libro en la mesita. Le costó mucho más esfuerzo dejar de lado sus dolorosos pensamientos.

—Mucho mejor, tía, gracias. De hecho creo que lo único que me molesta es el aburrimiento, y en cuanto pueda distraerme estaré bien del todo.

—Pero no tengas prisa. Total, hoy hace el mismo calor espantoso de estos días, y hay pocas cosas que se puedan hacer así. ¿Quieres que te pida algo, una limonada, un poco de manzanilla, un jerez? —Inés negó con la cabeza, y su tía se recostó en el sofá—. Tu hermana pasará la tarde en casa de las Zárate, pero de veras que a mí solo me dan ganas de tumbarme un rato. Por cierto, Amalia nos ha invitado el martes a la tertulia que ha decidido empezar en su casa, al estilo de las que se celebran en Francia. Está decidida a ser la sensación de la ciudad. Le he dicho que iríamos, pero no sé qué tal te sentirás...

—Estaré bien, tía. Un poco de distracción es justo lo que necesito.

—¿Estás segura, cariño?

Inés la miró con resignación; claro que lo estaba. Por mucho esfuerzo que le costara, debía obligarse a salir de casa. Cada vez que las campanas de San Pedro marcaban el cambio de hora, se encontraba preguntándose qué estaría haciendo Adrien en aquellos momentos: ¿estaría levantado en su habitación, paseando por el huerto, ante la mesa de la cocina? ¿Tomando un guiso de carne o de pollo, o tal vez habas con manteca y pan de maíz, o un trozo de tocino que Elvira habría añadido en su honor? Allí, charlando con la anciana que intentaría convencerlo de que acabara el plato, recuperándose de aquella herida que pronto sanaría, preparándose para volver a la ciudad.

—Estoy segura, tía. Necesito distraerme.

—Bien, pues entonces me alegro mucho de haber aceptado.

Su conversación fue interrumpida por la llegada de una de las doncellas de la casa.

—¿Dónde quiere que dejemos las cosas, señora?

A Inés aquella pregunta no le pareció nada fuera de lo común. Pero para su asombro, su tía la miró a hurtadillas, con aspecto culpable, antes de contestar:

—Agrupadlas allí mismo, Casilda. Más tarde os diré lo que habéis de hacer con ellas.

Con una reverencia, la criada se fue y de nuevo se hizo el silencio, mientras Teresa se ocupaba de abanicarse con energía.

—¿Qué cosas, tía? —preguntó Inés, sorprendida por el aspecto de incomodidad de su tía.

Teresa Mendoza iba a responder, pero pareció pensarlo mejor. La inquietud creció en Inés. ¿Qué podía hacer que su tía se mostrara tan contrariada?

Escuchó los pasos de las criadas en las escaleras, y luego al fondo del pasillo. Estaba a punto de levantarse para ir a ver por sí misma qué sucedía cuando su tía por fin habló.

—Las cosas del doctor Labat, Inés. He dicho a las criadas que recojan sus cosas y preparen la habitación.

Inés palideció como un cadáver.

—¿Sus cosas? ¿Por qué? ¿Él está...? ¿Le ha pasado algo?

—No, no —se apresuró a contestar Teresa—. Al menos, nada de lo que yo tenga noticias. No se trata de eso.

Inés ni siquiera se preocupó de disimular el alivio que sintió.

—Entonces, ¿por qué, tía?

—Porque hemos de alojar a otras personas.

Se hizo de nuevo el silencio. Inés miró a su tía intentando contener sus emociones, pues temía que sus palabras delatarían lo que escondía su corazón, pero no fue capaz de conseguirlo.

—¿Cuándo decidió echarle así?

Sin desconcertarse en absoluto por la dolida franqueza de su sobrina, Teresa tomó su mano con afecto.

—No le estamos echando, cariño. Cuando volvimos de Albizu le dije a Barrere que, como andaban tan escasos de lugares donde alojar a los recién llegados y ya que Labat aún tardaría un tiempo en volver, podíamos alojar a otras personas, si a él lo trasladaban luego a otro alojamiento. En cualquier caso, tengo que decirte que en Albizu le expliqué a él mismo mis intenciones, y las comprendió y aceptó sin problemas.

Intentando aplacar su dolor, Inés reflexionó con amargura que no era extraño que Adrien hubiera estado de acuerdo. ¿Qué había esperado, encontrarse todos los días en el desayuno después de decirle que nunca más lo volvería a ver? De hecho, de no haber sido su tía quien lo propusiera, estaba segura de que habría sido él mismo quien buscara otro alojamiento. Su maldito sentido del honor no le habría permitido otra cosa.

—Son tiempos inciertos, cariño —continuó su tía, tratando de consolarla—. Adrien Labat es francés, y aunque reconozco que me parece un joven excelente, sé que antes o después tendrá que irse. Y cuando eso suceda, no quisiera que sufieras por él.

Inés bajó la mirada, mortificada. No sufrir ya no era posible, pero no pensaba dejar que todos comprendieran el padecimiento que el rechazo de Adrien le causaba.

—No sé por qué dice eso, tía —contestó, cuando pudo controlar su voz—. Nunca he sentido la menor inclinación hacia él. —Su tía la miró con amabilidad, pero la incredulidad era evidente en su rostro. No quiso que continuara insistiendo, así que cambió de tema—. ¿Sabe ya a quiénes alojaremos en la casa?

La maniobra de distracción fue efectiva. El semblante de Teresa se oscureció.

—Pues sí. Un general francés y su encopetada esposa, recién llegados de Nápoles.



Esta tarde estábamos en casa de los Izaguirre y ha llegado Barrere con ellos. Ha dicho que recordaba nuestra oferta y que parecía caída del cielo, ya que buscaba un alojamiento adecuado para el matrimonio. Mañana mismo los tendremos aquí.

—No parece muy contenta, tía.

Teresa apretó los labios. Y pensar que había sido ella quien había propuesto a Barrere el cambio de huéspedes...

—La esposa es una dama refinada y selecta —contestó con sequedad—. Que todo el rato encontrara aquí puntos de desventaja en comparación con su última residencia tal vez sea solo casual.

Calló de nuevo, e Inés la contempló con triste simpatía.

—¿Tan desagradable es?

—He tenido que contenerme mucho para no darle la respuesta que se merecía.

Inés tomó la mano de su tía.

—No se preocupe, le demostraremos que no tiene por qué arrugar la nariz ante nosotros.

—Muchas gracias, cariño. En fin, ya está hecho y no tiene vuelta atrás. —Su tía le palmeó el brazo con afecto—. Tal vez no debería decir esto, pero confieso que me gustaba tener aquí a Labat. Era un huésped educado y agradable, a pesar de su carácter reservado, y a tu tío le gustaba intercambiar puntos de vista con él. Mucho me temo que las cosas serán muy diferentes ahora con los Duval. Esperemos que su estancia no necesite prolongarse demasiado...

Las palabras de su tía reavivaron el dolor del corazón de Inés.

—¿Y qué será de Labat, tía? ¿Dónde se alojará cuando regrese?

—Barrere no me lo dijo, pero no te preocupes por eso, hija mía. Cualquiera de los edificios ocupados, o incluso el mismo hospital, le servirán. Es un hombre apreciado en la ciudad, e imagino que no le faltarán ofertas de alojamiento.

El súbito recuerdo de la forma en que la tal Louise se apoyaba contra él en la plaza, el día del baile, atravesó los pensamientos de Inés con la precisión de un rayo. Era evidente que no le faltarían ofertas, pensó con amargura. Aduciendo que se hallaba algo cansada, se levantó y pidió permiso a su tía para retirarse. Sabía que no tenía sentido experimentar aquella desazón; pero por mucho que su cabeza dijera que no lo tenía, todo su interior se revolvía rabioso al pensar en él junto a otra mujer.

Pero en vez de subir a descansar, sus pasos se dirigieron a la habitación vacía. Abrió la puerta con precaución y entró. Las criadas ya habían hecho parte del trabajo; la mesa y la estantería estaban vacías, la alfombra arrinconada, el colchón desnudo. En el centro de la estancia, un baúl de cuero descansaba junto a una caja llena de libros y otros bultos más pequeños. No era que Adrien viajara con mucho equipaje, pensó con tristeza. Tal vez porque no tenía mucho a lo que agarrarse en esta vida. Eso era lo que él había dicho. Abstraída, pasó una mano por el rugoso cuero con lentitud.

«Pero había estudiado en Prusia...».

Inés frunció el ceño, mientras rodeaba aquel sencillo equipaje que no hacía honor a la complejidad de aquel hombre. Quería entender algo del misterio que él era y no lo conseguía. Si a los catorce años toda su familia había desaparecido, ¿cómo había conseguido sobrevivir y estudiar medicina? ¿Y es que era posible eso, estar absolutamente solo en el mundo? Había deducido que su familia había desaparecido represaliada por los revolucionarios jacobinos, pero si su madre era inglesa, como le había dicho, ¿era posible que tampoco en aquel país quedara nadie que se preocupara por él? ¿Y por qué motivo había venido a esta tierra, donde tampoco nada parecía retenerle? La ligera sensación de que había algo que se le escapaba recorría su interior. Esa misma sensación, turbadora y extraña, que se había instalado en su ser desde el mismo momento de conocerle.

*¿Quién eres, qué eres, Adrien?*

Pero el vacío no iba a contestarle. Giró sobre sí misma, dirigiendo una última mirada a sus pertenencias, a aquella habitación solitaria que las criadas arreglarían para el matrimonio Duval. Lo único seguro era que en aquella estancia desocupada y ahora impersonal no encontraría la respuesta a sus preguntas. Con un suspiro apenado, volvió sobre sus pasos, cerró la puerta a su espalda con sigilo y se fue.

El domingo el tiempo cambió y el viento del norte arrastró oscuras nubes cargadas de lluvia. El día, además de desapacible y grisáceo, resultó tedioso, ya que la única distracción que la familia se permitió fue la asistencia a la misa de la colegiata. El resto del tiempo lo pasaron en casa, para fastidio de Inés que, a aquellas alturas, ya sabía a la perfección que lo último que debía hacer era precisamente encerrarse en casa, donde su pensamiento no conseguía apartar el recuerdo de Adrien.

Así que, cuando el lunes se asomó a la plazoleta y vio que había dejado de llover, ni las plomizas nubes ni las súplicas de su tía, recordando su reciente enfermedad, la arredraron. Se había despertado decidida a retomar las riendas de su vida, y eso era lo que pensaba hacer.

La primera de todas aquellas cosas sería acercarse al hospital para comprobar qué tal les iba a Francisca y su bebé. Pasó la mañana intentando concentrarse en el bordado que había comenzado, pero en cuanto sonaron las tres en la torre de San Pedro, se colocó la basquiña negra, un jubón ribeteado de encaje y un chal bordado y, satisfecha por la imagen que el espejo le devolvía —ropa sencilla, pero con ella disimulaba el peso que había perdido durante su enfermedad—, se encaminó hacia el hospital.

Sin embargo, allí le esperaba una sorpresa. Con cierto disgusto, la hospitalera le explicó que no era allí donde debía buscar a Francisca, sino en el campamento de los franceses. Al principio Inés creyó que había entendido mal, pero cuando insistió, su

sorpresa fue aún mayor: doña María le dijo que la mujer vivía amancebada con un francés.

Aquella era la última respuesta que Inés esperaba escuchar. Los franceses habían quemado su casa y el marido de Francisca había muerto por su culpa. Era imposible que ahora viviera con ellos. Pero doña María, algo impaciente, le dijo que no sería la primera ni la última que se arrimaba al oro francés, y aduciendo que sus deberes la esperaban, se despidió y la dejó en el vestíbulo, boquiabierta.

Su criada, viendo el semblante pensativo de Inés, trató de convencerla para regresar a casa. Solo hacía un par de meses que la conocía, pero ya había comprendido que el comportamiento de la joven podía ser a veces muy poco ortodoxo. Pero su fracaso fue patente cuando alcanzaron el mercado de la leña, pues desde allí Inés —para desmayo de la mujer— encaminó sus pasos hacia el cuartel general de los franceses.

Pocos minutos después, de pie ante la entrada de aquel edificio, Inés alzó la barbilla, dispuesta a no demostrar que la abundancia de soldados franceses deambulando por sus inmediaciones la intimidaban ligeramente. Con pasos firmes, enfiló la puerta principal del edificio, sin atender las protestas de Flora, que repetía una y otra vez que sus señores la iban a matar por permitir que la joven acudiera a un sitio como aquel.

El centinela que atendía la puerta, un hombre alto y grande de cabello rojizo, la miró con sorpresa cuando ella pasó por su lado, y no fue hasta que estuvo dentro que su voz llegó hasta Inés.

—*Mademoiselle, mademoiselle* —la llamó con agitación entrando tras ella—. No puede entrar sin mostrar los papeles. ¿Puedo ayudarla en algo?

Aliviada al percibir el tono ansioso, pero no hostil, del hombretón, Inés se volvió hacia él.

—Estoy buscando a una mujer. —Sonrió con todo el encanto que su agitación le permitía, y el hombre parpadeó, azorado—. Me han dicho que trabaja ahora para el ejército francés, tal vez como lavandera o en las cocinas. Es una antigua doncella con la que necesito hablar —añadió a modo de explicación, por si aquel hombre se preguntaba por qué una dama como ella iba en busca de una lavandera.

La explicación resultó eficaz. Con tímida torpeza, el soldado le dijo que encontraría quien pudiera ayudarla.

Procurando no hacer caso al sinfín de miradas curiosas que se posaban sobre ella, Inés esperó en el vestíbulo mientras el hombre recorría la galería, iluminada por altísimas ventanas de cuarterones frente a las que se abrían pequeños aposentos utilizados como despachos. Cuando el hombre encontró lo que buscaba, volvió corriendo hasta donde Inés se hallaba, y con gran satisfacción le solicitó que lo acompañara.

Seguida de cerca por Flora, Inés cruzó el corredor con paso firme hasta el despacho indicado. Su sorpresa no fue menor que su alivio al ver tras la mesa una cara conocida.

—¡Oh, capitán Arnaud! Cómo me alegro de que esté aquí.

Y su satisfacción fue tan sincera y manifiesta que el capitán, no menos sorprendido que ella, sonrió embelesado. Evidentemente dichoso de verla allí, salió de detrás de la mesa y, tomando la mano de Inés, se inclinó sobre ella con algo más de fervor del que resultaba correcto. Luego, como si él mismo fuera consciente de haber sobrepasado las reglas de la cortesía, se retiró para buscar una silla, y hasta que ella no estuvo sentada y comenzó a hablar, no volvió a mirarla.

—No imaginaba que esto pudiera ser tan grande —comenzó Inés para romper el hielo—. Estoy buscando a una persona, pero tal vez ni siquiera esté aquí. No sabía a quién dirigirme, pero gracias a Dios le he encontrado a usted. ¿Cree que podría ayudarme, capitán Arnaud?

—Solo dígame de quién se trata y yo lo encontraré —contestó con gentileza, procurando ocultar la desilusión que le causaba pensar que la joven buscaba a un hombre en aquel cuartel.

Por eso, al escuchar que la persona que deseaba encontrar era una criada, una amplia sonrisa ensanchó su rostro y se levantó al momento para buscar cuanta información pudiera sobre su paradero.

Hasta que Inés no se quedó a solas con Flora —que si no conforme, al menos parecía ya resignada a lo que sus señores quisieran hacer con ella—, no cayó en la cuenta de que no sabía bien qué pretendía hacer cuando encontrara a Francisca. La sorpresa de que hubiera dejado el trabajo del hospital para dedicarse a servir a los franceses la había impulsado a buscar una explicación, pero cuando la consiguiera, ¿qué iba a hacer? ¿Qué podía decir a una mujer que, a pesar de que los franceses hubieran quemado su casa, decidía servirlos llevando con ella a un bebé de dos meses? Estaba reflexionando sobre aquello cuando el capitán Arnaud volvió acompañado por Francisca.

—Aquí está la mujer que buscaba, *mademoiselle*. Las dejaré solas para que charlen de sus cosas, y esperaré fuera para acompañarla a su casa.

—No es necesario que se moleste, capitán.

—Nunca es tiempo perdido el que tan placentero resulta, *mademoiselle*. Para mí será un honor acompañarla.

Con esas palabras y una sonrisa, el capitán se retiró. Inés se volvió hacia la mujer, dudando cómo abordar el tema.

—Buenas tardes, Francisca. ¿Qué tal estás?

—Bien, bien... —La mujer se rascó la cabeza, perpleja—. El capitán me dijo que usted me andaba buscando, pero pensé que se había confundido.

—Pues no, ya lo ves. He estado un par de semanas ausente, pero tenía muchas ganas de saber qué tal estabas. Cuando hoy he acudido al hospital para preguntar por ti me han dicho que te habías ido, y que estabas con los franceses, pero no creí... Pensé que debía de ser una confusión y...

Se detuvo, y el silencio resultó extraño, desconcertante.

—Le informaron bien, señorita —dijo al fin la mujer en tono tranquilo—. Ahora vivo aquí.

—Pero ¿por qué, Francisca? ¿Acaso no te trataban bien en el hospital? ¿Te disgustaba el trabajo? Sé que en un sitio así hay cosas que revuelven el estómago, pero...

—No se trata de eso —cortó la mujer—. Yo tengo un estómago fuerte y no me asustan las enfermedades.

Su laconismo confundió aún más a Inés.

—Entonces, ¿qué sucede? No acabo de entenderlo. Sé que necesitabas un trabajo para vivir, pero si no querías el hospital hay otras cosas que podríamos haber intentado.

La mujer la miró con calma, y una sonrisa se insinuó en su rostro.

—Ya he encontrado lo que necesito, señorita, así que no tiene que preocuparse más por mí. Le agradezco mucho lo que hizo el día que murió mi marido; fue usted muy amable y caritativa, y no lo olvidaré jamás, pero ya está todo resuelto.

La mujer cruzó las manos ante la falda, como dando por terminada la conversación. Pero Inés se sentía demasiado perpleja para dejar el tema.

—¿Resuelto? Pero no puede ser... Tú no puedes trabajar para los franceses, no después de que quemaran tu casa.

La mujer abrió unos ojos como platos.

—¿Que los franceses quemaron mi casa? ¿De dónde ha sacado usted eso?

—¿Que de dónde lo he sacado? —preguntó Inés, aún más sorprendida que la mujer—. ¿Acaso no me dijiste tú misma que quemaron tu casa después de llevarse a tu marido?

—¡Pero no los franceses! Mi casa, señorita, la quemaron esos malditos vecinos que se llaman a sí mismos patriotas. Como era la segunda vez que los franceses se llevaban a mi marido como guía, les dio por decir que éramos traidores, que nos habíamos pasado a los franceses. Usted no sabe la de veces que discutí con la mujer del alcalde, y la de ellas que tuvieron que separarnos cuando ya nos habíamos enganchado por los pelos. «Que yo soy más patriota que tú y tu marido juntos», le gritaba, pero nada; esa es de las que siempre anda a la greña. Así que el día que mi marido se fue, debió de ver el cielo abierto; les calentaría los cascos a unos cuantos, y allá que se fueron los vecinos con unas teas para dejarme con lo puesto.

Aquella revelación dejó a Inés estupefacta.

—Aun así... —reaccionó al cabo de unos segundos—. Aun así, vivir con los franceses, seguir a su ejército... No puedes criar así a tu hijo.

—¿Ah, no? —Sus ojos brillaron con burla—. ¿Y sería mejor criarlo en un pueblo donde lo señalarían y nadie lo defendería cuando los demás muchachos lo atacaran a pedradas?

—No, no, eso no. Comprendo que ya no quieras volver a tu pueblo, pero trabajar para ellos no...

—No trabajo para ellos —espetó con orgullo—. Ni tampoco me he amancebado, como seguramente le habrán dicho. Me he casado. Ahora soy *madame* Renard —concluyó, elevando la barbilla con jactancia.

Cuando Inés creía que no podría sorprenderse más, llegaba aquella increíble declaración. Su total desconcierto suavizó a Francisca.

—Mire, señorita, le agradezco la ayuda que me prestó, pero yo ya he resuelto mi vida. Renard es un buen hombre. Lo conocí en el hospital cuando vino a visitar a un amigo herido. Yo estaba con Juanillo descansando junto al roble, y él se acercó para hacerle unas gracias al chiquillo. Comenzamos a charlar y me contó que su mujer y su hijo fallecieron de fiebres hacía un año y él decidió alistarse. Un tema llevó a otro, y luego a otro... Vino todos los días durante una semana, y al final me propuso matrimonio. Tiene una granja en algún lugar cerca de Nantes de la que ahora se ocupa un hermano menor, pero está deseando volver allí, ¿sabe? A mí me parece bien irnos, porque total no tengo familia y él se va a ocupar de que mi hijo sea un hombre de provecho. Usted me dirá que es francés, y yo le diré que sí; pero la culpa de esta guerra no la tienen los hombres como él, sino esos grandes políticos y generales llenos de sueños de grandeza y ambición, que contemplan las batallas desde unas Cortes o desde los cerros donde nunca llega la pólvora. Y de esos los hay tanto entre los franceses como entre los españoles. Y en cuanto a la vida del ejército, no es más dura que la que llevaba en mi casa, y la prefiero con mucho a trabajar encerrada entre cuatro paredes en un hospital. Así que, ea, felicítame si quiere, y si no quiere no lo haga, pero sepa que yo estoy contenta, y si yo lo estoy nadie más tiene nada que decir.

Sin salir de su asombro, Inés asintió.

—Discúlpame, Francisca, tienes razón. Es solo que no lo esperaba. Tu marido falleció hace tan pocos días que no... Que no comprendo cómo tu afecto puede ya corresponder...

—¿Afecto? —La mujer rio como si hubiera escuchado una broma—. Yo no me puedo permitir esos remilgos, señorita. Si quiere saberlo, y aunque no tengo por qué decírselo, mi marido era un hombre de mal temperamento y con la mano muy larga, así que... —Se encogió de hombros—. Y, además, eso de enamorarse de un hombre hasta el tuétano nada más verlo es cosa de cuentos. Si me quedara sentada esperando

encontrar un hombre que me volviera loca podía morirme esperando. Esas cosas no pasan. Y si alguna vez pasaran, ni siquiera estoy segura de que sea cosa buena. Yo ya tengo un padre para mi hijo, y ahora, si no le importa, me vuelvo con el Juanillo, que lo dejé a cargo de una compañera para venir aquí y la estará volviendo loca.

—Por supuesto, Francisca. Ya que tienes las cosas tan claras, solo me queda desearte que tengas mucha suerte. —Inés se puso en pie para despedirse—. Cuídate.

—Usted también, señorita. Y si alguna vez conoce a un hombre que la convenga, láncese sin dudar. La vida son dos días, y uno lo pasamos esperando.

Hizo una reverencia y salió de la sala sin entretenerse más. Inés se quedó pensativa, contemplando el hueco por donde había desaparecido, hasta que el capitán Arnaud volvió a buscarla.

La conversación con la mujer le había dado mucho sobre lo que pensar. Tomó el brazo del oficial y se encaminaron a la salida del cuartel seguidos por Flora, mientras él le explicaba una anécdota que acababa de suceder en la cantina y ella reía por cortesía, algo distraída.

El aire era fresco y había comenzado a caer de nuevo una lluvia finísima pero molesta. Arnaud abrió por ella su paraguas y se lo entregó. Inés le sonrió, agradeciendo su gesto galante, y tomó otra vez el brazo ofrecido.

Entonces lo vio. Allí, parado en medio del camino de entrada. Tan imponente y perturbador como siempre, pero rígido, sorprendido y desolado.

Casi tan desolado como ella.

No pudo evitarlo. Verla aniquilaba su voluntad. Así que en vez de limitarse a saludarla y dirigirse hacia el cuartel, como debería haber hecho, esperó. Esperó a que ella se acercara, que le sonriera, que lo mirara de aquella forma cálida que hacía que Adrien sintiera que todo era posible. Esperó que fuera ella quien estableciera la manera en que iban a relacionarse a partir de ahora, cómo hablarían, cómo se mirarían, pues él no era capaz.

Pero aunque lo vio, ella continuó su camino del brazo de aquel oficial, y al pasar por su lado tan solo le dedicó un simple saludo.

Como si lo hubiera olvidado. O como si jamás se hubieran conocido.

La risa que acababa de escucharle, esa risa que parecía brotar del fondo de su alma, dirigida a un hombre que no era él, aún resonaba en sus oídos cuando ella bajó la cabeza y pasó por su lado sin detenerse.

Y, en aquel momento, el dolor que había intentado adormecer a base de deber y honor estalló dentro de él como la pólvora que se arrima a la llama, arrasándolo todo: su determinación, sus denodados intentos de comportarse con nobleza y hasta su dignidad, y su razón se doblegó ante la cruel burla de sus celos.

Dio un paso hacia la pareja que ya le daba la espalda.

—Buenas tardes.

Ella se quedó quieta. Por un momento, Adrien creyó que continuaría su camino. Pero poco a poco se volvió.

—Buenas tardes, doctor.

Estaba muy pálida, pensó Adrien, y aunque trataba de mostrarse serena, sus ojos azules desbordaban dolor. La miró sin saber qué más decir.

—Buenas tardes, Labat —saludó Arnaud, sin percatarse de la tensión que existía entre ellos—. No sabía que ya había vuelto, pero celebro verlo recuperado por fin.

—Gracias, capitán. He vuelto hace apenas un par de horas.

—¿Y ya se dispone a trabajar? ¿O tal vez busca a Barrere? Le advierto que no está aquí.

—Ni lo uno ni lo otro. Me estoy mudando.

Señaló hacia atrás, hacia el soldado que arrastraba un baúl y otros pequeños trastos. Inés se mordió el labio al reconocerlo.

—¿Viene a vivir al cuartel? —se sorprendió Arnaud—. ¿No está usted alojado en alguna casa de la ciudad? Le advierto que el alojamiento aquí no será muy cómodo, porque el edificio está lleno hasta los topes.

—No importa, capitán. En realidad es posible que solo me quede unos días más en la ciudad. Estoy pensando trasladarme a Mondragón, o tal vez a Tolosa.

Inés no pudo callar.



—¿Lo dice en serio?

La pregunta hizo que Adrien volviera hacia ella una mirada impulsiva. ¿Lo decía en serio? Su cerebro, sí, su parte más racional decía que necesitaba alejarse de ella cuando antes, pero su voluntad se resistía. Decía una cosa y en su fuero interno todo se revolvía, negándose a acatarlo. La palabra que se formó en sus labios pareció despedazar su corazón.

—Sí.

Ante aquella respuesta, Inés bajó la vista.

—¿Trasladarse para no volver aquí?

La inconfundible nota de pesar en el fondo de sus palabras pareció ahondar más en el desgarramiento que Adrien sentía. Si continuaba viéndola, si su corazón continuaba empapándose de la pena que oscurecía sus ojos, no sería capaz de alejarse, y acabaría por arrancarla de la casa de sus tíos para llevarla consigo, sin que nada ni nadie pudiera impedirselo. Apartó la mirada.

—Durante unos meses, sí. Volveré de vez en cuando para ocuparme del hospital, pero permaneceré mucho más en aquella zona.

Inés trató de sonreír sin conseguirlo.

—Entonces, esta será de las últimas ocasiones en que nos veamos durante bastante tiempo.

—Supongo que así será.

Aquella afirmación quebró la pequeñísima brizna de esperanza que Inés había conseguido mantener hasta ese momento. Ni siquiera trató de ocultar su dolor al contestar:

—En tal caso, le deseo que tenga mucha suerte, doctor Labat.

—Gracias, Inés.

La ternura de aquella respuesta casi susurrada sorprendió al capitán, pero antes de que pudiera pensar en nada, Inés ya había tomado su brazo para comenzar a andar, y solo pudo despedirse con brevedad antes de alejarse por el sendero.

Adrien los vio irse con una extraña mezcla de rabia y desconsuelo en el pecho. Ella le había tratado con la distancia que él había pedido, ¿de qué podía quejarse? Todo era como él quería. Todo correcto. Todo estaba bien.

Pero la desgarradora sensación de vacío que se revolvía en su interior se burló de él diciendo que no todo estaba bien; había al menos una cosa que estaba mucho de estar bien. Y esa cosa era, desdichadamente, su corazón.

Cuando al día siguiente Inés se despertó, por un momento creyó que el encuentro con Adrien había sido un mal sueño. Pero el mismo frío que había sentido al volver de Albizu y que de nuevo atenazaba su interior le hizo comprender que había sido real. Adrien había vuelto, pero iba a salir de su vida para siempre.

Clara se despertó poco después, estirándose con una enorme sonrisa perezosa. Su hermana estaba encantada con la idea de acudir a la tertulia de los Sarriegui, y nada más despertar, comenzó a hablar con entusiasmo de la misma.

Inés no tenía ganas de fiestas. De buena gana habría puesto cualquier excusa para no ir, pero sabía que no era posible; por un lado, su tía no se merecía aquel trato. Y por otro, quedarse en casa pensando en Adrien era lo peor que podría hacer. Cuando ambas bajaron a desayunar, al menos había conseguido conformarse ante la idea de ir.

Aquella mañana tuvo la oportunidad de comprobar que su tía no había exagerado nada sobre el carácter de su nueva inquilina, que se presentó en la casa a las once en punto de la mañana. *Madame Duval* era una mujer que, sin decaer nunca en su afectada sonrisa ni emitir una mala palabra, encontraba reparos en todo lo que se le ofrecía. Sí, la habitación era perfecta, aunque, acostumbrada al tranquilo paisaje que se divisaba desde su balcón en Nápoles, le costaría hacerse a los ruidos de la calle. Sí, apreciaba la comida del país pero su delicado estómago no era capaz de aguantar aquellos alimentos tan condimentados, tan diferentes de los refinados manjares que acostumbraban a servir en las mansiones de Nápoles. Sí, le agradaba la disposición de la ciudad, pero echaba en falta los magníficos *palazzi* que podía ver en su diario paseo hasta el Gran Palacio Real. Y así, hasta el infinito.

De modo que, cuando aquella tarde, tras ajustar bien los vestidos y revisar sus peinados, su tía y su hermana dijeron que ya era la hora de acudir a la tertulia, Inés encontró que la idea de pasar la noche en casa de Beatriz se había vuelto repentinamente atractiva.

Llegaron a la casa cuando el sol comenzaba a ponerse. Después de entregar sus chales a una criada, entraron al salón y mientras Clara se dirigía a saludar a las Zárate, ella acompañó a su tía hasta el grupo de invitados que rodeaban a la anfitriona. Durante toda la semana habían corrido por la ciudad rumores de una batalla entre las fuerzas británicas desembarcadas en Portugal y el ejército francés, pero nadie sabía a ciencia cierta quiénes se habían visto implicados o cuántas fuerzas podrían haber desembarcado, y la expectación y la curiosidad bullían aquella noche en los grupos que se formaban en el salón de los Sarriegui.

Inés deseaba que la noticia fuera verdad y que todo aquello pudiera acabar pronto con la retirada de los franceses. Que su tío Germán pudiera volver a Albizu y se le restituyeran sus bienes. Sí, deseaba con todas sus fuerzas que el rey intruso se fuera, y con él su ejército.

Pero no se le escapaba que cuando eso sucediera, jamás volvería a ver a Adrien.

El recuerdo del encuentro de la víspera la asaltó con viveza, y tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para evitar que sus ojos se empañaran. La noche anterior había tratado de mostrarse firme e indiferente, pero no lo había conseguido, y con el corazón convertido en piedra había vuelto a su casa en silencio, con apenas unos

monosílabos para responder a la charla amable y ligera del capitán Arnaud.

Decidió disipar su abatimiento buscando a Beatriz. Desde que habían llegado no la había visto, lo que era extraño tratándose de la hija de los anfitriones. Se dirigió a la sala contigua, donde un criado estaba acabando de disponer una mesa de naipes, pero allí no la halló. Luego volvió hasta la esquina más alejada del salón, donde se entreabría una de las ventanas que daban al pequeño patio de la casa, pero allí tampoco estaba su amiga.

Algunos hombres, entre ellos su tío, se retiraron para jugar algunas partidas. Inés miró a su alrededor; su tía y su hermana estaban enfrascadas en una conversación que parecía divertirles en grado sumo, así que continuó paseando, contemplando los cuadros que decoraban las paredes y haciendo un supremo esfuerzo para alejar de sí aquellos recuerdos que a ningún sitio llevaban.

De cuadro en cuadro, había acabado en el gran pasillo acristalado por el que se accedía al salón cuando al fin escuchó la voz de su amiga, proveniente del interior de la casa. Supuso que estaría a punto de llegar para presentarse ante sus invitados, y decidió esperarla. Pero aunque volvió a escuchar un murmullo de voces, nadie apareció. Intrigada por saber qué podía estar reteniéndola tanto tiempo, avanzó con sigilo por el pasillo. Tal vez tenía algún problema con su atuendo, o con su peinado, y si era así ella podría ayudarla.

Pero cuando llegó al distribuidor situado al final del corredor, la escena que encontró la dejó paralizada: al pie de la escalera, Beatriz Sarriegui, pálida pero sin ningún problema con su vestimenta, miraba con expresión ansiosa a Adrien Labat, y su mano se apoyaba en el antebrazo del hombre, que la rodeaba protectoramente con su otro brazo.

Solo cuando ambos se volvieron al unísono hacia ella se dio cuenta de que había emitido algún sonido, y entonces la expresión de desconcierto e incertidumbre en el rostro de Beatriz fue tal que Inés sintió que el alma se le helaba.

Con un profundo esfuerzo, dirigió su mirada al rostro de Adrien, que la contemplaba con expresión indescifrable. Pero Inés lo conocía; lo conocía lo suficiente para saber que, cuando su mandíbula se crispaba como sucedía en aquellos momentos, todo su interior se agitaba con alguna emoción profunda y turbulenta.

—Lo siento —se disculpó con un deje de orgullo y sin sentirlo en absoluto, a pesar de saber que no debería haberse aventurado por los pasillos de la casa donde estaba invitada—. Creí que Beatriz podía necesitar mi ayuda, pero es evidente que no es así.

Iba a darse la vuelta cuando la voz ansiosa de su amiga la detuvo.

—Espera, Inés. Mi madre sabrá arreglárselas, pero, de todas formas, si alguien pregunta por mí, ¿podrías decir que tuve un contratiempo con el vestido y que lo estoy arreglando? Enseguida iré...

Inés la miró un largo instante. Vio la agitación de Beatriz, su incomodidad, su evidente turbación... La idea de que su propia amiga le pidiera que mintiera para continuar allí su vis a vis con Labat llenaba su corazón de resentimiento, pero se obligó a razonar. No tenía ningún derecho sobre Adrien ni jamás había explicado a Beatriz lo que sentía por él.

Él no era suyo. Ella lo ignoraba todo.

Pero su corazón se desgarraba al verlos juntos. Y ella no podía quedarse allí más tiempo, esperando a ponerse a gritar.

Sin hablar ni esperar a que ellos lo hicieran, volvió corriendo hacia el salón.

Apenas diez minutos después, Beatriz entró en el salón, cruzando el espacio hacia su madre con una expresión contrita en la que poca gente habría visto algo más que una tímida sonrisa de disculpa. Pero Inés, desde la silla donde se había sentado nada más volver, captó a las claras el esfuerzo que su amiga estaba haciendo por fingir alegría.

—¿No está de acuerdo, joven? —la interpeló la mujer mayor que se sentaba junto a ella.

A duras penas, Inés volvió su atención al círculo de personas con las que se hallaba sentada. La charla había girado de manera inevitable sobre los rumores de la derrota de los franceses en Vimeiro.

—Sí, doña Eugenia —contestó, sin saber qué contestaba.

Pero la mujer tampoco parecía necesitar su conformidad para seguir.

—Mi marido, que como saben trabaja en la oficina del gobernador, así lo asegura.

—Bueno, doña Eugenia —interpuso en tono zumbón un hombre mayor de pelo y bigote blancos y nariz afilada—, a diferencia de su marido, yo no tengo el honor de formar parte del cuerpo de conserjes de ese noble edificio, a quienes es seguro que los franceses comentan las más trascendentes nuevas que llegan al cuartel general, pero no me parece que una derrota vaya a cambiar por sí sola el futuro del país.

—¡Que no va a cambiar! —bufó la mujer, airada—. Si no es capaz de comprender que los ingleses han llegado para quedarse, y que de esa manera Bonaparte pierde Portugal para siempre...

—Pero, señora, ¿de veras cree que ese tal Wellesley podrá hacer algo frente al emperador?

—Señor mío, yo aún he de ver a ese emperador por aquí para saber de lo que es capaz. Y cuando venga, si llega a hacerlo, comprenderá que este pueblo no tiene nada que ver con los prusianos, los napolitanos ni esos otros tipos que ha conocido, no señor. Junot salió corriendo desde Vimeiro hacia Torres Vedras dejándose hasta los cañones. Verá usted si eso no lo cambia todo.

—Aún hay mucho que decir sobre esa supuesta derrota de Vimeiro —contestó el hombre, amoscado por la seguridad de la mujer.

—No tenga dudas de que a esta hora se estará diciendo mucho en la capitulación.

—¿Te diviertes? —La voz de Clara sonó a espaldas de Inés, sobresaltándola. Se giró en la silla para mirarla.

—Me has asustado —se excusó. Su corazón aún latía dolorosamente después de la escena en el pasillo, pero estaba decidida a que nadie pudiera darse cuenta de ello—. Contestando a tu pregunta, te diré que si la alternativa a esta reunión era pasar la velada con la Duval, sí, me divierto. ¿Y tú?

—Oh, sí, mucho, y ahora vendrá lo mejor —susurró riendo—. Beatriz ha dicho que habrá un poco de baile si alguien se anima a tocar el piano. ¿Por qué no me acompañas a tomar un poco de limonada antes de que el baile comience?

Inés no sentía ningún deseo de bailar, pero visto el cariz que había comenzado a tomar la discusión, tampoco lo sentía de seguir allí. Después de disculparse ante los presentes, se levantó y acudió con su hermana a la sala donde se hallaban las mesas con refrescos.

—¿Todavía sigues pensando en lo de esa mujer? —preguntó Clara en tono casual cuando ambas tomaron un vaso.

—¿Esa mujer?

—Sí. Ayer parecía que habías visto un fantasma. Todavía no comprendo por qué te afectó tanto que se casara con un francés.

Inés dio un sorbo a la limonada para disimular su malestar.

Al llegar la víspera a casa su hermana la estaba esperando, y como le preguntara qué le sucedía, le había explicado la historia de Francisca. No le había dicho nada de su encuentro con Adrien, y después de lo sucedido hacía un instante, ahora deseaba aún menos hablar de él.

—No me afectó, me sorprendió. Yo creía que los franceses habían quemado su casa, y cuando me dijo que se había casado con uno...

—Te pareció mal —concluyó Clara por ella.

—Bueno, no me digas que no habría sido cuando menos chocante.

Clara mantuvo la mirada fija en su vaso al preguntar:

—¿Crees que enamorarse de un francés está mal?

Todos los sentidos de Inés se pusieron alerta.

—Desde luego creo que es algo lleno de inconvenientes —contestó con cierta brusquedad—. Pero en el caso de Francisca el amor no ha tenido nada que ver.

Clara asintió, y permaneció un momento pensativa.

—A veces creo que todo el mundo debería casarse por amor —comentó con un suspiro tras dejar su vaso.

—El amor no siempre es buen consejero a la hora de tomar decisiones —replicó Inés con fastidio.

Su hermana abrió mucho los ojos.

—¿Tú no quieres casarte por amor?

Antes de que su interrogatorio acabara por descubrirla, Inés la tomó del brazo para volver al salón, con la excusa de que el baile estaba a punto de comenzar, aunque cuando volvieron a la estancia aún se estaban preparando las partituras.

Elena Zárate, que reía en el grupo situado junto al piano, llamó a Clara para solicitar su opinión sobre la música que tocarían, y su hermana se acercó a ellos. Inés miró en derredor buscando algún lugar tranquilo donde nadie hablara de batallas ni franceses, cuando una voz a su espalda la sobresaltó.

—Buenas noches, Inés.

Inés giró tan rápido que unas gotas de la bebida que aún sostenía se derramaron en el suelo. La mirada de Mouret descendió hacia el líquido caído, y luego se alzó de nuevo hasta el rostro de Inés, que había palidecido.

—La he asustado.

—Sí —contestó, recuperando el control de sí misma—. Sí, no le había oído llegar, coronel.

—Celebro encontrarla por fin. Desde que volvió a la ciudad no la había visto.

—He estado indispuesta.

—Lamento escucharlo. Tal vez eso explique ese aire de pesar que tiene. Sin embargo, en usted la melancolía no disminuye un ápice la hermosura. Está más bella que nunca.

Y, tomando su mano, se inclinó para besarla con galantería.

Inés no pudo aplacar la impaciencia que aquellas demostraciones generaban en ella. En aquel momento sentía las emociones a flor de piel, y ya estaba aburrida de intentar que el coronel se desencaprichara de ella.

—No es necesario que me halague de esa manera, coronel.

—No es halago sino la pura verdad, Inés. Si yo quisiera halagarla diría que desde que la conocí sus ojos hechiceros no han dado un momento de reposo a esta pobre alma torturada. Que la frialdad que tan a menudo me muestra no es capaz de apagar el fuego que la gracia de su porte enciende en mi interior. Si yo quisiera halagarla diría que mi voluntad se arrastra tras sus gráciles pasos mendigando una sonrisa que ilumine las tinieblas en que me hallo. Y aun así no la halagaría, porque todo seguiría siendo la pura verdad.

La mirada de Mouret, dura y hambrienta, se posó sobre ella con tal ansia que Inés tuvo que hacer acopio de toda su sensatez para obligarse a no salir corriendo. Aquellas palabras, por las que ella tanto daría si vinieran de otra boca, en la del coronel solo le provocaban malestar. Mouret se hallaba inclinado hacia ella, y aún retenía su mano entre las suyas, sin dar muestras de comprender lo inapropiado que aquello era. Para alivio de Inés, el piano comenzó a sonar al otro lado del salón, y escabulléndose hacia un lado dijo con tanta calma como pudo:

—Comienza el baile, coronel. Debemos retirarnos de aquí.

—¿Sí? —La mirada brilló con irónica diversión—. Y yo que creo precisamente que debemos permanecer... ¿Me concederá el honor de este baile, Inés?

Inés, que ya había comenzado el movimiento de retirada, dudó. No quería bailar con él, no quería escuchar más sandeces en sus labios halagándola... Pero aquella mirada hambrienta auguraba futuros problemas, si seguía ofendiéndolo. En fin, si bailaba, al menos no hablaría, se dijo. Un baile. Un solo baile, y luego la dejaría en paz.

Cuando asintió, Mouret la condujo hacia el extremo del salón donde ya se habían dispuesto algunas parejas para comenzar una contradanza. Inés era una bailarina grácil y elegante, pero la cercanía de Mouret dotaba a sus movimientos de cierta rigidez. Había aceptado aquella invitación porque no quería enojarlo, pero no contaba con que el coronel se sintiera alentado; y cuando se colocó frente a él para comenzar un nuevo movimiento, la fugaz expresión de triunfo que sorprendió le hizo comprender que aquello era exactamente lo que había conseguido. Desde ese momento ella hizo denodados esfuerzos por desalentar su conversación, contestando a sus preguntas de manera fría y breve.

Si había tenido éxito o no, era difícil decirlo, puesto que la cortés sonrisa de Mouret apenas lo abandonó durante el baile.

Cuando la música cesó, Inés permitió que la acompañara junto a su tía. Entonces Mouret solicitó a Teresa que le concediera el siguiente baile, y ambos se alejaron hacia la pista.

La mirada de Inés vagó por las paredes recubiertas de lujosos tapices con cierto desaliento. Si continuaba allí y el baile se alargaba, acabaría por tener que bailar con Mouret los cuatro bailes que la buena sociedad admitía como correctos, ya que no encontraría excusas que ofrecer. Si aludía a su cansancio, alarmaría a su tía y a buen seguro arruinaría la diversión de su hermana. Y no era conveniente rechazarlo de manera demasiado directa. Pero cuando, en uno de los giros, la mirada del coronel se clavó en ella por encima del hombro de su tía, no fue capaz de permanecer sentada y se levantó para acudir al tocador.

Estuvo allí un buen rato, a pesar de saber que era ridículo esconderse de aquella manera. Su tía, Clara... todas se hallaban bailando con verdadero deleite. Hasta Beatriz parecía más animada. ¿Por qué ella no era capaz de bailar con Mouret burlándose con gracia de sus requiebros, como haría una mujer mundana y coqueta? ¿Por qué le repelía tanto su cercanía? En un arranque de decisión, salió de nuevo hacia el salón, pero mientras avanzaba por el pasillo la asaltó la vieja premonición de que Mouret era peligroso y que debía alejarse cuanto pudiera de él.

Por eso, cuando al atravesar la puerta del salón de baile estuvo a punto de chocar con el capitán Arnaud, su alivio fue tan auténtico y su saludo tan cálido que el capitán

pareció resplandecer ante sus ojos. Inés no tuvo que hacer gran cosa para que el oficial le solicitara el baile siguiente, y cuando la música cesó le acompañó hacia la pista.

—No creí que la noche fuera a ser tan fascinante —dijo Arnaud antes de soltar la mano de Inés cuando se colocó frente a él.

Ella rio brevemente, mientras su tensión se mitigaba un poco. Rio de alivio porque aquel hombre no la asustaba, pero también agradecida porque tratara de halagarla. Después de ver a Adrien con Beatriz, era agradable sentir que un hombre como aquel, educado y cortés, podía encontrarla interesante. «Si no fuera francés...», pensó con resignación.

Y, sobre todo, si su corazón no estuviera atrapado por el recuerdo de unos ojos enigmáticos, grises como el humo...

Cuando el baile acabó y Arnaud tomó su brazo para acompañarla a su asiento, Inés ni siquiera meditó si proponer que salieran a la terraza era algo demasiado atrevido. No pensaba dejar que Mouret se le acercara, y, además, después del esfuerzo agradecería respirar aire fresco. Para su alivio, Arnaud aceptó sin dudar, e Inés le devolvió una sonrisa de agradecimiento tan deslumbrante que el capitán, extasiado, estuvo a punto de arrodillarse, ante ella.

Aún mirándolo, Inés giró de su brazo para salir de la estancia, pero al hacerlo su cuerpo chocó contra un hombre parado a su espalda. Sorprendida por el contacto, se volvió alzando la vista hacia su rostro. Y cuando aquellos ojos oscurecidos y turbulentos se clavaron en ella como dos ascuas candentes, sintió que la sangre abandonaba su rostro.

Adrien no dijo nada pero no cesó de mirarla, con aquella intensidad tan perturbadora que parecía meterse bajo su piel y aniquilar su voluntad. Inés pestañeó una, dos, tres veces, sin que las palabras acudieran a sus labios. El tiempo parecía haberse detenido, disgregado en la corriente de incertidumbre y emoción que encadenaba sus miradas, y así habrían continuado si el capitán Arnaud no hubiera roto aquella extraña inmovilidad en la que ambos parecían haberse sumido.

—Doctor Labat —vaciló el oficial, incomodado por aquella invisible tensión que parecía rodearlos—. Discúlpenos, nos dirigíamos a la terraza. Aquí hace demasiado calor.

Pero Adrien no se movió del sitio. Intranquilo, Arnaud miró a Inés, y al hacerlo encontró en sus pupilas dilatadas una emoción tan profunda y angustiada que se sintió de súbito un perfecto intruso. Turbado, estaba a punto de disculparse con Inés para dejarla allí cuando Adrien dio un paso atrás.

—Por supuesto —fue cuanto dijo, con fría formalidad.

Y sin volverse a mirarlos, se alejó de ellos, en dirección a la puerta que conducía a la salida de la casa.



Inés lo vio irse desolada. Su cerebro era un rebullir frenético de ideas, dudas e indignación —¿cuánto tiempo llevaba allí, por qué la miraba como si él fuera el ofendido?—. Un dolor furioso y sordo se entremezcló con su rabia, amenazando con quebrar su autocontrol, hasta que Arnaud dijo en tono quedo:

—¿Quiere salir, Inés, o prefiere que nos quedemos?

El tono suave del hombre la ayudó a recomponerse. Ella no podía permitir que su ánimo dependiera de los caprichos de Adrien. Iba a continuar en aquella fiesta como si jamás lo hubiera visto, y lo iba a hacer aunque para ello tuviera que coserse la sonrisa a la cara.

Miró en derredor y comprobó con disimulo que nadie les prestaba atención, ahora que la música sonaba de nuevo.

—Sí, vayamos a respirar un poco —aceptó, y ambos salieron de la sala hacia la terraza que se abría sobre la calle.

Pero aunque Inés no se percató de ello, dos personas de aquella fiesta sí que habían presenciado la escena. Una de ellas, con creciente asombro, se propuso hablar con Inés en cuanto pudiera para saber qué sucedía entre ella y Labat. La otra, con creciente odio, empezó a pensar que ya había hablado con Labat lo suficiente, y que de ahora en adelante tocaba actuar.

Mouret arrojó la chaqueta contra la silla con rabia.

—Más te vale que lo que tengas que decirme sea importante o te despellejo. Estaba a punto de irme a casa.

Tras servirse una copa, Mouret se dejó caer en la silla de su despacho. Estaba furioso, despechado, y algo bebido. Cuando por fin había conseguido un pequeño avance con Inés, cuando ella había bailado con él sin rechazarlo, cuando había admitido las cálidas palabras de admiración que le había dirigido sin reírse de él, aquel maldito Labat había tenido que aparecer para echarlo todo por tierra. Aún temblaba de cólera al recordar cómo se había demudado el rostro de la joven al verlo, cómo se había transfigurado toda su expresión para que él comprendiera, de manera cruda y sin esperanzas, que estaba profundamente enamorada del maldito médico.

Apuró el contenido de su vaso y apretando el puño en torno a él golpeó la mesa. Su ayudante dio un respingo, pero no se movió. Mouret lo contempló con desprecio; odiaba a todos aquellos petimetres que compraban destinos de oficina lejos de los campos de batalla para ascender como ayudantes de oficiales que sí sabían lo que era recibir una herida. Pero aún más odiaba a los hombres reservados y altaneros como Labat. Había intentado que Barrere trasladara fuera de Vitoria al médico en muchas ocasiones, sin conseguir mover un ápice la voluntad del viejo. No soportaba a aquel hombre, y estaba seguro de que no era trigo limpio aunque nunca hubiera podido encontrar pruebas de nada. Cuánto daría por tenerlas, se dijo, apretando aún más el puño en torno al vaso.

Su ayudante pensó que ya había transcurrido tiempo suficiente para interrumpir sus pensamientos.

—Lamento haberle sacado de ese baile, pero me dijo que si había noticias sobre bandoleros le avisara al momento.

Mouret profirió una exclamación despectiva.

—¿Y qué vas a decirme? ¿Que han degollado a otro correo? ¿Que ha desaparecido de nuevo algún mensaje vital del Estado Mayor?

—Sí... y no. Esta tarde atacaron un correo y su escolta un poco más allá del paso de Subijana. Pero esta vez un destacamento llegó a tiempo de entablar lucha. Se escaparon casi todos, pero capturamos a uno.

—¡Tenemos a uno! —Los ojos de Mouret brillaron, alertas—. ¿Dónde lo habéis encerrado? Quiero verlo.

—Fue herido, señor, y lo llevaron al hospital.

—¡Al hospital! —Mouret, que ya se había levantado, se detuvo bruscamente—. ¿A qué hospital?

—Está aquí, en el de Santiago. Para interrogarlo tendría que esperar a que

recupere la conciencia... si lo hace. El médico ha dicho que no podría sobrevivir.

—¡Inconsciente! Entonces, ¿no le habéis sacado nada? ¿No ha dado nombres?

—No, coronel.

—¡Pero eso es igual que nada! —El coronel lanzó una serie de juramentos mientras se paseaba furioso por la estancia. Al fin, comprendiendo que de aquella manera no conseguiría nada, se detuvo—. Al menos sabréis quién es, ¿no? —Su ayudante asintió—. Que vaya una patrulla y detenga a todo el que encuentre en su casa, y luego que la quemem. No quiero una sola piedra en pie. No hay otra manera de acabar con esa maldita hidra.

—Sí, señor. Pero en realidad era otra cosa lo que quería comentarle: también encontraron a uno de los oficiales de la escolta herido.

—Gran novedad —gruñó Mouret con ironía, tamborileando con los dedos sobre el armario.

Su ayudante pensó para sí que, dado que lo normal era encontrarlos muertos, sí que era novedad, pero intuyó que su puntualización no sería bien recibida.

—Este oficial cree haber reconocido al hombre que los comandaba.

La mano del coronel se detuvo en el aire.

—¿Al cabecilla de los brigantes?

—Eso es.

—¿Y dónde está ese hombre?

—También aquí, en el hospital.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? ¿Por qué me tienes aquí perdiendo el tiempo, maldita sea? —Agarró su chaqueta y comenzó a abotonársela—. Vayamos ahora mismo.

—Son más de las doce, coronel. El hospital está cerrado.

—¡Cerrado! —bufó de impaciencia, acabando su labor—. Pienso hablar con ese oficial ahora mismo, y si alguien intenta impedirme la entrada, tiraré la puerta abajo. O mejor, te ordenaré a ti que lo hagas, DuMarin.

Tomó el sombrero que había caído al suelo, y sin esperar a su ayudante, salió a grandes zancadas de la habitación, seguido por la mirada resentida de DuMarin. Después de una noche lamentable, Mouret intuía que su suerte estaba a punto de cambiar, y no iba a aceptar que ninguna puerta se interpusiera en su camino para evitarlo.

Inés entreabrió los ojos. Se había despertado sobresaltada por algún ruido, pero la oscuridad de la habitación revelaba que aún era de noche. Cerró los ojos con fastidio y dio una vuelta sobre el colchón. La reunión, tertulia, baile o lo que fuera había terminado a las dos, y nada más llegar a su casa había subido a la habitación para desvestirse y acostarse, a diferencia de sus familiares que prefirieron tomar un poco

de sopa antes de dormir. Les dijo que estaba rendida y ninguno lo dudó, ya que después de la intempestiva marcha de Adrien se había ocupado de estar todo el tiempo entretenida, bailando, charlando y moviéndose por toda la habitación, siempre sin pausa, temiendo que si paraba un solo instante acabaría por gritar de rabia o, peor aún, echarse a llorar.

Dio una nueva vuelta en la cama, arrebujándose en las mantas. Clara dormía plácidamente, ajena a su inquietud. Aunque tal vez no tan ajena, se dijo al recordar las miradas especulativas que había sorprendido en ella en varias ocasiones aquella noche. Cuanto más sonreía, cuanto más fingía Inés pasárselo bien, con mayor seriedad la miraba su hermana. ¿Qué quería averiguar, o qué había llegado a comprender? Inés sabía que su comportamiento infantil no era buen ejemplo para ella, pero ¿cómo luchar contra aquella fiebre que parecía poseerla cuando pensaba en él? ¿Cómo aplacar el dolor que inundaba su corazón al pensar en no verlo más?

Cerró los ojos otra vez, sintiendo que una pena amarga atenazaba su garganta.

Entonces lo oyó de nuevo. El mismo ruido quedo que creía haber percibido en sueños.

Se incorporó en la cama. Le pareció que el ruido procedía del exterior, pero los latidos de su corazón retumbaban de tal manera que apenas era capaz de escuchar nada más.

Se levantó y se dirigió de puntillas hacia el balcón. La calle parecía desierta, y supuso que lo había soñado. Pero cuando estaba a punto de volverse a la cama, un pequeño guijarro chocó contra el cristal.

Sorprendida, se asomó de nuevo. Desde donde estaba seguía sin ver a nadie, pero la pequeña piedra que yacía en el suelo del balcón era la prueba de que esta vez no lo había imaginado. Miró hacia su hermana, que seguía dormida. Con mucha lentitud tomó el chal que reposaba sobre la silla del tocador, se envolvió en él y, depositando la mano en el pomo de la puerta, lo hizo girar.

Si le hubieran preguntado qué creía que estaba haciendo, no habría podido responder. Pero su instinto se había adueñado de sus decisiones y tiraba de ella hacia el exterior.

Pisando con sigilo la fría superficie de piedra, se asomó a la calle. El fresco aire de la noche la hizo estremecer, mientras sus ojos se afanaban en captar algún rastro de movimiento en la pequeña plazoleta en tinieblas sin ver nada.

Y, entonces, en el hueco del pequeño soportal que protegía la puerta de entrada a los establos, el repentino fulgor de unos ojos plateados surgió de entre las sombras cuando él dio un paso adelante, y un susurro resignado llegó hasta ella, como flotando en el aire.

—No puedo más, Inés. No puedo.

Inés lo miró un largo instante sin parpadear, hipnotizada por su figura, fascinada

por su presencia, temerosa de que cualquier movimiento lo hiciera desaparecer. La luna se ocultó lentamente y las sombras comenzaron a engullir de nuevo su cuerpo, su rostro, su mirada, y solo cuando el destello de sus ojos también comenzó a desvanecerse, Inés reaccionó al fin.

Volvió a entrar en la habitación y tras echar un rápido vistazo a su hermana, salió de puntillas y en la penumbra más absoluta se deslizó por las escaleras, procurando no hacer ningún ruido, aún temiendo que el loco latido de su corazón fuera suficiente para despertar a toda la casa.

Por fin, tras lo que le pareció un rato eterno, llegó a la pequeña despensa que daba salida a la plazoleta; ni siquiera se le ocurrió pensar si los goznes de la puerta estarían engrasados, y para su fortuna la puerta se entreabrió sin ruido. Cuando la fría luz del exterior se filtró en la estancia se detuvo, asomándose al exterior, con el corazón en la boca.

—¡Inés! —Esta vez el susurro sonó lleno de alivio, tras la verja que separaba la plazoleta del patio trasero de la casa. Con un movimiento ágil y resuelto, Adrien se apoyó en la pared de los establos, agarró la verja y con un fuerte impulso alcanzó su extremo y saltó dentro del estrecho patio.

Inés no profirió ni una palabra cuando, en dos zancadas, Adrien se plantó delante de ella, y la miró. Pero lo que sus labios no pudieron articular, sus ojos lo dijeron a gritos. Estaba descalza, el chal había resbalado de sus hombros y el aire de la noche erizaba su piel, pero cuando los ojos de Adrien se clavaron en los suyos, oscuros y hambrientos, una salvaje oleada de calor recorrió todo su cuerpo.

Y entonces no supo quién se lanzó primero, quién abrazó, quién acarició, quién reclamó la boca del otro, pero de repente ambos se encontraron sumergidos en una unión febril y palpitante, en un beso desesperado y posesivo, y el mundo que los rodeaba desapareció, disuelto como por arte de magia, y solo quedaron ellos dos, el olor de su piel, el calor de sus cuerpos, el sabor de sus labios, la férrea determinación de su abrazo...

Cuando al fin se separaron Inés no podría haber dicho si habían transcurrido horas o minutos. Solo sabía que todo su cuerpo parecía haberse derretido, que temblaba de pies a cabeza y que si en aquel momento el mundo hubiera acabado ella ni se habría inmutado.

Fue Adrien quien primero recuperó la cordura. Echando un vistazo sobre su hombro para asegurarse de que nadie los había visto, pasó el brazo por la cintura de Inés para acompañarla hacia el interior de la casa y cerró la puerta a su espalda. Luego la empujó con suavidad hasta que ambos se apoyaron en una pared, y aquel movimiento quebró el hechizo en que Inés parecía haberse sumergido. Parpadeó varias veces hasta que su vista se acostumbró a la oscuridad, y con el sabor de Adrien aún en los labios y en el alma, elevó la cabeza para intentar captar la expresión de su

mirada entre las sombras. Su voz sonó atormentada al susurrar:

—¿Qué haces aquí, por qué has venido?

—Tenía que verte.

Las sombras velaban los ojos de Adrien, e Inés no fue capaz de saber si en ellos se reflejaba la nota de dolor que creyó adivinar en sus palabras. Recordó su imagen de pie ante la escalera de los Sarriegui, la manera en que Beatriz se apoyaba en él, y estuvo segura de que, en su caso, sus ojos sí que reflejarían el dolor que sentía.

—Hoy ya nos hemos visto —replicó con una gota de amargura, juntando las manos sobre su regazo.

El silencio que siguió a sus palabras le resultó abrumador. Adrien la miraba, ella sabía que la miraba aunque no pudiera ver sus ojos, así que bajó la cabeza en un intento de ocultar su despecho y su dolor. No era un dolor volcánico, rabioso, que pudiera estallar entre ellos, sino un dolor más profundo, más duradero, más definitivo, nacido de la certeza de que Adrien era cuanto Inés quería, y la impotencia de no saber cómo alcanzar su corazón.

Pero su intento fue inútil. Tras unos segundos en los que los sentidos de Inés parecían a punto de explotar, la mano de Adrien tomó su barbilla con suavidad, haciendo que levantara el rostro hacia él.

—Acudí para atender a un familiar de Beatriz —explicó con voz sosegada pero firme—. Ella estaba preocupada, y yo trataba de tranquilizarla. Pretendía que nadie me viera en aquella casa, por eso hablábamos en la escalera. Pero, luego, cuando estaba a punto de irme, escuché tu risa, y no pude soportarlo. No debí entrar, pero lo hice, y te vi con Arnaud, tus ojos resplandecían y tú reías... —Su pulgar acarició la mejilla de Inés con ternura, y su sonrisa apenada brilló un instante en la penumbra—. No sé qué me has hecho, Inés, pero lejos de ti no hallo descanso. He regresado al hospital, pero allí me estaba volviendo loco recordando, y al final he venido hasta tu casa sin saber por qué ni para qué. Llevo un buen rato en la calle intentando decidirme a dejarte en paz, pero no he podido. Mil veces me he dicho que el deber me exige dejar de pensar en ti, y mil veces he fallado. Sé que tú mereces mucho más de lo que yo te puedo dar, pero soy egoísta, Inés, y no quiero, no sé alejarme de ti. Esa es la sencilla verdad, no sé hacerlo.

El corazón de Inés retumbaba como loco, aún pleno de incertidumbre pero alentado por el destello de esperanza que había comenzado a nacer en ella. Con voz calmada susurró:

—Nunca he querido que te alejaras.

—Pero si tuviera solo una décima parte de ese honor del que siempre me he enorgullecido tanto lo haría... —Dejó escapar una risa entristecida, y soltando su rostro dio un paso hacia atrás—. No, eso no es así, yo sigo siendo un hombre de honor. Siempre he cumplido mi deber, siempre he antepuesto lo que mi patria y los

demás necesitaban... —Dirigió su mirada hacia el ventanuco de la estancia, apartando su rostro, hablando más consigo mismo que con Inés—. Pero ahora, en estos tiempos, me pregunto si no tengo yo derecho a un poco de esperanza. Si no he cumplido mi deber con creces y puedo merecer algo de felicidad...

Calló de repente. Parecía agitado y pensativo, y por un momento Inés temió que llegara a desvanecerse entre las sombras. Alzó la mano para tocarle, para asegurarse de que no era un sueño, de que seguía allí, pero antes de hacerlo él se volvió y la tomó de la mano suspendida en el aire.

—Ven.

La luna, como deseando asistir a la escena, se asomó por entre el manto de nubes, y su tenue luz, colándose por la pequeña abertura de la ventana, perfiló las formas de los objetos arracimados junto a las paredes. Adrien miró en derredor y condujo a Inés al pequeño escalón que daba entrada a la cocina. Hizo que se sentara, y arrodillándose junto a ella tomó sus manos entre las suyas.

—Tienes frío —murmuró con ternura, mientras ella negaba con la cabeza—. Pero no me quedaré mucho más, Inés. No sé por dónde comenzar... Aún hay tantas cosas que no puedo explicarte...

Inés inclinó la cabeza, intentando encontrar su mirada entre las sombras.

—¿Una de esas cosas es la razón por la que no querías que nadie te viera hoy en casa de Beatriz?

—Sí.

—Entonces, ella lo sabe.

—¿Qué sabe?

—Tu secreto. Esas cosas que siempre dices que no puedes contar, que si pudieras...

—No. Beatriz no sabe nada. Me llamó porque la persona a la que fui a atender se lo pidió. Cuando llegué, le rogué que mantuviéramos mi asistencia en secreto, y ella accedió. Pero luego yo lo eché a perder, apareciendo en el salón...

—Y esa persona a quien fuiste a atender... ¿lo sabe?

—Una parte.

—Porque en ella sí que confías.

Adrien pasó la mano por su cabello con impaciencia, revolviéndolo mientras buscaba las palabras que parecían resistírsele.

—No se trata de eso. No es cuestión de confianza.

—¿Pues de qué se trata?

—De miedo.

Aquella palabra resultó tan inesperada que Inés no supo qué contestar. Adrien continuó hablando.

—Hay verdades peligrosas para quien las conoce, conocimientos que a los ojos de

los demás nos pueden convertir en culpables, en cómplices. Una vez dijiste que yo era algo más que un simple médico... Si así fuera y te lo contara, te estaría comprometiendo de una manera intolerable. Jamás me perdonaría si por hablar de más te pusiera algún día en peligro, Inés. Me aterra pensar que eso pueda suceder y que sería incapaz de salvarte.

—Pero yo no tengo miedo.

—Pero yo sí. Porque si te pusiera en peligro jamás podría soportarlo. Me moriría, Inés, si algo te pasara por mi culpa. —Adrien apoyó su frente en la de Inés con dulzura—. Lo que siento por ti es tan salvaje, tan invencible... Pero no, me he jurado no hablar de ello. Cuando estás delante de mí olvido la cordura y las intenciones... pero no. No debo decirlo.

Al abrir la puerta para que entrara, Inés se había hecho el firme propósito de mantenerse serena, pero al escuchar aquellas palabras no pudo evitarlo: una lágrima se deslizó por su mejilla, y luego otra, y otra... Las lágrimas silenciosas se convirtieron en un sollozo ahogado, y Adrien hizo que reclinara la cabeza sobre su pecho.

—No llores, por favor —susurró con angustia—. No debí decirte nada. Lo siento, Inés, perdóname...

Aquellas palabras hicieron que Inés reaccionara. Apoyó las manos en el pecho de Adrien para apartarse y poder contemplarlo.

—No me pidas otra vez perdón. No me importan los peligros ni los riesgos ni nada de eso que provoca en ti tantos escrúpulos. Te seguiría al fin del mundo si me lo pidieras. Pero no me lo pides, ¿verdad?

—No puedo, no debo. Aún soy capaz de comportarme con cierto honor. Tengo que terminar mi misión, Inés. Desde que te fuiste de Albizu he estado a punto de mandar todo al diablo y luchar para que te quedes conmigo, pero no puedo hacerlo. Si lo hiciera acabaría por despreciarme. No puedo dar la espalda a mi deber, pero mucho menos puedo arrastrarte conmigo mientras no tenga nada que ofrecerte. Y como médico hay muy poco que pueda ofrecerte, Inés.

—Soy feliz con poco, Adrien.

—Pero yo necesito saber que puedo cuidar de ti, que puedo proporcionarte ciertas comodidades. Si te confesara lo que siento... sería un egoísmo imperdonable. No debo hacerlo, puesto que no tengo ningún derecho a esperar nada de ti. Debo irme ya. —Ahogó con un beso la protesta de la joven—. Debo irme. Si alguien nos encontrara aquí... Debo pensar en ti, en tu reputación, y si continúo acariciándote acabaré por no hacerlo. —La abrazó de nuevo—. Me cuesta separarme de ti, me cuesta dejarte marchar, pero sé que es solo egoísmo. No tengo derecho a hablar de lo que siento por ti. Vuelve a tu cama, Inés. Vuelve, por favor.

Y antes de que ella pudiera pensar en algo que contestar, Adrien se levantó con



brusquedad y se fue.

Aún temblando, Inés lo vio salir, saltar la valla y alejarse de allí sin volverse a mirarla. Se acercó a la puerta, pero pasaron varios segundos antes de que se sintiera capaz de cerrarla. Sus emociones estaban a flor de piel, y se sentía dolorosamente perdida; Adrien la amaba, estaba segura, pero viviría sin ella. Adrien la amaba, no podía dudarlo, pero se había ido.

Se metió en la cama presa del desconsuelo y la rabia. Tanto deber, tantos misterios, tanto honor... Hundió la cabeza en la almohada para evitar un sollozo. Pero en medio de su desolación, la parte más rebelde de su espíritu, la más inquebrantable, aquella parte tenaz y testaruda que se había sobrepuesto a todas sus desgracias, se negó a dar a Adrien por perdido. Ahora tal vez debía dejarlo ir, pero no sería para siempre; al día siguiente examinaría de nuevo sus armas, sus caminos, la manera de hacer que él comprendiera que era el destino quien los había puesto frente a frente.

Al día siguiente pensaría en lo que podría hacer.

Al otro lado del cuarto, Clara fingió dormir, mientras pensaba también que, al día siguiente, algo podría hacerse.

—Bien, pues el brigante ya es historia —dijo Mouret con rabia, arrojando la tenaza sobre el cuerpo del hombre—. Que los centinelas lo saquen de aquí. Volvamos al hospital.

Su ayudante tragó saliva, impresionado. El olor de la carne chamuscada aún le provocaba arcadas, y sentía como si se le hubiera pegado a la ropa, a la piel. Solo de pensarlo sintió ganas de vomitar, pero deseaba tanto salir de allí que no dijo nada que pudiera detener al coronel. Agradecía al cielo que el hombre que acababa de morir se hubiera desmayado al poco de aplicarle las tenazas al rojo vivo; en aquella celda oscura, húmeda y diminuta, no habría sido capaz de soportar sus gritos.

Ni siquiera fue capaz de levantar la cabeza al pasar ante los soldados que guardaban la puerta, aunque le pareció que también ellos miraban al suelo. Mouret les había ordenado llevar al herido a una de las celdas de clausura existentes en el ocupado convento contiguo al hospital, y aunque uno de ellos había tratado de señalarle el lamentable estado en que se encontraba el herido, la amenaza de Mouret de acusarlo de desobediencia lo acalló con rapidez.

Pero aquel hombre estaba en verdad muy malherido, y aunque los golpes de Mouret le hicieron recobrar el conocimiento unos instantes, no fueron suficientes para que el coronel lograra obtener ningún tipo de información. Una muerte cruel y, además, en vano, pensó DuMarin al salir del convento por la puerta contigua al

hospital. Pero, con todos sus reparos y escrúpulos, no iba a ser él quien se lo reprochara al coronel.

Ambos hombres entraron en el edificio por la puerta que habían dejado abierta hacía apenas una hora. El enfermero que estaba de guardia aquella noche se asomó al pasillo al escuchar pasos, pero al ver de quiénes se trataba volvió a su cubículo sin decir palabra. Nadie podía entrar en el hospital a aquellas horas de la noche, pero tampoco nadie debería poder arrancar de su cama a uno de los heridos para interrogarlo, y, sin embargo, cuando antes había tratado de evitar que se llevaran al hombre, a punto había estado de ser arrestado por orden del coronel. Y aunque sabía que el doctor Labat se iba a enfurecer con él por haberlo permitido, prefería afrontar su furia antes que los calabozos franceses, de eso no le cabía ninguna duda.

Mouret y su ayudante pasaron ante la puerta del enfermero sin prestarle atención, y atravesaron el pasillo hacia la sala donde estaban los franceses allí albergados. El joven oficial herido cerca de Subijana ocupaba una cama cercana a la puerta. Mouret se detuvo junto a él, haciendo una seña a su ayudante para que le acercara una silla.

—¿Este es? —quiso cerciorarse antes de tomar asiento.

—Sí, coronel. El capitán Paul Durand.

—No tiene buen aspecto, desde luego —dijo desapasionadamente.

El rostro del herido estaba perlado de sudor, y de vez en cuando su cuerpo era sacudido por una especie de espasmo; su cabeza yacía desmadejada sobre la almohada, y su piel había adquirido un tono grisáceo. DuMarin pensó que nadie tan cerca de la muerte como aquel desventurado podría tener buen aspecto, pero se limitó a colocar la silla y a mantener el candil a una altura adecuada para que el coronel pudiera seguir mirando al joven con parsimonia.

—Habrás que despertarlo.

Su ayudante se estremeció como si él mismo fuera el herido. Despertar a un moribundo en medio de la noche para intentar sonsacarle cosas que no había dicho estando más vivo era algo que estaba más allá de lo admisible, pero su intento de protesta fue acallado por una mirada asesina del coronel, que le conminó con desprecio a dejar la luz e irse si tenía tantos melindres y remilgos. Pero DuMarin, que ya había ido adquiriendo cierta sabiduría sobre las sutiles represalias que el coronel solía tomar cuando era desobedecido, sabía que aquello no era posible. Acercó otra silla a la cabecera de la cama, depositó allí la luz y se apoyó en la pared cercana a la puerta, tratando de confundirse con las sombras.

Apenas acababa de recostarse en la pared cuando el ceño del herido se arrugó, como si la luz, a la altura de los ojos y apenas a unos centímetros de su rostro, le resultara molesta. Luego, sus labios secos se movieron, y aunque DuMarin no escuchó nada, Mouret se inclinó con avidez sobre aquel hombre prendido en fiebre.

—Durand, soy el coronel Mouret. Me han dicho que le hirieron en un ataque y

que reconoció al cabecilla de los brigantes. ¿Es eso cierto? ¿Pudo reconocerlo? Su nombre, Durand. Dígame su nombre. —Los labios del joven volvieron a moverse, y Mouret comenzó a impacientarse—. Sí, muy bien, es mala suerte que ella le vaya a odiar, pero el cabecilla, Durand, el nombre del cabecilla... Sí, sí, usted la adora, pero ella no... No sé qué habrá hecho usted para que lo odie, pero las mujeres son volubles, Durand, no se preocupe por eso... Pero si no sabe el nombre, dígame al menos por qué lo conoce. Ya, ya, olvídela, Durand, el mundo está lleno de mujeres... Sí, usted hirió a un hombre y ella le odiará... bonita pieza se ha buscado usted, si prefiere a... ah, ya, usted hirió a un familiar... Pero el cabecilla, Durand, por qué lo conoce... dónde lo había visto...

Desde su lugar junto a la puerta, DuMarin se encontraba bostezando y deseando que el coronel dejara al moribundo descansar de una vez cuando el sutil cambio de su expresión le puso en guardia. Los ojos del coronel se agrandaron con ansia, y se inclinó más hacia el herido, haciendo que aún fuera más imposible para su ayudante escuchar los débiles murmullos del capitán.

Sin embargo, cuando al cabo de un minuto Mouret se enderezó, sus ojos brillaban a medio camino entre el triunfo y el recelo. DuMarin comprendió que las palabras de Durand habían tenido algún sentido para el coronel, pero no dijo nada hasta que abandonaron la sala.

—Deben de ser casi las cuatro —observó Mouret con impaciencia cuando se dirigieron hacia la puerta lateral por donde habían entrado—. DuMarin, quiero que averigüe quién es la mujer que tenía tan embobado a ese infeliz. Pregunte a sus amigos, a los oficiales con quienes solía charlar... A estas horas ya no voy a despertar a mis anfitriones, así que echaré una cabezada en mi despacho, y quiero que se presente allí con la respuesta a las nueve en punto.

—Pero señor —balbució su ayudante—, había pensado dormir un poco y luego...

—¡Dormir! —gritó con desdén el coronel—. ¡Ni siquiera me había advertido de que el cabecilla había sido herido y usted quiere dormir! Estoy harto de estar rodeado de ineptos. Nunca he estado más cerca de poner mi mano sobre alguno de esos malditos salvajes, y su sueño me importa un carajo, DuMarin.

—¿Herido? —se asombró el aludido—. Nadie dijo que hubiera otros heridos.

—Claro que no... —se burló Mouret—. ¿Y quiere que le diga por qué no?

DuMarin calló con prudencia ante una pregunta evidentemente retórica.

—Seguramente aquella zona está llena de maleza y de hierbas y de árboles —continuó el coronel—, y aunque la patrulla que llegó debió de ver el rastro de la sangre, prefirieron hacer que no habían visto nada y salir corriendo de allí como conejos asustados, pensando que detrás de cada tronco podía haber otro brigante. Debería ordenar que los detuvieran mañana mismo.

—¡Pero, señor, no puedo hacer eso! —exclamó su ayudante, anonadado—. ¿Por

qué motivo iba a detener a unos soldados que no han hecho nada?

—Por eso mismo. Debería encerrarlos bajo acusación de cobardía.

Su ayudante no se consideraba a sí mismo el hombre más valiente del mundo, pero aquella idea ofendía tanto su sentido de la justicia que aún volvió a intentar una protesta.

—Durand no les acusó de cobardía, y nadie más que ellos sabe lo que sucedió, señor. Es muy posible que no vieran ningún rastro, o tal vez solo trataron de salvar a un oficial. Y aunque Durand hubiera dicho algo así, dudo que las palabras de un moribundo que apenas ha escuchado usted puedan ser prueba de nada.

La furia incendió el rostro del coronel ante aquella insolente puesta en duda de su palabra, pero su avidez por lograr al fin un avance en su lucha contra los bandoleros no le había cegado hasta el punto de no poder apreciar aquella pequeña verdad. Necesitaba pruebas para lo que se proponía hacer, y no las tenía. Sus sospechas le parecían cada vez más sólidas, y cuando revisaba situaciones del pasado encontraba más sentido a todo, pero salvo las palabras de un hombre a punto de fallecer, no tenía pruebas. Aunque eso era algo que su enemigo no sabía... Tal vez, una trampa bien tendida...

Se obligó a conservar la calma.

—Estoy seguro de que las cosas fueron así, DuMarin, pero si prefiere interrúguelos primero sobre lo que pasó. Hágalo a primera hora, en cuanto me traiga la información que he pedido. Y no se retrase. No tengo mucha paciencia, como ya habrá comprobado.

Al día siguiente, el cansancio ocasionado por la velada de la noche anterior no evitó que las habitantes de la casa tuvieran que ocuparse de su huésped. La señora Duval, a pesar de la poca estima que le ocasionaba el carácter de sus nuevos conciudadanos — porque todas ellas comprendían bien que cuando la mujer los describía como pintorescos quería decir salvajes, cuando hablaba de ropas vistosas quería decir vulgares, y «costumbres animadas» significaban «conductas bárbaras»—, había solicitado a su anfitriona que la acompañara a visitar lo que mereciera ser visto en la ciudad. Pero su tía, que además de estar cansada, encontraba la altanería de aquella mujer profundamente irritante, había rogado a sus sobrinas que no la dejaran a solas con ella. Así que habían pasado la mañana recorriendo calles, paseos y poco más, porque a excepción de algunos nobles y hermosos palacios, la mayoría de edificios que hubieran podido enseñarle estaban ocupados, de una manera u otra, por el ejército y la intendencia franceses.

Así pues, no fue hasta aquella tarde cuando Clara, que durante toda la jornada había contenido su frustración por no poder hablar a solas con su hermana, pudo dirigirse a ella con discreción.

Estaban en su cuarto, tumbada cada una en su cama, con las contraventas entornadas lo suficiente para que la habitación se sumergiera en una tenue penumbra, pero ninguna de las dos dormía. Inés contemplaba el techo, distraída, y su hermana, tendida sobre un costado y con la cabeza apoyada en el antebrazo, la contemplaba a ella.

—¿Vas a dormir? —preguntó al fin, porque de alguna manera tenía que empezar la conversación.

Inés volvió la cabeza.

—No.

—Pensé que tal vez tenías sueño.

—No.

—Es que esta noche me ha parecido que te levantabas y bajabas las escaleras... He supuesto que no has podido dormir bien.

Clara creyó percibir una ligerísima vacilación en su hermana, pero su voz sonó tan serena como solía.

—Me he desvelado y he bajado a beber un poco de agua, pero he dormido bien.

—No sé, tienes aspecto de estar fatigada. O inquieta.

Los ojos de Inés se clavaron en su rostro con indiferencia.

—Habría sido el paseo de esta mañana. Esa mujer es tan irritante como un baño de ortigas.

Clara desvió la mirada, posándola en la jarra que descansaba sobre el tocador; no

sabía bien cómo insistir, pero tampoco estaba dispuesta a ceder.

—Si sucediera algo importante, me lo dirías, ¿verdad? —comenzó de nuevo, intentando no mostrarse ansiosa.

Inés giró sobre su costado, imitando la postura de su hermana.

—¿Qué te preocupa, Clara?

—¿A mí? Nada. No es a mí a quien le preocupa algo. O bueno, tal vez sí... Me preocupas tú.

—¿Yo? ¿Por qué iba a preocuparte yo?

—Porque estás triste. Porque estás como ausente. Porque no me quieres decir lo que te pasa.

—Porque no me pasa nada.

Pero Clara, una vez que se había decidido, no pensaba dar su brazo a torcer.

—Es por Labat, ¿verdad? Entre vosotros dos pasa algo.

Aquella vez Inés no pudo permanecer impassible ante el comentario. Se incorporó en la cama sin dejar de mirarla, pero sus mejillas se habían encendido.

—No sé a qué tipo de «algo» te refieres.

Aunque Clara era muy capaz de decirle qué era ese algo, acostumbrada como estaba a sentir por su hermana una admiración rayana en el respeto reverencial, no fue capaz de encontrar las palabras adecuadas. Bajó la vista hacia su mano, que jugueteaba con el borde de la colcha.

—Te... gusta, ¿no es así?

Transcurrieron varios segundos sin respuesta en los que Clara no se atrevió a levantar los ojos. Había hablado de gustar, pero las turbulentas emociones que captaba en su hermana le decían que aquello era mucho más profundo.

Cuando Inés contestó, sus palabras sonaron tan tensas y forzadas que parecían arrancadas de su garganta.

—Depende de a lo que te refieras por gustar.

En esta ocasión fue Clara quien enrojeció.

—Pues... no lo sé. Imagino que te resulta atractivo, y te gusta su compañía. En Albizu te vi mirarlo algunas veces... Nunca te había visto mirar así a un hombre.

Inés no contestó, pero Clara siguió con la mirada fija en su propia mano.

—Incluso he llegado a pensar que hay algo más, que sientes algo por él. —Y alzó la vista para mirar a su hermana con precaución—. Pero no me has dicho nada, ni una palabra... Y yo no puedo evitar preguntarme si es así. Sé que dirás que no es de mi incumbencia, y tal vez sea verdad; y si te viera feliz no diría nada. Pero la verdad es que no pareces feliz. Y quiero ayudarte.

Las palabras de su hermana agitaron de tal manera el cúmulo de emociones que atenazaba el corazón de Inés que estuvo a punto de echarse a llorar. No, no era feliz, pero confesar en voz alta lo que sentía no iba a hacer que eso cambiara. Por otro lado,

tampoco era capaz de mentir a Clara abiertamente, negando algo que su rostro y su voz delatarían. Dejó transcurrir varios segundos antes de contestar.

—¿Y de qué serviría admitir lo que siento, si él no puede corresponderlo?

Y a pesar de sus intentos de mantener la firmeza de su voz, el dolor brotó en sus palabras como el agua clara brotaba en un manantial.

Clara, que apenas había visto nunca a su hermana perder la serenidad, se sintió consternada. Se levantó de la cama y se sentó junto a ella, abrazándola con afecto.

—¿De veras crees que él no te corresponde? Ayer en casa de los Sarriegui lo vi mirarte mientras bailabas con Arnaud. Tú no te diste cuenta hasta que chocaste con él, pero llevaba un buen rato sin quitarte ojo. Y tal vez yo sea joven, pero no soy tonta; te garantizo que le costó un triunfo no arrancarte de los brazos de Arnaud en ese momento.

—No se trata de eso, Clara —suspiró con pesar, acariciando distraída el brazo que su hermana aún mantenía alrededor suyo—. No importa lo que sienta por mí, va a anteponer su deber a sus sentimientos.

Clara frunció el ceño.

—Supongo que eso es muy loable, pero no acabo de entender que admitir lo que siente por ti pueda interferir en su trabajo como médico.

Inés negó con la cabeza.

—No se trata de eso —repitió. Y al instante pensó que ese era el problema: que nunca se trataba de nada, porque las explicaciones de Adrien eran tan vagas, tan evasivas, que ella misma no las llegaba a comprender.

—¿Por qué no iba a poder cumplir con su deber aunque se casara contigo?

—¡Clara, por favor! —suplicó Inés, a quien el tema resultaba demasiado doloroso—. No hables de eso, está fuera de lugar. Nosotros no hemos hablado de eso...

—Luego habéis hablado —insistió su hermana con terquedad—. Habéis hablado, pero tú no me vas a convencer de que estás de acuerdo con lo que sea que haya propuesto.

—No tengo que convencerte de nada.

—Así que tú le amas, él te ama —cortó con la mano la protesta de Inés—, pero estáis los dos sufriendo como una pareja de bobos. Y lo peor de todo es que tú no eres capaz de dar una respuesta lógica a por qué estáis así.

—¡Basta ya, Clara! El amor no tiene nada que ver en esto. El amor está muy bien en esas noveluchas que Beatriz te ha prestado a escondidas de nuestra tía, pero la vida real es otra cosa. Eso de que el amor lo puede todo y esas tonterías... desengáñate. La vida es dura y difícil. Y muchas veces amarga. Y nadie se muere por eso. —Se puso en pie—. Y, ahora, basta ya de tonterías. Si no tienes sueño, puedes ayudarme a terminar de devanar las madejas de lana.

Clara habría seguido protestando, pero comprendió que el dolor de su hermana

era todavía mayor de lo que había creído, y pudo intuir que el hecho de insistir no la ayudaría. Inés se había levantado para tomar una pequeña cesta de mimbre llena de madejas que reposaba junto al tocador. Clara intentó encontrar la mirada de su hermana mientras tendía la mano para aceptar la madeja, pero Inés no apartó los ojos de la cesta. Cuando acercó la silla para sentarse y comenzar el proceso, Clara ya había tomado su decisión: si su hermana no estaba dispuesta a hacer lo posible para convencer a Labat de que ambos estaban haciendo una perfecta majadería, sería ella quien se lo dijera, lisa y llanamente.

—¿De quién se trataba?

DuMarin apretó los labios, hosco. De buena gana callaría la respuesta. En cualquier circunstancia, andar preguntando a los amigos de un hombre a quien ni siquiera conocía por sus amores era bochornoso; pero tener que cabalgar casi hasta Alsasua para encontrarlos, hacerles aquella pregunta acogida con sorpresa y malestar, para explicarles a continuación que su amigo estaba al borde de la muerte, había sido indigno.

Luego, a pesar de su cansancio tras la cabalgada —por no hablar del riesgo que había corrido al acudir solo—, había tenido que buscar a los soldados que auxiliaron a Durand tras el ataque para interrogarlos, lo que había sido muy mal recibido por los hombres.

Y al coronel solo se le ocurría reprenderle por no haber tenido disponible la información a la hora solicitada...

—De la hija de sus anfitriones, Beatriz Sarriegui —contestó, malhumorado.

La expresión del rostro de Mouret se mantuvo imperturbable, pero un destello de satisfacción cruzó su mirada mientras abandonaba el lugar que ocupaba junto al archivador y tomaba asiento ante su mesa.

—Muy poco original. Bien, DuMarin, vaya a buscar al doctor Aguirre y tráigalo aquí.

DuMarin, que llevaba ya unos minutos pensando en el cómodo colchón que le aguardaba en la confortable casa de sus anfitriones, no pudo evitar que la contrariedad se reflejara en su tono.

—¿Ahora mismo? Pero es casi de noche.

—Como si es el fin del mundo.

Conteniendo a duras penas su fastidio, su ayudante salió del despacho, camino de la vivienda del doctor Aguirre. Pero cuando, diez minutos después, llegó al primer cantón de la calle Cuchillería, donde se hallaba la casa del hombre, su irritación aumentó hasta límites insospechados: su llegada, solicitando al doctor que lo acompañara en aquel mismo momento, no fue bien recibida en absoluto. El doctor protestó vivamente contra aquella intromisión entre el caldo que acababa de terminar



y el guiso de carne que aún no había comenzado. En cualquier otro momento, DuMarin podría haber simpatizado con cualquier hombre que se quejara de la prepotencia de Mouret; pero aquella noche su estómago le recordaba ruidosamente que, desde el mendrugo de pan y el tazón de legumbres que había tomado en una venta del camino de Alsasua, no había tenido ocasión de ingerir nada, y las protestas del doctor solo acentuaron su mal humor. A punto de perder la paciencia, le conminó a dejarse de excusas y acudir con él al cuartel.

Así que un cuarto de hora después, la única persona satisfecha de las que se hallaban en el despacho de Mouret era él mismo. Aguirre, sentado ante la mesa del coronel, protestaba acalorado por la falta de respeto que suponía arrancarle de su casa a aquella hora tan intempestiva, y DuMarin, de pie junto a la puerta, solo esperaba que el coronel le pidiera que se fuera y los dejara a solas. Y cuando eso al fin sucedió, salió tan rápido como pudo, aliviado de no tener que volver hasta el día siguiente.

—Pues usted dirá —refunfuñó el doctor Aguirre cuando ambos quedaron a solas.

—Quería saber qué familiares jóvenes y varones tiene Beatriz Sarriegui.

—¿Me ha sacado de mi casa a estas horas para preguntarme por los familiares de una muchacha?! —preguntó Aguirre con incredulidad.

—Usted conoce a todos los notables de la ciudad y a muchos de la provincia —continuó Mouret sin inmutarse—. Sé que los Sarriegui no tienen hijos, pero ¿tienen algún sobrino, primo o hermano joven?

—¿Me lo está diciendo en serio? ¿De veras me ha hecho dejar mi guiso de carne por eso? —El doctor se inclinó hacia delante en la silla con tanto ímpetu que sus gafas resbalaron sobre su nariz.

—«Eso» es algo importante. ¿Piensa contestarme o no?

Pasmado, Aguirre decidió tomarse su tiempo; algo había escuchado sobre la debilidad del coronel por las mujeres hermosas, pero sacarle de su casa a aquellas horas de la noche para cotillear acerca de una de ellas era intolerable. Se quitó las gafas, extrajo un pañuelo de su bolsillo, las limpió cuidadosamente y se las volvió a colocar sobre la nariz.

—Ahora mismo no recuerdo...

El puño de Mouret golpeó la mesa con violencia, haciendo que la botella y los vasos que descansaban sobre ella se tambalearan.

—No me tome por idiota, Aguirre. ¿Qué parientes jóvenes tiene Beatriz Sarriegui?

La grosera reacción del coronel indignó al doctor, pero también lo acobardó un tanto.

—Bastantes —contestó a regañadientes—. Su padre tiene otros tres hermanos, y su madre tenía cuatro hermanas y dos hermanos. Y todos ellos tienen varios hijos. Son una familia extensa.

—¿Todos viven en los alrededores de Vitoria? ¿Alguno vive cerca de Subijana?

—No estoy seguro. Uno de los Sarriegui vive en Zaragoza y otro en Campezo. Todavía mantiene una casa pequeña en la ciudad, pero apenas viene. El otro sí, vive aquí con sus dos hijas. Unas muchachas encantadoras, aunque algo calladas. La madre, que es una Abando, está empeñada en que hagan unos matrimonios brillantes. No es que yo crea... —Se interrumpió al observar que el rostro del coronel enrojecía de furia—. En cuanto a la familia de la madre... déjeme pensar... son bastantes... El hermano mayor, Carlos...

Exasperado, Mouret resopló con irritación. Tenía que resultar que aquella fuera una de las familias más extensas de la ciudad. Decidido a cortar la cháchara insufrible del médico, iba a exigirle que aquel árbol genealógico se lo pusiera por escrito cuando una de las palabras llamó su atención.

Levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué ha dicho?

—Digo que fue una pena que murieran tan jóvenes, pero el abuelo...

—No, después de eso. ¿Qué nombre ha dicho?

—Martín de Artola.

Mouret volvió a bajar la cabeza. Cuando el doctor había comenzado aquel nombre, hubiera jurado que... Pero no, no tenía ni idea de quién era.

—Era el apellido del padre —continuó Aguirre, disfrutando tanto de la oportunidad de exponer sus conocimientos que a aquellas alturas había olvidado su justa indignación—. Su madre, Felisa Ochoa, falleció en el parto. Luego el padre se volvió a casar con una mujer de Emaiza, y se fueron a vivir allí, a un caserío que tenían al pie del monte, cerca del pueblo. Pero el padre murió al poco tiempo, y Felisa lo cuidó como si fuera su propio hijo. Luego también ella falleció hará dos o tres años y él heredó la casa y la tierra. Por eso al crío le llaman con el apellido de la familia de ella, aunque sea un Artola.

Antes de que continuara su explicación, Mouret alzó la mano para detenerlo. Sus ojos brillaban con expectación.

—¿Cómo lo llaman?

Incluso antes de escuchar la respuesta, sabía que había encontrado lo que estaba buscando.

—Aramburu. Le llaman Martín de Aramburu.

El primer día de septiembre había amanecido grisáceo y fresco. Las nubes se arremolinaban en las cimas de las montañas que rodeaban la ciudad, y los adoquines de la calle aún reflejaban el rastro de la fina llovizna que había caído al amanecer. Clara soltó la cortina de la ventana y volvió la cabeza hacia la puerta al oír los pasos que se acercaban.

—La tía me ha dicho que vas a ir de compras con las Zárate —dijo Inés al entrar, mirándola de reojo mientras tomaba la labor que había comenzado la víspera.

Clara se volvió para mirarla, apoyándose en la pared.

—Sí. Elena necesita un chal nuevo, y me pidió que la acompañara. Pero si prefieres que me quede contigo...

—¿Yo? —Inés la miró de soslayo, sorprendida. Luego se acomodó en la silla y colocó el bastidor sobre las rodillas—. Sé cuánto te diviertes con ellas, y no se me ocurriría fastidiarte el plan.

—Pero si no quisieras estar sola... —insistió Clara.

—En realidad no tenía pensado quedarme en casa. —Tensó el hilo que había introducido por el ojo de la aguja y, tomando los extremos, hizo un rápido nudo—. Quiero saber qué tal está Juanillo.

—¿Quién?

—Juanillo. El hijo de Francisca, la mujer del hospital. —Inés clavó la aguja en la tela y tiró de ella hacia arriba—. Quiero ver qué tal le va.

Esperanzada, Clara se apartó de la pared y colocó sus manos sobre el respaldo del sofá.

—Entonces, ¿vas a ir al hospital?

Inés negó con la cabeza, mientras la aguja volvía hacia abajo.

—No, ella ya no está en el hospital. Viven en el cuartel, ¿recuerdas?

—Así que no vas a ir al hospital —musitó Clara, disfrazando su decepción.

—No. —Inés no apartó la vista de su labor, y sus puntadas se volvieron más enérgicas—. ¿Para qué iba yo a ir al hospital?

Clara la contempló con impotencia; su hermana fingía estar concentrada en su labor para no contarle nada, era evidente.

—Eso, ¿para qué? —murmuró mientras tomaba el sombrero que había dejado sobre una silla y se acercaba al espejo.

Algo en su tono hizo que Inés por fin levantara la vista de la labor.

—¿Te vas ya?

—Sí. ¿Quieres algo?

A través del espejo las miradas de las hermanas se cruzaron unos segundos. Inés negó con la cabeza y volvió a inclinarse sobre su labor. Clara se colocó los guantes y se acercó a la puerta.

—Llévate paraguas —aconsejó Inés cuando ella ya salía, sin volver a mirarla.

En el quicio de la puerta, Clara se detuvo y se giró para contemplarla. En realidad, ningún observador ajeno que mirara en aquellos momentos a su hermana encontraría otra cosa que sosiego, pero Clara la conocía. La conocía muy bien. Dos finas líneas se marcaban alrededor de su boca, y aunque había sonreído en varias ocasiones, en ninguna de ellas la sonrisa había alcanzado sus ojos. Podía decirle que

estaba estupendamente, que lo que más le apetecía en el mundo era hablar con Francisca, o cualquier otra ocurrencia que tuviese, pero Clara sabía que no era así, y que su orgullo le impediría hacer algo para solucionar lo que le dañaba. Pero si Inés no sabía lo que le convenía, ella sí. Bajó las escaleras con rapidez, y sin esperar a que Flora apareciera para acompañarla, salió a la calle, segura por completo de lo que debía hacer.

Adrien se detuvo, disgustado. No tenía ninguna gana de discutir en aquellos momentos con Mouret.

—Solo será un momento —insistió el coronel—. Aunque si lo prefiere, estoy dispuesto a hablar aquí.

Hizo un gesto ampuloso con la mano, indicando el espacio que los rodeaba.

Adrien no necesitaba mirar para saber que los heridos que estaban conscientes los estarían mirando con curiosidad. Y aunque hablar con Mouret no tenía lugar en su lista de prioridades, comprendía que sería imposible evitarlo.

—Está bien, vayamos a mi despacho —aceptó con cierto tono de hastío.

Salió de la sala hacia la puerta del fondo, seguido por Mouret. Su instinto le avisaba de problemas, y su instinto jamás se había equivocado. En fin, pensó al empujar la puerta para pasar, siempre había sabido que Mouret podía complicarle la vida, y parecía que el momento había llegado. Se sentó tras la mesa del despacho, sin ofrecerle a Mouret que hiciera lo mismo.

—Usted dirá —comenzó con frialdad, recostándose en la silla.

Pero incomodar al coronel no era fácil. Con calma, Mouret echó un vistazo en derredor y tras observar sus posibilidades, se dirigió al armario de las medicinas para tomar la silla que se apoyaba contra su puerta. En cuanto lo hizo, la puerta comenzó a crujir y abrirse con lentitud.

—La silla estaba para eso —comentó Adrien con sorna.

—Claro, mejor una silla que repararla —respondió Mouret con desprecio, colocando la silla ante la mesa.

—Si esa puerta fuera la única cosa rota de este hospital no dude que ya la habría reparado. Pero dudo que haya venido a discutir el presupuesto de que dispongo. Hace solo un par de meses me dejó claro que tendría que arreglarme con mis dificultades.

—Tiene razón. No he venido para hablar de eso. He venido para hablar del ataque que sufrió en Albizu.

Si aquello le sorprendió, Adrien se cuidó mucho de demostrarlo.

—Hable entonces, Mouret. Yo le escucho.

A pesar de su determinación de no dejar que aquel hombre lo provocara, Mouret no pudo evitar que un destello de odio se reflejara en su rostro.

—Celebro que todo esto le importe tan poco —contestó con gelidez—.

Sorprendente, si tenemos en cuenta que estuvieron a punto de matarle, según dijo.

—¿Según dije? ¿Así que no cree que estuve a punto de morir? —Adrien se puso bruscamente en pie, mientras sus labios esbozaban una mueca despectiva—. Bien, ambos somos hombres ocupados y no tenemos tiempo para tonterías, así que dígame de una vez qué quiere de mí.

El súbito e inesperado cambio en el rostro de Adrien sorprendió a Mouret, desconcertándolo, pues los ojos habitualmente impasibles del médico se habían oscurecido, adquiriendo un brillo frío y despiadado. Rehaciéndose, se puso en pie para igualar al menos la desventaja de la altura.

—El otro día hubo un ataque a un correo y su escolta cerca del paso de Subijana. Uno de los oficiales sobrevivió.

—Lo sé. Lo trajeron al hospital, ¿recuerda? Pero hace apenas media hora que ha fallecido.

—Qué conveniente... —replicó con sarcasmo—. Menos mal que ayer pudo decirme el nombre del cabecilla de los brigantes que les atacaron.

—Al margen de que su comentario revele su nula sensibilidad, el hecho de que tenga al fin un nombre me parece muy bien —contestó Adrien, impasible—. Ya era hora de que consiguiera algún resultado en su lucha contra los bandoleros. En algunos círculos se comentaba que Barrere estaba pensando realizar algunos cambios... Y eso que arrancó a un herido de *mi* hospital para torturarlo salvajemente...

—¿No tiene siquiera una mínima curiosidad sobre el nombre que reveló? —preguntó Mouret, intentando disimular la rabia que la indiferencia de Labat le provocaba.

—Si quiere que sea sincero, en absoluto. Mi labor es salvar vidas, la suya detener a los hombres que hostigan y agreden al ejército. Yo no he podido salvar a Durand, ni pude evitar que usted matara a aquel brigante, y eso es lo único que me incumbe.

—¿Ah, sí? —preguntó Mouret, cada vez más irritado—. ¿Y no le incumbirá, ni aunque le diga que el cabecilla es Martín de Aramburu?

La mirada de Mouret se clavó en los ojos de Adrien con satisfacción, dispuesto a disfrutar de su triunfo, pero para su desconcierto la reacción de Adrien no fue la esperada.

—¿Martín de Aramburu? ¿El hombre que vino a Albizu el día que me atacaron? —preguntó con tranquilidad.

—El mismo.

—Vaya por Dios... Quién lo iba a decir.

Adrien meneó la cabeza en un gesto de incredulidad, pero no dijo nada. Ambos hombres se quedaron en silencio. La impaciencia de Mouret iba en aumento.

—Mañana enviaré un destacamento para detenerlo. Saldrán de la ciudad al

amanecer.

Adrien lo contempló con aprobación.

—Me parece muy bien, Mouret, ahora comienza a hacer lo que Barrere le encargó. Lo que no sé es por qué me cuenta todo esto.

—Ese hombre se interesó mucho por usted, según dijo.

—Sí. ¿Qué tiene eso que ver?

Mouret jugueteó con el extremo de su cuidado bigote.

—Resulta curioso que siendo un brigante, y habiendo acabado con tantos soldados, sin embargo a usted le permitiera seguir vivo.

Adrien enarcó una ceja con frialdad.

—¿Sí? A mí no me lo parece. En primer lugar, estaba herido. Y en segundo lugar, soy un civil, no un soldado. Y tal como están las cosas en estos momentos, un civil especialmente necesario.

—¿Sí? —Los ojos de Mouret brillaron de cólera—. ¿Porque atiende a los brigantes? ¿Porque los ayuda sin dar cuenta de su paradero? Eso puede estar muy cerca de la traición.

Para su sorpresa, Adrien dejó escapar una carcajada.

—Conque de eso se trata... ¿Ahora soy sospechoso de ocultar a los brigantes? Por Dios, Mouret, cierto que jamás me ha resultado simpático, pero hasta ahora le tenía por un hombre inteligente... Mi trabajo es atender a cualquier herido que solicite mi ayuda. Si así no lo hiciera estaría violando el juramento que hice al ordenarme en esta profesión. Pero no se confunda, no solo es mi deber, o el de cualquier cirujano francés presente en este país en estos momentos, como bien podrían explicarle Larrey o Percy; es también cosa de sentido común. Teniendo en cuenta que debemos depender casi en exclusiva de los medios locales para ejercer nuestro oficio, ya debería saber que estar en buenos términos con los habitantes de la región es vital. No conozco otra manera de acceder a las medicinas que necesitamos, y es la única posibilidad de que podamos hacer algo por los cientos de soldados heridos y enfermos con que nos encontramos cada día. Dejar morir a un español es algo que no haré si puedo evitarlo, sea cual sea su delito; y si lo hiciera, tenga por seguro que no sería capaz de lograr de nuevo esas medicinas tan necesarias que ahora a duras penas consigo encontrar. Pero —su rostro se tensó, y dio un paso adelante—, si lo que está sugiriendo es que, además de curar a cualquier herido, escondo a los brigantes de las autoridades competentes, lo que tiene que hacer es detenerme, en lugar de venir aquí a hacerme perder el tiempo, intentando sonsacarme Dios sabe qué información.

Ambos se contemplaron desafiantes. Mouret apretó los puños para contener su ira. El maldito médico estaba muy seguro de sí mismo; sabía perfectamente que detenerlo sin pruebas, sabiendo cuánto lo apreciaba Barrere, sería una locura. Intentó

recuperar el terreno perdido.

—¿Va a negar que conoce a Martín de Aramburu?

—¿Negarlo? Cómo voy a negarlo... ¿Acaso no le he dicho nada más mencionarlo usted que el hombre vino a Albizu?

Mouret inspiró hondo, decidido a insistir, a pesar de que su seguridad comenzaba a resquebrajarse.

—Y allí debieron de tener ocasión de verse a menudo.

Adrien lo miró con fastidio.

—Mire, Mouret, si no tuviera obligaciones que atender, podría seguir esta curiosa charla, pero las tengo, y muchas. Haga lo que tenga que hacer; si cree que debe detenerme, hágalo. En cuanto a Martín de Aramburu, aunque es cierto que allí pude conocerlo, no pienso impedir que vaya a detenerlo. Su obligación es arrestar a los brigantes, así que hágalo de una vez, y déjeme en paz. ¿Satisfecho?

Mouret le dedicó una mirada de odio. No, no estaba satisfecho en absoluto. Pero aún no había dicho la última palabra.

—¿Y ella?

Adrien había vuelto junto a la mesa y comenzado a ordenar unos papeles.

—¿Ella? ¿Qué «ella»? —preguntó sin levantar la vista del fajo.

—Ella. Inés de Mendivil.

Adrien detuvo el movimiento de las manos, y sin apenas levantar la cabeza miró a Mouret.

—¿Qué pasa con ella? ¿Es que le ha vuelto a golpear?

—Ella conoce a Aramburu —contestó Mouret con crispación, a punto de perder la paciencia.

—Como mucha otra gente, imagino.

—Aramburu estuvo en casa de la muchacha.

—Sí. Él y yo. Según usted, hombres afortunados, ¿no es así? —Sonrió con sarcasmo, y volvió a ocuparse de los papeles.

—Tal vez ella tenga que ver con los brigantes... Demasiada casualidad que le ataquen a usted, ella le encuentre y uno de los insurgentes sea asiduo a su casa.

—¿Sí? —inquirió con calma—. Las casualidades existen, pero en este caso me temo que voy a decepcionarle; si él acudió a la casa fue porque la muchacha le gusta. Sí, Mouret, también él. Pero cuando comprobó que Inés se dedicaba por completo a mi cuidado, se indignó y se marchó. Una tontería por su parte, porque era lógico pensar que ella me cuidaría. ¿No le parece lógico, Mouret?

Levantó la cabeza y su mirada se posó en su adversario con seguridad.

—Al fin y al cabo, nos hemos visto en múltiples ocasiones en casa de sus tíos, y yo diría que no le soy indiferente. Veo por su expresión que esto le disgusta, Mouret, pero ¿acaso no habría usted hecho lo mismo en mi caso? Una hermosa enfermera,

sí... Altiya y orgullosa por fuera, pero dulce y complaciente si se la sabe manejar... Porque puedo garantizarle que cuando su corazón se conmueve es complaciente, Mouret. Pero usted es un hombre demasiado vehemente, ella no aprecia su falta de romanticismo. Debe cambiar sus modales y tener más paciencia, si quiere aspirar a un premio así... Debe aprender a halagarla, a intrigarla... Yo podría decirle cómo...

Mouret sintió que una llamarada de celos subía por su pecho.

—Maldito idiota, ella ni siquiera le importa.

Adrien dejó escapar una suave risa mientras guardaba algunas de las hojas en el cajón, pero sus ojos se endurecieron al posarse sobre el coronel.

—¿Importarme? ¿En qué está pensando, Mouret? Aquí estamos solo de paso, hasta que el emperador se decida a enviarnos los refuerzos que le han reclamado con insistencia. Luego nos espera un difícil camino hasta Madrid, y en él no habrá tiempo de pensar en las jóvenes que hayamos conocido, por deliciosas que sean. Pero no se preocupe, estoy seguro de que allá encontraremos a otras tan hermosas como ella, y seguramente más sofisticadas. —Lo miró de hito en hito, y la cínica sorpresa que reflejó su mirada se fue tornando en burlona compasión—. Pero, hombre, no me irá a decir que sus intenciones eran más serias...

La cólera que hervía en Mouret le impidió contestar. Apretó los dientes, dedicó una mirada cargada de odio a Labat, dio media vuelta y salió de la sala a grandes pasos.

Un par de segundos después de quedarse a solas, la sonrisa cínica de Adrien desapareció, y en su semblante se reflejaron con claridad la inquietud y la preocupación. No dudaba de que Mouret no tenía pruebas de nada y por ello no iba a arrestarlo, pero tampoco dudaba de que si aquel hombre necesitaba pruebas, pruebas pensaba obtener.

Aún permaneció unos momentos pensativo. Luego apretó los labios y con firme determinación siguió el camino que había tomado el coronel, cerrando la puerta a sus espaldas.

Instantes después, la puerta del pequeño cuarto que se utilizaba para guardar sábanas se abrió poco a poco. Parpadeando después de permanecer en la oscuridad, y apartando con la mano las lágrimas que corrían libres por su rostro, Clara se acercó de puntillas a la puerta y la abrió con precaución. Miró a ambos lados del pasillo, y cuando estuvo segura de que no había nadie, echó a correr por él y no se detuvo hasta que alcanzó la calle. El miedo había colocado un nudo en su estómago, pero tenía que obligarse a ser valiente. Con el corazón latiendo alocado en su pecho, se dirigió a su casa, a ratos andando, a ratos corriendo. Toda su mente estaba centrada en lo que había escuchado en aquel despacho, y ahora la suerte de aquel a quien amaba dependía de ella.



Desde la ventana de su habitación, Inés echó un último vistazo al cielo. Aunque había dudado durante casi una hora si salir aquella mañana para visitar a Cecilia o quedarse terminando aquella labor que no le entusiasmaba, al fin había conseguido vencer su apatía y se había vestido para salir. Más que por ella, que de buena gana se habría quedado en casa lamiéndose las heridas, se había decidido a hacerlo para que ni su hermana ni su tía encontraran motivos de preocupación en su actitud. Lo único que podría haber conseguido que cesara en su decisión era la lluvia, pero no parecía que estuviera dispuesta a interponerse.

Estaba a punto de dejar caer la cortina cuando la visión de una muchacha entrando apresurada en los establos atrajo su atención. Le costó un momento percatarse de que la joven era Clara, pero es que aquella era una visión muy poco habitual. A su hermana no le agradaban los animales, ni siquiera los caballos, y de hecho les tenía cierto temor. Así pues, el hecho de que entrara en los establos y, además, lo hiciera corriendo, tenía que tener alguna motivación poderosa. E Inés pensaba averiguarla al momento.

Bajó las escaleras con agilidad, cruzó la cocina y la despensa, y sin atender las miradas curiosas de las criadas salió a la verja que separaba la casa de la plazoleta y en apenas unos segundos entró en los establos.

Al momento comprobó que no se había equivocado; por raro que resultara, era Clara quien estaba pidiendo a uno de los mozos que ensillara un caballo. Según se acercaba al lugar donde se encontraba, Inés se dio cuenta del estado de agitación en que se hallaba su hermana, y la inquietud comenzó a apoderarse de ella.

El mozo, que negaba con la cabeza, la miró con expresión aliviada cuando Inés llegó hasta ellos.

—Por favor, Andrés, déjanos un momento.

Su voz sobresaltó a Clara, que ni se había dado cuenta de que no estaban solos. Cuando se volvió hacia ella, Inés comprobó que tenía los ojos enrojecidos, y las huellas del llanto eran visibles en su rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó ocultando su aprensión.

—¡Oh, Inés! —exclamó su hermana con alivio. Una lágrima se deslizó por su mejilla, y la joven la apartó con el dorso de la mano—. Pensaba que te habías ido.

—Aún no. Pero ¿qué te pasa? ¿Qué le decías a Andrés?

—Es que no sé ensillar el caballo.

Aquella extraña respuesta provocó otro acceso de llanto en la joven.

—Ya sé que no sabes, nunca te ha gustado cabalgar. Toma. —Tendió a su hermana un pañuelo que sacó de su falda—. ¿Por qué ahora se te ha ocurrido salir a cabalgar? Sabes, además, que no puedes hacerlo sola.

—Tengo que hacerlo. Tengo que avisarle.

—¿A quién tienes que avisar? —inquirió Inés, cada vez más intranquila, intuyendo que lo que sucedía a su hermana era algo grave.

—A Martín. Tengo que avisar a Martín —contestó, girando sobre sus talones para mirar en derredor las caballerizas.

Todas las señales de peligro se encendieron en la cabeza de Inés.

—Tú no vas a ningún sitio hasta que me expliques lo que sucede. —Alargó el brazo para detener a su hermana, que se había acercado a una de las puertas de madera, y la obligó a sentarse con ella en una bala de heno—. Así que ya puedes comenzar.

—¿Es que no lo entiendes? —exclamó Clara con desesperación, intentando levantarse, pero Inés se lo impidió—. Tengo que avisar a Martín de que mañana van a detenerlo. Mouret va a enviar una patrulla para arrestarlo, y alguien debe decírselo para que escape. Tengo que ir, Inés, suéltame.

—No antes de que comprenda a qué viene esto —insistió Inés agarrándola con ambas manos—. Además apenas sabes cabalgar. ¿Quieres decirme de una vez lo que sucede?

Aquel recordatorio de la poca pericia de Clara a caballo tuvo el efecto de abatir a la joven, que comenzó a llorar de nuevo.

—Entonces lo detendrán, y lo encerrarán, y seguramente también lo torturarán...

Inés inspiró hondo, pues aunque ver llorar a su hermana siempre la conmovía, en aquel momento la exasperación estaba ganando la partida en su interior.

—Cuéntame de una vez qué ha pasado —exigió con impaciencia.

Clara la observó a través de las lágrimas. El duro tono de su hermana pareció surtir efecto, y aunque dudó al comenzar, consciente de que Inés no se iba a tomar bien la injerencia en sus asuntos, pudo explicarle lo sucedido con mayor o menor fluidez.

—¿Me estás diciendo que has ido al hospital para hablarle a Adrien Labat de mí? —preguntó Inés con forzada calma tras escuchar el relato, sintiéndose a punto de explotar.

Clara asintió sin mirarla.

—Pero cuando oí que Mouret venía con él me asusté, y me escondí en el armario. Entonces es cuando los escuché. Luego los dos se fueron, y yo vine corriendo.

Inés cerró los ojos un momento, inspirando hondo. Tal vez no debería enfurecerse con su hermana por haber intentado hacer lo mismo que ella habría hecho en su lugar, pero, desde luego, le iba a costar mucho conseguirlo.

Decidió volver al fondo del asunto.

—Imaginaba que Martín andaba metido en algo, aunque no sabía qué. Por eso te dije que te alejaras de él. Pero en cuanto a Adrien... —Negó con la cabeza—. No,

ellos se conocen y se aprecian. Tiene que haber algo que se nos escapa.

—Es francés —contestó Clara con resentimiento—. Es normal que todos nosotros le importemos un rábano.

—No, no es normal —rechazó Inés—. No, si Adrien dijo eso debió de ser por algo.

El rostro de Clara adquirió una severidad que en raras ocasiones había visto Inés.

—Te recuerdo que yo he ido para tratar de mediar entre vosotros dos, así que no creo ser sospechosa de tenerle especial antipatía. Pero sé lo que he oído, Inés. Y a pesar de que soy la primera sorprendida, la única explicación posible es que estábamos engañadas respecto a él, porque ese hombre es egoísta y mezquino, y no va a mover un dedo por Martín, a pesar de esa amistad que dices que tienen.

—Adrien se preocupa de los suyos. Seguramente tendrá sus motivos.

—¡Despierta, Inés, es uno de ellos! ¡Me tienen sin cuidado sus motivos! Yo solo sé que cuando ha escuchado que lo van a detener, no le ha importado en absoluto. Así que pienso avisarle yo misma. No voy a dejar que lo cacen como a una bestia salvaje.

Se puso en pie con ímpetu, antes de que Inés pudiera retenerla.

—¡Clara, por amor de Dios, si apenas sabes mantenerte en el caballo! —exclamó, exasperada, mirándola.

—Me da igual. Pienso hacerlo.

—No, no vas a hacerlo. —Inés se puso en pie y de nuevo agarró su brazo—. No voy a dejar que hagas esa locura. No eres capaz de orientarte casi en estas calles, así que ya me dirás cómo pretendes llegar a casa de Martín sin perderte. Además sé que debe de haber alguna explicación para todo esto. Adrien no es así.

—¿Ah, no? —Clara se soltó, furiosa—. Pues, para que lo sepas, no es solo Martín; tampoco tú le importas un bledo. Se lo dijo a Mouret cuando preguntó por ti.

—¿Mouret le preguntó por mí? ¿Por qué?

—¡Yo qué sé! Porque conoces a Martín. Porque todos somos sospechosos. Y Labat le dijo que no se preocupara por ti, que iban a ir a Madrid y allí conocerían más mujeres. Luego se burló de él porque te había tomado en serio... Le tienes sin cuidado, Inés, como Martín o cualquiera de nosotros.

Clara se giró y de nuevo se arrimó a una de las caballerizas, donde descansaba el caballo de su hermana, y se dispuso a abrir la puerta, pero Inés se acercó y colocó su mano sobre el portón, impidiéndole que lo hiciera.

—No, Clara, tú no puedes ir. —Su semblante había palidecido—. Da igual lo que hayas escuchado, yo le importo a Adrien, y es su maldito sentido del honor el que hace las cosas imposibles. Sé que debe de haber una explicación para todo esto.

—Pues cuando la encuentres, me la cuentas —dijo su hermana volviendo a tirar del cerrojo—. Mientras tanto, yo haré lo que debo. Apártate.

—No —volvió a repetir, sin moverse.

—Inés —comenzó Clara, con los ojos brillantes de rabia—, por última vez, apártate. Voy a avisar a Martín aunque tenga que andar de rodillas todo el camino hasta Emaiza, así que déjame en paz. No voy a permitir que lo atrapen como a un perro solo porque tú hayas caído como una idiota en las redes de Labat. Sí, sé que lo has hecho, que te has enamorado como una boba —afirmó, furiosa, cuando su hermana negó con la cabeza—. El otro día te oí reunirse con él en la cocina. Entonces no me pareció mal, creía que era un hombre de honor, como dices tú; pero claro, si en la cocina no se atuvo al honor, tampoco vas a confesármelo a mí, ¿no es cierto?

Inés había palidecido aún más, pero consiguió mantener el control a pesar de lo dolorosas que le resultaban las palabras de su hermana.

—Clara, escúchame bien, eso no es así. Nadie me ha enredado, y entre Adrien y yo no pasó nada. Estoy segura de que tiene sus motivos para reaccionar como lo ha hecho.

—Muy bien, pues entonces quítate y vete a casa. Te puedes quedar sentada esperando que tu estupendo Labat vaya a buscarte. De noche, claro, y a escondidas de los tíos, como los cobardes. Pero yo pienso dar la cara y avisar a Martín.

En cualquier otro momento, Inés habría podido responder al sarcasmo de su hermana como merecía, pero en aquella ocasión la parte de verdad contenida en sus palabras la golpeó con crueldad, y solo acertó a contestar con mordacidad:

—Clara, por favor, tú no llegarías ni a Olárizu.

Su hermana, que había conseguido abrir la caballeriza, se detuvo y se volvió a mirarla.

—Lo intentaré, al menos. Quítate de la puerta.

—¡Clara, por Dios, escúchame! Estoy segura de que hay una explicación para esto, y de que no es necesario avisar a Martín de nada.

—Entonces tampoco habrá peligro en visitarlo.

Inés la miró con impotencia. Jamás la había visto tan decidida a hacer algo. Y daba igual que fuera o no peligroso ir hasta Emaiza, nunca conseguiría hacerlo sola. Inés sabía que no iba a dejarla salir: eso era seguro. Pero si quería evitar que la terquedad de su hermana la pusiera en peligro, solo le quedaba una opción.

—Está bien, yo iré.

Clara intentaba alzar la silla hasta el caballo cuando las palabras de su hermana la hicieron detenerse y girar bruscamente. La silla casi golpeó el suelo, al arrastrarla con su peso.

—No. No pienso dejar que lo hagas.

—Soy yo quien no va a dejar que tú lo hagas. Ni siquiera conseguirías mantenerte en el caballo.

Clara se mordió los labios, y las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos.

—Pero tengo que hacerlo. Le quiero, Inés. Le quiero. —Y se echó a llorar sin

consuelo.

Aquella confesión descolocó primero, y enfureció luego, a Inés. Le faltó muy poco para zarandear a su hermana por su necesidad, y a duras penas pudo contenerse mientras trataba de obligarla a serenarse. Cuando al fin Clara consiguió controlarse, aún le costó muchas palabras duras, apelaciones a su sentido común, súplicas y amenazas conseguir que revelara cuándo y cómo se había producido aquel súbito enamoramiento. Pero al fin, entre hipidos, protestas y lamentaciones, Clara acabó por confesar que, desde que se habían reencontrado en Vitoria, Martín y ella se habían visto varias veces a escondidas, cuando acudía a visitar a las Zárate.

Inés necesitó toda su fuerza de voluntad para no agarrar a su hermana del brazo y arrastrarla escaleras arriba para encerrarla en su cuarto.

Y, desde luego, en cuanto encontrara a Martín iba a ahorrar el trabajo a los franceses, porque lo iba a matar con sus propias manos.

—Vete a casa de una vez. Yo me ocuparé de todo.

Con rostro tenso, pasó ante su hermana, tomó la silla de montar y comenzó a colocarla sobre su caballo.

—Inés, yo puedo ir. Tú no tienes por qué hacerlo... —ofreció Clara, vacilante, retirando las lágrimas de su rostro.

—¿Vas a desistir tú?

—No.

—Entonces sí que tengo por qué hacerlo, porque me has dejado sin opciones. Vete a buscar mi capa. Está en nuestra habitación. Andrés, por favor —llamó al hombre que descansaba en el fondo del establo—, ayúdame.

Clara dudó un instante, sabiendo que dejar que su hermana asumiera aquel cometido por ella era algo más allá de cualquier deber filial. Pero como su hermana ya estaba trabajando con el mozo y no había vuelto a mirarla, como si Clara ni siquiera estuviese presente, al fin salió de los establos, dispuesta a hacer lo que le había ordenado.

Tras asegurar la silla, despedir a Andrés y cargar una pequeña alforja que unió al arzón de su silla, Inés se detuvo, pensativa. No iba a cuestionarse la sensatez de su decisión, a pesar de que su instinto no había dejado de gritar desde que la había tomado.

Por supuesto que ella no deseaba que los franceses detuvieran a Martín, pero no podía creer que Adrien se hubiera encogido de hombros. No, debía de tratarse de otra cosa... Pero si no lo hacía ella, se arriesgaba a que Clara acabara por salir para avisarle. Y eso sí que era algo que no iba a dejar que sucediera.

Cuando Clara bajó de nuevo, trayendo su capa, su rostro reflejaba remordimientos por permitir que fuera Inés quien se embarcara en aquella aventura. Pero aunque la miró con aspecto culpable, Inés no estaba dispuesta a volver sobre aquel tema.

—Iré y volveré sin detenerme —dijo a su hermana, colocándose la capa y tomando las riendas de *Ilargi*—. No me costará más de cuatro horas. No hace falta que los tíos se enteren de esto, ya que voy a estar aquí de vuelta para la cena.

Clara asintió, sin atreverse a enfrentar la mirada de su hermana. Pero cuando la vio alejarse con gesto tenso e inquieto, un súbito impulso le hizo llamarla de nuevo.

—Muchas gracias, Inés —dijo cuando esta se volvió, con una sonrisa trémula—. Y ten mucho cuidado.

Inés ni siquiera intentó devolverle la sonrisa.

—No tienes por qué preocuparte por mí. Avisaré a Martín y volveré.

Y se alejó de la plazoleta, procurando silenciar el mal presentimiento que la embargaba, hacia la puerta de la ciudad de la que partía el camino que la conduciría hasta las montañas de Treviño.

—Tengo que hablar con ella.

—Ya le he dicho que no está.

—Pues entonces dime dónde encontrarla.

—Le repito que no lo sé.

Adrien pasó la mano por su cabello con impaciencia, y anduvo unos pasos hacia ella, tratando de comenzar de nuevo.

—Clara, por favor, es importante...

La joven elevó la barbilla.

—Le vuelvo a decir que no está y no sé dónde ha ido.

Adrien la observó receloso. Aquella joven, que hasta entonces parecía haberlo contemplado con simpatía, empleaba ahora una frialdad desconcertante.

—¿Te ha dicho ella que no quiere verme?

En silencio, Clara mantuvo su mirada, pero Adrien captó la vacilación de su gesto. No tenía dudas de que sabía dónde se hallaba su hermana, y simplemente había optado por no decírselo. Pero él necesitaba encontrarla, y lo necesitaba ya. Si Inés estaba huyendo de él o si a su hermana se le había metido en la cabeza que no era bienvenido, daba lo mismo: tenía que encontrarla. Había pedido, había suplicado, y no había conseguido mover un ápice la voluntad de la muchacha, así que debía pasar a otra actuación. En dos zancadas, Adrien se acercó a la puerta del salón y asomó la cabeza al exterior.

—¡Inés! —llamó a voz en grito a través del pasillo que conducía a las escaleras—. ¡Inés, tenemos que hablar!

—¡Oh! —Con una exclamación desmayada, Clara llegó corriendo hasta él—. ¡Cállese! ¿Es que ha perdido el juicio?

Atemorizada porque su tía pudiera escucharlos, agarró su brazo para obligarlo a entrar en el salón, pero no consiguió que él se moviera ni un centímetro.

—¿Piensas decirme dónde encontrarla?

—No lo sé —insistió la joven con terquedad, pero esta vez no fue capaz de sostener su mirada.

Aquel gesto fue suficiente para confirmar las sospechas de Adrien. Con un ademán brusco se liberó de la mano de Clara, salió al pasillo y comenzó a subir los escalones de dos en dos.

—¡Inés!

Desesperada, Clara salió tras él, pero no se atrevió a seguirlo.

—¡No está en casa! ¡Váyase! —gritó al pie de las escaleras.

Con el corazón en un puño, oyó el sonido de la puerta de su habitación, unos instantes de absoluto silencio y, tras ellos, los pasos enérgicos de Adrien de nuevo en el pasillo. Regresó con rapidez al salón.

—No está —dijo Adrien con rabia y asombro cuando volvió a entrar.

—Ya se lo he dicho. Y ahora, váyase, por favor.

Pero Adrien no estaba dispuesto a complacerla. Se acercó a la joven, contemplándola con dureza, y su tono contundente hizo que ella se encogiera levemente.

—Clara, dejémonos de tonterías. Yo sé que conoces el paradero de tu hermana, y quiero que me digas ahora mismo dónde está.

—No lo sé.

—¿No? —Dio un nuevo paso adelante, y ella retrocedió, intimidada a su pesar—. Pues entonces hablaremos de algo que sí que sabes. El celador te vio salir corriendo del hospital, y quiero que me digas por qué.

La joven se sobresaltó, pero apretó los labios y se dedicó a mirar tras la espalda de Adrien con terquedad.

Adrien sintió que la paciencia se le agotaba.

—Mira, Clara, serás su hermana, pero te juro que si algo le pasa a Inés por tu culpa...

—Me da igual que me amenace —contestó Clara, tratando de mostrar una valentía que no sentía—. No dejaré que haga daño a mi hermana.

—¿Que yo le haga daño? —preguntó Adrien, mitad estupefacto, mitad furioso—. ¿Es que te has vuelto loca?

—¡A usted mi hermana no le importa nada! —gritó Clara, y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas—. Lo oí. Nadie le importa nada. Ni ella, ni Martín...

La llegada de Teresa Mendoza los interrumpió. Había oído los gritos de su sobrina desde la despensa, donde estaba repasando con la cocinera las compras de la semana, y su semblante mostraba su preocupación.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué está haciendo aquí, Labat?

Adrien, que había palidecido como un muerto al escuchar la respuesta de Clara, se volvió hacia ella con rigidez.

—*Madame*, necesito encontrar a Inés cuanto antes, pero su hermana no quiere decirme dónde está. Y temo que pueda estar en peligro.

La intranquilidad de Adrien era tan palpable y real que todos los sentidos de Teresa se pusieron alerta, pero hizo un intento por mostrarse razonable.

—Pero, Labat, ¿por qué iba a estar en peligro? Habrá ido a visitar a su amiga Beatriz, o al convento... No creo que debamos alarmarnos sin necesidad.

—Mucho me temo, *madame*, que hasta su hermana empieza a darse cuenta de que el peligro es real.

—¡No! —protestó la joven, pero las lágrimas comenzaron a rodar de nuevo y la culpabilidad se reflejó con claridad en su semblante.

—¿Tú sabes algo, Clara? —preguntó Teresa, cuya alarma crecía por momentos—. ¿Está con Beatriz?

Pero Clara no fue capaz de mentir a su tía. Bajó la mirada, avergonzada, y negó con la cabeza.

—¿Pues dónde está? —insistió su tía.

—No puedo decirlo delante de él.

Su tía miró a ambos, confusa.

—¿Por qué no vas a poder...? Labat, ¿le ha hecho algo a mi sobrina? Porque si es así...

—No, *madame*, yo no tengo nada que ver en esto —contestó sin mirarla, mientras escrutaba el rostro de Clara con atención—. Pero el celador me ha dicho que hace una hora Clara salió corriendo del hospital. Ahora ha confesado que me escuchó... —Se detuvo, con el ceño fruncido. La joven tenía la mirada baja, y su sentimiento de culpabilidad era evidente. De repente, una luz pareció encenderse en su cerebro, y las piezas del puzle encajaron por completo—. *¡Sacre Dieu*, ha ido a avisar a Aramburu! —exclamó espantado al comprender lo ocurrido.

La consternación fue tan evidente en sus palabras que Teresa lo miró con desmayo, y Clara lloró aún más.

—Dime si es eso lo sucedido, Clara —exigió Adrien con rabia, apretando los puños y acercándose más a la joven, que de nuevo retrocedió.

—¡Labat! —protestó Teresa, interponiéndose para proteger a su sobrina—. ¿Se ha vuelto loco?

—¿Estabas espiando, Clara? —continuó Adrien furioso, sin hacer caso—. ¿Eso es lo que hacías en el hospital? ¿Escuchaste que Mouret va a detener a Martín, se lo contaste a Inés y ella decidió jugar de nuevo a las heroínas? ¿Es eso?

Clara no dijo nada, pero su llanto era tan abundante que a Adrien no le cupo ya ninguna duda. Comenzó a dar paseos por la habitación, maldiciendo en voz baja.



Teresa, captando a la perfección que el pánico soterrado de la voz del médico era señal de que las cosas eran graves, volvió a preguntar, agarrando a Clara del brazo:

—¿Inés se ha ido sola a casa de Martín? Basta ya de tonterías, Clara, dime de una vez qué está pasando.

La barbilla de la joven tembló.

—¿Y qué, si así fuera? Somos amigas de Martín y no queremos que lo detengan.

—¡Qué! Por todos los santos... —Adrien se detuvo bruscamente, con los ojos centelleantes—. ¿Es que no lo comprendes? ¡Es una trampa!

Teresa dejó escapar una exclamación de horror. Clara se volvió hacia su tía, llorosa y negando con la cabeza.

—Tía, yo estaba en el hospital cuando Mouret le dijo al doctor que un herido había identificado a Martín como cabecilla de una partida que asaltó un correo, y que iban a detenerlo mañana. Labat contestó que no le importaba. Luego hablaron de Inés... Tampoco le preocupa Inés, tía, lo dijo. Lo dijo.

—Maldita sea, Clara... —Adrien la miró con impaciencia; su cólera comenzaba a desvanecerse, reemplazada por la urgente necesidad de hallar la forma de salvar a Inés—. Martín está a salvo en un lugar seguro, y los soldados no lo encontrarán en su casa, por eso no me preocupó nada de lo que dijo Mouret. Después de ser herido, Martín vino a Vitoria, a casa de su prima, donde lo pude curar. Luego me ocupé de hacer que lo escondieran hasta que se recupere del todo. Lamentablemente, ahora que se ha descubierto su implicación deberá vivir oculto hasta que esto acabe, pero no lo van a detener.

—Pero entonces no sucederá nada —interrumpió Teresa, esperanzada—. Inés irá, verá que la casa está vacía y volverá. Es una excelente amazona, y es capaz de hacerlo sin problemas.

Adrien negó con la cabeza.

—Mouret no vino a contarme eso para ilustrarme, doña Teresa. Su único motivo para hacerlo fue tenderme una trampa.

—¿Una trampa? Pero ¿cómo, por qué...?

—Porque sospecha de mí, pero no tiene pruebas. Él sabe que Martín y yo nos conocemos, y que nos encontramos en casa de Inés, en Albizu. No le gustan las casualidades, y no es tonto, así que imagino que cuando supo que Martín estaba involucrado en el ataque de Subijana le pareció sospechoso que el día del ataque de Albizu él también rondara cerca... De ahí a pensar que yo puedo tener que ver también con la insurgencia...

—¡Pero eso está traído por los pelos! Es una tontería... —exclamó la mujer, confusa.

A pesar de su preocupación, Adrien se permitió una breve sonrisa amarga, antes de contestar con firmeza

—Por desgracia, *madame*, me temo que no lo es. Pero no puedo decir más; no deseo comprometerlas, y ahora lo urgente es salvar a Inés. Estoy seguro de que Mouret ha apostado patrullas cerca de la casa, esperando que yo o algún enviado mío vayamos a avisar a Aramburu. No tiene ningún sentido que me dejara saber que hasta mañana no iban a detenerlo, a no ser que pensara colocar vigilancia. No, Mouret habría enviado una patrulla de inmediato si no pensara que su éxito podía ser mayor. Tengo que ir a salvarla.

En aquel momento Tomás Acedo, que había estado en la comisión negociadora que trataba de acordar con los franceses una rebaja de los suministros ordenados, entró en el salón, y Teresa se lanzó a sus brazos temblando. Al momento le puso al corriente de lo sucedido. Cuando acabó su explicación, el hombre estaba pálido, pero se volvió hacia Labat con templanza.

—¿Y cree que usted solo es capaz de protegerla?

En la voz de Acedo no había dudas ni ironía; solo preguntaba para obtener la constatación de un hecho, como quien pregunta si llueve o hace sol. Y por una milésima de segundo, fue Adrien quien dudó, antes de obligarse a desterrar su propia vacilación.

—Sí, soy capaz —afirmó con convicción, rehaciéndose al momento—. Pero para mayor seguridad encontraré ayuda. Sin embargo, iré solo hasta allí; tal vez también me sigan desde Vitoria, pero me apartaré del camino para despistarlos. Sé que no tienen por qué confiar en mí, pero les juro que haré todo lo posible por traerla de vuelta antes de que los soldados la encuentren.

—De acuerdo —admitió Acedo, tras sopesarlo unos instantes—. En tal caso, puede tomar mi caballo. Es veloz y resistente, mucho mejor para estos terrenos que los que usa su caballería. Le proporcionaré también un par de armas, si las necesita. —Adrien asintió, y Acedo lo contempló con triste simpatía—. Supongo que será consciente de que existe la orden de ejecutar a cualquier civil que encuentren con las armas en la mano. Tal vez usted pueda librarse por ser francés, pero desde el momento en que salga de aquí estará en peligro.

Adrien volvió a asentir, sin dar muestras de que aquello le preocupara.

—¿Y si los soldados la encuentran antes que usted? —intervino Teresa, sin poder evitar que su voz temblara.

—Entonces la rescataré y la pondré a salvo. En tal caso no podremos volver a la ciudad, pero no deben preocuparse; yo me ocuparé de ella.

Aquella frase provocó que Tomás Acedo lo mirara con intensidad, sus cejas alzadas formulando una silenciosa pregunta. Pero antes de que Adrien pudiera ofrecerle una respuesta, Clara intervino con cierto resquemor.

—Creí que mi hermana no le importaba.

—¿Y qué querías que le dijera a Mouret, Clara? —Adrien se volvió hacia ella con

resignación—. Que Inés pareciera víctima de mi infamia era lo único que podía convertirla en inocente ante sus ojos. Si él hubiera sospechado la verdad, sus celos habrían hecho que tu hermana estuviera en mayor peligro. Ocultar la verdad era la única manera de protegerla.

—¿Y qué verdad es esa, Labat? —preguntó Tomás Acedo.

Adrien inspiró hondo, antes de sacar de dentro de sí aquella confesión que ya no podía continuar ocultando.

—Que la amo, señor. Que la amo más que a mi vida.

Inés acarició el cuello de *Ilargi* mientras oteaba el paso del estrecho desfiladero que se abría a sus pies. Todo parecía tranquilo, pero el mal presentimiento que se había apoderado de ella nada más salir de la ciudad se había intensificado al pasar Albizu, y ahora era más potente aún. Había dado un gran rodeo para acceder desde el este al elevado valle donde residía Martín, evitando tanto el camino real de Castilla —que supuso lleno de destacamentos franceses—, como el camino directo desde Vitoria, que atravesaba los montes por su parte más central y era utilizado de manera habitual por los arrieros que acudían a Treviño. Pero aunque para evitar este no tenía razones, apenas había recorrido veinte metros del mismo al salir de la ciudad cuando un súbito impulso la hizo retroceder y girar hacia el este para tomar el camino de Albizu, aunque ello supusiera un rodeo de casi una hora.

Ahora estaba a apenas un cuarto de hora de la casa de Martín, que podía ver desde donde se encontraba, y todo parecía en calma. Salvo su espíritu.

Mientras *Ilargi* descansaba un momento, Inés se sentó en una piedra, contemplando el valle con atención. Cuando cruzara el paso que se abría a su izquierda, el camino se ensancharía y se volvería mucho más cómodo que el que había recorrido los últimos quince minutos, pero también más expuesto. Aquel tramo, en el que desembocaba el camino que no había querido tomar antes, ofrecía poca protección si alguien se escondía en las arboladas laderas cercanas. Sin embargo, nadie aparecía a la vista, y el silencio del valle era el habitual.

De manera apenas consciente, tomó una brizna de hierba y la hizo rodar entre sus dedos, intentando aguzar la vista. Ella no se consideraba cobarde, pero en aquel momento se sentía indecisa. Las lágrimas de su hermana y la fatal convicción de que habría acabado por salir de la ciudad a caballo —otra cosa era que hubiera conseguido avisar a Martín— habían vencido su resistencia, pero no por ello había desaparecido su incómoda impresión de que aquella cabalgada era peligrosa. Si le preguntaran los motivos, no sabría decirlos. Pero las palabras de su hermana parecían haber encendido en su mente una inquietud vaga, sorda, indefinible. Recordó la manera en que había dicho que a Adrien nadie le importaba, y cómo entonces su corazón dio un vuelco dolorido. Ella sabía que aquello no era cierto; daba igual lo que Clara hubiera escuchado, Adrien la amaba.

Y ella le amaba a él, de eso sí que no había dudas...

Pero ¿de qué servía saberlo, cuando era cierto que se iría?

Las pequeñas nubes que había visto al salir, pegadas a las montañas, habían comenzado a oscurecerse. No parecía hacer suficiente calor para que creciera una tormenta, pero en aquellas tierras siempre podía acabar sucediendo. Y no tenía ninguna gana de cabalgar bajo la lluvia, así que debía decidirse. Echó un último

vistazo al valle y las laderas que lo rodeaban; no se veía a nadie. Con un suspiro, se puso en pie, agarró las riendas de *Ilargi* con firmeza y se dispuso a descender con cuidado el desfiladero, sintiendo el corazón extrañamente encogido.

El joven que iba en cabeza levantó la mano para detener el grupo.

—¿Estás seguro de que los encontraremos, francés? —preguntó sin bajar de su caballo.

Tras afianzar sus armas en la cintura, Adrien se acercó a su altura.

—No, Leceta —reconoció—. Es solo una intuición. Y si los encontramos, tampoco quiero que os arriesguéis demasiado. Me basta con que los distraigáis.

Un coro de carcajadas acogió su frase.

—No quedará ni uno entero, francés, tenlo por seguro —dijo un hombre bajo y fuerte a sus espaldas.

Nicolás Martínez de Leceta también rio, y tras descabalgarse y atar su montura, todos se pusieron en marcha hacia la cima.

—Bonita debe de ser la muchacha para que te espongas de esta manera.

Adrien no deseaba hablar de Inés. Se encogió de hombros y cambió de tema.

—Tal vez no haya ninguna trampa, pero si la hay, podéis quedaros con todo lo que encontréis. ¿Has conseguido avisar a los hombres de Aramburu?

—El cura de Imiruri pudo dar el aviso. Han de estar ya dispuestos.

Adrien asintió, apretando la mandíbula, y no volvieron a hablar hasta que alcanzaron la cima. Al llegar se detuvieron para contemplar la vista que desde allí se descubriría del valle y el caserío de Aramburu. Adrien paseó su mirada con avidez; no había conseguido alcanzar a Inés en el camino, pero tampoco había visto ni rastro de soldados, y sin embargo estaba seguro de que Mouret los habría enviado. Aunque podía estar equivocado...

—Los soldados estarán rodeando la casa, o tal vez dentro —dijo Leceta acercándose y mirando el valle junto a él, como si le hubiera leído el pensamiento—. Son demasiado orgullosos para esconderse tras los árboles. —Dejó escapar una risa suave—. Desprecian nuestras actuaciones como cobardía, pero el desprecio no gana batallas, Labat. En campo abierto tal vez seamos vulnerables, pero en nuestras montañas...

Adrien continuó con la vista fija en el frente.

—Vendrán muchos más, Leceta. Lo sabes, ¿no es cierto?

El joven se encogió de hombros, sin perder la sonrisa.

—Sí. Pero nosotros siempre seremos más que ellos. —Luego se volvió hacia Adrien y se puso serio—. ¿Y tú, qué piensas hacer después de hoy, francés? Ya te has expuesto demasiado, y por lo que has dicho, Mouret no descansará hasta encontrar pruebas para detenerte. ¿Has pensado en irte?

Transcurrieron varios segundos antes de que Adrien contestara.

—Sí. Lo he pensado.

Una sonrisa burlona asomó al rostro del joven.

—Si es ella la que te preocupa, yo puedo cuidarla por ti.

—Tócala y te parto el alma, Leceta.

Pero su frase provocó una nueva carcajada en su acompañante, que no parecía intimidado en absoluto.

—¿Y qué piensas hacer, llevarla contigo cuando te vayas?

—No.

—Pues entonces, déjame que pruebe. Yo soy buen partido, francés; joven y soltero, con una casa antigua y una propiedad próspera, con ricas tierras de cultivo y decenas de cabezas de ganado; aunque claro, no sé si quedará algo cuando estos muertos de hambre se vayan. Y, además, las mujeres creen que soy bien parecido. Podría probar...

—Leceta, te juro que si no te callas... —Adrien apretó los puños y volvió a otear el horizonte.

—Si te vas, no podrás hacer nada por ella. Si tan especial es, ¿por qué no la llevas contigo?

—Porque no puedo, maldita sea. Juré que no volvería a la casa de mi abuelo hasta que me pidiera perdón, y mientras tanto no puedo ofrecerle nada que esté a su altura. No puedo hacerle eso. Si todo sale bien, volverá con sus tíos. Y cuando todo esto termine, entonces si ella quiere...

Dejó la frase en suspenso, y el joven que lo acompañaba emitió un silbido de admiración.

—Vaya, francés, no pensaba que estuvieras pillado hasta ese punto. Ya veo que la cosa es seria. Cada vez tengo más ganas de conocerla.

Adrien no se molestó en contestar. Su atención estaba fija en un punto cercano a la casa. Ahora no veía allí movimiento, pero hubiera jurado que... Su vista ascendió la ladera con detenimiento, pero no había nada que observar. Y, sin embargo, todos sus sentidos se habían puesto alerta sin saber por qué.

Entonces lo vio. Casi al pie de la salida del desfiladero que venía de Albizu. Una pequeña mancha oscura que se movía entre árboles. A aquella distancia era difícil saber de qué se trataba, pero Adrien no tuvo ninguna duda: Inés había dejado su montura atada en la parte alta de la ladera.

Una mezcla de alivio y preocupación envió una descarga de adrenalina por todo su cuerpo. No era raro que no la hubiera alcanzado; comprendió que ella había tomado un camino mucho más largo, pero que le era más conocido y resultaba más protegido. Así pues, tampoco Inés se fiaba demasiado, como probaba que hubiera dejado su caballo en la parte alta, fuera del camino, y hubiera decidido acercarse a la

casa ocultándose entre los árboles. Adrien no podía verla, aunque presintió que ella estaba allí, en algún lugar de la densa masa boscosa que rodeaba el caserío.

—Leceta, debemos acercarnos con cuidado —dijo al hombre que aún continuaba junto a él—. Sé que ella está bajando, aunque no la veo. Su montura está allí —señaló la dirección de Albizu—. Creo que se acercará a la casa con cuidado, pero no quiero que la vean, si están esperando.

—De acuerdo, Adrien. —Hizo una señal a los cinco hombres que se habían quedado descansando tras ellos, y se pusieron en pie con expectación—. Vamos allá, chicos. Démosles otra lección de cobardía.

Todos rieron la broma con ganas, y se dispusieron a bajar con sigilo hacia el valle. Pero, entonces, justo a la derecha de donde se encontraban, Adrien divisó la pequeña fuerza de seis hombres que, pegándose al tronco de los árboles, cruzaba el camino que separaba unos almacenes de grano del edificio principal del caserío.

—Maldita sea —masculló entre dientes—. Creí que les habíamos dicho que esperaran nuestra señal.

El joven siguió la dirección de su mirada y su gesto se llenó de preocupación.

—Los hombres de Aramburu... Les dijimos claramente que esperaran... o eso creo. Tal vez nuestro sistema de cifrado no sea tan claro como pensábamos. No sabemos cuántos franceses habrá dentro... ¿Qué quieres que hagamos, Adrien? Si les dejamos solos es posible que tengan problemas.

—Lo sé, Nico.

Todos los hombres lo miraron, dispuestos a lanzarse al ataque. Adrien volvió a maldecir por lo bajo. Sin Martín, sus hombres eran una fuerza valiente y audaz, pero poco inteligente. Necesitaban que Leceta y los suyos bajaran en su ayuda, pero si Inés ya había llegado cerca de la casa iba a ser inevitable que se viera envuelta en la lucha. Un violento escalofrío lo recorrió.

—Hay que bajar a ayudarles, Adrien —le urgió Leceta—. ¿Aún no la ves? Tal vez no esté...

Pero Adrien negó con la cabeza. Sabía que estaba. No la veía, pero sentía su presencia de una manera tan real como si fuera física.

Se decidió.

—Nico, bajad por la derecha y cubrid a los hombres de Aramburu. Yo bajaré por la izquierda y entraré por el otro lado. Si ella está, debe de andar por allí. —Señaló a la izquierda—. La pondré a salvo y volveré a ayudaros.

Nicolás Martínez de Leceta sonrió a medias, ofreciéndole una de sus armas cargadas.

—Si están esperando vas a ofrecer un blanco fácil. Ten mucho cuidado.

—En cuanto vean a los de Aramburu se centrarán en esa parte, pero lo tendré en cuenta. Venga, bajad ya. Suerte, Leceta.

—Suerte, francés.

Ambos se sonrieron con afecto; Leceta hizo un gesto de despedida llevando la mano a la sien, y acto seguido los hombres comenzaron un silencioso pero vertiginoso descenso a través de la arboleda. Adrien deseó ser capaz de rezar y pedir al Cielo que protegiera a Inés, pero hacía años que no rezaba, y supo que en aquello también estaba solo. Con decisión, se lanzó a bajar a la misma velocidad que los hombres, hacia el lado opuesto del terreno que se abría a los pies de la ladera.

La impaciencia estaba matándolo. Y la frustración. Había estado tan seguro de que esta vez podría conseguir detener a varios de los insurgentes...

Con cuidado, volvió a asomarse a la ventana, pero nada se veía. Estuvo a punto de descargar su ira con un puñetazo en la madera, pero se contuvo a tiempo; no debía demostrar ante sus hombres aquella falta de templanza. Bastante molestos se sentían ya por tener que permanecer dentro de la casa como para añadir más motivos de descontento. De vez en cuando los oía cuchichear, quejándose de lo indigno de aquella manera de esconderse y preguntándose a qué aguardaban.

Mouret tampoco se sentía cómodo, aunque en un primer momento le había parecido buena idea. Contaba con poder detener al menos a Aramburu, pero de alguna manera aquellos malditos insurgentes debían de haber sido más rápidos que él, consiguiendo avisarle antes de que sus soldados llegaran a la casa, y solo habían podido detener a dos criados.

Claro que existía la posibilidad de que ni siquiera se hubiera acercado por allí; por si acaso, antes de poner en marcha su plan, había mandado una patrulla a casa de los Sarriegui, pero allí no había ni rastro del hombre. Tampoco estaba la hija, y los padres se habían quejado furiosamente y le habían amenazado con pedir su cabeza al gobernador cuando los había hecho conducir al cuartel para interrogarlos. Se había marchado de allí en el mismo momento en que una comisión del Ayuntamiento asomaba por la puerta, preguntando por aquella detención, poco dispuesto a aguantar sus tonterías. Él prefería encargarse de mandar un destacamento hacia Emaiza cuanto antes, y una vez hecho, acudir a hablar con Labat para intentar que se delatara. Sin embargo, y aunque había podido realizar su plan según lo previsto, no había conseguido nada. Allí no estaba Aramburu, ni había rastro de Labat ni de ningún brigante.

Volvió a asomarse a la ventana. La única conclusión posible era que Labat se la hubiera jugado. Que hubiera adivinado que se trataba de una trampa. Porque cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de que se hallaba implicado en la insurgencia. Le parecía que todos los demás —y el que más, Barrere— estaban ciegos ante aquel maldito médico, al que daban continua libertad para ir y volver de la zona en la que aquellos despreciables bandoleros estaban surgiendo como setas. Solo el ataque del



que Labat fue objeto cerca de Albizu le había hecho volver a examinar su planteamiento. Pero así y con todo, algo dentro de él le decía que aquel hombre se la estaba jugando.

De repente, en el extremo de su campo de visión creyó ver la figura de Inés, pero al girar la cabeza la visión había desaparecido. Por un momento se inquietó, creyendo que su hostilidad hacia el médico le estaba haciendo ver visiones. No era el menor de sus motivos para odiarlo que aquella mujer que Mouret deseaba con una intensidad rayana en la manía fuera para Labat motivo de indiferente entretenimiento. Mouret la amaba, así de absurdo e inmerecido, y ella lo rechazaba y despreciaba, para mirar con adoración a aquel traidor que no sentía nada por ella.

A menos que también aquello fuera parte de su engaño...

La súbita comprensión llegó como de la nada, y esta vez no pudo evitar el puñetazo contra el marco de la ventana. Los dos hombres que estaban en la sala se miraron con sutil comprensión, pero permanecieron en silencio.

Mouret estaba digiriendo que Adrien lo había engañado con su falsa indiferencia cuando de repente todo su cuerpo se puso en tensión; no era su obsesión por ella ni su imaginación las que le habían hecho creer verla: Inés acababa de reaparecer y ocultarse de nuevo entre los árboles, huidiza y furtiva, pero real y tangible. Esta vez la había visto, tan seguro como la noche sucedía al día. La joven debía haber acudido a avisar a Aramburu, y la furia y la rabia de comprenderla implicada en la insurgencia, de saberla enamorada de otro y de sentirse rechazado sin esperanzas se mezclaron en su alma herida, y explotaron arrasando su cautela, su paciencia y su fría determinación.

En dos zancadas alcanzó la puerta de la habitación y dio una última orden a uno de los soldados antes de irse.

—Leblanc, voy a salir. Avise al capitán Arnaud que mantenga las posiciones.

Apenas había bajado dos escalones cuando un estruendo de cristales rotos y de gritos alarmados detuvo sus pasos, y la detonación ensordecedora que siguió le hizo comprender que, a pesar de todo, no se había equivocado en sus suposiciones, y que el momento de quitarse las caretas había llegado.

Instintivamente, al escuchar la detonación de un arma junto a la casa, Inés se agachó tras el tronco del árbol que la ocultaba. A punto de llegar al lindero del bosque y abandonarlo para tomar el camino de acceso al caserío, un sexto sentido le había hecho detenerse tras el último árbol. Y mientras estaba allí, intentado decidirse a seguir sin saber siquiera por qué se había parado, había visto estupefacta cómo unos hombres armados aparecían corriendo desde el granero de Martín, mientras otros parecían surgir de la nada tras la casa.

Y luego, aquella detonación de un arma a la que habían seguido otras, desde la

casa y desde el exterior. Había estado a punto de caer en una trampa, y se maldijo por haber sido tan estúpida; desde el principio su instinto se había opuesto a aquella excursión, y ahora comprendía por qué.

Vio a un hombre bajo y fuerte romper el cristal de una ventana de la planta baja de la casa y arrojar dentro una tea ardiendo. Horrorizada, comprendió que la casa de Martín iba a quedar reducida a escombros ante su vista, y ella no podía hacer nada.

Tras varios intercambios de disparos, la puerta principal se abrió de golpe, y una docena de soldados franceses salió en tromba, pero fue recibida por el fuego de los insurgentes, ocultos tras los frutales, la empalizada de la huerta, el pozo... Y una vez que las armas agotaron su munición, fue el turno de los machetes, de los sables, de los garrotes... Inés no podía creer lo que veía. No sabía quiénes eran aquellos hombres, ni por qué estaban allí, pero era evidente que en aquella tierra habría una carnicería si ninguna de las partes se rendía.

Obligándose a superar la fascinación que aquella lucha parecía producir en ella, se levantó y retrocedió unos pasos sin dejar de mirar al frente. Comprendía a las claras que debía irse de allí cuanto antes. Veía cuerpos vestidos de azul caídos ante la casa, pero la lucha no cedía. Y ella no necesitaba saber cómo acabaría.

Se dio la vuelta para salir al sendero, una vía de huida más rápida que aquella por la que había llegado. Pero apenas puso el pie en él cuando, de detrás del tronco del roble situado al otro lado del camino, apareció Mouret con parsimonia.

—Querida Inés —saludó con burlona deferencia, y luego se echó a reír.

Inés sintió que la sangre abandonaba su rostro, pero clavó los ojos en él con valentía; no iba a suplicarle ni a demostrar miedo, por intimidante que fuera la pistola que apuntaba a su pecho sin vacilación.

—Una absoluta estupidez, *ma chérie* —estaba diciendo Mouret cuando Adrien pudo alcanzar una visión nítida del camino.

Una serie de pequeños edificios que se utilizaban como gallineros y corrales había tapado la perspectiva del sendero y la casa mientras Adrien acababa su descenso. Por eso no había podido ver a Mouret hasta que este había alcanzado a Inés. Apretó los dientes, furioso; si tan solo hubiera podido llegar medio minuto antes, jamás habría permitido que llegara a encañonarla, aunque hubiera tenido que estrangularlo con sus propias manos. Pero ahora tenía que acercarse con el mayor de los sigilos. Y pensar. Mucho y rápido.

Inés estaba pálida, pero sus ojos refulgían audaces, sin mostrar un ápice de temor.

—Será que solo soy una estúpida mujer.

—Pues sí, más de lo que creí. Yo te tenía en un altar, Inés, te adoraba... Estaba dispuesto a ofrecerte mi apellido y todo cuanto poseo.

—Hizo bien en ahorrarse el disgusto, Mouret. Jamás lo habría aceptado.

—¿Y por qué no, Inés? ¿Porque prefieres a ese vil traidor que es demasiado

cobarde para luchar dando la cara? ¿Un hombre que se ha jactado ante mí de saberte manejar hasta volverte complaciente en tus caricias? ¿Que se ha ofrecido a enseñarme cómo hacerlo?

—No me importa nada de lo que pueda decir, Mouret. Ahórreselo.

—Un hombre sin honor, un traidor. Un hombre que se embosca en su profesión de médico para espiar, para intrigar, para ayudar pérfidamente a los enemigos de su patria. Y tú, tan altiva y digna, llorando por un judas cobarde e indigno. ¿Qué futuro crees que podrías tener con alguien acostumbrado a mentir, a engañar? Ni siquiera le importas...

—No tengo paciencia con sus tonterías, Mouret —cortó Inés sin mostrar ninguna emoción—. ¿Qué piensa hacer conmigo?

Aquellas palabras hicieron sonreír al coronel.

—Hacer... Ni siquiera lo había pensado... Veamos, tengo algunas opciones; lo más lógico sería detenerte para encerrarte en San Sebastián. Sin embargo, es muy probable que yo pueda convencer a Thouvenot para me permita conducirte hacia Bayona. Una vez en Francia, podrías elegir entre la prisión o yo. Te advierto que nuestras cárceles no son amables con las jóvenes bellas y delicadas como tú; sois bocados demasiado exquisitos para protegerlos de manera adecuada.

—Jamás le elegiría, Mouret, fuera cual fuese mi suerte —rechazó Inés con desprecio—. Tendrá que pensar en otra cosa.

—¿Ah, sí? —La furia del coronel hizo que empuñara el arma con mayor decisión—. Entonces tal vez lo mejor sea que no salgas de este bosque.

Inés elevó la barbilla, desafiante.

—Adelante, pues. Soy mujer y estoy desarmada. Veamos quién es más cobarde e indigno.

Mouret emitió un bufido de cólera, pero entonces sus ojos se iluminaron con una nueva resolución.

—Tú nunca has estado desarmada ante mí ni eres inocente de esta obsesión que me martiriza, maldita sea. Muy bien. Ya que la imagen que tienes de mí es esa, estoy dispuesto a complacerte.

Antes de que Inés comprendiera lo que iba a hacer, Mouret enfundó el arma y se abalanzó sobre ella, haciendo que trastabillara hacia atrás, a punto de caer hasta que su espalda chocó con el tronco de un árbol. La boca de Mouret intentó encontrar la suya pero ella apartó la cabeza, intentando zafarse, y su resistencia pareció espolear más al hombre. Sus manos se metieron bajo el jubón, levantaron su falda, mientras Inés se revolvía como podía. Pero la fuerza de aquel hombre era muy superior a la suya, y cuando intentó arrastrarla al suelo no pudo evitar un grito de horror. Inés pateó, golpeó, insultó... Asqueada por aquellas manos que manoseaban su cuerpo, intentó empujarlo, pero entonces la mano libre del hombre se alzó desde el cinturón,

colocando un cuchillo sobre la garganta de Inés.

Y, entonces, la voz gélida de Adrien dijo con mortal calma:

—Eres hombre muerto, Mouret.

Cuando el coronel miró al camino, Inés pudo alzar las manos para sujetar su antebrazo y relajar la presión del arma sobre su cuello. Entonces giró la cabeza y tuvo un atisbo de la figura de Adrien; estaba a cinco metros de ellos, con las piernas sólidamente fijas en el camino y la mano derecha alzada hacia el frente, apuntando a Mouret con una pistola. La izquierda, que sostenía un puñal, reposaba junto a su muslo con descuido.

Sus ojos, que Inés nunca había visto tan turbulentos ni amenazadores, permanecían fijos en el cuerpo de Mouret. No temblaba ni dudaba ni vacilaba; la pistola se mantenía tercamente fija en su objetivo, y a pesar de ello, el aire que lo rodeaba era de absoluta calma y frialdad. Inés notó el escalofrío que recorrió a Mouret al sentirse frente a la negra boca del arma, y comprendió que tampoco él había sabido nunca lo salvaje que Adrien podía llegar a parecer.

Pero el coronel no estaba dispuesto a rendirse; tiró de ella para dar un paso hacia la derecha y el cuerpo de Inés quedó frente al arma.

—Primero tendrás que darle a ella, Labat —retó con una sonrisa cínica—. Veamos si te atreves.

Aunque la mano derecha de Inés aferraba el brazo de Mouret intentando mantener la distancia con el arma, el brusco movimiento hizo que el cuchillo hendiera levemente la piel de su garganta. Sintió una especie de escozor, pero fue la llameante resolución asesina en los ojos de Adrien la que le hizo comprender que la había herido.

—Estoy bien, Adrien —pronunció con dificultad, presionando la mano armada para permitirle un poco de aire. El brazo izquierdo de Mouret la aprisionaba bajo el pecho, apretándole las costillas.

La mirada de Adrien no se apartó de Mouret, pero un reflejo de alivio cruzó su rostro por un instante.

—Bien, parece que no te atreves a disparar —rio Mouret—. Entonces vas a tener que dejar que escape con ella.

—Suéltala y te prometo que te dejaré ir.

—¡Ni lo sueñes! —Una nueva carcajada escapó de la boca del hombre—. ¿Acaso crees que me fiaría de un traidor? No, yo voy a escapar, pero ella se viene conmigo.

—Si lo haces —contestó Adrien sin inmutarse—, te juro que te perseguiré hasta el mismísimo infierno, y me aseguraré de que tu muerte sea lenta y dolorosa.

—A estas alturas no pensarás que voy a tenerte miedo, ¿verdad? —Mouret dio un empujón a Inés—. Vamos, camina.

Pero Inés no se movió. No sabía de lo que Mouret era capaz, pero si pensaba matarla a sangre fría, lo haría tanto allí como al pie del desfiladero donde había dejado la montura. Su única oportunidad estaba en el hombre que tenía enfrente.

Mirando a los ojos de Adrien, negó con la cabeza.

—Camina —volvió a decir Mouret, empujándola con el cuerpo hacia delante.

—¡No! —Clavó los talones en el suelo—. Adrien, escúchame, no debes dejar que se vaya. Si lo haces volverá para matarte. Dispárale.

—No puedo hacerlo —negó Adrien—. Incluso aunque consiguieras agacharte sin que el cuchillo te lastimara, a esta distancia te heriría sin remedio. Podría dejarte ciega, o desfigurada, o algo peor. No dispararé.

—Chico listo —rió Mouret, empujando por tercera vez a Inés y comenzando a girar para seguir enfrentados a Adrien—. Vamos.

Iba a ser una penosa ascensión, razonó Inés al darse cuenta de que deberían caminar hacia atrás para no dar la espalda a Adrien. El camino no era demasiado pedregoso, pero a mitad de la ascensión se empinaba lo suficiente para que el riesgo de resbalar o tropezar se incrementara. Y con él, el de resultar herida por el cuchillo.

—No le dejes irse, Adrien —insistió Inés cuando de nuevo pudo hablar. El brazo que la aprisionaba la dejaba sin respiración. Trató de volver a clavar los talones en la tierra.

—No le dejes, Inés —contestó él con suavidad, dando un paso al frente y manteniendo la distancia con ellos—. Pero no quiero que te haga daño.

—Me lo hará en cuanto lleguemos.

—¡Inés, muévete o te juro que te corto el cuello aquí mismo! —vociferó Mouret.

Inés dio un paso atrás, obedeciendo, pero su mirada se dirigió de manera insistente a la mano izquierda de Adrien. Él la observó sorprendido y siguió la dirección de su mirada; y al momento comprendió lo que Inés deseaba. Su corazón dio un vuelco, pero conservó la calma al elevar la mirada hacia ella.

—Es muy arriesgado —fue cuanto dijo en tono quedo.

Malinterpretando sus palabras, Mouret levantó la vista del camino.

—No más que quedarme aquí. Venga, Inés, sigue o acabaré contigo aquí mismo. Y si te acercas más, Labat, también lo haré.

Inés dio otro paso hacia atrás. Sus labios se despegaron y movieron, pero no emitieron ningún sonido.

Y, sin embargo, Adrien comprendió lo que dijo tan claro como si lo hubiera gritado a los cuatro vientos.

«Confío en ti».

Y aún volvió a repetirlo.

«Confío en ti».

Adrien bajó la mano que apuntaba a Mouret y clavó su mirada en los ojos de Inés.

Una muda pregunta cruzó entre ellos. Por toda respuesta, Inés le sonrió con convicción.

El corazón de Adrien había comenzado a latir desaforadamente, pero él se obligó a concentrarse en lo que había de hacer. Con lentitud se agachó para depositar la pistola en el suelo, Mouret apenas le prestó atención, pero Inés observó, fascinada, su movimiento. Poco a poco, aprovechando los bruscos tirones que Mouret daba de ella, fue deslizado su mano derecha hasta que quedó junto a la izquierda, agarrando la muñeca que sostenía la navaja ante su cuello.

Adrien se incorporó y, cambiando el puñal de mano, esperó.

Inés trató de concentrar toda su fuerza en las manos. Sus labios se movieron de nuevo.

«Uno».

Adrien bajó los párpados, aceptando la cuenta.

«Dos».

Inspiró hondo y comenzó a elevar la mano.

«Tres».

En el preciso momento en que Inés echó el cuerpo hacia atrás y estiró los brazos con todas sus fuerzas, Adrien elevó su mano, y una décima de segundo después el puñal, impulsado por un movimiento seco y preciso de su muñeca, surcaba el aire con un siseo mortal.

Con su movimiento, Inés consiguió el pequeño hueco que buscaba para lanzarse al suelo, pero no pudo evitar que el filo del cuchillo rozara la piel bajo su oreja al hacerlo. Sin embargo, toda su atención estaba puesta en rodar sobre sí misma y alejarse de Mouret. Al caer sobre su espalda y alzar la mirada, la vista del hombre con el puñal clavado sobresaliendo del pecho le resultó tan impactante que olvidó su propio dolor.

Tambaleándose, los sorprendidos ojos de Mouret bajaron hacia su pecho, y sus manos se alzaron para tratar de sacar el arma, pero antes de poder hacerlo cayó de rodillas junto a Inés, que, horrorizada, se impulsó hacia atrás para alejarse.

Adrien se acercó al coronel. El médico que había en él quiso decirle que no lo hiciera, que se desangraría, pero comprendió que ya era tarde. Los ojos vidriosos del coronel se alzaron hacia él, ajenos ya al dolor y a la vida. Las manos que aferraban la empuñadora se fueron aflojando, y unos momentos después el cuerpo inerte de Mouret cayó hacia delante.

Adrien se volvió hacia Inés, que contemplaba lo sucedido de rodillas, paralizada, y al ver el rastro de sangre en su cuello dejó escapar una exclamación de ira.

—Estás herida. —Se arrodilló junto a ella—. Por favor, déjame ver.

—No es nada, Adrien. Estoy bien.

Pero cuando Adrien la acercó a su cuerpo para examinar la herida, el calor y la protección que ofrecían sus brazos derrotaron sus intentos de mostrarse valiente, y apoyando la cabeza sobre su hombro, se sumergió en el acogedor refugio de su cuerpo.

—No es profunda —dijo Adrien con alivio, tras reconocerla.

Pero no pudo evitar un escalofrío al pensar en el peligro que ella había afrontado. La rodeó con sus brazos, envolviéndola en un abrazo protector y posesivo, y tras unos instantes, posó los labios con dulzura sobre su frente.

—Tengo que curarte.

Pero Inés no se movió. El pulso latía en la herida, que palpitaba y escocía, pero ni siquiera le importaba. Jamás había conocido nada tan reconfortante como el calor y el abrazo de aquel hombre, y no quería renunciar a él.

Depositando un suave beso en su boca, Adrien la obligó a levantarse con él.

Solo entonces recordó Inés que, apenas a unos metros de ellos, existía una batalla encarnizada. Giró con aprensión para mirar el caserío; la lucha había acabado,

numerosos cuerpos yacían en el suelo, y algunos hombres se afanaban con cubos de agua que arrojaban por la ventana del sótano.

Adrien colocó el brazo alrededor de su hombro con gesto protector, y ambos se encaminaron hacia la casa. Inés apenas miró al joven de pelo dorado y expresión risueña que se acercó a ellos cuando alcanzaron el sendero de entrada.

—Arriesgaste mucho, francés. ¿Necesitas ayuda?

Adrien negó con la cabeza, y el joven comenzó a andar junto a ellos.

—Ha sido una lucha dura —continuó, pero su semblante despreocupado parecía contradecir su afirmación—. Aunque solo hemos tenido un muerto y un herido. Ellos, en cambio, han acabado destrozados. Quedan en pie un oficial herido y dos soldados. Los demás están muertos.

Asintiendo en silencio, Adrien posó su mirada de nuevo en la herida de Inés.

—¿Es seguro entrar en la casa, Nico?

—Sí. ¡Ese Aramburu está loco! —Dejó escapar una risa—. Les dijo a sus hombres que arrojaran una tea al sótano, donde tenía paja almacenada, para que el humo los hiciera salir como a ratones. Ha sido efectivo, pero podía haber ardido toda la casa. A pesar de que toda esa planta está construida en piedra, si la lucha hubiera durado un poco más a estas alturas solo quedarían cascotes. ¿Y sabes lo que han dicho sus hombres? Que Aramburu preferiría quemarla antes que permitir que los franceses salieran sanos y salvos.

El joven volvió a reír, pero Inés no se sintió capaz de compartir su diversión. Como él había dicho, el terreno sobre el que se abría la casa estaba lleno de muertos. Adrien la atrajo hacia sí aún más, como si de aquella manera quisiera impedir que el horror de todo aquello la alcanzara.

Entraron en la casa sorteando los cuerpos tendidos, y en pocos minutos Adrien había lavado la herida y colocado alrededor de su cuello un lienzo de tela blanca. Estaba acabando de anudarlo cuando Nicolás volvió a acercarse a ellos.

—Tenemos que decidir qué hacer con los prisioneros, Adrien.

—Un instante... —Cuando terminó de asegurarse de que la tela protegía perfectamente la herida, se levantó—. Vayamos fuera un momento, Nico.

Salieron al exterior, donde algunos de los hombres de Aramburu que habían resultado ilesos rebuscaban en los bolsillos de los soldados fallecidos. Un poco más allá, otros construían una camilla para transportar el cuerpo de su compañero muerto. Adrien apenas los miró, su mente estaba centrada en el siguiente paso a dar para proteger a Inés.

El hombre de Aramburu que había resultado herido salió a su encuentro. Adrien se detuvo y examinó su herida; el corte en el antebrazo era limpio. Le dijo que se lo vendaría un poco después, y Nico y él se acercaron a la esquina de la casa cercana al huerto, donde habían obligado a permanecer a los franceses prisioneros.



—En condiciones normales nos los llevaríamos hacia el este, para entregárselos a los hombres de Blake. Pero en esta ocasión, no sé...

Leceta posó la mano en la nuca y esperó, dispuesto a acatar las órdenes de Adrien.

Los hombres estaban recostados contra la pared. Cuando el oficial herido alzó la cabeza para mirarlo, su rostro se llenó de alivio.

—¡Labat! ¡Gracias a Dios! ¿Cómo ha conseguido llegar tan pronto?

Adrien pretendió permanecer impasible, mientras el herido lo observaba con atención. Pero la compasión que asomó a sus ojos hizo que el inicial alivio del capitán se trocara en confusión, y luego en horror y humillación al comprender el silencio del médico.

—¡Hijo de puta! —Escupió a sus pies, apartando su mirada de la presencia de Adrien.

Adrien dio un paso hacia atrás, sin perder la calma, pero su rostro evidenciaba su amargura por el final que inevitablemente tendría que producirse.

—No estás en disposición de insultar, gabacho —le recordó Leceta con escaso convencimiento. Miró de soslayo a Adrien, esperando que tomara su decisión—. ¿Qué hacemos, Adrien?

—La ha visto. —Adrien se dirigió al capitán en tono neutro—. ¿Verdad, Arnaud?

El capitán alzó los ojos hacia él con insolencia, pero no dijo nada.

—Sí, sé que la ha visto —se contestó a sí mismo con pesar—. La ha visto cuando bajábamos. No es nada personal, Arnaud, pero no puedo dejar que la implique en esto. Lo lamento. Nico...

Hizo un gesto hacia el joven, y dio un paso atrás.

—No voy a suplicar por mi vida a un maldito traidor —contestó Arnaud intentando mostrar valentía, pero su rostro estaba demudado.

—Lo sé, capitán. Lo sé. De todas formas, de nada valdría si lo hiciera.

—Adrien, ¿estás seguro? —Nicolás vaciló antes de llamar a sus hombres, viendo el abatimiento que reflejaba la expresión de su amigo—. Quiero decir, siempre nos has dicho que nos guiáramos por el honor...

Ambos se contemplaron un largo instante en silencio. Nicolás pensó que nadie que no lo conociera como él entendería el tormento que aquella decisión suponía para Adrien. Aunque de hecho, hacía ya tiempo que le parecía que, bajo su aire de entereza, sufría demasiado. A menudo había intuido que el contraste entre su papel como médico y su participación en la insurgencia acabaría por fracturar su alma; y en aquel momento supo que eso era lo que había comenzado a pasar. Adrien Labat jamás se había permitido crueldades innecesarias, pero acababa de ordenarle que ejecutara a sangre fría a los prisioneros.

Volvió a interrogarle con la mirada, y sintió su indecisión como si fuera algo

tangible.

—No estás seguro, Adrien —insistió, comprendiendo su padecimiento—. Tal vez baste con llevárselos a Blake...

—¿De qué no estás seguro, Adrien?

Ambos hombres se giraron al escuchar la severa voz a sus espaldas. Pálida y muy seria, Inés pasó a su lado sin mirarlos y se arrodilló junto al herido.

—Capitán Arnaud —dijo con dulzura—, he oído que ha resultado malherido ¿Se encuentra bien? ¿Puedo atenderlo?

—Gracias, *mademoiselle* Inés. Solo es un rasguño. —Intentó sonreír con valentía.

Inés bajó la vista hacia su muslo, donde una herida sangraba de manera abundante.

—Yo misma lo curaré, capitán.

—¿Qué crees que estás haciendo, Inés? —La voz de Adrien tronó a sus espaldas.

Acuclillada junto al hombre, Inés volvió sus ojos llenos de furia hacia Adrien.

—¿Y qué crees que estás haciendo tú? ¿De veras serías capaz de colgar a un hombre herido, a un prisionero?

El reproche de su voz y su llanto por Arnaud asombraron a Adrien, y una amarga sensación de celos oprimió su corazón como una garra.

—¿Tanto te importa este hombre? —pudo articular al fin.

Inés se puso en pie y dio un paso veloz hacia él.

—¡Me importas tú, maldita sea! —gritó con rabia, golpeando su pecho entre lágrimas, incapaz de aguantar más la insensatez de amar a aquel hombre—. Me importas tú, y no quiero ver cómo te destruyes traicionando el honor y la decencia que sé que existen en ti.

Adrien detuvo sus golpes aferrando sus muñecas, y el espacio que los separaba se hizo inexistente.

—Un traidor no tiene honor, Inés —musitó junto a ella, aspirando aquel aroma de su piel que lo llenaba de recuerdos y dolor.

—¿Y tú crees que diciéndome eso conseguirás que me vaya? —Tuvo que contenerse para no volver a gritar—. Sé cómo eres, Adrien, y no me importa lo que digas, yo creo en ti. Yo confío en ti. Pondría mi vida en tus manos una y mil veces, y sé que en ninguna de ellas me fallarías. ¿Cómo es posible que yo sepa esto y tú no?

Desconcertado, Adrien no supo qué contestar, e intentó volver a un tema más seguro.

—Inés, has venido para dar un aviso a un brigante, y ellos te han visto. Y con lo que acabas de decir, has empeorado tu situación. Creo que no lo comprendes. Si los dejas vivos, ya no podrás volver a Vitoria con tus tíos y tu hermana. Tendrías que huir, o vivir siempre escondida como estos hombres que se han echado a las montañas. Tu vida cambiaría, tal vez para siempre. No voy a hacerte eso.

«Tal vez para siempre...». Una súbita consternación se reflejó en el rostro de Inés. Abandonar a Clara, sin siquiera despedirse... Abandonarla, sin asegurarse de que iba a estar bien... ¿Cómo podía tomar aquella decisión? ¿La vida de un prisionero, de un hombre herido, a cambio de alejarse de su hermana, *tal vez para siempre*?

Pero los últimos acontecimientos habían demostrado que Clara ya no era una niña que necesitara la sofocante tutela de su hermana. Erradas o no, había comenzado a tomar sus propias decisiones, y la protección que sus tíos podían ofrecerle en aquel momento de su vida era más significativa que la que Inés podía conseguir.

La verdad, la auténtica verdad de todo aquello era que irse ahora suponía renunciar a la responsabilidad que había dado sentido a su vida todos aquellos años. Y una amarga lucidez estuvo a punto de hacerla reír.

En realidad, ¿quién necesitaba más a quién?

Cuadró los hombros y su voz sonó casi firme al contestar:

—Si tú no vas a «hacerme eso», iré a buscar a mi tío Germán.

—¿Y qué harás cuando lo encuentres? ¿Sabes lo que sería vivir en las montañas, con los ejércitos, siempre en peligro y a la intemperie, aguantando la lluvia y el frío, el calor y las enfermedades sin tener ninguna ayuda?

—No, claro que no lo sé. —Sus ojos llamearon, desafiantes—. Pero no los vas a matar por mí, eso tenlo por seguro.

El llanto había desaparecido de sus ojos, reemplazado por la terca decisión que Adrien tan bien conocía. Se pasó una mano por el cabello, desesperado, porque, de nuevo, su valentía y arrojo estaban a punto de acabar con su noble y quijotesco intento de renunciar a ella, de resistir la feroz tentación de mandar todo al diablo y llevársela consigo para siempre.

—¡No! —exclamó Arnaud, intentando ponerse en pie—. No puedo permitir que lo haga, Inés. Este hombre no es digno de su sacrificio. Intercederé por usted, les explicaré que me ha salvado la vida. Conseguiré que el juez sea benévolo. Fue su buen corazón el que le impulsó a avisar a un amigo, el juez lo comprenderá. No le pasará nada.

—Si da un paso más, lo mato aquí mismo, Arnaud —pronunció Adrien con ira, agarrando a Inés del brazo y poniéndola tras él—. Usted mismo ha escuchado cómo he intentado disuadirla, y si...

De repente, sus palabras fueron interrumpidas por un grito estridente y prolongado que resonó entre las montañas que se alzaban al oeste. Todos los hombres se detuvieron, intentando ubicar la procedencia del sonido que les alertaba de la presencia de soldados. Tras hablar con sus hombres un instante, Leceta se acercó a ellos con gesto de disculpa.

—Adrien, ese aviso viene de la zona de Uzquiano. Si los soldados que han visto

vienen hacia aquí, en media hora los tendremos encima. Debemos irnos cuanto antes.

Comprendiendo que el tiempo de las decisiones había llegado, Adrien asintió y se volvió hacia Inés. Ella parecía decidida y firme, pero como haría un hombre de honor, Adrien intentó insistir una vez más, una última vez, para que entrara en razón.

—Si dejas que vivan, tendrás que huir. Hoy mismo. Sin despedirte siquiera. Ahora, en cuanto resolvamos esto. Sin ropa, comida ni dinero. Sin seguridad ni futuro, Inés.

Inés se tragó la pena que la inundaba al pensar en dejar a su hermana, sabiendo que ya no había otro camino, y sostuvo su mirada con seguridad.

—Si tú vas, yo voy contigo. Si te quedas, yo también.

Un cúmulo de emociones enfrentadas estalló en el interior de Adrien ante aquellas palabras: júbilo, incomprensión, satisfacción, temor... Pero sobre todas ellas, por encima de todas ellas, se alzó su estricto sentido del honor y el deber: Inés acababa de ponerse en sus manos, y ahora ella era su responsabilidad. Desde ese momento, el único propósito que guiaría sus pasos sería ponerla a salvo. El único pensamiento. La única opción, sin permitir que ninguna emoción ni idea lo distrajera de aquello. Todos sus sentidos, todos sus años de entrenamiento para concentrarse en aquel propósito: ponerla a salvo.

La determinación endureció su rostro al mirarla.

—Que así sea.

—Suerte, Adrien, y gracias por todo.

—Gracias a ti, Nico. Ha sido un honor conocerte. Os deseo que tengáis suerte.

Los hombres estrecharon sus manos y se fundieron en un abrazo. Luego Leceta volvió a subir a su montura y la columna de hombres armados y prisioneros se puso en marcha. El rumor de sonidos metálicos y pasos se fue desvaneciendo a medida que se alejaban por el sendero que los conduciría hacia Arrieta, y desde allí, bordeando las montañas, hasta Villanueva, donde intentarían buscar la manera de atravesar el camino real y dirigirse hacia el oeste. Un propósito complicado, adivinó Inés, ahora que los caminos entre Vitoria y Miranda estaban a rebosar de tropas francesas en movimiento.

Pero tampoco ellos lo tendrían mucho más fácil.

Cuando el sonido se extinguió, se volvió hacia Adrien; la contemplaba sombríamente, con aquella expresión tensa que tantas veces había visto en él.

—Tomaremos el desfiladero del río para pasar los montes —dijo con cierta brusquedad ante la expresión expectante de la joven—. Iremos por Estíbaliz hasta Ochandiano, y de allí hacia Durango. Luego bajaremos hasta Gernika y nos dirigiremos a Bermeo. Depende del tiempo y el ritmo que puedas aguantar, podríamos estar allí pasado mañana. Conozco bien el recorrido, y será duro; en varias ocasiones tendremos que caminar sobre los montes, fuera del camino. Es posible que

encontremos franceses, y en algunos tramos tendremos que movernos cuando aún sea de noche. Habría deseado ahorrarte esto, pero...

Inés tomó la mano de Adrien y lo miró con tranquilidad.

—Soy más dura de lo que crees, Adrien. Todo va a salir bien.

Notó la repentina tensión que aquel gesto cariñoso provocó en el cuerpo de Adrien. Apretando los labios, él la acercó a su pecho y le dio un abrazo rápido y breve, y luego se separó para tomar las riendas de su caballo. Comenzaron a ascender hacia el pie del desfiladero, donde continuaba la yegua de Inés, y sin apenas palabras, ambos montaron para comenzar su viaje.

Ella conocía bien aquel primer tramo de su ruta entre montes, salpicado de encinas, tejos y grandes hayas, que se iba estrechando a medida que remontaban el río, donde pequeñas cascadas sucedían a las numerosas pozas verdes que se formaban entre paredes de roca y musgo. Conocía los diversos puentes de madera que permitían franquearlo en diferentes puntos, y el barranco que se abría cerca del nacedero. Pero en aquella ocasión, el pensamiento de que tal vez pasara mucho tiempo hasta que por fin pudiera volver a su tierra hizo que recorriera aquel paisaje con los ojos muy abiertos, como si lo viera por primera vez, empapándose de su agreste belleza. Cuando dejaron a un lado el sendero de acceso a Albizu, el nudo que atenazaba su garganta amenazó con convertirse en silenciosas lágrimas.

Pero el momento pasó. Se detuvieron en la fuente de Oquina, donde llenaron sus cantimploras y obtuvieron de un lugareño la seguridad de que aquel día no se habían visto en la zona soldados viniendo desde Campezo. Tras rebasar el molino del pueblo, el sendero descendía más amplio, y Adrien quiso imponer a sus monturas un ritmo mayor, aprovechando las horas de luz que quedaban. Antes de las cinco de la tarde, la silueta del monasterio de Estíbaliz, encaramado en una suave loma, apareció ante su vista. Inés pensó que tal vez pararían a descansar allí, pero cuando pasaron ante el camino que ascendía suavemente hacia el templo sin tomarlo, comprendió por primera vez a qué se refería Adrien cuando dijo que sería duro: en las casi cuatro horas de cabalgada que llevaban, apenas se había detenido diez minutos; ella estaba cansada, y los caballos pronto lo estarían. Pero permaneció en silencio.

A las nueve de la noche la luz era tan escasa que Inés apenas podía ver sus propias manos. Habían subido y bajado tal cantidad de cerros que había perdido la cuenta, y si no fuera porque habían seguido el curso del Zadorra y luego del Albina, bien podría haber creído que se habían perdido. Pero en aquella zona en la que se encontraban la llanada moría al pie de las numerosas montañas que estrechaban el paso hacia Vizcaya y Guipúzcoa.

Tras cruzar un arroyo casi seco, Adrien dirigió su montura por un empinado sendero desde el que Inés pudo ver las luces de un pueblo. Cuando se detuvieron ante la puerta de una casona de tres pisos con un extraordinario hastial de ladrillo y

madera, todo el cansancio y la tensión acumulados parecieron estallar dentro de ella, robándole las escasas energías que le quedaban.

—Es la casa del hospitalero de Legutiano —le explicó Adrien con expresión de culpabilidad al ver su estado de agotamiento—. Nos dejará alojarnos en el establo.

Pero cuando el matrimonio que habitaba la casa y las dos hijas que vivían con ellos salieron al exterior, algo alarmados por la intempestiva hora, no quisieron ni oír hablar de establos. En un abrir y cerrar de ojos se ocuparon de que ambos pudieran tomar un baño, mientras las hijas preparaban una cama en su cuarto para Inés y su anfitrión conducía a su amigo a la habitación de su ausente hijo mayor.

Tras asearse y quitar el polvo de sus ropas, Inés bajó al salón; no había querido demorarse en su baño puesto que se sentía tan agotada que temió dormirse en la tina. Al poco llegó Adrien, y todos pasaron al comedor. Aunque la familia ya había cenado, les acompañaron a la mesa; las hijas de sus anfitriones no cesaron de hacerles preguntas sobre su viaje, hasta que su padre les ordenó con sequedad que dejaran en paz a sus invitados mientras cenaban. Cuando acabaron el guiso de verduras y tocino, todos pasaron al salón de nuevo, y entonces las preguntas sobre su viaje se hicieron inevitables.

Recostada en una silla ante el fuego abierto, Inés dejó que fuera Adrien quien decidiera cuánta información dar. Aunque él evitó explicar en detalle los motivos por los que habían tenido que ponerse en viaje, no ocultó a la familia que estaban huyendo de los franceses. Aquello fue recibido por las hijas con exclamaciones de asombro y fascinación, y de nuevo el padre tuvo que cortar el torrente de preguntas que trataron de verter sobre ellos.

Inés trató de mantener la sonrisa y contestar como buenamente pudo las preguntas menos comprometidas, pero estaba rendida y no podía evitar que su mirada escapara impaciente al reloj que reposaba en la estantería cercana a la ventana. En cuanto estimó que había transcurrido el plazo necesario para abandonar la velada sin resultar descortés, pidió a sus anfitriones que la excusaran por querer retirarse tan temprano, pues se hallaba extenuada.

Con gesto comprensivo, su anfitriona se levantó y encargó a sus hijas que la acompañaran a acostarse. Inés trató de protestar, diciendo que no era necesario, pero en realidad las muchachas estaban deseosas de ir con ella, con la esperanza de que quisiera contestar alguna de las preguntas menos inocentes que no se atrevían a formular ante sus padres, pues la escapada de una pareja tan atractiva les parecía algo sumamente romántico.

Mientras se desvestía y tomaba el camisón que le ofreció una de las muchachas, Inés se dio cuenta de que ambas la contemplaban con admiración y embeleso, como si de repente ella se hubiera convertido en una especie de heroína, e incómoda por aquella imagen trató de explicarles que no había nada de romántico en una cabalgada

infernol a través de las montañas para huir de los calabozos franceses. Pero ellas no parecieron convencidas, y continuaron mirándola fascinadas.

Con un profundo suspiro, Inés se deslizó entre las sábanas y cerró los ojos. Tal vez aquellas muchachas creían que había algo de admirable en aquel viaje, pero ella llevaba toda la jornada luchando a brazo partido contra sí misma para mantener su ánimo alto. No porque la acobardara el agotamiento, por difícil que este lo pusiera para mantener el optimismo, ni mucho menos porque le intranquilizara su seguridad, ya que confiaba ciegamente en la capacidad de Adrien para ponerlos a ambos a salvo.

No, no le preocupaban los guerrilleros, el cansancio o los franceses. El temor que la había asaltado al poco de ponerse en marcha, el temor que había ido creciendo a lo largo de aquel viaje y que ahora, a pesar de su total extenuación, aún era capaz de mantenerla despierta en la oscuridad, era que, a pesar de todo, Adrien aún la mantenía lejos de su corazón.

Al día siguiente Inés comprendió que, pese al agotamiento y malestar que le había ocasionado la jornada de la víspera, había sido un paseo al lado de lo que les aguardaba aquel día.

Partieron de Legutiano al alba, cuando la niebla aún no se había dispersado, tras vestirse con las ropas que la familia les entregó para que parecieran habitantes de la zona y cargar sobre sus monturas un zurrón con provisiones. Incluso pudo escribir una breve nota para sus tíos, que su anfitrión le prometió que haría llegar a la ciudad aquel mismo día. Al partir, Inés agradeció sinceramente a aquella familia su hospitalidad, y Adrien les advirtió que borrarán cualquier rastro de su presencia aquella noche en su casa. El hospitalero le tranquilizó, diciendo que nadie en el pueblo sabría que habían estado allí, y que de saberlo, tampoco nadie abriría la boca.

Cuando el pueblo quedó atrás, Adrien se dirigió a ella para advertirle que tendrían que avanzar prácticamente todo el día entre bosques, descabalgando de sus monturas. El camino, a partir de donde se hallaban, era muy utilizado para el tránsito de cereales, aceite, vino y pescado entre el interior y la costa. Ellos caminarían a una altura algo superior en muchos momentos, para evitar que cualquier partida de soldados pudiera sorprenderlos. Inés asintió con calma, mientras trataba de cerrar la capa para evitar que la fría humedad de la niebla calara su vestido. Por un instante, Adrien vaciló al ver su gesto, los signos de tensión visibles en su rostro. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, Inés hizo avanzar su montura con decisión, y ambos continuaron la marcha.

Una legua después, el camino comenzaba a ganar en altura, para descender de nuevo al poco; Inés y Adrien se apearon de sus caballos para tomar una ruta elevada y al atravesar una masa boscosa de cipreses y acebos, vieron un correo francés que, escoltado por dos soldados, cruzó el camino a toda velocidad. Se detuvieron hasta

que su eco dejó de escucharse, entre la niebla cada vez más abierta, y cuando todo estuvo en silencio prosiguieron su camino hacia Ochandiano. Dieron un rodeo para evitar aquella población, donde sería fácil encontrarse con soldados, y continuaron hacia el norte.

Según se acercaban a la imponente mole de Urquiola, Adrien se sentía cada vez más inquieto; no le agradaba tener que acometer con tan poca visibilidad aquel descenso fuera del camino, lleno de hendiduras cortadas sobre riachuelos hundidos.

Afortunadamente, a medida que el día avanzaba la niebla se iba disipando. Cuando alcanzaron el punto más alto el sol ya brillaba, y decidió detenerse un rato para almorzar y descansar en un pequeño claro tapizado de hierba y bordeado por un arroyo cristalino.

Eligió un conjunto de rocas a la sombra de un grupo de hayas; el aire era frío bajo la alta montaña, y los árboles ofrecían alguna protección. Cuando ambos se acomodaron en las piedras, se dedicó a sacar la comida que les habían preparado sus anfitriones: un poco de tocino curado, pan negro y dos manzanas.

Inés lo contempló con pesar mientras preparaba la comida, cortando con una navaja lonchas de tocino que colocaba sobre el pan. Era difícil creer que hubieran cabalgado sin pronunciar apenas palabra durante todo el viaje, pero así había sido; cada vez que Inés había tratado de hablar, él solo había contestado con monosílabos y luego le había pedido silencio. También ahora Inés intentó quebrar la extraña distancia que Adrien parecía haber impuesto entre ellos, pero cuando preguntó dónde dormirían aquella noche, Adrien se limitó a tenderle una manzana.

Al final del día, cuando Inés ya se sentía incapaz de mantenerse erguida en su montura, llegaron a un caserío apartado junto a una ferrería. Para sorpresa de Inés, el matrimonio casi anciano que lo habitaba también conocía a Adrien, y de nuevo la generosa hospitalidad de los anfitriones les proveyó de alimentos y confortables camas. Durante la cena Inés captó en varias ocasiones que Adrien la miraba con fijeza; pero todas las veces que trató de encontrar su mirada, él la rehuyó, volviendo su atención a la conversación de los anfitriones, e Inés acabó por preguntarse si acaso ya se habría arrepentido de su huida.

Cuando al fin pudo deslizarse entre las sábanas, aún más cansada que el día anterior, se había resignado a esperar que fuera aquel hombre desconcertante quien decidiera acercarse a ella cuando así lo creyera oportuno. Pero al cerrar los ojos para abandonarse al sueño, pensó cuánto más hubiera preferido dormir sobre el suelo en la montaña, si de esa manera hubiera podido tener el cuerpo de Adrien junto al suyo.

El tercer día amaneció nublado y fresco. A pesar de su desazón, Inés había dormido profundamente, y al levantarse trató de ver las cosas con más optimismo. Mientras ayudaba a la anciana a preparar las provisiones para el viaje, Adrien y su anfitrión



charlaban en voz baja en un rincón de la estancia. De vez en cuando, Inés los miraba de reojo, tratando de averiguar de qué hablaban.

—Mi marido sabe dónde andan las patrullas francesas, podréis escapar sin problemas —dijo la mujer, sobresaltándola, mientras le tendía la bolsa de provisiones. Inés volvió la vista hacia ella—. Además, tu francés es inteligente y hábil, y por lo que dice mi marido, también valiente. Buen mozo has escogido. Aunque tal vez demasiado formal y responsable si una le tiene ganas, ¿no? —La anciana le guiñó un ojo con picardía, e Inés no pudo evitar ruborizarse—. A mí no me habría importado cómo hubierais dormido esta noche, la verdad, pero cuando le sugerí que podía cambiar de habitación no quiso oír hablar del tema. —El desconcierto de Inés fue tan palpable que la mujer se echó a reír—. No te preocupes, cariño, se ve a la legua que está tan colado por ti como tú por él. Pero eso sí —sin dejar de sonreír, dirigió un dedo admonitorio hacia ella—, en cuanto estéis a salvo, haréis las cosas como es debido. Os casaréis como Dios manda, sin excusas ni pretextos, ¿de acuerdo?

Inés parpadeó varias veces sin saber qué decir ante tanta franqueza. Cuando por fin partieron, estaba aún tan sorprendida que no necesitó que Adrien le recordara que era necesario estar en silencio para que callara.

Como había sucedido la víspera, avanzaron sin hablar y sin descanso; atravesaron las estribaciones de la sierra de Oiz, subieron y bajaron montañas cruzándose tan solo con arrieros y agricultores, y solo en una ocasión tuvieron que esconderse al paso de una patrulla. Poco antes del mediodía, se detuvieron para comer en una loma desde la que obtuvieron una visión espectacular y majestuosa de la ría de Mundaka.

—Antes de que anochezca llegaremos —dijo al fin Adrien, contemplando el horizonte con detenimiento, después de haber permanecido toda la mañana callado. Luego tomó la rebanada de pan y el trozo de queso que Inés le ofreció—. Volveremos a apartarnos del camino para rodear Gernika. Cuando llegemos a la altura de Bermeo, buscaremos una embarcación que pueda llevarnos.

Mordió el pan, y volvió a contemplar el horizonte en silencio.

Inés lo miró con resignación: ni siquiera se daba cuenta de que ella ignoraba por completo sus planes, adónde la llevaba. Había permanecido todo el viaje tan concentrado y ensimismado que Inés había llegado sinceramente a preguntarse si se habría arrepentido. Ella, en cambio, se había dejado guiar por su corazón, sus sentimientos y su instinto; pero en aquel momento, solos ante un paisaje tan hermoso que sobrecogía, fue dolorosamente consciente de que él no le había prometido nunca nada.

Con un esfuerzo de voluntad, y sabiendo que el cansancio hacía que todo pareciera más negro, se obligó a desprenderse de aquel temor, al menos hasta que ambos pudieran hablar. Terminó su ración de comida y bebió un trago de agua en

silencio. El final del viaje se acercaba, y lo quisiera Adrien o no, aquella noche pensaba desnudar sus verdaderos sentimientos. Recordó las palabras de la anciana que los había alojado, pero un amargo estremecimiento agitó su cuerpo al pensar que, hasta entonces, ni siquiera había pensado en la posibilidad de que Adrien no la amara como ella a él.

El sol había comenzado a ocultarse a sus espaldas cuando, al descender una colina, obtuvieron la primera vista completa de Bermeo. Hacía ya un par de horas que el aire había cambiado, arrastrando hacia la montaña el aroma húmedo y salobre del mar. Inés jamás había visto algo como aquella inmensidad sin fin, y acostumbrada a sus montes y llanadas, desde que divisaran la ría habían sido muchos los momentos en que, al contemplar entre árboles y colinas pequeños trocitos de mar azul, se había sentido sobrecogida.

Adrien se detuvo un instante, tratando de reconocer el camino. Sabía que el verdadero peligro de que los encontraran comenzaba ahora; moverse por el interior de aquellas tierras tenía riesgos, pero no eran comparables a salir a cielo abierto en la línea de costa, que los franceses trataban de vigilar para impedir que barcos ingleses se acercaran. Aun así, el litoral era tan escarpado, lleno de pequeñas calas y recónditos parajes, que el intento de los franceses de controlarlo parecía tan vano como el de secar el mismo mar.

Sin embargo, no dudaba de que la guarnición enviada a Bermeo continuaría allí, así que no iban a entrar en la villa.

Volvieron a ponerse en marcha, descendiendo una suave loma entre encinas y laureles, y al cabo de veinte minutos encontró lo que buscaba.

—Ya hemos llegado.

Inés alzó la cabeza, sorprendida a la vista de la ajada ermita de piedra ante la que se habían detenido.

—¿Adónde hemos llegado?

—Descansaremos aquí. Conozco a una persona que vive cerca y que puede ayudarnos. Iré a hablar con él, y espero que pueda encontrar una embarcación que nos conduzca hasta el *Caledonia*. Mientras tanto, nos quedaremos aquí. Esconde los caballos detrás. Aunque la ermita está alejada, prefiero no correr riesgos. Volveré enseguida.

Y antes de que ella pudiera replicar, Adrien se había ido por el mismo camino por donde habían llegado.

Agotada e inquieta, Inés alzó la cabeza un momento para contemplar la ruinoso fachada de la ermita, antes de tomar las riendas de los caballos y hacer lo que Adrien había dicho. En la parte trasera del modesto edificio corría un pequeño arroyuelo, y decidió atar allí los caballos. Luego se arrodilló junto a una roca, y aprovechó para

refrescar su rostro, cuello y manos.

Cuando volvió a plantarse ante la ermita, su ánimo había mejorado ligeramente. Un porche cubierto, sostenido por columnas de nudosa madera y rodeado por un murete de piedra, antecedió a la puerta de entrada a la capilla. La puerta, astillada y rota en su parte inferior, colgaba a medio cerrar de uno de sus goznes. Era evidente que el culto en aquella pequeña iglesia había conocido tiempos mejores, pero se armó de valor para penetrar en ella, deslizándose por la puerta sin tocarla.

En el interior revoloteaban pájaros, el retablo estaba roto en su parte superior y el techado aparecía repleto de agujeros que dejaban pasar la brisa del mar. El eco de sus pasos sobre las losas, al penetrar aquel espacio abandonado y triste, le resultó inquietante. Pero de manera incongruente y consoladora, en un espacio en el que no había siquiera bancos, cuatro reclinatorios de madera llenos de polvo enfrentaban el altar, y una pequeña y delicada talla de una Virgen de gesto amable ocupaba la hornacina central, sobre el espacio que algún día debió de ocupar el sagrario.

Inés miró con detenimiento aquellos restos de lo que en algún momento debió de ser una devoción fervorosa y hoy solo era un lugar abandonado. Dio unos pasos hacia delante, sopló el polvo que volvía gris la oscura madera de uno de los reclinatorios y sin apartar su mirada del rostro de la Virgen, se arrodilló en él y comenzó a rezar. O tal vez, más que a rezar, a hablar; habló con aquella imagen olvidada para tratar de explicarle lo que se escondía en el fondo de su alma, los sentimientos que ya no podía ni quería arrancar, las inevitables decisiones que iba a tomar en breve, y rogarle que no condenara nada de todo aquello, que comprendiera sus motivos, sus sentimientos, la dolorosa ternura que la impulsaba, el profundo amor que ya no era capaz de arrancar de su corazón.

Habló y rezó. Desnudó su alma y pidió perdón. Y cuando sintió que su espíritu se llenaba de calma y consuelo, se levantó para salir.

Una hora después, cuando Adrien regresó, encontró a Inés apoyada contra el murete de piedra, envuelta en su capa y mirando el cielo con expresión absorta. Dejó en el suelo el saco que traía al hombro y se sentó junto a ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sonriendo, siguiendo la dirección de su mirada hacia el cielo.

Inés lo miró de reojo; parecía muy satisfecho, y su sonrisa, largamente añorada, hizo que su corazón se acelerara.

—Mirar las estrellas —contestó alzando el rostro hacia el firmamento.

—¿No tienes frío?

Negó con la cabeza.

—No sé si es el *Caledonia* el que está fondeado frente a la ría, pero lo descubriremos al amanecer. He conseguido que nos lleven esta madrugada. A las seis.

A pesar de la noticia, Inés consiguió mantener la calma. El momento había llegado. No se volvió hacia él para decir, con tono sereno:

—Adrien, ni siquiera sé qué pretendes que hagamos.

Adrien, que había comenzado a abrir el saco, la contempló asombrado.

—¿Que qué pretendo que hagamos? Llegar hasta un barco inglés, por supuesto.

Una tenue sonrisa apareció en el rostro de Inés, alzado aún hacia las estrellas.

—¿Porque eres un espía inglés? ¿O porque prefieres arriesgarte con ellos que con los tuyos? Y luego, Adrien, ¿qué sucederá? ¿Nos quedaremos a vivir en el barco o me llevarás con mi tío a Asturias? ¿Te irás o te quedarás conmigo?

Adrien la contempló en silencio; en su rostro vuelto de perfil no encontró reproche, tan solo una curiosidad suave y reposada. Reclinó la cabeza contra la piedra, sabiendo que había llegado el momento de tomar una decisión. Durante el viaje había tenido que emplear toda su fuerza de voluntad para no hablar con ella, para concentrarse en el peligro, para no pensar en el futuro hasta que ella estuviera a salvo. Cada vez que se habían detenido para comer o descansar, había tenido que hacer un esfuerzo ímprobo para no abrazarla y confesarle que la amaba hasta un punto que dolía. Pero lo había resistido, porque mientras su vida dependiera de él, Inés no sería plenamente libre para elegir; y el honor de Adrien solo podía aceptar que ella lo eligiera cuando estuviera a salvo y se sintiera así libre, también, para rechazarlo.

Ahora estaban a punto de conseguirlo, pero aún había riesgos. Y, sin embargo, su voluntad de callar, de esperar, flaqueó.

—¿Te importaría mucho que fuera un espía inglés? —interrogó con cautela.

Durante un largo instante, Inés permaneció con la mirada fija en el firmamento, sin hablar ni moverse. Luego suspiró y, para sorpresa de Adrien, se giró y arrodilló

entre sus piernas.

—Me importas tú, Adrien —contestó clavando su mirada en él—. Solo tú, seas quien seas, seas lo que seas. Solo tú.

Y, entonces, como había anunciado a la imagen solicitando su perdón, se armó de valor para tratar de quebrar la resistencia de aquel hombre, y colocando los brazos alrededor de su cuello, se inclinó hacia delante hasta que sus labios se posaron sobre los de él. Solo fue un tímido intento, apenas un roce, pero aquel contacto, dulce, tenue y largamente esperado, provocó tal explosión de emociones en el corazón de ambos que de repente el mundo a su alrededor pareció desvanecerse, y solo quedó el abrazo desesperado, feroz y posesivo en que se fundieron.

Y si esta vez la idea de resistirse pasó por la mente de Adrien, ni siquiera la escuchó. Con un rugido de pasión arrastró a Inés hacia sí, profundizando el beso, enardecido por el deseo que había contenido todo aquel tiempo en que había viajado junto a ella, la había visto sonreír, hablar, bostezar, asombrarse, enfurecerse, estirarse y mirarlo sin permitirse tocarla ni un momento, a pesar de que sus dedos ardían solo de pensar en la suavidad de su piel, en las dulces curvas de su cuerpo elegante y flexible, y todo su cuerpo temblaba por las noches de excitación al recordar su tacto exquisito, la perfecta ondulación de sus caderas, la manera en que la pasión hacía que sus pupilas se dilataran, como había sucedido el día que la encontró en el río. No recordaba nada más sensual en su vida que haberla observado aquel día a hurtadillas, con los brazos alzados y la cabeza reclinada mientras el agua espumosa se deslizaba sobre su cuerpo empapado; pero a la vez no recordaba nada que despertara con mayor eficacia su instinto de protección.

Así que no pensaba resistirse a su beso, a lamer el sedoso interior de su boca, a absorber sus labios plenos, hasta que ella gimiera con la misma excitación que estaba provocando en él.

Sus manos se deslizaron por su espalda, acariciándola, y luego ascendieron por los costados, hasta que sus pulgares encontraron la curva de sus senos, y se elevaron para rozar la tela que los cubría. Su boca, despegándose de la de ella, se deslizó por su mentón hacia su cuello, depositando pequeños besos y mordiscos en la piel bajo la oreja, descendiendo hasta que encontró el delicado hueco que dibujaba junto a la clavícula, que su lengua acarició con suavidad mientras sus pulgares continuaban su exquisito masaje.

Pero la única parte de la conciencia de Adrien que no se había derretido consiguió abrirse paso entre las brumas de la pasión, gritándole que no debía hacerlo, y aunque atenderla supuso un esfuerzo supremo, se detuvo jadeante. Un sonido ronco, mitad lamento mitad queja, escapó de la garganta de Inés al sentir que él se interrumpía.

Adrien se echó hacia atrás levemente, sosteniendo su rostro entre las manos para observarla. Estaba tan arrebatadora, tan deseable, con los labios entreabiertos e

inflamados y los ojos nublados por el deseo, que le pareció un milagro poder detenerse. Pero su honor, el mismo honor que Mouret y Arnaud habían vilipendiado al descubrir su engaño, el mismo honor que los había conducido en silencio a las puertas de la seguridad, no le permitía seguir adelante sin que ella pudiera decidir con libertad. Y para decidir, necesitaba saber.

—Por favor, Inés, escúchame —comenzó cuando consiguió que su respiración se calmara—. Creo que nunca nada me ha costado tanto como detenerme ahora, pero no quiero hacerte el amor así, sin que sepas quién soy y puedas decidir qué deseas para tu vida. O sí, quiero hacerlo y así asegurarme de que ya nunca podrás escapar de mí, pero no debo. Tengo que darte la oportunidad de elegir, y si continuamos te la estaré robando para siempre, Inés. Necesito contarte quién soy.

Los ojos de Inés se fueron aclarando a medida que la lógica de su planteamiento despejaba la neblina que parecía haber inutilizado su voluntad. Cuando él la había besado con aquella pasión, había sentido un júbilo y una dicha tan extremos que por un momento temió que fuera un sueño del que acabaría despertando. Pero estaba despierta, y la pasión de Adrien había sido real. Trató de inspirar hondo y que su corazón se tranquilizara.

Al fin y al cabo, había conseguido el primero de sus propósitos; conseguiría también que él le hiciera el amor aquella noche.

Sus ojos, aún oscurecidos por el deseo, se posaron en el rostro de Adrien con seguridad; nada de lo que dijera podría extinguir ya aquel amor que inundaba su alma. Pero, comprendiendo que él necesitaba hacerlo, aguardó sus explicaciones.

—Cuando estuvimos en Albizu te hablé de mi hermana Aimée —comenzó Adrien, tomando sus manos con dulzura—. Te dije cómo falleció, aunque no te expliqué por qué estábamos en aquella embarcación en una gélida noche en el mar, ni cuándo sucedió aquello. Fue en octubre de 1793.

—Así que fue el año del Terror —murmuró Inés.

Adrien asintió.

—Sí, intuiste bien. Cuando mi padre se casó con mi madre, era solo el segundo hijo del duque de Casteljaloux, y por eso pudo permitirse un matrimonio por amor con una mujer de buena cuna, hija de un importante médico inglés, pero sin apenas dote. Él era militar, y el día que conoció a mi madre, en la boda de un pariente común, se enamoró por completo de ella, y no paró hasta conseguir que aceptara casarse con él. Y aunque al padre de mi madre el cortejo le desagradó profundamente, ella también estaba tan empeñada en casarse que escaparon juntos. Yo fui el primogénito del matrimonio; luego nació mi hermano Antoine, que por desgracia no hablaba ni era capaz de oír, y por último, varios años después de él, Aimée. Mis recuerdos de la infancia son felices; vivíamos en Francia, en una pequeña casa

cercana a la mansión de mi abuelo, el duque, al que veíamos a menudo. Era una casa que olía como tú, a violetas. Mi madre adoraba las violetas, y el jardín estaba lleno de ellas. Y es ese olor el que asocio a mi infancia, a mi familia. Por eso, cuando te conocí y de repente aquel aroma estaba en tu cabello, en tu piel, todo alrededor tuyo, ni siquiera sé cómo pude... En fin, ya no tiene importancia. Como te decía, todo fue bien hasta que cumplí nueve años.

»Entonces, en un breve período de tiempo, mi abuelo y mi tío, el hermano mayor de mi padre, fallecieron, y mi padre heredó el ducado. Nos trasladamos a la mansión, y al año siguiente estalló la Revolución. Mis recuerdos de aquellos tiempos son confusos, pero tengo clavada en mí la imagen de mi madre jugando con nosotros al escondite en la casa, buscando siempre guaridas y rincones secretos donde nos ocultábamos hasta que ella nos encontraba. Nos enseñó a estar muy quietos y en silencio como si fuera parte del juego. No sé qué intuía por entonces, pero siempre he pensado que había en ella algo de adivina, porque aquellos juegos nos fueron muy útiles cuando las cosas se complicaron.

—¿Cuándo arrestaron a tu familia? —inquirió Inés con suavidad.

—Sí. Yo no sabría decirte si mi padre conspiró o no, si estaba empeñado en derrocar al régimen o no, como le acusaron en aquella farsa a la que llamaron juicio, o si todo fue cuestión de envidias y celos. Uno de los acusadores había sido compañero suyo en el ejército, así que nunca he sabido... Pero tampoco me importa lo que hiciera o dejara de hacer, era mi padre.

»Una mañana de octubre vinieron a buscarlo, con la excusa de interrogarlo. Mi madre llevaba días preocupada, y cuando vio que el comisario venía por el camino, hizo que nos ocultáramos en uno de nuestros escondrijos con nuestra niñera Beatrice. Me hizo jurar que protegería a mis hermanos, y a Beatrice le ordenó que, si algo malo sucedía, nos llevara a casa de su padre.

»El comisario los sacó de la casa, pero cuando ya se iban Antoine se escapó del escondrijo para ir con mi madre. Ella era la persona que mejor le entendía en esta vida, ambos se adoraban, estaban muy apegados... Beatrice me aseguró que les soltarían pronto, sobre todo a Antoine, que era un crío, pero decidió que, mientras todo se resolvía, estaríamos mejor en la casa de sus padres. Pero al día siguiente llegaron las terribles noticias del pueblo... —Se detuvo, y la angustia reflejada en su semblante hizo que Inés estuviera a punto de arrojarse en sus brazos. Cuando al fin se rehízo, continuó—: Incluso ahora, mi mente es incapaz de comprender aquella salvajada. Temiendo también por nuestras vidas, Beatrice nos vistió de campesinos y cuando encontró un carro que aceptó trasladarnos al norte, nos fuimos.

—Y cuando tu hermana se ahogó, os habíais embarcado para ir a Inglaterra —dijo Inés, comprendiendo lo sucedido.

—A casa de mi abuelo —asintió Adrien.

—Ni siquiera te llamas Adrien Labat, ¿no es cierto? —inquirió, mirándolo fascinada.

—A medias. Ese era el apellido de Beatrice. Mi verdadero nombre es Adrien Desmarais, y el apellido de mi madre era Stuart.

—¿Así que la guerra te ha hecho tener que tomar partido entre tu patria inglesa y la francesa?

—No, Inés, no ha sido la guerra —confesó él con un poso de dolor—. Desde que asesinaron de aquella manera a parte de mi familia, he sentido un tremendo rencor contra Francia. Tal vez, si solo hubieran sido mis padres, no sé, tal vez... Pero mi hermano solo tenía trece años. Trece. El día que llegué por fin a las costas de Dover, después del aciago naufragio y de perder también a mi hermana, decidí que no quería dentro de mí ni una gota de sangre francesa. Aborrecía esa nación, y decidí ser solo inglés. Recordaba que mi madre siempre hablaba con cariño de Inglaterra, de la mansión de su padre, de las suaves colinas onduladas, del paisaje siempre verde... Cuando llegué, me dije que aquel era mi hogar.

—¿Y lo fue? —preguntó ella con ternura.

Adrien negó con la cabeza.

—Mi abuelo nunca perdonó a mi madre haberse casado con mi padre. Cuando Beatrice y yo llegamos, nos echó de la casa, pero ella se plantó ante él y le dijo todo lo que pensaba de su actitud. No sé si le convenció o solo quiso quitársela de encima, el caso es que al final aceptó cobijarnos. Sin embargo, siempre que me veía comenzaba a hablar de mi padre con desprecio, y acababa maldiciéndolo por haberse llevado a su hija. Yo veneraba el recuerdo de mis padres, y comencé a no soportar estar en la misma habitación que él, y cuando ambos encontramos nuestra compañía demasiado insoportable mutuamente, decidió enviarme a Eton. Esa fue mi salvación; me centré en los estudios con tal fervor y ahínco que incluso terminé mi educación con un año de antelación. Luego estudié medicina, y cuando acabé estuve un par de años ampliando mis conocimientos en Prusia. Pero aunque adoraba la medicina, al volver a Inglaterra tomé la decisión de entrar en el ejército.

—Medicina por tu abuelo, el ejército por tu padre... —dijo Inés, pensativa.

—¿Eso crees? No lo sé, en realidad. El caso es que con mi dominio del idioma y mis conocimientos de Francia y de medicina, cuando el duque de York autorizó la creación de una unidad de inteligencia contra Napoleón, no fue difícil construirme una identidad falsa. Algunos agentes fueron a París o a Nápoles; yo vine aquí hace algo más de año y medio para tratar de obtener información del sur de Francia. Pero cuando las tropas francesas entraron para ocupar Portugal, enseguida tuvimos claro que en realidad no pretendían continuar el camino, y entonces se me encargó ayudar a organizar la resistencia. Y eso he estado haciendo... hasta ahora.

Con incertidumbre, Inés inclinó un poco la cabeza para tratar de leer en su



mirada. De vez en cuando, un rayo de luna asomaba entre nubes, como para recordarles que el mundo los rodeaba, pero en cuanto se ocultaba ellos dos eran, de nuevo, las únicas personas sobre la faz de la tierra.

—Entonces —titubeó, nuevamente a oscuras—, ¿lamentas haber tenido que dejar el trabajo que estabas haciendo? ¿Es por eso por lo que me decías que entre nosotros nada era posible?

—Sí, era por eso. Estaba trabajando en la creación de una red de insurgencia que pudiera pasar información a otros agentes británicos, con un sistema de codificación que no pudieran descifrar los franceses. Pero en cuanto a si lo lamento...

Inés contuvo el aliento.

—... ¿cómo podría, cuando el primer día que te vi ya me robaste la razón y la voluntad, sin que yo supiera siquiera qué me estaba pasando? ¿Cómo podría, cuando ya entonces me pareciste la mujer más arrebatadora que había conocido, y a la que jamás me habría atrevido a aspirar? Y ahora te tengo aquí, conmigo... —Tomó el rostro de Inés con ambas manos y la acercó a él, apoyando la frente en la suya—. Pero tienes que comprender que la vida conmigo no será fácil. Soy un oficial británico, y aunque podría dejar el ejército y ganarme la vida con la medicina, pasará mucho tiempo hasta que pueda alcanzar los ingresos que me permitan mantener el nivel de vida al que estás acostumbrada. Cuando mi abuelo fallezca heredaré cierta suma de dinero, pero hasta entonces... Y en cuanto a la herencia de mi padre en Francia, supongo que podría buscar un buen abogado y reclamarla. Hasta ahora nunca me había preocupado por ello, pero supongo que podría hacerlo. Lo que sucede es que no sé cuánto podría costar algo así.

El corazón de Inés había comenzado a latir alborozado al comprender que él contemplaba la vida con ella, pero necesitaba asegurarse de que no lo hacía por su absurdo sentido del honor. Se separó un poco de él para mirarlo.

—A mí no me importa el dinero, Adrien, ni cómo te ganes la vida. No quiero mansiones en Francia ni en Inglaterra si tú no las quieres. Si tu vida es seguir en el ejército, yo seguiré contigo, a tu lado. Si así lo quisieras, yo iría contigo donde tú fueras...

—¿Pero? —preguntó Adrien, al comprender que había algún pero.

—Pero no soy tu responsabilidad, Adrien. No tienes ninguna obligación conmigo, ni casarte ni protegerme. No quiero que tu exagerado sentido del deber te dicte un camino del que puedas arrepentirte.

—¿Mi exagerado...? —Adrien se echó a reír con ganas, e Inés pensó, maravillada, que jamás se cansaría de escuchar aquel sonido—. Por Dios, Inés. Reconozco que me cuesta expresar lo que siento, pero ¿cómo puedes pensar que hago esto por generosidad? ¿Es que aún no has comprendido que te amo con toda mi alma, que me vuelvo loco de pensar que puedas querer a otro, que en mi terrible egoísmo

estoy a punto de aceptar tu sacrificio, y rogarte de rodillas que me acompañes donde quiera que me manden? Inés, Inés, Inés... —Acercó su rostro, besando los párpados, la nariz, los labios...—. Cada día desde que te fuiste de Albizu fue una tortura, intentando olvidarte y fracasando miserablemente, deseando como un loco ir a casa de tus tíos y arrancarte de allí, y llevarte conmigo lejos...

La emoción pareció estallar dentro de Inés. Lo miró embobada.

Lo había dicho...

La amaba.

Podría haberse puesto a bailar bajo la luna en aquel mismo instante, pero trató de contenerse, y volvió a mirarlo, tan hermoso, tan protector, tan herido...

—Y sintiendo eso, estuviste a punto de irte para siempre, y convertirme en la mujer más desgraciada del mundo. Porque yo también te amo, Adrien. Te amo tanto que no recuerdo no haberte amado alguna vez. Lo ocupas todo, mi presente y mi futuro. Estás en todo lo que hago, en todo lo que veo, en todo lo que deseo. Y no podría no amarte, porque te has convertido en parte de mi alma.

El brillo en la penumbra de los ojos de Adrien pareció volverse más fiero, más orgulloso, más posesivo.

—Entonces hagamos bien las cosas, porque yo no puedo resistir más. Ven. —Se apoyó en el suelo para levantarse y luego le tendió la mano para ayudarla.

Inés la aceptó, expectante, y Adrien la condujo al interior de la ermita. La luna se filtraba por los agujeros del techo, creando extraños juegos de luces y sombras en el deteriorado espacio. Un rayo solitario iluminaba la talla, arrancando tenues reflejos plateados de la corona y el manto, e Inés contuvo el aliento, porque por un momento, en aquella penumbra, le pareció que la expresión de la imagen era más alegre y menos solitaria.

Adrien se detuvo ante el altar, entre los reclinatorios, y tomando las manos de la joven entre las suyas, la colocó frente a sí.

—Inés, durante mucho tiempo no me habría atrevido a soñar con algo así. Jamás te habría pedido que renunciaras a tu familia, tu vida y tu futuro por mí. Pero ahora que lo has hecho y no hay vuelta atrás, en este espacio sagrado y ante la Madre de todos los hombres, declaro que te amo más que a mi vida, y te pregunto: ¿quieres ser mi esposa?

Aquella declaración, con la que ella había soñado y fantaseado muchas noches, resultó sin embargo tan inesperada en aquellos momentos que su voz enmudeció. Tuvo que tragar saliva varias veces antes de sentirse capaz de responder, y cuando lo hizo trató de bromear para disimular su euforia.

—¿A esto lo llamas hacer las cosas bien?

Pero aunque Adrien la miró con calidez, no dijo nada, esperando su respuesta.

Inés no pudo evitar que la emoción empañara sus ojos.

—Adrien, no hay nada que desee más en esta vida que vivir junto a ti. Claro que quiero ser tu esposa.

La sonrisa fieramente satisfecha de Adrien brilló en la penumbra.

—Entonces, ante Dios declaro que yo te recibo como esposa, y prometo amarte fielmente y respetarte todos los días de mi vida.

Inés sintió que su corazón se derretía. Le costaba vislumbrar su semblante en aquella extraña oscuridad, pero Adrien parecía tan enternecedoramente solemne... Trató de mantener su voz firme para repetir los votos que él había hecho.

—Y a ti, Adrien, de quien me enamoré sin poder resistirlo y a quien amo más que a mi vida, te pregunto: ¿quieres ser mi esposo?

La mano de Adrien se alzó para acariciar su mejilla con ternura.

—Sí, Inés, quiero ser tu esposo como jamás he querido nada en esta vida.

—Entonces, ante Dios declaro que yo te recibo como esposo, y prometo amarte fielmente y respetarte todos los días de mi vida.

La sonrisa de Adrien se ensanchó. Se inclinó hacia ella y depositó un casto beso en sus labios, y sin soltarla la condujo de nuevo al exterior. Entonces tomó el saco que había traído y extrajo de él dos mantas, que tendió sobre la tierra del porche de la iglesia, colocando su capa doblada a modo de almohada.

Y cuando se quitó con lentitud la chaqueta, y luego sacó la camisa por su cabeza, Inés no pudo apartar sus ojos de él. Ya había admirado su magnífico cuerpo cuando yacía herido en Albizu, pero en aquellos momentos la calmada elegancia de sus movimientos, la firmeza de los músculos que se contraían y estiraban cuando él se movía, le pareció una visión tan arrebatadora y fascinante que se quedó mirándolo sin aliento.

Adrien le tendió la mano, burlón al ver su inmovilidad.

—Una vez te ofreciste a ser mi amante —le recordó con suave ironía—. No me digas que lo que entonces no te daba miedo, te lo da ahora que eres mi esposa.

Inés aceptó su mano, riendo ante aquella absurda idea. Nunca había tenido miedo de que él la amara. Estaba segura de que Adrien sabría cómo tratarla, sabría enseñarle y guiarla; tan segura estaba de eso como de que jamás dejaría de amarlo.

Adrien la acercó a él para soltarle y retirar el jubón, luego la falda y la camisa. Inés se quitó el calzado, y entonces él la acompañó al improvisado lecho.

—Sé que no será muy cómodo, y aunque trataré de no lastimarte, comprenderé que prefieras esperar a que estemos en algún lugar más...

Por toda respuesta, Inés se tumbó y tiró de su cuello hacia ella. Adrien cayó a su lado y alzó la manta para taparlos. Luego con suavidad apartó la camisola de Inés para besar su vientre, mientras acariciaba sus caderas.

—He tenido clavada en mí esta imagen tanto tiempo... —susurró contra su piel,

haciendo que su cálido aliento le provocara un delicioso escalofrío. Luego su mano ascendió hacia sus senos, y los acarició reverencialmente—. Eres tan hermosa, Inés, que a veces creo que debes ser un sueño.

Su boca bajó para besar su piel, y la espalda de Inés se arqueó involuntariamente, ofreciéndose a él. No sabía qué se esperaba de ella, qué debía hacer, pero fue su instinto quien decidió. Pasó sus brazos por los hombros de Adrien atrayéndolo más hacia sí, y su excitación incrementó la de Adrien, que cerró sus labios sobre su pecho. El latigazo que aquella caricia envió hacia el vientre de Inés fue tan brutal que dejó escapar un gemido, y con aquel sonido Adrien sintió que casi podía perder el control. Se movió para colocarse entre sus piernas.

Inés había cerrado los ojos para concentrarse en las deliciosas sensaciones que las caricias de Adrien estaban provocándole. Pero cuando la mano de Adrien se colocó entre sus muslos y comenzó a acariciarla allí con suave lentitud, los abrió de golpe, jadeando. Cada movimiento de su mano le provocaba un estremecimiento tan delicioso que creyó que no podría soportarlo, pero se mordió los labios para obtener más, un poco más...

Cuando lo miró a los ojos, con los labios entreabiertos por el placer y la mirada voluptuosamente empañada, Adrien supo que no aguantaría mucho más.

—Inés, intentaré no hacerte daño, pero si te lo hago dime y me retiraré al momento.

La besó en los labios al tiempo que se colocaba sobre ella. Inés no quiso cerrar los ojos cuando notó la presión de su miembro en el centro de su sexo. No le había mentado cuando le había dicho que vivir en el campo hacía que todo se viera con más naturalidad, y ella sabía bien cómo era la reproducción. Pero jamás habría imaginado hasta qué punto las caricias de Adrien podían hacerla enloquecer de placer, o que la ternura, la complicidad y el deleite podían convertir el acto sexual en una comunión sublime. Tomó aire al notar de nuevo aquella presión; en algunos bailes y romerías había escuchado a algunas recién casadas cuchichear sobre su primera noche, sobre el dolor y la sangre, así que sabía que podía doler. Pero por mucho que doliera, no estaba dispuesta a que aquello se interpusiera entre ambos. Así que cuando de nuevo él empujó, y esta vez algo dentro de ella cedió, apretó los dientes y mirándolo a los ojos, lo rodeó con sus brazos y lo atrajo hacia sí para que la besara de nuevo.

Y Adrien la complació, mientras permanecía quieto dentro de ella. La besó con pasión, con fervor y también con ternura, hasta que Inés se sintió más cómoda y comenzó a moverse bajo su peso. Entonces Adrien acompasó el ritmo de su penetración a los movimientos de Inés, a la profundidad que ella pudiera permitir, a la velocidad que quisiera admitir. Apoyado en su antebrazo, enlazó su mano libre con la de Inés y la colocó sobre su cabeza, aprendiendo humilde y maravillado cómo la pasión transfiguraba su rostro, haciéndola parecer más hermosa de lo que jamás creyó

que nadie pudiera ser. Aguantó aquel ritmo pausado y sensual hasta que sintió que todo su cuerpo estallaría si no hacía algo, y entonces, sin soltarla, hizo que la mano de Inés se colocara entre ambos, y sus dedos entrelazados le mostraron cómo tocar el centro palpitante de su propio sexo, intentando descubrir lo que a ella le gustaba, la manera en que deseaba que los dedos se deslizaran, pellizcaran, apretaran, acariciaran, rozaran...

Y cuando creía que no podría resistir más, notó la acerada tensión de los músculos que lo envolvían, la súbita rigidez del vientre que lo acogía, la manera en que el cuerpo de Inés se arqueó hacia arriba, como si quisiera despegarse de la tierra, y con un dulce abandono se dejó ir con ella, compartiendo su dolor y su placer, su desmayo y languidez, aquella pequeña muerte que le hizo comprender que, por fin, había vuelto al hogar.

Ella era su hogar.

Aún no habían despuntado las primeras luces del amanecer cuando, con una mezcla de pena y alivio, Adrien decidió despertar a Inés. En apenas un par de horas habría conseguido que estuvieran a salvo, pero no deseaba que aquella noche acabara. Al hacer el amor con ella había experimentado una mezcla de emociones tan potente que le había costado asumirlo. Había habido placer, un placer sensual y extenuante como solo el mejor de los sexos podía conceder, sí; pero también había habido ternura, confianza, entrega, sensibilidad, dulzura, posesividad, pasión... Luego ella se había dormido entre sus brazos, confiadamente abandonada a su protección, y Adrien había pasado las pocas horas que los separaban del alba intentado comprender qué era aquel sentimiento ardiente, persistente, porfiado, aquel calor líquido que se derramaba por sus venas y ocupaba todo el centro de su ser como si fuera algo físico y tangible.

Al fin, lo había comprendido, y esa comprensión le hacía sentirse humilde e inmensamente agradecido. Inés le había devuelto la parte de él mismo que le faltaba, sin que hubiera sabido hasta entonces que le faltaba. La parte de vida que el pasado le había arrebatado.

Su familia.

Ella le había devuelto muchas cosas, pero aquella era la que más le maravillaba de todas.

Ahora, de nuevo tenía familia. Ella era su familia.

Levantó la mano para acariciar su mejilla, e Inés se movió. Su rostro reposado al dormir le resultaba fascinante, a pesar del cabello revuelto y las ojeras. Aunque no era su belleza física lo que había cautivado a Adrien hasta encadenarlo a su alma. Volvió a acariciarla, y esta vez Inés se giró hacia él.

Adrien se inclinó para besar su frente y susurró:

—Te amo, Inés, te amo más que a mi vida, más de lo que jamás creí que se

podiera amar. Tú has dado vida a mis sueños, y aunque pasara mil años diciéndote cuánto te amo, jamás sería ni un pálido reflejo de lo que mi alma siente por ti.

Ella suspiró y abrió un ojo.

—Ya me lo dijiste ayer. ¿Era necesario despertarme para eso?

Una sonrisa maliciosa ascendió por el rostro de Adrien; la besó de nuevo, y retiró la manta de un tirón. Inés abrió los ojos de golpe y dejó escapar un grito de protesta.

—Venga, dormilona, tenemos que ponernos en marcha.

Se levantó y tras vestirse comenzó a preparar la bolsa que habrían de llevarse. Los caballos y las mantas se quedarían allí, hasta que su contacto en la zona se hiciera cargo de ellos. Era poco lo que debía empaquetar, así que extrajo la comida que había traído de su visita y que ni siquiera habían tocado por la noche, y la preparó para que desayunaran.

Inés se puso en pie, estirando los brazos hacia el cielo para desperezarse. Aún a oscuras, se vistió, y tras comer algo de lo que Adrien había preparado, acudió a despedirse de *Ilargi*. Adrien la miró de reojo, temiendo que al abandonar su caballo Inés comprendiera por fin todo lo que estaba a punto de abandonar por seguirlo. Pero aunque la vio apoyar la cabeza en el flanco de la yegua y acariciarla con ternura, cuando por fin acudió, dispuesta a partir, no había en ella ni rastro de arrepentimiento.

En silencio, Adrien le ofreció la mano, y cuando ella la tomó comenzaron a bajar el sendero apenas iluminado por la luna creciente. Ninguno habló hasta que llegaron al pie de la pequeña colina.

—¿Estás bien? ¿Anoche fue...? —susurró entonces Adrien, pero no supo qué más decir.

Inés estuvo a punto de echarse a reír. Que con toda su experiencia, él pareciera turbado... Con gesto travieso, reclinó su cuerpo contra él y susurró a su oído, sin pizca de vergüenza:

—Lo de anoche fue prodigioso, extraordinario, excitante y maravilloso. Creo que aún no me he recuperado de la impresión. Y eso que el suelo estaba infernalmente duro. Cuando podamos repetirlo en una cama cómoda y confortable, no sé qué va a ser de mí. Imagino que me has convertido para siempre en esclava de tus deseos.

Adrien rio en voz baja, pero no pudo evitar el brillo posesivo y orgulloso de sus ojos.

—Te adoro, Inés. Juro que no te arrepentirás de haberte casado conmigo.

—Más te vale, Adrien —contestó con aparente severidad—, porque sabes que si me haces arrepentirme, tengo dos tíos que de buena gana irán a hacerte picadillo. Y eso suponiendo que no lo hagan a pesar de todo, cuando descubran de qué manera tan poco ortodoxa nos hemos casado.

—En cuanto embarquemos me ocuparé de eso. Cuando lleguemos a Galicia,

estarás ortodoxamente casada.

Inés iba a preguntar si era allí donde iban, pero llevando un dedo a los labios, Adrien le pidió silencio. Habían llegado al límite del bosque, e Inés escuchó el rumor del mar ya muy cercano. Entonces una luz parpadeó tres veces al fondo del claro que se abría ante ellos, e Inés notó el alivio de Adrien cuando respondió con un silbido suave y corto.

—Allí está. Vamos, Inés. Ya nos queda poco.

Adrien tomó su mano de nuevo, y avanzaron por el claro con rapidez, hasta que alcanzaron el lugar donde habían visto la luz. Al llegar allí, Inés contuvo el aliento; ante ellos se abría, espectacular e inmensa, la densa negrura del mar, apenas iluminada hacia el horizonte por el reflejo de la tenue luz de la luna.

—Impresionante, ¿verdad? —los recibió la risa queda del hombre que allí los aguardaba, al ver la expresión de Inés—. La bajada será aún más impresionante.

Y elevando la mitad de la tela que cubría la linterna que llevaba, comenzó a descender con cuidado por la senda empinada y rocosa que conducía desde la parte superior del acantilado donde se hallaban a la cala donde les aguardaba un bote.

Cuando llegaron al fondo, Inés suspiró de alivio; había hecho todo el descenso rezando por no despeñarse en la oscuridad. Al bajar entre rocas, el guía había destapado por completo la linterna, y Adrien había marcado el camino ante ella para que supiera dónde y cómo pisar, pero aun así, le parecía casi un milagro no haberse matado en aquel sendero pedregoso y resbaladizo.

—Con lluvia es peor —rio el guía entre dientes, cuando vio su cara espantada. Pero, a continuación, dijo con aprobación—: Lo ha hecho muy bien.

Inés trató de agradecerse, pero la vista de la frágil embarcación de pesca que se mecía unos metros dentro del agua le impidió hacerlo. Se volvió hacia Adrien, que miraba fijamente el bote, y fue consciente de la tensión que paralizaba su cuerpo.

Su guía ya se había adentrado en el agua, y con el cabo en la mano, esperaba que ambos lo siguieran.

—Adrien —susurró, tragándose su propio temor—. Tenemos que ir.

Pero él no parecía haberla escuchado. Continuaba con la mirada clavada en la ruidosa y oscura extensión de agua que se abría ante ellos, y la pequeña embarcación que cabeceaba sobre las olas que llegaban a la orilla.

—Adrien, vamos —volvió a decir, y esta vez tiró de su mano hacia delante, pero no consiguió que se moviera.

Por el rabillo del ojo, vio que las primeras luces del amanecer comenzaban a despuntar sobre los montes que protegían la ría, y su guía se impacientaba. Inspirando hondo, se giró hacia Adrien y con ambas manos agarró su camisa y le obligó a agachar la cabeza, besando sus labios con fervor. Luego se apartó apenas unos centímetros.

—Maldita sea, Adrien —susurró—, vamos a subir a ese bote, vamos a llegar a ese barco, y vas a hacer las cosas como Dios manda conmigo, si no quieres que te mate. Me vas a sacar de esta y nadie se va a caer por la borda, ¿lo has entendido?

Ni un músculo se alteró en el rostro de Adrien mientras la miraba con fijeza. Pero cuando Inés ya pensaba que tendría que zarandearlo, Adrien se agachó, pasó un brazo por su espalda y el otro bajo sus rodillas, y tomándola en brazos se adentró en el agua.

—Qué manía tienes de hablar como una tabernera a veces —dijo con seriedad cuando la depositó en el bote. Pero a pesar de la escasa luz, Inés vio que sonreía.

Con alivio, se acurrucó junto a él, sin soltar su mano, mientras su guía los conducía con mano firme y diestra hacia mar abierto. Cuando rebasaron la protección de la pared oriental del acantilado, Inés pudo divisar el contorno de un barco cercano a ellos. Adrien aseveró sin dudas que era el *Caledonia*, y aunque Inés dudaba que pudiera saberlo a aquella distancia, en realidad lo único que le importaba era llegar a un barco, fuera cual fuese su nombre.

Media hora después, al pie de la escala, comprobó que, en efecto, el nombre del barco era *Caledonia*. El capitán los recibió con efusividad, e Inés se sorprendió al comprobar que no solo él, sino varios oficiales, conocían a Adrien y lo llamaban por el apellido de su madre, Stuart. Cuando Adrien explicó al capitán los motivos de la presencia de Inés junto a él, este no dudó, y en apenas una hora había dispuesto todo lo necesario para casar a la pareja.

Dos horas después, tras haber celebrado la ceremonia y recibido las felicitaciones de la tripulación, mientras Adrien se ocupaba de su alojamiento, Inés se asomó a la borda y, contemplando la enorme inmensidad del mar brillante, reflexionó sobre los inesperados acontecimientos que habían sacudido su vida en los últimos meses. Jamás habría imaginado, el día que su tío Germán le comunicó su decisión de unirse de nuevo al ejército, que apenas dos meses después acabaría casada con un inglés en un barco del que ni siquiera sabía el destino.

—¿En qué piensa, *madame* Desmarais?

El cálido aliento sobre su cuello le provocó un delicioso escalofrío. Acercándose por su espalda, Adrien rodeó su cintura con ambos brazos, e Inés dejó caer la cabeza contra su hombro.

—Pienso en lo grande que es el mar, y en cómo hará un capitán para llegar a su destino sin perderse en él.

Adrien dejó escapar una risa.

—¿Temes perderte en el mar? Creí que temerías llegar.

Inés se encogió de hombros.

—Si supiera adónde vamos, tal vez podría temerlo, pero como no tengo ni idea... Antes dijiste que iríamos a Galicia. ¿Es allí donde vamos?



—Es posible. Claro que también es posible que vayamos a Portugal. Incluso podríamos ir a Inglaterra, no lo sé, aún no conozco mi nuevo destino. —Se inclinó hacia ella y fue depositando una estela de besos por su cuello, su clavícula, su hombro—. ¿Te importa mucho adónde vayamos?

Un excitante estremecimiento agitó el cuerpo de Inés al paso de la boca de Adrien. Se volvió para mirarlo con malicia.

—Solo si es a nuestro camarote —susurró provocativa.

Y antes de que pudiera decir más, Adrien la había tomado de nuevo en brazos, y sin importarle las miradas sorprendidas y burlonas de los marineros, la llevó hasta el camarote, dispuesto a no salir de allí en mucho tiempo.

Mucho después, tras hacer el amor de un modo tan tierno y paciente que Inés creyó que el corazón le estallaría de dicha, apoyada en su sólido cuerpo y rodeada por sus brazos firmes y protectores, recordó su pregunta, y supo sin lugar a dudas que no; que no le importaba dónde pudieran ir, dónde tuviera que vivir ni qué peligros tuviera que afrontar, siempre que fuera a su lado.

Con él.

Siempre junto a él.

## Epílogo

*Vitoria, 6 de noviembre de 1808*

Teresa Mendoza apartó la labor de bordado que sostenía sobre sus piernas para mirar a su marido con incertidumbre.

—¿Habéis podido verlo?

Tomás Acedo no contestó, mientras se encaminaba a la estantería cercana a la chimenea. Tomó una botella de cristal, vertió un poco de su contenido en una copa, y antes de hacer lo mismo con una segunda, miró a su esposa con gesto interrogador. Teresa agitó la mano.

—No, no quiero jerez. Pero dime algo, que me tienes en ascuas.

Su marido esperó a estar acomodado en la butaca frente a ella antes de hablar.

—Lo hemos visto. De lejos. De muy lejos, si quieres que te diga la verdad. Estaba ocupado con sus mariscales y generales y demás parafernalia y no ha podido recibirnos. Volveremos esta tarde. Barrere te envía saludos.

—¿Ya se ha recuperado?

—No, todavía no. Esta vez el cólico ha sido aún más fuerte. El nuevo médico francés dice que es por el agua, ¡habrase visto tamaña tontería! Si Labat... —Se interrumpió, recordando que la mención del médico o de Inés siempre marchitaba el ánimo de su mujer—. Bueno, da igual. Barrere me ha dicho que Trelliard le ha ofrecido un relevo temporal, y que tal vez tenga que retirarse a Francia.

—Esperemos entonces que nombren a alguien tan íntegro como él.

—Esperemos. —Dio un trago a su copa, cambiando de tema—. ¿Y Clara?

—Está con las Zárate. Se quedará a comer en su casa.

Su marido hizo girar el líquido en la copa varias veces, antes de hablar.

—La ciudad está muy revuelta con la llegada de Napoleón. Preferiría que hoy Clara se hubiera quedado en casa.

Teresa retomó su labor sin poder evitar un suspiro.

—Pero así al menos no da vueltas a las cosas. Cuando nos quedamos en casa siempre acabamos haciendo lo mismo: releer la carta de Inés, mirar el mapa de Portugal...

—... y lamentaros de que haya tenido que casarse sin su familia.

Su mujer se encogió de hombros.

—Estará bien. —Tomás se puso en pie y colocó la mano sobre el hombro de Teresa, dándole un suave apretón—. En el ejército inglés no es tan rara la presencia de esposas. Y por lo que ha contado en su carta, la vida social de Lisboa está muy animada.

—Sí, pero ¡está tan lejos!

Su esposo se acercó a la ventana sin contestar. Al cabo de un rato, Teresa volvió a levantar la vista de su labor.

—¿Crees que José Bonaparte está muy molesto porque su hermano haya preferido alojarse en casa de Fernando de la Cuesta, en vez de acudir al Palacio de Montehermoso?

Apartando un segundo su atención del exterior, el hombre replicó:

—Creo que ni la décima parte de lo molesto que debe de estar el emperador porque su hermano y mi prima lleven dos meses siendo la comidilla de la ciudad.

Teresa dio una puntada, y le devolvió una mirada cauta.

—Ciertamente, no han sido muy discretos.

—Es una manera suave de expresarlo. —Tomás apuró su copa—. Y la gota que ha colmado el vaso ha sido la compra del palacio por esa cantidad absurda. ¡Trescientos mil francos! ¿Sabes lo que se rumorea que dijo Girardin al rey, cuando le contó lo que pensaba hacer? —Teresa negó con la cabeza—. ¡Que el palacio no valía esa cifra ni con la marquesa dentro!

Absteniéndose de decir que pensaba lo mismo, su esposa suspiró.

—No sé, Tomás, no me siento leal cuando hablamos de esto. Te confieso que estoy muy desencantada con todo lo sucedido desde que la Corte se trasladó a Vitoria.

—Yo también lo estoy —corroboró su esposo—. Y no solo porque me resulte incomprensible que un hombre prefiera mirar hacia otro lado, cuando su esposa... Pero no, no quiero hablar de ellos, tienes razón. Más me preocupa el resto. No puedo negar que José Bonaparte es afable y educado, y que tiene buenas intenciones, pero a veces me pregunto si eso es todo. Dos meses ha estado aquí en Vitoria, y se ha limitado a dar audiencias y emitir decretos que no tiene forma de hacer cumplir. Eso, cuando sus galanteos no se han interpuesto.

Se acercó a la mesita junto al sofá para dejar la copa vacía. Teresa continuó cosiendo, pero al percatarse de que su esposo se había detenido ante ella en silencio, elevó una mirada de curiosidad. Algo en la manera en que su esposo balanceaba el peso del cuerpo sobre sus pies hizo que su corazón se acelerara. Dejó la labor de nuevo sobre el brazo del sofá.

—¿Qué sucede, Tomás?

Los segundos que pasaron hasta que su esposo se decidió a continuar acrecentaron su inquietud.

—He estado hablando con Luis.

—¿Y? —interrogó su esposa, sin poder ocultar su aprensión.

—El ejército se pondrá en marcha en unos días, y quiere que, cuando la Corte le siga, nos traslademos con ellos a Madrid.

Teresa contempló a su esposo con la estupefacción pintada en el rostro.

—¡A Madrid! ¡Nosotros! Pero ¿por qué?

—Porque me han ofrecido un puesto en el Ministerio de Hacienda. Este es un buen momento para impulsar la reforma del comercio, con la supresión de las aduanas interiores y las otras medidas... Sabes que estuve hablando con Urquijo y Cabarrús de esto. Hace años que vengo defendiendo que deben reformarse los impuestos que pagamos los comerciantes, siempre superiores a los de los terratenientes, y suprimirse los beneficios eclesiásticos y el resto de privilegios. Luis piensa lo mismo que yo, y cree que puedo ayudar a que se haga.

—¡Pero, Tomás, eso...! No creo... Quiero decir, ¿estás seguro de que es conveniente, teniendo en cuenta lo confusas que están las cosas?

—Si están confusas, va a ser por poco tiempo —contestó su marido sin emoción—. El propio Napoleón en persona ha venido para aclararlas, Teresa. La Junta Central ha tenido durante dos meses su oportunidad, pero como siempre, han preferido discutir quién manda sobre quién, antes que realizar un planteamiento sensato de la situación. Y así han permitido que llegue desde Francia un ejército imbatible al mando del propio emperador. Nada que ver con las fuerzas bisoñas con las que se habían enfrentado hasta ahora, como pronto comprobarán. No, Teresa, por suerte o por desgracia, las cosas van a dejar de estar confusas pronto.

Su esposa lo miró un largo rato en silencio. Luego contestó, cautelosa:

—No estoy segura de querer abandonar Vitoria, Tomás. Además, tenemos que pensar en Clara. En pocos meses su vida ha cambiado por completo. Inés ha tenido que abandonar el país, Germán está con los ejércitos de Blake, Pascual ha fallecido, su amigo Martín se ha unido a los rebeldes y no ha vuelto a saber nada de él... Y pedirle ahora que se traslade supondría cortar la posibilidad de mantener el poco contacto que aún puede tener con la gente que quiere.

—Clara hará lo que consideremos mejor para ella, no tengo dudas.

—¿Y sería mejor para ella ir a Madrid tras el ejército? ¿Un viaje peligroso, sometido siempre a la posibilidad de un ataque?

—Ya te he dicho que estoy convencido de que Napoleón conseguirá colocar a su hermano de nuevo en Madrid. Cuando eso pase, las cosas acabarán por tranquilizarse. No debes preocuparte.

—Pero no puedo evitar hacerlo —replicó ella con impaciencia—. No me gustan muchas cosas de las que veo, Tomás. No me gusta que Amalia haya tenido que enviar a su hija Beatriz a un convento, ni la manera en que los trataron por dar cobijo a su sobrino.

—Apenas estuvieron detenidos unos días.

—Sí, pero lo estuvieron. Y tuvieron que pagar una multa enorme. Son muchas cosas...

Tomás Acedo cruzó las manos a su espalda.

—¿Y qué pretendes decirme, Teresa? ¿Que deberíamos dejar que el populacho decida nuestro futuro, como pudo suceder en Madrid tras el levantamiento de mayo? ¿Que deberíamos renunciar a la responsabilidad de hacer que el país progrese?

—No. —Su esposa bajó la mirada—. Eso no. Pero no veo la necesidad de que seas tú quien lo haga. Y menos si para ello hemos de abandonar nuestro hogar.

Tomás Acedo la contempló un largo instante, pensativo. Su voz sonó tenue al decir:

—No sé si es necesario, Teresa, pero reconozco que me gustaría intentarlo. Aunque si tú no quieres ir a Madrid...

Teresa alzó la cabeza, esperando.

—Bueno, supongo que debo pensarlo —concluyó su marido—. Los dos debemos pensarlo. No es una decisión que se deba tomar a la ligera. Aún pasarán tres o cuatro días hasta que el ejército se ponga en marcha, y varios más hasta que la Corte le siga. Tenemos tiempo para valorarlo.

—Cierto. —El alivio recorrió a su mujer—. Gracias, Tomás.

—No me las des. Tienes razón en una cosa, Teresa: todo debe pensarse bien en estos tiempos, y las decisiones se han de tomar con la cabeza fría —concluyó, tomando uno de los libros de la estantería—. Y, ahora, si no necesitas nada, me retiraré un rato a mi despacho, hasta la hora de volver a la casa de Cuesta.

Teresa asintió en silencio, y esperó a que los pasos de su marido se perdieran en el corredor para levantarse y acercarse al cajón de la escribanía. Con cuidado, extrajo la carta recibida desde Lisboa y se acercó a la ventana para releerla de nuevo. Inés les echaba de menos, era evidente, y sus palabras transmitían preocupación por su familia; pero también había en ellas una inconfundible señal de dicha. Sí, aunque su marcha hubiera sido tan precipitada, Teresa sabía bien que Inés era feliz con Adrien Labat.

Y si sus sobrinas eran felices, ella también lo era.

Volvió a pensar en Clara, en la culpabilidad y remordimientos que le habían afligido durante el mes y medio que había transcurrido sin noticias de su hermana, en el alivio que aquella carta le había reportado. Sabía bien que su sobrina no iba a aceptar trasladarse a ningún sitio fuera de Vitoria —salvo Lisboa, tal vez—, en parte porque era la mejor manera de mantenerse en contacto con todos los que estaban ausentes, sí; pero también porque la forma en que los acontecimientos se habían sucedido había hecho que la opinión de Clara sobre aquella situación variara.

Como la de la propia Teresa, debía reconocer.

Con un suspiro, dobló el papel y volvió a guardarlo con delicadeza en el cajón. Con emperador o sin él, con Corte o sin ella, lo auténticamente seguro era que Madrid no entraba en sus planes.

## Nota de la autora

Pocos días después de que Napoleón partiera desde Vitoria al frente de la Grande Armée, José Bonaparte y su Corte entraban de nuevo en Madrid.

La ocupación francesa había comenzado muchos meses antes, a raíz del Tratado de Fontainebleau, firmado en octubre de 1807, que permitía el paso de tropas francesas por España para ocupar Portugal. Un mes después, el segundo cuerpo de observación de la Girona entró en España para acantonarse en Vitoria. Y desde finales de 1807, la presencia de tropas francesas en suelo español fue incrementándose en la misma proporción que lo hacían el malestar y la desconfianza del pueblo español. Los ejércitos franceses vivían sobre el país que ocupaban, aprovechando sus recursos, y cuando en abril de 1808 Fernando VII es conducido hacia Bayona, esa desconfianza alcanza su punto álgido.

El 2 de mayo de 1808 se desata en Madrid una rebelión popular, sofocada por las armas, cuyos ecos alcanzan todos los rincones del país. Tres días después, Fernando VII, retenido en Bayona, abdica, y entonces los movimientos se aceleran. Poco a poco, la mayoría de ciudades donde no hay presencia francesa se sublevan; en junio, José Bonaparte es designado por su hermano para ocupar la corona de España, y el ejército francés acompaña su entrada en el país, forzando su proclamación como se ha visto en la novela.

En apenas quince días el nuevo rey llegó a Madrid, pero justo la víspera tenía lugar la batalla de Bailén. Aquella derrota del ejército francés, el 19 de julio de 1808, fue la primera gran derrota de un ejército napoleónico, y los ánimos de los españoles sublevados contra el nuevo régimen se exaltaron. La rendición del ejército que comandaba Dupont dejaba amenazada la posición de José Bonaparte en Madrid, haciendo que al poco de llegar tuviera que retroceder de nuevo hacia el norte.

El ánimo del país estaba enardecido; se creía firmemente en la posibilidad de expulsar a los franceses. La sublevación de Bilbao, el 6 de agosto, creaba verdaderos problemas para los franceses al abrir la posibilidad de un ataque del ejército inglés desde el mar, y por ello los franceses la aplastaron a sangre y fuego (aunque en un espacio de solo tres meses la ciudad sería de nuevo liberada y conquistada en varias ocasiones). Pero no solo fue Bilbao; al mismo tiempo, los franceses tenían que levantar los asedios de Zaragoza y Gerona, tras la encarnizada resistencia ofrecida por sus habitantes, y para terminar el mes, el 21 de agosto de 1808 sufrieron una nueva derrota en la batalla de Vimeiro ante las fuerzas comandadas por un joven Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington.

El panorama para el orgulloso ejército napoleónico era oscuro, pero pronto las cosas cambiarán. Por un lado, la capitulación de Cintra subsiguiente a la derrota de Vimeiro permitirá a los soldados del general Junot y al resto del contingente

napoleónico —en total unos 26 000 soldados— abandonar el país con sus armas, equipos y botín a bordo de naves inglesas rumbo a Francia. Ni siquiera les harán prometer no volver a luchar contra los ingleses o no retornar a Portugal. Cuando este acuerdo, hecho sin la aprobación del general Wellesley, se conozca en Inglaterra, causará indignación pública y será motivo de protestas masivas.

Por otro lado, y a pesar de que en septiembre la Corte francesa tuvo que retroceder hasta Vitoria, las disensiones entre los generales que comandaban los ejércitos españoles, no sometidos a un poder central inexistente desde la abdicación de Fernando VII, dilataron los movimientos de sus fuerzas. Y a pesar de que el 25 de septiembre se constituyó por fin una Junta Central, y que las fuerzas españolas se situaron en el entorno de Vitoria para tratar de expulsar al ejército francés hacia la frontera, la falta de decisión hizo posible que en noviembre el propio Napoleón entrara en la península al frente de la Grande Armée, un veterano ejército de 250 000 hombres que prácticamente arrolló a los ejércitos españoles y que, en poco tiempo, colocó de nuevo a José Bonaparte en el trono de España.

Pero aunque en apariencia Napoleón había conseguido su objetivo político, hubo dos aspectos que escaparon a su experiencia, y que determinaron el resultado final de la ocupación.

El primero fue que, a diferencia de lo sucedido en otros países que había invadido, el hecho de ocupar la capital no tuvo el efecto de conseguir la rendición del país, puesto que la Junta Central se negó a entablar negociaciones, y por el contrario, proclamó el mantenimiento de la guerra frente al invasor.

Y el segundo fue el hecho de que, a pesar de haberlo intentado por todos los medios durante dos meses, la Grande Armée no fue capaz de aniquilar al ejército español. A pesar de las contundentes derrotas, las fuerzas españolas se mantuvieron relativamente intactas, pues en vez de mantenerse aferradas al terreno hasta el fin de cada batalla, quedando sus posibilidades limitadas a morir o ser hechos prisioneros, las tropas que recibían la brutal acometida de las superiores fuerzas francesas se dispersaron por el terreno en pequeños grupos que darían luego origen a las grandes partidas guerrilleras que provocarían el terror de las fuerzas francesas. Porque, si en la época en que sucede nuestra historia, estas partidas eran pequeñas y dedicadas a hostigar correos y pequeñas guarniciones francesas, poco a poco crecieron en tamaño, se integraron en el ejército y se mostraron como una hidra a la que los franceses jamás consiguieron descabezar, pues el apoyo de la población civil y la ocupación del espacio jugaron siempre en su favor. Y la necesidad de dedicar parte importante de las fuerzas francesas a perseguirlas, detrayéndolas así del grueso de las tropas que combatían a los ejércitos regulares, fue un factor decisivo en la derrota final del emperador.

La permanencia de las fuerzas francesas se prolongó hasta 1813. Seis años de

ocupación en los que las batallas, saqueos y venganzas se sucedieron. Seis años intensos hasta que, tras la batalla de Vitoria de 21 de junio de 1813, el rey José Bonaparte abandonó definitivamente su aspiración al trono español.

Y tengo la intuición de que, en algún momento de esos seis años, Adrien Labat e Inés tuvieron que regresar con el ejército británico. Pero esa es otra historia...



## Agradecimientos

Cuando consigues, por primera vez, publicar una novela que has escrito con toda tu ilusión, inicias una aventura que presientes hermosa, pero de la que desconoces el alcance. Desconoces, también, quién te acompañará en ese camino, o hasta dónde y hasta cuándo aquellos que son parte de tu vida te seguirán. Y, junto a la expectación y las esperanzas, hay un cierto temor a lo desconocido.

Pero, entonces, el día que haces la presentación de la novela en tu tierra, donde dicen que nadie es profeta, te encuentras con una sala llena a rebosar de personas a las que has conocido en diferentes momentos de tu vida, y que te miran sonrientes y orgullosas. Y en ese momento sabes que ya no puedes pedir más.

Ojalá pudiera escribir aquí los nombres de todos los que estuvisteis en la presentación en Vitoria de *Quédate en mi vida* para daros las gracias como se merece, pero la lista sería interminable. Sabed que contar con vuestra presencia y cariño lo significó todo para mí.

Pero hay algunas personas a las que debo agradecer su apoyo de una manera especial:

A mis tíos Guillermo, Luchy, Cristina y Abel. Ya sabéis qué feliz me hace saber que siempre puedo contar con vosotros.

A mis amigas Edurne Rodríguez, Idoia Arcauz, Itziar Basabe e Izaskun Echevarría; toda una vida juntas, y cada día estoy más orgullosa de vosotras. Sois para mí un ejemplo de lo que las mujeres podemos conseguir.

A mis amigas María Ortiz de Latierro, Pilar Labarga, Isabel Vallejo, Laura Sagastuy y Garbiñe Urretabizkaia; quién nos iba a decir hace doce años que íbamos a vivir tantas cosas juntas, ¿verdad? Es un lujo contar con vuestra amistad.

A Maribel Catalán y a Miranda Kellaway, que me han ayudado a darle los últimos retoques a la novela. Muchas gracias, chicas, por vuestro entusiasmo, apoyo e inteligencia. Espero poder devolveros algún día parte de lo que me habéis aportado.

A Pilar Cabero, Ángeles Ibirika, Ana Iturgaiz, Gema Samaro y Ruth Lerga, porque, siendo una novata recién llegada a la escritura, me acogisteis como si nos conociéramos de toda la vida. He tenido mucha suerte de haberos encontrado.

Y, por último, a la persona que ha apostado por mí, Marisa Tonezzer. Es un honor que me eligieras para formar parte de la estupenda «escudería» que comandas. Muchas gracias.